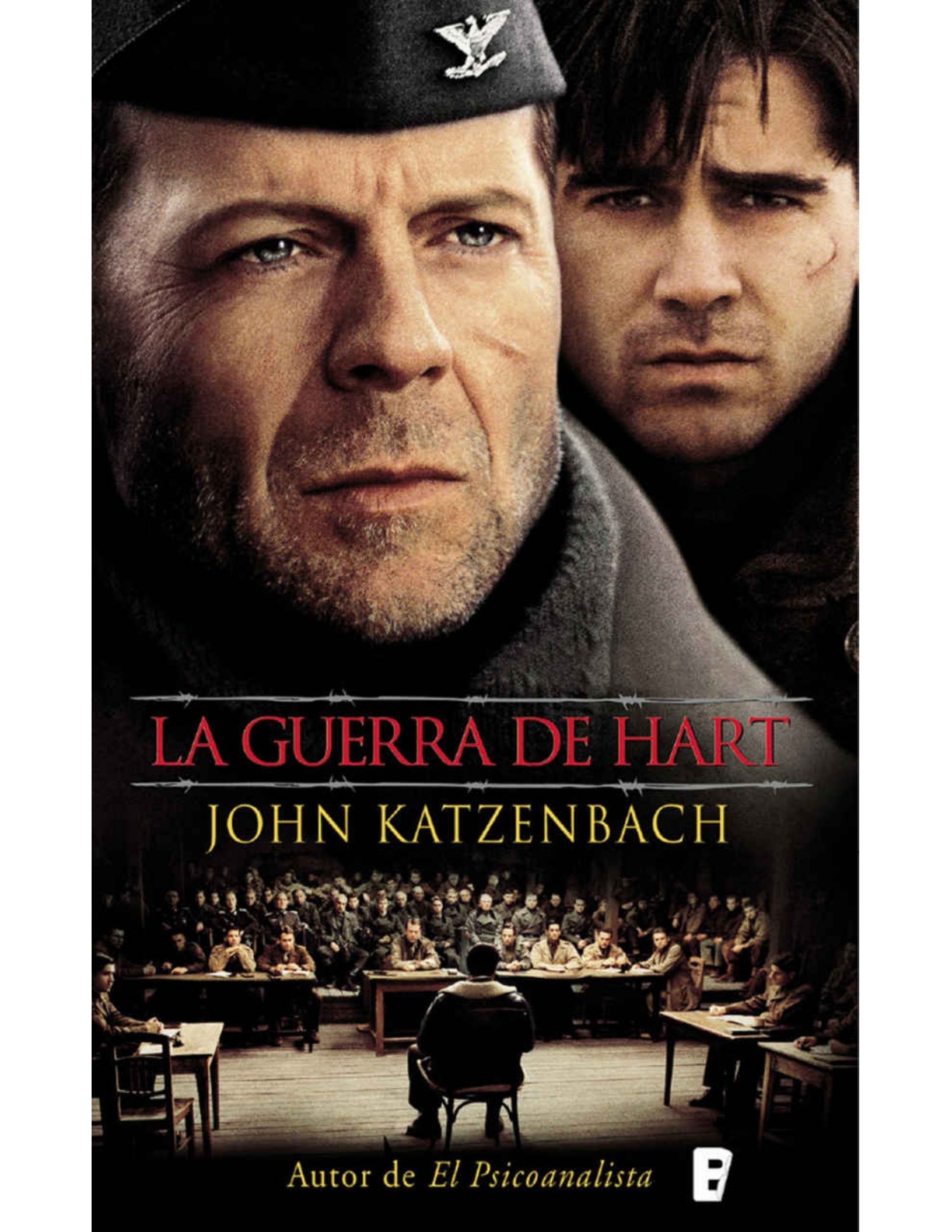




LA GUERRA DE HART

JOHN KATZENBACH



Autor de *El Psicoanalista*



LA GUERRA DE HART

John Katzenbach

Traducción de Camila Batlles



Título original: *Hart's War*

Traducción: Camila Batlles

1.ª edición: julio 2007

© 1999 by John Katzenbach

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Publicado por acuerdo con John Hawkins & Associates, Inc., New York.

Fotografía de portada: Album

Diseño de cubierta: Estudio Ediciones B

Diseño de colección: Ignacio Ballesteros

Depósito Legal: B.8238-2012

ISBN DIGITAL: 978-84-15389-93-4

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Este libro es para
Nick, Justine, Cotty,
Phoebe, Hugh y Avery*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Epílogo

Nota del autor

Prólogo

El cielo nocturno

En esos momentos era un anciano a quien le gustaba correr riesgos.

A lo lejos, vio tres trombas que ocupaban el espacio entre la superficie acuática azul y lisa del borde de la corriente del Golfo y la falange gris negruzca de las nubes tormentosas del crepúsculo que avanzaban a un ritmo constante desde el oeste. Las trombas formaban estrechos conos de oscuridad que giraban con toda la fuerza de sus parientes terrestres, los tornados. Pero eran menos sutiles; no se presentaban con la terrorífica rapidez con que estallan las tormentas terrestres, sino que surgían de la inexorable acumulación de calor, viento y agua, para acabar alzándose formando un arco entre las nubes y el océano. Al anciano se le antojaban imponentes, al contemplar cómo se deslizaban pesadamente sobre las olas. Eran visibles a muchos kilómetros de distancia, y por consiguiente más fáciles de evitar, que es lo que todos los barcos que navegaban por el borde del inmenso caudal de agua que fluye hacia el norte desde las cálidas profundidades del Caribe ya habían hecho. El anciano se había quedado solo en el mar, meciéndose al ritmo lento de las olas, con el motor de su embarcación apagado, mientras que los dos señuelos que había lanzado hacía un rato flotaban inmóviles sobre la oscura superficie del agua.

Contempló las tres espirales y pensó que las trombas se hallaban a unas cinco millas, una distancia muy pequeña teniendo en cuenta los vientos de más de trescientos kilómetros por hora que las empujaban. Mientras observaba la escena, se le ocurrió que las trombas marinas habían adquirido paulatinamente velocidad, como si se hubieran hecho más ligeras y, de improviso, más ágiles. Parecían danzar al unísono mientras avanzaban hacia él, como tres hombres que rivalizaban por conquistar el favor de una joven atractiva, interceptándose uno a otro en la pista de baile. Uno se detenía y esperaba con paciencia mientras los restantes se movían en un círculo lento, para luego aproximarse, mientras el otro se retiraba a un lado. Como un minué, pensó, ejecutado por los cortesanos en una corte del Renacimiento. El anciano meneó la cabeza. No, no era exactamente así. Observó de nuevo las oscuras trombas. ¿Quizás una cuadrilla en un granero rural, al son de unos violines? Una brisa repentina y caprichosa agitó con violencia el gallardete de uno de los balancines, antes de que huyera también, como

atemorizada por los furiosos vientos que avanzaban hacia ella.

El anciano inspiró una bocanada de aire cálido.

«Menos de cinco millas —se dijo—. Poco más de tres.»

Las trombas marinas eran capaces de recorrer esa distancia en unos minutos. A pesar del voluminoso motor de doscientos caballos instalado en la parte posterior del bote, que propulsaría al pescador a través de las olas a treinta y cinco nudos, éste sabía que era demasiado tarde. Si las tormentas se proponían atraparlo, lo harían.

Al anciano se le antojó que su baile era en cierto modo elegante, estilizado, pero a la vez enérgico y entusiasta. Poseía un ritmo sincopado. El pescador aguzó el oído y durante unos instantes creyó detectar sonidos musicales en el viento. Las notas de sonoras trompetas, el batir de tambores y la cadencia de violines. Un rápido y decisivo *riff* de guitarra. Alzó la vista hacia el cielo, que comenzaba a oscurecerse, y vio gigantescos y negros nubarrones que se abrían paso hacia él a través del azulado aire de Florida. «La música de una gran orquesta de jazz —pensó de pronto—. Eso es. Jimmy Dorsey y Glenn Miller.» La música de su juventud. Una música que irrumpía con la fuerza y el trepidante y enérgico ritmo de las cornetas.

Un trueno estalló a lo lejos y la superficie del océano se iluminó con el relámpago. El viento arreció a su alrededor, inexorable, murmurando una advertencia al tiempo que agitaba con furia los cabos de los balancines y los gallardetes. El viejo pescador alzó de nuevo la vista y volvió a observar las trombas marinas. «Dos millas», se dijo.

«Vete y vivirás. Quédate y morirás.»

El anciano sonrió. «Todavía no ha llegado mi hora.»

Con rápido ademán giró la llave de contacto en la consola. El potente motor Johnson arrancó con un gruñido, como si hubiera aguardado con impaciencia a que el anciano le diera la orden, reprochándole que confiara su vida a los caprichos de un motor de gasolina. El anciano maniobró el bote, describiendo un semicírculo, dejando la tormenta a su espalda. Unas gotas cayeron sobre su camisa vaquera y notó en sus labios el sabor de la lluvia. Se trasladó rápidamente a popa y recogió los dos anzuelos. Vaciló unos instantes, contemplando las trombas marinas. En esos momentos se hallaban a una milla y presentaban un aspecto comunal, terrorífico. Lo contemplaban como si se sintieran asombradas por la temeridad de ese insignificante humano a sus pies de gigantes de la naturaleza que la insolencia del anciano había frenado, por el momento. El océano había mudado de color, el azul había dado paso a un gris denso y oscuro, como fundiéndose con el cielo de tormenta que se avecinaba.

El anciano emitió una carcajada cuando otro trueno, más cercano, estalló en el aire como un cañonazo.

—¡No me atraparás! —gritó al viento—. ¡Aún no!

Acto seguido empujó la palanca hacia delante. El bote se deslizó por las agitadas olas al tiempo que el motor emitía un sonido semejante a una risa burlona y la proa se alzaba sobre la superficie para luego posarse sobre ella, surcando el océano a gran velocidad, dirigiéndose hacia un cielo despejado. Lejos, los postreros rayos de sol de aquel largo día de verano; unas millas más allá, la costa.

Como tenía por costumbre, el pescador permaneció en el agua hasta mucho después de que el sol se hubiera puesto. La tormenta se había dirigido mar adentro, causando quizás algún problema a los grandes buques portacontenedores que navegaban arriba y abajo por el estrecho de Florida. A su alrededor, el aire se había despejado, en el vasto y oscuro firmamento parpadeaban las primeras estrellas. Aún hacía calor, incluso en el agua, el aire que le rodeaba estaba impregnado de una humedad pegajosa. Hacía horas que el anciano había dejado de pescar y se hallaba sentado en la popa, sobre una nevera portátil, sosteniendo una botella de cerveza semivacía. Aprovechó la oportunidad para recordar que no tardaría en llegar el día en que el motor se calaría o él no sería capaz de girar la llave del mismo con la suficiente rapidez y una tormenta como la de esa tarde le daría su última lección. Se encogió de hombros. Se dijo que había vivido una existencia maravillosa, plena de éxitos y momentos felices, y todo debido al más asombroso capricho del azar.

«La vida es sencilla —pensó— cuando uno ha estado a punto de morir.»

Se volvió hacia el norte. Divisó un lejano resplandor procedente de Miami, a ochenta kilómetros. Pero la inmediata oscuridad que le circundaba parecía completa, aunque de una extraña contextura líquida. La atmósfera de Florida tenía una liviandad que, sospechaba, era resultado de la humedad persistente. A veces, cuando alzaba la vista al cielo, anhelaba la apretada claridad de la noche en su estado natal de Vermont. Allí la oscuridad le producía siempre la sensación de estar tensada hasta el límite a través del cielo.

Era el momento que él aguardaba en el agua, la oportunidad de contemplar la inmensa bóveda celeste sin la irritación de la luz y el ruido de la ciudad. La poderosa estrella polar, las constelaciones, que le resultaban tan familiares como la respiración de su esposa mientras dormía. No tenía dificultad en identificar los astros y su constancia le reconfortaba: Orión y Casiopea, Aries y Diana cazadora, Hércules, el héroe, y Pegaso, el caballo alado. Las más fáciles de identificar, la Osa Mayor y la Osa Menor, cuyos nombres había aprendido de niño, hacía más de setenta años.

Inspiró una bocanada de aire caliente y húmedo y habló en voz alta, adoptando el acento del profundo Sur, que no era el suyo pero que había pertenecido a una persona

que él había conocido —no durante mucho tiempo, pero a fondo.

—Muéstranos el camino a casa, Tommy —dijo.

Pronunció las palabras con tono cadencioso. Al cabo de más de cincuenta años, todavía le sonaban con la misma música campechana y risueña, al igual que antaño, a través del intercomunicador metálico del bombardero, el acento sureño que derrotaba incluso al estrépito procedente de los motores y del fuego antiaéreo.

Respondió en voz alta, como había hecho tantas veces.

—No os preocupéis, soy capaz de hallar la base con los ojos vendados.

Negó con la cabeza. «Salvo la última vez», se dijo. Entonces todos sus conocimientos y habilidad a la hora de interpretar los radiofaros, utilizar el método de estimación y señalar las estrellas con un octante no habían servido para nada. Oyó de nuevo la voz: «Muéstranos el camino a casa, Tommy.»

«Lo siento —dijo a los fantasmas—. En lugar de conducirlos de regreso a casa, os conduje a la muerte.»

Bebió otro trago de cerveza y apoyó el frío cristal de la botella en su frente. Con la otra mano se dispuso a sacar del bolsillo de la camisa una página que había arrancado del *New York Times* de esa mañana. Pero apenas sus dedos rozaron el papel, se detuvo, diciéndose que no necesitaba volver a leerlo. Recordaba los titulares: célebre educador muere a los 77 años; fue un personaje influyente entre los presidentes demócratas.

«Ahora soy la última persona que estuvo allí que sabe lo que ocurrió en realidad», se dijo.

Emitió un suspiro profundo. De pronto recordó una conversación con su nieto mayor, cuando el chico tenía once años y había acudido a él sosteniendo una fotografía. Era una de las pocas que el anciano tenía en aquel entonces de sí mismo cuando joven, no mucho mayor que su nieto. Se le vía sentado junto a un hornillo de hierro, enfrascado en la lectura. Al fondo se veía una litera de madera. De un improvisado tendedero colgaban prendas de ropa. Sobre la mesa, junto a él, había una vela apagada. Estaba muy delgado, casi cadavérico, y llevaba el pelo muy corto. Sus labios esbozaban una pequeña sonrisa, como si lo que estaba leyendo le resultara cómico.

—¿Cuándo te sacaron esta fotografía, abuelo? —le había preguntado su nieto.

—Durante la guerra, cuando era soldado.

—¿Qué hiciste?

—Iba a bordo de un bombardero. Al menos durante un tiempo. Luego fui un prisionero en espera de que terminara la guerra.

—Si fuiste soldado, ¿mataste a alguien, abuelo?

—Bueno, yo ayudaba a lanzar las bombas. Es probable que ellas hayan matado a personas.

—¿Pero no lo sabes?

—No. No lo sé con certeza.

Lo cual, desde luego, era mentira.

«¿Mataste a alguien, abuelo?», pensó el anciano.

Y en esos momentos respondió con sinceridad para sus adentros: «Sí, maté a un hombre, aunque no con una bomba lanzada desde el aire. Pero es una larga historia.»

Palpó a través del tejido de su camisa la esquila que guardaba en el bolsillo.

«Y ahora puedo contarla», pensó.

Volvió a alzar la vista al cielo y suspiró. Luego se afanó en localizar la estrecha ensenada que conducía a Whale Harbor. Conocía de memoria todas las boyas de navegación y cada faro que tachonaba la costa de Florida. Conocía las corrientes locales y las mareas, sentía cómo se deslizaba el bote y sabía si éste se desviaba aunque fuera mínimamente de su rumbo. Lo condujo a través de la oscuridad, navegando con lentitud y seguridad, con la confianza de un hombre que entra de noche en su propia casa.

El sueño recurrente del navegante

Acababa de despertar del sueño cuando el túnel que arrancaba debajo del barracón 109 se derrumbó. Estaba a punto de amanecer, y a partir de la medianoche había llovido, a ratos con fuerza. Era el mismo sueño de siempre, un sueño acerca de lo que le había ocurrido dos años antes, casi tan real como la realidad misma.

En el sueño, él no vio el convoy.

En el sueño, él no propuso dar la vuelta y atacar.

En el sueño, no cayeron abatidos por el fuego enemigo.

Y en el sueño, nadie murió.

Raymund Thomas Hart, un joven delgaducho, de carácter apacible y aspecto poco atractivo, el tercero en su familia después de su padre y su abuelo que llevaba el nombre de ese santo con esta curiosa grafía, yacía en su estrecho camastro en la oscuridad. Sentía su cuello bañado en sudor, aunque la atmósfera nocturna conservaba los restos del frío invernal. En los breves momentos antes de que los puntales de madera instalados dos metros y medio por debajo de la superficie cedieran debido al peso de la tierra empapada por la lluvia y el aire saturado de los silbatos y gritos de los guardias, Tommy escuchó la densa respiración y los ronquidos de los hombres que ocupaban las literas a su alrededor. Aparte de él, había siete personas en la habitación. Los individualizaba por los sonidos que emitían por las noches. Uno solía hablar en sueños, impartiendo órdenes a los miembros de la tripulación, los cuales habían muerto hacía tiempo; otro gemía y a veces sollozaba. Un tercero padecía asma y pasaba la noche resollando cuando el aire estaba muy húmedo. Tommy Hart sintió un escalofrío y se cubrió hasta el cuello con la delgada manta gris.

Repasó todos los detalles habituales del sueño, como si estuvieran proyectándolos en la oscuridad. En el sueño, volaban en absoluto silencio, sin que se percibiera el sonido de los motores, ni el ruido del viento, deslizándose a través del aire como si se tratase de un líquido transparente y dulce, hasta que oyó la voz típicamente tejana del capitán por el intercomunicador: «Maldita sea, chicos, no hay nada contra lo que merezca la pena disparar. Indícanos el rumbo a casa, Tommy.»

En el sueño, examinaba sus mapas y cartas, su octante y su calibrador, interpretaba el indicador de la dirección del viento y veía, como una gran línea de tinta roja trazada sobre la superficie de las olas azules del Mediterráneo, la ruta de regreso a casa. Y a puerto seguro.

Tommy Hart volvió a estremecerse.

Era de noche y tenía los ojos abiertos, pero contempló el sol reflejado en las nubes bajo sus párpados. Durante unos instantes deseó que hubiera una forma de convertir el sueño en realidad, y luego la realidad en un sueño, así de fácil y agradable. No parecía un deseo disparatado. «Sigue los pasos indicados —pensó—. Rellena todos los formularios militares por triplicado. Navega a través de la burocracia del ejército. Saluda con energía y haz que el comandante firme la solicitud. Solicitud de traslado, señor: del sueño a la realidad. De la realidad al sueño.»

En cambio, después de oír las órdenes del capitán, Tommy había avanzado arrastrándose hacia el cono de plexiglás del morro del B-25 para echar un último vistazo y para tratar de divisar alguna señal de referencia en la costa de Sicilia, para cerciorarse de la situación de la nave. Volaban a poca altura, a menos de doscientos pies sobre el océano, fuera del alcance de los radares alemanes, y avanzaban a más de cuatrocientos kilómetros por hora. Debería haber sido una experiencia tremendamente excitante, seis jóvenes a bordo de un bólido en una carretera vecinal llena de curvas, tras dejar atrás sus inhibiciones junto con el caucho de los neumáticos. Pero no era así. Era arriesgado, como patinar con cautela sobre un lago cubierto de una capa de hielo delgada y quebradiza.

Tommy se introdujo en el cono, junto al visor de bombardeo y donde estaban montadas las dos ametralladoras del calibre cincuenta. Durante unos momentos, Tommy tuvo la impresión de volar solo, suspendido sobre el vibrante azul de las olas, surcando el aire, aislado del resto del mundo. Oteó el horizonte, buscando algo que le resultara familiar, algo que sirviera de referencia en el mapa para hallar la ruta de regreso a la base. Buena parte de la navegación se realizaba mediante el método de estimación.

Sin embargo, en lugar de ver una cordillera que le indicara la posición de la nave, lo que divisó en la periferia de su campo visual fue la inconfundible silueta de la fila de barcos mercantes y un par de destructores que navegaban en círculos como perros pastores vigilando a su rebaño.

Dudó tan sólo unos instantes, al tiempo que realizaba apresurados cálculos mentales. Habían volado durante más de cuatro horas y se hallaban al término de su misión ofensiva. La tripulación estaba cansada, ansiosa de llegar a la base. Los dos destructores poseían temibles defensas, incluso para los tres bombarderos que volaban ala con ala

bajo el sol del mediodía. Entonces se dijo Tommy: «Regresa a tu lugar y no digas nada. Los barcos mercantes desaparecerán dentro de unos segundos y nadie se enterará de lo ocurrido.» Pero hizo lo que le habían enseñado. Escuchó su voz como si no la reconociera.

—Capitán, he localizado unos objetivos frente al ala de estribor, a unos ocho kilómetros.

De nuevo se produjo un breve silencio, antes de que Tommy oyera la respuesta:

—¡Maldita sea! ¡Que me aspen! Es usted un ángel, Tommy. Recuérdeme que le lleve al oeste de Tejas e iremos a cazar juntos. ¡Menudo par de ojos tiene! Con esa vista de lince, estas liebres no se nos escaparán. Hoy las comeremos estofadas. No existe nada más sabroso en el mundo, chicos...

Si el capitán añadió algo, Tommy Hart no llegó a oírlo debido al fragor de los motores mientras reptaba con rapidez a través del estrecho túnel hacia el centro de la nave, para dejar que el bombardero ocupara su lugar en el morro. Tommy sabía que el *Lovely Lydia* seladeaba con lentitud a la derecha, y sabía que su movimiento era imitado por *The Randy Duck*, situado a su izquierda y por *Green Eyes*, junto al ala de estribor. Se instaló de nuevo en el pequeño asiento de metal justo detrás del piloto y el copiloto, y volvió a examinar sus mapas. «Éste no es el momento oportuno», pensó. Le hubiera gustado cumplir la labor del bombardero, pero ellos eran los jefes de vuelo, gracias a lo cual habían obtenido otro tripulante para aquella salida. Si se ponía de pie, podía mirar por la ventanilla ente los dos hombres que pilotaban el avión, pero Tommy sabía que debía esperar hasta los últimos segundos antes de hacerlo. A algunos aviadores les gustaba ver cómo el objetivo se alzaba ante ellos. A Tommy, eso siempre le daba la impresión de mirar a la muerte cara a cara.

—¿Preparado bombardero? —La voz del capitán sonaba más aguda, pero no parecía agobiado—. No tardaremos en zamparnos a esos chicos, así que no perdamos tiempo.

Emitió una carcajada, cuyo eco resonó a través del intercomunicador. El capitán era muy apreciado por sus hombres, el tipo de persona que siempre ponía una nota de humor seco y ligero incluso en las situaciones más duras, que sabía aplacar los temores evidentes de su tripulación con esa voz tejana que nunca sonaba enojada, ni siquiera ligeramente irritada, incluso cuando estallaba el fuego antiaéreo en torno al avión y pequeños fragmentos de metralla candente impactaban contra la estructura metálica del Mitchell como insistentes golpes en la puerta de un vecino pelmazo y furioso. Pero Tommy sabía que los temores menos claros nunca podían ser eliminados del todo.

Tommy cerró los ojos a la noche, tratando de desterrar esos recuerdos. Pero no lo consiguió. Nunca lo conseguía.

Volvió a oír la voz del capitán: «De acuerdo, chicos. Allá vamos. ¿Qué es lo que dicen nuestros amigos los ingleses? *Tally ho!* ¿Alguno de vosotros sabe lo que significa?»

Los dos motores de catorce cilindros Wright Cyclone no tardaron en protestar cuando el capitán los accionó más allá de la línea roja. La velocidad máxima del Mitchell era de 455 km/h, pero Tommy sabía que habían sobrepasado ese límite. Descendieron alejándose del sol lo mejor que pudieron, volando a escasa altura contra el horizonte y, según supuso Tommy, presentando una silueta negra y bien definida en el punto de mira de todos los cañones del convoy.

El *Lovely Lydia* se estremeció ligeramente al abrirse las compuertas de las bombas, y otra vez, debido a la sacudida producida por la repentina ráfaga de fuego, cuando los cañones que les aguardaban dispararon contra ellos. En el aire flotaban nubes negras y los motores aullaron en señal de desafío. El copiloto gritó unas palabras incomprensibles mientras el avión se lanzaba a toda velocidad hacia la fila de barcos. Tommy se levantó por fin de su asiento para mirar a través de la ventanilla de la cabina, aferrado a una barra de hierro para no perder el equilibrio. Durante un instante, divisó al primero de los destructores alemanes, arrastrando una estela semejante a una cola blanca. Cuando efectuó un repentino giro, casi como la pirueta de un bailarín, se alzó en el aire el humo de todos sus cañones.

El *Lovely Lydia* recibió un impacto y otro. Su rumbo se vio desviado. Tommy sintió que se le secaba la garganta y de sus labios brotó un sonido, entre grito y gemido, mientras observaba los esfuerzos desesperados de la columna de barcos por escapar de la trayectoria del bombardero.

—¡Dejad que se vayan! —gritó, pero su voz fue sofocada por el aullido de los motores y el estrépito del fuego antiaéreo que estallaba alrededor. El avión portaba seis bombas de 225 kg cada una, y la técnica empleada en el bombardeo de un convoy era similar a la utilizada cuando se dispara un rifle del 22 contra una hilera de patos de feria, salvo que los patos no podían devolver el fuego. El bombardero haría caso omiso del visor Norden, que en realidad no era muy preciso: apuntaba a ojo contra cada objetivo, lanzaba una bomba, causando una pequeña sacudida al avión, y apuntaba contra el próximo objetivo. Todo era muy rápido y terrorífico.

Cuando las cosas se hacían como es debido, las bombas rebotaban en la superficie del agua y salían despedidas hacia el objetivo como una bola al ser lanzada por la bolera. El bombardero —un joven imberbe de veintidós años, que se había criado en una granja en Pensilvania, cazando ciervos en los frondosos bosques de las zonas rurales— desempeñaba su trabajo a la perfección, con frialdad y templanza, sin pensar en que cada

fracción de segundo les aproximaba a su muerte y la de sus compañeros, al igual que ellos brindaban la proximidad de la muerte a sus enemigos.

—¡Una lanzada! —exclamó la voz procedente del morro del avión a través del intercomunicador, como si gritara desde un campo lejano—. ¡Dos! ¡Tres!

El *Lovely Lydia* se estremecía de proa a popa, al lanzar las bombas.

—¡Todas lanzadas! ¡Sáquenlos de aquí, capitán!

Los motores aullaron de nuevo cuando el capitán accionó la palanca hacia atrás, elevando el bombardero en el aire.

—¡Torreta posterior! ¿Qué ves?

—¡Por todos los santos, capitán! ¡Hemos alcanzado un objetivo! ¡No, tres! ¡No, mejor que eso, cinco objetivos! ¡Jesús! ¡Dios santo, no! ¡Han alcanzado al *Duck*! ¡Dios! ¡Y al *Green Eyes* también!

—Calma, chicos —había respondido el capitán—. Estaremos de regreso en casa a la hora de cenar. ¡Compruébalo, Tommy! ¡Dime qué ves ahí atrás!

El *Lovely Lydia* tenía una pequeña burbuja de plexiglás en el techo, que el navegante utilizaba como puesto de observación, aunque Tommy prefería situarse en el morro. Había un pequeño peldaño de metal que le daba acceso a la burbuja y, al volverse, Tommy vio unas gigantescas espirales negras de humo que brotaban de la media docena de barcos que formaban el convoy, así como las rojas llamaradas que envolvieron a un petrolero. Pero acto seguido percibió otra cosa que le llamó la atención más aún que el éxito de la misión: no la velocidad, ni el rugido de los motores ni el muro de proyectiles por el que acababan de atravesar, sino el inconfundible color naranja rojizo de unas llamas que surgían del motor de babor y lamían la superficie del ala.

—¡A babor! ¡A babor! ¡Fuego! —había gritado por el intercomunicador.

Pero el capitán había respondido con calma:

—Ya sé que les hemos alcanzado. Buen trabajo, bombardero.

—¡No, maldita sea, capitán, somos nosotros!

Las llamas brotaban de la carlinga, y trazaban franjas rojizas en el aire azul, y una humareda negra se alborotaba con el viento. Tommy se dio por muerto. Al cabo de un par de segundos, a lo más cinco o diez, las llamas alcanzarían la línea de combustible, se propagarían hasta el depósito en el ala y todo volaría por los aires.

En aquel instante dejó de sentir miedo. Le produjo una sensación extrañísima contemplar algo que ocurría más allá de su control y que no era otra cosa que su propia muerte. Experimentó una leve irritación, como si se sintiera frustrado por no poder hacer nada por remediarlo, pero se resignó. Al mismo tiempo sintió una curiosa y distante

sensación de soledad y preocupación por su madre y su hermano, que se hallaba en algún lugar del Pacífico, y su hermana y la mejor amiga de su hermana, que vivía a unos metros de ellos, en Manchester, y a quien amaba con dolorosa e insistente intensidad, sabiendo que todos ellos sufrirían más y durante más tiempo que él, porque la inminente explosión sería, al fin y al cabo, rápida y decisiva. Y en su sueño oyó por última vez la voz del capitán: «¡Calma, chicos, trataremos de zambullirnos en el agua!» Y el hermoso *Lovely Lydia* empezó a descender en picado, tratando de alcanzar las olas que constituían su única salvación, zambullirse en el agua y extinguir el fuego antes de que el avión estallara.

Tommy tenía la sensación de que el mundo que le rodeaba no gritaba palabras de memoria, ni sonidos pertenecientes a la Tierra, sino que emitía el crepitante sonido de un infernal círculo de mortíferas llamas. Siempre se había jurado que si caían en el mar, él se colocaría detrás del respaldo corredizo de acero reforzado del asiento del copiloto, pero no tuvo tiempo. En lugar de ello, se aferró con desesperación a una tubería del techo, a punto de zambullirse en las azules aguas del Mediterráneo a casi quinientos kilómetros por hora, presentando en aquellos terroríficos momentos el aspecto de un apacible ciudadano de Manhattan que regresa a casa, sujetándose a una manilla del metro mientras espera con paciencia su parada.

Volvió a estremecerse en su litera.

Recordaba a la perfección al sargento gritando en la torreta. Tommy había avanzado un paso hacia el artillero porque sabía que éste se hallaba atrapado en su asiento y que el muelle del cinturón de seguridad no funcionaría, atascado por el impacto, y el hombre gritaba pidiendo auxilio. Pero en aquel segundo, Tommy había oído gritar al capitán: «¡Sal de ahí, Tommy! ¡Aléjate de ahí! ¡Yo ayudaré al artillero!» Los otros no emitían el menor sonido. La orden del capitán fue lo último que oyó a los tripulantes del *Lovely Lydia*. Le había sorprendido comprobar que la escotilla lateral se había abierto y que su chaleco salvavidas había funcionado, permitiéndole flotar en el agua, como un juguete de corcho. Se había alejado del avión utilizando las manos a modo de remos; luego había girado el cuello, esperando ver salir a los otros, pero no apareció nadie.

—¡Salid de ahí! ¡Salid de ahí! ¡Por favor, salid de ahí!

Y luego había quedado flotando, esperando.

Al cabo de unos segundos, el morro del *Lovely Lydia* se había sumergido en el agua, deslizándose silenciosamente bajo la superficie, dejándolo solo en medio del océano.

Esto siempre le había inquietado. El capitán, el copiloto, el bombardero y los dos artilleros siempre le habían parecido mucho más ágiles y rápidos que él. Eran jóvenes y atléticos, dotados de una excelente coordinación e inteligentes. Eran rápidos y eficientes,

tan hábiles a la hora de disparar una ametralladora como de encestar una pelota o de correr a gran velocidad por un campo de béisbol. Ellos eran los auténticos militares a bordo del *Lovely Lydia*, mientras que él se consideraba un simple estudiante amante de los libros, demasiado delgado, un tanto torpe, aunque dotado para las matemáticas y que sabía utilizar una regla de cálculo, que se había criado observando las estrellas en el firmamento que cubría su casa, allá en Vermont, y así, más por azar que por vocación patriótica, se había hecho navegante de un bombardero. Se consideraba un mero elemento del equipo, un apéndice del vuelo, mientras que los otros eran auténticos aviadores y combatientes, protagonistas de la batalla.

No comprendía por qué había sobrevivido mientras que los más fuertes habían perecido.

Flotó a la deriva, solo, por espacio de casi veinticuatro horas, mientras la sal marina se mezclaba con sus lágrimas, al borde del delirio, sumido en la desesperación, hasta que un bote de pesca italiano lo rescató. Lo tripulaban unos hombres toscos que le habían tratado con sorprendente delicadeza. Lo habían tapado con una manta y le habían ofrecido un vaso de vino tinto. Tommy recordaba aún el escozor que éste le había producido en la garganta. Cuando llegaron a tierra, lo habían entregado sumisamente a los alemanes.

Eso era lo que había sucedido en realidad. Pero en su sueño, la verdad resultaba suplantada siempre por una realidad más alegre, en la que todos estaban vivos, reunidos bajo el ala del *Lovely Lydia*, contando chistes sobre los comerciantes árabes que vendían sus mercancías junto a su polvorienta base en el norte de África, y alardeando de lo que harían con sus vidas, sus novias y sus esposas cuando regresaran a Estados Unidos. Tommy solía pensar, cuando éstos aún vivían, que los tripulantes del *Lovely Lydia* eran los mejores amigos que había tenido jamás, y en ocasiones se decía que, cuando la guerra terminara, no volverían a encontrarse. No se le había ocurrido que no volvería a verlos porque todos menos él morirían.

Tendido en su litera, pensó: «Siempre estarán conmigo.»

Uno de los prisioneros se movió en su camastro; los listones de madera crujieron y sofocaron las palabras del hombre que hablaba en sueños.

«Yo he sobrevivido y ellos han muerto.»

Con frecuencia Tommy maldecía sus ojos, por haberlos traicionado a todos al divisar el convoy. Llegó a pensar que si hubiera nacido ciego, en lugar de dotado de una vista muy aguda, los otros estarían vivos. Sabía que era inútil pensar eso. En vez de ello, se juró que si sobrevivía a la guerra, un día iría al oeste de Tejas y, una vez allí, recorrería los montes y arroyos de aquel escabroso territorio, empuñaría un rifle y se dedicaría a

cazar liebres: todas las liebres que divisara. Tommy se imaginó cazando decenas, centenares, miles, organizando una auténtica matanza de liebres, hasta caer rendido en el suelo, con las municiones agotadas y el rifle humeante. Habría liebres suficientes para que su capitán comiera estofado de liebre durante una eternidad.

Sabía que no podría volver a conciliar el sueño.

Así pues, permaneció acostado boca arriba, escuchando el batir de la lluvia sobre el tejado metálico, que resonaba como disparos de rifle. Mezclado con ese sonido oyó un ruido grave y distante. Al cabo de unos momentos, unos estridentes silbatos y gritos frenéticos, todos en el inconfundible y colérico alemán de los guardias del campo de prisioneros. Se levantó de la litera y se dispuso a calzarse las botas cuando oyó los golpes en la puerta del barracón y «*Raus! Raus! Schnell!*» En el recinto de revista de tropas haría frío, de modo que se puso su vieja cazadora de cuero de aviador. Los demás hombres se vistieron con rapidez, enfundándose su ropa interior de lana y sus botas de aviador gastadas y rotas, al tiempo que las primeras insinuaciones del amanecer se filtraban a través de las sucias ventanas del barracón. En su prisa por vestirse, Tommy perdió de vista al *Lovely Lydia* y a su tripulación, dejando que se desvanecieran en la parte cercana de su memoria mientras él corría a unirse a los hombres que salían a la gélida y húmeda atmósfera matutina del Stalag Luft 13.

El teniente Tommy Hart restregó los pies sobre el barro marrón claro del recinto de revista de tropas. Las quejas habían comenzado poco después del toque de llamada —*Appell*, en alemán—, y cada vez que pasaba un guardia, los hombres se ponían a silbar y a protestar.

En general, los alemanes no hacían caso. De vez en cuando un *Hundführer*, acompañado por su agresivo pastor alemán, se volvía hacia los grupos de hombres y hacía ademán de soltar al perro, lo cual conseguía acallar a los aviadores durante unos minutos. El *Oberst* Edward von Reiter, de la Luftwaffe, comandante del campo, había revisado por encima las formaciones unas horas antes, deteniéndose sólo al ser abordado por el coronel estadounidense Lewis MacNamara, quien le había lanzado una andanada de quejas. Von Reiter lo había escuchado durante unos treinta segundos, tras lo cual le había saludado sin mayores ceremonias, tocando la visera de su gorra con la fusta de montar, e indicando al coronel que ocupara de nuevo su lugar a la cabeza de los grupos de hombres. Luego, sin dirigir otra mirada a la formación de aviadores, se había encaminado hacia el barracón 109.

Los *kriegies* protestaron y asestaron patadas en el suelo, mientras el día despuntaba en derredor. Los prisioneros se apodaban entre sí *kriegies*, una abreviatura del término alemán *Krieggefangene*, «prisionero de guerra». Esperar de pie resultaba aburrido y

agotador. Aunque estaban acostumbrados a ello, lo detestaban.

Había casi diez mil prisioneros de guerra en el campo, repartidos entre dos recintos, norte y sur. Los aviadores estadounidenses —todos oficiales— se hallaban en el recinto sur, mientras que los británicos y otros aliados estaban situados en el recinto norte, a medio kilómetro de distancia. El tránsito entre ambos campos, aunque no infrecuente, era un tanto difícil. Se precisaba un escolta, un guardia armado y un poderoso motivo. Por supuesto, éste podía inventarse mediante el rápido intercambio de un par de cigarrillos pasados a uno de los hurones, que era como los *kriegies* llamaban a los guardias que patrullaban los campos, armados tan sólo con unas barras de acero, semejantes a espadas, que utilizaban para clavarlas en el suelo. A los guardias con los perros los llamaban por sus nombres, porque los perros infundían miedo a todo el mundo. El campo carecía de muros, pero cada recinto estaba rodeado por una valla de seis metros de altura. Dos hileras de alambre de espino se enrollaban en concertina a ambos lados de una valla de tela metálica. Cada cincuenta metros a lo largo de la valla se alzaba el recio mazacote de una torre de madera. Las vallas estaban custodiadas todo el día por guardias hoscos e insobornables, auténticos gorilas armados con metralletas Schmeisser que llevaban colgadas del cuello.

A tres metros de la alambrada principal, por la parte interior, los alemanes habían suspendido un delgado cable de alambre sobre postes de madera. Ése era el límite. Cualquiera que lo cruzara era sospechoso de tratar de escapar y abatido a tiros. En todo caso, eso era lo que el comandante de la Luftwaffe comunicaba a cada prisionero que llegaba al Stalag Luft 13. En realidad los guardias permitían que un prisionero, vestido con una blusa blanca con una cruz roja en el centro, bien visible, corriera detrás de una pelota de béisbol o de fútbol cuando ésta rodaba hasta la valla exterior, aunque a veces, para divertirse, animaban a un prisionero a que persiguiera a la pelota de marras, tras lo cual disparaban una breve ráfaga al aire sobre su cabeza o en el suelo a sus pies. Una de las actividades favoritas de los *kriegies* era caminar por el perímetro del campo de prisioneros; los aviadores efectuaban interminables vueltas en torno al mismo.

El sol de mayo se alzó rápidamente, caldeando los rostros de los hombres reunidos en el recinto de revista de tropas. Tommy Hart calculó que llevaban casi cuatro horas de pie en formación, mientras una constante procesión de soldados alemanes desfilaron ante ellos, dirigiéndose hacia el túnel que se había derrumbado. Los soldados rasos portaban palas y picos. Los oficiales mostraban el ceño fruncido.

—Es la maldita madera —dijo una voz entre la formación—. Al mojarse se pudre y ha acabado por venirse abajo.

Tommy Hart se volvió y comprobó que quien hablaba era un hombre delgado,

oriundo del oeste de Virginia, copiloto de un B-17, al que había educado su padre, que trabajaba en las minas de carbón. Tommy suponía que el virginiano, cuya voz nasal revelaba un profundo desprecio, era un experto en planear fugas. Los hombres con conocimientos sobre la tierra —agricultores, mineros, excavadores e incluso el director de una funeraria que había sido abatido cuando volaba sobre Francia y que vivía en el barracón contiguo— eran reclutados para colaborar en esa iniciativa a las pocas horas de su llegada al Stalag Luft 13.

Él no había hecho ningún intento de fugarse del campo de prisioneros. A diferencia de la mayoría de los cautivos, no tenía muchas ganas. No es que no deseara ser libre, pero sabía que para fugarse tenía que meterse en un túnel.

Y no estaba dispuesto a hacerlo.

Suponía que su fobia a los espacios cerrados provenía del día en que sin querer había quedado encerrado en un armario del sótano cuando tenía cuatro o cinco años. Una docena de angustiosas horas pasadas en la oscuridad, con un calor sofocante y bañado en lágrimas, oyendo la lejana voz de su madre llamándole pero incapaz de articular palabra debido al terror que lo atenazaba. Es probable que no hubiera podido definir ese temor, que no le había abandonado desde aquel día, con la palabra «claustrofobia», pero de eso se trataba. Tommy se había alistado en las fuerzas aéreas en parte porque incluso en el reducido espacio de un bombardero no tenía la sensación de estar encerrado. La idea de hallarse en el interior de un tanque o un submarino le parecía más aterradora que el peligro de las balas enemigas.

Por lo tanto, en el extraño e inestable ámbito del Stalag Luft 13, Tommy Hart sabía una cosa: si alguna vez conseguía salir, sería por la puerta principal, ya que jamás accedería a meterse en un túnel por su propia voluntad.

Eso le hacía verse a sí mismo como alguien resignado a esperar que terminara la guerra pese a los rigores del Stalag Luft 13. De vez en cuando le adjudicaban el papel de espía, que consistía en ocupar una posición desde la cual podía vigilar a uno de los hurones, ejes de un primitivo sistema de advertencia concebido por los oficiales de seguridad del campo. Cualquier alemán que se moviera dentro del campo era seguido y observado sin cesar por una red de vigilantes que se comunicaban con un código de señales. Como es lógico, los hurones sabían que eran observados, y, por consiguiente, trataban de eludir ese sistema de seguridad, modificando de continuo rutas y trayectos.

—¡Eh! ¡Fritz Número Uno! ¿Cuánto tiempo van a tenernos aquí de pie?

Esta voz exhalaba un inconfundible tono de autoridad. El hombre al que pertenecía era un capitán, piloto de un avión de transporte de mercancías de Nueva York. La andanada iba dirigida contra un alemán, vestido con un mono gris y una gorra de

campana, encasquetada hasta la frente, que constituía el uniforme de los hurones. Había tres hurones con el nombre de Fritz a quienes llamaban por su nombre de pila y número, cosa que les irritaba sobremanera.

El hurón se volvió y lo miró. Luego se acercó al capitán, que permanecía en posición de descanso en la primera fila. Los alemanes obligaban a la formación a agruparse en filas de cinco hombres, pues les resultaba más fácil contarlos.

—Si no excavaran, capitán, no tendrían necesidad de permanecer aquí de pie —repuso el alemán en un inglés excelente.

—Maldita sea, Fritz Número Uno —replicó el capitán—. No hemos estado excavando. El incidente se debe sin duda a que su asqueroso alcantarillado se ha desplomado. Nosotros podríamos enseñarles a construirlo.

El alemán meneó la cabeza.

—No, *Kapitän*, era un túnel. Es absurdo tratar de escapar. En esta ocasión ha costado la vida a dos hombres.

La noticia silenció a los aviadores.

—¿Dos hombres? —inquirió el capitán—. Pero ¿cómo es posible?

El hurón se encogió de hombros.

—Estaban excavando. La tierra cedió. Quedaron atrapados. Sepultados. Una desgracia.

El alemán alzó un poco la voz, contemplando fijamente la formación de sus enemigos.

—Es estúpido. *Dummkopf*. —Acto seguido se agachó y cogió un puñado de barro, que estrujó entre sus dedos largos y casi femeninos—. Esta tierra es buena para plantar. Cultivar productos. Es buena. Buena para los juegos que ustedes practican. Ésa también es buena... —agregó señalando el recinto del campo de ejercicios—. Pero no lo bastante resistente para túneles. —El hurón se volvió hacia el capitán—. No volverá a volar, *Kapitän*, hasta después de la guerra. Si sobrevive.

El capitán neoyorquino lo observaba con insistencia.

—Eso ya lo veremos —respondió al cabo de unos momentos.

El hurón le saludó perezosamente y echó a andar, deteniéndose al llegar al extremo de la formación, donde cruzó unas palabras con otro oficial. Tommy Hart se inclinó hacia adelante y observó que Fritz Número Uno había extendido la mano, con la que tomó apresuradamente un par de pitillos. El hombre que se los entregó era un capitán de bombardero, un hombre flaco, bajo y risueño de Greenville, Misisipí, llamado Vincent Bedford. Era el negociador más experto de la formación y todos lo llamaban Trader Vic,

como el dueño del célebre restaurante.

Bedford hablaba nerviosamente y con un marcado acento sureño. Era un magnífico jugador de póquer y un más que pasable *shortstop* de ligas menores. Había sido vendedor de coches, lo cual encajaba con su personalidad. Pero lo que mejor hacía era negociar en el Stalag Luft 13, trocando cigarrillos, chocolatinas y botes de café auténtico, que llegaban en paquetes de la Cruz Roja o de Estados Unidos, por ropa y otros artículos. O bien aceptaba ropa que no necesitaban y la cambiaba por comida. Ningún trato era demasiado difícil para Vincent Bedford, y casi nunca salía perdiendo. Y en el caso poco frecuente de que saliera malparado, su instinto de jugador le permitía recuperar las pérdidas. Una partida de póquer solía reponer sus existencias con tanta eficacia como un paquete enviado de casa. Bedford negociaba también con otros artículos; siempre se enteraba de los últimos rumores, siempre averiguaba antes que nadie las últimas noticias de la guerra. Tommy Hart suponía que mediante sus tratos se había conseguido una radio, aunque no lo sabía con certeza. Lo que sí sabía era que Vincent Bedford era un prisionero del barracón 101 con quien convenía trabar amistad. En un mundo en el que los hombres apenas poseían nada, Vincent Bedford había amasado una fortuna para estar confinado en un campo de prisioneros, haciendo acopio de grandes cantidades de café, comida, calcetines de lana, ropa interior de abrigo y cualquier otro objeto que hiciera más llevadera la vida allí.

Las pocas veces en las que Trader Vic no estaba consumando algún trato, Bedford se lanzaba a grandilocuentes e idílicas descripciones de la pequeña población de la que provenía, expresándose con el dulce acento del sur profundo, lentamente, con ternura. Las más de las veces, los otros aviadores le decían que después de la guerra se trasladarían todos a Greenville, con el fin de hacerle callar, porque esos comentarios sobre el hogar, por elegíacos que fueran, propiciaban siempre una nostalgia peligrosa. Todos los hombres del campo vivían al borde de la desesperación, y el hecho de pensar en su país no les beneficiaba, aunque casi no pensaban en otra cosa.

Bedford observó al hurón alejarse unos pasos, tras lo cual se volvió y murmuró algo al siguiente hombre en la formación. La noticia tardó unos segundos en recorrer el grupo y llegar a la siguiente fila.

Los hombres que habían quedado atrapados se llamaban Wilson y O'Hara. Ambos eran importantes «ratas de túneles». Tommy Hart conocía a O'Hara sólo de una manera superficial; el desdichado prisionero ocupaba una litera en su barracón, aunque en otro dormitorio, de modo que no era sino uno más de los doscientos rostros hacinados allí. Según la información que susurraban los *kriegies* de una fila a otra, ambos hombres habían descendido al túnel a última hora de la noche anterior, y estaban reforzando los

puntales cuando la tierra cedió. Habían quedado sepultados vivos.

Según la información recabada por Bedford, los alemanes habían decidido dejar los cadáveres en el lugar donde el suelo se había desplomado sobre ellos.

Los susurros no tardaron en dar paso a airadas voces de protesta. Las formaciones de los prisioneros adoptaron un carácter más sinuoso a medida que las filas se enderezaron y los hombres se cuadraron. Sin que nadie diera la orden, todos adoptaron la posición de firmes.

Tommy Hart hizo lo propio, no sin antes echar un vistazo a las filas hasta localizar a Trader Vic. Lo que vio lo dejó perplejo y un tanto preocupado por algo, un detalle huidizo, que no logró identificar.

En éstas, antes de que tuviera tiempo de descifrar qué le había llamado la atención, el capitán neoyorquino gritó:

—¡Criminales! ¡Malditos asesinos! ¡Salvajes!

Otras voces en la formación se hicieron eco del mensaje y los gritos de indignación llenaron el recinto.

El coronel se situó a la cabeza de la formación, volviéndose para mirar a los hombres con una expresión que exigía disciplina, aunque sus ojos grises y fríos y la crispación de su mandíbula denotaban una furia contenida. Lewis MacNamara era un veterano del ejército, un coronel con el colmillo retorcido que llevaba más de veinte años vistiendo el uniforme, que rara vez tenía que alzar la voz y estaba acostumbrado a que le obedecieran. Era un hombre envarado, que consideraba su cautiverio como otra de una larga lista de misiones militares. Cuando MacNamara adoptó la posición de descanso frente a los *kriegies*, con las piernas ligeramente separadas y las manos enlazadas a la espalda, un par de gorilas amartillaron sus armas, un gesto más que nada de amenaza, pero con la suficiente determinación para que los prisioneros vacilaran y enmudecieran poco a poco.

Nadie creía realmente que los gorilas fueran a disparar contra las formaciones de aviadores. Pero tampoco se podía estar seguro.

La aparición del comandante del campo, seguido por dos ayudantes que caminaban con cautela pisando el barro con sus lustrosas botas de montar, provocó silbidos y abucheos. Von Reiter no hizo caso. Sin decir una palabra al coronel, el comandante se dirigió a las formaciones:

—Ahora realizaremos el recuento. Luego pueden romper filas.

Tras hacer una pausa, el comandante añadió:

—¡En el recuento faltarán dos hombres! ¡Qué estupidez!

Los aviadores guardaron silencio, en posición de firmes.

—¡Este es el tercer túnel en un año! —prosiguió Von Reiter—. ¡Pero es el primero que ha costado la vida a dos hombres! —gritó con un tono lleno de frustración—. ¡No toleraremos más intentos de fuga!

Se detuvo y contempló a los hombres. Luego alzó un dedo huesudo y señaló como un viejo y arrugado maestro de escuela a sus díscolos alumnos.

—¡Nadie ha conseguido nunca fugarse de mi campo! ¡Jamás! ¡Y nadie lo conseguirá!

Se detuvo de nuevo, observando a los *kriegies* agrupados.

—Quedan advertidos —concluyó.

En el momentáneo silencio que se hizo entre las formaciones de hombres, el coronel MacNamara avanzó un paso. Su voz tenía el mismo tono autoritario que el de Von Reiter. La espalda rígida y su postura era un ejemplo de perfección militar. Paradójicamente, el hecho de que su uniforme estuviera raído y deshilachado no hacía sino poner más de relieve su porte.

—Quisiera aprovechar esta oportunidad para recordar al *Oberst* que todo oficial tiene el deber de tratar de escapar del enemigo.

Von Reiter alzó una mano para interrumpir al coronel.

—No me hable de deber —replicó—. Fugarse está *verboten*.

—Este deber, este «requisito», no es distinto para los aviadores de la Luftwaffe apresados por nuestro bando —añadió MacNamara alzando la voz—. ¡Y si un aviador de la Luftwaffe muriera en el intento, sería enterrado por sus camaradas con honores militares!

Von Reiter frunció el ceño y se dispuso a responder, pero se detuvo. Asintió ligeramente con la cabeza. Ambos hombres se miraron de hito en hito, como si lucharan por algo que se interponía entre ellos. El afán de imponer ambos su voluntad.

Entonces el comandante indicó a MacNamara que lo acompañara, volviéndose de espaldas a los hombres formados. Los dos oficiales desaparecieron al unísono hacia la puerta que conducía al edificio de oficinas del campo. Al instante unos hurones se colocaron a la cabeza de cada formación y los aviadores iniciaron la acostumbrada y laboriosa labor de recuento. A mitad del mismo, los *kriegies* percibieron la primera explosión grave y sonora, al tiempo que unos zapadores alemanes colocaban las cargas a lo largo del túnel que se había desplomado, llenándolo con la tierra arenosa y amarilla que había segado la vida de dos hombres. Tommy Hart pensó que era absurdo, o cuando menos injusto, alistarse como aviador para surcar el aire diáfano y limpio, por peligroso que fuera, para morir solo y asfixiado, atrapado a más de dos metros bajo tierra. No obstante, se abstuvo de manifestarlo en voz alta.

El túnel que arrancaba del barracón 109 había sido ocultado debajo de un lavabo. Tras descender, doblaba hacia la derecha y se prolongaba en dirección a la alambrada. De los cuarenta barracones del recinto, el 109 era el segundo más cercano al perímetro. Para alcanzar la oscura línea de altos abetos que señalaba el límite de un frondoso bosque bávaro, era preciso cavar un túnel de más de cien metros. Habían logrado construir una tercera parte. De los otros tres que habían sido excavados durante el año anterior, éste era el que había llegado más lejos y ofrecía más esperanzas.

Al igual que todos los *kriegies*, Tommy Hart se había acercado a mediodía al límite del mismo a fin de contemplar los restos del túnel, tratando de imaginar lo que debieron experimentar los dos hombres atrapados. Los zapadores habían removido la tierra, manchando la hierba con un lodo parduzco y sembrándola de cráteres en los lugares donde las explosiones habían hecho derrumbarse el techo. Una partida de guardias había vertido cemento fresco en la entrada del túnel en el barracón 109.

Tommy suspiró. Cerca de él había otros dos pilotos de aviones B-17, abrigados con gruesas cazadoras forradas de borrego, pese a la suave temperatura, contemplando el escurridizo panorama.

—No parece que esté tan lejos —comentó uno.

—No, queda cerca —murmuró su compañero.

—Muy cerca —apostilló el primer piloto—. Te metes en el bosque, caminas entre los árboles hasta la carretera que conduce a la ciudad y ya estás. Sólo tienes que llegar a la estación y localizar una vía férrea que se dirija hacia el sur. Luego saltas a un tren de mercancías que se dirija a Suiza y lo has conseguido. ¡Ánimo! Queda muy cerca.

—No queda cerca —les contradijo Tommy Hart—. Sube a la torre norte y lo comprobarás.

Tras dudar unos instantes, los dos hombres asintieron con la cabeza, como si también supieran que sus ojos los traicionaban. La guerra tiene la facultad de reducir o ampliar las distancias, según la amenaza que suponga desplazarse a través de un espacio erizado de peligros. Siempre es difícil ver con claridad, pensó Tommy, sobre todo cuando uno se juega la vida.

—No obstante me gustaría tener una oportunidad, por pequeña que fuera —dijo uno de los hombres. Era algo mayor que Tommy y más corpulento. No se había afeitado y llevaba su gorra de campaña encasquetada hasta las cejas—. Sólo una oportunidad. Si consiguiera alcanzar el otro lado, donde no hay alambrada, juro que no habría nada en este mundo capaz de detenerme.

—Salvo un par de millones de alemanes —le interrumpió su amigo—. Además, ¿dónde ibas a ir, si no hablas una palabra de alemán?

—A Suiza. Es un país precioso. Lleno de vacas, montañas y casitas pintorescas.

—Chalés —dijo el otro—, se llaman chalés.

—Eso. Me imagino pasando un par de semanas allí, atiborrándome de chocolate. Unas gruesas y succulentas tabletas de chocolate con leche ofrecidas por una bonita campesina peinada con trenzas y cuyos papás se hallaran oportunamente ausentes. Después, regresaría directamente a Estados Unidos, donde está mi novia, y quizá me dispensarían una bienvenida digna de héroe.

El otro piloto le dio una palmada en el brazo. La cazadora de piel sofocó el sonido.

—Eres un soñador —dijo. Luego se volvió hacia Tommy y le preguntó—: ¿Llevas tiempo preso?

—Desde noviembre del cuarenta y dos —respondió Tommy.

Ambos hombres dejaron escapar un silbido.

—¡Caray! Eres todo un veterano. ¿Has logrado salir alguna vez?

—Ni una —contestó Tommy—. Ni siquiera un segundo.

—Chico —prosiguió el piloto del B-17—, pues yo sólo llevo cinco semanas aquí y estoy tan desesperado que no sé qué hacer. Es como si te picara en medio de la espalda, en un punto que no alcanzas.

—Más vale que te acostumbres —repuso Tommy—. Algunos tíos tratan de emborracharse para no pensar. Y al poco tiempo la palman.

—Jamás me acostumbraré —declaró el piloto.

Tommy asintió con la cabeza. «Jamás te acostumbras», pensó. Cerró los ojos y se mordió el labio, inspirando aire para calmarse.

—A veces —dijo Tommy con voz queda—, tienes que buscar la libertad aquí... —Y se tocó la frente.

Uno de los pilotos asintió, pero el otro aviador se volvió hacia los barracones.

—¡Eh! —dijo—. ¡Mirad quién viene!

Tommy se volvió con rapidez y vio a una docena de hombres marchando en formación a través de la amplia explanada del campo de ejercicio. Los hombres lucían sus mejores galas del Stalag Luft 13: corbata, camisa y chaqueta planchadas, y pantalones con raya bien marcada. En suma: el uniforme de gala de un campo de prisioneros.

Cada uno llevaba consigo un instrumento musical. El sol de mayo arrancaba intensos reflejos al metal de un trombón. Un hombre portaba un pequeño tambor militar sujeto a la cintura, colgando frente a él, y a medida que los hombres se aproximaron inició un rápido y metálico redoble.

El jefe del escuadrón encabezaba la marcha, a cierta distancia del resto, con la mirada fija al frente, contemplando a través de la alambrada el bosque que se extendía más allá. Sostenía dos instrumentos, un clarinete, en la mano derecha, y una trompeta reluciente en la izquierda. Todos los hombres mantenían la formación, marchando a paso ligero. De vez en cuando el jefe dictaba una orden en tono cadencioso que se superponía al constante redoble del tambor militar.

A los pocos segundos, la extraña formación atrajo la atención de los otros *kriegies*. Los hombres empezaron a salir de los barracones, tratando de abrirse paso entre el resto de sus compañeros para comprobar qué ocurría. Delante de algunos barracones laterales, los oficiales ocupados en sus pequeños jardines dejaron caer sus herramientas al suelo para seguir al escuadrón que marchaba por la explanada. Se interrumpió un partido de béisbol, que acababa de iniciarse. Los jugadores abandonaron sus guantes, bates y pelotas para unirse a la multitud concentrada detrás del escuadrón.

Su jefe era un hombre de baja estatura, parcialmente calvo, delgado y musculoso como un boxeador de peso gallo. Parecía no haber reparado en los centenares de aviadores que habían aparecido tras él, y continuaba avanzando con la vista al frente. Marcaba el paso del escuadrón —el cual desfilaba de tal modo que habría hecho palidecer de envidia a un grupo de instrucción de West Point— y se acercaba al límite del recinto. A la orden emitida enérgicamente por el jefe, «Escuadrón... ¡Alto!», los hombres se detuvieron a pocos pasos de la alambrada, dando un taconazo.

Los guardias armados con metralletas de la torre más próxima los apuntaron. Tenían un aire entre intrigado y concentrado. Sus ojos apenas eran visibles bajo los cascos de acero y miraban por encima del cañón de la metralleta.

Tommy Hart observó la escena, pero de repente oyó a uno de los pilotos del B-17 que permanecían junto a él murmurar con voz grave y compungida:

—O'Hara, el irlandés que murió anoche en el túnel, era un chico de Nueva Orleans, como el director de la banda. Se alistaron juntos. Volaban juntos. Tocaban música juntos. Creo que él era el clarinete...

El director de la banda se volvió hacia los hombres y les ordenó:

—¡Banda de jazz de los prisioneros del Stalag Luft 13...! ¡Atención!

Los hombres del escuadrón dieron un taconazo al unísono.

—¡Ocupen sus posiciones!

De inmediato formaron un semicírculo, frente a la valla de alambre de espino y la cicatriz en la tierra que marcaba el último tramo del túnel, donde yacían sepultados los dos hombres que lo cavaban. Todos los músicos se pusieron firmes. Éstos se llevaron sus instrumentos a los labios, aguardando la señal del director de la banda. El tambor

sostuvo sus palillos sobre el parche. Un guitarrista deslizó los dedos sobre los trastes, sosteniendo una púa en la mano derecha.

El director de la banda observó a cada uno de sus hombres, para comprobar si estaban preparados. Luego, se volvió, situándose de espaldas a la banda. Dio tres pasos al frente, hasta el mismo límite del campo, y con un gesto rápido, depositó el clarinete en el suelo, junto a la alambrada. Luego se alzó, saludó al instrumento, y volvió a ocupar su posición frente a los músicos de una manera vacilante. Tommy Hart observó que los labios del director temblaban levemente cuando se acercó la trompeta a la boca. Vio que rodaban lágrimas por las mejillas del saxo tenor y de un trombón. Todos los hombres parecían dudar. Se hizo el silencio. El director de la banda asintió con la cabeza, se humedeció los labios para dominar el temblor, alzó la mano izquierda y empezó a marcar el compás.

—Con mucho *swing* —dijo—. *Chattanooga Choo-choo*. ¡Con ritmo, con ritmo! Un, dos, tres, cuatro...

La música estalló como un cohete luminoso. Se elevó hacia el firmamento, sobre la alambrada y la torre de vigilancia, alzando el vuelo como un pájaro y desapareciendo, desvaneciéndose a lo lejos, más allá del bosque y de su promesa de libertad.

Los músicos tocaban con intensidad desenfrenada. Al cabo de unos segundos, sudaban. Movían y agitaban sus instrumentos al son de la música. Uno tras otro fueron dando un paso hacia delante, colocándose en el centro del semicírculo para ejecutar un solo de ritmo sincopado, con el lastimoso quejido de un saxofón o los sonidos vibrantes y nerviosos de la guitarra. Los hombres tocaban prescindiendo de las indicaciones del director, reaccionando a la fuerza de la música que creaban, a la intensidad de las viejas melodías, respondiendo como si una mano celestial les diera unos golpecitos en el hombro. *Chattanooga Choo-choo* fluía como un río para desembocar en *That Old Black Magic* y luego en *Bogie Woogie Bugle Boy of Company B*, momento en que el director de la banda avanzó al frente, para ejecutar su solo de trompeta. La música prosiguió, libre, desenfrenada, ininterrumpida, en escalas descendentes, meciéndose, inexorable en su fuerza, cada melodía fundiéndose suave y amablemente con la siguiente.

La inmensa multitud de *kriegies* permanecía inmóvil, silenciosa, atenta.

La banda siguió tocando sin descanso durante casi treinta minutos, hasta que sus miembros quedaron sin resuello, como corredores de fondo tras una maratón. El líder retiró la mano izquierda del pabellón de la trompeta al tiempo que todos atacaban los últimos compases de *Take the A Train*, la alzó sobre su cabeza y luego la bajó con brusquedad. La banda dejó de tocar.

Nadie aplaudió. De la gigantesca multitud de hombres no brotó el menor sonido.

El líder de la banda miró a sus músicos e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

En su rostro, sudoroso y bañado en lágrimas, se dibujó una sonrisa triste. Tommy Hart no vio ni oyó la orden, pero los miembros de la banda adoptaron de improviso la posición de descanso, apoyando los instrumentos contra sus pechos como si de armas se tratase. El líder se acercó al trombonista y le entregó su trompeta, tras lo cual dio media vuelta, avanzó hasta la alambrada y recogió el clarinete. De cara al bosque y el inmenso mundo que se extendía más allá de la alambrada, se llevó el instrumento a los labios y tocó una larga, lenta y vibrante melodía. Tommy no sabía si el hombre improvisaba, pero escuchó con atención mientras las claras y afinadas notas del clarinete bailaban a través del aire. Pensó que la música era semejante a los pájaros que solía ver en las ondulantes praderas de Vermont, en otoño, poco antes de que se produjeran las grandes migraciones hacia el sur. Cuando algo les asustaba, aquellas aves batían las alas al unísono; durante unos instantes revoloteaban tratando de agruparse y luego emprendían el vuelo y parecían dirigirse hacia el sol.

La última nota sonó singularmente alta, singularmente solitaria.

El músico se detuvo, apartando despacio el instrumento de sus labios. Durante unos momentos lo sostuvo contra su pecho. Luego se volvió bruscamente y ordenó:

—¡Banda de jazz de los prisioneros del Stalag Luft 13!... ¡Atención!

Los músicos se cuadraron a la perfección.

—¡En columnas de a dos... media vuelta! ¡Tambor... adelante, marche!

La banda comenzó a alejarse de la alambrada. Pero si antes habían marchado a paso ligero, ahora se movían con deliberada lentitud. Una cadencia fúnebre, cada pie derecho vacilando ligeramente antes de apoyarse en el suelo. El sonido del tambor era pausado y doliente.

La multitud de *kriegies* se abrió, dejando que la banda pasara a través de ellos a paso lento. Luego los prisioneros cerraron filas tras los músicos y reanudaron alguna actividad que les ayudara a superar otro minuto, otra hora, otro día de cautiverio.

Tommy Hart alzó la vista. Los dos guardias alemanes de la torre seguían apuntando a los hombres con sus ametralladoras. Sonreían. «No lo saben —pensó Tommy—, pero durante unos minutos, delante de sus narices y de sus armas, todos hemos vuelto a sentirnos libres.»

Como disponía de un rato antes del recuento de la tarde, Tommy regresó al dormitorio donde se hallaba su litera para coger un libro. Cada barracón del Stalag Luft 13 estaba construido con tableros de fibra de madera, un material que se helaba en invierno debido a las corrientes de aire y que en verano producía un calor insoportable. Cuando llovía y los hombres permanecían en el interior de los barracones, las

habitaciones adquirirían un hedor acre, a moho, a sudor, a cuerpos hacinados. Había catorce dormitorios en cada barracón, cada uno de los cuales contaba con literas para ocho hombres. Los *kriegies* habían comprobado que al mover unos centímetros uno de los tabiques podían crear espacios vacíos entre éstos, que utilizaban para ocultar objetos para la fuga, desde uniformes reformados para que parecieran trajes normales, hasta picos y hachas para cavar túneles.

Cada barracón contenía un pequeño baño con una pila, pero las duchas estaban en un edificio situado entre los campos norte y sur, y para utilizarlas los hombres debían ir escoltados. No las visitaban con frecuencia. En cada barracón había también un retrete con una cadena, pero éste funcionaba sólo de noche, después de apagarse las luces. Durante el día, los *kriegies* utilizaban las letrinas exteriores. Se llamaban *Aborts*, y comprendían media docena de cubículos. Ofrecían cierta privacidad, pues los retretes estaban separados por tabiques de madera. Los alemanes les suministraban abundante cal viva, y las cuadrillas encargadas de limpiar los *Aborts* fregaban la zona con un potente jabón desinfectante. Cada dos barracones compartían un *Abort*.

Cada barracón disponía de una cocina rudimentaria con un fogón de madera. Disponían de raciones mínimas de algunos productos, sobre todo patatas, salchichas que sabían a rayos, nabos y *kriegsbrot*, el pan duro y moreno del que al parecer se alimentaba toda la nación. Como cocineros, los *kriegies* utilizaban la imaginación para obtener diversos sabores de la mezcla de los mismos productos. Los paquetes de comida enviados por los familiares o remitidos por la Cruz Roja eran la base de la dieta. Los hombres estaban siempre al borde del hambre.

El Stalag Luft 13 era un mundo dentro del mundo.

Había clases diarias de arte y filosofía, actuaciones musicales casi todas las noches en el barracón 112, al que apodaban el *Luftclub*, y un teatro que contaba con su propia compañía. Entonces estaban representando *El hombre que vino a cenar*, obra que había recibido críticas muy elogiosas en el periódico del campo. Había emocionantes competiciones deportivas, entre ellas una presunta rivalidad entre el equipo de primera categoría del recinto sur y un escuadrón británico del campo norte que jugaban a *softball*. Los británicos no acababan de comprender muchas de las sutilezas de este deporte, pero dos de los pilotos de su campo habían jugado de lanzador en el equipo nacional de críquet antes de la guerra y habían entendido rápidamente qué era un *strike*. Había una biblioteca de préstamo, que disponía de una ecléctica combinación de novelas de misterio y obras clásicas.

Pero Tommy Hart poseía su propia colección de libros.

Cursaba su tercer año en la facultad de derecho de Harvard cuando se produjo el

ataque a Pearl Harbor. Algunos de sus compañeros de estudios habían aplazado su alistamiento en el ejército hasta finalizar el año académico y la graduación; Tommy, en cambio, se había incorporado discretamente a la cola formada junto al puesto de reclutamiento cerca de Faneuil Hall, en el centro de Boston. En los papeles de reclutamiento había anotado, casi al azar, las fuerzas aéreas, y al cabo de unas semanas había atravesado Harvard Yard, cargado con su maleta y bajo una intensa nevada de enero, para tomar el metro hasta South Station y un tren a Dothan, Alabama, para formarse como aviador.

Poco después de ser capturado, Tommy había rellenado un formulario de la Cruz Roja para notificar a su familia que seguía vivo. Había dejado muchos espacios en blanco, pues no se fiaba de los alemanes que iban a procesar el documento. Pero en la parte inferior había un espacio destinado a objetos especiales requeridos. En esta línea Tommy había escrito, más bien en plan de guasa: «*Principios del derecho consuetudinario* de Edmund, tercera edición, 1938, University of Chicago Press.» Para su sorpresa, el libro le estaba esperando a su llegada al Stalag Luft 13, aunque era la organización YMCA la que lo había remitido. Tommy había sostenido el grueso volumen de precedentes legales contra su pecho durante su primera noche en el campo, como un niño que abraza a su osito de peluche favorito, y por primera vez desde el momento en que había visto las llamas deslizándose sobre el ala de estribor del *Lovely Lydia*, se había atrevido a pensar que quizá sobreviviría.

Tras los *Principios* de Edmund, Tommy había leído, en rápida sucesión, *Elementos de procedimiento penal* de Burke y varios textos sobre agravios, testamentos y acciones legales. Había adquirido obras sobre historia de las leyes y un ejemplar de segunda mano pero valioso sobre la vida y opiniones de Oliver Wendell Holmes. Asimismo había solicitado una biografía y las obras escogidas de Clarence Darrow. Lo que más le interesaba de éste eran sus célebres recapitulaciones ante los jurados.

Así pues, mientras otros dibujaban o memorizaban un guión que luego interpretaban como podían en el escenario, Tommy Hart se dedicaba a estudiar. Había imaginado cada curso de su último año, reproduciéndolos con exactitud. Había escrito tesis imaginarias, había presentado sumarios y documentos legales imaginarios, había debatido las diversas ópticas de cada tema y asunto que se le ocurría, creando a su vez los argumentos persuasivos para reforzar la postura elegida en todas las disputas legales imaginarias que hallaba.

Mientras otros planeaban fugarse y soñaban con la libertad, Tommy aprendía leyes.

Los viernes por la mañana, Tommy sobornaba a un guardia con un par de cigarrillos para que lo llevara al recinto de los aviadores británicos, donde se reunía con el teniente

coronel Phillip Pryce y el teniente Hugh Renaday. Pryce era un hombre de edad avanzada, uno de los más viejos de los dos recintos. Era delgado, tenía el pelo canoso, la piel cetrina y una voz aflautada. Siempre parecía estar peleando, con la nariz enrojecida y sorbiéndose los mocos, como si sufriera un resfriado o un virus que amenazaba con degenerar en una neumonía, al margen del clima.

Antes de la guerra, Pryce había sido un reputado abogado, miembro de un antiguo y venerable bufete londinense. Su compañero de cuarto en el Stalag Luft 13, Hugh Renaday, tenía la mitad de años que él, sólo uno o dos más que Tommy, y lucía un poblado bigote. Ambos hombres habían sido capturados juntos cuando su bombardero Blenheim fue derribado en Holanda. Pryce solía declarar, en tono aristocrático y agudo, que era un gran error que él estuviera en el Stalag Luft 13, pues éste era un lugar para hombres jóvenes. El motivo era que se había cansado de enviar a hombres a cumplir misiones peligrosas que les costaban la vida, de modo que una noche, contraviniendo órdenes expresas de su superior, había ocupado el lugar del artillero en la torreta del Blenheim.

—Fue una mala elección —decía entre dientes.

Renaday, un hombre de complexión recia como un roble, aunque la dieta del campo había eliminado varios kilos de su cuerpo de jugador de rugby, contestaba:

—Ya, pero ¿quién quiere morir en la cama en su casa?

A lo que Pryce replicaba:

—Mi querido chico, todo el mundo. Los jóvenes necesitáis la perspectiva que proporciona la edad.

Renaday era un rudo canadiense. Antes de la guerra había trabajado como investigador criminal para la policía provincial de Manitoba. Una semana después de alistarse en las fuerzas aéreas de Canadá, le habían comunicado que su solicitud de ingreso en la Policía Montada había sido aceptada. Enfrentado al dilema de seguir la carrera que siempre había soñado o permanecer en las fuerzas aéreas, Renaday había decidido a regañadientes posponer su cita con la Policía Montada. Siempre concluía su conversación con Pryce afirmando:

—Hablas como un viejo.

Los viernes, los tres hombres se reunían para hablar de leyes. Renaday mantenía una actitud propia de un policía, directa, sin ambages, ateniéndose a los datos, buscando sin excepción la posición más estricta. Pryce, por el contrario, era un maestro de la sutileza. Le gustaba perorar sobre la aristocracia del conflicto, la nobleza de las distinciones entre los hechos y la ley. Por lo general, Tommy Hart servía de puente entre ambos, discurriendo entre los arrebatos intelectuales del anciano y el insistente pragmatismo del

joven. Era parte de su formación, sostenía.

Tommy confiaba en que el derrumbe del túnel no le impidiera asistir a su cita semanal con los otros dos prisioneros. A veces, después de hallar una radio oculta u otro artículo de contrabando, los alemanes cerraban los campos como castigo, lo cual obligaba a los hombres a permanecer días enteros encerrados en los barracones. El tránsito entre los dos recintos quedaba limitado. En una ocasión habían suspendido un partido de fútbol entre los equipos del norte y el sur, lo cual provocó la furia de los británicos y el alivio de los estadounidenses, quienes sabían que iban a salir goleados y preferían disputar con sus homólogos británicos un partido de baloncesto o béisbol.

Esa semana los tres hombres tenían previsto comentar el secuestro del hijo de los Lindbergh. Tommy asumiría la defensa del carpintero, Renaday tendría a su cargo la acusación y Pryce sería el juez. Tommy no se sentía preparado para la labor, pues estaba limitado no sólo por los hechos, sino también por su posición. Se había sentido más cómodo con el caso que habían comentado el mes anterior, concretamente el del asesinato Wright-Mills. Y se había sentido infinitamente más seguro en pleno invierno, cuando habían analizado los aspectos legales de los asesinatos victorianos de Jack el Destripador. Por fortuna, sus amigos británicos habían estado siempre a la defensiva.

Tommy tomó su ejemplar del *Procedimiento penal* de Burke y salió del barracón 101. Al comienzo de su estancia en el Stalag Luft 13 había diseñado y construido una silla con los restos de las cajas de madera en las que la Cruz Roja enviaba paquetes al campo. Era de estilo rústico y, para ser un mueble de un campo de prisioneros, era muy admirada e imitada. La silla presentaba varios detalles importantes: sólo se precisaba media docena de clavos para ensamblar piezas y era relativamente cómoda. Tommy pensaba a veces que era su única aportación auténtica a la vida del campo.

La trasladó a un lugar donde daba el sol del mediodía y abrió el libro. Pero en cuanto empezó a leer el primer párrafo apareció una figura, y en el preciso momento en que alzó la vista oyó una voz con un inconfundible acento de Misisipí.

—Hola, Hart, ¿cómo estás en esta hermosa mañana?

—Yo no la llamaría «hermosa mañana», Vic. Es un día más. Eso es todo.

—Bueno, será un día más para ti, pero el último para un par de excelentes muchachos.

—Eso es cierto.

Tommy se cubrió los ojos con la mano para ver con claridad a su interlocutor.

—Algunos hombres sienten la necesidad, es un deseo acuciante. Están tan desesperados, que intentan lo que sea con tal de salir de aquí. Por eso yo dispongo de otra litera en mi dormitorio y alguien tiene que escribir esa carta dolorosa a una pobre

gente que vive en Estados Unidos. Unos miran esa alambrada de espino y calculan que la mejor forma de atravesarla es esperar. Tener paciencia. Otros ven otras cosas.

—¿Qué es lo que ves tú, Vic? —preguntó Tommy.

El sureño sonrió.

—Lo mismo que veo siempre, esté donde esté.

—¿El qué?

—Pues una oportunidad, leguleyo.

—¿Y qué oportunidad te ha traído hasta aquí? —preguntó Tommy tras dudar unos instantes.

Vincent Bedford se arrodilló para mirarlo a los ojos. Llevaba dos cartones de cigarrillos americanos recién llegados y los ofreció a Tommy.

—Hombre, Hart, ya sabes lo que pretendo. Quiero hacer un trato. Como siempre. Tú tienes algo que yo quiero, yo tengo montones de lo que tú necesitas. Sólo se trata de llegar a un acuerdo. Una oportunidad mutua, diría yo. Un acuerdo que promete satisfacer a ambas partes.

Tommy meneó la cabeza.

—Ya te lo he dicho, no hay trato.

Bedford sonrió con asombro fingido.

—Todas las personas y todas las cosas tienen un precio, Hart, y tú lo sabes. A fin de cuentas, es lo que dicen esos libros tuyos de leyes en cada página, ¿no es cierto? En cualquier caso, ¿qué necesidad tienes de saber qué hora es? Aquí no hay hora. Te despiertas a la misma todos los días. Por la noche te acuestas a la misma. Comer, dormir, pasar revista. Así que, ¿para qué necesitas ese dichoso reloj, Hart?

Tommy miró el Longines que llevaba en la muñeca izquierda. Durante unos instantes el acero reflejó un destello de sol. Era un magnífico reloj, con segundero y un rubí en la maquinaria. Señalaba la hora con precisión y se mostraba ajeno a los impactos y las sacudidas de la guerra. Pero, más importante aún, en el dorso estaban grabadas las palabras «Te esperaré» y una «L». Tommy sólo tenía que percibir el tenue tictac para acordarse de la joven que se lo había regalado en su último día de permiso. Por supuesto, Bedford no sabía nada de esto.

—No es por la hora que señala —respondió Tommy—, sino por la que promete.

Bedford emitió una sonora carcajada.

—¿Qué quieres decir?

El sureño volvió a sonreír.

—Supón que consigo que veas a esos británicos amigos tuyos siempre que te

apetezca. Puedo hacerlo. Supón que recibes un paquete adicional todas las semanas. También puedo conseguir eso. ¿Qué necesitas, Hart? ¿Comida? ¿Ropa de abrigo? ¿Quizás unos libros? ¿O una radio? Puedo conseguirte una estupenda. Así podrás escuchar la verdad y no tendrás que fiarte de los chismes y rumores que circulan por aquí. Sólo tienes que fijar el precio.

—No está en venta.

—¡Maldita sea! —Bedford se levantó irritado—. No tienes idea de lo que puedo conseguir con un reloj como éste.

—Lo siento —replicó Tommy con sequedad.

Bedford lo miró unos segundos con cara de pocos amigos, pero en seguida sustituyó la expresión de enojo con otra sonrisa.

—Ya cambiarás de opinión, leguleyo. Y acabarás aceptando menos de lo que te ofrezco hoy. Deberías aprovechar el momento. No conviene hacer tratos cuando necesitas algo. En estos casos siempre sales perdiendo.

—No hay trato: ni hoy, ni mañana. Hasta luego, Vic.

Bedford se encogió exageradamente de hombros. Parecía disponerse a decir algo, cuando ambos hombres oyeron el agudo silbato del *Appell* del mediodía. Unos hurones aparecieron junto a cada bloque de barracones gritando «*Raus! Raus!*» y los hombres empezaron a salir de los edificios, dirigiéndose con lentitud hacia el recinto de revista de tropas.

Tommy Hart entró de nuevo en el barracón 101 y devolvió el texto a su lugar correspondiente en el estante. Luego se incorporó a la riada de hombres que acudían arrastrando los pies, bajo el sol del mediodía, a la convocatoria.

Como de costumbre, se agruparon en filas de cinco.

Los hurones empezaron a contar, caminando arriba y abajo frente a las filas, cerciorándose de que no faltase nadie. Era un trabajo tedioso, al que los alemanes parecían consagrarse con devoción. Tommy no entendía cómo no se aburrían de ese ejercicio diario de simples matemáticas. Claro que el día en que habían muerto los dos hombres en el túnel, el hurón que no se había percatado de su ausencia sin duda había sido enviado en un tren de tropas al frente oriental. De modo que los guardias actuaban con extrema cautela y precisión, más de lo que su naturaleza cautelosa y precisa exigía.

Cuando hubieron terminado el recuento, los hurones volvieron a ocupar su lugar al frente de las formaciones, informando al *Unteroffizier* de turno. Éste, a su vez, informaba al comandante. Von Reiter no asistía a todos los *Appell*. Pero los hombres no

podían romper filas hasta que él diera la orden. Esta espera irritaba sobremanera a los *kriegies*, que observaron cómo el *Unteroffizier* se alejaba hacia la puerta principal, camino del despacho de Von Reiter.

Esa tarde la espera se hizo más prolongada de lo habitual.

Tommy echó un disimulado vistazo a la formación. Observó que Vincent Bedford se hallaba en posición de firmes a dos espacios de distancia. Cuando dirigió de nuevo la vista al frente comprobó que el *Unteroffizier* había regresado y hablaba con el coronel MacNamara. Tommy advirtió una repentina expresión de inquietud en el rostro del coronel, tras lo cual MacNamara se volvió y se dirigió, acompañado por el alemán, al despacho del comandante.

Transcurrieron diez minutos antes de que MacNamara reapareciera. Se encaminó con paso rápido hacia la cabeza de las formaciones de aviadores. Pero vaciló unos instantes antes de decir con voz sonora, como solían emplear en las revistas de tropas:

—¡Ha llegado un nuevo prisionero!

MacNamara se detuvo otra vez, como si quisiera añadir algo.

Pero la atención de los *kriegies*, en aquel instante de vacilación, se centró en el aviador estadounidense que, flanqueado por unos matones armados con fusiles, salía del despacho del comandante. Era un palmo más alto que los guardias que lo escoltaban, esbelto, vestido con la cazadora forrada de borrego y el gorro de piloto de bombardero. Avanzó con paso rápido, levantando con sus botas de cuero de aviador pequeños remolinos de polvo en el suelo, hasta cuadrarse delante del coronel MacNamara y ejecutar un saludo militar tan enérgico que parecía automático.

Los *kriegies* guardaron silencio mientras contemplaban la escena.

El único sonido que Tommy Hart oyó en aquellos segundos, fue la inconfundible voz del de Misisipí, cuyas palabras denotaban un innegable estupor:

—¡Vaya, es un maldito negro! —exclamó Vincent Bedford en voz alta.

La pelota junto a la alambrada

La llegada del teniente Lincoln Scott al Stalag Luft 13 estimuló a los *kriegies*. Durante casi una semana, el teniente sustituyó a la libertad y la guerra como tema principal de conversación.

Pocos hombres sabían que las fuerzas aéreas estadounidenses estuvieran adiestrando pilotos negros en Tuskegee, estado de Alabama, y menos que éstos estaban combatiendo en Europa a finales de 1943. Algunos de los recién llegados al campo, en su mayoría pilotos y tripulantes de B-17, hablaban sobre escuadrillas de resplandecientes cazas metálicos P-51 que atravesaban sus formaciones en pos de desesperados Messerschmidts, y que los cazabombarderos del escuadrón 332 lucían vistosos galones rojos y negros pintados en sus timones de cola. Los hombres de esos bombarderos habían aceptado a los hombres del 332 después de su experiencia en combate, porque, como señalaban en un debate tras otro, lo cierto era que no les importaba quiénes fueran, ni el color de su piel, siempre y cuando los cazas lograran ahuyentar a los 109 que atacaban. Desde luego, ser hecho picadillo por los dos cañones de 20 mm montados en las alas de los Messerschmidts y morir envuelto en llamas en un B-17 era una perspectiva aterradora. Pero no había muchos de esos tripulantes en el campo, y entre los *kriegies* seguía existiendo una profunda división de opiniones acerca de si los negros poseían la inteligencia, las dotes físicas y el valor necesarios para pilotar aviones de combate.

El propio Scott no parecía percatarse de que su presencia provocaba ásperas discusiones. La tarde en que llegó al campo le asignaron la litera del barracón 101 del clarinetista que había perdido la vida en el túnel. Saludó a sus compañeros de cuarto como un mero trámite y tras guardar sus escasas pertenencias debajo de la cama, se acostó en su litera y nadie le oyó despegar los labios durante el resto de la noche.

Scott no se dedicaba a explicar batallitas.

Tampoco ofrecía ninguna información acerca de su persona. Nadie sabía cómo había resultado abatido, de dónde provenía, sus orígenes ni su vida. Durante los primeros días en el campo de prisioneros, algunos *kriegies* trataron de conversar con él, pero Scott rechazaba con firmeza, aunque educadamente, toda tentativa. Durante las comidas, se

preparaba unos sencillos bocadillos con los paquetes que le habían entregado de la Cruz Roja. No compartía su comida con nadie, ni tampoco pedía nada a nadie. No participaba en las conversaciones en el campo, ni se apuntó a clases, cursos u otras actividades. Al segundo día de su llegada al Stalag Luft 13 obtuvo de la biblioteca del campo un ejemplar manoseado y roto de *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* de Gibbon, y aceptó una Biblia del YMCA; ambos libros los leía sentado al sol, de espaldas al barracón, o en su camastro, inclinado hacia una de las ventanas, buscando la débil luz que se filtraba en la habitación a través de los mugrientos cristales y los postigos de madera.

A los otros *kriegies* les parecía un individuo misterioso. Su frialdad los dejaba perplejos. Algunos la interpretaban como arrogancia, lo cual se traducía en numerosas y descaradas pullas. A otros les inquietaba. Todos los hombres, incluso aquellos como Tommy Hart, que podían considerarse lobos solitarios, necesitaban a los demás y se apoyaban en ellos, siquiera para convencerse de que no estaban solos en un mundo de cautividad como el Stalag Luft 13. El campo creaba estados anímicos muy extraños: no eran delincuentes, pero estaban presos. Sin el apoyo de sus compañeros y constantes recordatorios de que pertenecían a un mundo distinto, se habrían ido a pique.

Pero Lincoln Scott daba la impresión de ser inmune a todo esto.

Al término de su primera semana en el Stalag Luft 13, cuando no se hallaba enfrascado con la *Historia* de Gibbon o la Biblia, se pasaba el día caminando por el perímetro del recinto. Una vuelta tras otra, durante horas. Caminaba con paso rápido por el polvoriento camino, muy cerca del límite del campo, con los ojos fijos en el suelo salvo cuando hacía una pausa de vez en cuando para volverse y contemplar la lejana línea de abetos.

Tommy lo había observado, pensando que le recordaba a un perro sujeto con una cadena, siempre moviéndose por el límite de su territorio.

Tommy había sido uno de los que habían tratado de entablar conversación con el teniente Scott, pero sin más éxito que los demás. Una tarde, poco antes de la orden de comenzar el recuento nocturno, se había acercado a él cuando realizaba uno de sus habituales recorridos alrededor del campo.

—Hola, ¿cómo está? —le había saludado—. Me llamo Tommy Hart.

—Hola —había respondido Scott. No le había tendido la mano, ni se había identificado.

—¿Se ha adaptado ya a estar aquí?

—He visto sitios peores —murmuró Scott encogiéndose de hombros.

—Cuando llega gente nueva, es como si nos trajeran el periódico a casa, aunque con

un par de días de retraso. Nos enteramos de las últimas noticias, aunque un tanto caducadas, pero es mejor que los rumores y la palabrería oficial que oímos por las radios ilegales. ¿Qué ocurre en realidad? ¿Cómo va la guerra? ¿Se sabe si va a producirse una invasión?

—Estamos ganando —había respondido Scott—. Y no. Muchos hombres esperan sentados en Inglaterra. Como ustedes.

—Bueno, no exactamente como nosotros —repuso Tommy, sonriendo y señalando a los guardias de la torre.

—Es cierto —dijo Scott. El teniente seguía caminando sin alzar la vista.

—¿Usted sabe algo? —preguntó Hart.

—No, no sé nada —respondió Scott.

—Bien —insistió Tommy—, ¿qué le parece si caminamos juntos y me cuenta todo lo que no sabe?

La propuesta despertó una ligera sonrisa en los labios del negro, cuyas comisuras se curvaron hacia arriba, tras lo cual exhaló aire como para disimular la risa. Después, casi con la misma rapidez con que se había producido, la sonrisa se disipó.

—En realidad prefiero caminar solo —había replicado Scott bruscamente—. Gracias, de todos modos.

El teniente reanudó su paseo y Tommy se quedó mirándolo.

El día siguiente era viernes, y Tommy regresó a su dormitorio después del *Appell* matutino. Sacó varios paquetes de Lucky Strike de un cartón que había recibido en el último paquete de la Cruz Roja y que guardaba en una cajita de madera, debajo de la cama. También sacó un pequeño recipiente metálico de té Earl Grey y una generosa tableta de chocolate que apenas había probado. Del bolsillo de la chaqueta extrajo un botecito de leche condensada. Luego tomó varias hojas de papel de embalaje, que utilizaba para escribir notas con letra pequeña y apretada, y las guardó entre las páginas de un manoseado texto de pruebas forenses.

A continuación salió del barracón 101 en busca de uno de los tres Fritzs. La mañana era templada y el sol confería cierto resplandor a la tierra gris amarillenta del recinto.

En lugar de toparse con los guardias, vio a Vincent Bedford paseando de un lado a otro con expresión resuelta. El sureño se detuvo, adoptando de inmediato un aire expectante, y después se dirigió a Tommy.

—Te ofreceré un trato más ventajoso, Hart —dijo—. Eres duro de pelar. ¿Qué cuesta ese reloj?

—No tienes lo que cuesta. Su valor es sentimental.

—¿Sentimental? —replicó el de Misisipí dando un respingo—. ¿De una chica que quedó en su casa? ¿Qué te hace pensar que regresarás sano y salvo? ¿Y qué te hace pensar que la encontrarás esperándote?

—No lo sé. Esperanza, quizá. Confianza —repuso Tommy con una risita.

—Esas cosas no cuentan mucho en este mundo, yanqui. Lo que cuenta es lo que tienes ahora mismo. En tu mano. Es lo único que puedes utilizar. Quizá no haya un mañana, ni para ti, ni para mí ni para ninguno de nosotros.

—Eres un cínico, Vic.

El sureño sonrió.

—Es posible. Nadie me había llamado nunca así. Pero no lo niego.

Los dos hombres echaron a andar con lentitud entre los dos barracones y llegaron al límite del campo de ejercicios. Acababa de comenzar un partido de *softball*, pero más allá del campo ambos vieron a la figura solitaria de Lincoln Scott, marchando por el borde del perímetro.

—Hijo de puta —murmuró Bedford entre dientes—. Tengo que solucionar esta situación hoy mismo.

—¿Qué situación? —preguntó Tommy.

—La situación de ese negro —respondió Bedford, volviéndose y mirando a Hart como si éste fuera increíblemente estúpido por no ver lo evidente—. Ese chico ocupa una litera en mi dormitorio y eso no me parece bien.

—¿Qué tiene de malo?

Bedford no respondió directamente a la pregunta.

—Supongo que debo decírselo al viejo MacNamara, para que lo traslade a otro. A ese chico deben alojarlo en un lugar donde esté solo, para mantenerlo aislado del resto.

Tommy meneó la cabeza.

—Parece que se las arregla bastante bien sin vuestra ayuda —comentó.

Trader Vic se encogió de hombros.

—No está bien. En cualquier caso, ¿qué sabe de negros un yanqui como tú? Nada. Absolutamente nada —dijo Bedford alargando los sonidos de las vocales, destacando con exageración cada palabra—. Apuesto a que no habías visto nunca a un negro, y menos aún convivido, como tenemos que hacer nosotros en el sur...

Tommy no quiso responder pero Bedford no estaba tan equivocado.

—Lo que hemos averiguado de ellos no nos gusta —prosiguió Trader Vic—. Mienten. No hacen sino mentir y engañar. Todos son ladrones, sin excepción. Algunos son violadores y criminales. Es posible que lleguen a ser buenos soldados. No ven las

cosas exactamente como las vemos los blancos, y sospecho que puedes enseñarles a matar y lo harán a la perfección, como quien parte leña o repara una máquina, aunque no los imagino pilotando un Mustang. No son como nosotros, Hart. ¡Pero si eso se ve sólo con observar a ese chico! Creo que convendría que el viejo MacNamara se diera cuenta de esto antes de que haya problemas, porque yo conozco a los negros y no traen sino problemas. Créeme.

—¿Qué tipo de problemas, Vic? Aquí todos estamos en el mismo barco.

Vincent Bedford soltó una breve carcajada al tiempo que meneaba la cabeza con energía.

—Eso está por ver, Hart.

Bedford indicó la alambrada.

—Puede que la alambrada sea la misma. Pero aquí todo el mundo la ve de forma distinta. Lo más seguro es que ese chico que está ahí, que no para de caminar, también la vea a su modo. Ése es el misterio de la vida, Hart, que no espero que un yanqui superculta y estirado como tú sea capaz de descifrar. No hay ni una sola cosa en este mundo que dos hombres vean de la misma forma. Ni una sola. Salvo, quizá, la muerte.

Tommy pensó que de todas las cosas que había oído decir a Bedford, ésta había sido la más sensata.

Antes de que pudiera responder, Bedford le dio una palmada en el hombro.

—Quizá pienses que estoy lleno de prejuicios, Hart, pero no es cierto —dijo—. No soy de los que mascan tabaco y salen de noche con una capucha blanca. Es más, siempre he tratado bien a los negros, como seres humanos. Yo soy así. Pero los conozco y sé que causan problemas.

El sureño se volvió y miró a Tommy.

—Créeme —continuó Trader Vic con una risita—. Habrá problemas. Lo sé. Es mejor mantener a la gente separada.

Tommy guardó silencio.

—Maldita sea, Hart —bramó Bedford—, apostaría a que mi bisabuelo disparó contra uno de tus antepasados en un par de ocasiones, cuando la gran guerra de independencia, aunque vuestros estúpidos libros de texto yanquis no la llaman así, ¿verdad? Tienes suerte de que los Bedford no tuvieran nunca buena puntería.

Tommy sonrió.

—Tradicionalmente, los Hart siempre hemos sido muy hábiles a la hora de agacharnos —dijo.

Bedford soltó la carcajada.

—Bueno —dijo—, es una habilidad valiosa, Tommy. Espero que mantengas vivo ese árbol familiar durante siglos.

Bedford se alejó sin dejar de sonreír.

—Voy a hablar con el coronel. Si cambias de opinión, si recapacitas y quieres hacer un trato, sabes que estoy dispuesto a hacer negocios las veinticuatro horas del día, incluso los domingos, porque creo que en estos momentos el Señor tiene puesta su atención en otro lugar, y no se molesta demasiado en velar por este rebaño de corderos.

Varios *kriegies* que se hallaban en el recinto deportivo empezaron a dar voces y a agitar la mano para llamar la atención de Vincent Bedford. Uno se puso a mover un bate y una pelota sobre su cabeza.

—Bueno —dijo el de Misisipí—, supongo que tendré que aplazar mi conversación con el gran jefe hasta esta tarde, porque esos chicos necesitan que alguien les enseñe cómo se juega a nuestro glorioso béisbol. Hasta luego, Hart. Si cambias de opinión...

Tommy observó a Trader Vic mientras éste se encaminaba hacia el campo.

Oyó entonces una voz, proveniente de la otra dirección, gritando «*Keindrinkwasser!*» en un alemán chapurreado. Acto seguido oyó la misma exclamación de un barracón situado a pocos metros. La frase pronunciada en alemán significaba «no es agua potable». Los alemanes la escribían en los barriles de acero utilizados para transportar excrementos. Los *kriegies* la utilizaban para advertir a los hombres de los barracones que un hurón se dirigía hacia ellos, para dar a cualquiera que estuviera ocupado en alguna actividad destinada a la fuga la ocasión de ocultar su tarea, ya fuera ésta excavar un túnel o falsificar documentos. A los hurones no les hacía gracia que les llamaran excrementos.

Tommy se apresuró hacia el lugar desde donde sonaban las voces. Confiaba en que fuera Fritz Número Uno, a quien habían visto acechando, porque era el hurón más fácil de sobornar. No se entretuvo en pensar en lo que le había dicho Bedford.

Tommy tuvo que dar a Fritz Número Uno media docena de cigarrillos para convencerlo de que lo acompañara al recinto norte. Ambos hombres atravesaron la puerta del campo hacia el espacio que separaba ambos recintos. A un lado estaban los barracones de los guardias, y más allá los despachos del comandante. Detrás de éstos estaba el bloque de las duchas frías, un edificio de ladrillo. Junto al mismo estaban apostados dos guardias armados con fusiles colgados del cuello, fumando.

Tommy Hart oyó unas voces que cantaban procedentes de las duchas. Los británicos eran muy aficionados a los coros. Sus canciones eran invariablemente groseras, gráficamente obscenas o increíblemente ofensivas.

Aminoró el paso y aguzó el oído. Cantaban *Gatos sobre el tejado* y en seguida

reconoció el estribillo.

Tíos en el tejado, tíos en las tejas...

Tíos con sífilis y almorranas...

Fritz Número Uno también se detuvo.

—¿No conocen los británicos ninguna canción normal? —preguntó en voz baja.

—Creo que no —contestó Tommy.

Las estentóreas voces arrancaron con otra canción llamada *Que se jodan todos*.

—No creo que al comandante le gusten las canciones de los británicos —comentó con tono quedo Fritz Número Uno—. A su esposa y a sus hijas no les permite que vayan a visitarlo en su despacho cuando los oficiales británicos se duchan.

—La guerra es un infierno —repuso Tommy.

Fritz Número Uno se tapó rápidamente la boca con la mano, como para reprimir un acceso de tos, pero en realidad era para sofocar una carcajada.

—Debemos cumplir con nuestro deber —dijo conteniendo la risa—, a pesar de lo que opinemos sobre ella.

Los dos hombres pasaron frente a un edificio de ladrillo gris. Era el edificio más fresco —el barracón de castigo—, en cuyo interior había una docena de celdas de cemento sin ventanas ni muebles.

—Ahora están vacías —observó Fritz Número Uno.

Se acercaron a la puerta del recinto británico.

—Tres horas, teniente Hart. ¿Son suficientes?

—Tres horas. Nos encontraremos delante de la fachada.

El hurón extendió el brazo hacia un guardia, indicándole que abriera la puerta. Tommy vio al teniente Hugh Renaday aguardándole junto a la puerta y se apresuró a reunirse con su amigo.

—¿Cómo está el teniente coronel? —preguntó Tommy mientras los dos hombres atravesaban rápidamente el recinto británico.

—¿Phillip? Físicamente está más cascado que nunca. No consigue sacudirse de encima ese resfriado o lo que sea, y últimamente se pasa toda la noche tosiendo, una tos blanda y persistente. Pero por la mañana resta importancia al tema y se niega a acudir al médico. Es testarudo. Si se muere aquí, le estará bien empleado.

Renaday hablaba en el tono brusco y monótono propio de los canadienses, con palabras tan secas y barridas por el viento como las vastas praderas que constituían su

hogar, aunque paradójicamente salpicadas de unos rasgos muy británicos que reflejaban los años que había pasado en la fuerzas aéreas británicas. El oficial de aviación caminaba con paso rápido e impaciente, como si le enojara tener que desplazarse de un lugar a otro, como si lo importante fuera de dónde procedía uno y dónde terminaba y la distancia que mediaba entre ambos puntos no fuera sino un inconveniente. Era un hombre fornido, de espaldas anchas, musculoso aunque el campo de prisioneros le había despojado de unos cuantos kilos. Lucía el pelo más largo que la mayoría de sus compañeros, como desafiando a los piojos que, al parecer, no se atrevían con él.

—En cualquier caso —continuó Renaday cuando doblaron una esquina y pasaron junto a dos oficiales británicos que removían diligentemente la tierra de un parterre—, está muy contento de que sea viernes y vengas a visitarnos. No sabes cuánto disfruta con estas sesiones. Como si el hecho de utilizar el cerebro le ayudara a superar sus achaques. —Renaday meneó la cabeza.

»A otros hombres les gusta hablar de su hogar —añadió—, pero Phillip disfruta analizando esos casos. Supongo que le recuerdan lo que fue y lo que probablemente será cuando regrese a Inglaterra. Debería estar sentado frente a un hogar encendido, instruyendo a sus acólitos en las complejidades de un oscuro asunto legal, con zapatillas de seda, un batín de terciopelo verde y bebiendo una taza de buen té. Cada vez que miro a ese viejo cabrón, no me explico en qué estaría pensando cuando se subió a ese condenado Blenheim.

Tommy sonrió.

—Seguramente, lo mismo que todos.

—¿A qué te refieres, mi docto amigo americano?

—Que pese a la enorme y casi constante cantidad de pruebas que indicaban lo contrario, no iba a pasarnos nada grave.

Renaday soltó una grave y resonante carcajada que hizo que los oficiales que atendían el jardín alzaran la cabeza y fijaran por un instante su atención en el canadiense antes de volver a centrarse en sus pulcros parterres de color marrón amarillento.

—Ésa es la amarga verdad, yanqui.

Renaday meneó la cabeza, sonriendo.

—Ahí está Phillip —dijo señalándolo.

El teniente coronel Phillip Pryce estaba sentado en los escalones de un barracón, con un libro en las manos. Pese al calor, llevaba una delgada manta verde aceituna sobre los hombros y se había apartado la gorra de la frente. Tenía las gafas apoyadas en la punta de la nariz, como si fuera la caricatura de un maestro, y mordisqueaba el extremo de un lápiz. Al ver a los dos hombres que se dirigían hacia él agitó la mano como un niño

saludando a un desfile militar.

—Ah, Thomas, Thomas, siempre es una alegría verte por aquí. ¿Vienes preparado?

—Siempre preparado, señorita —respondió Tommy Hart.

—Aún nos escuece la paliza que nos diste a Hugh y a mí a propósito del escurridizo Jack y sus lamentables crímenes —prosiguió Pryce—. Pero estamos dispuestos a plantar batalla exponiendo uno de tus casos más sensacionales. Creo que ahora nos toca a nosotros darte una lección, ¿cómo lo dices tú? con los bates.

—A los bates —repuso Renaday mientras Hart y Pryce se saludaban con un afectuoso estrechón de manos. Tommy tuvo la sensación de que el saludo del coronel era un tanto menos enérgico de lo habitual—. Se dice «a los bates» y no «con los bates», Phillip.

—Es un deporte endiablado, Hugh. En ese aspecto no se parece en nada a vuestro estúpido pero amado hockey, que consiste en patinar como un loco sobre el hielo bajo un frío polar, tratando de golpear a un indefenso disco de goma y meterlo en la portería contraria, evitando al mismo tiempo que tus oponentes te machaquen con los palos.

—Gracia y belleza, Phillip. Fuerza y perseverancia.

—¡Ah, virtudes muy británicas!

Todos rieron.

—Sentémonos fuera —dijo Pryce con su voz suave, generosa, llena de reflexión y entusiasmo—. El sol es muy agradable. A fin de cuentas, no es algo que los ingleses estemos acostumbrados a ver, de modo que, incluso aquí, entre los horrores de la guerra, deberíamos aprovecharnos de la temporal benevolencia de la madre naturaleza, ¿no?

Volvieron a reír.

—Traigo unos regalos de las ex colonias, Phillip —dijo Tommy—. Una muestra de nuestra prodigalidad, una pequeña recompensa por haber enviado allende los mares a una colección de idiotas en el setenta y seis, que se dejaron deslumbrar por el esplendor del Nuevo Mundo.

—Pasaré por alto esta lamentable, pueril y errónea interpretación de un momento decididamente insignificante en la ilustre historia de nuestro gran imperio. ¿Qué nos traes?

—Cigarrillos. Americanos, menos la media docena que utilicé para sobornar a Fritz Número Uno...

—Observo que, curiosamente, su precio ha subido —farfulló Pryce—. ¡Ah, el tabaco americano! El mejor de Virginia, supongo. Excelente.

—Un poco de chocolate...

—Delicioso. De la célebre Hershey de Pensilvania...

—Y esto... —Tommy Hart entregó al anciano el bote de té Earl Grey. Había tenido que comerciar con el piloto de un caza, un fumador empedernido que consumía dos cajetillas de cigarrillos al día, para conseguirlo, pero el precio le pareció barato apenas vio cómo el anciano sonreía. Pryce entonó de inmediato una canción.

—¡Aleluya! *¡In excelsis gloria!* Y nosotros condenados a utilizar una y otra vez ese falso té indio. ¡Hugh, Hugh, tesoros de las colonias! ¡Riquezas inimaginables! ¡Un té como Dios manda! ¡Una golosina para frenar el apetito, una auténtica y deliciosa taza de té seguida por un delicioso cigarrillo! ¡Estamos en deuda contigo, Thomas!

—Es gracias a los paquetes —repuso Tommy—. Los nuestros son mucho mejores que los vuestros.

—Por desgracia, es cierto. No es que los prisioneros no apreciemos los sacrificios que hacen nuestros atribulados compatriotas, pero...

—Los paquetes de los yanquis son mejores —interrumpió Hugh Renaday—. Los paquetes británicos son patéticos: asquerosas latas de arenque ahumado, falsa mermelada y algo que llaman café, pero que evidentemente no lo es. ¡Espantoso! Los paquetes canadienses no están mal, pero andan un poco escasos de los productos que le gustan a Phillip.

—Demasiada carne enlatada. Poco té —dijo Pryce con fingida tristeza—. La carne enlatada tiene toda la pinta de ser de los cuartos traseros del viejo caballo de Hugh.

—Probablemente.

Los hombres rieron de nuevo, y Hugh Renaday entró en el barracón con el chocolate y el bote de té para preparar tazas para los tres hombres. En el ínterin, Pryce encendió un cigarrillo, se recostó y, cerrando los ojos, exhaló el humo por la nariz.

—¿Cómo te sientes, Phillip? —preguntó Tommy.

—Mal, como siempre, querido amigo —contestó Pryce sin abrir los ojos—. La constancia de mi estado físico me procura cierta satisfacción. Siempre me siento igual de jodido.

Pryce abrió los ojos y se inclinó hacia delante.

—Pero al menos esto funciona a la perfección —dijo tocándose la frente—. ¿Has preparado una defensa para tu carpintero acusado del crimen?

Tommy asintió con la cabeza.

—Desde luego —respondió.

El anciano volvió a sonreír.

—¿Se te han ocurrido algunas ideas novedosas?

—Solicitar un cambio de jurisdicción, eso para empezar. Luego me propongo presentar a unos meticulosos expertos en madera o científicos para que arremetan contra el hombre de Hugh, el presunto experto forense en madera. Sospecho que ni siquiera existe tal cosa, pero trataré de hallar a un tipo de Harvard o de Yale que lo confirme. Porque nuestro mayor obstáculo es el testimonio sobre la escalera. Puedo explicar lo de los billetes y todo lo demás, pero el hombre que asegura que la escalera sólo pudo ser construida con la madera del garaje de Hauptmann... Además, buena parte del caso se apoya en ese testimonio.

Pryce movió la cabeza arriba y abajo con lentitud.

—Continúa. Lo que dices no deja de ser cierto.

—Verás, la escalera de madera es lo que me obliga a llamar a declarar a Hauptmann para que se defienda. Y cuando suba al estrado, frente a todas las cámaras y periodistas, en medio de aquel circo...

—Deplorable, desde luego...

—Y hable con un acento... que hará que todo el mundo le odie. Desde el momento en que abra la boca. Creo que lo odiaban cuando lo acusaron de los cargos. Pero cuando saque a relucir ese acento extranjero...

—El caso se basa en gran medida en el odio que suscita ese hombre. ¿No es así?

—Sí. Un inmigrante. Un hombre rígido, tosco, que en seguida se granjea las antipatías del público. En cuanto lo subamos al estrado será como desafiar al jurado a que lo condenen.

—Una rata solitaria, un cliente difícil.

—Sí. Pero debo hallar la forma de transformar puntos flacos en puntos fuertes.

—Cosa nada fácil.

—Pero imprescindible.

—Eres muy astuto. ¿Y qué me dices de la extraña identificación del afamado aviador, cuando afirma que reconoció la voz de Hauptmann como la voz que oyó en el oscuro cementerio?

—Bueno, su testimonio es absurdo, Phillip. ¡Que un hombre sea capaz de reconocer la media docena de palabras de otro, años más tarde! Creo que yo le habría preparado una sorpresa al coronel Lindbergh al interrogarlo...

—¿Una sorpresa? Explicáte.

—Habría colocado a tres o cuatro hombres con marcado acento extranjero en distintos lugares de la sala. Entonces habría hecho que se levantaran uno tras otro, rápidamente, para decir: «¡Deje el dinero y márchese!», tal como afirma el coronel que

hizo Hauptmann. La acusación protestará, por supuesto, y el juez lo considerará una ofensa...

Pryce sonrió.

—Ah, un poco de teatro, ¿no? Jugar un poco con esa multitud de horripilantes periodistas para poner de relieve una mentira. Lo veo con toda claridad. La sala atestada de gente, todos los ojos sobre Thomas Hart, como hipnotizados cuando éste presenta a los tres hombres y luego se vuelve hacia el famoso aviador y pregunta, «¿Está seguro de que no era él? ¿Ni él? ¿Ni él?», y el juez golpeando con el martillo y los periodistas precipitándose hacia los teléfonos. Crear un pequeño circo para contrarrestar el circo organizado contra ti, ¿no es eso?

—Precisamente.

—Ah, Thomas, serás un magnífico abogado. En el peor de los casos, el ayudante del diablo, si morimos aquí y nos vamos al infierno. Pero recuerda que conviene ser prudente. Para mucha gente entre el público, el jurado y el mismo juez, Lindbergh era un santo. Un héroe. Un perfecto caballero. Es preciso ser prudente al demostrar que un hombre aureolado por el resplandor de perfección que le ha otorgado la opinión pública es un mentiroso. ¡Tenlo presente! Hablando de perfección, aquí viene Hugh con el té.

El anciano tomó la taza humeante y aspiró con arrobo.

—Ah —dijo—, ojalá tuviéramos un poco de...

Tommy sacó del bolsillo el bote de leche condensada al tiempo que terminaba la frase del anciano: «¿... un poco de leche fresca?

—Thomas, hijo mío, llegarás lejos en esta vida —comentó Phillip Pryce con una carcajada.

Acto seguido vertió un generoso chorro en su taza de loza blanca y bebió un largo trago con manifiesto placer.

—Ahora que me he dejado sobornar por el yanqui —dijo mirando a Renaday sobre el borde de la taza—, espero que tú también te hayas preparado debidamente, Hugh.

Renaday se sirvió un poco de leche en su té y asintió con vehemencia.

—Por supuesto, Phillip. Aunque me hallo en situación de clara desventaja debido a este descarado soborno por parte de nuestro amigo estadounidense, estoy perfectamente preparado. Las pruebas que poseo son abrumadoras. El dinero del rescate, esos billetes hallados en casa de Hauptmann. La escalera, que puedo demostrar que fue construida con madera de su propio garaje. La falta de una coartada creíble...

—Y de una confesión —interrumpió Tommy Hart bruscamente—. Incluso después de que fuera sometido a un largo y durísimo interrogatorio.

—Esa ausencia de confesión —terció Pryce—, es francamente preocupante, ¿no es cierto, Hugh? Asombra que no fueran capaces de obtenerla. Cabe pensar que el hombre acabaría desmoronándose ante los esfuerzos de la policía estatal. También cabe pensar que los remordimientos le atormentarían por haber matado a una criatura inocente. Imaginamos que esas presiones, externas e internas, serían prácticamente insuperables, sobre todo para un hombre tosco, de escasa educación, y que, al cabo de un tiempo se produciría por fin esta confesión, la cual respondería a los muchos y persistentes interrogantes. Pero en vez de ello, este estúpido obrero insiste en su inocencia...

El canadiense asintió con la cabeza.

—Me sorprende que no le hicieran confesar. Yo lo habría hecho, aunque no sin recurrir a lo que vosotros, los que habéis nacido más abajo de la latitud cuarenta y ocho, llamáis tercer grado. Ahora bien, reconozco que una confesión sería oportuna, quizás incluso importante, pero... —Hugh Renaday se detuvo y sonrió a Tommy—. Pero no la necesito. No. El hombre ha entrado en la sala envuelto en un manto de culpabilidad. Cubierto de pies a cabeza de culpabilidad. Preñado de culpabilidad... —Renaday sacó la barriga y se dio una sonora palmada. Los tres hombres se rieron de aquella imagen—. Yo apenas tengo que hacer nada, salvo ayudar al verdugo a anudar la soga.

—En realidad, Hugh —dijo Tommy con suavidad—, en Nueva Jersey utilizaban la silla eléctrica.

—Bueno —replicó el canadiense mientras partía un trocito de chocolate y se lo metía en la boca antes de pasarle la tableta a Pryce—, pues más vale que la vayan preparando.

—No creo que les sea fácil hallar voluntarios para esa tarea, Hugh —dijo Pryce—. Incluso en tiempo de guerra.

La carcajada del teniente coronel desembocó en un feroz ataque de tos, que remitió cuando el anciano bebió un largo trago de té, volviendo a dibujar una amplia sonrisa en su arrugado rostro.

El debate había ido como una seda, pensó Tommy, mientras él y Fritz Número Uno regresaban al recinto sur. Tommy se había impuesto en algunos puntos, había concedido otros, había defendido con pasión cada aspecto procesal, perdiendo en la mayoría de los casos, pero no sin plantar batalla. En general, se sentía satisfecho. Phillip Pryce había decidido abstenerse de emitir un fallo y permitir que la semana siguiente prosiguiera el debate, provocando en Hugh Renaday un teatral gesto de indignación y ásperas protestas acerca de que el escandaloso soborno de Tommy había nublado la visión, por lo común perspicaz, de su amigo. Fue una queja que ninguno de los tres se tomó muy en serio.

Después de caminar juntos durante breves momentos, Tommy observó que el hurón

estaba muy callado. A Fritz Número Uno le gustaba utilizar sus dotes de políglota, afirmando a veces en privado que después de la guerra podría emplearlas con fines nobles y lucrativos. Por supuesto, era difícil adivinar si Fritz Número Uno se refería a después de que ganaran los alemanes o bien a después de que lo hicieran los Aliados. Siempre era difícil, pensó Tommy, adivinar el grado de fanatismo de la mayoría de alemanes. El hombre de la Gestapo que visitaba de vez en cuando el campo —por lo general, tras un intento de fuga fallido— exhibía sus opiniones políticas abiertamente. En cambio, un hurón como Fritz Número Uno, o el comandante, se mostraba más hermético al respecto.

Tommy se volvió hacia el alemán. Fritz Número Uno era alto, como él mismo, y delgado como un *kriegie*. La diferencia principal entre ellos era que la piel del alemán tenía aspecto saludable, muy distinto del cutis cetrino y apagado que todos los prisioneros adquirirían al cabo de unas pocas semanas en el Stalag Luft 13.

—¿Qué pasa, Fritz? ¿Le ha comido la lengua el gato?

El hurón alzó la vista, perplejo.

—¿Gato? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ¿por qué está tan callado?

Fritz Número Uno asintió con la cabeza.

—El gato se come tu lengua. Muy ingenioso, lo recordaré.

—¿Y bien? ¿Qué le preocupa?

El hurón arrugó el ceño y se encogió de hombros.

—Los rusos —repuso en voz baja—. Hoy se ha empezado a despejar una zona para instalar otro campo para más prisioneros aliados. Nosotros cogemos a los rusos y los usamos para trabajar. Viven en unas tiendas de campaña a menos de dos kilómetros, al otro lado del bosque.

—Muy bien ¿y con eso qué?

Fritz Número Uno bajó la voz, volviendo la cabeza con rapidez para cerciorarse de que nadie podía oír lo que decía.

—Los obligamos a trabajar hasta morir, teniente. No hay paquetes de la Cruz Roja con carne enlatada y cigarrillos para ellos. Sólo trabajo, y muy duro. Mueren a docenas, a centenares. Me preocupa la represalia del ejército rojo si se enteran de cómo tratamos a esos prisioneros.

—Le preocupa que cuando aparezcan los rusos...

—No se mostrarán caritativos.

«Lo tenéis bien empleado» pensó Tommy al tiempo que asentía.

Pero antes de que pudiera responder, el otro extendió la mano para detenerlo. Se hallaban a unos treinta metros de la puerta del recinto sur. Tommy comprendió en el acto. Una larga y sinuosa columna de hombres que desde la izquierda marchaba hacia ellos se disponía a pasar frente a la entrada del campo de prisioneros de Estados Unidos. Los observó con una mezcla de curiosidad y desesperación. Pensó que eran hombres, con sus vidas, sus hogares, sus familias y sus esperanzas. Pero eran hombres muertos.

Los soldados alemanes que vigilaban la columna vestían el uniforme de combate. Encañonaban a toda la línea de hombres que avanzaban arrastrando los pies. De vez en cuando uno gritaba «*Schnell! Schnell!*», exhortándolos a apresurarse, pero los rusos caminaban a su propio ritmo, lento y laborioso. Estaban extenuados. Tommy observó signos de enfermedad y dolor detrás de sus espesas barbas, en sus ojos hundidos y atormentados. Caminaban cabizbajos, como si cada paso que daban les produjera un inmenso sufrimiento. De vez en cuando veía a un par de prisioneros que observaba a los guardias alemanes, murmurando en su propia lengua, y advirtió que la ira y la rebeldía, se mezclaban con la resignación. Se trataba de un conflicto: hombres cubiertos con los harapos de una existencia dura y llena de privaciones, pero que no se sentían derrotados a pesar de su desesperada situación. Marchaban hacia el próximo minuto, que no era sino sesenta segundos más próximo a sus inevitables muertes.

Tommy sintió un nudo en la garganta.

Pero en aquel momento, se produjo algo insólito:

Dentro del recinto americano, más allá de la alambrada, Vincent Bedford había entrado a batear. Al igual que todos los jugadores, y el resto de los *kriegies*, había visto acercarse a los prisioneros, que marchaban penosamente. La mayoría de los americanos se habían quedado inmóviles, fascinados por aquellos esqueletos andantes.

Pero Bedford no. Tras lanzar un alarido, había dejado caer el bate al suelo; agitando los brazos y gritando con furia, Trader Vic había dado media vuelta y había echado a correr hacia el barracón más cercano, cerrando la recia puerta de madera con un sonoro portazo.

Durante unos instantes, Tommy se sintió confuso. No comprendía nada. Pero al cabo de unos segundos se le hizo la luz, cuando el de Misisipí salió del barracón casi con la misma velocidad con que había entrado, pero cargado de hogazas de pan moreno alemán. Gritó a sus compatriotas:

—*Kriegsbrot! Kriegsbrot!*

Luego, sin entretenerse en comprobar si su mensaje había quedado claro, Vincent Bedford echó a correr a toda velocidad hacia la puerta del campo. Tommy observó que los guardias alemanes le apuntaban.

Un *Feldwebel*, que llevaba una gorra de campaña, se separó del escuadrón que custodiaba la puerta, precipitándose hacia Bedford y agitando los brazos.

—*Nein! Nein! Ist verboten!* —gritó.

Al tiempo que corría hacia el aviador americano, intentaba inútilmente desenfundar su Mauser. Se plantó ante Bedford en el preciso instante en que Trader Vic alcanzó la puerta.

La columna de rusos aminoró aún más el paso, volviendo las cabezas hacia el vocerío. Pese a las insistentes órdenes de los guardias, «*Schnell! Schnell!*», apenas se movían.

El *Feldwebel* miró colérico a Bedford, como si, en aquel segundo, el americano y el alemán ya no fueran prisionero y guardia, sino enemigos encarnizados. Por fin el *Feldwebel* logró desenfundar su arma y, con la terrorífica rapidez de una serpiente, la apoyó en el pecho del sureño.

—*Ist verboten!* —repitió con severidad.

Tommy observó una expresión enloquecida en los ojos de Bedford.

—*Verboten?* —preguntó con voz aguda, esbozando una mueca de desprecio—. ¿Pues sabes qué te digo, chico? ¡Que te den por el saco!

Bedford se apartó rápidamente a un lado del alemán, haciendo caso omiso del arma. Con un movimiento airoso y fluido, extendió el brazo hacia atrás y arrojó una hogaza por encima de la alambrada de espino. El pan rodó en el aire, arqueándose como una bala trazadora hasta aterrizar justo en medio de los prisioneros rusos.

La columna pareció estallar. Sin romper la formación, todos se volvieron hacia el campo de los norteamericanos. Al instante alzaron los brazos con gesto implorante y sus voces roncas desgarraron la tarde de mayo.

—*Brot! Brot!* —no cesaban de repetir.

El *Feldwebel* alemán amartilló su pistola, dejando oír un clic que Tommy percibió a través de las súplicas de los rusos. Los otros guardias hicieron lo propio. Pero todos permanecieron inmóviles, sin dar ni un paso hacia Bedford o la columna de rusos.

Bedford se volvió hacia el *Feldwebel* y dijo:

—Tranquilos, chicos. Podéis matarlos mañana. Pero hoy, cuando menos, comerán. —Sonrió como un loco y lanzó otra hogaza por encima de la valla, seguida de una tercera. El *Feldwebel* miró fijamente a Bedford unos momentos, dudando de si matarlo o no hacerlo. Luego se encogió de hombros con un gesto exagerado y enfundó de nuevo su pistola.

Docenas de *kriegies* habían salido de los barracones, cargados con las duras hogazas

de pan alemán. Los hombres se acercaron a la valla y al cabo de unos minutos una lluvia de pan cayó sobre los prisioneros rusos, quienes, sin abandonar la formación, se apresuraron a recoger hasta el último trozo. Tommy observó a Bedford cuando éste arrojó su última hogaza, tras lo cual el sureño retrocedió, con los brazos cruzados, sonriendo satisfecho.

Los alemanes permitieron que la escena continuara.

Al cabo de unos momentos, Tommy reparó en una hogaza que no había logrado salvar la distancia. En béisbol se utiliza el término «brazo corto» para describir un lanzamiento que no alcanza su objetivo. La hogaza cayó en el suelo a una docena de pasos de la columna. En aquel preciso momento, Tommy observó que un ruso de complexión menuda, semejante a un conejo, que se hallaba situado en el borde de la fila de hombres, había reparado en la hogaza. El hombre parecía dudar en rescatar el precioso trozo de pan. En aquel segundo, Tommy imaginó los pensamientos que debían de pasar por la mente del hombre, calculando sus probabilidades. El pan era vida. Abandonar la formación podía significar la muerte. Un riesgo, pero un premio importante. Tommy quería gritarle al hombre: «¡No! ¡No merece la pena!», pero no recordaba la palabra rusa, «*Niet!*»

Y en aquel instante de vacilación, el soldado se separó, avanzó y se agachó, extendiendo los brazos para tomar la hogaza.

No lo consiguió.

Una ráfaga de ametralladora desgarró el aire, fragmentando los gritos de los prisioneros. El soldado ruso cayó de bruces, a pocos pasos del trozo de pan. Su cuerpo se sacudió con los estertores de la muerte, mientras la sangre se extendía por la tierra que le rodeaba. Quedó inmóvil.

La columna se estremeció. Sin embargo, en lugar de proferir gritos de indignación, los rusos enmudecieron al instante. En aquel silencio había odio y rabia.

El guardia alemán que había disparado se dirigió con parsimonia hacia el cadáver y lo empujó con la bota. Accionó el cerrojo de su arma, haciendo saltar el cartucho utilizado, y sustituyéndolo con otro. Luego hizo una brusca seña a dos hombres de la columna, los cuales avanzaron, salvaron la corta distancia y se agacharon para recoger el cadáver. Se santiguaron, pero uno de ellos, con los ojos fijos en el guardia alemán, alargó la mano y tomó la peligrosa hogaza. En el rostro del soldado ruso se dibujó una mueca de furia, como un animal acorralado que se revuelve, un glotón o un tejón, dispuesto a defender con uñas y dientes lo que guarda en su magro arsenal. A continuación los prisioneros cogieron el cadáver, transportando a hombros el macabro botín. Tommy Hart temió que los alemanes abrieran fuego contra toda la columna y se apresuró a mirar a su alrededor

en busca de un lugar donde refugiarse.

—*Raus!* —ordenó el alemán. Estaba intranquilo. Los hombres, con torpeza y a su pesar, volvieron a formar, y reanudaron la marcha.

Pero del centro de la columna brotó una voz anónima que entonó una pausada y triste canción. Las palabras, graves y resonantes, flotaron en el aire, elevándose sobre el sonido amortiguado de las pisadas. Ninguno de los guardias alemanes hizo un gesto inmediato para detener la canción. Aunque las palabras eran incomprensibles para Tommy, la letra tenía un significado claro y nítido. Al cabo de unos momentos, la canción se desvaneció junto con la columna, a través de la lejana hilera de abetos.

—Eh, Fritz —murmuró Tommy, aunque ya conocía la respuesta—. ¿Qué estaba cantando?

—Era una canción de gratitud —se apresuró a responder Fritz Número Uno—. Y libertad.

El hurón meneó la cabeza.

—Seguramente será su última canción —dijo el hurón—. Ese hombre no saldrá vivo del bosque.

Luego señaló la puerta de la alambrada, junto a la que seguía de pie Vincent Bedford. El de Misisipí observó también a los rusos hasta que se perdieron de vista. Luego la sonrisa se borró de su rostro y Bedford saludó discretamente tocándose la visera de su gorra.

—No creí —murmuró Fritz Número Uno mientras indicaba al guardia que custodiaba la alambrada que la abriera—, que nuestro amigo Trader Vic fuera un hombre tan valiente. Fue una estupidez arriesgar la vida por un ruso al que tarde o temprano matarán, pero hubo valor en ello.

Tommy asintió. Él pensaba lo mismo. Pero lo que más le sorprendió fue comprobar que Fritz Número Uno conocía el apodo que sus compañeros de campo habían dado a Vincent Bedford.

Cuando la puerta de acceso a los barracones se cerró tras él, Tommy divisó a Lincoln Scott. El aviador negro se hallaba a cierta distancia, junto al límite del campo, observando el lugar por el que los rusos habían penetrado en la frondosa y sombría línea de árboles. Como de costumbre, estaba solo.

Poco antes de que los alemanes apagaran la luz por la noche, Tommy se acostó en su litera en el barracón 101. Apoyó un texto de procedimiento penal sobre sus rodillas, pero no logró concentrarse en aquella árida prosa. La sinopsis del caso resultaba aburrida y falta de imaginación. Tommy se distrajo entonces rememorando la sala de Flemington y

el juicio que allí se había celebrado. Recordó las palabras de Phillip Pryce, que el odio constituía el trasfondo del caso que se juzgaba, y pensó que debía de existir una forma de neutralizar aquella furia. Pensó que el mejor abogado halla la forma de aprovechar las fuerzas dirigidas contra su cliente.

Se volvió bajo la manta para tomar uno de los cabos de lápiz que guardaba junto a la cama. En un trozo de papel de embalar escribió algo y, acto seguido, volvió a examinar el caso del carpintero. Sonrió pensando que éste era un pequeño acto de desesperación legal, porque los hechos en los que Hugh Renaday se apoyaba con obstinación se alineaban ante él como una falange de hoplitas. No obstante, reconocía que Phillip era un hombre sutil y que un argumento interesante serviría para alejarlo de las pruebas. Sería un golpe maestro, pensó, preguntándose qué fama reportaría al abogado de Bruno Richard Hauptmann el hecho de haber conseguido liberarlo. Incluso en esta recreación imaginaria del caso.

Consultó su reloj. Los alemanes se mostraban inconstantes en cuanto a la hora en que apagaban las luces. Para una gente tan estricta, resultaba insólito, casi inexplicable. Tommy supuso que aún disponía de más de treinta minutos de luz.

Se quitó el reloj, lo giró y leyó la inscripción mientras deslizaba el dedo por ella. Cerró los ojos y comprobó que de ese modo podía eliminar los sonidos y los olores del campo de internamiento, y tras respirar hondo volvió a Vermont. Era propenso a fantasear sobre ciertos momentos muy especiales: la primera vez que se había besado con Lydia, la primera vez que había sentido la suave curva de sus pechos, el momento en que había comprendido que la amaría al margen de lo que le ocurriera en la guerra. Pero Tommy se afanó en desterrar esos recuerdos, pues prefería soñar despierto con hechos corrientes, por ejemplo, las costumbres de su infancia y juventud. Recordaba haber capturado una reluciente trucha irisada que había picado su mosca seca en un pequeño recodo del río Mettawee, donde el curso de las aguas había creado una charca llena de peces de gran tamaño, y cuya existencia, al parecer, sólo él conocía. También recordó el día de principios de septiembre en que había ayudado a su madre a preparar su equipaje para la academia, doblando cada camisa dos o tres veces antes de depositarla con delicadeza en la enorme maleta de cuero. Aquel día tan señalado Tommy no comprendió por qué su madre no cesaba de enjugarse las lágrimas.

Mantuvo los ojos cerrados. «Los días corrientes son muy especiales —pensó—. Los días especiales son espectaculares, acontecimientos dignos de retener en la memoria.»

Tommy dejó escapar un prolongado suspiro. «En sitios como éste —se dijo— es donde comprendes la vida.»

Sacudió la cabeza ligeramente y volvió al libro de texto, procurando concentrarse en

él como un vaquero que azuza al ganado, pero con una fusta mental e interjecciones imaginarias.

Tommy se hallaba tumbado en su litera, concentrándose en el caso de una disputa entre una compañía papelera y sus empleados, ocurrido unos doce años atrás. De pronto, oyó los primeros gritos airados procedentes de otro dormitorio del barracón 101.

Se incorporó con rapidez. Se volvió hacia el lugar del que procedía el ruido, como un perro que percibe una extraña ráfaga de aire. Oyó otro grito, y un tercero, y el estrépito de muebles al ser arrojados contra los delgados tabiques.

Se levantó de la cama, al igual que lo hacían otros hombres en su dormitorio. Entonces oyó una voz que decía: «¿Qué demonios ocurre?» Pero antes de que hubieran terminado de formular la pregunta, Tommy ya iba hacia el pasillo central que recorría el barracón 101, en dirección al ruido de la pelea que se estaba produciendo. Apenas tuvo tiempo de pensar en lo infrecuente del caso, ya que en todos los meses que llevaba en el Stalag Luft 13, Tommy no había oído de dos hombres que hubieran llegado a las manos. Ni por las pérdidas en una partida de póquer, ni por haber entrado con excesiva dureza en la segunda base. Ni una sola disputa en el campo de baloncesto de tierra prensada, ni sobre una interpretación teatral de *El mercader de Venecia*.

Los *kriegies* no peleaban. Negociaban, discutían. Asumían las pequeñas derrotas del campo con total naturalidad, no porque fueran soldados habituados a la disciplina militar, sino porque daban por sentado que todos se hallaban en el mismo barco. Los hombres que no se llevaban bien con algún compañero encontraban la forma de resolver sus diferencias, o bien evitaban toparse con él. Si los hombres llevaban dentro una rabia contenida, era una rabia contra la alambrada, contra los alemanes y la mala suerte que los había llevado allí, aunque la mayoría comprendía que en cierto modo era lo mejor que les podía haber pasado.

Tommy se apresuró hacia el lugar del que procedían las voces, percibiendo una intensa furia y una rabia incontrolable. No alcanzaba a comprender el motivo de la pelea. A su espalda, el pasillo había empezado a llenarse de curiosos, pero consiguió avanzar deprisa y fue uno de los primeros en llegar al dormitorio donde estaba la litera de Trader Vic.

Lo que vio lo dejó estupefacto.

Habían conseguido volcar una litera, que había quedado apoyada en otra. En un rincón había una taquilla tallada en madera tumbada en el suelo, rodeada de cartones de cigarrillos y latas de comida. También había prendas de vestir y libros diseminados por el suelo.

Lincoln Scott estaba de pie, con la espalda apoyada en una pared, solo. Respiraba

trabajosamente y tenía los puños crispados.

Sus compañeros de cuarto estaban conteniendo a Vincent Bedford.

Al de Misisipí le brotaba un hilo de sangre de la nariz. Luchaba contra cuatro hombres, que le sujetaban por los brazos. Bedford tenía el rostro acalorado, la mirada enfurecida.

—¡Eres hombre muerto, negro! —gritó—. ¿Me has oído, chico? ¡Muerto!

Lincoln Scott no dijo nada, pero no apartaba la vista de Bedford.

—¡No pararé hasta verte muerto, chico! —vociferó Bedford.

Tommy sintió de pronto que alguien le empujaba a un lado y, al volverse, oyó exclamar a otro de los *kriegies*:

—¡Atención!

En aquel preciso momento, vio la inconfundible figura del coronel MacNamara, acompañado por el comandante David Clark, su ayudante y segundo en el mando. Mientras todos se cuadraban, los dos hombres se dirigieron hacia el centro de la estancia, echando un rápido vistazo a los desperfectos provocados por la pelea. MacNamara enrojeció de ira, pero no alzó la voz. Se volvió hacia un teniente que Tommy conocía vagamente y era uno de los compañeros de cuarto de Trader Vic.

—¿Qué ha ocurrido aquí, teniente?

El hombre avanzó un paso.

—Una pelea, señor.

—¿Una pelea? Continúe, por favor.

—El capitán Bedford y el teniente Scott, señor. Una disputa sobre unos objetos que el capitán Bedford afirma que han desaparecido de su taquilla.

—Ya. Continúe.

—Han llegado a las manos.

MacNamara asintió. Su rostro traslucía aún una ira contenida.

—Gracias, teniente. Bedford, ¿tiene algo que decir al respecto?

Trader Vic, cuadrado ante su superior, avanzó con precisión pese a su aspecto desaliñado.

—Faltan unos objetos de importancia personal para mí, señor. Han sido robados.

—¿Qué objetos?

—Una radio, señor. Un cartón de cigarrillos. Tres tabletas de chocolate.

—¿Está seguro de que faltan?

—¡Sí, señor! Mantengo un inventario de todas mis pertenencias, señor.

MacNamara asintió con la cabeza.

—Lo creo —dijo secamente—. ¿Y supone que el teniente Scott cometió el robo?

—Sí, señor.

—¿Y le ha acusado de ello?

—Sí, señor.

—¿Le vio usted tomar esos objetos?

—No, señor —Bedford había dudado unos segundos—. Regresé al dormitorio en el barracón. Él era el único *kriegie* que se encontraba aquí. Al hacer el habitual recuento de mis pertenencias...

MacNamara alzó la mano para interrumpirle.

—Teniente —dijo volviéndose hacia Scott—, ¿ha cogido usted algún objeto de la taquilla de Bedford?

La voz de Scott era ronca, áspera, y Tommy pensó que trataba de reprimir toda emoción. Mantuvo los ojos al frente y los hombros rígidos.

—No, señor.

MacNamara lo miró con los ojos entornados.

—¿No?

—No, señor.

—¿Asegura que no ha tomado nada que pertenezca al capitán Bedford?

Cuando el coronel le formuló la misma pregunta por tercera vez, Lincoln Scott se volvió ligeramente para mirar a MacNamara a los ojos.

—Así es, señor.

—¿Cree que el capitán Bedford se equivoca al acusarlo?

Scott dudó unos instantes, sopesando la respuesta.

—No puedo precisar nada acerca del capitán Bedford, señor. Me limito a decir que no he tomado ningún objeto que le pertenezca.

La respuesta disgustó a MacNamara.

—A usted, Scott —dijo apuntando con un dedo al pecho del aviador—, le veré mañana por la mañana después del *Appell* en mi habitación. Bedford, a usted lo veré...

—el comandante vaciló durante un segundo. Luego añadió con tono enérgico—: No, Bedford, primero le veré a usted. Después de pasar revista por la mañana. Usted espere fuera, Scott, y cuando yo haya terminado con él, nos veremos. Entre tanto, quiero que limpien este lugar. Dentro de cinco minutos debe estar todo en orden. En cuanto a esta noche, no quiero ni un solo conflicto más. ¿Lo han entendido todos?

Tanto Scott como Bedford asintieron lentamente con la cabeza y respondieron al unísono:

—Sí, señor.

MacNamara se dispuso a salir, pero cambió de parecer. Se volvió con brusquedad hacia el teniente a quien había interrogado primero.

—Teniente —dijo de sopetón, haciendo que el oficial se cuadrara—. Quiero que tome una manta y lo que necesite esta noche. Ocupará la litera del comandante Clark. —MacNamara se volvió hacia su segundo en el mando—. Clark, creo que esta noche sería conveniente...

Pero el comandante le interrumpió.

—Desde luego, señor —dijo efectuando el saludo militar—. No hay ningún problema. Iré a por mi manta. —El segundo en el mando se volvió hacia el joven teniente—. Sígame —le ordenó. Luego se volvió hacia Tommy y los otros *kriegies* que se habían reunido en el pasillo—. ¡El espectáculo ha terminado! —dijo en voz alta—. ¡Regresen a sus literas ahora mismo!

Los *kriegies*, entre ellos Tommy Hart, se apresuraron a obedecer, dispersándose y echando a correr por el pasillo como cucarachas al encenderse una luz. Durante unos minutos Tommy oyó, desde la posición que ocupaba, unos pasos sobre las tablas del suelo del pasillo central. Luego un silencio sofocante, seguido por la repentina llegada de la oscuridad cuando los alemanes cortaron la electricidad. Todos los barracones quedaron sumidos en la oscuridad de la noche y se derramó una oscura calma sobre el reducido y compacto mundo del Stalag Luft 13. La única luz que se veía era el errático movimiento de un reflector al pasar sobre la alambrada y los tejados de los barracones. El único ruido que se oía era el distante estrépito habitual de un bombardeo nocturno sobre las fábricas en una ciudad cercana, recordando a los hombres, mientras trataban de conciliar el sueño que probablemente les sumergiría en alguna pesadilla, que en otros lugares ocurrían muchas cosas de gran importancia.

A la mañana siguiente, el campo era un hervidero de rumores. Algunos decían que los dos hombres iban a ser enviados a la celda de castigo, otros apuntaban que iban a convocar a un tribunal de oficiales para juzgar la disputa sobre el presunto robo. Un hombre aseguró saber de buena tinta que Lincoln Scott iba a ser trasladado a una habitación donde estaría solo, otro afirmó que Bedford contaba con el apoyo de todo el contingente sureño de *kriegies*, y que al margen de lo que hiciera el coronel MacNamara, Lincoln Scott tenía los días contados.

Como solía ocurrir en estos casos, ninguno de los rumores más peregrinos era cierto.

El coronel MacNamara se reunió en privado con cada uno de los implicados. Informó a Scott que lo trasladaría a otro barracón cuando quedara uno disponible, pero que él, MacNamara, no estaba dispuesto a ordenar a un hombre que se mudara de cuarto para acomodar al aviador negro. A Bedford le dijo que sin pruebas fidedignas, respaldadas por testigos que afirmaran que le habían robado, sus acusaciones carecían de fundamento. Le ordenó que dejara de meterse con Scott hasta que éste pudiera trasladarse a otro cuarto. MacNamara ordenó a ambos que procuraran no enfrentarse hasta que pudiera efectuarse dicho traslado. Les recordó que eran oficiales de un ejército en guerra y estaban sujetos a la disciplina militar. Les dijo que esperaba que ambos se comportaran como caballeros y que no quería volver a oír una palabra sobre el asunto. El último comentario contenía todo el peso de su ira; quedó claro, según comprendieron todos los *kriegies* al enterarse de ello, que por más que los dos hombres se odiaran mutuamente, el hecho de encabezar la lista de agravios del coronel MacNamara era algo enormemente serio.

Durante los días que siguieron reinó en el campo una tensión que parecía tocarse.

Trader Vic reanudó sus tratos y negocios, y Lincoln Scott regresó a sus lecturas y sus paseos solitarios. Tommy Hart sospechaba que la procesión iba por dentro. Todo esto le parecía muy curioso, incluso le intrigaba. La vida en un campo de prisioneros tenía una evidente fragilidad; cualquier grieta en la fachada de urbanidad creada con tanto esmero suponía un peligro para todos. La espantosa monotonía de la prisión, los nervios de haber visto de cerca la muerte, el temor de haber sido olvidados acechaba tras cada minuto de vigilia. Luchaban constantemente contra el aislamiento y la desesperación, porque todos sabían que podían volverse enemigos de sí mismos, peores aun que los propios alemanes.

La tarde era espléndida. El sol se derramaba sobre los apagados y monótonos colores del campo y arrancaba reflejos a la alambrada de espino. Tommy, con un texto legal bajo el brazo, acababa de salir de uno de los *Aborts*, e iba en busca de un lugar cálido donde sentarse. En el campo de deporte se desarrollaba un agitado partido de béisbol, entre los estentóreos abucheos y silbidos de rigor. Más allá del recinto deportivo, Tommy vio a Lincoln Scott caminando por el perímetro del campo.

El negro se encontraba a unos treinta metros detrás del fildeador derecho, cabizbajo, avanzando con paso ágil, pero con aspecto atormentado. Tommy pensó que aquel hombre empezaba a parecerse a los rusos que habían marchado junto al campo y habían desaparecido en el bosque.

Dudó unos instantes, pero decidió hacer otro intento de conversar con el aviador negro. Suponía que desde la pelea en el barracón nadie le había dirigido la palabra.

Dudaba que Scott, por fuerte que creyera ser, resistiera ese aislamiento sin perder la razón.

Así pues, atravesó el recinto, sin saber lo que iba a decir, pero pensando que era necesario decir algo. Al acercarse, observó que el fildeador derecho, que se había vuelto para echar una ojeada al aviador, era Vincent Bedford.

Mientras se dirigía hacia allí Tommy oyó un golpe a lo lejos, seguido por un instantáneo torrente de gritos y abucheos. Al volverse vio la blanca silueta de la pelota al describir una airoosa parábola sobre el cielo azul de Baviera.

En aquel preciso momento, Vincent Bedford se volvió y retrocedió media docena de pasos a la carrera. Pero el arco de la pelota fue demasiado rápido, incluso para un experto como Bedford. La pelota aterrizó con un golpe seco en el suelo, levantando una densa nube de polvo y se deslizó rodando más allá del límite establecido, deteniéndose junto a la alambrada.

Bedford se paró en seco, al igual que Tommy.

A sus espaldas, el bateador que había lanzado la pelota corría de una base a otra, gritando eufórico, mientras sus compañeros de equipo le aplaudían y los otros jugadores abucheaban a Bedford, situado en el otro extremo del campo.

Tommy Hart observó que Bedford sonreía.

—¡Eh, negro! —gritó el sureño.

Lincoln Scott se detuvo. Levantó la cabeza despacio, volviéndose hacia Vincent Bedford. Entornó los ojos, pero no respondió.

—Eh, necesito que me ayudes, chico —dijo Bedford señalando la pelota.

Lincoln Scott se volvió.

—¡Vamos, chico, ve a buscarla! —gritó Bedford.

Scott asintió con la cabeza y avanzó un paso hacia el límite del campo.

En aquel segundo, Tommy comprendió lo que iba a suceder. El aviador negro iba a cruzar el límite para rescatar la pelota de béisbol sin haberse puesto la blusa blanca con la cruz roja que los alemanes les proporcionaban para tal fin. Scott no parecía haberse percatado de que los guardias situados en la torre más próxima le estaban apuntando con sus armas.

—¡Deténgase! —gritó Tommy—. ¡No se mueva!

El pie del aviador negro vaciló en el aire, suspendido sobre la alambrada que marcaba el límite. Scott se volvió hacia el frenético ruido.

Tommy echó a correr agitando los brazos.

—¡No! ¡No lo haga! —gritó.

Al pasar junto a Bedford aminoró el paso.

—Eres un maldito y estúpido yanqui, Hart... —oyó murmurar entre dientes a Trader Vic.

Scott se quedó inmóvil, esperando que Tommy se acercara a él.

—¿Qué pasa? —preguntó el negro secamente, aunque su voz denotaba cierta ansiedad.

—Tiene que ponerse la camisa para atravesar el perímetro si no quiere que le acribillen —le explicó Tommy, resollando. Al volverse para señalar el campo de béisbol, ambos vieron a uno de los *kriegies* que había estado jugando apresurarse a través del campo portando la camisa de marras agitada por el viento—. Si no muestra la cruz roja, los alemanes pueden disparar contra usted sin previo aviso, es la norma. ¿No se lo había dicho nadie?

Scott meneó la cabeza.

—No —respondió con lentitud, mirando a Bedford—. Nadie me lo dijo.

—Tiene que ponerse esto, teniente, a menos que quiera suicidarse —le dijo el hombre que le tendía la prenda.

Lincoln Scott siguió contemplando a Vincent Bedford, que se hallaba a unos metros. Bedford se quitó el guante de béisbol y empezó a restregarlo despacio y con deliberación.

—¿Vas a buscar esa pelota, sí o no? —le volvió a preguntar Trader Vic—. Los jugadores están perdiendo el tiempo.

—¿Qué diablos te propones, Bedford? —replicó Tommy volviéndose hacia el sureño—. ¡Los guardias le habrían disparado antes de que avanzara un metro!

El sureño se encogió de hombros, sin responder, sonriendo de gozo.

—Eso sería un asesinato, Vic —gritó Tommy—. ¡Y tú lo sabes!

—Pero ¿qué dices, Tommy? —contestó el sureño meneando la cabeza—. Sólo le pedí a ese chico que fuera a buscar la pelota, porque estaba más cerca. Naturalmente, supuse que esperaría a que le trajéramos la camisa. Cualquiera sabe, por tonto que sea, que tienes que ponerte esos colores si quieres traspasar el límite. ¿No es cierto?

Lincoln Scott se volvió despacio y alzó la vista hacia los guardias de la torre. Alargó la mano y sostuvo la camisa en alto, para que los guardias pudieran verlo.

A continuación la arrojó al suelo.

—¡Eh! —protestó el *kriegie*—. ¡No haga eso!

De pronto, Lincoln Scott cruzó el límite del campo, mirando a los guardias de la torre. Éstos retrocedieron, arrodillándose detrás de sus armas. Uno de ellos accionó el

cerrojo situado en la parte lateral de la ametralladora, y el ruido metálico resonó en todo el campo. Mientras el otro guardia tomó la cinta de cartuchos, dispuesto a cargar el arma.

Sin quitar ojo a los guardias armados, Scott caminó la escasa distancia que le separaba de la alambrada. Se agachó y recogió la pelota, tras lo cual regresó hasta el límite. Cruzó la línea impasible, dirigió a los guardias una mirada despectiva, y luego se volvió hacia Vincent Bedford.

Éste no cesaba de sonreír, pero ya de una manera forzada. Volvió a enfundarse el guante en la mano izquierda y golpeó el cuero dos o tres veces.

—Gracias, chico —dijo—. Ahora lanza la pelota para que podamos continuar con el juego.

Scott miró a Bedford y después a la pelota. Alzó la vista con parsimonia y contempló el centro del campo de béisbol, donde se hallaban el *catcher*, un *kriegie* que hacía de árbitro y el siguiente bateador. Scott tomó la pelota con la mano derecha y, pasando frente a Tommy, lanzó la pelota con furia.

La pelota de Scott siguió una trayectoria recta, como un proyectil disparado por el cañón de un caza, a través del polvoriento campo. Botó una vez en la parte interior del campo antes de aterrizar sobre el guante del atónito *catcher*. Incluso Bedford se quedó boquiabierto por la velocidad que Scott había imprimido a la pelota.

—Tienes un brazo tremendo, chico —comentó Bedford con un tono que denotaba asombro.

—Así es —repuso Scott. Luego se volvió y, sin decir palabra, rea-nudó su solitario paseo por el perímetro del campo.

El *Abort*

Poco después del amanecer, al tercer día del incidente junto a la alambrada, Tommy Hart se despertó de su dormir profundo, repleto de sueños donde los agudos y estridentes sonidos de los silbatos hicieron de nuevo que se espabilara de golpe. El sobresalto puso fin a un extraño sueño en el que su novia, Lydia, y el capitán del oeste de Tejas que había muerto se hallaban sentados en unas mecedoras en el porche de la casa que los padres de Tommy tenían en Manchester. Ambos le hacían señas para que se uniera a ellos.

Tommy oyó murmurar a uno de los hombres del cuarto:

—¿Qué coño pasa ahora? ¿Otro túnel?

—Quizá sea un ataque aéreo —respondió una segunda voz al tiempo que se oía el sonido de unos pies que se apoyaban con fuerza en las tablas del suelo.

—Imposible —apostilló una tercera voz—. No se oyen sirenas. ¡Debe de tratarse de otro condenado túnel! Yo no sabía que estuviéramos cavando otro túnel.

—Se supone que nosotros no sabemos nada —dijo Tommy enfundándose el pantalón—. Se supone que sólo lo saben los expertos en túneles y los que planifican las fugas. ¿Está lloviendo?

Uno de los hombres abrió los postigos de la ventana.

—Está lloviznando. ¡Mierda! Hace mucho frío.

El hombre que había junto a la ventana se volvió hacia el resto de sus compañeros de cuarto y añadió con tono risueño:

—No pueden obligarnos a volar con esta niebla.

Esta afirmación fue de inmediato acogida con la mezcla habitual de risas, protestas y silbidos.

—Quizás alguno ha tratado de fugarse a través de la alambrada —oyó decir Tommy al piloto de caza que ocupaba la cama superior.

—Los pilotos de caza sólo pensáis en eso: que alguien va a tratar de fugarse solo —replicó una de las primeras voces entre bufidos sarcásticos.

—Somos gente independiente —contestó el piloto del caza, agitando la mano hacia el

otro en plan de guasa. El resto de los aviadores se echó a reír.

—Pero necesitáis permiso del comité de fugas —dijo Tommy encogiéndose de hombros—. Y después del derrumbe del último túnel, dudo que alguien os dé permiso para suicidaros. Aunque se trate de un piloto de Mustang chiflado.

El comentario fue acogido con exclamaciones de aprobación.

Fuera, los silbatos no cesaban de sonar y se oía el estrépito y las carreras de hombres calzados con botas reuniéndose en formación. Los *kriegies* del barracón 101 tomaron sus jerséis de lana y sus cazadoras de cuero, que pendían de improvisados tendederos entre las literas, mientras los guardias los conminaban a gritos. Tommy se ató las botas con fuerza, cogió su gastada gorra y se unió a los prisioneros que salían de sus barracones. Cuando traspuso la puerta, alzó la vista hacia el cielo encapotado. Una ligera llovizna le humedeció el rostro y un frío intenso y húmedo le caló la ropa interior, el jersey y la cazadora. Tommy se levantó el cuello de la chaqueta, inclinó los hombros hacia delante y echó a andar hacia el campo de revista.

Pero lo que vio lo hizo detenerse en seco.

Dos docenas de soldados alemanes, cubiertos con abrigo de invierno y con sus relucientes cascos de acero salpicados de gotitas de humedad, se hallaban congregados en torno al *Abort* situado entre el barracón 101 y el barracón 102. Con expresión dura y recelosa, se hallaban frente a los aviadores aliados, empuñando sus armas. Parecían esperar una orden.

El *Abort* tenía sólo una puerta, ubicada al otro lado del pequeño edificio de madera. Von Reiter, el comandante del campo, con un abrigo forrado de raso rojo echado sobre los hombros, más adecuado para asistir a la ópera que para aquellas circunstancias, se hallaba junto a la puerta del *Abort*. Como de costumbre, sostenía una fusta en la mano, con la que golpeaba reiteradamente sus negras y relucientes botas de cuero. Fritz Número Uno, en posición de firmes, se encontraba a unos pasos de él. Von Reiter no hizo caso de los hurones y observó a los *kriegies* que pasaban a toda prisa. Aparte del gesto nervioso con la fusta, Von Reiter permanecía inmóvil como uno de los abetos que montaban guardia en el lejano bosque, indiferente a la hora intempestiva y al frío. El comandante recorrió con la mirada las filas de hombres formados, casi como si pretendiera contarlos él mismo, o como si reconociera cada uno de los rostros.

Los hombres se agruparon y se colocaron en posición de firmes, de espaldas al *Abort* y al escuadrón de soldados que lo rodeaban. Algunos *kriegies* trataron de volverse para ver qué ocurría a sus espaldas, pero desde el centro de la formación sonó la orden de mirar al frente. Esto les puso nerviosos; a nadie le gusta tener hombres armados a sus espaldas. Tommy aguzó el oído, pero no logró descifrar lo que ocurría dentro del *Abort*.

Meneó la cabeza.

—Menudo sitio para excavar un túnel. ¿A quién se le habrá ocurrido esa sandez? —murmuró para sí.

—Supongo que a los genios de siempre —repuso un hombre tras él—. En una situación normal...

—La hubiéramos jodido —replicaron un par de voces al unísono.

—Eso —añadió otro hombre en la formación—, pero ¿cómo diablos lo descubrieron los alemanes? Es el mejor sitio para excavar y a la vez el peor. Si soportas la peste...

—Ya, si...

—Algunos tíos están dispuestos a arrastrarse a través de mierda con tal de salir de aquí —dijo Tommy.

—Yo no —respondió otro, pero otra voz se apresuró a contradecirle.

—Tío, si pudiera salir de aquí, estaría dispuesto a arrastrarme a través de lo que fuera. Lo haría incluso por un pase de veinticuatro horas. ¡Pasar un día, o medio siquiera, al otro lado de esta maldita alambrada, coño!

—Estás loco —repuso el primero.

—Es posible. Pero permanecer en este campo no beneficia mi estado mental, te lo aseguro.

Se oyó un coro de murmullos de aprobación.

—Ahí van el viejo y Clark —musitó uno de los pilotos—. Echan chispas por los ojos.

Tommy Hart vio al coronel y su segundo en el mando pasar frente a la cabeza de la formación, tras lo cual dieron media vuelta y se dirigieron hacia el *Abort*. MacNamara marchaba con la intensidad de un instructor de West Point. El comandante Clark, cuyas piernas parecían tener la mitad del tamaño de las de su superior, se esforzaba en seguirlo. Habría resultado cómico de no ser por la expresión enfurecida que mostraban ambos hombres.

—Espero que consigan averiguar qué ocurre —masculló un hombre—. ¡Joder, tengo los pies empapados! Apenas siento los dedos.

Pero no obtuvieron respuesta inmediata. Los hombres permanecieron en posición de firmes otros treinta minutos, restregando de vez en cuando los pies en el suelo, tiritando. Por fortuna, al cabo de un rato cesó la llovizna. No obstante, el cielo apenas se despejó cuando salió el sol, mostrando un ancho mundo de color plomizo.

Al cabo de casi una hora, los *kriegies* vieron al coronel MacNamara y al comandante Clark pasar con el *Oberst* Von Reiter por la puerta principal y entrar en el edificio de oficinas del campo. Aún no se había efectuado el recuento de prisioneros, lo cual

sorprendió a Tommy. No sabía qué ocurría, y se sentía picado por la curiosidad. Cualquier hecho que escapara de la rutina era bienvenido, pensó Tommy. Cualquier cosa distinta, que les recordara que no estaban aislados. En cierto modo, Tommy confiaba en que los alemanes hubieran descubierto otro túnel. Le gustaban los desafíos, aunque él mismo no se atreviera a plantearlos. Le había complacido ver cómo Bedford arrojaba el pan a los rusos. Le había satisfecho, y al mismo tiempo sorprendido, la temeridad que había demostrado Lincoln Scott junto a la alambrada. Le complacía todo aquello que le recordara que no era un mero *kriegie*. Pero esas cosas ocurrían muy de vez en cuando.

Después de otra larga espera, Fritz Número Uno se acercó a la cabeza de las formaciones y anunció en voz alta:

—Descansen. El recuento matutino se retrasará unos momentos. Pueden fumar. No abandonen su posición.

—¡Eh, Fritz! —gritó el capitán de Nueva York—. Déjenos ir a mear. ¡Nos lo haremos en los pantalones!

El alemán sacudió la cabeza con energía.

—Todavía no. *Verboten!* —dijo.

Los *kriegies* protestaron, pero se relajaron de inmediato. Alrededor de Tommy flotaba el olor a tabaco. No obstante observó que Fritz Número Uno, permanecía de pie, recorriendo con la vista las columnas de hombres cuando lo normal hubiera sido que se apresurase a gorrear un pitillo a un prisionero. Al cabo de unos segundos, Tommy vio que el alemán había localizado al hombre que buscaba, y el hurón se dirigió hacia los prisioneros del barracón 101.

Fritz Número Uno se acercó a Lincoln Scott.

—Teniente Scott —dijo el hurón en voz baja—, haga el favor de acompañarme al despacho del comandante.

Tommy observó que el aviador negro dudó unos instantes, tras lo cual avanzó un paso y repuso:

—Como usted quiera.

El piloto y el hurón echaron a andar con rapidez a través del campo de revista hacia la puerta principal. Dos guardias la abrieron para dejarlos pasar, volviéndola a cerrar de inmediato. Durante un par de segundos, las formaciones guardaron silencio. Después se levantaron numerosas voces, como el viento antes de una tormenta.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué quieren los alemanes de él?

—¿Sabe alguien qué está pasando?

Tommy calló. Su curiosidad iba en aumento, espoleada por las voces que se alzaban a su alrededor. Pensó que todo aquello era muy extraño. Extraño porque se salía de lo habitual. Extraño porque nunca había ocurrido nada semejante.

Los hombres siguieron protestando y rezongando durante casi otra hora. Para entonces, la débil claridad del día había conseguido abrirse paso a través del cielo plomizo, y el escaso calor que prometía la mañana había llegado. Los prisioneros tenían hambre. Muchos se morían de ganas de ir al retrete. Todos acusaban el frío y la humedad.

Y todos sentían curiosidad.

Al cabo de unos momentos, Fritz Número Uno apareció junto a la puerta de la alambrada. Los guardias la abrieron y él la atravesó casi a la carrera, dirigiéndose directamente hacia los hombres del barracón 101. Mostraba el rostro acalorado, pero nada en su talante indicaba lo que iba a suceder.

—Teniente Hart —dijo, tosiendo y tratando de contener sus jadeos—, ¿quiere hacer el favor de acompañarme al despacho del comandante?

Tommy oyó murmurar a un hombre situado a su espalda:

—Procura enterarte de lo que ocurre, Tommy.

—Por favor, teniente Hart, ahora mismo —le rogó Fritz Número Uno—. No me gusta hacer esperar a *Herr Oberst* Von Reiter.

Tommy avanzó hasta situarse junto al hurón.

—¿Qué pasa, Fritz? —preguntó con voz queda.

—Apresúrese, teniente. El *Oberst* se lo explicará.

Fritz Número Uno atravesó a paso rápido la puerta de la valla.

Tommy echó una ojeada a su alrededor. La puerta crujió al cerrarse tras él y tuvo la extraña sensación de haber traspasado una puerta cuya existencia desconocía. Durante unos instantes se preguntó si esa sensación era la misma que experimentaban los hombres al abandonar los aviones en los que habían sido derribados y salir al aire libre, frío y límpido, cuando ya se les había arrebatado todo cuanto les era familiar e infundía seguridad, dejándoles sólo el afán de sobrevivir. Se dijo que sí.

Respiró hondo y subió casi corriendo los escalones de madera que conducían al despacho del comandante. Las pisadas de sus botas sonaban como una ráfaga de ametralladora.

En la pared de detrás de la mesa del oficial, colgaba el obligado retrato de Adolf Hitler. El artista había captado al *Führer* con una expresión remota y exultante en sus ojos, como si escudriñara el futuro idealizado de Alemania y comprobara que era

perfecto y próspero. Tommy Hart pensó que era una expresión que pocos alemanes seguían luciendo. Las repetidas oleadas de B-17 durante el día y Lancasters por la noche, hacían que ese futuro pareciera menos halagüeño. A la derecha del retrato, había otro más pequeño de un grupo de oficiales alemanes de pie junto a los restos calcinados y retorcidos de un caza ruso Tupolev. En el centro del grupo que aparecía en la fotografía se veía a un risueño Von Reiter.

Pero el comandante no sonreía cuando Tommy entró en la estancia y se detuvo en el centro de la misma. Estaba sentado detrás de su mesa de roble. El teléfono estaba a su derecha y tenía unos papeles sueltos sobre el secante frente a él, junto a la omnipresente fusta. El coronel MacNamara y el comandante Clark se hallaban sentados a su izquierda. Del teniente Scott no había ni rastro.

Von Reiter miró a Tommy y bebió un trago de achicoria en una delicada taza de porcelana.

—Buenos días, teniente —dijo.

Tommy dio un taconazo y saludó. Miró a los dos oficiales americanos, pero éstos se mantuvieron en un discreto segundo plano. También mostraban expresiones tensas.

—*Herr Oberst* —respondió Tommy.

—Sus superiores desean hacer unas preguntas —dijo Von Reiter. Hablaba un inglés con acento tan excelente como Fritz Número Uno, aunque el hurón habría podido pasar por un americano debido a los coloquialismos que había adquirido mientras escoltaba a los estadounidenses por el recinto. Tommy dudaba que el aristocrático Von Reiter tuviera el menor interés en aprender la letra de las canciones habituales de los prisioneros. Tommy dio media vuelta para situarse frente a los dos estadounidenses.

—Teniente Hart —dijo el coronel MacNamara marcando las palabras—. ¿Conoce usted bien al capitán Vincent Bedford?

—¿Vic? —respondió Tommy—. Dormimos en el mismo barracón. He hecho algunos tratos con él. Vic siempre se lleva la mejor parte. He hablado con él sobre nuestros hogares, y me he quejado del tiempo o de la comida...

—¿Es amigo suyo, teniente? —inquirió el comandante Clark.

—Ni más ni menos que los otros prisioneros en el campo, señor —repuso Tommy. El comandante Clark asintió con la cabeza.

—¿Cómo describiría usted su relación con el teniente Scott? —prosiguió el coronel MacNamara.

—No mantengo ninguna relación con él, señor. Ni yo ni nadie. He tratado de mostrarme amable con él, pero la cosa no pasó de ahí.

—¿Presenció usted el altercado entre los dos hombres en la habitación del barracón?

—preguntó MacNamara tras una pausa.

—No señor. Llegué cuando ya los habían separado, unos segundos antes de que usted y el comandante Clark entraran en la habitación.

—¿Pero oyó proferir amenazas?

—Sí, señor.

El coronel asintió con la cabeza.

—Posteriormente, según me han contado, se produjo otro incidente junto a la alambrada...

—Yo no lo describiría como un incidente, señor. Más bien un malentendido acerca de las normas, que pudo haber tenido consecuencias fatales.

—Que, según creo, usted previno gritando una advertencia.

—Es posible. Ocurrió muy deprisa.

—¿Diría usted que este incidente ha servido para incrementar los sentimientos tensos entre los dos oficiales?

Tommy se detuvo. No tenía remota idea de adónde querían ir a parar los oficiales, pero se dijo que por si acaso convenía dar respuestas breves. Se había percatado de que los tres hombres allí reunidos escuchaban con atención todo cuando decía. Tommy decidió proceder con cautela.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó.

—Limítese a responder las preguntas, teniente.

—Había cierta tensión entre ambos, señor. Creo que se debía a un problema racial, aunque el capitán Bedford me lo negó en una conversación que mantuvimos. Ignoro si las cosas fueron a más, señor.

—Se odian, ¿me equivoco?

—No podría afirmarlo.

—El capitán Bedford odia a la raza negra y no se molestó en ocultárselo al teniente Scott, ¿no es así?

—El capitán Bedford se expresa con franqueza, señor. Sobre diversos temas.

—¿Diría usted que el teniente Scott se sintió amenazado por el capitán Bedford? —preguntó el coronel MacNamara.

—Habría sido difícil que no se sintiera amenazado por él. Pero...

El comandante Clark le interrumpió:

—Hace menos de dos semanas que ese negro está aquí y ya tenemos una pelea por haberle propinado un golpe bajo a un oficial colega suyo, y para colmo de mayor rango, tenemos unas acusaciones de robo, seguramente fundadas, y un presunto incidente junto

a la alambrada... —Clark se detuvo bruscamente y preguntó a Tommy—: Usted es de Vermont, ¿no es cierto, Hart? Que yo sepa, en Vermont no tienen problemas con los negros, ¿no es así?

—Sí, señor. Manchester, Vermont. Y que yo sepa no hay problemas con los negros. Pero en estos momentos no nos encontramos en Manchester, Vermont.

—Esto es evidente, teniente —replicó Clark alzando la voz con aspereza.

Von Reiter, que había permanecido sentado en silencio, se apresuró a intervenir.

—Creo que el teniente sería una buena elección para esa labor, coronel, a juzgar por la prudencia con que responde a sus preguntas. Usted es abogado, no militar, ¿no es cierto?

—Estudiaba el último año de derecho en Harvard cuando me alisté. Poco después de Pearl Harbor.

—Ah —Von Reiter sonrió con cierta brusquedad—. Harvard. Una institución pedagógica que goza de merecida fama. Yo estudié en la Universidad de Heidelberg. Quería ser médico, hasta que mi país me llamó a filas.

El coronel MacNamara tosió para aclararse la garganta.

—¿Conocía usted el historial de guerra del capitán Bedford, teniente?

—No, señor.

—La ilustre Cruz de la Aviación con guirnalda de plata. Un Corazón Púrpura. Una Estrella de Plata por haber participado en misiones sobre Alemania. Realizó una serie de veinticinco salidas, y se ofreció como voluntario para una segunda serie. Más de treinta y dos misiones antes de caer derribado...

—Un aviador ampliamente condecorado, con una hoja de servicios impecable, teniente —interrumpió Von Reiter—. Un héroe de guerra. —El comandante lucía una reluciente cruz de hierro negra que pendía de una cinta en torno a su cuello, la cual no cesaba de acariciar mientras hablaba—. Un adversario que cualquier combatiente del aire respetaría.

—Sí, señor —contestó Tommy—. Pero no comprendo...

El coronel MacNamara inspiró hondo y habló con resentimiento, sin poder apenas contener su ira.

—El capitán Bedford de las fuerzas aéreas estadounidenses fue asesinado anoche, después de que se apagaran las luces, dentro del recinto del Stalag Luft 13.

Tommy permaneció boquiabierto, mirando al otro con fijeza.

—¿Asesinado?

—Asesinado por el teniente Lincoln Scott —respondió MacNamara sin dudarlo.

—No puedo creer...

—Disponemos de pruebas suficientes, teniente —se apresuró a interrumpir el comandante Clark—. Las suficientes para formarle un consejo de guerra hoy mismo.

—Pero...

—Por supuesto, no lo haremos. En todo caso, no hoy. Pero pronto. Tenemos previsto formar un tribunal militar para oír los cargos contra el teniente Scott. Los alemanes —en ese momento MacNamara hizo un pequeño ademán para señalar con la cabeza al comandante Von Reiter— nos han autorizado a hacerlo. Por lo demás, acatarán la sentencia del tribunal. Sea cual fuere.

Von Reiter asintió.

—Tan sólo pedimos que se me permita asignar un oficial para que observe todos los detalles del caso, para que éste pueda informar a mis superiores en Berlín del resultado del juicio. Y, por supuesto, en caso de que requieran un pelotón de fusilamiento, nosotros les proporcionaremos a los hombres. Ustedes, los americanos, podrán presenciar la ejecución, aunque...

—¿La qué? —dijo Tommy asombrado—. ¿Bromea usted, señor?

Nadie estaba bromeando. Tommy lo comprendió al instante. Respiró hondo. La cabeza le daba vueltas, pero procuró conservar la calma. Sin embargo, notó que su voz sonaba algo más aguda de lo habitual.

—Pero ¿qué es lo que desea de mí, señor? —preguntó.

La pregunta iba dirigida al coronel MacNamara.

—Queremos que represente al acusado, teniente.

—¿Yo, señor? Pero yo no...

—Tiene experiencia en materia legal. Tiene usted muchos textos sobre leyes cerca de su litera, entre los cuales imagino que habrá alguno sobre justicia militar. Su labor es relativamente simple. Sólo tiene que asegurarse de que los derechos militares y constitucionales del teniente Scott están protegidos mientras se le juzga.

—Pero, señor...

—Mire usted, Hart. —Le interrumpió con brusquedad el comandante Clark—: Es un caso claro. Tenemos pruebas, testigos y un móvil. Existió la oportunidad. Existía un odio más que probado. Y no queremos que estalle un motín cuando los otros prisioneros averigüen que un maldito ne... —Se detuvo, hizo una pausa y lo expresó de otro modo —, cuando los otros prisioneros averigüen que el teniente Scott ha matado a un oficial muy apreciado, conocido por todos, respetado y condecorado. Y que lo mató de forma brutal, salvaje. No consentiremos que se produzca un linchamiento, teniente. No

mientras estén ustedes bajo nuestras órdenes. Los alemanes también desean evitarlo. Por lo tanto, habrá un juicio. Usted tomará parte fundamental en él. Alguien tiene que defender a Scott. Y ésta, teniente, es una orden. De mi parte, del coronel MacNamara y del *Oberst* Von Reiter.

Tommy inspiró profundamente.

—Sí, señor —repuso—. Lo comprendo.

—Bien —dijo el comandante Clark—. Yo mismo instruiré las diligencias del caso. Creo que dentro de una semana, o a lo más diez días, podremos formar el tribunal. Cuanto antes resolvamos el asunto, mejor, comandante.

Von Reiter asintió con la cabeza.

—Sí —dijo el alemán—, debemos proceder con diligencia. Quizá parezca inoportuno apresurarnos, pero un excesivo retraso crearía muchos problemas. Hay que obrar con rapidez.

—Esta misma tarde dispondrá usted de los nombres de los oficiales elegidos para constituir el tribunal de guerra —dijo el coronel MacNamara volviéndose hacia el comandante.

—Muy bien, señor.

—Creo —prosiguió el coronel—, que podremos concluir este asunto a finales de mes, o como máximo, al principio del siguiente.

—De acuerdo. Ya he mandado llamar a un hombre que nombraré oficial de enlace entre ustedes y la Luftwaffe. El *Hauptmann* Visser llegará aquí dentro de una hora.

—Discúlpeme, coronel —terció Tommy, discretamente.

—¿Qué quiere, teniente? —inquirió MacNamara, volviéndose hacia él.

—Verá, señor —dijo Tommy no sin titubear—, entiendo la necesidad de resolver este asunto con rapidez, pero querría formular unas peticiones, señor, si me lo permite...

—¿De qué se trata, Hart? —preguntó Clark con sequedad.

—Debo saber en qué consisten exactamente las pruebas de que disponen, señor, así como los nombres de los testigos. No lo tome como una falta de respeto, comandante Clark, pero mi deber es inspeccionar personalmente la escena del crimen. Asimismo necesito que alguien me ayude a preparar la defensa. Por más que sea un caso claro.

—¿Para qué quiere usted un ayudante?

—Para que comparta conmigo la responsabilidad de la defensa. Es lo tradicional en el caso de un delito capital, señor.

Clark frunció el ceño.

—Tal vez lo sea en Estados Unidos. No estoy seguro de que esto sea absolutamente

necesario dadas nuestras circunstancias en el Stalag Luft 13. ¿A quién propone, teniente?

Tommy volvió a respirar hondo.

—El teniente de la RAF Hugh Renaday. Ocupa un barracón en el complejo norte.

Clark se apresuró a mover la cabeza en sentido negativo.

—No me parece buena idea implicar en esto a un británico. Son nuestros trapos sucios y es preferible que los lavemos nosotros mismos. No conviene...

Von Reiter dejó que se pintara una breve sonrisa en su rostro.

—*Herr* comandante —dijo—, creo que conviene dar al teniente Hart toda clase de facilidades para que lleve a cabo la compleja y delicada tarea que le hemos encomendado. De este modo evitaremos cometer cualquier incorrección. Su petición de que le permitan contar con un ayudante es razonable, ¿no? ¿El teniente Renaday tiene alguna experiencia en esta clase de asuntos, teniente?

Tommy asintió.

—Sí, señor —respondió.

Von Reiter asintió a su vez.

—En ese caso, me parece una propuesta acertada. Su ayuda, coronel MacNamara, no significa que otro de sus oficiales se vea comprometido por este desdichado incidente y sus inevitables consecuencias.

A Tommy esta frase le pareció muy interesante, pero se abstuvo de expresarlo.

El coronel observó al alemán con detenimiento, analizando lo que había dicho el comandante.

—Tiene usted razón, *Herr Oberst*. Es perfectamente razonable que un británico esté implicado en el caso, en lugar de otro americano...

—Es canadiense, señor.

—¿Canadiense? Mejor que mejor. Petición concedida, teniente.

—En cuanto a la escena del crimen, señor, necesito...

—Sí, desde luego. En cuanto hayamos retirado el cadáver...

—¿No han retirado todavía el cadáver? —preguntó Tommy asombrado.

—No, Hart. Los alemanes enviarán a una brigada en cuanto lo ordene el comandante.

—En ese caso deseo verlo. Ahora mismo. Antes de que toquen nada. ¿Han acordonado el lugar?

Von Reiter, que seguía sonriendo apenas, asintió con la cabeza.

—Nadie ha tocado nada desde el desgraciado hallazgo de los restos del capitán Bedford, teniente. Se lo aseguro. Aparte de mi persona y de sus dos oficiales superiores

aquí presentes, nadie ha examinado el lugar. Salvo, posiblemente, el acusado. Debo apresurarme a informarle —continuó Von Reiter sin dejar de sonreír—, que su petición es idéntica a la que hizo el *Hauptmann* Visser cuando hablé con él a primera hora de esta mañana.

—¿Y las pruebas, comandante Clark? —preguntó Tommy.

El aludido dio un respingo y miró a Hart disgustado.

—Se las haré llegar tan pronto como las haya compilado.

—Gracias, señor. Deseo formular otra petición, señor.

—¿Otra petición? Su labor en este caso es sencilla, Hart. Proteger con honor los derechos del acusado. Ni más ni menos.

—Por supuesto, señor. Pero para hacerlo debo hablar con el teniente Scott. ¿Dónde se encuentra?

Von Reiter no dejaba de sonreír, como si se refocilara con la incómoda situación de los oficiales estadounidenses.

—Ha sido trasladado a la celda de castigo, teniente. Podrá hablar con él después de que haya examinado la escena del crimen.

—Junto con el teniente Renaday, por favor.

—En efecto, tal como solicitó usted.

En la mesa, frente a Von Reiter, había un intercomunicador semejante a una cajita. El comandante pulsó un botón. En el despacho contiguo sonó un timbre. La puerta se abrió de inmediato y Fritz Número Uno entró en la habitación.

—Cabo, acompañe al teniente Hart al recinto norte, donde ambos hallarán al teniente Hugh Renaday. Luego escolte a los dos hombres hasta el *Abort*, donde hallarán el cadáver del capitán Bedford, y proporciónese la asistencia que necesiten. Cuando ambos hayan terminado de examinar el cuerpo y la zona circundante, haga el favor de acompañar al teniente Hart a ver al prisionero.

—*Jawohl, Herr Oberst!* —respondió Fritz Número Uno cuadrándose con energía.

Tommy se volvió hacia los dos oficiales americanos. Pero antes de que pudiera abrir la boca, MacNamara se llevó la mano a la visera y efectuó un lento saludo.

—Puede retirarse, teniente —dijo pausadamente.

Phillip Pryce y Hugh Renaday estaban en su dormitorio en el recinto británico cuando hizo su aparición Tommy Hart, acompañado por Fritz Número Uno. Pryce estaba sentado en una tosca silla de madera tallada, balanceándose con los pies apoyados sobre un voluminoso hornillo de acero negro instalado en un rincón de la habitación. En una

mano sostenía un cabo de lápiz y en la otra un libro de crucigramas. Renaday estaba sentado a pocos pasos, leyendo una edición de bolsillo de la novela *El misterio de la guía de ferrocarriles*, de Agatha Christie. Ambos alzaron la vista cuando Tommy se detuvo en el umbral, sonriendo con cordialidad.

—¡Thomas! —exclamó Pryce—. ¡Qué visita tan inesperada! ¡Pero siempre bienvenida, aunque no nos la hayas anunciado! ¡Adelante, adelante! Hugh, acércate al armario, anda, debemos ofrecer a nuestro invitado unas golosinas. ¿Queda chocolate?

—Hola, Phillip —se apresuró a decir Tommy—. Hugh. En realidad no se trata de una visita social.

Pryce dejó caer los pies en el suelo con un sonoro golpe.

—¿Ah, no? Qué interesante. Y a tenor de la atribulada expresión que advierto en tu juvenil rostro, se trata de algo importante.

—¿Qué ocurre, Tommy? —inquirió Renaday, poniéndose de pie—. Por la cara que traes, parece que ha sucedido algo malo. ¡Eh, Fritz! Coja un par de cigarrillos y espere fuera, haga el favor.

—No puedo marcharme, señor Renaday —contestó Fritz Número Uno.

Renaday avanzó un paso, al tiempo que Phillip Pryce se ponía también de pie.

—¿Ha habido algún problema en tu casa, Tommy? ¿Les ha ocurrido algo a tus padres o a la famosa Lydia de la que tanto hemos oído hablar? Espero que no.

Tommy meneó la cabeza con energía.

—No, no. No ha pasado nada en casa.

—Entonces, ¿qué ocurre?

Tommy se volvió. Los otros ocupantes del barracón habían salido, de lo cual se alegró. Sabía que la noticia del asesinato no permanecería mucho tiempo oculta, pero creía que cuanto más tiempo tardara en saberse mejor.

—Se ha producido un incidente en el recinto americano —dijo Tommy—. El coronel me ha ordenado que les ayude en la «investigación», por llamarla de algún modo.

—¿Qué clase de incidente, Tommy? —preguntó Pryce.

—Una muerte, Phillip.

—¡Dios santo, esto tiene mal aspecto! —exclamó Renaday—. ¿En qué podemos ayudarte, Tommy?

Tommy miró sonriendo al fornido canadiense.

—Me han autorizado a nombrarte mi ayudante, Hugh. Tienes que acompañarme, ahora mismo. Serás una especie de ayudante de campo.

Renaday lo miró asombrado.

—¿Yo, por qué?

—Porque la pereza es terreno abonado para el diablo, Hugh —repuso Tommy sonriendo—. Y hace mucho que no das golpe.

Renaday soltó un bufido.

—Tiene gracia —replicó—, pero no es una respuesta.

—Dicho de otro modo, mi brusco compatriota canadiense —terció rápidamente Pryce—, Tommy te proporcionará en seguida todos los datos.

—Gracias, Phillip. Exactamente.

—Entre tanto, ¿puedo hacer algo? —preguntó Pryce—. Estoy más que ansioso por colaborar.

—Sí, pero más tarde tenemos que hablar.

—Qué misterioso te muestras, Tommy. No sueltas prenda. Debo confesar que has picado mi curiosidad. No sé si este viejo corazón resistirá mucho tiempo hasta averiguar los detalles.

—Ten paciencia, Phillip. Los acontecimientos se han precipitado. He conseguido autorización para que Hugh me ayude. Era una mera suposición, pero no creí que me autorizaran a tener más de un ayudante. Al menos, oficialmente. Sobre todo si elegía a un oficial de alto rango y que era un famoso abogado antes de la guerra. Pero Hugh te informará de todo cuanto averigüemos. Entonces hablaremos.

El anciano afirmó con la cabeza.

—Es preferible intervenir directamente en el asunto —dijo—. Pero sin conocer los detalles, comprendo tu punto de vista. De modo que esta muerte reviste cierta importancia, ¿no es así? ¿Una importancia política?

Tommy asintió.

—Por favor, teniente Hart —dijo Fritz Número Uno con impaciencia—. El señor Renaday está preparado. Debemos dirigirnos al *Abort*.

El canadiense y el oficial británico volvieron a mostrarse perplejos.

—¿Un *Abort*? —preguntó Pryce.

Tommy entró en la habitación y tomó la mano del anciano.

—Phillip —dijo con voz queda—, has sido un amigo mejor de lo que jamás pude imaginar. Durante los próximos días tendré que echar mano de tu experiencia y tus dotes. Pero Hugh te informará de los detalles. Me disgusta tenerte sobre ascuas, pero por ahora no me queda más remedio.

—Mi querido chico —repuso Pryce sonriendo—, lo comprendo. Zarandajas militares. Esperaré aquí como un buen soldado, hasta que tú quieras. Qué emocionante,

¿no? Algo verdaderamente distinto. ¡Ah, una delicia! Toma tu abrigo, Hugh, y regresa bien provisto de información. Hasta entonces, me quedaré junto al fuego, dándome el lujo de imaginar lo que ha de venir.

—Gracias, Phillip —dijo Tommy. Luego se inclinó con discreción hacia delante y susurró en el oído de Pryce—: Lincoln Scott, el piloto de caza negro. ¿Recuerdas a los chicos de Scottsboro?

Pryce inspiró profundamente y tuvo un violento acceso de tos. Asintió con gestos.

—Maldita humedad. Recuerdo el caso. Tremendo. Hay que actuar con prontitud —dijo.

Renaday introdujo con precipitación sus gruesos brazos en el abrigo. De paso cogió un lápiz y un delgado cuaderno de dibujo.

—Estoy listo, Tommy —dijo—. Vámonos.

Los dos pilotos, azuzados por Fritz Número Uno, se dirigieron hacia el recinto sur. Tommy Hart informó a Renaday sobre cuanto había averiguado en el despacho del comandante, relatándole lo de la pelea y el incidente junto a la alambrada. Renaday escuchó con atención, haciendo de vez en cuando una pregunta, pero tratando sobre todo de asimilar los pormenores.

Cuando el guardia le abrió la puerta de acceso al recinto sur, Renaday susurró:

—Tommy, hace seis años que no he estado en una escena del crimen real. Y los asesinatos que se producían en Manitoba los cometían unos vaqueros borrachos que se mataban a cuchilladas en los bares. No solía haber muchos datos que procesar, porque el culpable estaba sentado allí mismo, cubierto de sangre, cerveza y whisky.

—No te preocupes, Hugh —repuso Tommy en voz baja—. Yo no he estado jamás en la escena de un crimen.

El recuento matutino se había llevado a cabo mientras Tommy se hallaba en el despacho del comandante. Los guardias habían ordenado a los hombres que rompieran filas, pero había decenas de *kriegies* congregados en el patio de revista, fumando, esperando, conscientes de que ocurría algo anormal. Los guardias alemanes mantenían acordonada la zona del *Abort*. Los *kriegies* observaban a los alemanes, quienes, a su vez, hacían lo propio con ellos.

Los grupos de aviadores se separaron para dejar paso a Tommy, Hugh y Fritz Número Uno cuando éstos se acercaron a la letrina. El escuadrón de guardia les permitió pasar. Al llegar a la puerta, Tommy vaciló unos instantes antes de entrar.

—¿Fue usted quien encontró al capitán? —preguntó a Fritz.

El hurón asintió.

—Poco después de las cinco de esta mañana.

—¿Y qué hizo usted?

—Ordené inmediatamente a dos *Hundführers* que patrullaban por el perímetro del campo que se apostaran junto al *Abort* y no dejaran entrar a nadie. Luego fui a informar al comandante.

—¿Cómo llegó usted al cadáver?

—Yo estaba junto al barracón 103. Oí un ruido. No me moví de inmediato, teniente. No confiaba en mi oído.

—¿Qué clase de ruido?

—Un grito. Luego no oí nada.

—¿Por qué entró en el *Abort*?

—Creí que el sonido procedía de allí.

—¿Hugh? —Tommy hizo a éste un gesto con la cabeza.

—¿Vio a otra persona? —preguntó el canadiense.

—No. Sólo oí cerrarse una puerta.

Renaday empezó a formular otra pregunta, pero se detuvo.

—Después de hallar el cadáver —dijo tras reflexionar unos instantes—, salió del *Abort*. ¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que regresara con dos *Hundführers*?

El hurón alzó la vista hacia el cielo plomizo, tratando de calcular el tiempo.

—Unos minutos, no más, teniente. No quise tocar el silbato y suscitar la alarma hasta haber informado al comandante. Los hombres estaban situados frente a la alambrada, junto al barracón 116. Unos segundos, quizás un minuto para explicarles la urgencia de la situación. Tal vez cinco minutos. Unos diez, en total.

—¿Está seguro de que no había nadie por las inmediaciones cuando descubrió el cadáver?

—Yo no vi a nadie, señor Renaday. Después de hallar el cadáver, y de cerciorarme de que el capitán Bedford estaba muerto, utilicé mi linterna para iluminar el edificio y comprobar los alrededores. Pero todavía era de noche y había muchos lugares donde ocultarse. De modo que no sé responderle con seguridad.

—Gracias, Fritz. Una última cosa...

El hurón avanzó un paso.

—Quiero que ahora mismo nos traiga una cámara. De treinta y cinco milímetros, con película, un *flash* y al menos media docena de bombillas de *flash*.

—¡Es imposible, teniente! No sé...

Renaday se adelantó, plantándose ante las narices del larguirucho hurón.

—Sé que usted sabe quién tiene una. Vaya de inmediato en busca de ella sin decirle a nadie una palabra. ¿Entendido? ¿O prefiere que vayamos al despacho del comandante y se la pidamos a él?

Fritz Número Uno lo miró espantado unos momentos, atrapado entre el deber y el deseo de obrar correctamente. Al cabo de unos momentos, asintió con la cabeza.

—Uno de los guardias de la torre es aficionado a la fotografía...

—Diez minutos. Estaremos dentro.

Fritz Número Uno saludó, dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

—Eso fue muy astuto, Hugh —comentó Tommy Hart.

—Supuse que necesitaremos unas fotografías. —Hugh se volvió hacia Tommy y lo asió por los brazos—. Pero oye, Tommy, ¿cuál es nuestra misión en este asunto?

—No estoy seguro —respondió el aludido meneando la cabeza—. Lo único que puedo decirte es que van a acusar a Lincoln Scott del crimen del *Abort*. Supongo que deberíamos hacer cuanto esté en nuestra mano por ayudarlo.

Los dos hombres habían llegado a la puerta de la letrina.

—¿Estás preparado? —preguntó Tommy.

—Adelante la brigada ligera —contestó Hugh—. No les corresponde preguntar por qué...

—... sino cumplir con su deber y morir —concluyó Tommy. Pensó que era un verso poco oportuno en aquellas circunstancias, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

El *Abort* consistía en un estrecho edificio, con una sola puerta situada en un extremo. El suelo de tablas estaba levantado varios palmos por encima de tierra, de modo que había que subir unos cuantos escalones para entrar. El propósito era dejar un espacio debajo de los retretes para los gigantescos barriles verdes de metal utilizados para recoger los excrementos. Había seis cubículos, cada uno provisto de una puerta y unos tabiques para proporcionar un mínimo de intimidad. Los asientos eran de madera dura y pulidos por el uso y el fregado frecuente. El sistema de ventilación consistía en unas ventanas con barrotes situadas justo debajo del techo. Dos veces al día, una cuadrilla encargada de limpiar los *Aborts* se llevaba los barriles de aguas residuales a un rincón del campo, donde los quemaban. Lo que no se quemaba era arrojado a unas trincheras y cubierto con cal viva. Lo único que los alemanes suministraban a los *kriegies* en abundancia era cal viva.

Un extraño que entrara por primera vez en un *Abort* se habría sentido abrumado por la fetidez, pero los *kriegies* estaban acostumbrados y, a los pocos días de llegar al Stalag

Luft 13, los aviadores constataban que era uno de los pocos lugares en el campo donde podían pasar unos minutos en relativa soledad. Lo que la mayoría más detestaba era la falta de papel higiénico. Los alemanes no se lo suministraban, y los paquetes de la Cruz Roja solían contener pocos rollos, pues preferían enviar comida.

Tommy y Hugh se detuvieron en la puerta.

El hedor los invadió. En el *Abort* no había electricidad, por lo que el lugar estaba en penumbra, iluminado sólo por el brillo de un cielo gris y encapotado que se filtraba por las ventanas con barrotes.

Antes de entrar Renaday se puso a canturrear brevemente una melodía anónima.

—Piensa un segundo, Tommy —dijo—. Eran las cinco de la mañana, ¿no? ¿No fue lo que dijo Fritz?

—En efecto —respondió Tommy con voz queda—. ¿Qué demonios hacía Vic aquí? A esa hora los retretes de los barracones aún funcionan. Los alemanes no cortan el agua hasta media mañana. Y este lugar debía de estar oscuro como boca de lobo. Salvo por el reflector que pasa sobre él cada... ¿cuánto?..., cada minuto, cada noventa segundos, pongamos. Aquí dentro no se debía de ver nada.

—De modo que uno no acudiría sin un buen motivo...

—Y vaciar el vientre no es el motivo.

Ambos hombres asintieron con la cabeza.

—¿Qué es lo que buscamos, Hugh?

—Verás —repuso Hugh con un suspiro—, en la academia de policía te enseñan que si miras con atención la escena del crimen te indica todo cuanto ha ocurrido. Veamos qué podemos descubrir.

Los dos hombres entraron juntos. Tommy miró a derecha e izquierda, tratando de asimilar lo sucedido, pero sin saber muy bien qué andaba buscando en aquel momento. Caminaba delante de Renaday y antes de llegar al último cubículo se detuvo y señaló el suelo.

—Mira, Hugh —dijo bajando la voz—. ¿No parece una huella? En todo caso, parte de una huella.

Renaday se arrodilló. En el suelo de madera de la letrina aparecía con claridad la huella de una bota que se dirigía hacia el cubículo del *Abort*. El canadiense tocó la huella con cuidado.

—Sangre —dijo. Levantó lentamente la mirada, fijándola en la puerta del último cubículo—. Ahí dentro, supongo —añadió reprimiendo un breve suspiro—. Examina antes la puerta, para comprobar si hay algo más.

—¿Como qué?

—Huellas dactilares marcadas en sangre.

—No. No veo nada de eso.

Hugh sacó el cuaderno y se puso a dibujar el interior del *Abort*. De paso, registró la forma y la dirección de la huella.

Tommy abrió muy despacio la puerta del retrete, como un niño que se asoma por la mañana a la habitación de sus padres.

—Dios santo —murmuró de golpe.

Vincent Bedford estaba sentado en el retrete, con el pantalón bajado hasta los tobillos, medio desnudo. Pero tenía el torso inclinado hacia atrás, contra la pared, y la cabeza ladeada hacia la derecha. En sus ojos había una expresión de espanto. Su pecho y la camisa que lo cubría estaban manchados de sangre.

Lo habían degollado. En el lado izquierdo del cuello presentaba un profundo corte rodeado de coágulos.

El cadáver tenía un dedo parcialmente amputado, que pendía flácido. También presentaba un corte en la mejilla derecha y la camisa estaba parcialmente desgarrada.

—Pobre Vic —dijo Tommy en un murmullo.

Los dos aviadores contemplaron el cadáver. Ambos habían visto morir a muchos hombres, y de forma terrorífica, y lo que presenciaron en el *Abort* no les repugnó. Ambos habían visto a hombres despedazados por balas, explosiones y metralla; destripados, decapitados y quemados vivos por los caprichos de la guerra. Habían visto eliminar con una manguera las vísceras y demás restos sanguinolentos de los artilleros que habían encontrado la muerte en sus torretas de plexiglás. Pero esas muertes estaban dentro del suceder de la lucha, donde era normal presenciar los aspectos más brutales de la muerte. En el *Abort* era distinto; allí había un hombre muerto que debía estar vivo. Morir de forma violenta sentado en el retrete era estremecedor y auténticamente terrorífico.

—Sí, Dios santo —dijo Hugh.

Tommy observó que una esquina de la solapa del bolsillo de la camisa de Bedford estaba levantada. Pensó que ahí era donde Trader Vic guardaba su cajetilla de cigarrillos. Se inclinó sobre el cuerpo y golpeó ligeramente el bolsillo. Estaba vacío.

Ambos siguieron examinando el cadáver. Tommy recordó que debía medir, valorar, calcular e interpretar con esmero el retrato que tenía ante sí como si se tratara de la página de un libro. Recordó los numerosos casos criminales sobre los que había leído. Recordó que durante ese importante examen inicial se observaba a menudo un pequeño

detalle. La culpabilidad o inocencia de un hombre dependía a veces de un detalle casi inapreciable. Las gafas que habían caído del bolsillo de la chaqueta de Leopold. ¿O era Loeb? Tommy no lo recordaba. Al contemplar el cadáver de Vincent Bedford, experimentó una sensación de impotencia. Trató de recordar su última conversación con el de Misisipí, pero no lo conseguía. Reparó en que el cadáver que tenía frente a él se estaba convirtiendo rápidamente en uno más. Algo que uno rechazaba y relegaba al universo de las pesadillas, donde engrosaba la legión de hombres muertos y mutilados que poblaban los sueños de los vivos. Ayer era Vincent Bedford, capitán. Piloto de un bombardero con numerosas condecoraciones y hábil negociador admirado por todos los prisioneros del campo. De pronto estaba muerto, y ya no formaba parte de las horas de vigilia de Tommy Hart.

Tommy emitió un suspiro prolongado.

Entonces observó algo que no encajaba.

—Hugh —dijo con tono quedo—, creo que he hecho un hallazgo.

Renaday alzó rápidamente la cabeza de su cuaderno de dibujo.

—Yo también —contestó—. Está claro... —Pero no concluyó la frase.

Ambos oyeron un ruido fuera del *Abort*. Las voces exaltadas de los alemanes, ásperas e insistentes. Tommy asió al canadiense del brazo.

—Ni una palabra —dijo— hasta más tarde.

—Entendido —contestó Renaday.

Los dos hombres se volvieron y salieron de la letrina al aire frío y húmedo, sintiendo que el olor nauseabundo y la visión terrorífica se desprendían de ellos como gotas de humedad. Fritz Número Uno estaba junto a la puerta, en posición de firmes. En la mano sostenía una cámara provista de *flash*.

A un metro se apostaba un oficial alemán.

Era un hombre de estatura y complexión física modestas, algo mayor que Tommy, de unos treinta años, aunque era difícil precisarlo porque en la guerra no todos los hombres envejecen de igual manera. Su pelo corto y espeso era negro como el azabache, aunque unas prematuras canas salpicaban sus sienes, del mismo color que la trinchera de cuero que llevaba sobre un uniforme de la Luftwaffe perfectamente planchado pero que no era de su talla. Tenía la piel muy pálida y mostraba una profunda cicatriz roja debajo de un ojo. Lucía una barba bien recortada, lo cual sorprendió a Tommy. Sabía que los oficiales navales alemanes solían llevarla, pero nunca se la había visto a un aviador, ni siquiera una tan discreta como aquélla. Tenía unos ojos que traspasaban como cuchillas a quien tuvieran delante.

Se volvió pausadamente hacia los dos *kriegies*. Tommy observó también que le

faltaba el brazo izquierdo.

—¿Teniente Hart? —preguntó el alemán tras una pausa—. ¿Teniente Renaday?

Ambos hombres se pusieron firmes. El alemán les devolvió el saludo.

—Soy el *Hauptmann* Heinrich Visser —dijo. Hablaba un inglés fluido, con escaso acento, pero con un sonido sibilante. Observó a Renaday con atención.

—¿Pilotaba usted un Spitfire, teniente? —preguntó de sopetón.

Hugh negó con la cabeza.

—Un Blenheim, de copiloto —aclaró.

—Bien —murmuró Visser.

—¿Es un detalle importante? —inquirió Renaday.

El alemán esbozó una sonrisa breve y cruel. Al hacerlo, la cicatriz pareció cambiar de color. Era una sonrisa torcida. Hizo un pequeño ademán con la mano derecha, indicando el brazo que le faltaba.

—Me lo arrancó un Spitfire —dijo—. Consiguió colocarse detrás de mí cuando maté a su compañero de combate. —Visser se expresaba con voz fría y controlada—. Disculpe —añadió, midiendo bien sus palabras—. Todos somos prisioneros de nuestros infortunios, ¿no es así?

Tommy pensó que era una pregunta filosófica más apropiada para formularla durante una cena y ante una botella de buen vino o de licor, que junto a la puerta de una letrina en la que yacía un hombre asesinado, pero se abstuvo de expresar ese pensamiento en voz alta.

—Tengo entendido, *Hauptmann*, que es usted una especie de enlace —dijo—. ¿Cuáles son exactamente los deberes de su cargo?

Más relajado, el *Hauptmann* Visser restregó los pies en el suelo. No calzaba las botas de montar que lucían el comandante y sus ayudantes, sino unas botas negras más sencillas aunque igual de impecables.

—Debo dar fe de todos los aspectos del caso e informar a mis superiores. La convención de Ginebra nos obliga a garantizar el bienestar de todos los prisioneros aliados en nuestro poder. Pero en este momento mi cometido es asegurarme de que se retiren los restos. Entonces quizá podamos comparar nuestros hallazgos en una ocasión posterior.

»¿Pidieron a este soldado que les proporcionara una cámara? —inquirió el *Hauptmann* Visser volviéndose hacia Fritz Número Uno.

Hugh avanzó un paso.

—En la investigación de un asesinato se deben tomar fotografías del cadáver y de la

escena del crimen. Por eso pedimos a Fritz que nos consiguiera una cámara.

Visser asintió.

—Sí, es cierto... —Sonrió.

La primera impresión de Tommy fue que el *Hauptmann* parecía un hombre peligroso. Su tono de voz era amable y complaciente, en cambio sus ojos indicaban todo lo contrario.

—En una situación habitual sí, pero ésta no es una situación habitual. Alguien podría sacar clandestinamente las fotografías y utilizarlas con fines de propaganda. No puedo consentirlo.

Visser alargó la mano para tomar la cámara.

Tommy pensó que Fritz Número Uno estaba a punto de desmayarse. Tenía la espalda rígida y el rostro lívido. Si se había atrevido siquiera a respirar en presencia del *Hauptmann*, Tommy Hart no lo había advertido. El hurón se apresuró a entregar la cámara.

—No lo pensé, *Herr Hauptmann* —empezó a decir Fritz Número Uno—. Me ordenaron que ayudara a los oficiales...

Visser le interrumpió con un ademán lacónico.

—Por supuesto, cabo. Es lógico que no viera el peligro como lo he visto yo.

El oficial se volvió hacia los dos aviadores aliados.

—Ésta es justamente la razón por la que estoy aquí.

Visser tosió secamente. Se volvió, indicando a uno de los soldados armados que todavía custodiaban el *Abort*.

—Ocúpese de devolver esta cámara a su dueño —dijo, entregándosela.

El guardia saludó, colgó la correa de la cámara del hombro y regresó a su posición de centinela. Luego Visser sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta. Con sorprendente destreza, extrajo un cigarrillo, volvió a guardar éste en el bolsillo y sacó un mechero de acero, que encendió de inmediato.

Después de dar una larga calada, levantó la vista.

—¿Han completado su inspección? —inquirió arqueando una ceja.

Tommy asintió.

—Bien —repuso el alemán—. En ese caso el cabo les acompañará para que se entrevisten con su... —Visser dudó unos instantes, tras lo cual, sin dejar de sonreír, agregó—: cliente. Yo me encargaré de concluir los trámites aquí.

Después de reflexionar unos segundos, Tommy Hart murmuró al canadiense:

—Quédate aquí, Hugh. Procura no quitar ojo al *Hauptmann*. Y averigua lo que hace

con el cadáver de Bedford.

Luego miró al alemán y añadió:

—Opino que es imprescindible que examinen los restos del capitán Bedford. Para que cuando menos podamos estar seguros de los aspectos médicos del caso.

—Como mínimo —apostilló Hugh casi en un susurro—. Ni fotos, ni médicos. Vaya putada.

El *Hauptmann* Visser se encogió de hombros, pasando por alto la expresión chocarrera del canadiense.

—No creo que eso sea práctico, dadas las dificultades de nuestra situación actual. No obstante, yo mismo examinaré el cadáver, y si pienso que su petición es fundada, mandaré llamar a un médico alemán.

—Sería preferible que fuera americano. Pero no tenemos ninguno.

—Los médicos no son buenos bombarderos.

—Dígame, *Hauptmann*, ¿tiene usted conocimientos sobre investigaciones criminales? ¿Es usted policía, *Hauptmann*? ¿Cómo lo llaman ustedes, *Kriminalpolizei*? —preguntó Tommy.

Visser tosió de nuevo. Alzó el rostro, esbozando su característica sonrisa ladeada.

—Espero que volvamos a reunirnos pronto, teniente. Quizá podamos hablar entonces con más calma. Ahora, si me disculpan, tengo mucho que hacer y dispongo de poco tiempo.

—Muy bien, *Herr Hauptmann* —replicó Tommy Hart secamente—. Pero he ordenado al teniente Renaday que permanezca aquí para presenciar personalmente el levantamiento del cadáver del capitán Bedford.

Visser miró a Hart, pero su rostro exhibía la misma sonrisa complaciente. Tras dudar unos instantes, contestó:

—Como usted guste, teniente.

El alemán echó a andar, pasó junto a Tommy y entró en el *Abort*. Renaday se apresuró a seguirlo. Fritz Número Uno agitó la mano vigorosamente, una vez que el oficial hubo desaparecido, indicando a Tommy que lo siguiera, y ambos hombres volvieron a atravesar el campo. Los grupos de *kriegies* que se habían congregado en torno al campo de revista se hicieron a un lado para dejarlos pasar. A su espalda, Tommy Hart oyó murmurar a los hombres preguntas y conjeturas, y algunas voces airadas.

Junto a la puerta de la celda número 6 había un guardia empuñando una ametralladora Schmeisser. Tommy pensó que tenía poco más de dieciocho años. Aunque estaba en

posición de firmes, se mostraba nervioso y casi asustado por hallarse cerca de los *kriegies*. No era un hecho infrecuente. Algunos de los guardias jóvenes e inexperimentados llegaban al Stalag Luft 13 tan imbuidos de la propaganda sobre los *Terrorflieger* —los aviadores-terroristas, según la constante arenga de las emisiones radiofónicas nazis— de los ejércitos aliados, que creían que todos los *kriegies* eran salvajes caníbales sedientos de sangre. Por supuesto, Tommy sabía que la guerra aérea de los aliados se basaba en los conceptos gemelos de brutalidad y terror. Los ataques incendiarios que se sucedían día y noche sobre los centros populosos de las ciudades no podían calificarse de otro modo. Por tanto supuso que la inquietante idea de hallarse cerca de un *Terrorflieger* negro hacía que el joven no apartara el dedo del gatillo de su Schmeisser.

El joven guardia se apartó sin decir palabra, deteniéndose sólo para descorrer el cerrojo de la puerta. Tommy entró en la celda.

Las paredes y el suelo eran de hormigón de color gris apagado. Del techo pendía una bombilla y en lo alto de una esquina de la habitación de dos metros por dos y medio, había una ventana de aire. La celda era húmeda y unos diez grados más fría que la temperatura exterior, incluso en un día nublado y lluvioso.

Lincoln Scott estaba sentado en un rincón, con las rodillas contra el pecho, frente al único mueble que había en la celda, un cubo de metal oxidado que le servía de letrina. Se puso de pie en cuanto Tommy entró en la habitación, no exactamente en posición de firmes, pero casi, tenso y rígido.

—Hola, teniente —dijo Tommy con tono animado, casi afectuoso—. Traté de presentarme a usted el otro día...

—Sé quién es. ¿Pero qué coño ocurre? —preguntó Lincoln Scott bruscamente. Estaba descalzo y llevaba tan sólo un pantalón y una camisa. En la celda no había señal de su cazadora de aviador ni de sus botas, por lo que resultaba increíble que no tiritase.

Tommy vaciló nos instantes.

—¿No le han dicho...?

—¡No me han dicho nada! —le interrumpió Scott—. Esta mañana me obligan a abandonar la formación y me llevan al despacho del *Oberst*. El comandante Clark y el coronel MacNamara me exigen que les entregue mi cazadora y mis botas. Luego me interrogan durante media hora sobre el odio que siento hacia ese cabrón de Bedford. Después me hacen un par de preguntas sobre anoche, y, antes de que pueda reaccionar, un par de gorilas alemanes me conducen a este lugar delicioso. Usted es el primer americano que he visto desde la sesión de esta mañana con el coronel y el comandante. Así que haga el favor de explicarme, teniente Hart, qué diablos está pasando.

En la voz de Scott se advertía una mezcla de furia contenida y confusión. Tommy estaba perplejo.

—A ver si nos aclaramos —dijo pausadamente—. ¿El comandante Clark no le ha informado...?

—Ya se lo he dicho, Hart, no me han informado de nada. ¿Por qué demonios estoy aquí? Bajo custodia...

—Vincent Bedford fue asesinado anoche.

Durante unos momentos Scott se quedó estupefacto y abrió los ojos desmesuradamente; después los clavó en el rostro de Hart.

—¿Asesinado?

—El comandante Clark me ha informado de que van a acusarle a usted del crimen.

—¿A mí?

—Así es.

Scott se apoyó en el muro de cemento como si hubiera recibido por sorpresa un golpe contundente. Luego respiró hondo, recobró la compostura y se puso de nuevo tieso como un palo.

—Me han encargado que le ayude a preparar una defensa contra esa acusación. — Después de dudar unos segundos, Tommy añadió—: Mi deber es advertirle que este crimen puede ser castigado con la pena capital.

Lincoln Scott asintió lentamente antes de responder. Se cuadró y miró a Tommy Hart a los ojos. Habló de una manera pausada y con deliberación, alzando ligeramente la voz, sopesando cada palabra con una pasión que traspasaba aquellos muros de cemento, evitaba al guardia y su arma automática, pasaba a través de las hileras de barracones, sobre la alambrada, más allá del bosque y atravesaba toda Europa hasta alcanzar la libertad.

—Señor Hart... —El eco de sus palabras reverberaba en la reducida habitación—. Le ruego que me crea: yo no maté a Vincent Bedford. No digo que no deseara hacerlo. Pero no lo hice.

Lincoln Scott volvió a respirar hondo.

—Soy inocente —dijo.

Pruebas suficientes

Durante unos momentos Tommy se sintió desconcertado por la fuerza con que Scott se había declarado inocente. Supuso que la estupefacción se había reflejado en su rostro, porque el aviador negro se apresuró a preguntar:

—¿Ocurre algo, Hart?

—Nada —respondió Tommy meneando la cabeza.

—Miente —le espetó Scott—. ¿Qué esperaba que dijera, teniente? ¿Qué yo maté a ese asqueroso racista?

—No.

—¿Entonces, qué?

Tommy se dio tiempo para organizar sus pensamientos.

—No sabía cuál sería su reacción, teniente Scott. En realidad aún no me había parado a pensar en la cuestión de su culpabilidad o inocencia. Sólo sé que van a acusarlo de asesinato.

Scott exhaló bruscamente y dio unos pasos por la diminuta celda de castigo, encogiendo los hombros para defenderse de la humedad y el frío.

—¿Pueden hacerlo? —preguntó de sopetón.

—¿El qué?

—Acusarme de un crimen, aquí... —Scott describió un círculo con el brazo para abarcar todo el campo de prisioneros.

—Creo que sí. Técnicamente estamos todavía a las órdenes de nuestros oficiales y miembros del ejército y por tanto sometidos a la disciplina militar. Supongo que, técnicamente, puede decirse que nos hallamos en situación de combate, y por consiguiente controlados por las ordenanzas especiales que...

Scott meneó la cabeza.

—No tiene sentido —protestó—. A menos que uno sea negro. Entonces todo tiene sentido. ¡Maldita sea! ¿Qué coño les he hecho yo? ¿Qué pruebas tienen contra mí?

—No lo sé. Sólo sé que el comandante Clark dijo que tenían pruebas suficientes para

condenarlo.

Scott volvió a sobresaltarse.

—Mentira —declaró—. ¿Cómo pueden tener pruebas si yo no tuve nada que ver con la muerte de ese hijo de puta? ¿Cómo lo mataron?

Tommy empezó a responder, pero se detuvo.

—Creo que es mejor que hablemos primero sobre usted —dijo lentamente—. ¿Por qué no me cuenta qué ocurrió anoche?

Scott se apoyó contra el muro de cemento, fijando la vista en el ventanuco, mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Luego exhaló aire lentamente, miró a Tommy y se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar —respondió—. Después del recuento del mediodía, caminé un rato. Luego cené solo. Leí acostado en mi litera hasta que los alemanes apagaron las luces. Me tumbé de lado y me quedé dormido. Me desperté una vez durante la noche. Tenía ganas de mear, de modo que me levanté, encendí una vela y fui al retrete. Después regresé a mi cuarto, me acosté de nuevo en la litera y no volví a despertarme hasta que los alemanes empezaron a tocar los silbatos y a gritar. A los pocos minutos me encerraron aquí. Tal como le he explicado.

Tommy trató de retener cada palabra en su memoria. Deseó haber traído un bloc y un lápiz, y se maldijo por no haber pensado en ello.

—¿Alguien le vio cuando se despertó para orinar?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Había alguien más en el retrete?

—No.

—¿Qué hacía usted ahí a esas horas?

—Ya se lo he dicho...

—Nadie se despierta y empieza a pasearse en plena noche, aquí no, a menos que estén indispuestos o no puedan dormir por miedo a una pesadilla. Puede que lo hagan en su casa, pero aquí no. ¿Por qué lo hizo?

Scott dibujó una tenue sonrisa, pero nada lo había divertido.

—No se trataba exactamente de una pesadilla —contestó—. A menos que considere que mi situación es una pesadilla, lo cual, desde luego, es una posibilidad. Más bien era un trato.

—¿A qué se refiere?

—Mire, Hart —repuso Scott articulando cada palabra con claridad y precisión—. Tenemos prohibido salir después de que haya oscurecido, ¿no es así? Los alemanes

podrían utilizarnos como blanco para practicar puntería. Naturalmente, algunos no hacen caso de esa prohibición. Salen sigilosamente, consiguen eludir a los hurones y los reflectores, y entran en otros barracones. Los que excavan túneles y el comité de fugas prefieren trabajar de noche. Hay reuniones clandestinas y cuadrillas de trabajadores secretas. Pero nadie debe saber quiénes son y dónde trabajan. Pues bien, en cierto modo yo también soy una rata de túnel muy cualificada.

—No lo entiendo.

—No me extraña, ya supuse que no lo entendería —replicó Scott sin apenas disimular su ira. Luego prosiguió, expresándose de forma pausada, como quien explica algo a un niño recalcitrante—. A los blancos no les gusta compartir un retrete con un negro. No a todos, desde luego. Pero sí a muchos. Y los que se niegan, se lo toman de modo muy personal. Por ejemplo, el capitán Vincent Bedford. Él se lo tomaba de forma extremadamente personal.

—¿Qué le dijo?

—Que me fuera a otro. El caso es que no hay otro, pero ese pequeño detalle a él le traía sin cuidado.

—¿Qué le contestó usted?

Lincoln Scott emitió una áspera risotada.

—Que le dieran por el culo. —Scott respiró hondo, sin apartar la vista del rostro de Tommy—. ¿Le sorprende, Hart? ¿Ha estado alguna vez en el Sur? Allí también les gusta separar las cosas. Retretes para blancos y retretes para negros. En cualquier caso, si salgo para utilizar el *Abort*, un alemán podría pegarme un tiro. ¿Así que qué hice? Esperar a que todos estuvieran dormidos, sobre todo ese patán del sur, y cuando estuve seguro de que no había nadie por el pasillo, salí. Sin hacer el menor ruido. Para echar una meada secreta, al menos una meada que no llamara la atención, que evitara a todos los Vincent Bedfords que hay en este campo. Por eso me levanté en plena noche y salí del barracón.

—Comprendo —dijo Tommy asintiendo con la cabeza.

Scott se volvió furioso hacia él, aproximando su rostro al suyo y entrecerrando los ojos. Cada palabra que pronunció estaba cargada de rabia.

—¡Usted no comprende nada! —le espetó—. ¡No tiene ni remota idea de quién soy! ¡No imagina lo que he tenido que soportar para llegar aquí! Usted es un ignorante que no sabe nada, Hart, lo mismo que todos los demás. Y no creo que sienta el menor deseo de averiguarlo.

Tommy retrocedió un paso y se detuvo. Sintió que una extraña ira se acumulaba en su interior, y respondió a las palabras de Lincoln Scott con no menos vehemencia que éste.

—Puede que yo no lo comprenda —dijo—. Pero en estos momentos soy lo único que

se interpone entre usted y un pelotón de fusilamiento. Le recomiendo que lo tenga presente.

Scott se volvió con brusquedad hacia el muro de cemento. Se inclinó hacia delante hasta apoyar la frente en la húmeda superficie y luego apoyó las manos en el liso cemento, de forma que parecía hallarse suspendido, como si sus pies no tocaran el suelo, aferrado a una estrecha cuerda floja.

—No necesito ninguna ayuda —dijo con voz queda.

Encrespado con una ira difícil de definir, Tommy estuvo a punto de mandar al aviador negro a hacer puñetas y dejarlo plantado. Deseaba regresar a sus libros, a sus amigos y a la rutina de la vida en el campo de prisioneros, dejando simplemente que cada minuto se transformara en una hora, y luego en otro día. Esperando que alguien pusiera fin a su cautiverio. Un fin que encerraba la posibilidad de vida, cuando buena parte de lo que le había ocurrido prometía muerte. En ocasiones tenía la sensación de haberse hecho con el bote tirándose una serie de faroles en una partida de póquer, y tras recoger sus ganancias, aunque misérrimas, no estaba dispuesto a jugar otra partida. Ni siquiera quería echar un vistazo a las nuevas cartas que le habían repartido. Había llegado a un punto insólito e inesperado: vivía rodeado por un mundo en el que prácticamente todo acto, por simple e insignificante que fuera, encerraba un peligro y una amenaza. Pero si no hacía nada, si permanecía quieto sin llamar la atención en la pequeña isla del Stalag Luft 13, podía sobrevivir. Era como pasar silbando junto a un cementerio. Tommy abrió la boca para comentárselo a Scott, pero se abstuvo.

Respiró hondo y retuvo el aire unos instantes.

En aquel preciso segundo Tommy reparó en lo curioso de aquella situación: dos hombres podían estar juntos, respirando el mismo aire, pero uno presentía en cada ráfaga el futuro y la libertad, mientras que el otro sentía tan sólo amargura y odio. Y temor, pensó, porque el temor es el hermano cobarde del odio.

De modo que en lugar de decir a Lincoln Scott que se fuera a hacer puñetas, Tommy respondió con voz tan suave como la que acababa de emplear el otro.

—Se equivoca —dijo.

—¿En qué me equivoco? —preguntó Scott sin moverse.

—Todo el mundo en este campo necesita cierta dosis de ayuda, y en estos momentos, usted la necesita más que nadie.

Scott escuchaba en silencio.

—No es preciso que yo le caiga bien —dijo Tommy—. Ni siquiera tiene que respetarme. Incluso puede odiarme. Pero ahora mismo me necesita. Estoy seguro de que cuando lo comprenda nos llevaremos mejor.

Scott reflexionó durante unos segundos antes de responder. Seguía con la cabeza apoyada en la pared, pero sus palabras eran claras.

—Tengo frío, señor Hart. Mucho frío. Aquí hace un frío polar y los dientes me castañetean. Para empezar, ¿podría conseguirme alguna prenda de abrigo?

Tommy asintió con la cabeza.

—¿Tiene algo de ropa, aparte de lo que le quitaron esta mañana?

—No. Sólo lo que llevaba puesto cuando derribaron mi avión.

—¿No tiene un par de calcetines o un jersey?

Lincoln Scott soltó una sonora carcajada, como si Tommy acabara de decir una sandez.

—No.

—En ese caso ya le traeré algo.

—Se lo agradezco.

—¿Qué número calza?

—Un cuarenta y cinco. Pero preferiría que me devolvieran mis botas de aviador.

—Lo intentaré, y la cazadora también. ¿Ha comido?

—Esta mañana los alemanes me dieron un mendrugo y una taza de agua.

—De acuerdo. Le traeré también comida y mantas.

—¿Puede sacarme de aquí, señor Hart?

—Lo intentaré. Pero no le prometo nada.

El aviador negro se volvió hacia Tommy y lo miró fijamente. Tommy pensó que Lincoln Scott quizá lo observaba con la misma atención que cuando trataba de apuntar a un caza alemán que estaba a tiro de las ametralladoras de su Mustang.

—Prométalo, Hart —dijo Scott—. No le hará ningún daño. Muéstreme de lo que es capaz.

—Sólo puedo decirle que haré cuanto esté en mi mano. En cuanto salga de aquí iré a hablar con MacNamara. Pero están preocupados...

—¿Preocupados por qué?

Tras dudar unos instantes, Tommy se encogió de hombros.

—Emplearon las palabras «motín» y «linchamiento», teniente —respondió—. Temían que los amigos de Vincent Bedford quisieran vengar su muerte antes de que ellos formaran el tribunal, examinaran las pruebas y emitieran un veredicto.

Scott asintió con parsimonia.

—Dicho de otro modo —repuso sonriendo con amargura—, prefieren organizar ellos

mismos el linchamiento, en el momento que les convenga y procurando darle un aire oficial.

—Eso parece. Mi tarea consiste en evitarlo.

—Eso no le granjeará sus simpatías —comentó Scott.

—No se preocupe por mí. Atengámonos al caso.

—¿Qué pruebas tienen?

—Averiguarlo es mi próxima tarea.

Scott se detuvo. Respiraba con fatiga, como un corredor que acaba de realizar un *sprint*.

—Haga lo que esté en sus manos, señor Hart —dijo pausadamente—. No quiero morir aquí. De eso puede estar seguro. Pero si quiere saber mi opinión, haga lo que haga dará lo mismo, porque ellos ya han llegado a una decisión y a un veredicto. ¡Veredicto! Qué palabra tan estúpida, Hart. Verdaderamente estúpida. ¿Sabe que proviene del latín? Significa decir la verdad. ¡Qué gilipollez, qué mentira, qué mentira asquerosa!

Tommy calló.

De pronto, Scott observó sus manos, volviéndolas de un lado y otro, como escrutándolas, o examinando su color.

—Da lo mismo, Hart, ¿comprende? ¡Ésa es la puta realidad! —Scott alzó la voz—. ¡Siempre da lo mismo! Los negros siempre son culpables. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Scott se pasó las manos por su camisa de lana de aviador.

—Todos pensábamos que esto haría que las cosas fueran distintas. Este uniforme. Todos lo creíamos. Los hombres mueren, Hart; mueren sin remedio y algunos de forma atroz, pero sus últimos pensamientos van dirigidos a su familia y amigos confiando en que las cosas sean distintas para los que dejan atrás. ¡Qué mentira!

—Haré cuanto pueda —repitió Tommy, pero se detuvo, comprendiendo que cualquier cosa que dijera sonaría patética.

Scott volvió a dudar. Luego se volvió con lentitud de espaldas a Tommy.

—Le agradezco su ayuda —dijo—. La que pueda brindarme. —La resignación que traslucía su voz no sólo indicaba que dudaba que Tommy pudiera ayudarlo, sino que, aun suponiendo que le fuera posible, dudaba que sus esfuerzos obtuvieran el menor resultado.

Ambos hombres guardaron silencio unos instantes, hasta que Scott observó con amargura:

—Es curioso, Hart. Derribaron mi avión el primero de abril de 1944. El día de los

Santos Inocentes.¹ Yo alcancé a un cabrón nazi y mi compañero de vuelo a otro y nos quedamos sin munición antes de que esos cabrones nos atacaran. Ninguno de los dos tuvo tiempo de saltar: dos muertes seguras. Creí que la broma la habían pagado ellos, pero estaba equivocado. La pagué yo. Consiguieron derribarme.

Tommy Hart se disponía a hacer una pregunta, con el fin de que el aviador negro siguiera hablando, cuando oyó unos pasos y unas voces en el pasillo, al otro lado de la recia puerta de madera de la celda. Ambos hombres se volvieron al oír girar la llave en la cerradura.

Cuatro hombres penetraron en la celda y se colocaron junto a la pared. El coronel MacNamara y el comandante Clark se situaron delante, mientras que el *Hauptmann* Heinrich Visser y un cabo con un bloc de estenógrafo permanecían detrás. Los dos oficiales norteamericanos devolvieron el saludo, tras lo cual Clark dio un paso adelante.

—Teniente Scott —dijo con tono enérgico—, tengo el penoso deber de informarle de que ha sido acusado formalmente del asesinato premeditado del capitán Vincent Bedford de las fuerzas aéreas estadounidenses, cometido hoy, 22 de mayo de 1944.

Visser tradujo en voz baja las palabras de Clark al estenógrafo, que tomó nota rápidamente.

—Como sin duda le habrá dicho su abogado, se trata de un crimen capital. Si es hallado culpable, el tribunal le condenará a permanecer aislado hasta que las autoridades militares estadounidenses se hagan cargo de su persona, o a su inmediata ejecución, que llevarán a cabo nuestros captores. Se ha fijado una vista preliminar del tribunal para dentro de dos días. En esa fecha podrá usted declararse culpable o inocente.

Clark saludó y dio un paso atrás.

—¡No he hecho nada! —protestó Lincoln Scott.

Tommy adoptó la posición de firmes y dijo con tono contundente:

—Señor, el teniente Scott niega tener algo que ver con el asesinato del capitán Bedford. Declara su inequívoca inocencia, señor. Asimismo solicita que le devuelvan sus efectos personales y su inmediata puesta en libertad.

—Denegado —respondió Clark.

Tommy Hart se volvió hacia el coronel MacNamara.

—¡Señor! ¿Cómo puede preparar el teniente Scott su defensa desde una celda de castigo? Es totalmente injusto. El teniente Scott es inocente hasta que se demuestre lo contrario, señor. En Estados Unidos, aun a pesar de la gravedad de los cargos, se le encerraría en el barracón hasta la celebración del juicio. No pido nada más.

Clark se volvió hacia MacNamara, quien parecía estar considerando la petición

formulada por Tommy.

—Coronel, no puede... Podría ocasionarnos serios problemas. Creo que es preferible para todos que el teniente Scott permanezca aquí, donde está seguro.

—Seguro hasta que dispongan un pelotón de fusilamiento, comandante —masculló Scott.

MacNamara miró enojado a los dos tenientes.

—Basta —dijo alzando la mano—. Teniente Hart, lleva usted razón. Es importante que mantengamos todas las normas militares que sea posible. No obstante, esta situación es especial.

—Y un cuerno —exclamó Scott, mirando con rabia al coronel—. Es la típica justicia de doble rasero.

—¡Cuidado con lo que dice cuando se dirija a un superior! —gritó Clark. Éste y Scott se miraron con cara de pocos amigos.

—¡Señor! —terció Tommy dando un paso al frente—. ¿Adónde puede ir? ¿Qué puede hacer? Aquí estamos todos prisioneros.

MacNamara se detuvo para considerar sus opciones. Tenía el rostro arrebolado y la mandíbula rígida, como sopesando la legitimidad de la petición y la insubordinación del aviador negro. Por fin inspiró hondo y habló con voz queda, controlada.

—De acuerdo, teniente Hart. El teniente Scott quedará bajo su custodia después del recuento matutino de mañana. Una noche en la celda de castigo, Scott. Debo comunicar lo ocurrido al campo y debemos preparar una habitación para él solo. No quiero que tenga contacto con el resto de los hombres. Durante ese tiempo, no podrá salir de la zona que rodea su barracón salvo en su presencia, teniente Hart, y sólo con el fin de realizar diligencias relacionadas con su defensa. ¿Me da su palabra al respecto, teniente Hart?

—Desde luego. —A Tommy no le pasó inadvertido que esa situación era más o menos lo que había pretendido Vincent Bedford. Antes de morir asesinado.

—Necesito que usted también me dé su palabra, Scott —le espetó MacNamara, apresurándose a añadir—: Como oficial y caballero, por supuesto.

Scott siguió mirando con rabia al coronel y al comandante.

—Por supuesto... Como oficial y caballero. Le doy mi palabra —replicó con sequedad.

—Muy bien, entonces...

—Señor —interrumpió Tommy—. ¿Cuándo le devolverán al teniente Scott sus efectos personales?

El comandante Clark negó con la cabeza.

—No le serán devueltos —repuso—. Búsquele otra ropa, teniente, porque no volverá a ver su cazadora ni sus botas hasta que se celebre el juicio.

—¿Podría usted explicarme eso, señor? —inquirió Hart.

—Ambas prendas están manchadas con la sangre de Vincent Bedford —respondió el comandante Clark con desdén.

Ni Scott ni Hart respondieron. En la esquina de la celda de castigo, el sonido de la pluma del estenógrafo arañando el papel cesó cuando Heinrich Visser hubo traducido las últimas palabras.

Al atardecer el cielo se ensombreció y cuando Tommy salió de la celda de castigo empezaba a caer una fría llovizna. El encapotado firmamento no prometía sino más lluvia. Tommy encogió los hombros, se levantó el cuello de la cazadora y se apresuró hacia la puerta de acceso al recinto americano. Vio a Hugh Renaday esperándole, de espaldas a la fachada del barracón 111. Fumaba nerviosamente —Tommy le vio apurar un cigarrillo y encender otro con la colilla del anterior— mientras contemplaba el cielo.

—En casa, la primavera siempre se retrasa, como aquí —comentó Hugh con voz queda—. Cuando piensas que por fin hará calor y llegará el verano, se pone a nevar, o a llover o algo por el estilo.

—En Vermont ocurre lo mismo —repuso Tommy—. Allí, a la época entre el invierno y el verano no la llamamos primavera, sino época del barro. Un período resbaladizo, inútil y jodido.

—Más o menos como aquí —dijo Hugh.

—Más o menos. —Ambos hombres sonrieron.

—¿Qué has averiguado sobre nuestro infame cliente?

—Niega cualquier relación con el asesinato. Pero...

—Ah, Tommy, la palabra «pero» es terrible —le interrumpió Hugh—. ¿Por qué será que dudo que me guste lo que voy a oír?

—Porque cuando MacNamara y Clark aparecieron para anunciar que estaban preparando una acusación formal, Clark dijo que habían hallado sangre de Vincent Bedford en las botas y la cazadora de Scott. Supongo que se refería a eso cuando comentó hace un rato que tenían pruebas suficientes contra él para condenarlo.

Hugh suspiró.

—Eso es un problema —dijo—. Sangre en las botas y la huella sangrienta de una bota en el *Abort*.

—Este asunto cada vez se pone peor —dijo Tommy con suavidad.

—¿Peor? —Hugh dio un respingo al tiempo que abría los ojos desmesuradamente.

—Sí. Lincoln Scott tenía costumbre de levantarse de la cama en plena noche para ir al retrete. Salía sigilosamente de su habitación y se dirigía a la letrina para no ofender las sensibilidades de los oficiales blancos que no querían compartir el retrete con un negro. Eso fue lo que hizo anoche, encendiendo, para colmo, una vela a fin de no tropezar.

Hugh apoyó la espalda, abatido, contra el edificio.

—Y el problema... —empezó a decir.

—El problema —continuó Tommy—, es que lo más probable es que lo viera alguien. De modo que durante la noche, Scott se ausenta de la habitación y hay un testigo en el campo dispuesto a declarar que lo vio. Clark alegará que en ese momento se le presentó la oportunidad de asesinar a Bedford.

—Ésa podría ser la meada más peligrosa que ha echado.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Se lo has explicado a Scott?

—No. No puede decirse que nuestra primera entrevista fuera como una seda.

—¿No? —preguntó Hugh mirándolo perplejo.

—No. El teniente Scott tiene escasa confianza en que se haga justicia en su caso.

—¿De modo que...?

—Cree que el asunto ya está decidido. Quizá tenga razón.

—Seguro que está en lo cierto —masculló Renaday.

Tommy se encogió de hombros.

—Ya veremos. ¿Y tú qué averiguaste? Sobre Visser. Parece...

—¿Distinto de otros oficiales de la Luftwaffe?

—Sí.

—Yo también tengo esta impresión, Tommy. Sobre todo después de observarlo en el *Abort*. Ese hombre ha estado presente en más de una escena del crimen. Examinó el lugar como un arqueólogo. No dejó un palmo sin inspeccionar. No dijo palabra. Ni siquiera reparó en mi presencia, salvo en una ocasión, lo cual me sorprendió.

—¿Qué dijo?

—Señaló la huella de la bota, la contempló durante sesenta segundos, como si fuera un discurso que quisiera memorizar, y luego alzó la cabeza, me miró y dijo: «Teniente, le sugiero que tome una hoja de papel y haga un dibujo de esta huella todo lo fiel que le sea posible.» Yo obedecí la sugerencia. En realidad hice dos dibujos. También dibujé unos planos de la ubicación del cadáver y el interior del *Abort*. Hice un bosquejo del cadáver de Bedford, mostrando la herida, todo lo detallado que pude. Cuando me quedé

sin papel, Visser ordenó a uno de los gorilas que me trajera un bloc por estrenar del despacho del comandante. Quizá me resulte útil durante los próximos días.

—Es curioso —comentó Tommy—. Parece como si quisiera ayudarnos.

—En efecto. Pero no me fio un pelo.

Tommy apoyó la espalda contra el barracón. El pequeño alero impedía que la lluvia salpicara sus rostros.

—¿Viste lo que yo vi en el *Abort*? —preguntó Tommy.

—Creo que sí.

—A Vic no lo asesinaron en el *Abort*. No sé dónde lo mataron, pero no fue allí. Una o varias personas colocaron allí su cadáver. Pero no lo mataron allí.

—Eso pienso yo —se apresuró a responder Hugh, sonriendo—. Tienes una vista muy aguda, Tommy. Lo que vi fue unas manchas de sangre en la camisa de Trader Vic pero no sobre sus muslos desnudos. Y no había rastro en el asiento del retrete ni en el suelo a su alrededor. ¿Dónde está la sangre? Cuando degüellan a un hombre, hay sangre por todas partes. Aproveché para examinar más de cerca la herida del cuello después de que lo hiciera Visser. Visser limpió un poco la sangre de la herida, como si fuera un científico, y midió con los dedos el corte que presenta Trader Vic en el cuello. Le seccionaron la yugular. Pero el corte sólo mide unos cinco centímetros. Máximo. Quizá menos. Visser no dijo una palabra, pero se volvió hacia mí, separando el pulgar y el índice, así —dijo Renaday imitando el gesto del *Hauptmann*—. Por lo demás, está el pequeño detalle del dedo casi amputado de Vic y los cortes en las manos...

—Como si se defendiera de alguien armado con un cuchillo.

—Exactamente, Tommy. Se trata de heridas causadas en su propia defensa.

Tommy asintió.

—Pues tenemos, al parecer, una escena del crimen que no es la escena del crimen. Un soldado alemán que parece querer ayudar a la parte contraria. Aquí se plantean varios interrogantes.

—Cierto, Tommy. Es bueno plantearse interrogantes, y mejor aún obtener respuestas. Ya has visto a MacNamara y a Clark. ¿Crees que bastará con sembrar dudas sobre el caso?

—No.

—Yo tampoco. —Hugh encendió otro cigarrillo, contemplando la espiral de humo que brotó de sus labios, y luego el extremo encendido—. Antes de que derribaran nuestro avión, Phillip solía decir que esto acabaría matándonos antes o después. Puede que tenga razón. Pero yo creo que ocupan el quinto o sexto lugar en la lista de amenazas

mortales. Muy por detrás de los alemanes, o de contraer una enfermedad mortal. Ahora mismo me pregunto si no habrá otras que podríamos agregar a la lista de posibilidades mortales. Como nosotros mismos.

Tommy asintió con la cabeza al tiempo que sacaba de su bolsillo una cajetilla de cigarrillos.

—Cuéntaselo todo a Phillip —dijo—. No omitas ningún detalle.

Hugh sonrió.

—Si lo hago, es capaz de fusilarme al amanecer. En estos momentos el pobre viejo debe de estar caminando de un lado a otro por la habitación, nervioso como un niño la víspera de Navidad. —Hugh terminó de fumarse el pitillo y lo arrojó de un papirotazo al suelo—. Bueno, será mejor que me vaya antes de que a Phillip le dé un síncope a causa de la impaciencia y la curiosidad. ¿Mañana?

—Mañana verás al teniente Scott. Y sigue afinando esa vista de Sherlock Holmes, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Aunque me resultaría más sencillo si en lugar de Scott fuera un leñador borracho.

Cuando entró en el dormitorio que había ocupado Trader Vic, Tommy fue recibido por un silencio tenso y miradas furibundas. Los seis *kriegies* estaban recogiendo sus escasas pertenencias, dispuestos a mudarse. En el suelo apilaban mantas, las delgadas y ásperas sábanas que les suministraban los alemanes y comida de la Cruz Roja. Asimismo, los hombres retiraron los jergones de paja que cubrían las literas para transportarlos.

Tommy se acercó a la litera de Lincoln Scott. Sobre una tosca mesita de madera construida con tres cajas de embalaje, vio la Biblia y la obra de Gibbon. La caja superior contenía la provisión de comida que había acumulado Scott: carne y verduras enlatadas, leche condensada, café, azúcar y cigarrillos. También contenía un abrelatas y una pequeña sartén metálica que él mismo había confeccionado utilizando la tapa de acero de un contenedor de desperdicios alemán, a la que había agregado un asa plana también de acero introduciendo ésta en un pequeño orificio practicado en la superficie de la tapadera. Había envuelto un viejo trapo alrededor del asa para sujetarla mejor. Tommy admiró aquella demostración de habilidad propia de un *kriegie*. La voluntad de construir algo a partir de la nada era una cualidad que compartían todos aquellos prisioneros.

Durante unos momentos, Tommy permaneció junto a la litera, contemplando la escasa colección de pertenencias. Se sintió impresionado por los limitados bienes de todos los *kriegies*. La ropa que llevaban, unas latas y botes de comida y unos pocos

libros desvencijados. Todos eran pobres.

Luego apartó la vista de las pertenencias de Scott y se volvió. Al otro lado de la habitación vio a dos hombres rebuscando en un arcón de madera. El objeto era insólito para el lugar. Resultaba evidente que había sido construido por un carpintero que se había esmerado en hacer que los ángulos encajaran a la perfección y en lijar las superficies todo lo posible. El nombre, rango y número de identificación de Vincent Bedford estaba labrado en la madera. Los dos hombres se afanaban en separar la comida de la ropa. Tommy observó asombrado a uno de los hombres cuando éste sacó una Leica de treinta y cinco milímetros de entre la ropa.

—¿Ésas son las pertenencias de Vic? —La pregunta era estúpida porque la respuesta era obvia.

Durante unos segundos se produjo un silencio, antes de que uno de los hombres respondiera:

—¿De quién iban a ser?

Tommy se acercó. Uno de los hombres estaba doblando un jersey de color azul oscuro, de lana gruesa y tupida. Una prenda de la marina alemana, pensó Tommy. Sólo en una ocasión había visto antes un jersey similar, cuando había aparecido el cadáver de un tripulante de un submarino alemán en la costa del norte de África, cerca de su base. Los árabes que habían hallado el cadáver del marinero y lo habían transportado a la base americana confiando en percibir una recompensa se habían peleado por el jersey. Era muy cálido, y los aceites naturales de la lana repelían la humedad. En el Stalag Luft 13, en el inclemente invierno bávaro, constituía una prenda valiosísima para los ateridos *kriegies*.

Tommy echó un vistazo a los objetos. Al contemplar el pequeño tesoro que había acumulado Trader Vic, reprimió un silbido de admiración. Contó más de veinte cartones de cigarrillos. En un campo de prisioneros donde los cigarrillos constituían el valor de cambio preferido por muchos, Bedford era multimillonario.

—Tendría que haber una radio —dijo Tommy al cabo de unos momentos—. Probablemente buena. ¿Dónde está?

Uno de los hombres asintió con la cabeza, pero no respondió de inmediato.

—¿Dónde está la radio? —insistió Tommy.

—Eso no te incumbe, Hart —replicó el hombre mientras seguía ordenando los objetos—. Está escondida.

—¿Qué haréis con las pertenencias de Vic? —inquirió Tommy.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó el otro hombre que ayudaba a su compañero a clasificarlas—. ¿Qué tiene que ver contigo, Hart? ¿No tienes suficiente trabajo

defendiendo a ese negro asesino?

Tommy no respondió.

—Deberíamos pegarle un tiro mañana a ese cabrón —dijo uno de los hombres.

—Él asegura que no lo hizo —dijo Tommy.

La frase fue acogida con murmullos y bufidos de rabia. El aviador arrodillado delante del arcón sostuvo la mano en alto, como para imponer silencio al resto.

—Pues claro. ¿Qué esperabas que dijera? El chico no tenía amigos y Vincent era apreciado por todos. Desde el primer momento quedó claro que no se podían ver ni en pintura, y después de la pelea, el chico decidió cargarse a Vic antes de que éste se lo cargara a él. Como una maldita pelea de perros, teniente. ¿Qué les enseñan a hacer a los pilotos de caza? Sólo existe una regla absoluta y esencial que no pueden quebrantar: ¡dispara primero!

Por la estancia se extendió un murmullo de aprobación.

El aviador miró a Tommy y siguió hablando con una voz tensa, llena de ira aunque controlada:

—¿Has visto alguna vez un círculo Lufberry, Hart?

—¿Un qué?

—Un círculo Lufberry. A los pilotos de cazas nos lo enseñan el primer día de adiestramiento. Probablemente los de la Luftwaffe también lo aprenden el primer día que pilotan un 109.

—Yo siempre he volado en bombarderos.

—Verás —continuó el piloto con tono de amargura—, se llama así por Raoul Lufberry, el as de la aviación de la Primera Guerra Mundial. Básicamente se trata de lo siguiente: dos cazabombarderos empiezan a perseguirse describiendo un círculo cada vez más estrecho. Dando vueltas y más vueltas, como el gato y el ratón. ¿Pero quién persigue a quién? Quizá sea el ratón el que persigue al gato. El caso es que te metes en un círculo Lufberry y el caza que consigue girar más deprisa, dentro del otro, sin perder velocidad ni el conocimiento, gana. El otro muere. Sencillo y tremendo. Aquello fue un círculo Luf-berry y Vincent y ese negro se hallaban dentro de él. Pero hubo un problema: ganó quien no debía ganar.

El hombre se volvió de espaldas a Tommy.

—¿Qué vais a hacer con las cosas de Vic? —volvió a preguntar éste.

El piloto se encogió de hombros, sin volverse.

—El coronel MacNamara nos dijo que podíamos compartir su comida, repartirla entre los hombres del barracón 101. Quizá celebremos un pequeño festín en honor de

Vic. Sería una buena forma de recordarle, ¿no? Una noche en que nadie se acostará con hambre. Los cigarrillos se los quedarán los del comité de fugas, que no sabemos quiénes son, y ellos los utilizarán para sobornar a los Fritzes y a cualquier otro hurón a quien deban sobornar. Lo mismo que la cámara, la radio y la mayor parte de la ropa. Se lo entregaremos todo a MacNamara y a Clark.

—¿Esto es todo?

—¿Esto? Ni mucho menos. Vic tenía un par de escondrijos en el campo, en los que guardaba probablemente el doble, o el triple, de lo que ves aquí. Maldita sea, Hart, Vic era un tipo generoso. No le importaba compartir sus cosas, ¿sabes? Los tíos de este barracón comíamos mejor, no pasábamos tanto frío en invierno y siempre teníamos una buena provisión de cigarrillos. Vic se ocupaba de que no nos faltara de nada. Se había propuesto que sobreviviéramos a la guerra con la mayor comodidad posible, y ese negro al que tú vas a ayudar nos ha arrebatado todo esto.

El hombre se puso en pie, se volvió con rapidez y fulminó a Tommy Hart con la mirada.

—MacNamara y Clark se presentaron aquí para decirnos que recogiéramos nuestras cosas, que nos mudáramos. Vamos a dejar a ese negro solito, o quizá contigo. Tiene suerte, el cabrón. No creo que hubiera llegado vivo a su juicio. Vic era uno de nosotros. Quizás el mejor de todos. Al menos sabía quiénes eran sus amigos y se ocupaba de ellos.

El aviador se detuvo, entrecerrando los ojos.

—Dime, Hart, ¿tú sabes quiénes son tus amigos?

Casi había anochecido cuando Tommy Hart logró regresar a la celda de castigo donde se encontraba Scott. Había conseguido que uno de sus compañeros de litera le cediera a regañadientes un jersey de cuello cisne color verde olivo y un par de zapatos del ejército, del número cuarenta y seis, procedentes de un modesto *stock* de que disponían los *kriegies* encargados de distribuir los paquetes de la Cruz Roja. Las ropas solían ir destinadas a los hombres que llegaban al campo de prisioneros con el uniforme hecho jirones después de haber abandonado sus aviones destrozados. También había tomado dos mantas de la litera de Scott, junto con una lata de carne, unos melocotones en almíbar y media hogaza de *kriegsbrot* duro. El guardia apostado junto a la puerta de la celda había dudado en dejarlo entrar con esos artículos hasta que Tommy le ofreció un par de cigarrillos, tras lo cual le había franqueado la entrada.

Las sombras comenzaban a invadir la celda, filtrándose a través de la ventana junto al techo, dando a la celda una atmósfera fría y gris. La mísera bombilla que pendía del techo proyectaba una luz débil y parecía derrotada por la aparición de la noche.

Scott se hallaba sentado en un rincón. Cuando Tommy entró en la celda se puso en pie no sin cierta dificultad.

—Hice cuanto pude —dijo Tommy entregándole las prendas.

Scott se apresuró a tomarlas.

—Joder —dijo, poniéndose el jersey y los zapatos. Luego se echó la manta sobre los hombros y casi sin detenerse tomó el bote de melocotones. Lo abrió con los dientes y engulló su contenido en un abrir y cerrar de ojos. Luego se puso a devorar la carne enlatada.

—Tómeselo con calma, así durará más —dijo Tommy—. Se sentirá más saciado.

Scott se detuvo sosteniendo en los dedos un trozo de carne que se disponía a llevarse a la boca. El aviador negro reflexionó sobre lo que había dicho Hart y asintió con la cabeza.

—Tiene razón. Pero maldita sea, Hart, ¡estoy muerto de hambre!

—Todos estamos siempre muertos de hambre, teniente. Usted lo sabe. La cuestión es hasta qué punto. Cuando uno dice en Estados Unidos que está «muerto de hambre» significa que lleva unas seis horas sin comer y tiene ganas de hincar el diente a un buen asado acompañado por unas verduras al vapor, unas patatitas y mucha salsa. O un filete a la plancha con patatas fritas y mucha salsa. Aquí, en cambio, «muerto de hambre» significa algo bastante parecido a lo literal. Y si eres uno de esos desgraciados rusos que pasaron por aquí el otro día, la expresión «muerto de hambre» se aproxima aún más a la realidad, ¿no es cierto? No se trata simplemente de tres palabras, de una frase hecha. Ni mucho menos.

Scott se detuvo de nuevo al tiempo que masticaba un bocado con lentitud y parsimonia.

—Tiene razón, Hart. Es usted un filósofo.

—El Stalag Luft 13 hace aflorar mi vertiente contemplativa.

—Será porque lo que nos sobra a todos aquí es tiempo.

—Sin duda.

—Excepto a mí —dijo Scott. Luego se encogió de hombros y esbozó una breve sonrisa—. Pollo frito —dijo con voz queda. Tras lo cual emitió una sonora carcajada—. Pollo frito con verduras y puré de patatas. La típica tarde de domingo en casa de una familia negra, después de asistir a la iglesia, y habiendo invitado al predicador a cenar. Pero en su punto, con un poco de ajo en las patatas y un poco de pimienta sobre el pollo para realzar su sabor. Acompañado con pan de maíz y regado con una cerveza fría o un vaso de limonada...

—Y mucha salsa —dijo Tommy, cerrando los ojos durante unos momentos—. Mucha salsa espesa y oscura...

—Sí. Mucha salsa. De esa tan espesa que casi no puedes verterla de la salsera...

—Que pones una cuchara y se sostiene recta.

Scott volvió a soltar una carcajada. Tommy le ofreció un cigarrillo y el aviador negro aceptó.

—Dicen que estas cosas te cortan el apetito —comentó, dando una calada—. Me pregunto si será verdad.

Scott miró las latas vacías.

—¿Cree que me darán pollo frito en mi última comida? —preguntó—. ¿No es lo tradicional? El condenado a muerte puede elegir lo que desea comer antes de enfrentarse al pelotón de fusilamiento.

—Eso está aún muy lejos —repuso Tommy interrumpiéndolo—. Aún no hemos llegado allí.

—En cualquier caso —repuso Scott meneando la cabeza con aire fatalista—, gracias por la comida y la ropa. Procuraré devolverle el favor.

Tommy respiró hondo.

—Dígame, teniente Scott, si usted no mató a Vincent Bedford, ¿tiene idea de quién lo hizo y por qué?

Scott se volvió. Lanzó un anillo de humo hacia el techo, observando cómo flotaba de un lado a otro antes de disiparse en la penumbra y las sombras que se espesaban.

—No tengo ni la más remota idea —contestó con sequedad. Se arrebujó en la manta y se sentó despacio en su rincón habitual de la celda de castigo, casi como si se sumergiera en una charca de agua turbia y estancada.

Fritz Número Uno esperaba fuera de la celda para escoltar a Tommy hasta el recinto sur. Fumaba y no cesaba de restregar los pies. Cuando apareció Tommy, arrojó el cigarrillo a medio fumar, lo cual sorprendió al teniente, pues Fritz Número Uno era un auténtico adicto al tabaco, al igual que Hugh, y solía apurar el cigarrillo antes de arrojarlo al suelo.

—Es tarde, teniente —dijo el hurón—. Pronto apagarán las luces. Ya debería haber vuelto.

—Vámonos —contestó Tommy.

Ambos hombres echaron a andar con paso decidido hacia la puerta bajo la mirada atenta del par de guardias apostados en la torre de vigilancia más cercana, y de un

Hundführer y su perro que se disponían a patrullar por el perímetro del campo. El perro ladró a Tommy antes de que su cuidador lo silenciara con un tirón de la reluciente cadena de metal.

La puerta crujió al cerrarse a sus espaldas y los dos hombres avanzaron en silencio a través del campo de revista, hacia el barracón 101. Tommy pensó que más adelante quería hacer unas preguntas a Fritz Número Uno, pero en esos momentos lo que más le intrigaba era la velocidad a la que caminaba el hurón.

—Debemos apresurarnos —dijo el alemán.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Tommy.

—Ninguna prisa —respondió Fritz, tras lo cual, contradiciéndose de nuevo, añadió —. Debe regresar a su dormitorio. Rápido.

Ambos llegaron al callejón entre los barracones. La forma más rápida de alcanzar el barracón 101 era tomar por el callejón. Pero Fritz Número Uno asió a Tommy del brazo y tiró de él para conducirlo hacia el exterior del barracón 103.

—Debemos ir por aquí —insistió el hurón.

Tommy se detuvo en seco.

—Por allí es más rápido —dijo señalando al frente.

Fritz Número Uno volvió a aferrarle el brazo.

—Por aquí también llegaremos en seguida —replicó.

Tommy miró extrañado al hurón y luego hacia el callejón oscuro. Los guardias habían encendido los reflectores y uno pasó sobre el tejado del barracón más próximo. Bajo la luz del reflector, Tommy distinguió las brumosas gotas de lluvia y la niebla. Entonces se percató de lo que estaba situado en el otro extremo del callejón, a pocos pasos de los dos barracones y fuera de su campo visual. El *Abort* donde habían hallado el cadáver de Bedford.

—No —dijo Tommy de repente—, iremos por ahí.

Hizo un brusco ademán para obligar a Fritz a soltarle el brazo y echó a andar a través de las tenebrosas sombras y la siniestra oscuridad del callejón. El hurón vaciló unos segundos antes de seguirlo.

—Por favor, teniente Hart —dijo en voz baja—. Me ordenaron que le condujera por el camino más largo.

—¿Quién se lo ordenó? —inquirió Hart mientras seguía avanzando.

Ambos hombres se desplazaban de una zona oscura a otra, su camino apenas iluminado por el débil resplandor que asomaba del interior de los barracones, donde todavía funcionaba la modesta electricidad. El haz del reflector pasaba de vez en cuando

sobre ellos.

Fritz Número Uno no respondió, pero no era necesario. Tommy Hart prosiguió con paso resuelto y en cuanto dobló la esquina vio a tres hombres junto al *Abort*: el *Hauptmann* Heinrich Visser, el coronel MacNamara y el comandante Clark.

Los tres oficiales se volvieron cuando apareció Tommy. MacNamara y Clark adoptaron una expresión de enfado, mientras que Visser parecía sonreír ligeramente.

—No está autorizado a pasar por aquí —le espetó Clark.

Tommy se cuadró y saludó con energía a los oficiales.

—¡Señor! Si esto tiene algo que ver con el caso que nos ocupa...

—¡Retírese, teniente! —le ordenó Clark.

Pero no bien hubo pronunciado esas palabras cuando del interior del *Abort* salieron tres soldados alemanes que acarreaban una larga sábana impermeable. Tommy dedujo que el cadáver de Vincent Bedford iba envuelto en la sábana. Los tres soldados bajaron con precaución los escalones y depositaron el cuerpo en el suelo. Luego se cuadraron frente al *Hauptmann* Visser. Éste les dio una orden en alemán, en voz baja, y los hombres alzaron de nuevo el cadáver, doblaron la esquina y desaparecieron. En éstas apareció otro soldado alemán en la puerta del *Abort*. Llevaba puesto un mandil negro semejante al de un carnicero y sostenía un cepillo de fregar. Visser gritó una orden con tono áspero al soldado, quien saludó y volvió a entrar en el *Abort*.

Entonces Clark dio un paso hacia Tommy, y ordenó con voz severa, tenso e irritado:

—¡Repito: retírese, teniente!

Tommy saludó de nuevo y se dirigió a toda prisa hacia el barracón 101. Pensó que había presenciado varias cosas interesantes, entre ellas el curioso hecho de que habían tardado más de doce horas en retirar el cadáver del hombre asesinado del lugar donde había sido descubierto. Sin embargo, lo más curioso era que los alemanes estuvieran limpiando el *Abort*, una tarea que solían desempeñar los mismos *kriegies*.

Tommy se detuvo frente a la entrada de su barracón, resollando. Si quedaba alguna prueba dentro del *Abort*, a esas alturas ya había desaparecido. Durante unos momentos se preguntó si Clark y MacNamara habrían visto lo mismo que Hugh Renaday y él: que el asesinato de Trader Vic se había perpetrado en otro lugar. Tommy no estaba seguro de que los dos oficiales fueran lo bastante hábiles para interpretar los indicios que ofrecía una escena del crimen como la que habían investigado esa mañana.

Pero de una cosa estaba seguro: Heinrich Visser sí lo había hecho.

La cuestión, se dijo, era si el alemán había compartido sus hallazgos con los oficiales estadounidenses.

Lo lógico hubiera sido que al final de la jornada estuviera exhausto, pero los interrogantes y los detalles confusos que se habían acumulado en su mente le mantenían despierto en su litera después de que se hubieran apagado las luces, mucho después de que los otros hombres que ocupaban la habitación se hubieran sumido en un sueño agitado. En más de una ocasión Tommy había cerrado los ojos para abstraerse de los ronquidos, la respiración de sus compañeros y la oscuridad, pero sólo conseguía ver el cadáver de Vincent Bedford sentado en el retrete del *Abort*, o a Lincoln Scott agazapado en un rincón de la celda de castigo. En cierto modo, aquellas inquietantes imágenes que le mantenían despierto resultaban estimulantes. Al menos eran diferentes, únicas. Tenían un componente de emoción que aceleraban los latidos del corazón y estimulaban la mente. Cuando por fin se quedó dormido, fue pensando con agrado en la entrevista que iba a mantener por la mañana con Phillip Pryce.

Pero no fue la luz de la mañana lo que le despertó.

Fue una mano áspera que le cubrió la boca.

Tommy pasó directamente del sueño al temor. Se incorporó a medias en su litera, pero la presión de la mano le obligó a tumbarse de nuevo. Se revolvió, tratando de levantarse, pero se detuvo al oír una voz que le susurraba.

—No te muevas, Hart. No hagas el menor movimiento...

Era una voz suave, que parecía resbalar por el violento palpitar de la sangre en sus oídos y los acelerados latidos de su corazón.

Tommy se recostó en la cama. La mano seguía cubriéndole la boca.

—Escúchame, yanqui —prosiguió la voz en un tono apenas más alto que un murmullo—. No levantes la vista. No te vuelvas, límitate a escucharme y no te haré daño. ¿Puedes hacerlo? Asiente con la cabeza.

Tommy asintió.

—Bien —dijo la voz.

Tommy se percató de que el hombre estaba de rodillas junto a su litera, envuelto en la oscuridad. Ni siquiera el haz del reflector que pasaba de vez en cuando sobre el exterior del barracón y penetraba a través de los postigos de madera de la ventana le permitía ver quién le sujetaba con tanta fuerza. No sabía dónde tenía aquel hombre la mano derecha, ni si sostenía un arma en ella.

De improviso, Tommy oyó una segunda voz, murmurando desde el otro lado de la litera. Se llevó tal sobresalto que debió de estremecerse ligeramente, pues el hombre que estaba junto a él aumentó la presión sobre su boca.

—Pregúntaselo —dijo la segunda voz con tono imperioso—. Hazle la pregunta.

El hombre que estaba a su lado soltó un leve gruñido.

—Dime, Hart, ¿eres un buen soldado? ¿Eres capaz de obedecer órdenes?

Tommy asintió de nuevo con la cabeza.

—Bien —masculló el otro—. Lo sabía. Porque eso es lo que queremos que hagas, ¿comprendes? Es lo único que debes hacer. Obedecer las órdenes que te den. ¿Recuerdas cuáles son esas órdenes?

Tommy no dejaba de asentir.

—Las órdenes, Hart, son que procures que se haga justicia. Ni más ni menos. ¿Lo harás, Hart? ¿Procurarás que se haga justicia?

Tommy trató de responder, pero la mano que le tapaba la boca se lo impedía.

—Asiente con la cabeza, teniente.

Tommy asintió, como antes.

—Queremos tener la certeza, Hart. Porque ninguno de nosotros quiere que se evite la justicia. Conseguirás que se haga justicia, ¿no es así?

Tommy no se movió.

—Sé que lo harás —murmuró la voz una última vez—. Todos estamos convencidos. Todos los que estamos aquí... —Tommy percibió que el hombre que estaba a su izquierda se levantaba y se dirigía hacia la puerta del dormitorio—. No te vuelvas. No digas nada ni enciendas ninguna vela. Quédate acostado. Y recuerda que sólo tienes un deber: obedecer órdenes... —dijo el hombre.

Le apretó la boca con tanta fuerza que lo lastimó. Después lo soltó y desapareció en la oscuridad. Tommy oyó que la puerta crujía al abrirse y cerrarse. Boqueando como un pez recién pescado, Tommy permaneció tendido rígido en su litera, tal como le habían ordenado, mientras poco a poco volvía a percibir los sonidos habituales de los hombres que ocupaban la habitación. Pero transcurrió un rato antes de que los resonantes y violentos latidos de su corazón se normalizaran.

¹ En Estados Unidos y el Reino Unido. (*N. de la T.*)

Amenazas

Tommy mantuvo la boca cerrada mientras los *kriegies* salían apresuradamente de los barracones al toque del *Appell* matutino. Comenzaba a clarear y el cielo pasaba de un gris opaco y metálico a cernirse sobre un horizonte de plata bruñida que ofrecía la promesa de un día despejado. No hacía tanto frío como la víspera, pero el aire seguía saturado de humedad. A su alrededor, como de costumbre, los hombres se quejaban y maldecían mientras se agrupaban en filas de cinco y se iniciaba el laborioso proceso del recuento. Los hurones se paseaban frente a las filas, diciendo los números en alemán, volviendo a comenzar y repitiéndose cuando perdían la cuenta o cuando la pregunta de un *kriegie* los distraía. Tommy escuchó con atención cada voz, esforzándose en reconocer en los retazos de palabras que llegaban a sus oídos la voz de los dos hombres que le habían visitado aquella noche.

Tommy se colocó en posición de descanso, fingiendo sentirse relajado, tratando de aparentar aburrimiento, como había hecho durante cientos de mañanas como aquella, pero interiormente lo vencía una extraña ansiedad que, de haber sido mayor y más experimentado, habría reconocido como temor. Pero era muy distinto del temor al que los otros *kriegies* y él estaban habituados, el temor universal de volar y toparse con una ráfaga de balas trazadoras y fuego antiaéreo. Sintió deseos de darse media vuelta, escudriñar los ojos de los hombres que le rodeaban en la formación, imaginando de improviso que los dueños de las dos voces que había oído junto a su litera en plena noche no le quitaban los ojos de encima. Tommy miró disimuladamente a izquierda y derecha, tratando de localizar e identificar a los hombres que le habían dicho que su deber sólo consistía en obedecer órdenes. Estaba rodeado, como de costumbre, por hombres que volaban en todo tipo de aviones de guerra. En Mitchells y Liberators, Forts y Thunderbolts, Mustangs, Warhawks y Lightnings.

Alguien, seguramente, lo observaba, pero no sabía quién.

Los silbidos y quejas de la mañana eran las mismas de siempre. Las desastradas filas de aviadores estadounidenses no presentaban un aspecto distinto de otros días, salvo por la ausencia de dos hombres. Uno había muerto. El otro estaba en la celda de castigo, acusado de asesinato.

Tommy inspiró profundamente y trató de controlarse. Sintió que su corazón se aceleraba, que latía casi tan deprisa como cuando se había despertado al sentir aquella mano que le oprimía la boca. Se sentía mareado y le ardía la piel, sobre todo en la espalda, como si los ojos de los hombres que trataba de identificar le quemaran.

El aire matutino era fresco. Su sabor le recordó de pronto los guijarros del río de truchas de su población natal que se colocaba bajo la lengua en días calurosos. Tommy cerró los ojos unos segundos e imaginó las turbulentas y oscuras aguas coronadas de espuma en los angostos rápidos de Batten Kill o el río White, aguas de deshielo que se precipitaban desde los riscos de las Green Mountains y discurrían hacia las caudalosas cuencas del Connecticut o el Hudson. Esa imagen le calmó.

Entonces oyó a un hurón junto a él, recitando los números con tono irritado.

Tommy abrió los ojos y comprobó que casi habían concluido el recuento. Miró al otro lado del recinto y en aquel preciso instante el *Oberst* Von Reiter, acompañado por el *Hauptmann* Heinrich Visser, salió del edificio de oficinas, pasó ante el cordón de guardias cuadrados ante él, y atravesó la puerta principal en dirección a los aviadores congregados en el recinto. Como de costumbre, Von Reiter iba vestido de un modo impecable, cada raya de su uniforme parecía cortar el aire como un sable. Visser, por el contrario, presentaba un aspecto menos pulcro, un tanto arrugado, casi como si hubiera dormido con el uniforme puesto. Aunque llevaba la manga vacía de su abrigo sujeta, el viento la agitaba mientras el oficial se afanaba en seguir el paso del comandante del campo, que era más alto que él.

Tommy observó los ojos del *Hauptmann* y, al aproximarse éste, comprobó que no cesaba de recorrer con la vista las filas de *kriegies*, calibrando y midiendo a los hombres colocados en posición de firmes. Tenía la sensación de que Visser los miraba con una ira que se esmeraba inútilmente en ocultar. Von Reiter, pensó Tommy, pese a su talante militar y su aspecto prusiano, semejante a la caricatura de un cartel propagandístico, no era sino un distinguido carcelero. Visser, en cambio era el enemigo.

El coronel MacNamara y el comandante Clark abandonaron las formaciones para colocarse frente a los dos oficiales alemanes. Después de los saludos de rigor y de conversar los cuatro unos momentos en voz baja, MacNamara se volvió, avanzó un paso y se dirigió en voz alta a los hombres:

—¡Caballeros! —dijo. Cualquier ruido residual entre los *kriegies* cesó al instante. Los hombres se inclinaron hacia delante para escuchar—. Están informados del atroz asesinato de uno de los nuestros. Ha llegado el momento de poner fin a todos los rumores, chismorreos y conjeturas que han rodeado este desgraciado incidente.

MacNamara se detuvo y fijó la mirada en Tommy Hart.

—El capitán Vincent Bedford será enterrado hoy al mediodía, con honores militares, en el cementerio situado detrás del barracón 119. Después, el hombre acusado de haberlo asesinado, el teniente Lincoln Scott, será liberado de la celda de castigo y puesto bajo la custodia de su abogado defensor, el teniente Thomas Hart, del barracón 101. El teniente Scott permanecerá en todo momento confinado en su dormitorio del barracón, salvo para llevar a cabo alguna legítima gestión relacionada con la preparación de su defensa.

MacNamara apartó los ojos de Tommy y volvió a contemplar las filas de hombres.

—Nadie debe amenazar al teniente Scott. Nadie debe hablar con el teniente Scott a menos que tenga que comunicarle información pertinente. Está arrestado y debe ser tratado como un prisionero. ¿He sido claro?

Todos dieron la callada por respuesta.

—Bien —continuó MacNamara—. Dentro de veinticuatro horas el teniente Scott comparecerá ante un consejo de guerra para una vista preliminar. El juicio para que responda a los cargos se celebrará la semana que viene.

Después de dudar unos instantes, MacNamara agregó:

—Hasta que el tribunal haya llegado a una conclusión, el teniente Scott debe ser tratado con cortesía, respeto y silencio total. Pese a los sentimientos que les inspire y a las pruebas que obran contra él, se le considerará inocente hasta que un tribunal militar dé su veredicto. Toda violación de esta orden será castigada con severidad.

El coronel había adoptado la posición de descanso, pero seguía transmitiendo una fuerza que se abatía como una ola sobre los *kriegies*. No se oyó siquiera una protesta.

Tommy suspiró. Pensó que el coronel no podía haber pronunciado un discurso más perjudicial ante los hombres del campamento. Incluso la palabra «inocente» había sonado como si pretendiera indicar justamente lo contrario. Sintió deseos de dar un paso al frente y decir algo en defensa de Lincoln Scott, pero se mordió el labio, contuvo ese impulso que sabía que sólo lograría empeorar las cosas a su cliente.

Después de aguardar unos instantes, MacNamara se volvió hacia los oficiales alemanes. Se saludaron. Como de costumbre, Von Reiter tocó la visera de su gorra con la fusta y luego golpeó sus lustrosas botas.

El comandante Clark avanzó hacia la cabeza de la formación, moviéndose como un boxeador aproximándose a su maltrecho contrincante arrinconado contras las cuerdas. Se colocó frente a los aviadores y gritó:

—¡Rompan filas!

Los *kriegies* se dispersaron en silencio a través del recinto.

No había rastro de Fritz Número Uno, lo cual sorprendió a Tommy, pero otro de los

hurones conocía la ordenanza que le permitía desplazarse a la sección británica del campo, y después de que Tommy le hubo sobornado con un par de cigarrillos para que abandonara sus deberes le abrió la puerta del recinto y lo escoltó en su trayecto por delante del edificio de oficinas, las duchas y la celda de castigo hasta el recinto norte.

Hugh Renaday le esperaba junto a la alambrada, paseando de un lado a otro con aire inquieto, como tenía por costumbre, caminando en círculos y fumando sin parar. Cuando Tommy se apresuró hacia él, se detuvo y le saludó con la mano.

—Estoy impaciente por hablar del asunto, abogado. Y Phillip está excitado como una perra en celo. Se le han ocurrido algunas ideas...

Hugh se detuvo en medio del torrente de palabras y miró a su amigo con expresión de perplejidad.

—Tienes mala cara, Tommy. ¿Qué ocurre?

—¿Tanto se nota? —respondió Tommy.

—Se te ve pálido y demacrado, muchacho. ¿No has dormido?

Tommy esbozó una breve sonrisa.

—Digamos que alguien se empeñó en que no durmiera. Vamos, os lo contaré a ti y a Phillip al mismo tiempo.

Hugh cerró la boca, asintió con la cabeza y ambos hombres echaron a andar a paso ligero a través del recinto. Tommy sonrió para sus adentros al reconocer una de las mejores cualidades de su amigo. No muchos hombres, cuando se sienten picados por la curiosidad, son capaces de callar al instante y ponerse a examinar los detalles. Era una cualidad rayana en lo taciturno, quizás una faceta de un temperamento reflexivo. Tommy se preguntó si Hugh sería tan eficiente con sus observaciones y a la hora de controlar sus emociones en la cabina de pilotaje de un bombardero. «Quizá sí», pensó.

Phillip Pryce se hallaba en el cuarto de literas que compartía con Renaday, sentado con la espalda encorvada como un monje sobre un tosco escritorio de madera, escribiendo unas notas sobre una hoja de papel de carta, sosteniendo un diminuto cabo de lápiz con sus dedos largos y aristocráticos. Cuando los dos hombres entraron en la habitación, alzó la cabeza y tosió de forma estentórea. En el extremo de la mesa se consumía una colilla y el suelo estaba sembrado de ceniza. Pryce sonrió, buscó a su alrededor el cigarrillo y lo agitó en el aire como el director de una orquesta filarmónica marcando un *crescendo*.

—Muchas ideas, amigos míos, muchas ideas... —Luego observó a Tommy más detenidamente y añadió—. Ah, pero veo que han ocurrido más cosas en el espacio de unas pocas horas. ¿Qué nueva información nos traes, abogado?

—Anoche recibí una breve visita de lo que supuse que era el comité de vigilancia del

Stalag Luft 13, Phillip. O quizá la versión local del Ku Klux Klan.

—¿Te amenazaron? —inquirió Renaday.

Tommy describió brevemente el episodio desde el momento en que le despertó la mano. Comprobó que al contar a sus amigos lo sucedido, una parte de los ecos de ansiedad que experimentaba se desvaneció. Pero era lo bastante inteligente para comprender que esa sensación de tranquilidad era tan falsa quizá como su temor. En cualquier caso decidió mantener cierto grado de suspicacia, una postura intermedia entre el temor y la sensación de seguridad.

—Limitate a obedecer las órdenes..., eso fue lo que me dijeron —explicó.

—¡Los muy cabrones! —estalló Hugh—. ¡Cobardes! Deberíamos contárselo al coronel y...

Phillip Pryce alzó la mano para interrumpir a su compañero.

—En primer lugar, Hugh, amigo mío, no vamos a impartir ninguna información, ni siquiera amenazas e intimidación, al bando contrario. Nos debilitaría y les reforzaría a ellos, ¿de acuerdo? —Phillip sacó otro cigarrillo, sustituyendo al que había dejado que se consumiera. Lo encendió y exhaló una larga bocanada—. Te lo ruego, Tommy —dijo observando el humo—, danos una descripción completa de todo lo que viste e hiciste después de que te dejara Hugh. De ser posible, trata de recrear cada conversación palabra por palabra. Esfuérzate en recordar.

Tommy asintió con la cabeza. De forma pausada, utilizando cada detalle que podía recordar, relató todo cuanto había hecho la víspera. Hugh se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados, concentrándose, como si estuviera absorbiendo todo cuanto decía Tommy. Pryce, con los ojos fijos en el techo, se repantigó en su silla, balanceándose ligeramente y haciendo crujir las tablas del suelo.

Cuando hubo terminado, Tommy miró al viejo inglés, quien dejó de balancearse y se inclinó hacia delante. Durante unos instantes, la débil luz que se filtraba a través de la sucia ventana le confirió una apariencia siniestra y fantasmal, como un hombre que se levanta del lecho después de compartir unos momentos de intimidad con la muerte. De golpe, ese aire cadavérico se disipó y el anciano recobró su apariencia angular, casi académica, acompañada por una sarcástica y amplia sonrisa.

—¿Dices que esos visitantes nocturnos te llamaron «yanqui»?

—Sí.

—¡Qué interesante! Es una forma muy interesante de expresarlo. ¿Detectaste otros signos sureños en su lenguaje? ¿Un modo de hablar sibilante, arrastrando las palabras, o alguna expresión pintoresca que los delate?

—Creo que sí —repuso Tommy—. Pero no hablaban, susurraban. Un susurro puede

ocultar una inflexión o un acento.

Pryce asintió.

—Sin duda. Pero la palabra «yanqui» nos conduce en una dirección obvia, ¿no es cierto?

—Sí. Uno del norte no utilizaría nunca esa palabra. Ni una persona del Medio Oeste o del Oeste.

—Esa palabra nos conduce a conclusiones inevitables. Indica con claridad ciertas cosas, ¿no es así?

—Así es, Phillip —respondió Tommy con una sonrisa—. ¿Qué es lo que insinúas?

Pryce emitió un sonoro estornudo y acto seguido sonrió.

—Bien —dijo con lentitud, recreándose en cada palabra mientras se inclinaba hacia delante—. Mi experiencia es semejante a la de Hugh. En el noventa y nueve por ciento de los casos es el desgraciado leñador el que ha cometido el salvaje y aparentemente claro asesinato. Por regla general, lo obvio se corresponde con la realidad.

Pryce se detuvo, dejando que una sonrisa le paseara por su rostro, alzando sus comisuras hacia arriba, arqueando sus cejas, dibujando un hoyuelo en su mentón.

—Pero siempre existe la excepción a la regla. Desconfío de las palabras y el lenguaje que nos conducen a conclusiones precipitadas en lugar de a un mundo más sólido de hechos.

Pryce se levantó y cruzó la habitación, como propulsado por sus propias ideas. Abrió una pequeña arca confeccionada con cajas de embalaje vacías y sacó un bote de té y unas tazas.

—Qué zorro eres, Phillip —dijo Tommy sintiendo por primera vez desde aquella mañana una sensación de alivio—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—No. Aún no —repuso Phillip, casi riendo de gozo—. No haré otras conjeturas hasta disponer de más datos. Tommy, querido amigo, echa otro leño en el fuego, tomaremos el té. Te he preparado unas notas que creo que te ayudarán en las cuestiones de diligencias judiciales. Asimismo, propongo un sistema de interrogatorios.

Pryce dudó unos momentos, tras lo cual habló, expresándose con una seriedad que eliminó todo humor de sus palabras e hizo que Tommy las tomara más en serio.

—Creer es complicado para un abogado defensor, Tommy —dijo—. No es necesario creer en tu cliente para defenderlo. Algunos dirían que es más fácil no tener una opinión al respecto, que las emociones de la confianza y la honestidad sólo consiguen entorpecer las maniobras de la ley. Pero esta situación no se presta a las interpretaciones habituales. En nuestro caso, para defender al teniente Scott, creo que debes confiar de todo corazón

en su inocencia, por difícil que te resulte. Por supuesto, esta confianza conlleva una responsabilidad mayor, pues su vida está realmente en tus manos.

Tommy asintió con la cabeza.

—Trataré de averiguar la verdad cuando hable con él —dijo con tono solemne, lo cual hizo que Phillip Pryce volviera a sonreír, como un maestro de escuela divertido ante el excesivo y sincero afán de sus alumnos.

—Creo que estamos aún muy lejos de descubrir las verdades, Tommy. Pero convendría empezar a buscarlas. Las mentiras siempre son más fáciles de descubrir. Quizá deberíamos exhumar algunas mentiras.

—Lo haré —contestó Tommy.

—Ah, ésa es la actitud de un americano de pro. Por lo que doy gracias a Dios.

Pryce tosió y rió, después de lo cual se volvió hacia sus dos compañeros.

—Otra cosa, Tommy, Hugh. Un detalle de suma importancia, a mi modo de ver.

—¿De qué se trata?

—Procura descubrir el lugar donde Trader Vic fue asesinado. Eso aclarará muchas cosas.

—No sé cómo hacerlo.

—Lo hallarás haciendo lo que un verdadero abogado debe hacer a fin de comprender realmente los entresijos de su caso.

—Explícate.

—Ponte en los corazones y las mentes de todas las personas implicadas. El hombre asesinado. El acusado. Y no olvides a los hombres que van a juzgarlo. Pueden existir muchas razones que apoyen a la acusación, y muchas razones que llevan al jurado a emitir un determinado veredicto, y es imprescindible que antes de que eso ocurra, tú comprendas absoluta y totalmente todas las fuerzas que actúan.

Tommy asintió.

Pryce tomó la tetera y la hizo girar en el aire con gesto ostentoso para comprobar si estaba llena de agua, tras lo cual la colocó sobre el viejo hornillo de hierro fundido.

—El famoso leñador de Hugh puede estar sentado en el suelo con un rifle descargado en las rodillas y apestando a alcohol. ¿Pero quién le proporcionó el rifle? ¿Quién le sirvió la copa? ¿Y quién le insultó, provocando la pelea? Y lo que es más importante, ¿quién tiene más que perder o ganar con la muerte del desgraciado que yace en el suelo de la cantina?

Pryce sonrió de nuevo, mirando regocijado a Renaday y a Hart.

—Todas las fuerzas, Tommy. Todas las fuerzas.

Después de una pausa añadió:

—Dios mío, no me había divertido tanto desde que aquel maldito Messerschmidt nos tuvo en su punto de mira. ¿Está listo el té, Hugh? —Durante unos momentos la sonrisa del más viejo dio paso a una expresión seria cuando añadió—: Claro que probablemente al joven señor Scott esto no le parece tan intrigante como a mí.

—Probablemente —dijo Tommy—. Porque sigo pensando que están decididos a matarlo.

—Eso es lo malo de la guerra —murmuró Hugh Renaday mientras servía el té en las tazas de cerámica blanca desportilladas—. Siempre hay algún cabrón que pretende matarte. ¿Quién quiere una gota de leche?

El guardia apostado junto a la celda de castigo dejó pasar a los dos aviadores sin decir palabra. Era cerca del mediodía, aunque en el interior reinaba una luz grisácea más parecida al amanecer. Tommy suponía que no tardarían en emitir la orden de libertad condicionada de Scott, pero pensaba que era más interesante interrogarlo mientras se sintiera trastornado por el aislamiento y la frialdad creado por la celda. Al comentárselo a Hugh, éste asintió con la cabeza.

—Deja que le dé un buen repaso —dijo—, que utilice con él el socorrido pero eficaz método de un policía provincial.

A lo que Tommy accedió.

El aviador de Tuskegee se hallaba en un rincón de la celda, haciendo unos ejercicios cuando entraron Tommy y Hugh. Hacía su gimnasia con rapidez, subiendo y bajando su cuerpo como a golpes de metrónomo, contando en voz alta de modo que las palabras resonaban en el reducido y húmedo espacio. Cuando los otros aparecieron, alzó la cabeza, pero no se detuvo hasta haber alcanzado el número 100. Entonces se puso en pie y miró a Hugh, quien a su vez le observó con singular intensidad.

—¿Quién es éste? —preguntó Scott.

—El teniente de aviación Hugh Renaday. Es amigo mío y ha venido para ayudarnos.

Scott alargó la mano y los dos hombres se saludaron. Pero el negro no soltó la mano de Hugh de inmediato, sino que la retuvo unos segundos en silencio, mientras escudriñaba cada ángulo del rostro del canadiense. Hugh, por su parte, le fulminó con la mirada.

—¿Policia, no es así? —preguntó Scott—. Antes de la guerra.

Hugh movió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, policia —dijo Scott soltándole de pronto la mano—. Hágame unas preguntas.

Hugh sonrió brevemente.

—¿Por qué cree que quiero hacerle unas preguntas, teniente Scott?

—Para eso ha venido, ¿no?

—Bien, es evidente que Tommy necesita ayuda. Y si Tommy necesita ayuda, usted también. Estamos hablando de un crimen, lo cual significa pruebas, testigos y diligencias judiciales. ¿No cree que un ex policía puede ayudar en estos temas? ¿Incluso aquí, en el Stalag Luft 13?

—Supongo que sí.

Hugh asintió.

—Bien —dijo—. Me alegro de haber aclarado esto desde el principio. Hay algunos otros puntos que también conviene aclarar, teniente. Cree que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que la víctima, el capitán Bedford, le odiaba a usted, ¿no es así?

—Sí. Bueno, en realidad el señor Bedford odiaba lo que yo era y representaba. No me conocía. Sólo odiaba el concepto que le merecía mi persona.

—Un matiz interesante —le respondió Hugh—. O sea, que odiaba la idea de que un hombre negro pudiera ser piloto de un caza, ¿no es eso?

—Sí. Pero sin duda era algo más profundo que eso. Odiaba el que un negro respirara y lograra ocupar un puesto que suele estar reservado a los blancos. Odiaba el progreso, odiaba el éxito. Odiaba la idea de igualdad entre los hombres.

—De modo que la tarde que el capitán Bedford trató de conseguir que usted traspasara el límite del campo, eso no iba dirigido personalmente contra usted, sino más bien contra lo que usted representa.

—Sí, eso creo —respondió Scott tras dudar unos instantes.

Hugh sonrió.

—En ese caso los guardias alemanes armados con ametralladoras en realidad no habrían disparado contra usted, sino contra un ideal, ¿no es cierto?

Scott no respondió.

—Dígame, teniente —dijo Hugh sonriendo con ironía—, ¿supone que morir por un ideal es menos doloroso? ¿La sangre de uno tiene un color distinto cuando muere por un ideal?

De nuevo, Scott guardó silencio.

—¿Me permite que le pregunte, teniente, si odiaba usted al capitán Bedford del mismo modo? ¿Le odiaba a él o a los criterios anticuados y fanáticos que encarnaba?

Scott entrecerró los ojos y se detuvo antes de responder, como si de pronto se sintiera receloso.

—Odiaba lo que él representaba.

—Y habría hecho cualquier cosa con tal de eliminar del mundo esos odiosos criterios, ¿no es así?

—No... Sí.

—¿En qué quedamos?

—Habría hecho cualquier cosa.

—¿Inclusive sacrificar su propia vida?

—Sí, sí por una causa justa.

—¿O sea, la causa de la igualdad?

—Sí.

—Es comprensible. ¿Pero estaría también dispuesto a matar?

—Sí. No. No es tan sencillo, ¿comprende, señor Renaday?

—Puede llamarme Hugh, teniente.

—De acuerdo, Hugh. No es tan sencillo.

—¿Por qué?

—¿Estamos hablando sobre mi caso o en términos generales?

—¿Le parece que son dos cosas distintas, teniente Scott?

—Sí, Hugh.

—¿En qué sentido?

—Yo odiaba a Bedford y deseaba acabar con todos los ideales racistas que él representaba, pero no lo asesiné.

Hugh se apoyó contra el muro de la celda de castigo.

—Entiendo. Bedford representaba todo cuanto usted desea destruir. Pero no aprovechó la oportunidad, ¿es eso?

—Sí. ¡Yo no maté a ese cabrón!

—¿Pero le hubiera gustado hacerlo?

—Sí. ¡Pero no lo hice!

—Ya. Pero supongo que se alegrará de que Bedford esté muerto.

—¡Sí!

—¿Pero usted no lo hizo?

—¡Sí! ¡Quiero decir no; maldita sea! Quizá deseara verlo muerto, pero yo no lo maté. ¿Cuántas veces quiere que se lo repita?

—Sospecho que muchas más. Es un matiz que a Tommy le va a costar explicar a los miembros del tribunal militar. Suelen ser bastante obtusos a la hora de comprender ese

tipo de sutilezas, teniente —comentó Hugh con tono sarcástico.

Lincoln Scott estaba rígido de ira. Los tensos músculos de su cuello asomaban bajo la piel como unas líneas forjadas en una fundición diabólicamente ardiente. Tenía los ojos como platos, la mandíbula crispada, la ira parecía emanar de su cuerpo junto con el sudor que perlaba su frente. Hugh Renaday se hallaba a unos pasos de él, apoyado en la pared de la celda, lánguido y relajado. De vez en cuando ponía énfasis en algún punto mediante un gesto ambiguo del brazo, entornando los ojos o mirando hacia al techo, como si se burlase de las protestas del otro.

—¡Es la verdad! ¿Por qué es tan difícil convencer a la gente de la verdad? —gritó Scott, haciendo que sus palabras reverberaran entre los muros de la celda.

—¿Y qué importancia tiene la verdad? —replicó Hugh con extrema suavidad.

La pregunta dejó estupefacto a Scott. Inclino el torso hacia delante, boquiabierto, como si la fuerza de las palabras se hubiera quedado atascada en su garganta como una muchedumbre que se apresura a tomar el metro en hora punta. Se volvió hacia Tommy unos instantes, como pidiéndole ayuda, pero no dijo nada. Tommy tampoco. Pensó que todos se medían unos a otros en aquella pequeña habitación: estatura, peso, vista, tensión sanguínea y pulso. Pero lo más importante era si se hallaban en el lado justo o equivocado de una muerte violenta e inexplicada.

Hugh Renaday rompió el breve silencio.

—De modo —dijo con vehemencia, como un matemático al llegar al término de una larga ecuación—, que tenía usted un motivo. Un motivo de peso. Abundantes motivos, ¿no es cierto, teniente? Y sabemos que tuvo la oportunidad, pues ha reconocido, no sin algo de ingenuidad, que la noche de autos salió del barracón. Lo único que falta, en realidad, son los medios. Los medios para cometer el asesinato. Sospecho que en estos momentos la acusación está examinando el problema.

Hugh observó a Scott fijamente y continuó hablando en términos irritantes de tan claros.

—¿No cree, teniente Scott, que sería más sensato reconocer que cometió el crimen? En realidad, en muchos aspectos, nadie puede reprochárselo. Por supuesto, los amigos de Bedford se sentirán indignados, pero creo que conseguiríamos convencerles de que usted actuó en respuesta a una provocación. Sí, Tommy, creo que éste es el mejor sistema. El teniente Scott debería reconocer abiertamente lo que ocurrió. A fin de cuentas, fue una pelea justa, ¿no es así, teniente? Bedford contra usted. En la oscuridad del *Abort*. Podría haber sido usted quien quedara ahí tendido...

—¡Yo no maté a Bedford!

—Podemos alegar que no hubo premeditación, Tommy. Una antipatía que conduce

de forma inevitable a una pelea bastante típica. En el ejército estas cosas ocurren con frecuencia. En realidad se trataría de homicidio culposo..., puede que le echen una docena de años, trabajos forzados, nada más...

—¿Es que no me escucha? ¡Yo no he matado a nadie!

—Salvo a unos cuantos alemanes, claro...

—¡Sí!

—¿El enemigo?

—Sí.

—Ah, ¿pero no habíamos quedado en que Bedford era el enemigo?

—Sí, pero...

—Ya. De modo que es justo matar a uno, pero no al otro...

—Sí.

—¡Lo que dice no tiene sentido, teniente!

—¡Yo no lo maté!

—Yo creo que sí.

Scott iba a replicar, pero se contuvo. Miró a Hugh Renaday a través del reducido espacio, respirando trabajosamente, como un hombre peleando contra las olas del océano, esforzándose por alcanzar la costa. De pronto pareció tomar una decisión, tras lo cual habló con una voz fría, áspera, directa, la voz de una pasión irrefrenable, la voz de un hombre adiestrado para pelear y matar.

—Si yo hubiera decidido matar a Vincent Bedford —dijo—, no lo habría hecho a escondidas. Lo habría hecho delante de todos los hombres en el campo. Y con esto...

Apenas hubo hablado, cruzó el espacio que lo separaba de Renaday, arrojando un violento derechazo, pero se detuvo a pocos pasos del canadiense. Era un golpe brutal, propinado con velocidad, precisión y furia. El puño crispado del negro se detuvo a escasos centímetros del mentón de Renaday, inmóvil.

—Esto es lo que habría utilizado —dijo Scott, casi susurrando—. Repito: y no lo habría hecho a escondidas.

Hugh contempló el puño durante unos segundos y luego miró los ojos centelleantes de su dueño.

—Es muy rápido —comentó con voz queda—. ¿Ha aprendido a boxear?

—«Guantes Dorados». Campeón de pesos semipesados del Midwest durante tres años consecutivos. Nadie logró derrotarme. Gané más combates por K.O. de los que puedo recordar.

Scott se volvió hacia Tommy.

—Dejé de boxear porque no dejaba tiempo para mis estudios —dijo secamente.

—¿Qué estudiaba? —preguntó Hugh.

—Después de obtener mi grado universitario *Magna Cum Laude* de la Northwestern, me licencié en psicología de la educación por la Universidad de Chicago —respondió—. También cursé estudios de ingeniería aeronáutica. Asimismo, me preparé como piloto.

Dejó caer el puño y retrocedió un paso, casi dándoles la espalda a los dos hombres blancos, pero luego se detuvo y los miró a los ojos.

—No he matado a nadie, excepto alemanes. Tal como me ordenó mi país que lo hiciera.

Los dos hombres dejaron a Scott en la celda de castigo y se dirigieron hacia el recinto sur. Tommy respiraba con trabajo; como de costumbre, el reducido espacio de las celdas de castigo provocaba en él una sensación de angustia, un recuerdo del miedo que había experimentado en otras ocasiones, un ataque de claustrofobia. No era una cueva, un armario ni un túnel, pero poseía algunos de los temibles y siniestros aspectos de todos ellos, lo cual le ponía nervioso, pues suscitaba ingratos recuerdos de su temor infantil.

Un extraño silencio había invadido el sector americano del campo. No se veía el número habitual de hombres practicando ejercicios, ni a otros paseando por el perímetro con el mismo paso sistemático y frustrado. El tiempo había vuelto a mejorar. Momentos de cielo despejado interrumpían los cielos plomizos de Baviera, haciendo que las remotas líneas de abetos en el bosque circundante emitieran un húmedo resplandor lejano.

Hugh avanzaba con paso rápido, como si sus pies reflejaran sus cálculos. Tommy Hart se afanaba en seguirlo, de forma que ambos caminaban hombro con hombro, como una pareja de bombarderos medianos volando en estrecha formación para protegerse uno a otro.

Tommy alzó la vista durante unos momentos. Imaginó unos aviones dispuestos en hileras en numerosas pistas de aterrizaje en Inglaterra, Sicilia o el Norte de África. En su imaginación oyó el estrépito de los motores, el inmenso e incesante rugido de energía, aumentando de tono e intensidad a medida que las falanges de aviones corrían por la pista y despegaban, cargados con pesadas bombas, hacia los cielos despejados. En lo alto vio un rayo de sol filtrándose a través de las delgadas nubes y pensó en los oficiales y comandantes de vuelo sentados ante sus mesas en sus despachos, a salvo, contemplando el mismo sol y pensando que hacía un hermoso día para enviar a hombres jóvenes a matar o a morir. La cuestión era muy simple: no tenía para elegir.

Tommy bajó la cabeza y pensó en lo que había visto y oído en la celda de castigo.

—Él no lo hizo —dijo a su compañero.

El otro no respondió hasta haber avanzado unos pasos más a través del enlodado recinto. Entonces dijo, también en voz baja, como si ambos compartieran un secreto:

—Yo tampoco creo que lo hiciera. No después de haberme mostrado el puño. Eso sí tenía sentido, si es que puede decirse que haya algo en este lugar que tenga sentido. Pero ése no es el problema, ¿verdad?

Tommy meneó la cabeza al responder.

—El problema es que todo parece señalarlo a él. Incluso sus protestas de inocencia parecen indicar que es el culpable. Por otra parte, no te fue difícil hacer que perdiera los nervios. Me pregunto qué tipo de testigo de la defensa sería el teniente Scott.

A Tommy se le ocurrió de pronto una idea: «si la verdad puede apoyar una mentira, ¿no podría ocurrir lo contrario?» Pero se abstuvo de expresarlo en voz alta.

—Aún no hemos reflexionado sobre el asunto de la sangre en sus zapatos y su cazadora. ¿Cómo diablos se los manchó de sangre, Tommy?

Tommy siguió avanzando, pensando en la pregunta que le había hecho su amigo.

—Scott nos dijo que por las noches sale sigilosamente del barracón para ir al retrete —respondió—. A nadie se le ocurriría salir disimuladamente calzado con unas pesadas botas de aviador que hacen crujir las tablas del suelo, ¿no te parece, Hugh?

Hugh emitió un sonido de aprobación.

—Apuesto mi próxima tableta de chocolate a que esto era ni más ni menos lo que insinuó Phillip hace un rato. Se trata de un montaje.

—Muy bien, ¿pero por qué?

Hugh se encogió de hombros.

—No tengo ni la más remota idea, Tommy.

Siguieron andando con rapidez.

—Oye, Tommy, estamos caminando muy deprisa —dijo Hugh deteniéndose—. Pero ¿adónde nos dirigimos?

—Al funeral, Hugh. Quiero que después vayas a entrevistar a alguien.

—¿A quién?

—Al médico que examinó el cadáver.

—No sabía que lo hubiera examinado un médico.

Tommy asintió.

—Alguien lo ha hecho. Aparte del *Hauptmann* Visser. Debemos dar con esa persona. Y en este campo sólo hay dos o tres candidatos posibles. Se hallan en el barracón 111, donde se encuentran los servicios médicos. Debes dirigirte allí. Yo me encargaré de

escoltar al teniente Scott. No permitiré que atravesase el campo solo...

—Te acompañaré. No será agradable.

—No —replicó Tommy con más vehemencia de la necesaria—. Lo haré solo. Quiero que tu participación en esto quede en secreto, en todo caso hasta que consigamos nuestra primera vista. Ante todo debemos impedir que averigüen que Phillip guía nuestros pasos. Es mejor que quien esté detrás de esta trampa, montaje, conspiración o como quieras llamarlo, no sepa que se enfrenta a uno de los más insignes letrados del Old Bailey.

Hugh asintió con la cabeza.

—Tú también eres un zorro, Tommy —dijo sonriendo. Tras lo cual soltó una carcajada, aunque su expresión no denotaba regocijo—. Lo cual no deja de ser una cualidad —murmuró mientras ambos apretaban el paso—, en vista de lo que se nos viene encima, sea lo que fuere.

—Claro que se me ocurre una pregunta bastante obvia —dijo de sopetón—. ¿De qué tipo de conspiración estamos hablando? —Hugh se paró en seco. Alzó la vista y miró a través del campo de ejercicios, el perímetro, las torres de vigilancia, los guardias con sus ametralladoras, la alambrada y la gran explanada que se extendía más allá de la misma —. ¿Aquí? ¿Pero de qué diablos estamos hablando?

Tommy miró hacia el lugar que observaba su amigo, más allá de la alambrada. Durante unos momentos se preguntó si el aire tendría un sabor más dulce el día que saliera en libertad. «Esto era sobre lo que escribían siempre los poetas —pensó—: el dulce sabor de la libertad.» Trató de impedir que acudieran a su mente imágenes del hogar. Unas imágenes de Manchester y sus padres sentados a la mesa gozando de una cena estival, o Lydia de pie junto a una vieja bicicleta en la polvorienta acera frente a la casa de los Hart, en una tarde de principios de otoño, cuando en la brisa del atardecer se constata una levísima premonición del invierno. Era rubia y el pelo le caía en unas capas bruñidas sobre los hombros. Tommy levantó la mano, casi como si pudiera tocárselo. Las imágenes se agolparon en su cabeza, y durante un instante el mundo áspero y sucio del campo de prisioneros se desvaneció ante sus ojos. Pero entonces, las imágenes se esfumaron con la rapidez con que habían aparecido. Tommy se volvió para mirar a Hugh, que parecía esperar una respuesta, y contestó, con cierto titubeo y un tono de incertidumbre:

—No lo sé. Aún no. No lo sé.

Los *kriegies* no morían, simplemente sufrían.

Una dieta inadecuada, la forma compulsiva con que se entregaban al deporte, al teatro que habían improvisado en el campo o a cualquier otra actividad que elegían para matar

el tiempo, su ansiedad omnipresente sobre si alguna vez regresarían a sus casas sumada a la inadaptación a la rutina de la vida en prisión, el frío constante, la humedad y la suciedad, la falta de higiene, las terribles enfermedades, el aburrimiento desmentido por la esperanza, que a su vez era desmentida por la alambrada, todo ello generaba una peculiar fragilidad de la vida. Al igual que la persistente tos de Phillip Pryce, los hombres se sentían constantemente atemorizados por la muerte, pero ésta rara vez llamaba a la puerta.

En los dos años que llevaba en el campo de prisioneros, Tommy sólo había presenciado una docena de muertes. La mitad de los casos eran hombres cuyo cautiverio les había hecho perder la razón y habían tratado de saltar la alambrada durante la noche, pereciendo a los pies de la misma sosteniendo unos alicates de confección casera. Destrozados por una súbita ráfaga de la metralleta de un *Hundführer* o de los guardias apostados en las torres de vigilancia. A lo largo de los años, habían llegado al Stalag Luft 13 algunos hombres que habían sufrido graves heridas al caer desde el aire y no habían recibido la debida asistencia en los hospitales alemanes. La constancia día y noche de los ataques aliados habían limitado los preciosos medicamentos de que disponían los alemanes, y muchos de sus mejores médicos habían muerto en hospitales situados en el frente ruso. Pero la política de la Luftwaffe con respecto a los aviadores aliados que corrían el riesgo de morir debido a sus heridas o a una enfermedad era la de disponer su repatriación a través de la Cruz Roja. Por lo general esto se llevaba a cabo antes de que el desdichado piloto sucumbiera. La Luftwaffe prefería que los *kriegies* que se hallaban en una fase terminal o gravemente heridos fueran entregados a los suizos antes de morir; de esta forma, parecían menos culpables.

Tommy no recordaba un solo caso de alguno que hubiera sido enterrado con honores militares. Solían ser sepultados con discreción, o como mucho con alguna ceremonia informal mientras la banda de jazz tocaba para honrar a uno de los suyos. Le chocó que Von Reiter permitiera un funeral militar. Los alemanes querían que los *kriegies* pensaran como *kriegies*, no como soldados. Es más fácil custodiar a un hombre que se considera un prisionero que a uno que se considera un soldado.

Al llegar al polvoriento cruce formado por los dos barracones y los callejones convergentes, Tommy indicó a Hugh el barracón de los servicios médicos y se apresuró por el estrecho callejón situado entre los barracones 119 y 120, que conducía al cementerio. Oyó una voz al otro lado del edificio, pero no logró entender lo que decía.

Al doblar la esquina del barracón 119 aminoró el paso.

Unos trescientos *kriegies* se hallaba en formación junto a la fosa que habían preparado con prisas. Tommy reconoció de inmediato a la mayoría de hombres del

barracón 101 y a otros aviadores que probablemente representaban al resto de los edificios. Seis soldados alemanes armados con fusiles se hallaban en posición de descanso junto a los rectángulos formados por los hombres.

Como era de prever, el féretro de Trader Vic había sido confeccionado con algunas de las cajas de madera clara en las que remitía la Cruz Roja los paquetes. La frágil madera de balsa era el material con el que estaban contruidos buena parte de los muebles del recinto americano, pero Tommy pensó con ironía que nadie imaginaba que fuera a constituir su propio ataúd. Junto a la cabeza del féretro había tres oficiales: MacNamara, Clark y un sacerdote, que leía el salmo 23. El bombardero ligero a bordo del cual se había hallado el sacerdote había sido derribado sobre Italia el verano anterior. El pastor, llevado por un exagerado celo de velar por su rebaño de aviadores, había participado en una misión sobre Salerno en una época en que las tropas antiaéreas alemanas de tierra eran aún activas, y los cazas alemanes seguían ejerciendo su mortífero oficio en el aire.

El sacerdote tenía una voz inexpresiva y nasal, con la que consiguió que las célebres palabras del salmo resultaran aburridas. Cuando dijo: «El Señor es mi pastor...» hizo que pareciera como si Dios estuviera en realidad vigilando a las ovejas.

Tommy dudó, sin saber si debía unirse a las formaciones u observar desde fuera. En aquel momento de pausa, oyó una voz a su lado que lo pilló por sorpresa.

—¿Qué es lo que espera ver, teniente Hart?

Tommy se volvió rápidamente hacia el hombre que le había hecho la pregunta.

El *Hauptmann* Heinrich Visser estaba a unos pasos de él, fumando un cigarrillo color marrón oscuro, apoyado en el muro del barracón 119. Lo sostenía como un dardo, llevándoselo lánguidamente a los labios, saboreando cada calada.

Tommy respiró hondo.

—No espero ver nada —repuso con lentitud—. Los que van a algún sitio esperando ver algo suelen verse recompensados viendo lo que habían imaginado. Yo sólo he venido para observar, y lo que vea será lo que deba ver.

—La respuesta de un hombre inteligente —comentó Visser sonriendo—. Pero no muy militar.

—Es posible que yo no sea un soldado perfecto —replicó Tommy encogiéndose de hombros.

Visser meneó la cabeza.

—Eso ya lo veremos en los próximos días.

—¿Y usted, *Hauptmann*, lo es?

El alemán negó con la cabeza.

—Por desgracia, no, teniente Hart. Pero he sido un soldado muy eficaz. Lo cual es algo diferente, a mi entender.

—Habla muy bien el inglés.

—Gracias. Viví muchos años en Milwaukee, me crié con mis tíos. Quizá de haberme quedado otros dos años, habría llegado a considerarme más americano que alemán. Aunque le cueste creerlo, teniente, llegué a ser un excelente jugador de béisbol —el alemán miró el brazo que le faltaba—. Pero ya no puedo jugar. En fin, pude haberme quedado, pero no lo hice. Decidí regresar a la patria para estudiar. Y así me vi envuelto en estos acontecimientos.

Visser dirigió la vista hacia el funeral.

—Su coronel MacNamara... —dijo el alemán pausadamente, midiendo con los ojos al coronel— Mi primera impresión es la de un hombre que cree que su reclusión en el Stalag Luft 13 constituye una mancha en su carrera. Un fallo como comandante. A veces, cuando me mira, no sé si me odia a mí y a todos los alemanes debido a lo que le han enseñado, o si me odia a mí por haberle impedido matar a más compatriotas míos. Creo también que se odia a sí mismo. ¿Qué opina, teniente Hart? ¿Es un oficial a quien usted respeta? ¿Es el tipo de líder que imparte una orden y es obedecido en el acto, sin rechistar, sin pensar en sus propias vidas?

—Recibe el respeto debido a todo oficial americano.

El alemán se echó a reír sin mirar a Tommy.

—Ah, teniente, tiene usted dotes de diplomático.

Después de dar una larga calada a su cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo aplastó con su bota.

—Me pregunto si tiene también dotes de abogado.

Visser sonrió.

—Y también me pregunto —continuó—, si eso es lo que se le exige en realidad.

El *Hauptmann* se volvió hacia Tommy.

—Un funeral rara vez tiene que ver con la conclusión de algo, ¿no le parece, teniente? Más bien representa un comienzo.

La sonrisa de Visser siguió el trazo de sus cicatrices. Volvió a contemplar el funeral. El pastor leía un versículo del Nuevo Testamento, la multiplicación de los panes y los peces, una mala elección porque seguramente hizo que a todos los *kriegies* se les abriera el apetito. Tommy observó que el ataúd no estaba cubierto con la bandera, pero que habían depositado en su centro la cazadora de Vic, junto con la bandera americana que

llevaba cosida en la manga.

El pastor terminó su lectura y las formaciones adoptaron la posición de firmes. Un trompeta avanzó unos pasos y emitió las melancólicas notas del toque de silencio. Mientras éstas se desvanecían en el aire del mediodía, el escuadrón de soldados alemanes dio un paso al frente, echó armas al hombro y disparó una ráfaga hacia el cielo que comenzaba a despejarse, como si intentaran eliminar a tiros los restos de nubes.

El eco resonó brevemente en el campo. A Tommy no le pasó inadvertido que el sonido había sido el mismo de un pelotón de fusilamiento.

Cuatro hombres abandonaron la formación y descendieron el ataúd de Trader Vic en la fosa mediante unas cuerdas. Acto seguido, el comandante Clark dio orden de romper filas y los hombres regresaron en grupos al centro del recinto. Más de uno miró a Tommy Hart al pasar junto a él, pero ninguno dijo una palabra.

Tommy, a su vez, devolvió la mirada a muchos, contemplándolos con expresión dura y de recelo. Suponía que los hombres que le habían amenazado se encontraban entre los grupos de aviadores que pasaban junto a él. Pero no tenía idea de quiénes eran. Ninguno lo miró con aire amenazante.

Visser encendió otro cigarrillo y se puso a tararear la canción francesa *Auprès de ma blonde*, cuya frívola tonada parecía ofender la tosca solemnidad del funeral.

En éstas Tommy vio que el comandante Clark se dirigía hacia él. Tenía el rostro tenso y la mandíbula crispada.

—Su presencia aquí no es grata, Hart —dijo con brusquedad.

Tommy se cuadró ante el oficial.

—El capitán Bedford era también amigo mío —replicó, aunque no estaba seguro de que eso fuera cierto.

Clark no respondió, sino que se volvió hacia el *Hauptmann* y saludó.

—*Hauptmann* Visser, haga el favor de entregar al teniente Scott, el acusado, bajo la custodia del teniente Hart. Creo que es un momento oportuno.

Visser le devolvió el saludo, sonriendo.

—Como guste, comandante. Me ocuparé de ello sin dilación.

Clark asintió. Luego miró a Tommy.

—Su presencia no es grata —repitió, tras lo cual dio media vuelta y se marchó. Tommy oyó a su espalda el sonido de la primera palada de tierra al chocar con el ataúd.

El *Hauptmann* Visser escoltó a Tommy Hart a la celda de castigo para poner en libertad a Lincoln Scott. Mientras se dirigían hacia allí, el oficial alemán hizo una señal a

un par de guardias cubiertos con cascos e indicó a Fritz Número Uno que los acompañara. Siguió tarareando sus alegres y pegadizas melodías de cabaret. El cielo se había despejado por completo y los últimos restos de nubes se dispersaban hacia el este. Tommy alzó la vista y vio las colas blancas de una escuadrilla de aviones B-17 atravesar la húmeda bóveda azul. No tardarían en ser atacados, pensó. Pero volaban muy alto, a unos ocho kilómetros de altura, y se hallaban aún relativamente a salvo. Cuando descendieran a través del cielo hacia unas altitudes más bajas para lanzar las bombas, entonces es cuando correrían mayor peligro.

Tommy contempló el edificio de la celda de castigo y pensó que Lincoln Scott se encontraba en la misma circunstancia. Durante unos momentos pensó que acaso fuera más prudente dejarlo encerrado, pero ese pensamiento se esfumó de inmediato. Enderezó la espalda y comprendió que la misión a la que se enfrentaba no era distinta de la que afrontaban los aviadores que surcaban el espacio. Una misión, un objetivo, su paso amenazaba toda la ruta. Echó otro vistazo al cielo y pensó que no podía hacer menos que esos hombres que volaban sobre él.

Scott se levantó en cuanto Tommy entró en la celda.

—¡Maldita sea, Hart, estoy impaciente por salir de aquí! —dijo—. ¡Esto es un infierno!

—Yo no estoy seguro de lo que va a pasar —respondió Tommy—. Ya veremos...

—Estoy preparado —insistió Scott—. Sólo quiero salir de aquí. Que ocurra lo que tenga que ocurrir —el negro parecía angustiado, tenso, a punto de estallar.

—De acuerdo —dijo Tommy moviendo la cabeza—. Atravesaremos el recinto y nos dirigiremos directamente al barracón 101. Usted vaya a su dormitorio. Una vez allí, ya pensaremos en el siguiente paso.

Scott asintió.

Cuando salieron de la celda, el aviador negro pestañeó varias veces. Se frotó los ojos durante unos instantes como para borrar la oscuridad de la celda de castigo. Sostenía su ropa y su manta debajo del brazo izquierdo y tenía la mano derecha crispada en un puño, como si estuviera dispuesto a propinar un contundente puñetazo como el que había estado a punto de asestar esa mañana a Hugh Renaday. Mientras parpadeaba tratando de adaptarse a la luz, parecía caminar más erguido que de costumbre, habiendo recobrado su postura atlética, hasta el punto de que cuando se aproximaron a la puerta del recinto marchaba con paso enérgico y militar, casi como si desfilara por el campo de revista de West Point frente a un grupo de dignatarios. Tommy caminaba junto a él, flanqueado a su vez por los dos guardias, un paso detrás de Fritz Número Uno y el *Hauptmann* Visser.

Al alcanzar la alambrada y la puerta de madera que daba acceso al recinto sur, el

oficial alemán se detuvo. Dijo unas breves palabras a Fritz Número Uno, quien saludó, y otras palabras a los dos guardias.

—¿Desea que un guardia le escolte de regreso a su barracón? —preguntó a Lincoln Scott.

—No —respondió Scott.

Visser sonrió.

—Quizás el teniente Hart lo crea necesario.

Tommy echó una rápida ojeada a través de la alambrada. En el recinto había unos cuantos grupos de hombres; todo parecía normal. Unos jugaban al béisbol, mientras otros se paseaban por el perímetro. Vio a algunos tumbados junto a los edificios, leyendo o charlando. Otros, aprovechando la tibieza del día, se habían quitado la camisa para tomar el sol. Nada indicaba que hacía menos de una hora se hubiera celebrado un funeral. No había indicios de cólera. El Stalag Luft 13 presentaba el mismo aspecto que había mostrado cada día durante años.

Esto inquietó a Tommy. Inspiró profundamente.

—No —contestó—. No necesitamos que nos escolten.

Visser emitió un profundo suspiro, casi como si se mofara.

—Como guste —dijo con un tonillo despectivo, mirando a Tommy—. Qué ironía, ¿no? Yo le ofrezco protección contra sus propios camaradas. ¿No le parece insólito, teniente Hart?

Visser no parecía esperar una respuesta a su pregunta. En cualquier caso, Tommy no estaba dispuesto a dársela. Visser dijo unas palabras y los guardias armados retrocedieron. Fritz Número Uno también se apartó. Tenía el ceño fruncido y parecía nervioso.

—Entonces, hasta luego —dijo Visser.

Se puso a tararear unas breves estrofas de una melodía irreconocible, esbozando su acostumbrada sonrisa breve y cruel que se deslizaba en torno a su rostro. Entonces se detuvo, se volvió hacia los soldados que custodiaban la puerta, y haciendo un amplio gesto con su único brazo les indicó que la abrieran.

—Vamos, teniente. A paso de marcha —dijo Tommy.

Los dos hombres echaron a andar hombro con hombro.

La puerta aún no se había cerrado tras ellos cuando Tommy oyó el primer silbido, seguido por otro, y luego otros dos. Los agudos sonidos se confundían, desplazándose a los pocos segundos a lo largo y ancho del campo. Los hombres que jugaban al béisbol se detuvieron y los miraron. Antes de que hubieran recorrido veinte metros, la falsa

normalidad del campo fue suplantada por el ruido de pasos apresurados y el rechinar y estrépito de puertas de madera que se abrían y cerraban de golpe.

—Mantenga la vista al frente —murmuró Tommy, pero era una advertencia innecesaria, pues Lincoln Scott caminaba aún más erguido que antes, atravesando el recinto con la renovada determinación de un corredor de fondo que al fin vislumbra la línea de meta.

Ante ellos vieron salir a muchos hombres de los barracones, moviéndose con tanta rapidez como si los silbatos de los hurones les convocaran a un *Appell* o hubieran sonado las sirenas de alarma. Al cabo de unos segundos, centenares de hombres se congregaron en un gigantesco y siniestro bloque, no tanto una formación como una barricada. La multitud —que parecía dispuesta a lincharlos, según pensó Tommy— se interpuso en su camino.

Ni Lincoln Scott ni Tommy Hart aminoraron el paso al aproximarse a los hombres plantados delante de ellos.

—No se detenga —murmuró Tommy a Lincoln Scott—. Ni les plante cara.

Por el rabillo del ojo observó un gesto casi imperceptible de la cabeza por parte del aviador de Tuskegee y oyó un leve murmullo de asentimiento.

—¡Criminal! —Tommy no estaba seguro de dónde procedía la palabra, pero sin duda había surgido de la borboteante masa.

—¡Asesino! —gritó otra voz.

Un murmullo grave y ronco brotó de labios de los hombres que les interceptaban el paso. Las palabras de ira y odio se mezclaban con toda clase de epítetos e improperios. Los silbidos y abucheos reforzaban los gritos de rabia, que aumentaban en frecuencia e intensidad a medida que los aviadores avanzaban.

Tommy mantuvo la vista al frente, confiando en ver a uno de los oficiales superiores, pero no fue así. Notó que Scott, con el maxilar crispado en un gesto de determinación, había acelerado un poco el paso. Durante unos momentos pensó que ambos parecían un barco que navegaba hacia una costa erizada de rocas.

—¡Maldito negro asesino!

Se hallaban a unos diez metros de la multitud. Tommy no estaba seguro de que el muro se abriría para cederles el paso. En aquel segundo, vio a algunos de los hombres que compartían su cuarto de literas. Los consideraba amigos suyos, no amigos íntimos, pero amigos al fin. Con ellos había compartido comida, libros y algún que otro recuerdo sobre la vida en el hogar, momentos de nostalgia, deseo, sueños y pesadillas. En aquel instante Tommy no pensó que fueran a lastimarlo. Por supuesto no estaba seguro de ello, porque no sabía qué opinión tendrían ahora de él. Pero pensó que quizás experimentaran

cierta vacilación en sus emociones; así pues, golpeando ligeramente con su hombro el hombro de Scott, modificó el ritmo y se dirigieron directamente hacia ellos.

Tommy percibió la respiración de Scott. Inspiraba unas breves y rápidas bocanadas de aire, como arrancadas al esfuerzo que representaba mantener aquella marcha acelerada.

En torno a él resonaron más insultos. Las palabras surcaban el espacio entre los pilotos más rápidamente que sus pasos.

—¡Deberíamos resolverlo ahora mismo! —oyó Tommy gritar a un hombre.

Todos asintieron.

Tommy no hizo caso de las amenazas. En aquel segundo recordó la reconfortante y serena voz de su llorado capitán de Tejas mientras pilotaba el *Lovely Lydia* a través de la enésima tempestad de fuego antiaéreo y muerte, y sin alzar la voz, expresándose con calma a través del intercomunicador del bombardero, decía: «Maldita sea, chicos, no vamos a dejar que unos pequeños contratiempos nos pongan nerviosos, ¿verdad?» Y Tommy comprendió que iba a tener que volar a través del centro de esa tempestad, manteniendo la vista al frente, como hacía su viejo capitán, aunque la última tempestad le había costado la vida y las vidas de los otros tripulantes del avión, salvo uno.

Así, sin detener el paso, Tommy se lanzó hacia el grupo de pilotos congregados ante ellos. Unidos de forma invisible pero con tanta fuerza como si estuvieran atados, los dos se precipitaron hacia quienes les interceptaban el paso.

Éstos vacilaron unos segundos. Tommy observó que sus compañeros de cuarto retrocedían y se apartaban, creando una pequeña apertura en forma de V. Scott y él se deslizaron a través de ella. De inmediato la multitud se agolpó a sus espaldas. Pero los hombres que había frente a ellos se apartaron, aunque sólo lo suficiente para permitirles seguir avanzando.

Los que se apretujaban a su alrededor los zarandeaban. Las voces enmudecieron, los abucheos e insultos se disiparon al tiempo que los dos soldados se abrían camino entre la multitud, rodeados por un súbito e impresionante silencio, acaso peor aún. Tommy pensó que les costaba avanzar, como si estuviera atravesando un caudaloso río en el que la corriente y la potencia de las aguas le empujaran y golpearan con fuerza sus piernas y su torso.

Al cabo de unos momentos, habían superado aquella masa humana.

Los últimos hombres se apartaron para cederles paso y Tommy vio que el camino hacia los barracones estaba despejado. Era una sensación análoga a sentirse a salvo después de haber volado a través de una furiosa y siniestra tempestad hacia un cielo despejado.

Marchando todavía en pareja, Tommy y Scott se dirigieron apresuradamente hacia el barracón 101. A sus espaldas, los hombres hostiles permanecían en silencio.

Scott respiraba como un boxeador tras disputar quince asaltos. Tommy se percató de que su respiración entrecortada no era demasiado diferente.

Tommy volvió la cabeza ligeramente, sin saber por qué. Un leve movimiento del cuello, una mirada hacia la derecha. En aquel breve instante, divisó al coronel MacNamara y al comandante Clark detrás de una de las cochambrosas ventanas del barracón contiguo, parcialmente ocultos y observando cómo él y Scott atravesaban el recinto. Tommy se quedó estupefacto, presa de una indignación casi incontrolable contra los dos superiores, por permitir que sus órdenes expresas fueran desobedecidas: «Nada de amenazas... tratadlo con cortesía...» Eso era lo que había ordenado MacNamara con toda claridad. Ahora presenciaba cómo violaban esa orden. En aquel segundo, Tommy sintió deseos de dirigirse hacia los dos comandantes y exigirles una explicación. Pero en medio de su ira oyó otra voz insinuándole que quizás había visto algo importante, algo que debía guardar para sí.

Y decidió seguir el consejo de esa voz.

Tommy se alejó, no sin antes asegurarse de que MacNamara y Clark se habían dado cuenta de que él les había visto espiándoles. Junto con el aviador negro, subió los peldaños de madera y penetró en el barracón 101.

Lincoln Scott rompió el silencio.

—El panorama es bastante desolador —comentó en voz baja.

Al principio Tommy no estaba seguro si el piloto del caza se refería al caso o a la habitación, porque podía decirse lo mismo de ambas cosas. Todo cuanto habían acumulado los otros *kriegies* que habían compartido antes la habitación se lo habían llevado. Sólo quedaba una litera cubierta con un sucio jergón de cutí azul relleno de paja, sobre el que había una delgada manta de color pardo. Scott arrojó las mantas y la ropa que llevaba sobre el camastro. La bombilla que pendía del techo estaba encendida, pero aún penetraba en la habitación la luz difusa del atardecer. Junto a la cabecera de la cama estaba su tosca mesa y la taquilla para guardar sus pertenencias. El aviador miró en el interior y vio que sus dos libros y su provisión de comida estaban intactos. Lo único que faltaba era la sartén que había confeccionado él mismo.

—Podría ser peor —respondió Tommy.

Esta vez fue Scott quien miró al otro tratando de adivinar si se refería al lugar o a las circunstancias por las que pasaban.

Ambos guardaron silencio unos instantes.

—Anoche, cuando se acostó después de haber salido para ir al retrete, ¿dónde dejó su cazadora?

—Ahí —repuso Scott señalando la pared junto a la puerta—. Todos disponíamos de un gancho para colgar nuestras prendas. De este modo podíamos cogerlas rápidamente cuando sonaban las sirenas o los silbatos. —Scott se sentó en la cama con aire fatigado y tomó la Biblia.

Tommy se acercó a la pared.

Los ganchos habían desaparecido. En el tabique de madera sólo se veían ocho pequeños orificios, agrupados de dos en dos y separados por unos cincuenta centímetros.

—¿Dónde solía colgar Vic su cazadora?

—Junto a la mía. Nuestros ganchos eran los dos últimos. Todos usábamos siempre el mismo gancho, para no confundirnos de cazadora. Por eso los ganchos estaban separados y agrupados por pares.

—¿Dónde cree que han ido a parar los ganchos?

—No lo sé. ¿Qué motivo tendría alguien para llevárselos?

Tommy no respondió, aunque sabía la respuesta. No se trataba sólo de que los ganchos hubieran desaparecido. Era un argumento. Se volvió hacia Scott, que hojeaba la Biblia.

—Mi padre es pastor baptista —dijo Scott—. Oficia en la iglesia baptista del Monte Sinaí en el sector sur de Chicago. Siempre dice que la Biblia nos señala el camino en los momentos de adversidad. Yo soy más escéptico al respecto, pero no niego la palabra de Dios.

El aviador negro deslizó un dedo entre las páginas del libro y con un rápido movimiento lo abrió y leyó las primeras palabras que cayeron bajo su mirada.

—Mateo 6, 24: «Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se interesará por el primero y menospreciará al segundo.»

Scott soltó una carcajada.

—Tiene bastante sentido. ¿Qué opina, Hart? ¿Sobre lo de servir a dos señores? —Scott cerró la Biblia y exhaló lentamente—. ¿Qué ocurrirá a partir de ahora, cuando me trasladen de una celda a otra?

—¿Se refiere al proceso? Mañana se celebra una vista. Para leerle formalmente los cargos. Usted se declarará inocente. Examinaremos las pruebas en su contra. Luego, la semana que viene, tendremos el juicio.

—Un juicio. Bonita palabra para describirlo. ¿Y en cuanto a su defensa, abogado?

—Emplear la táctica de demora. Cuestionaremos la autoridad del tribunal, pondremos

en tela de juicio la legitimidad del procedimiento. Solicitar tiempo para entrevistar a todos los testigos. Alegar la inexistencia de una jurisdicción adecuada para enjuiciar el caso. Dicho de otro modo, nos opondremos a todas las soluciones técnicas que se hayan tomado.

Scott asintió, pero su gesto denotaba resignación. Se volvió hacia Tommy.

—Esos hombres que estaban ahí fuera, agrupados y gritando... Cuando pasamos a través de ellos, hubo un silencio total. Creí que querían lincharme.

—Yo también.

Scott meneó la cabeza.

—No me conocen —dijo con los ojos fijos en el suelo—. No saben nada sobre mí.

Tommy no respondió.

Scott se reclinó hacia atrás y fijó la vista en el techo. Por primera vez, Tommy presintió que la agresividad del aviador ocultaba una mezcla de nerviosismo y dudas. Durante unos segundos, Scott contempló las tablas encaladas del techo y luego la bombilla encendida.

—Pude haberme largado, ¿sabe? Pude haber huido. Y entonces no estaría aquí.

—¿A qué se refiere?

Scott respondió con tono pausado, deliberado.

—Habíamos cumplido nuestra misión como aviones escoltas. Habíamos repelido un par de ataques contra la formación y los habíamos conducido hasta su campo de aviación. Nos dirigíamos a casa, Nathaniel Winslow y yo, pensando en una comida caliente, una partida de póquer y a la cama, cuando oímos la señal de socorro. Con toda claridad, como un hombre que se ahoga y llama a alguien que esté en tierra para que le arroje una cuerda salvavidas. Era un B-17 que se disponía a aterrizar sobre el portaaviones, con dos motores averiados y la mitad de la cola destrozada. No pertenecía a un grupo que debíamos escoltar nosotros, era responsabilidad de otro cazabombardero. No formaba parte del 332. No era uno de los nuestros, ¿comprende? De modo que no estábamos obligados a hacer nada. Andábamos escasos de combustible y munición, pero ese pobre piloto tenía seis Focke-Wulfs persiguiéndole. Nathaniel no dudó un segundo. Hizo virar su Mustang y me indicó que le siguiera al tiempo que se lanzaba contra ellos. Le quedaban menos de tres segundos de munición, Hart. Tres segundos. Cuéntelos: uno... dos... tres. Ése es el tiempo de que disponía para disparar. Yo no disponía de mucho más. Pero si no nos metíamos ahí, todos ellos iban a morir. Dos contra seis. Nos habíamos enfrentado a situaciones peores. Tanto Nathaniel como yo conseguimos cargarnos a uno en nuestro primer pase, un bonito tiro desviado que hizo polvo su ataque, y el B-17 se escabulló mientras los FW venían a por nosotros. Uno persiguió a

Nathaniel, pero yo me interpuse antes de que lo tuviera en su punto de mira y disparé contra él, pulverizándolo. Pero me quedé sin munición. Tenía que virar y largarme de allí, y con ese potente motor Merlin sobrealimentado, ninguno de esos cabrones alemanes conseguiría atraparnos. Pero cuando nos disponíamos a salir de allí pitando y regresar a casa, Nathaniel vio que dos de los cazas se habían lanzado contra el B-17 y volvió a indicarme que le siguiera mientras él iba tras ellos. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Escupirlos, insultarlos? Para Nathaniel, para todos nosotros, era una cuestión de orgullo. No estábamos dispuestos a permitir que ningún bombardero que protegiéramos nosotros fuera derribado. ¿Comprende? Ninguno. Cero. Jamás. No mientras estuvieran allí los del escuadrón 332. No mientras los chicos de Tuskegee te estuvieran protegiendo. En ese caso siempre regresabas a casa sano y salvo, por más aviones que la Luftwaffe enviara contra nosotros. Eso estaba garantizado. Ningún aviador negro iba a perder a un chico blanco a manos de los alemanes. Así que Nathaniel se colocó detrás del primer FW, para que el cabrón se diera cuenta de que estaba ahí, tratando de hacer creer al nazi que si no se larga es hombre muerto. Nathaniel era un jugador de póquer cojonudo. Se había costeadado la mitad de sus estudios universitarios con la asignación mensual que recibían los chicos ricos de casa y que él les ganaba al póquer. Era aun auténtico tahúr. En el noventa por ciento de los casos ganaba tirándose faroles. Te miraba como diciendo «tengo un *full*, así que no me provoques», cuando en realidad sólo tenía una mísera pareja de sietes...

Lincoln Scott hizo una pausa y suspiró.

—Lo alcanzaron, claro —prosiguió—. El caza se colocó detrás de él y lo acribilló. Oí gritar a Nathaniel a través de la radio mientras caía. Entonces vinieron a por mí. Hicieron un agujero en el depósito de combustible. No me explico cómo no explotó. Empecé a caer en picado, con el aparato envuelto en llamas. Supongo que utilizaron toda su munición para alcanzarme, porque de pronto desaparecieron. Yo me tiré en paracaídas a unos mil quinientos metros de altura. Y aquí estoy. Pudimos habernos largado, ¿comprende?, pero no lo hicimos. Y ese maldito bombardero consiguió regresar a casa. Siempre lo conseguían. Nosotros a veces no, pero ellos sí.

Scott meneó la cabeza con lentitud.

—Esos hombres que querían lincharme. No estarían hoy aquí si hubieran tenido al escuadrón 332 escoltándolos. Puede estar seguro.

Scott se levantó de la cama, sosteniendo todavía la Biblia. Utilizó el libro de tapas negras para señalar hacia Tommy, subrayando sus palabras.

—No soy hombre que se resigne fácilmente, señor Hart. Ni tampoco me quedo cruzado de brazos cuando me encuentro en una situación comprometida. No soy el tipo

de negro que se apresura a llevarle las maletas, a saludarle tocándose la gorra, a decir «sí señor», «no señor». Todas esas tácticas jurídicas a las que se refirió me parecen perfectas. Si hay que utilizarlas, adelante Hart, que para eso es usted mi abogado. Pero que quede claro que voy a luchar. Yo no maté al capitán Bedford y ya va siendo hora de que todo el mundo se entere.

Tommy escuchó con atención, asimilando lo que el negro le decía y cómo lo decía.

—Entonces creo que tenemos una tarea difícil —replicó sin levantar la voz.

—Nada hasta la fecha ha sido fácil para mí, Hart. Nada verdaderamente importante. Mi padre solía decir eso cada mañana y cada noche en su iglesia. Sigue teniendo razón.

—Bien. Si usted no mató al capitán Bedford, vamos a tener que averiguar quién lo hizo y por qué. No creo que será empresa fácil, porque no tengo ni remota idea de por dónde empezar.

Scott asintió y abrió la boca para decir algo, pero antes de que pudiera articular una palabra, oyó a unos hombres aproximándose a paso de marcha por el pasillo y se distrajo. El sistemático y resonante sonido de las botas se detuvo frente al cuarto de literas, y al cabo de unos segundos se abrió la recia puerta de madera. Tommy se volvió rápidamente y vio en el umbral a MacNamara y a Clark, acompañados por media docena de oficiales. Reconoció a dos de los hombres que habían compartido anteriormente el dormitorio que ocupaban Trader Vic y Lincoln Scott.

MacNamara fue el primero que entró en la habitación, pero permaneció junto a la puerta, en silencio, observando con los brazos cruzados. Clark, que como de costumbre iba detrás de él, pasó rápidamente al centro de la habitación. El comandante observó irritado a Tommy y luego dirigió a Lincoln Scott una mirada severa y furibunda.

—Teniente Scott —le espetó Clark—, ¿sigue negando los cargos que se le imputan?

—Sí —replicó Scott con la misma contundencia.

—En tal caso supongo que no se opondrá a que registremos sus pertenencias.

—¡Por supuesto que nos oponemos! —contestó Tommy Hart avanzando un paso—. ¿Bajo qué ley se cree autorizado a presentarse aquí para registrar las pertenencias del teniente Scott? Necesita una orden judicial. Tiene que demostrar la causa en una vista, con testimonios y pruebas que lo respalden. ¡Nos oponemos enérgicamente! Coronel...

MacNamara no dijo palabra.

Clark se volvió en primer lugar hacia Tommy y luego hacia Lincoln Scott.

—No veo el problema. Si es usted tan inocente como afirma, ¿qué tiene que ocultar?

—No tengo nada que ocultar —contestó Scott secamente.

—Eso no tiene nada que ver —protestó Tommy alzando la voz y con tono insistente

—. ¡Coronel! Un registro está fuera de lugar y es inconstitucional.

El coronel MacNamara respondió por fin con voz fría, lentamente.

—Si el teniente Scott se opone, expondremos el asunto en la vista de mañana. El tribunal decidirá...

—Adelante —terció Scott bruscamente—. No he hecho nada, por lo que no tengo nada que ocultar.

Tommy miró contrariado a Scott, pero éste no le prestó atención.

—Puede registrar mis cosas, comandante —dijo dirigiéndose con tono despectivo al comandante Clark.

Éste, junto con otros dos oficiales, se aproximó a la cama y se pusieron de inmediato a registrar el colchón de paja y las escasas ropas y mantas. Lincoln Scott se apartó unos pasos y permaneció solo, con la espalda apoyada en uno de los tabiques de madera. Los tres oficiales se pusieron a hojear la Biblia y *La caída del Imperio romano* y examinaron la tosca mesa de madera donde Scott guardaba sus cosas. En aquel segundo, Tommy pensó que los hombres realizaban un registro superficial. No examinaban a fondo ninguno de los objetos ni mostraban interés en lo que hacían. Presa de una sensación de nerviosismo, exclamó de nuevo:

—¡Coronel! Reitero mi protesta contra esta intromisión. Dadas las circunstancias en que se encuentra, no sería inteligente por parte del teniente Scott renunciar a su protección constitucional contra un registro e incautación ilegal de sus pertenencias.

El comandante Clark miró a Tommy con un gesto parecido a una sonrisa.

—Casi hemos terminado —dijo.

MacNamara no respondió a la petición de Tommy.

—¡Esto no es correcto, coronel!

En éstas los dos oficiales que acompañaban al comandante Clark se agacharon y alzaron las esquinas de la litera de madera. La desplazaron unos veinticinco centímetros a la derecha, arrastrando las patas sobre el suelo, y luego volvieron a dejarla caer estrepitosamente. En el acto, el comandante Clark se puso de rodillas y empezó a examinar los tablones del suelo que habían quedado expuestos.

—¿Qué hace? —inquirió Scott.

Nadie respondió.

Clark empezó a mover una tabla del suelo hasta que logró desprenderla y, con un rápido movimiento, la levantó. La tabla había sido cortada y luego restituida en su lugar. Tommy comprendió en seguida de qué se trataba: un escondrijo. El espacio entre los fundamentos de cemento y las tablas medía aproximadamente un metro y medio.

Cuando él llegó al Stalag Luft 13, éste era uno de los escondites preferidos por los *kriegies*. Lo ocultaban todo en ese pequeño espacio debajo del suelo que había en cada habitación: la tierra excavada en los numerosos intentos fallidos de construir un túnel, artículos de contrabando, radios, uniformes convertidos en trajes de paisano para fugas planificadas pero nunca llevadas a cabo, raciones de comida para casos de emergencia que nunca se llegaban a consumir. Pero lo que a los *kriegies* les parecía tan conveniente, no había pasado inadvertido a los hurones.

Tommy recordaba lo ufano que se había mostrado Fritz Número Uno el día en que había descubierto uno de esos escondites, pues el hallazgo de uno había conducido inmediatamente al descubrimiento de más de dos docenas en los otros barracones. Por consiguiente, hacía un año que los *kriegies* habían renunciado a esconder esos objetos allí, para desesperación de Fritz Número Uno, que no dejaba de examinar los mismos lugares una y otra vez.

—¡Coronel! —gritó Tommy—. ¡Esto no es justo!

—¿Conque le parece injusto? —replicó el comandante Clark.

El fornido oficial se agachó, introdujo la mano en el espacio vacío y se incorporó sonriendo y sosteniendo en la mano un cuchillo largo y plano, de confección casera. Medía unos treinta centímetros de longitud y uno de sus extremos estaba envuelto en un trapo. La hoja de metal era plana y afilada, y al extraerla de debajo de la tabla del suelo emitió un malévolo destello.

—¿Reconoce esto? —preguntó Clark a Lincoln Scott.

—No.

—Ya —dijo Clark sonriendo. Luego se volvió hacia uno de los oficiales que se hallaba al fondo del grupo y le dijo—: Déjeme ver esa sartén.

El oficial le entregó el utensilio construido por Scott.

—¿Y esto, teniente? ¿No es suyo?

—Sí —respondió Scott—. ¿Cómo ha ido a parar a sus manos?

Clark, que no tenía ganas de responder a la pregunta, se volvió, sosteniendo la burda sartén y el cuchillo de confección casera. Miró a Tommy pero dirigió sus palabras al coronel MacNamara.

—Observe con atención —dijo.

Lentamente, el comandante desenrolló el trapo de color aceituna que había utilizado Scott para confeccionar el asa de la sartén. Luego, con la misma lentitud y deliberadamente, retiró el trapo enrollado en torno al mango del cuchillo. Acto seguido sostuvo en alto ambos pedazos de tejido. Eran del mismo material y de una longitud casi

idéntica.

—Parecen iguales —dijo el coronel MacNamara secamente.

—Hay una diferencia, señor —repuso Clark—. Este pedazo —dijo mostrando el trapo envuelto en torno al asa del cuchillo—, parece tener unas manchas de sangre del capitán Bedford.

Scott se puso rígido, con la boca ligeramente entreabierta. Parecía disponerse a decir algo, pero en vez de ello se volvió y miró a Tommy. Por primera vez, Tommy observó miedo en los ojos del negro. En aquel segundo, recordó lo que Hugh Renaday y Phillip Pryce habían comentado hacía unas horas. Motivo, oportunidad, medios: las tres vértices de un triángulo. Pero cuando Tommy había hablado con ellos, faltaban los medios para completar la ecuación.

Ahora se había completado.

La vista preliminar

A la mañana siguiente, cuando sonó el toque de llamada, los *kriegies* se agruparon como de costumbre en desordenadas formaciones, salvo Lincoln Scott. El aviador negro permaneció aparte, en posición de descanso, con las manos enlazadas a la espalda y las piernas ligeramente separadas, a diez metros del bloque más próximo, esperando que lo contaran como a todos los demás prisioneros. Su rostro mostraba un gesto duro, inexpresivo, con la vista al frente, hasta que hubieron completado el recuento y el comandante Clark ordenó que rompieran filas. Entonces dio media vuelta sin vacilar y se dirigió a paso de marcha hacia el barracón 101. Desapareció por la puerta sin decir una sola palabra a los otros *kriegies*.

Durante unos instantes Tommy pensó en seguirlo, pero al final se abstuvo de hacerlo. Los dos hombres no habían hablado sobre el hallazgo del cuchillo, salvo un breve comentario que había hecho Scott para negar todo conocimiento del mismo. Tommy había pasado una noche agitada, con pesadillas, despertándose más de una vez en la oscuridad sintiendo una desapacible y deprimente frialdad a su alrededor. Se dirigió rápidamente hacia la puerta principal, al tiempo que indicaba a Fritz Número Uno que le diera escolta. Vio que el hurón lo miraba como dudando, como deseando rehuirlo, pero cambió de parecer, se detuvo y esperó. Pero antes de que Tommy alcanzara al hurón, fue interceptado por el comandante Clark. Éste exhibía una sonrisa pequeña, burlona, que no ocultaba sus sentimientos.

—A las diez de la mañana, Hart. Usted, Scott, el canadiense que le ayuda y cualquier otro hombre que le eche una mano. La vista se celebrará en el teatro del campo. Es de suponer que actuaremos ante un numeroso público, con la sala abarrotada a más no poder. ¿Qué clase de actor es usted, teniente? ¿Se cree capaz de ofrecer una buena representación?

—Lo que sea con tal de mantener a los hombres ocupados, comandante —replicó Tommy con sarcasmo.

—De acuerdo —repuso Clark.

—Confío en que me proporcione entonces las listas de pruebas y testigos, comandante. Tal como exige el reglamento militar.

—Si lo desea... —Clark asintió con la cabeza.

—Sí. También necesito examinar físicamente las supuestas pruebas.

—Como guste. Pero no veo...

—Ésa es la cuestión, comandante —le interrumpió Tommy—. Lo que usted no ve.

Saludó y, sin esperar a que el oficial le diera una orden, dio media vuelta y se dirigió hacia Fritz Número Uno. Pero apenas había dado tres pasos cuando oyó la voz del comandante estallar como una granada a su espalda.

—¡Hart!

Tommy se detuvo y dio media vuelta.

—¿Señor?

—¡No le di permiso para retirarse, teniente!

—Lo lamento, señor —respondió Tommy poniéndose firme—. Tenía la impresión de que habíamos concluido la conversación.

Clark aguardó unos treinta segundos antes de devolver el saludo.

—Eso es todo, teniente —dijo bruscamente—. Nos veremos a las diez en punto.

De nuevo Tommy se volvió y echó a andar a toda prisa hacia el hurón que le estaba esperando. Pensó que había corrido un riesgo, aunque calculado. Era preferible que el comandante Clark se enfureciera con él, porque eso serviría para impedir que se encarnizara con Scott. Tommy suspiró profundamente. Pensó que las cosas no podían estar peor para el aviador negro, y por enésima vez desde el hallazgo del cuchillo de fabricación casera, la víspera, Tommy experimentó un profundo abatimiento. Tenía la sensación de que apenas tenía idea de lo que hacía, de que en realidad no había hecho nada, y comprendió que si no se le ocurría un plan efectivo, Lincoln Scott se enfrentaría a un pelotón de fusilamiento.

Mientras caminaba, meneó la cabeza, pensando que quedaba muy bien decir que era preciso descubrir al verdadero asesino, pero lo cierto era que no sabía por dónde empezar. En aquel segundo, pensó con nostalgia en las sencillas tareas de navegante que había realizado a bordo del *Lovely Lydia*. Buscar una referencia, utilizar una carta, tomar nota de una señal, hacer unos simples cálculos con una regla, sacar el sextante, mirar desde su punto de observación y trazar el rumbo de regreso. Interpretar la posición de las estrellas que resplandecían en el cielo y hallar el camino de regreso a casa. Tommy creía que era fácil. Y ahora, en el Stalag Luft 13, se enfrentaba a la misma tarea, pero no sabía qué herramientas utilizar para navegar. Avanzó con paso rápido, sintiendo la humedad del amanecer que impregnaba el aire a su alrededor. Sería otra buena jornada para volar, pensó. Qué ironía. Era preferible que hubiera niebla, que granizara o estallara una

tormenta. Porque si hacía un día cálido y despejado, significaba que morirían hombres. Le parecía que la muerte se correspondía mejor con los días grises y fríos, en las épocas gélidas y húmedas del alma.

Fritz Número Uno le esperaba restregando los pies en el suelo. Hizo un gesto indicando que deseaba fumar. Tommy le dio un par de cigarrillos.

El hurón encendió uno y guardó el otro en el bolsillo de la cazadora.

—No abundan los buenos cigarrillos americanos desde que el capitán Bedford ha muerto —dijo observando con tristeza el hilo de humo. Sonrió con amargura—. Quizá debería dejar de fumar. Es mejor que fumar este sucedáneo de tabaco que nos dan.

Fritz Número Uno echó a caminar cabizbajo, como un perro desgarbado y larguirucho al que el amo ha castigado.

»El capitán Bedford tenía siempre una gran cantidad de pitillos —dijo—. Y era muy generoso. Se ocupaba de sus amigos.

Tommy asintió, pendiente de lo que decía el hurón.

—Eso dicen también los hombres que compartían con él el dormitorio.

Casi exactamente, pensó Tommy. Palabra por palabra.

—¿Cree que el capitán Bedford —continuó Fritz Número Uno— era apreciado por muchos hombres?

—Eso parece.

El hurón suspiró, sin aminorar el paso.

—No estoy seguro de esto, teniente Hart. El capitán Bedford era muy listo. Trader Vic era un buen apodo para él. A veces los hombres también se muestran listos. No creo que los hombres listos sean tan apreciados como quizá crean. Además, en la guerra, creo que no conviene ser tan listo.

—¿Por qué, Fritz?

El hurón hablaba con tono quedo, sin alzar la cabeza.

—Porque la guerra está llena de errores. A menudo mueren los que no debían morir, ¿no es cierto, teniente Hart? Mueren los hombres buenos, los malos sobreviven. Se mata a inocentes. Mueren niños como mis dos primos, pero no los generales. —Fritz Número Uno imprimió una inconfundible aspereza a las palabras que acababa de pronunciar con tono quedo—. Se cometen tantos errores, que a veces me pregunto si Dios observa realmente. Creo que no es posible evitar los errores de la guerra, por listo que sea uno.

—¿Cree que la muerte de Trader Vic fue un error? —preguntó Tommy.

El hurón meneó la cabeza.

—No. No quiero decir eso.

—¿Entonces qué quiere decir? —preguntó Tommy bruscamente, pero en voz baja.

Fritz Número Uno se detuvo. Alzó la vista rápidamente y lo miró a los ojos. Parecía dispuesto a responder, pero en aquel preciso momento miró sobre el hombro de Tommy, hacia el edificio de oficinas desde el que el comandante administraba el campo. Entonces, de improviso, cerró la boca y meneó la cabeza.

—Llegaremos tarde —dijo en voz baja.

Esta frase no significaba nada, porque no tenían que acudir a ningún acontecimiento, salvo a la vista, que iba a celebrarse al cabo de varias horas. Hizo un breve y vago ademán, señalando el recinto británico, y conminó a Tommy a que se apresurara. Pero ello no impidió a Tommy volverse y mirar el edificio de administración, donde vio al comandante Edward Von Reiter y al *Hauptmann* Heinrich Visser en los escalones de entrada, inmersos en una conversación aderezada con gestos bruscos, a punto de alzar sus voces airadamente.

Phillip Pryce y Hugh Renaday esperaban a Tommy junto a la entrada del recinto británico. Hugh, como era habitual en él, se paseaba de un lado a otro, describiendo círculos alrededor de su viejo amigo, que manifestaba su impaciencia con más discreción, arqueando las cejas y frunciendo los labios. Pese a que hacía una espléndida mañana, soleada y tibia, llevaba la sempiterna manta en torno a los hombros que le daba un aspecto victoriano. Su tos parecía inmune a las ventajas del tiempo primaveral, subrayando gran parte de las palabras que pronunciaba con unos sonidos secos y broncos.

—Tommy —dijo Pryce al ver al americano acercarse rápidamente hacia ellos—. Hace una mañana tan excelente que propongo que demos un paseo. Caminaremos y charlaremos. Siempre he pensado que el movimiento estimula la imaginación.

—Más malas noticias, Phillip —respondió Tommy.

—Pues yo tengo una noticia interesante —contestó Hugh—. Pero tú primero, Tommy.

Mientras los tres hombres caminaban en torno al perímetro, dentro del límite marcado por la alambrada de espino y torres de vigilancia del recinto británico, Tommy les contó lo del hallazgo del cuchillo.

—Seguro que lo colocaron allí para comprometer a Scott —dijo—. Toda la farsa fue orquestada como un acto de magia carnavalesco. ¡Ale hop! El arma del crimen. La supuesta arma del crimen. Me enfureció ver cómo Clark manipulaba a Lincoln Scott para que accediera a que registraran sus pertenencias. Apuesto mi seguro de soldado que ya sabían que el cuchillo estaba allí. Luego fingieron registrar sus cosas, las pocas que

tiene y, ¡qué casualidad!, retiran la cama y comprueban que un tablón está suelto. Quizá Scott ni siquiera sabía que existía un escondrijo debajo de las tablas del suelo. Sólo los veteranos del campo saben de la existencia de esos espacios. Una actuación transparente a más no poder...

—Sí —comentó Pryce—, pero por desgracia eficaz. Por supuesto, nadie se percatará de la transparencia, pero la noticia de que han hallado el arma del crimen emponzoñará aún más el ambiente. Y revestida de una apariencia de absoluta legitimidad. La cuestión, Tommy, no es cómo lo colocaron allí, sino por qué. Ahora bien, el cómo quizá nos conduzca al por qué, pero también podría ocurrir a la inversa.

Tommy meneó la cabeza. Se sentía un poco avergonzado, pero habló apresuradamente con el fin de disimularlo. Aún no había dado aquel salto lógico.

—No tengo una respuesta a eso, Phillip, salvo la obvia: para cerrar todas las escapatorias a través de las cuales pudiera escabullirse Lincoln Scott.

—Correcto —dijo Pryce haciendo un pequeño ademán en el aire—. Lo que me parece muy interesante es que al parecer nos hallamos, de nuevo, en una situación insólita. ¿No observas lo que ha ocurrido, hasta el momento, con cada aspecto del caso, Tommy?

—¿Qué?

—Las distinciones entre la verdad y la mentira son muy finas y sutiles. Casi imperceptibles...

—Continúa, Phillip.

—Bien, en cada situación, con cada prueba que ha aparecido hasta ahora, Lincoln Scott se ve en la ingrata obligación de tener que ofrecer una explicación alternativa al hallazgo de una prueba. Es como si nuestro aviador negro tuviera que desmentirlo todo diciendo: «Permítanme ofrecerles otra explicación razonable para esto, lo otro y lo de más allá.» ¿Pero está capacitado el joven señor Scott para hacer eso?

—Ni mucho menos —murmuró Hugh—. No me costó nada hacerle morder el anzuelo, y yo estoy de su parte. Por lo visto Clark sólo tuvo que decir: «Si no tiene usted nada que ocultar...» para que Scott cayera en su trampa.

—No —convino Tommy—. Es muy inteligente, pero siempre está enfadado y es condenadamente tozudo. Es un luchador, un boxeador y creo que está acostumbrado a pelear. A mi entender, no es buena combinación para un acusado.

—Cierto, cierto —terció Pryce, sonriendo—. ¿No te hace pensar esto en un par de preguntas?

Tommy Hart dudó unos instantes antes de responder con vehemencia.

—Bien, han asesinado a un hombre, el acusado es negro, un lobo solitario y nada apreciado por sus compañeros, lo cual le convierte en el blanco perfecto para prácticamente todo el mundo implicado en el tema, aparte del montón de pruebas que hay contra él y que son difíciles de rebatir.

—Un caso perfecto, ¿quizá?

—Sí, hasta ahora.

—Lo cual no deja de chocarme. En mi experiencia, los casos perfectos son raros.

—Debemos crear un escenario menos perfecto.

—Precisamente. Así pues, ¿dónde nos encontramos?

—Metidos en un lío —respondió Tommy sonriendo con tristeza.

El anciano también sonrió.

—Sí, sí, eso parece. Pero no estoy completamente seguro. ¿No crees, en cualquier caso, que va siendo hora de que utilicemos esas desventajas en nuestro provecho, sobre todo el comportamiento agresivo del señor Scott?

—De acuerdo. ¿Pero cómo?

—Ése es el eterno problema —repuso Pryce soltando una sonora carcajada—. Tanto para un abogado, Tommy, como para un comandante militar. Ahora escucha un momento a Hugh.

Tommy se volvió hacia el canadiense, que parecía a punto de estallar en carcajadas.

—Una buena noticia, cosa insólita y rara en el Stalag Luft 13, Tommy, de las que hasta ahora andábamos escasos. He dado con el hombre que examinó al capitán Bedford justamente donde dijiste que estaría, en el barracón de los servicios médicos.

—Estupendo. ¿Y qué dijo?

—Me explicó algo muy curioso —contestó Hugh sin dejar de sonreír—. Dijo que Clark y MacNamara le ordenaron que preparara el cadáver de Bedford para ser enterrado. Le dijeron que no realizara ninguna autopsia, ni siquiera superficial. Pero el hombre no pudo contenerse. ¿Y sabes por qué? Porque es un joven ambicioso, un teniente más listo que el hambre, condecorado por su valor, a quien no le gusta obedecer órdenes idiotas y que da la casualidad que ha pasado los tres últimos años trabajando en una funeraria que regenta su tío en Cleveland, al tiempo que ahorra dinero para estudiar medicina. Lo reclutaron poco después de que terminara el primer semestre. Anatomía general, eso fue lo que aprendió en la facultad. De modo que al ver el cadáver el chico se sintió picado por una curiosidad «académica», por así decirlo. Atraído por detalles tan encantadores como el *rigor mortis* y la lividez.

—Hasta ahora me gusta.

—Pues bien, reparó en algo muy interesante.

—¿Qué?

—No mataron al capitán Bedford rebanándole el cuello. Un corte en la yugular no provoca una gran hemorragia.

—Pero la herida...

—Sí, sí, murió a causa de ella. Pero no se la produjeron de este modo...

Hugh se detuvo, se llevó el puño al cuello como si sostuviera un cuchillo y lo movió rápidamente en sentido horizontal como si se rebanara el cuello.

—Ni así...

Esta vez Hugh se colocó frente a Tommy y movió la mano violentamente a través del aire, como un niño jugando a pelear con una espada.

—Pero eso...

—Eso fue lo que pensamos. Más o menos. Pero no, el bueno del doctor cree que la herida que le produjo la muerte... Te lo demostraré.

Hugh se puso detrás de Tommy y lo rodeó rápidamente con el brazo derecho, asiendo al americano debajo de la barbilla con su recio y musculoso antebrazo, alzándolo unos centímetros al tiempo que utilizaba la cadera como punto de apoyo, de forma que los pies de Tommy apenas rozaban el suelo. Simultáneamente, Hugh levantó la mano izquierda, crispada en un puño, como si sostuviera un cuchillo, y golpeó a Tommy en el cuello, justo debajo del maxilar. Un golpe seco y contundente, no un corte, sino una incisión con la punta imaginaria del cuchillo.

El canadiense depositó de nuevo a Tommy en el suelo.

—Jesús —dijo Tommy—. ¿Fue así como ocurrió?

—Correcto. ¿Te fijaste con qué mano sostenía el cuchillo?

—La izquierda —Tommy sonrió—, y Lincoln Scott utiliza la derecha. En todo caso, utilizó la derecha cuando por poco asesta un puñetazo a Hugh. Muy interesante, caballeros. Jodidamente interesante. —Tommy pronunció la palabrota con un respingo, lo cual hizo sonreír a los otros—. ¿Y en qué datos basa su oportuna conclusión nuestro joven doctor en ciernes?

—De entrada, en el tamaño de la herida, y después en la falta de desgarros alrededor de la misma. Verás, un corte presenta un aspecto muy distinto del de una incisión ante el ojo de un experto, aunque semiformado y parcialmente instruido.

—¿Y un estudiante de primer año de medicina se percató de esto?

Hugh sonrió de nuevo.

—Un estudiante de medicina muy interesante —repuso emitiendo una breve risotada

—. Con unos antecedentes singulares.

—Díselo, Hugh —terció Pryce, sonriendo también—. Esto es delicioso, Tommy, sencillamente delicioso. Un hecho casi tan succulento como una buena loncha de rosbif acompañada por una generosa porción de salsa.

—Vale. Suenan bien. Dispara.

—Nuestro hombre de la funeraria se encargaba de organizar los funerales de todos los gánsters de Cleveland. Todas las víctimas asesinadas por las mafias locales. Absolutamente todas. Al parecer, antes de la guerra hubo numerosos conflictos de intereses en esa hermosa ciudad. Nuestro doctor en ciernes se encargó de colocar en sus respectivos ataúdes tres cadáveres que presentaban el mismo tipo de herida en el cuello, y, dada la natural curiosidad del chico, preguntó a su tío al respecto. Su tío le explicó que ningún asesino profesional le rebanaría el cuello a su presa porque eso produce demasiada sangre. Es muy engorroso y difícil. A veces el desgraciado a quien acaban de rebanar el cuello tiene aún fuerzas suficientes para sacar una de esas pistolas del calibre treinta y ocho que suelen utilizar los gánsters y disparar unos cuantos tiros, lo cual, como es lógico, impide que el asesino se bata rápidamente en retirada. De modo que emplean otra técnica. Un estilete de hoja larga que clavan en el cuello de su víctima con un gesto ascendente, tal como te he demostrado. De este modo le sajan las cuerdas vocales hasta el cerebro y el único sonido que se percibe es un pequeño borboteo, y el tipo cae fiambre. Es una técnica limpia, apenas deja rastro de sangre. Bien hecha, sólo te arriesga a desgarrarte la camisa cuando el cuchillo pasa sobre el otro brazo.

—Y por supuesto —se apresuró a decir Tommy— le clavan el cuchillo...

—... Por detrás... —le interrumpió Hugh—. No de frente. Es decir...

—... Que fue un asesinato y no una pelea —le cortó Tommy—. Un ataque por la espalda, no un enfrentamiento entre dos hombres. Con un estilete. ¡Qué interesante!

—Precisamente —dijo Hugh emitiendo una breve carcajada—. Una buena noticia, como te dije. Por más defectos que tenga Lincoln Scott, no me da la sensación de ser un tipo que mata a otro acuchillándolo por la espalda.

Pryce asintió, escuchando atentamente.

—Y existe otro aspecto no menos intrigante sobre este estilo de matar.

—¿A qué te refieres? —inquirió Tommy.

—Es el mismo método de silenciar un hombre que el que enseñan en las brigadas de comandos de Su Majestad. Limpio, eficaz y rápido. Y, por extrapolación, quizá lo enseñen tus compatriotas americanos en los rangers. O en algún servicio clandestino.

—¿Cómo lo sabes, Phillip?

El anciano vaciló antes de responder.

—Me temo que sé algo sobre las técnicas de adiestramiento de los comandos.

Tommy se detuvo y miró atónito al frágil abogado.

—No te veo como un comando, Phillip —dijo riendo, pero cuando Pryce se volvió hacia él, la risa se disipó, pues observó que el rostro de su amigo, ceniciento incluso a la luz del sol, reflejaba un dolor que parecía reverberar en lo más profundo de su ser.

—Yo no —dijo Pryce con voz entrecortada—. Mi hijo.

—¿Tienes un hijo? —preguntó Tommy.

—Phillip —terció Hugh—, nunca nos dijiste...

Pryce alzó la mano para que cesaran las preguntas de los otros dos hombres. Durante unos instantes, el anciano parecía casi translúcido. Su piel tenía un color cerúleo, como un pez. Al mismo tiempo, avanzó un paso hacia ellos, pero tropezó, y Tommy y Hugh se apresuraron a sostenerlo. Pryce volvió a levantar la mano y luego, de manera sorpresiva, se sentó en el suelo, en el sendero que discurría por el perímetro del campo. Miró con tristeza a los dos aviadores y dijo lenta y dolorosamente.

—Amigos, lo lamento. Tuve un hijo. También él se llamaba Phillip.

Unas pocas lágrimas se habían acumulado en los párpados arrugados del teniente coronel. Su voz sonaba como cuero agrietándose bajo la tensión. A pesar del llanto, Pryce sonrió, como si su profundo pesar fuera, en cierto modo, divertido.

—Supongo, Hugh, que él es el motivo por el cual estoy aquí.

Hugh se inclinó sobre su amigo.

—Phillip, por favor...

Pryce meneó la cabeza.

—No, no. Debí contaros la verdad hace tiempo, chicos. Pero os la oculté. Decidí poner al mal tiempo buena cara. Seguir adelante ¿comprendéis? No quería convertirme en una carga más pesada de lo que soy...

—No eres una carga —repuso Tommy.

Él y Hugh se sentaron en el suelo junto a su amigo, que empezó a decir algo mientras dirigía la vista sobre la alambrada, hacia el mundo que se extendía más allá de la misma.

—Mi Elizabeth murió al comienzo del bombardeo alemán de Gran Bretaña, en 1940. Yo le había pedido que se fuera al campo, pero era testaruda. Deliciosamente testaruda, era la cualidad que más amaba en ella. Era valiente y no estaba dispuesta a permitir que un pequeño cabo austríaco la obligara a abandonar su hogar, por más malditos bombarderos que nos enviara. De modo que le dije que cuando sonaran las sirenas, se metiera en el refugio, pero a veces prefería esperar sentada en el sótano a que los ataques

cesaran. Sobre nuestra casa cayó una bomba de doscientos veinticinco kilos. Al menos ella no sufrió...

—Phillip, no tienes... —dijo Hugh, pero el anciano sonrió y meneó la cabeza.

—Entonces nos quedamos solos mi hijo y yo. Él ya se había alistado. Diecinueve años, y ya era oficial en el regimiento escocés. Faldas y gaitas girando al son de ese ruido chirriante que los escoceses llaman música, espadas de hoja ancha y tradiciones. Su madre era escocesa, y creo que él pensaba que se lo debía. El regimiento escocés, el clan de los Fergus y el clan de los Mac Diarmid. Hombres duros. Habían recibido instrucción como comandos, habían combatido en Dieppe y en St. Nazaire. Cuando mi hijo venía a casa de permiso me mostraba algunas de las técnicas más exóticas que había aprendido, entre ellas cómo silenciar a un centinela, que era precisamente lo que hemos descubierto aquí. Me contó que su instructor, un escocés bajito y musculoso con un acento que volvía casi incomprensibles sus palabras, siempre concluía sus charlas sobre matar con la siguiente frase: «Recuerden, caballeros: siempre limpiamente.» A Phillip eso le encantaba. «Limpiamente», me decía mientras yo trinchaba la carne, y se echaba a reír. Tenía una risa franca y alegre. Emitía unas estentóreas carcajadas que a la menor provocación estallaban como un volcán. Le encantaba reír. Incluso cuando jugaba al rugby, en sus tiempos de escolar, sonreía y reía mientras la sangre le chorreaba de la nariz. Cuando su madre murió a consecuencia del ataque aéreo, pensé que dejaría de ser alegre, pero a pesar de la profunda tristeza que le embargaba, seguía teniendo una alegría irreprimible. Gozaba de la vida, se deleitaba con ella. Todos le querían. No sólo yo, su aburrido padre que lo adoraba, sino sus compañeros de escuela, los jóvenes que frecuentaba en fiestas y demás acontecimientos sociales y luego los hombres que tenía a su mando, porque todos sabían que era un buenazo, inteligente y de fiar. Un hombre que guardaba lo mejor de un niño. Parecía crecer con cada minuto que pasaba, y yo me estremecía al pensar en lo que el mundo le tenía reservado.

Pryce respiró hondo.

—En los comandos tenían una regla. Cuando se encontraban detrás de las líneas alemanas, si caías herido te dejaban allí. Una regla cruel, pero esencial, supongo. El grupo siempre es más importante que el individuo. El blanco y la misión son más importantes que un hombre.

Pryce continuó con voz entrecortada:

—Pero ése no era el estilo de mi hijo. No. Phillip era demasiado leal. Un amigo jamás abandona a un amigo, por negra que parezca la situación, y mi hijo era amigo de todos.

Hugh miraba también a través de la alambrada. Sus ojos reflejaban una expresión nostálgica, casi como si imaginara las praderas de su casa, más allá de los árboles que

parecían montar guardia en el límite del bosque bávaro.

—¿Qué ocurrió, Phillip? —preguntó.

—Su capitán recibió tres disparos en la pierna, que quedó destrozada, y Phillip se negó a abandonarlo. En el Norte de África. No muy lejos de Tobruk, en aquel desastre organizado por Rommel y Montgomery. Transportó a su comandante unos quince kilómetros a través de aquel maldito desierto, rodeados por el Afrika Korps, a hombros, el capitán amenazando con pegarse un tiro cada kilómetro, ordenando a Phillip que lo dejara, pero Phillip se negó, por supuesto. Caminaban durante el día y buena parte de la noche y se hallaban tan sólo a doscientos metros de las líneas británicas cuando Phillip entregó por fin al capitán a un par de sus hombres. Por las noches había patrullas alemanas por todas partes, las líneas eran muy fluidas y no sabías distinguir entre el enemigo y los tuyos. Era muy peligroso. Corrías el riesgo de que te dispararan desde ambos lados. De modo que Phillip ordenó a sus hombres que se adelantaran, transportando a su capitán, y él se quedó para cubrir su retirada. Se convirtió en el último hombre, con un rifle Bren y algunas granadas. Les aseguró que se reuniría con ellos de inmediato. Los otros consiguieron regresar a casa. Phillip no. No se sabe qué ocurrió exactamente. Desaparecido en combate, ni siquiera oficialmente muerto, pero por supuesto yo sé la verdad. Recibí una carta del capitán. Un hombre muy amable, profesor de Oxford antes de la guerra, que leía a los clásicos y enseñaba latín y griego. Me explicó que se habían producido explosiones y fuego de ametralladoras en el lugar donde Phillip había montado su retaguardia. Me dijo que Phillip debió de pelear desesperadamente, porque el fuego continuó durante mucho rato, sin cesar, lo cual permitió al resto del equipo ponerse a salvo. Así era mi hijo. Habría sacrificado gustosamente su vida para salvar la de otros, pero no estaba dispuesto a sacrificarla a bajo precio. Necesitaban más que un puñado de esos cabrones alemanes para acabar con él. El capitán perdió la pierna. Pero sobrevivió porque gracias a mi hijo consiguió ponerse a salvo. A Phillip le concedieron la Cruz Victoria. Murió.

Pryce volvió a menear la cabeza.

—Mi hijo era muy hermoso. Perfecto, encantador. Era un corredor incansable. Aún me parece verlo en el campo de juego al término de un partido, cuando era un chiquillo, caminando y riendo como si tal cosa, mientras los demás resollaban y se arrastraban. Rebosaba alegría. Supongo que se sintió así hasta el último momento, pese a estar acorralado por esos cabrones y haberse quedado sin munición. El día que recibí la carta del capitán, se acabaron para mí las esperanzas, Hugh. Sólo deseaba matar alemanes. Matarlos y morir yo también. Matarlos por haber matado a mi hijo. Ésa es la razón por la que me metí en el Blenheim contigo, Hugh. En realidad, el artillero a quien sustituí no

estaba enfermo. Yo le ordené que me cediera su puesto, porque quería ser yo quien disparara esa ametralladora. Era el único medio que tenía de matar a esos jodidos.

Pryce suspiró. Se llevó la mano a las mejillas, tocando suavemente las lágrimas que se deslizaban por ellas.

—¿Sabéis, chicos? —dijo mirando a Tommy y a Hugh—, en ciertos aspectos me recordáis a Phillip. Era alto y estudioso, como Tommy. Y fuerte y atlético, como tú, Hugh. Maldita sea, no quiero que os muráis. No podría soportarlo.

Se limpió las lágrimas con la manga de su camisa.

—Creo —dijo despacio, inspirando profundamente cada tres palabras—, que mi pobre y destrozado corazón se alegraría si nuestro joven e inocente señor Scott saliera de esto con vida. Ahora hablemos sobre la vista que se celebrará esta mañana.

Lincoln Scott estaba sentado en el borde de su litera, la única que había en la desierta habitación, cuando entró Tommy, acompañado por Hugh y Pryce. Faltaban unos minutos para las diez de la mañana y el aviador negro sostenía la Biblia sobre sus rodillas, cerrada, casi como si las palabras que contenía pudieran filtrarse directamente por las gastadas tapas de cuero negro y penetrar en su corazón a través de las palmas de sus manos. Cuando entraron los tres hombres, se levantó. Saludó a Tommy y a Hugh con un gesto de la cabeza y miró a Phillip Pryce con cierta curiosidad.

—¿Más ayuda de las Islas Británicas? —preguntó.

Pryce avanzó hacia él con la mano extendida.

—Exactamente, chico. Mi nombre es Phillip Pryce.

Scott le estrechó la mano con firmeza. Pero al mismo tiempo sonrió, como si acabaran de contarle un chiste.

—¿He dicho algo divertido? —inquirió Pryce.

El aviador negro bajó la cabeza.

—En cierto modo, sí.

—¿El qué?

—Yo no soy su chico —replicó Scott.

—¿Cómo dice?

—Ha dicho: «exactamente, chico». Yo no soy su chico. Ni de usted, ni de nadie. Soy un hombre.

Pryce ladeó la cabeza.

—Me temo que no acabo de entender... —dijo.

—Es la palabra: «chico». Cuando llaman a un negro «chico», lo hacen en sentido

peyorativo. Era como antaño se dirigían a los esclavos. Así me llamaba el capitán Bedford, una y otra vez, tratando de provocarme. —Scott se expresaba con una voz serena pero que contenía ese tono frío y tenso que Tommy había detectado desde sus primeras conversaciones con él—. Por supuesto, no fue el primer cretino que me ofendió de ese modo desde que me alisté, y seguramente no será el último. Pero yo no soy el chico de usted ni de nadie. Es una palabra ofensiva. ¿No lo sabía?

Pryce sonrió.

—Qué interesante —dijo con evidente entusiasmo—. Resulta que un término amistoso utilizado a menudo en mi país, tiene un significado totalmente distinto para el señor Scott, debido a sus orígenes. Fascinante. Dígame, teniente Scott, ¿hay otras palabras de uso común en inglés impregnadas de significados distintos que yo deba evitar?

Scott parecía sorprendido por la respuesta de Pryce.

—No lo sé —dijo.

—Pues si las hay, haga el favor de informarme al respecto. A veces, cuando hablo con nuestro joven Tommy, pienso que hace siglos cometimos un gran error al permitirnos a vosotros, los americanos, que os apropiaraís de nuestra maravillosa lengua. Jamás debimos compartirla con vosotros, que no sois más que unos aventureros y unos inútiles. —Pryce hablaba a borbotones, casi con alegría.

—¿Y qué hace usted aquí? —interrumpió Scott de forma tajante.

—Pero mi querido... —Pryce se detuvo—. ¿Mi querido muchacho? ¿Le parece aceptable, teniente?

Scott se encogió de hombros.

—Pues bien, estoy aquí para echarles discretamente una mano y ofrecerles mis conocimientos profesionales. Y antes de que comparezca usted en la vista que va a celebrarse esta mañana, quería conocerlo personalmente.

—¿Usted también es abogado?

—En efecto, teniente.

Scott miró receloso e incrédulo al frágil anciano que tenía ante sí.

—¿Y quería echarme un vistazo? ¿Cómo si fuera un pedazo de carne o un fenómeno de feria? ¿Qué es lo que ha venido a ver aquí? —El aviador formuló las preguntas con aspereza, casi con rabia. La atmósfera se hizo tensa.

Pryce, sin perder un ápice de su desenvoltura, dudó un instante e hizo una pausa muy teatral antes de rematar su actuación.

—Sólo esperaba ver una cosa, teniente —dijo con voz queda.

—¿El qué? —inquirió Scott. Tommy vio que los nudillos de la mano con que sostenía la Biblia habían adquirido un tono más pálido de lo normal debido a la fuerza con que apretaba el libro.

—Inocencia —respondió Pryce.

Scott inspiró con fuerza, llenando su amplio y musculoso pecho de aire.

—¿Y cómo puede ver eso, señor Pryce? ¿Cree que la inocencia es como una cazadora que puedo ponerme por la mañana cuando hace frío? ¿La ve en mis ojos, mi rostro o en la forma en que me cuadro ante mis superiores? ¿Acaso se trata de un gesto? ¿Una sonrisa, quizá? Dígame, ¿cómo se demuestra una cualidad como la inocencia? Me gustaría saberlo, porque quizá me resultara útil en mi situación.

Pryce parecía encantado con las preguntas que el aviador negro le disparaba como ráfagas de ametralladora.

—Uno demuestra su inocencia no fingiendo ser lo que no es.

—En ese caso tiene usted un problema —replicó Scott—, porque yo soy así.

Pryce asintió con la cabeza.

—Es posible. ¿Siempre se muestra usted tan enfadado, teniente? ¿Siempre se vuelve contra las personas que tratan de ayudarlo?

—Yo soy como soy. Lo toma o lo deja.

—¡Ah, una actitud muy propia de un americano!

—Soy americano. Aunque sea negro, soy americano.

—Entonces le aconsejo —dijo Phillip Pryce señalando a Tommy— que confíe en este compatriota que trata de ayudarlo.

Scott entrecerró los ojos, fijándolos en el anciano aviador británico.

—¿Mientras mis otros compatriotas tratan de matarme? —preguntó con evidente despecho—. La confianza, según he podido comprobar, es mejor depositarla en quienes se la han ganado que en quienes la reclaman. Uno se gana la confianza de los demás en situaciones extremas. En el aire, cuando vuelas ala con ala a través de una turbulencia, o cuando vuelas a través de una escuadrilla de Messerschmidts. No es fácil ganártela, y cuando la consigues no la pierdes con facilidad.

Pryce soltó una carcajada.

—¡Desde luego! —exclamó—. Tiene usted más razón que un santo.

Acto seguido se volvió hacia Tommy y Hugh.

—El teniente es, además, un filósofo. ¡No me lo habíais dicho!

Scott parecía sentirse perplejo ante este caballero británico, flaco y casi depauperado, que no dejaba de reír, resollar y toser, y que, no cabían dudas, disfrutaba con los giros y

matices de la conversación.

—¿Es usted abogado? —volvió a preguntar Scott, con cierto aire de incredulidad.

Pryce se volvió rápidamente. Miró durante varios segundos a su interlocutor.

—Sí. El mejor que pueda conocer —respondió con intensa gravedad—. Ahora le diré qué ha de hacer esta mañana. Presta atención, Tommy.

Durante unos momentos Scott pareció dudar. Pero mientras el teniente coronel seguía hablando, empezó a asentir con la cabeza. Tommy y Hugh le imitaron, y a medida que Pryce hablaba cada vez más quedo, los otros hombres se agruparon en torno a él.

El teatro estaba en el centro del Stalag Luft 13, junto al barracón donde recibían los paquetes de la Cruz Roja y al improvisado edificio de los servicios médicos. Era algo más ancho que los barracones donde se alojaban los prisioneros, con el techo bajo, caluroso cuando la temperatura ascendía y gélido en invierno. Pero todos los espectáculos que ofrecían en él atraían a un numeroso público, desde una actuación de la banda de jazz del campo hasta una representación de *Primera plana*, sobre el escenario ligeramente elevado, rodeado de velas encendidas confeccionadas con latas de carne, a modo de candilejas. De vez en cuando pasaban un documental de propaganda alemana, o una película en la que actuaban unas muchachas bávaras que cantaban alegres —proyectadas por un viejo y achacoso aparato que con frecuencia rompía las cintas— ante los enardecidos aplausos de los prisioneros. Los mejores asientos, en la parte delantera de la habitación, estaban contruidos con cajas de embalaje. Otros consistían en unas toscas tablas ensambladas que hacían las veces de incómodos bancos. Algunos hombres llevaban mantas para sentarse sobre ellas, apoyando la espalda contra los delgados tabiques de madera prefabricada.

Cuando el reloj tan codiciado por Vincent Bedford señalaba las diez en punto de la mañana, Tommy pasó a través de la puerta de doble hoja que daba acceso al teatro, flanqueado por Hugh Renaday y Lincoln Scott. Los tres marchaban al paso, con las espaldas bien marcadas, luciendo unos uniformes planchados y pulcros. Sus botas resonaban sobre el suelo con deliberada precisión. Los tres avanzaron al unísono por el pasillo central, la mirada al frente, el paso ágil, manteniendo la formación, como lo hace el portaestandarte en un desfile.

El auditorio estaba abarrotado. No cabía un alfiler. Los hombres ocupaban cada rincón, apretujados, estirando el cuello para no perder detalle. Otros permanecían fuera, unos grupos de aviadores escuchaban a través de las ventanas abiertas. Cuando pasaron el acusado y sus dos abogados defensores, las cabezas de los *kriegies* se movieron de repente, como piezas de dominó al desplomarse. Al pie del escenario habían montado

una especie de estrado que consistía en dos toscas mesas situadas una junto a otra, frente a tres sillas colocadas detrás de una mesa alargada instalada en el centro de la tarima. Cada silla la ocupaba un oficial superior del campo; Lewis MacNamara se hallaba en el asiento del centro. Acariciaba un martillo de madera, de confección casera, situado sobre un pedazo de madera grueso y cuadrado. El comandante Clark, acompañado por otro oficial que Tommy había visto participar en el registro la tarde anterior, estaba sentado en la mesa de la acusación. En un rincón, en la parte delantera del escenario, se hallaba el *Hauptmann* Heinrich Visser, acompañado de nuevo por un estenógrafo. Estaba sentado en una silla con respaldo e inclinado hacia atrás, con la espalda apoyada en la pared, exhibiendo una expresión un tanto divertida. Los *kriegies* le habían concedido un poco de espacio, de forma que Visser y el estenógrafo estaban aislados; sus uniformes de color gris plomo destacando entre el mar de tejido verde oliva y cuero marrón que lucían los pilotos americanos.

La habitación, en la que sonaba un persistente zumbido mientras los curiosos comentaban impacientes el espectáculo que iban a presenciar, enmudeció cuando entraron los tres hombres. Sin decir palabra, Lincoln Scott y Hugh ocuparon sus asientos en la mesa de la defensa. Tommy, situado entre los dos, permaneció de pie, mirando fijamente al coronel MacNamara. En una mano sostenía varios textos y en la otra un bloc de notas. Los dejó caer sobre la mesa estrepitosamente y produjeron un sonido similar a una ráfaga distante de mortero.

El coronel MacNamara contempló a los tres hombres, uno a uno, fijamente.

—¿Está preparado para empezar, teniente? —preguntó de repente.

—Sí —respondió Tommy—. ¿Va a presidir usted la vista, coronel?

—En efecto. Como oficial superior americano, tengo el deber...

—¡Protesto! —contestó Tommy alzando la voz.

—¿Protesta? —inquirió MacNamara mirándolo asombrado.

—Sí. Es posible que sea usted llamado a declarar como testigo en el caso. Lo cual excluye que presida la sesión.

—¿Testigo, yo? —MacNamara parecía perplejo y algo enfadado—. ¿A santo de qué?

Pero antes de que Tommy pudiera responder, el comandante Clark se levantó de un salto.

—¡Esto es absurdo! Coronel, su posición como oficial superior del sector americano le exige que presida esta vista. No veo qué testimonio pueda usted prestar...

—En un delito capital, la defensa —interrumpió Tommy— debe contar con las máximas facilidades para aportar pruebas, sean éstas cuales fueran, que crea son de ayuda para su cliente. Lo contrario no sería justo, ni constitucional, sino más propio de

los nazis contra cuya férula combatimos los americanos demócratas.

Con estas palabras Tommy se volvió señalando con el brazo a Heinrich Visser y el estenógrafo, que siguió escribiendo en su bloc de notas, aunque su frente parecía haber enrojecido. Visser se incorporó hacia delante dejando caer las patas delanteras de su silla sobre el suelo, como dos tiros. Parecía que fuera a levantarse, pero permaneció sentado, mirando al frente, sin abandonar su cigarrillo.

MacNamara alzó la mano.

—No debo coartar su defensa, tiene usted razón. En cuanto a mi posible testimonio, eso ya se verá. Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Al hablar, el comandante hizo un leve gesto con la cabeza indicando a Visser.

Tommy asintió también con la cabeza. A su espalda, entre la multitud de *kriegies* que abarrotaban el teatro, oyó unos murmullos de protesta, que pronto fueron silenciados por otras voces. Los hombres querían oír lo que decían.

—Hoy hemos comparecido aquí simplemente para que el acusado se declare culpable o inocente. Tal como usted solicitó, teniente, el comandante Clark ha compilado una lista de testigos y pruebas. Sigamos adelante con el asunto que nos ocupa, por favor.

El comandante Clark se volvió hacia Tommy al tiempo que señalaba al hombre que estaba sentado junto a él.

—Teniente Hart, éste es el capitán Walker Townsend, que me ayudará en este procedimiento.

El capitán Townsend, un hombre delgado y atlético, con el pelo castaño claro, incipiente calvicie y delgado bigotito, se incorporó a medias de la silla y saludó a los tres hombres sentados en la mesa de la defensa. Tommy dedujo que tenía treinta y pocos años.

—El capitán se encargará de los testigos y las pruebas. Para cualquier dato relacionado con esos temas, puede tratar directamente con él —continuó el comandante Clark con su seco tono militar—. Creo que de momento esto es cuanto tenemos, coronel. Podemos proceder con la declaración del acusado.

Tras unos instantes de vacilación, MacNamara dijo con voz alta y penetrante:

—Teniente Lincoln Scott, se le acusa del asesinato premeditado del capitán Vincent Bedford. ¿Cómo se declara usted?

Scott se levantó casi de un salto, pero contuvo la lengua durante unos segundos. Cuando habló, lo hizo alto y claro, con una irrefrenable intensidad.

—¡Señor! —su voz reverberó a través de todo el auditorio—. ¡Inocente, señoría!

MacNamara hizo ademán de responder, pero Scott se le adelantó en el silencio que

reinaba en la sala, volviéndose un poco, a fin de colocarse casi frente al público compuesto por *kriegies*. Su voz se elevó como la de su padre predicador por sobre las cabezas de los hombres.

—¡No negaré que odiaba a Vincent Bedford! Desde el momento en que llegué a este campo, me trató como a un perro. Me insultaba, me atormentaba, me cubría de insultos obscenos y llenos de odio. Era un racista y me odiaba tanto como yo a él. ¡Deseaba verme muerto desde el momento en que llegué aquí! Todos los hombres que están aquí saben que trató de matarme obligándome a cruzar el límite. ¡Pero yo no reaccioné ante esa provocación! Cualquier otro hombre aquí habría estado justificado en pelearse con Vincent Bedford e incluso matarlo por lo que intentó hacer. Pero yo no hice nada.

El comandante Clark se levantó apresuradamente, agitando los brazos, tratando de atraer la atención del tribunal.

—¡Protesto, protesto! —gritó. Pero la voz de Scott era más potente y siguió hablando.

—¡Vine aquí para matar alemanes! —gritó volviéndose bruscamente y señalando con el dedo a Visser—. ¡Alemanes como él!

Visser, visiblemente pálido, arrojó al suelo el cigarrillo que sostenía en su única mano y lo aplastó con la bota. Luego hizo ademán de levantarse de la silla, pero volvió a sentarse. Miró al aviador negro con una expresión de incontenible odio. Scott le dirigió una mirada no menos áspera.

—Quizás algunos hombres en este campo hayan olvidado por qué estamos aquí —dijo en voz alta, mirando a MacNamara y a Clark y volviéndose luego hacia los *kriegies* que ocupaban el teatro—. ¡Pero yo no!

Scott se detuvo, dejando que en el teatro se hiciera un denso silencio.

—¡He conseguido matar a numerosos enemigos! Antes de que me derribaran tenía nueve esvásticas pintadas en el costado de mi avión. —Scott observó las hileras de hombres y agregó—: Y no soy el único. ¡Por esto estamos aquí!

Hizo otra pausa, para inspirar un poco de aire, de forma que sus siguientes palabras resonaron a través del auditorio.

—Pero alguien en el Stalag Luft 13 tenía otros planes. Fue la persona que mató a Vincent Bedford.

Scott se irguió mientras su voz traspasaba la silenciosa atmósfera del teatro.

—Quizá fuiste tú, o tú, o el hombre sentado junto a ti —prosiguió señalando a los miembros del público con el dedo, clavando los ojos en cada *kriegie* que elegía—. No sé por qué alguien mató a Vincent Bedford... —Scott inspiró y exclamó a voz en cuello—: ¡Pero me propongo averiguarlo!

Luego se volvió hacia MacNamara, que tenía el rostro arrebolado pero estaba pendiente de cada palabra y parecía haber concentrado su ira en un lugar invisible.

—Soy inocente, coronel. ¡Inocente, totalmente inocente!

Luego, sin más, se sentó.

En la sala estalló una confusión de voces babélica, una explosión atropellada y excitada al tiempo que los *kriegies* reaccionaban a las palabras de Scott. Curiosamente, el coronel MacNamara dejó que el estruendo continuara durante un minuto antes de empezar a golpear la madera con el martillo a fin de imponer orden.

—Buen trabajo —susurró Tommy al oído del aviador negro.

—Eso les dará que pensar —repuso Scott. Hugh trataba en vano de reprimir una sonrisa.

—¡Orden! —gritó MacNamara.

Tan rápidamente como había estallado, el estrépito comenzó a disiparse, dejando sólo el sonido del martillo. Aprovechando este vacío, Tommy retiró su silla y se puso de pie. Hizo una pequeña indicación a Scott y a Hugh, quienes también se levantaron. Los tres hombres dieron un taconazo y se colocaron en posición de firmes.

—¡Señor! —exclamó Tommy con voz estentórea—. La defensa estará preparada para proceder el lunes a las ocho de la mañana, después del *Appell*.

Los tres hombres saludaron al unísono. MacNamara asintió ligeramente con la cabeza, sin decir palabra y se llevó dos dedos a la frente para devolver el saludo. Acto seguido, el acusado y sus dos abogados dieron media vuelta y, en la misma formación militar que habían empleado al entrar en la sala, abandonaron el estrado y echaron a andar por el pasillo central. Un silencio sepulcral siguió a sus recias pisadas. Tommy observó sorpresa, confusión y dudas en los semblantes que abarrotaban el teatro. Eran las reacciones que había supuesto que generaría la actuación de Scott y la suya propia. También había previsto la tensa cólera en el rostro del comandante Clark y que la reacción del coronel MacNamara sería más calculada. Pero la expresión que le había sorprendido más fue la sonrisa sarcástica, casi de gozo, que había observado en el rostro de Walker Townsend, el ayudante de Clark. El capitán había mostrado un gesto extrañamente eufórico, como si acabara de recibir una inesperada y magnífica noticia, lo cual, pensó Tommy Hart para sus adentros, era justamente lo contrario de lo que cabía esperar.

Mientras avanzaba a través de la sala experimentó un estremecimiento, casi un escalofrío que le traspasó el pecho como la primera ráfaga helada de una mañana invernal en su casa de Vermont. Pero ésta no era límpida, sino lóbrega y turbia como la niebla. Tommy sabía que en alguna parte entre el público, mirándolo, estaba el asesino

de Vincent Bedford. Sin duda, ese hombre se mostraría menos eufórico ante la pública amenaza de Lincoln Scott. Es probable que incluso hubiera tomado alguna decisión.

Tommy alargó la mano con firmeza, irguió la cabeza, y abrió la puerta, saliendo apresuradamente del teatro hacia el sol de mediodía de últimos de primavera que lucía en el Stalag Luft 13. Se detuvo, resollando, y aspiró profundamente el aire oxidado, contaminado, impuro y rodeado por una alambrada de espino del campo de prisioneros.

La ruleta del ratón

Después de la vista, Lincoln Scott quedó solo en su dormitorio. Se mostraba estimulado por los acontecimientos de esa mañana. Había estrechado la mano de Tommy Hart y de Hugh Renaday, tras lo cual se había arrojado al suelo sin transición para realizar unos ejercicios abdominales a toda velocidad. Quedaron en reunirse más tarde para planificar el siguiente paso y Tommy dejó a Scott en la habitación. El aviador de Tuskegee se puso a danzar en una esquina de la habitación, boxeando contra contrincantes imaginarios, asestando contundentes golpes con la izquierda y derechazos capaces de tumbar al otro sobre la lona, utilizando la intensa luz diurna que se filtraba por la ventana del cuarto de literas y que arrojaba la suficiente oscuridad en las esquinas para crear las sombras necesarias para un combate simulado.

Hugh vio a un hurón husmeando por el barracón 105, clavando su artilugio de metal en la tierra de un pequeño huerto junto al barracón. El hurón le pidió tres cigarrillos a cambio de acompañar a los dos hombres de regreso al recinto británico, donde iban a informar a Phillip Pryce sobre la sesión de la mañana. Tommy negoció con él y le convenció para que aceptara sólo dos pitillos, tras lo cual los tres hombres atravesaron rápidamente el campo de ejercicios hacia la puerta principal. Se estaba disputando un partido de béisbol, y unos hombres hacían gimnasia en un lado del campo, contando en voz alta y al unísono. Ambos grupos aminoraron el ritmo cuando pasaron los otros, como si tomaran nota. Tommy se preparó para encajar un ataque verbal, pero nadie dijo nada, no se oyeron abucheos, ni obscenidades, ni improperios.

Tommy interpretó eso como un signo positivo. Si habían logrado sembrar la duda entre los *kriegies* con la fuerza de la declaración de inocencia de Lincoln Scott, ya tenían mucho ganado. Quizá los tres jueces habían comenzado a plantearse también esos interrogantes.

Tommy deseaba conocer más datos sobre los dos oficiales que se habían sentado junto a MacNamara en el tribunal. Había tomado nota de averiguar quiénes eran, de dónde venían y cómo habían llegado al Stalag Luft 13. Pensó que acaso las circunstancias de la captura de cada *kriegie* podrían arrojar luz sobre quiénes eran, o en quiénes se podían convertir, y decidió comentárselo a Phillip Pryce. También pensó que

debía tratar de comprender mejor al coronel, puesto que, en última instancia, no era probable que los dos hombres sentados junto a él en el tribunal votaran en su contra. Recordó lo que Phillip Pryce había dicho el primer día, «todas las fuerzas implicadas», y comprendió que debía afanarse en responder a esa cuestión.

Tommy caminaba a paso rápido, como un caballo a medio trote, espoleado por la importancia de las cosas que debía hacer. Dedujo que Hugh también se sentía azuzado por sus pensamientos sobre el caso, porque el canadiense le seguía sin rechistar ni preguntarle a qué venía tanta prisa. Pero el hurón alemán les seguía arrastrando los pies, con pereza, y en más de una ocasión los dos aviadores le indicaron que se apresurara.

—Tommy —dijo Hugh en voz baja—, debemos hallar el lugar del crimen. Con cada hora que pasa el asunto se enfría más. El hombre que buscamos ha tenido más que suficientes oportunidades de cubrir sus huellas. Es más, tengo mis dudas de que logremos descubrirlo.

Tommy asintió con la cabeza. No obstante, agregó:

—Tengo una idea, pero debo esperar un poco.

Hugh dio un bufido y meneó la cabeza.

—Jamás lo hallaremos —repitió.

El guardia les abrió la puerta. Tommy tomó nota de que los gorilas que la custodiaban empezaban a acostumbrarse a sus idas y venidas con Hugh, lo cual podía resultarles muy útil, aunque no sabía exactamente en qué sentido. Atravesaron la zona entre ambos recintos y oyeron cantar hombres en el edificio de las duchas. Renaday empezó a tararear la melodía al reconocer la letra de *Mademoiselle from Armentières*, entonada, como de costumbre, a pleno pulmón.

... Mademoiselle from Armentières, parlez-vous? Mademoiselle from Armentières, parlez-vous? A Mademoiselle from Armentières no le han echado un polvo en cuarenta años, hinky-stinky parlez-vous...

Como muchas de las canciones británicas, ésta databa de la Primera Guerra Mundial y su letra se hacía cada vez más obscena.

Tommy estaba distraído mirando el edificio de las duchas cuando de pronto oyó a su espalda una orden emitida con la característica brusquedad alemana, la cual sofocó los ecos de la canción.

—Halt!

El hurón se quitó con rapidez el cigarrillo de los labios y se puso firme. Hugh y Tommy se volvieron hacia el lugar del que procedía la voz. Vieron a un ayudante en mangas de camisa bajar casi a la carrera los peldaños del edificio de administración y

cruzar el polvoriento camino hacia ellos. Era algo insólito. A los oficiales alemanes no les gustaba que los *kriegies* les vieran sin su uniforme, ni dar la impresión de que llevaban prisa, a menos que un oficial de mayor graduación hubiera emitido una orden perentoria.

El ayudante se acercó apresuradamente a ellos. Aunque sólo chapurreaba el inglés, consiguió hacerse entender:

—Hart, por favor, venir conmigo. Usted, Renaday, volver a casa...

El ayudante señaló el recinto británico.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tommy.

—Venir conmigo, por favor —repitió el ayudante, agitando los brazos para subrayar la premura de la situación—. No debe hacer esperar, por favor...

—Pero quiero saber qué ocurre —insistió Tommy. El rostro del alemán se contrajo en una mueca y propinó una patada al suelo, levantando una polvorienta nube de tierra.

—Es una orden. Ver al comandante Von Reiter.

Renaday arqueó las cejas.

—Qué interesante —comentó en voz baja. Se volvió hacia el hurón, que no había movido un músculo, y dijo—: de acuerdo, Adolf, vamos. Te esperaré con Phillip, Tommy. Una orden muy curiosa, en verdad —añadió.

El oficial alemán, que parecía sentirse aliviado desde que Tommy había accedido a acompañarlo, sostuvo la puerta abierta para que el americano entrara en el edificio de administración. Cuando entró, algunos de los oficinistas sentados ante sus mesas alzaron la vista, pero al ver al oficial que le seguía volvieron a bajarla y la fijaron en los documentos que tenían ante sí. La burocracia militar alemana era constante y minuciosa; a veces daba la impresión de que odiaba el ingenio y la creatividad de sus prisioneros. El oficial empujó a Tommy hacia el despacho del comandante, lo cual hizo que éste se parara en seco, diera media vuelta y mirara irritado al ayudante. Cuando el oficial retrocedió, retirando las manos, Tommy volvió a girarse, echó a andar deprisa hacia el despacho de Von Reiter y abrió la puerta.

El comandante estaba sentado detrás de su mesa, esperando. Frente a sí había una sola silla, de apariencia incómoda, dispuesta para que la ocupara Hart, cosa que éste hizo cuando Von Reiter le indicó que se sentara. Pero tan pronto como Tommy se hubo sentado, el alemán se levantó como si pretendiera intimidarlo con su imponente presencia. Von Reiter iba también en mangas de camisa; su camisa blanca y hecha a medida relucía bajo el sol que penetraba a raudales por el ventanal que daba a ambos recintos. El cuello almidonado oprimía el recio cuello del oficial. La Cruz de Hierro que lucía en torno al cuello, negra como el azabache, resplandecía sobre la inmaculada

pechera. Su oscura guerrera colgaba de un gancho en la pared, junto a un lustroso cinturón de cuero negro con una Luger enfundada. El comandante se acercó a su guerrera y retiró una imaginaria pelusa de la solapa.

—¿Cómo van sus investigaciones, teniente Hart? —inquirió con voz pausada, volviéndose hacia Tommy.

—Estamos en las primeras fases, *Herr* comandante —respondió Tommy midiendo sus palabras—. El *Hauptmann* Visser podrá sin duda informarle de cualquier detalle que usted precise.

Von Reiter asintió con la cabeza y se sentó de nuevo en su silla.

—¿Se mantiene en contacto con usted el *Hauptmann* Visser?

—Se toma su trabajo con seriedad. Está pendiente de todo.

Von Reiter movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento.

—Lleva usted aquí muchos meses, teniente. Es un veterano, como dicen los americanos. Dígame, señor Hart, ¿la vida en el Stalag Luft 13 le parece... aceptable?

La pregunta asombró a Tommy, pero trató de disimular. Se encogió de hombros de forma exagerada.

—Preferiría estar en casa, *Herr* comandante, pero me alegro de estar vivo.

Von Reiter asintió sonriendo.

—Ésta es una cualidad que comparten todos los soldados, ¿no es así, Hart? Por dura que sea la vida, es preferible disfrutar de ella, porque es fácil encontrar la muerte en una guerra, ¿no le parece?

—Sí, *Herr* comandante.

—¿Cree usted que sobrevivirá a la guerra, Hart?

Tommy inspiró profundamente. Ésta era una pregunta, formulada sin rodeos, que ningún *kriegie* formulaba, ni siquiera en broma, porque abría de inmediato la puerta a todos sus temores más recónditos e incontrolables, aquellos que le hacían despertarse por la noche con sensación de ahogo, los que durante el día le hacían contemplar desesperado la alambrada de espino. Invocaba los nombres y los rostros de todos los hombres que habían muerto en el aire a su alrededor y de todos los hombres que seguían vivos, pero que estaban destinados a morir dentro de más o menos tiempo. Tommy suspiró y respondió de forma ambigua, esforzándose en la terrible pregunta.

—Hoy estoy vivo, *Herr* comandante. Espero seguir así mañana.

Von Reiter le clavó sus ojos penetrantes. Tommy pensó que su rigidez ocultaba a un hombre de notable capacidad intelectual y estricta formalidad: una mezcla realmente peligrosa.

—Sin duda, el capitán Bedford pensó lo mismo el último día de su vida.

—No sé qué pensaría —mintió Tommy.

El alemán siguió mirándolo de hito en hito. Al cabo de un momento, prosiguió con sus preguntas:

—Dígame, Hart, ¿por qué odian los americanos a los negros?

—No todos los americanos los odian.

—Pero muchos, ¿no es cierto?

Tommy asintió.

—¿Por qué?

—Es complicado —repuso Tommy meneando la cabeza—. No lo sé bien.

—¿Usted no odia al teniente Scott?

—No.

—Es inferior a usted, ¿no?

—No da esa impresión.

—¿Y cree en su inocencia?

—Sí.

—Si ha sido acusado falsamente, como afirma, tendremos muchos problemas. Muchos. Tanto su comandante como yo mismo.

—La verdad es que no me he planteado esta cuestión, *Herr* comandante. Es posible.

—Sí, en eso lleva razón. Quizá no convenga que examine el problema, teniente. Por otra parte, puede que Scott sea culpable, en cuyo caso usted sólo se limita a cumplir con su deber. A los americanos les gusta demostrar al mundo lo justos y nobles que son. Hablan sobre derechos y leyes, sobre los padres fundadores de la patria y sobre sus documentos: Thomas Jefferson, George Washington y la Declaración de Derechos, pero creo que olvidan el orden y la disciplina. Aquí, en Alemania, tenemos orden...

—Sí. Ya lo he visto.

—Y el Stalag Luft 13 no es la excepción.

—Supongo.

Von Reiter hizo otra pausa. Tommy se movió nervioso, impaciente por salir de allí. No sabía qué buscaba el comandante, lo cual le hacía sentirse incómodo y temeroso de ofrecerle de forma involuntaria alguna información importante.

El alemán emitió una sonora carcajada.

—A veces, teniente, creo que con respecto a la justicia a los americanos les importa más la fachada que la verdad. ¿No está de acuerdo conmigo?

—No he pensado en ello.

—¿De veras? —Von Reiter miró a Tommy perplejo—. ¿Y es un estudioso de las leyes de su país?

Tommy no respondió. Von Reiter volvió a sonreír.

—Dígame, teniente Hart, tengo una curiosidad: ¿qué es más peligroso, que Scott sea culpable o que sea inocente?

El americano guardó silencio, absteniéndose de responder a la pregunta. Sintió el sudor que le empapaba las axilas y le pareció que la temperatura de la habitación había aumentado. Deseaba marcharse, pero estaba clavado en la silla. La voz de Von Reiter sonaba áspera y penetrante. En aquel segundo Tommy pensó que el comandante era un hombre que veía secretos dentro de secretos, y se dijo que su uniforme arrugado y su envaramiento eran tan engañosos como las miradas crípticas e inquisitivas del *Hauptmann Visser*.

—¿Peligroso para quién? —respondió con cautela.

—¿Qué resultado costará la vida a más hombres, teniente?

—No lo sé. No tengo por qué saberlo.

Von Reiter se permitió emitir una breve y seca risotada al tiempo que tomaba una hoja de papel de su mesa.

—Usted es de Vermont, ¿no es así?

—Sí.

—Es un estado parecido a esta región. Bosques frondosos e inviernos fríos, según tengo entendido.

—Tiene numerosos y espléndidos bosques y una estación invernal larga y fría, sí —contestó Tommy pausadamente—. Pero no se parece a esto.

Von Reiter suspiró.

—Yo sólo he estado en Nueva York. En una sola ocasión, pero he visitado muchas veces Londres y París. Antes de la guerra, por supuesto.

—Yo no he viajado tanto.

El comandante permaneció unos momentos mirando a través de la ventana.

—Si el teniente Scott es declarado culpable, ¿cree que su coronel exigirá realmente un pelotón de fusilamiento?

—Eso debería preguntárselo a él.

El comandante frunció el ceño.

—Nadie ha escapado del Stalag Luft 13 —dijo con lentitud—. Sólo los muertos, como los desdichados hombres que excavaban el túnel, y, ahora, el capitán Bedford. La

situación seguirá sin cambios. ¿No cree, teniente?

—Nunca trato de adivinar el futuro —replicó Tommy.

—¡La situación seguirá sin cambios! —repitió Von Reiter con vehemencia. Se apartó de la ventana y le preguntó—. ¿Tiene usted familia, teniente Hart?

—Sí.

—¿Esposa? ¿Hijos?

—No. Todavía no —repuso Tommy titubeando.

—Pero habrá una mujer, ¿no?

—Sí. Me espera en casa.

—Confío en que viva usted para volver a verla —dijo Von Reiter bruscamente. Agitó la mano indicando a Tommy que podía retirarse. Tommy se levantó y echó a andar hacia la puerta, pero Von Reiter dejó caer otra pregunta como por descuido.

—¿Canta usted, teniente Hart?

—¿Que si canto?

—Como los británicos.

—No, *Herr* comandante.

El alemán volvió a encogerse de hombros sonriendo.

—Pues debería aprender. Como yo. Es posible que después de la guerra escriba un libro que contenga las melodías y las letras de las repugnantes canciones británicas, lo cual me reportará algún dinero para hacer mi vejez más llevadera —el comandante emitió una sonora carcajada—. A veces debemos aprender a aceptar también lo que odiamos —dijo.

Luego dio la espalda a Tommy y se puso a contemplar los dos recintos a través de la ventana. Tommy salió raudo del despacho, sin saber muy bien si acababa de recibir una amenaza o una advertencia, pensando que ambas eran quizá la misma cosa.

Mientras se dirigía apresuradamente hacia la habitación que ocupaban Renaday y Pryce, pasó junto a unos hombres que jugaban a la ruleta del ratón en uno de los dormitorios. Media docena de oficiales británicos se hallaban sentados en torno a una mesa, cada uno con una modesta pila de cigarrillos, chocolate u otro producto que sirviera de apuesta. En el centro había una cajita de cartón provista a los lados de orificios de ventilación. Los hombres gritaban, bromeaban y se insultaban. Las obscenidades de los pilotos americanos solían ser breves y brutales. Los británicos, sin embargo, gozaban las exageraciones y el florido lenguaje de sus ataques verbales. El eco de sus voces reverberaba en la habitación.

Pero a una inopinada señal del *croupier*, un piloto alto y desgarrado dotado de una espesa barba, que lucía una vieja manta gris anudada en la cintura, a modo de falda escocesa o de disfraz, los hombres callaron al instante. Entonces levantó la tapa de la caja y atrapó a un ratón que asomaba tímidamente la cabeza por el borde.

La ruleta del ratón era bien simple. El *croupier* empujaba y azuzaba al ratón hasta que éste caía sobre la mesa, tras lo cual miraba en derredor suyo a los hombres que aguardaban con la respiración en suspenso y sin mover un músculo. La única regla era que nadie podía hacer nada para atraer al ratón; por fin, el aterrorizado ratón de los *kriegie* echaba a correr en una dirección, apresurándose hacia lo que creía fervientemente que era la presencia menos peligrosa y la libertad. El hombre que estaba más cerca de ese punto era declarado vencedor. El problema de la ruleta del ratón era que, con frecuencia, el animal trataba de huir por el espacio entre dos hombres, lo cual provocaba fingidas disputas para dirimir cuáles habían sido sus auténticas intenciones.

Tommy se paró unos instantes para observar el juego, hasta el momento en que el animal trató inútilmente de escabullirse, luego siguió adelante mientras el juego concluía entre sonoras carcajadas y discusiones.

Al alcanzar la puerta del cuarto de literas, vio que había un tercer hombre sentado junto a Pryce y Renaday, que alzó rápidamente la cabeza cuando apareció Tommy. El extraño era un joven de pelo oscuro y tez clara, muy delgado, como Pryce, con unas muñecas estrechas y el pecho hundido, lo cual le confería el curioso aspecto de un ave. Lucía gafas con montura de alambre y al sonreír torcía la boca hacia la izquierda, casi como si todo su cuerpo se inclinara en esa dirección. Cuando Tommy avanzó hacia ellos, los tres hombres se pusieron en pie.

—Tommy, te presento a un amigo mío —dijo Hugh entusiasta—. Colin Sullivan. De Emerald Isle.

—¿Irlandés? —preguntó Tommy mientras estrechaba la mano del forastero.

—Sí —respondió Sullivan—. Irlandés y Spitfires —añadió.

A Tommy le costó imaginárselo tratando de controlar un caza, pero se abstuvo de decirlo.

—Colin nos ha ofrecido generosamente su ayuda —dijo Phillip Pryce—. Enséñaselo, muchacho.

El irlandés se agachó y Tommy vio que tenía una voluminosa carpeta de dibujo semioculta debajo de la litera.

—En realidad —explicó Sullivan a Tommy—, irlandés, Spitfires y tres aburridos años en la Escuela de Dibujo de Londres antes de dejarme convencer por esa filfa patriótica que me ha traído aquí.

Sullivan abrió la carpeta y entregó a Tommy el primer dibujo. Era una visión sombría del cadáver de Trader Vic, en el retrete del *Abort*, plasmada en las distintas tonalidades grises creadas por el carboncillo.

—Lo dibujé a partir de los detalles que recordaba Hugh —dijo Sullivan, sonriendo—. Supongo que sabe que los canadienses, unos tipos peludos, brutos y salvajes como los indios y con la imaginación de un búfalo, no cuentan con dotes para la descripción poética, a diferencia de mis paisanos y yo mismo —afirmó, dirigiendo una breve sonrisa a Hugh Renaday, el cual contestó con una mueca aunque se mostraba visiblemente satisfecho—. De modo que hice cuanto pude, habida cuenta de mis limitados recursos...

Tommy pensó que el dibujo captaba a la perfección la figura del asesinado. Era a la par siniestro y brutal. Sullivan había utilizado unos pocos toques de pintura para mostrar las exiguas manchas de sangre que había en el cadáver del americano. Éstas destacaban con fuerza, contrastando con los tonos más oscuros de los trazos del lápiz.

—Es fantástico —dijo Tommy—. Es exactamente el aspecto que presentaba Vic. ¿Tiene más dibujos?

—Sí, claro —repuso Sullivan sonriendo—. No precisamente lo que mi viejo profesor de dibujo debía de tener en mente cuando nos recomendaba una y otra vez que empleáramos lo que tuviéramos a mano, y aunque yo hubiera preferido a una *fraulein* desnuda posando provocativamente con una sonrisa de gratitud...

Entregó el segundo dibujo a Tommy. En éste resaltaba la profunda herida en el cuello.

—Yo colaboré con él en este boceto —dijo Hugh—. Ahora, lo que debemos hacer es mostrárselo al yanqui que examinó el cuerpo, para asegurarnos de que se ajusta a la realidad.

Tommy examinó otro dibujo, en este caso del interior del *Abort*, que mostraba las distancias y los distintos puntos. Una nítida flecha adornada con unas plumas señalaba la huella sangrienta en el suelo. El último boceto consistía en una reproducción de las copias de la huella de bota que había realizado Hugh en la escena del crimen.

—Mucho mejor que mis torpes intentos —dijo Renaday, sonriendo—. Como de costumbre, esto ha sido idea de Phillip. Sabía que Colin era amigo mío, pero a mí, por supuesto, no se me había ocurrido pedirle que colaborara en el caso.

—Ha sido divertido —repuso Colin Sullivan—. Desde luego más interesante que hacer el enésimo dibujo de la torre de vigilancia nordeste. Es la que refleja mejor la luz crepuscular y la que todos los que hemos asistido a clases de dibujo plasmamos cada día que no llueve.

—Sus dibujos son estupendos —comentó Tommy—. Nos serán de gran utilidad. Se

lo agradezco de todo corazón.

Sullivan se encogió de hombros.

—Bueno, para decirlo sin rodeos, soy irlandés y católico, señor Hart, de modo que, como podrá imaginar, en Belfast me han tratado como a un negro tantas veces o más que a Lincoln Scott en Estados Unidos. Así que estoy encantado de echarles una mano —dijo con voz pausada.

A Tommy le llamó la atención la súbita e intensa vehemencia del menudo irlandés.

—Son excelentes —dijo de nuevo. Cuando se disponía a continuar con sus alabanzas, le interrumpió una voz fría y queda que sonó a su espalda.

—Pero contienen un error —se oyó.

Los aviadores aliados se volvieron y vieron al *Hauptmann* Heinrich Visser en el umbral, contemplando desde la puerta el dibujo que sostenía Tommy.

Ninguno de los cuatro hombres respondió, sino que dejaron que el silencio cayera sobre el pequeño espacio, invadiendo la habitación como un olor fétido arrastrado por una brisa rastrera. Visser avanzó, sin dejar de observar el dibujo con una expresión pensativa y concentrada. En su única mano portaba un pequeño maletín de cuero marrón, que depositó en el suelo a sus pies, al tiempo que se inclinaba hacia delante y señalaba con el índice el dibujo que mostraba con detalle la escena del crimen.

—Aquí está —dijo, volviéndose hacia Renaday y Sullivan—. La huella de la bota se hallaba a varios pasos de allí, cerca del cubículo del *Abort*. Yo mismo calculé la distancia.

Sullivan asintió con la cabeza.

—Puedo rectificarlo —dijo con calma.

—Sí, hágalo, teniente —respondió Visser, alzando la vista del dibujo y fijándola en Sullivan—. ¿Piloto de un Spitfire, ha dicho usted?

—Sí.

Visser carraspeó.

—Un Spitfire es un excelente aparato, comparable a un 109.

—Es cierto —repuso Sullivan—. Imagino que el *Hauptmann* tiene una experiencia personal con Spitfires —el irlandés señaló el brazo que le faltaba al oficial alemán y agregó—: No debió de ser una experiencia agradable.

Visser no respondió, pero palideció un poco y Tommy observó que le temblaba el labio superior. Asintió con la cabeza.

—Lamento su herida, *Hauptmann* —dijo Sullivan, adoptando una cadencia y un acento irlandeses aún más marcados—. Pero creo que puede considerarse muy

afortunado. Ninguno de los hombres que pilotaban los 109 que yo derribé consiguieron salvarse. Se encuentran en el Valhala, o donde sea que ustedes los nazis piensan que van a parar cuando mueren por la patria.

Las palabras pronunciadas por el irlandés cayeron como mazazos en la habitación. El alemán se irguió y miró al joven artista con ostensible cólera, pero su voz no reveló la rabia que experimentaba, pues se expresó con palabras sosegadas, frías e inexpresivas.

—Quizá sea cierto, señor Sullivan —dijo con lentitud—. No obstante, usted está aquí, en el Stalag Luft 13. Y nadie sabe con certeza si volverá a ver algún día las calles de Belfast, ¿no es así?

Sullivan no respondió. Se miraron con aspereza, sin concesiones. A continuación Visser se volvió de espaldas.

—Se ha equivocado usted en otro detalle, señor Sullivan —agregó.

El alemán se volvió ligeramente hacia Tommy Hart.

—La huella de la bota apuntaba en sentido contrario. Hacia allí —dijo indicando la parte posterior del *Abort*, donde habían hallado el cadáver—. A mi entender —continuó fríamente—, se trata de un dato importante.

Una vez más, ninguno de los aviadores aliados respondió. Visser se volvió de nuevo para dirigirse a Phillip Pryce.

—Pero usted, teniente coronel Pryce, ya se habrá percatado de ello, y, sin duda, comprende su importancia.

Pryce se limitó a mirar fijamente al alemán, que esbozó una desagradable sonrisa, devolvió el boceto a Tommy Hart y se inclinó para abrir su maletín de cuero. Con gran destreza, utilizando su única mano, logró extraer de éste una pequeña carpeta de color tostado.

—Me llevó bastante tiempo conseguir esto, teniente coronel. Pero cuando por fin lo hice, su contenido me fascinó. Créame que se trata de una lectura de lo más interesante.

Todos guardaron silencio. Tommy, tenso, respiraba con trabajo.

Heinrich Visser miró el expediente que sostenía en la mano. Cuando comenzó a leer, su sonrisa se disipó.

—Phillip Pryce. Teniente coronel del escuadrón 56 de bombarderos pesados, destinado en Avon-on-Trent. Recibió su graduación de oficial en la RAF, en 1939. Nacido en Londres en septiembre de 1893. Estudió en Harrow y Oxford. Se graduó entre los cinco alumnos más destacados en ambas instituciones. Sirvió como ayudante de aviación en el estado mayor durante la Primera Guerra Mundial. Obtuvo varias condecoraciones. Se licenció como abogado en julio de 1921. Socio fundador de la firma

Pryce, Stokes, Martin y Masters. Participó como abogado defensor en una docena de procesos por delitos capitales, todos ellos revestidos de gran sensacionalismo, que acapararon los titulares de prensa y la atención del público, sin perder ninguno...

Se detuvo y alzó la vista, hacia Pryce.

—¡Sin perder ninguno! —repitió el alemán—. Un historial ejemplar, teniente coronel. Extraordinario, asombroso, y probablemente muy remunerativo. A su edad no tenía ninguna obligación de alistarse, pudo haberse quedado en casa durante toda la guerra gozando de las comodidades que le había procurado su posición y sus notables éxitos profesionales.

—¿Cómo ha obtenido esa información? —preguntó Pryce con sequedad.

Visser meneó la cabeza.

—No esperará usted que le responda, teniente coronel.

Pryce respiró hondo, lo cual provocó un violento acceso de tos, y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, *Hauptmann* —dijo luego.

El alemán cerró el expediente, lo devolvió a su maletín y miró a cada uno de los allí presentes.

—No perdió un solo caso por un delito capital. Una marca impresionante, aun tratándose de un abogado insigne. ¿Qué me dice de este caso, en el que ha estado colaborando con el joven teniente Hart con gran habilidad y discreción a la par? ¿No prevé que puede convertirse en su primer fracaso?

—No —contestó Pryce sin dudarlo.

—Su confianza en su amigo americano es admirable —dijo Visser—. Que no comparten muchos más allá de estas cuatro paredes. Aunque, después de la actuación de esta mañana, es posible que algunos modifiquen sus opiniones.

Visser acarició el maletín que sostenía bajo su único brazo.

—Su tos, teniente coronel, parece severa. Creo que debería ponerle remedio antes de que empeore —dijo el alemán con tono firme.

Luego, despidiéndose con un movimiento de la cabeza, dio media vuelta y salió de la habitación. Las punteras metálicas de sus botas resonaban sobre las maltrechas tablas del suelo como disparos de ametralladora.

Los cuatro aviadores aliados permanecieron callados unos instantes, hasta que Pryce rompió el silencio.

—El uniforme es de la Luftwaffe —dijo con voz débil—, pero es un hombre de la Gestapo.

Más tarde, Tommy se dirigió apresuradamente a través del recinto sur hacia la tienda de campaña de los servicios médicos, para entrevistarse con el ayudante del gerente de la funeraria de Cleveland. La aparición de Visser le había dejado preocupado. Por un lado, el alemán parecía querer ayudarles, ya que había señalado los errores en los dibujos de la escena del crimen. Pero todo cuanto decía encerraba una clara amenaza. Pryce se había sentido muy turbado por aquellas intenciones ocultas.

Mientras caminaba con rapidez a través de las sombras que invadían los senderos que separaban los barracones que alojaban a los prisioneros, se puso a pensar en el juego de la ruleta del ratón. El desdichado ratón no le inspiraba sino compasión.

Vio a un par de aviadores de pie frente al barracón de los servicios médicos, fumando. Al aproximarse Tommy se apartaron para cederle paso.

—¿Cómo van las cosas, Hart? —preguntó uno de ellos.

Tommy halló al teniente Nicholas Fenelli en una pequeña estancia destinada a reconocer a los enfermos. Había una mesilla, unas cuantas sillas con respaldo y una encimera cubierta por una tosca sábana blanca. La habitación estaba iluminada por una bombilla que pendía del techo. Un par de baldas de madera clavadas en la pared contenían sulfamidas, aspirinas, desinfectantes, cremas, vendas y compresas. Era una modesta provisión; todos los *kriegies* sabían que era peligroso enfermar o resultar herido en el Stalag Luft 13. Una enfermedad sin importancia podía complicarse con facilidad debido a la falta de material médico, pese a los esfuerzos de la Cruz Roja por mantener el dispensario en condiciones. Los prisioneros aliados sospechaban que los alemanes sustraían sistemáticamente sus preciosas medicinas para enviarlas a sus hospitales, en los que había una gran carencia de recursos, por más que los comandantes de la Luftwaffe lo negaran. Pero cuanto más lo negaban, más convencidos estaban los *kriegies* de que les robaban.

Cuando entró Tommy, Fenelli, que estaba sentado detrás de la mesa, alzó la mirada.

—El hombre de moda —observó extendiendo la mano—. Caray, menuda actuación la suya esta mañana. ¿Tiene previsto un bis para el lunes?

—Estoy en ello —respondió Tommy, echando un vistazo a su alrededor—. ¿Sabía usted que jamás había puesto los pies aquí?

—Tiene usted suerte, Hart —contestó el otro—. Sé que no es gran cosa. Maldita sea, lo mejor que puedo hacer es abrir un divieso con lanceta, limpiar unas ampollas o encajar una muñeca. Aparte de eso, el paciente lo tiene mal. —Fenelli se repantigó en la silla, miró a través de la ventana y encendió un cigarrillo—. Procure no caer enfermo, Hart —dijo señalando las medicinas—. Al menos hasta que crea que Ike o Patton están a las puertas acompañados por una columna de carros blindados.

Era bajo, pero de hombros anchos y brazos largos y fuertes. Su pelo negro y rizado le cubría las orejas, y llevaba una barba de varios días. Tenía una sonrisa franca y un talante desenvuelto y seguro de sí.

—No pienso hacerlo —respondió Tommy—. ¿De modo que quiere ser médico?

—Así es. Regresaré a la facultad de medicina en cuanto consiga salir de aquí. No creo que tenga muchos problemas con la clase de anatomía general después de lo que he visto desde que el Tío Sam me requirió. Calculo que he visto expuesta cada parte del cuerpo humano, desde los dedos de los pies hasta los sesos, gracias a estos putos alemanes.

—Trabajó usted en una funeraria de Cleveland...

—Le conté todo esto a su amigo Renaday. Es cierto. No es un lugar tan desagradable para trabajar como pueda pensarse. Si trabajas allí siempre puedes contar con un empleo fijo. Nunca hay escasez de fiambres. Bueno, como le dije a su amigo canadiense, con quien por cierto no me gustaría pelearme. Pues bien, le dije que, en cuanto vi la cuchillada en el cuello de Trader Vic, comprendí lo que había ocurrido. No era preciso examinarla más de un segundo, aunque por supuesto me detuve bastante en ella. Había visto más de una vez esa clase de herida y sé cómo se produce. No tengo ningún problema en explicárselo a quien desee saberlo.

Tommy le entregó el boceto de la herida realizado por Sullivan. El americano lo observó y asintió.

—Caray, Hart, ese tipo sabe dibujar. Ése es exactamente el aspecto que tenía. Ha plasmado los bordes a la perfección. No era un corte limpio, sino que presentaba algunos desgarros en el lugar donde había penetrado el cuchillo.

Mientras hablaba, Fenelli imitó la forma en que la hoja debió de penetrar en el cuello de la víctima. El último segundo de pánico experimentado por Trader Vic se le figuró como vivido por él.

—De modo que si le llamo a declarar...

—Cuenta con ello —respondió Fenelli al tiempo que devolvía a Tommy el boceto de la herida del cuello—. No hay problema. Eso cabreará un poco a Clark, cosa que no le vendrá nada mal a ese presumido. ¡Que le den por el culo! —acabó, soltando una carcajada.

—¿Va a darles esa sorpresa el lunes? —prosiguió sonriendo—. No está mal, Hart, nada mal. Ese viejo gilipollas no sabe lo que le espera.

—El lunes no —contestó Tommy—, pero sí lo antes posible. Le agradecería que se guardara sus opiniones. Al margen de lo que ocurra cuando Clark empiece a presentar a sus testigos y sus pruebas...

—¿Se refiere a que no quiere que me vaya de la lengua y le cuente a todos que Vic la palmó al estilo de un *capo* de poca monta en un oscuro callejón? De acuerdo. Puede que uno no aprenda mucho trabajando en una funeraria en Cleveland, pero sí a mantener la boca cerrada.

Tommy se despidió de Fenelli con un apretón de manos.

—Ya le avisaré —dijo—. No se vaya de aquí.

El doctor en ciernes soltó una carcajada.

—Es usted un tipo majo, Hart.

—¿Conoce al tipo que se sienta junto a Clark? —dijo Fenelli cuando Tommy se disponía a abandonar el dispensario.

—Creo que se llama Townsend.

—¿Lo conoce?

—No, precisamente iba a acercarme ahora a su barracón.

—Yo sí lo conozco —dijo Fenelli—. Llegamos a esta mierda de campo el mismo día y en el mismo apestoso vagón de ganado. Era piloto de un Liberator, le derribaron en Italia.

—¿Tiene una historia?

—Todo el mundo tiene una historia, Hart —respondió Fenelli sonriendo—. ¿No lo sabía? Pero eso no es lo más interesante del capitán Walker Townsend. —Al hablar, Fenelli imitó un leve acento sureño—. ¿Sabía usted que el capitán Townsend se hallaba en Estados Unidos antes de aterrizar aquí?

Tommy no dijo nada. Fenelli continuó sonriendo.

—Desempeñaba el cargo de fiscal de distrito de Richmond, en Virginia. Puede apostar usted todos sus cartones de cigarrillos a que ése es el motivo por el que se sienta junto a Clark. Y otro detalle curioso, Hart, que recuerdo de los dos días de viaje que pasamos juntos: me dijo que fue fiscal de todos los juicios por asesinato en su distrito. Se ufanó de haber enviado a más hombres al corredor de la muerte en el viejo estado de Virginia que bombas había arrojado antes de que lo derribaran.

Extrajo otro cigarrillo del bolsillo de su camisa y lo encendió.

—Pensé que le interesaría saber contra quién se juega los cuartos, Hart. Y le aseguro que no es como ese idiota colérico de Clark. Le deseo mucha suerte.

Tommy encontró al capitán Walker Townsend en su dormitorio del barracón 113, haciendo el crucigrama de una revista de pasatiempos. Casi había logrado completarlo. Escribía con trazos suaves, para poder borrarlos cuando terminara y pasarle el

crucigrama a otro aburrido *kriegie* a cambio de una lata de carne o una tableta de chocolate.

Townsend alzó la vista cuando Tommy entró en la habitación.

—Eh, teniente, ¿conoce una palabra de seis letras que signifique fracaso? —preguntó de inmediato.

—¿Qué le parece «cagada»? —replicó Tommy.

Townsend se echó a reír a carcajadas con una voz más potente de lo que uno imaginaba que contenía un cuerpo tan menudo como el suyo.

—No está mal, Hart —dijo. Tenía un acento sureño claro pero no exagerado. Se expresaba con una cadencia casi dulce, rítmica, semejante a una nana—. Es usted agudo. Pero tengo la impresión de que no era eso lo que los redactores del *New York Times* tenían en mente cuando confeccionaron este crucigrama.

—¿Y «chasco»? —sugirió Tommy.

Townsend observó unos instantes el crucigrama y sonrió.

—Eso encaja mejor —dijo. Dejó el lápiz y el librito sobre la litera—. Odio estas cosas. Me hacen sentir siempre como un imbécil. Supongo que hay que tener un cerebro especial para resolverlos. Cuando regrese a casa, no volveré a hacer un crucigrama en el resto de mi vida.

—¿Dónde está su casa? —inquirió Tommy, aunque ya conocía la respuesta.

—En Richmond, la capital de Virginia.

—¿A qué se dedicaba antes de la guerra? —preguntó Hart.

Townsend se encogió de hombros con una ligera sonrisa.

—Un poco de todo. Después, cuando obtuve mi título de abogado, me puse a trabajar para el Estado, es un buen empleo. Un horario regular, un buen sueldo semanal y una pensión que aún tardaré unos años en cobrar.

—¿Abogado del Estado? ¿En qué consiste? ¿Adquisición de terrenos y reglamentación urbanística, acaso?

—Más o menos —respondió Townsend—. Por supuesto, no tuve las ventajas que tuvo usted. No señor. No asistí a la Universidad de Harvard, sino a clases nocturnas en el instituto local. Trabajaba todo el día en la tienda de material agrícola que mi padre tenía en las afueras de la ciudad.

Tommy asintió con la cabeza. También él se mostraba sonriente, ya que esperaba convencer a Townsend de que se acababa de tragar todas sus mentiras sin masticarlas.

—La fama de Harvard es exagerada —dijo—. Uno puede aprender derecho en muchos lugares menos distinguidos. La mayoría de mis compañeros de clase sólo

pretendían conseguir su título y forrarse.

—Es posible —repuso Townsend alzándose de hombros—, pero no deja de ser una excelente universidad para estudiar derecho.

—Bueno —dijo Tommy—, al menos se ha graduado. Lo que significa que tiene más experiencia que yo.

—Probablemente no mucha más —respondió con gesto dubitativo—. A fin de cuentas, en Boston tienen ustedes esos tribunales ficticios formados para juzgar pleitos supuestos en la enseñanza de derecho. Por otra parte, Hart, este tribunal militar no se parece en nada a los juzgados de primera instancia que tenemos en casa.

«No —pensó Tommy—. Seguro que no, pero el resultado será el mismo.»

—Creo que tiene una lista de testigos para mí —dijo—. Me gustaría examinar las pruebas.

—Le he estado esperando todo el día, desde la vista de esta mañana, en la que, por cierto, tuvo una intervención magnífica, debo reconocerlo. El teniente Scott parecía rebosar la legítima indignación de los auténticos inocentes. Sí señor. Debo decir que lo único que he oído de los *kriegies* en todo el día han sido dudas, preguntas y titubeos, lo cual imagino que es lo que ustedes se proponían. Pero, por supuesto, no han visto las pruebas en este caso como las he visto yo. Las pruebas no mienten. Las pruebas no pronuncian discursos bonitos. Se limitan a señalar al culpable. No obstante, me quito el sombrero ante usted, teniente Hart. Ha empezado con excelente pie.

—Llámame Tommy. Todo el mundo me llama así. Salvo el comandante Clark y el coronel MacNamara.

—Bien, Tommy, entonces te felicito por tu primera intervención.

—Gracias.

—Pero como puedes suponer, yo me esmeraré en hacer que a partir de ahora te resulte más difícil lucirte.

—Era justamente lo que había previsto. A partir del lunes por la mañana.

—De acuerdo. El lunes, a las ocho de la mañana. Pero que quede claro que no es un asunto personal. Me limito a obedecer órdenes.

Tommy había oído esa frase en otras ocasiones. Pensó que la única cosa de la que estaba seguro era que antes de que concluyera el juicio de Scott, el asunto se habría convertido en algo decididamente personal, sobre todo en lo que respecta al capitán Townsend.

—Por supuesto. Lo comprendo perfectamente —contestó—. Y ahora, ¿puedo ver la lista de pruebas?

—He traído estos objetos aquí para mostrártelos ahora mismo —repuso Townsend. Sacó de debajo de su litera una pequeña taquilla de madera de balsa, de la que extrajo una cazadora de cuero, un par de botas de aviador forradas de borrego y el cuchillo de fabricación casera. Los dos pedazos de tejido, uno perteneciente al asa de la sartén y el otro al cuchillo, estaban envueltos. Townsend los colocó desdoblados sobre el camastro.

Tommy los examinó en primer lugar. El virginiano se repantigó en su asiento, sin decir palabra, observando el rostro de Tommy en busca de una reacción. Tommy recordó a los jugadores de la ruleta del ratón en el momento en que el *croupier* había soltado al aterrorizado animalito. Los jugadores habían permanecido en silencio, inexpresivos, conminando mentalmente al atemorizado animal a correr hacia ellos.

No le cabía la menor duda de que los dos trozos de tejido eran idénticos; el perteneciente al cuchillo presentaba unas pequeñas pero nítidas manchas de sangre en uno de sus bordes. Tomó nota de ello y dejó el trapo. Luego tomó el cuchillo y lo midió. Estaba confeccionado con un trozo de hierro chato, de unos cinco centímetros de ancho y treinta y cinco de longitud. Tenía la punta triangular, pero sólo uno de los bordes estaba muy afilado.

—Parece una espada pequeña —observó Townsend, fingiendo estremecerse—. Un objeto mortífero.

Tommy asintió con la cabeza. Depositó el cuchillo en la mesa y tomó las botas de aviador. Las examinó con detención, inspeccionando las gastadas suelas de cuero cosidas a las piezas superiores, de cuero más suave y forradas de piel. Observó que las manchas de sangre aparecían sobre todo en las puntas de las botas.

—Menos mal que estamos casi en verano —comentó Townsend—. Sería una lástima no poder lucir estas botas en invierno, ¿no es así? Claro que este maldito clima es imprevisible. Un día nos pasamos la mañana tomando el sol, como si estuviéramos en Roanoke o Virginia Beach, y al siguiente nos morimos de frío durante el rato que permanecemos de pie para el *Appell* matutino. El verano se retrasa mucho, no como en casa. En Virginia gozamos de un invierno templado y una primavera precoz. Por estas fechas ya han florecido la madreselva y las lilas. El aire está impregnado de una dulce fragancia.

Tommy dejó las botas sobre la cama y tomó con cuidado la cazadora de cuero. En seguida comprendió por qué Lincoln Scott no había reparado en las manchas de sangre cuando la había cogido al despertarse en la penumbra al oír los silbatos y gritos de los alemanes. Había sangre en el puño izquierdo y otra manchita junto al cuello, en el mismo lado. En la espalda había otra, más grande. Tommy volvió a examinar la prenda por delante y por detrás. Luego asintió con la cabeza, suspirando.

—Bien —dijo—, en Estados Unidos podría alegar que estos objetos habían sido tomados ilegalmente, prescindiendo de los trámites oportunos.

—No creo que este argumento funcionara aquí y ahora, Tommy —repuso Townsend—. Puede que en casa, pero...

—Pero aquí no —le interrumpió Tommy—. Es cierto. Vayamos ahora con la lista.

Townsend extrajo del bolsillo de su pechera una hoja que contenía diez nombres y la ubicación de sus dueños en sus correspondientes barracones. Se la entregó a Tommy, que la aceptó y la guardó en el bolsillo de su camisa sin examinarla.

—Supongo que es prematuro hablar sobre la sentencia —dijo con lentitud—. Creo que hoy logré impedir un linchamiento. Pero, dado el probable resultado del juicio, creo que debemos hablar sobre esta posibilidad, ¿no le parece, capitán? —Con expresión de derrota en los ojos, Tommy señaló la colección de pruebas con la mano.

—Por favor, Tommy, llámame Walker. En efecto, creo que es prematuro, como dices. Pero estoy dispuesto a hablar del tema más adelante. Por ejemplo el lunes por la tarde, ¿qué te parece?

—Gracias, Walker. Ya te lo confirmaré. Gracias por mostrarte tan razonable sobre este asunto. Creo que el comandante Clark es...

—¿Un tanto difícil? —interrumpió Townsend—. ¿Temperamental?

Townsend se echó a reír y Tommy, sonrió con falsedad.

—En efecto —repuso.

—El comandante lleva demasiado tiempo en este agujero. Al igual que todos, por otra parte, porque hasta un minuto es demasiado tiempo. Pero él y el coronel lo acusan más que nosotros. Llevan aquí una eternidad. Y tú también, Tommy, según me han contado.

Tommy palpó el bolsillo donde había guardado la lista.

—Bien —dijo, retrocediendo unos pasos—. Gracias de nuevo. Tengo cosas que hacer.

Walker Townsend asintió con un leve movimiento de la cabeza y volvió a su crucigrama.

—Si necesitas algo de la acusación, ven a verme cuando quieras, Tommy, en cualquier momento, de día o de noche.

—Te lo agradezco —contestó Tommy. «Embustero», pensó. Se despidió con un pequeño ademán estudiadamente amistoso, y se alejó con rapidez. Al salir inspiró una larga y afilada bocanada de aire fresco, pensando que por primera vez desde el momento en que había contemplado el cadáver de Trader Vic había visto unas pruebas en lugar de

oír meras palabras, por enérgicas que fuesen, que le habían convencido de que Lincoln Scott era inocente del asesinato del aviador.

La esfera luminosa del reloj que le había regalado Lydia indicaba las doce menos diez de la noche cuando Tommy abandonó con cautela el relativo calor de su camastro y sintió la frialdad del suelo a través de sus delgados y remendados calcetines de lana. Permaneció unos instantes sentado en el borde de la litera, como un buceador esperando el momento oportuno para zambullirse en el agua. Estaba rodeado por los habituales sonidos nocturnos: ronquidos, toses, gemidos y respiraciones sibilantes emitidos por unos hombres con los que convivía desde hacía meses y que sin embargo apenas conocía. La oscuridad lo envolvía; trató de alejar de sí una momentánea sensación de pánico, un residuo de claustrofobia. Las noches le producían siempre una sensación tan agobiante como el armario en el que había quedado encerrado de niño. Tenía que hacer un auténtico esfuerzo para convencerse de que la oscuridad que invadía el cuarto de literas no era lo mismo.

Uno de los reflectores de la torre de vigilancia pasó sobre la ventana exterior, cerrada a cal y canto contra la noche; durante unos segundos la potente luz penetró a través de las rendijas de los postigos de madera, recorriendo la pared de enfrente. Tommy agradeció la luz; le ayudaba a orientarse y alejar los pavorosos recuerdos de su infancia que le atormentaban en todos los espacios reducidos y oscuros.

Tomó sus botas de debajo de la litera. Luego, con la mano izquierda, localizó su cazadora de cuero y el cabo de una vela encajado en una lata de carne vacía. No lo encendió, pues prefería esperar a que el reflector volviera a pasar por el dormitorio, de modo que le procurase el suficiente resplandor para levantarse del camastro, dirigirse hacia la puerta y salir al pasillo central del barracón.

No tuvo que esperar mucho. Cuando el reflector arrojó su resplandor velado y amarillo a través de la habitación, se levantó, sosteniendo las botas, la cazadora y la vela, se dirigió veloz hacia la puerta y salió. Se detuvo unos momentos en el pasillo, aguzando el oído para cerciorarse de que no había despertado a los hombres que compartían su habitación. Le rodeaba un profundo silencio, interrumpido por aquellos ruidos habituales. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cerilla, que encendió rascándola en la pared. Encendió la vela y, moviéndose como una aparición fantasmagórica, avanzó de puntillas por el pasillo, dirigiéndose con resolución hacia la habitación de Lincoln Scott.

El aviador negro dormía a pierna suelta en su solitario camastro, pero al notar la presión de la mano de Tommy en su hombro se despertó bruscamente. Durante unos momentos, cuando se revolvió profiriendo palabrotas, Tommy temió que le asestara uno

de sus mortíferos derechazos.

—¡Silencio! —murmuro Tommy—. Soy yo, Hart.

Sostuvo la vela en alto para que iluminara su rostro.

—Joder, Hart —masculló Lincoln Scott—. Pensé...

—¿Qué?

—No sé. Algún problema.

—Quizá yo lo sea —continuó Tommy en tono quedo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Scott incorporándose en la cama y apoyando los pies en el suelo.

—Un experimento —contestó Tommy—. Una pequeña recreación.

—¿A qué se refiere?

—Es muy sencillo —repuso Tommy sin alzar la voz—. Finjamos que ésta es la noche que murió Vic. En primer lugar muéstreme con precisión cómo se levantó y salió del barracón aquella noche. Luego trataremos de descifrar dónde fue Vic antes de acabar asesinado en el *Abort*.

Scott movió su negra cabeza en señal de asentimiento.

—Me parece razonable —dijo pestañeando para despabilarse—. ¿Qué hora es?

—Las doce y unos minutos.

Scott se restregó la cara con la mano, moviendo la cabeza arriba y abajo.

—Es aproximadamente la hora en que me levanté —dijo—. Como no tenía reloj, no lo sé con exactitud. Pero estaba oscuro como boca de lobo y todo estaba en silencio, por lo que deduje que sería alrededor de la medianoche. Quizás un poco antes, o una hora más o menos, pero no mucho más. Aún faltaba para que amaneciera.

—Como cuando descubrieron el cadáver de Bedford.

—En todo caso, yo me levanté antes del amanecer, de eso estoy seguro.

—De acuerdo —dijo Tommy—. De modo que se levantó y...

—Mi litera estaba aproximadamente en este lugar —prosiguió Scott—. Cuatro literas dobles, dos a cada lado. Yo era el que estaba más cerca de la puerta, de modo que la única persona a quien temía despertar era el tipo cuya litera se hallaba sobre la mía.

—¿Y Bedford?

—Se hallaba al otro lado de la habitación. Ocupaba la parte inferior de su litera.

—¿Lo vio usted?

Scott negó con la cabeza.

—No me fijé en él —respondió.

Tommy estuvo a punto de interrumpir al negro, porque le parecía que su respuesta no tenía ningún sentido, pero tras unos instantes de vacilación, se limitó a preguntar:

—¿Encendió la vela que había junto a su cama?

—Sí. La encendí y la cubrí con mi mano para amortiguarla. Como he dicho, no quería despertar a los otros. Dejé mis botas y mi cazadora...

—¿Dónde exactamente?

—Las botas a los pies de la litera. La cazadora colgada de la pared.

—¿Vio esas prendas?

—No. No me fijé. No tenía motivos para sospechar que alguien las cogiera. Sólo pensé en hacer lo que tenía que hacer y regresar al barracón cuanto antes. El retrete no está lejos y me moví con mucho sigilo. Estaba descalzo. Aunque hacía un frío polar...

Tommy asintió, preocupado, pero se afanó en desterrar esa sensación.

—De acuerdo —dijo—. Muéstreme lo que hizo esa noche con toda exactitud, pero esta vez coja sus botas y su cazadora. Quiero que se mueva del mismo modo, a la misma velocidad. —Tommy miró el dial de su reloj, cronometrando al aviador negro.

Scott se levantó sin decir palabra. Al igual que Tommy, tomó sus botas. Con el torso ligeramente inclinado hacia delante, se alejó de su litera. Señaló hacia el lugar donde dormían los otros hombres aquella noche, y luego indicó la pared donde colgaba su cazadora. Moviéndose con sigilo, seguido por Tommy, Scott atravesó la habitación de un par de zancadas y abrió la puerta. Tommy tomó nota de que a diferencia de muchas otras en el barracón, esta puerta tenía los goznes bien engrasados. Emitió un solo crujido que a Tommy no le pareció lo bastante potente para despertar a una persona. Cuando salieron al pasillo, se cerró tras ellos apenas con un ligero «clic».

Scott señaló el retrete. Estaba colocado en un tosco cubículo, no mayor que un armario, tan sólo a veinte pasos del dormitorio. Tommy sostuvo la vela sobre la cabeza para iluminar el camino. Dado que ambos caminaban descalzos, sus pasos no resonaban sobre el suelo de madera.

Se detuvieron junto al retrete.

—Entré —dijo Scott—. Hice lo que tenía que hacer y luego regresé a la habitación. Eso es todo.

Tommy miró la luz verde de la esfera de su reloj. No habían pasado más de tres minutos desde que Scott había salido de su barracón. Tommy se volvió y echó un vistazo a través del pasillo. Durante un instante, sintió que su estómago se contraía y tragó saliva. La lobrete de su temor a los espacios reducidos le atenazó el corazón. Pero apartó esa viscosa sensación de asfixia y se concentró en el problema que les ocupaba.

La única salida del barracón se hallaba en el otro extremo, más allá de los otros cuartos de literas. Pensó que para pasar de la letrina al exterior, había que pasar cerca de un centenar de hombres que dormían en sus literas, detrás de una docena de puertas cerradas. Pero era posible que alguien oyera los pasos. Ése debía de estar despierto, alerta.

—¿Y no vio a nadie? —preguntó Tommy de nuevo.

Scott volvió el rostro, escudriñando la oscuridad.

—No. Ya se lo he dicho. No vi a nadie.

Tommy pasó por alto el titubeo que había percibido en la voz del aviador de Tuskegee y señaló al frente.

—De acuerdo —dijo con voz queda—. Ya sabemos lo que hizo usted. Ahora tratemos de descifrar lo que hizo Trader Vic.

Sosteniendo aún sus botas en las manos, ambos hombres avanzaron con cautela por el pasillo central del barracón, iluminándose gracias a la débil luz de la vela. Al llegar a la puerta del barracón 101, Tommy se detuvo pensativo. En éstas pasó el haz de un reflector, iluminando durante unos instantes los escalones de entrada antes de continuar adelante. Tommy se volvió y dirigió la vista hacia los cuartos de literas, situados en el otro extremo del pasillo. El reflector se hallaba fuera y a la izquierda, lo que significaba que cubría todas las habitaciones en aquel lado del edificio, que era el lado en el que se habían alojado Lincoln Scott y Trader Vic. Pensó que era concebible que alguien saliera por una de las ventanas situadas a la derecha del barracón; de esta forma sólo atravesaría una parte de la trayectoria del reflector cuando éste barriera los muros y el tejado. Pero era imposible que alguien pasara entre los *kriegies* apiñados en los reducidos espacios de los dormitorios en aquel lado, a menos que se hubieran puesto de acuerdo. Tommy estaba convencido de que los hombres que salían de noche para excavar un túnel, en especial los que habían perecido recientemente bajo tierra, se alojaban en ese lado del barracón. Los otros —los tipos del comité de fuga, los falsificadores, los espías y demás— tendrían que informar a todos los ocupantes del dormitorio sobre la ventana que pensaban utilizar. Lo cual, pensó, violaba todos los principios del secreto militar y, además, identificaba a los hombres que trabajaban por las noches, lo cual constituía otra violación de la seguridad.

De modo que Tommy pensó (midiendo, calibrando, sumando factores lo más rápido que podía, sintiéndose un poco como antes de que un profesor de pelo cano de la facultad de derecho escribiera con tiza una pregunta fácil en la pizarra) que cualquiera que tuviera que salir del barracón 101 en plena noche y tuviera que hacerlo sin llamar la atención de sus compañeros de cuarto o de los guardias alemanes, se arriesgaría quizás a

salir por la puerta de entrada.

El haz del reflector pasó de nuevo sobre el edificio, filtrándose a través de las hendiduras de la puerta y luego, con la misma rapidez, se desvaneció.

A los alemanes no les gustaba utilizar los reflectores, sobre todo en las noches en que se producían bombardeos británicos sobre instalaciones cercanas. Hasta el soldado alemán más ignorante sabía que desde el aire la luz de unos reflectores hacía que el campo pareciera un almacén de municiones o una planta industrial, y el piloto de un Lancaster en apuros, tras haber repelido los ataques de los pilotos nocturnos de la Luftwaffe, podría cometer un error y lanzarles su carga de bombas.

Por lo tanto, el uso de aquellos focos no era sistemático, lo cual los volvía más terroríficos para alguien que pretendiera pasar de un barracón a otro. Su carácter imprevisible impedía calcular el momento en que barrerían los edificios.

Tommy respiró hondo. Si el haz del reflector lo descubría, podían matarlo.

En el mejor de los casos provocaría toques de silbato y gritos de alerta, y si uno lograba levantar las manos con la suficiente rapidez, antes de que un *Hundführer* o uno de los gorilas de la torre de vigilancia colocara su ametralladora Schmeisser en posición de disparo, nadie lo libraría de quince días en la celda de castigo. Por lo demás, el hecho de que te pillaran comprometía los trabajos del túnel o el propósito que tuviera el *kriegie* para haber salido del barracón. Por lo tanto, pensó Tommy, nunca había un motivo sencillo para abandonar el barracón después de que hubieran apagado las luces.

Lanzó un profundo suspiro, sibilante.

«Mi excursión tampoco tenía nada de sencillo», pensó.

Se subió la cremallera de la cazadora y se agachó para calzarse los zapatos, indicando a Scott que hiciera lo propio.

Scott esbozó una sonrisa socarrona, distendida, propia de un guerrero acostumbrado al peligro.

—Esto es arriesgado, ¿eh, Hart? —murmuró—. No queremos que nos pillen.

Tommy asintió con la cabeza.

—El problema no es que nos pillen, sino que nos maten. No queremos morir acibillados —repuso. De pronto notó que tenía toda la boca seca, incluso la lengua—. No precisamente ahora...

—Ni ahora ni nunca —replicó Scott sin dejar de sonreír.

Tommy supuso que Scott debía de sentirse más como el piloto de un caza que en cualquier instante desde que se había lanzado en paracaídas del avión en llamas sobre territorio ocupado.

—¿Adónde nos dirigimos en primer lugar? —preguntó el aviador negro mientras se ataba los cordones de las botas.

—Al *Abort*. Luego volveremos atrás.

—¿Qué es exactamente lo que buscamos? —inquirió Scott.

—¿Exactamente? No lo sé. Pero posiblemente buscamos un lugar donde alguien se sintiera a sus anchas para cometer un asesinato.

Tras estas palabras, Tommy se volvió hacia la puerta. Apagó la vela de un soplo. Respiraba de forma rápida, superficial, como un *sprinter* dispuesto a emprender una carrera. En cuanto el reflector pasó sobre la fachada del barracón, asió el pomo de la puerta, la abrió y se zambulló, con Scott pegado a sus talones, en la densa oscuridad.

Un lugar adecuado para un asesinato

Tommy dio una veintena de rápidas zancadas, haciendo un esfuerzo sobrehumano, y se arrojó contra el muro del barracón 102, resollando, apretando rígidamente la espalda contra la estructura de madera del edificio, como si tratara de confundirse con las ásperas tablas. Vio cómo el haz se alejaba bailando, registrando y explorando las esquinas y los bordes de los barracones, como un mastín que sigue el rastro de una presa en los límites de un zarzal. El reflector parecía un ser vivo y cruel. Tommy contuvo el aliento cuando se detuvo unos segundos sobre el tejado de un barracón contiguo; luego, en lugar de proseguir hacia los barracones más alejados, sin ninguna razón aparente retrocedió hacia él, volviendo sobre sus pasos. Tommy se pegó más contra el muro, paralizado de terror, incapaz de moverse, mientras la luz reptaba de forma sistemática e inexorable hacia él, acorralándolo. El haz se hallaba aproximadamente a un metro, malévolamente, como si supiera que él se encontraba allí pero no conociese su exacta localización, como si ambos jugaran a una versión mortífera del escondite, cuando Tommy sintió de improviso la mano de Scott aferrarle por el hombro y obligarle a arrojarse al suelo.

Tommy cayó sobre la fría tierra y sintió que Scott le arrastraba hacia una pequeña hendedura junto al barracón. Se deslizó hacia atrás, como un cangrejo.

—Agache la cabeza —murmuró Scott en tono apremiante.

En el preciso momento en que Tommy sepultó la cara en la tierra, el reflector pasó sobre el edificio junto al que se habían refugiado. Tommy cerró los ojos con fuerza, esperando oír los silbatos y gritos de los gorilas de la torre de vigilancia que manejaban el reflector. Durante unos instantes creyó percibir el sonido inconfundible de un guardia cargando su ametralladora. Pero se hizo el silencio.

Alzó la cabeza con cautela, sintiendo en sus labios el sabor acre de la tierra. Vio que el haz de luz se había alejado, posándose sobre el tejado de un edificio próximo, explorando la distancia, como si persiguiera a una nueva presa. Tommy emitió un sonoro suspiro. Luego oyó a Scott junto a él, hablando con suavidad y con voz decididamente risueña:

—¡Joder, nos hemos escapado por los pelos!

Tommy se volvió con rapidez y vislumbró la silueta del aviador negro agazapado en el suelo junto a él.

—Hay que moverse con más rapidez cuando un problema se te echa encima —musitó Scott—. Menos mal que no voló en un caza, Hart. Siga con los sólidos y seguros bombarderos. En un bombardero no es preciso reaccionar con tanta rapidez. Le aconsejo que cuando regrese a Estados Unidos se dedique a deportes que no entrañen un contacto personal. No le conviene ni el rugby ni el boxeo, prefiera el golf o la pesca. O más bien, lea, lea mucho.

Tommy arrugó el ceño, sintiendo de pronto un intenso afán competitivo. En la escuela había sido un excelente jugador de tenis. Puesto que se había criado en Vermont, había logrado ser un experto esquiador. Quería hacer un comentario sobre la capacidad de detenerse en el borde de una colina coronada de nieve, azotado por un gélido vendaval que te traspasa la ropa de lana, contemplando una abrupta pendiente, y luego la sensación de abandono que te impulsa a lanzarte por ella. Pensó que eso requería otro tipo de temeridad y valor. Pero sabía que no era lo mismo que subirse a un ring y enfrentarse a otro hombre empeñado en machacarte, como había hecho Lincoln Scott. No estaba seguro de poder hacerlo, era demasiado primitivo para él.

De pronto pensó que había muchas preguntas sobre sí mismo que precisaban una respuesta y que él se había resistido a formularlas.

—¿Está bien, Hart? —preguntó Scott de sopetón.

—Sí, muy bien —contestó Tommy, apartando dichas preguntas de su imaginación—. Un poco asustado. Nada más.

Scott dudó unos segundos, mirándole con aire divertido.

—De acuerdo, abogado. Muéstreme el camino. En apretada formación. Ala con ala.

Tommy se puso en pie, tratando de recobrar la compostura. Aspiró una profunda bocanada del aire nocturno, como si inhalara vapores negros, y reparó en que hacía casi dos años que no había salido del barracón por la noche. Un campo de prisioneros de guerra se regía por una rutina muy sencilla: luces apagadas al anochecer, acostarse, dormir, ahuyentar las pesadillas y los terrores del sueño, despertarse al alba, levantarse, presentarse para el recuento, y así sucesivamente.

En los meses que Tommy llevaba en el Stalag Luft 13, se habían registrado una docena de bombardeos nocturnos lo bastante próximos al campo para que sonaran las sirenas, pero los alemanes no habían procurado a los hombres refugios antiaéreos en el recinto del campo, ni les habían permitido construirlos, de forma que los prisioneros no podían abandonar los barracones durante la noche para protegerse de las bombas que arrojaban sus compatriotas. Por el contrario, al sonar la primera alarma, los alemanes

enviaban a los hurones a la carrera a través del campo para que cerraran a cal y canto las puertas de cada barracón. Temían que los *kriegies* utilizaran la confusión provocada por los ataques aéreos para escapar, cosa en la que probablemente acertaban. Algunos prisioneros estaban dispuestos a arriesgarlo todo en un momento dado con tal de huir. La esperanza de fugarse constituía un potente narcótico. Los hombres adictos eran capaces de aprovecharse de cualquier ventaja a su alcance, incluso a sabiendas de que nadie había logrado jamás escapar del Stalag Luft 13. Los alemanes lo sabían, y cuando sonaban las sirenas cerraban las puertas con llave. De modo que los aviadores aguardaban dentro de sus barracones a que concluyera el ataque, aterrorizados y en silencio, escuchando el intenso fragor de las bombas, sabiendo que cualquier bomba en los arsenales que ellos mismos habían transportado a través del aire podía atravesar las toscas casuchas de madera en las que se alojaban, matándolos a todos.

Tommy ignoraba por qué los alemanes no les encerraban con llave en los barracones sean cuales fueren las circunstancias. Quizá no lo hacían porque habrían tenido que cerrar también todas las ventanas, lo cual les hubiera llevado varias horas. Por lo demás, los *kriegies* habrían podido construir unas puertas falsas y unas trampas por las que huir amparados por la oscuridad de la noche. El caso es que durante un ataque aéreo las puertas quedaban cerradas y las ventanas abiertas, lo cual no tenía ningún sentido. Tommy suponía que si empezaban a caer bombas en el campo era imposible predecir lo que habrían hecho los *kriegies*, por lo que el hecho de cerrar las puertas le parecía inútil. No obstante, los alemanes persistían en cerrarlas y en no dar explicaciones. Tommy dedujo que se limitaban a obedecer una rígida norma de la Luftwaffe, sin entrar a desentrañar su sentido.

Sus ojos se adaptaron poco a poco a la noche. Las formas y distancias que de día le resultaban familiares asumieron perezosamente forma y sustancia. Un negro silencio le envolvió, sólo interrumpido por la respiración acompasada de Scott.

—Sigamos adelante —murmuró el aviador de Tuskegee con tono quedo pero conminatorio.

Tommy asintió con la cabeza, no sin antes echar una prolongada ojeada al cielo. La luna, casi llena, arrojaba un oportuno haz de luz tenue sobre el camino, pero él buscaba las estrellas. Contó las constelaciones, reconociendo algunas formas en las disposiciones de las mismas, animado al contemplar el inmenso y vaporoso trazo blanco de la Vía Láctea. Era como ver a un viejo amigo aproximándose a lo lejos, pensó, y alzó a medias una mano en un gesto de saludo. Pensó que hacía meses que no se hallaba fuera en el silencio de la noche, interpretando las posiciones de las estrellas que brillaban en el firmamento. Recordó que era un navegante, y tras dirigir un último vistazo a las

parpadeantes motas de luz allá en lo alto, echó a andar a toda prisa hacia el *Abort*.

Ambos hombres caminaron en zigzag de sombra en sombra, moviéndose rápidos hacia los característicos olores de cal viva y aguas residuales que emanaban del *Abort*. Aquel hedor acre y familiar que en sus vidas anteriores habría abrumado y repugnado a los prisioneros del campo, para los *kriegies* era tan habitual como el olor a panceta frita a la hora del desayuno en tiempos de paz.

Sus pies emitían un sonido sofocado sobre la tierra húmeda. No dijeron una palabra hasta alcanzar la entrada del *Abort*, donde Tommy vaciló unos segundos, arrodillándose en un lugar muy oscuro, dejando que sus ojos escrutaran la oscuridad que les circundaba en busca del siguiente paso.

—¿Qué hacemos ahora, abogado? —preguntó Scott en voz baja—. ¿Qué es lo que busca?

Tommy entrecerró los párpados, tratando de concentrarse. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia Scott y murmuró:

—Usted es el hombre fuerte. Pues bien, imagine que tiene que transportar el cadáver de Vincent Bedford. Sobre el hombro izquierdo, al estilo de los bomberos. ¿Cuánto debía de pesar? ¿Treinta y cinco kilos? ¿Cuarenta?

—Cincuenta a lo sumo. Estaba muy flaco ese cabrón. Pero comía mejor que el resto de nosotros. Un peso gallo.

—De acuerdo, digamos cincuenta kilos. Pero era un peso muerto. ¿Hasta dónde podría usted transportar esa carga, Scott? Sobre el hombro izquierdo, recuerde.

—Yo no utilizaría mi hombro izquierdo...

—Lo sé.

En la oscuridad, Tommy vio al aviador asentir con la cabeza en señal de que había comprendido.

—No muy lejos. Es probable que más lejos de lo que usted imagina, porque la sangre estaría circulando con furia por las venas del asesino. Pero no muy lejos. No es como transportar a un compañero a quien intentas salvar. Quizás unos cien metros. Poco más o menos, según lo nervioso que estuviera.

Tommy empezó a calcular utilizando la distancia, teniendo en cuenta la trayectoria de los reflectores y la proximidad de los barracones. Había un lugar lo bastante cercano para hacer que el asesino eligiera precisamente este *Abort* y no otro. Y un trayecto hasta el *Abort* que le procurara cierta protección.

Tommy asintió, pero pensó que el motivo del asesinato se le seguía resistiendo.

—Tiene que evitar el reflector y a los gorilas junto a la alambrada y no hacer un

sonido que pueda despertar a un *kriegie*, y aquí es donde viene a parar. Así que, ¿dónde vamos ahora, teniente? —preguntó Tommy—. Deme su opinión.

Scott dudó unos segundos al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro, escudriñando la oscuridad que se extendía frente a ellos.

—Sígame —murmuró. Sin esperar una respuesta por parte de Tommy, el aviador negro se apresuró a través del callejón entre los dos barracones, pasando frente a la entrada del *Abort*. Avanzó lentamente, pegado al muro del barracón 102, hasta llegar al extremo del edificio. Tommy se afanó en seguirle.

Desde la sombra en que se hallaban, los dos hombres podían ver la alambrada, situada a treinta metros, que se prolongaba en torno al campo, dibujando un ángulo para cercar las zonas de ejercicios y de revista. En la oscuridad se alzaba una torre de vigilancia, distante otros cincuenta metros. Tommy sabía que la torre de vigilancia contenía un reflector, que en esos momentos estaba desconectado, y una ametralladora del calibre 30. Se estremeció. Abrió la boca para hablar cuando Lincoln Scott pronunció las mismas palabras que él iba a decir, susurrando.

—Por aquí no. Es demasiado arriesgado con esos guardias ahí arriba.

En éstas oyeron ladrar el perro de un *Hundführer*, al que su cuidador silenció. Los dos americanos se apretaron más contra el muro.

—Por el otro lado —propuso Tommy—. Es más largo, pero...

—... es más seguro —completó Scott.

De inmediato echaron a andar hacia el punto de partida. Avanzando con sigilo, los dos hombres tardaron un minuto en alcanzar la fachada del barracón 102. A su izquierda, al otro lado del recinto, estaban los escalones de acceso al barracón 101, del que habían salido hacía un rato.

Lincoln Scott dio un paso hacia los escalones de acceso al barracón 102, pero retrocedió en seguida. Ese gesto hizo que Tommy Hart se apretara contra el muro. Al cabo de unos segundos comprendió la razón. El reflector que les había perseguido desde el comienzo de su expedición seguía recorriendo el campo, iluminando la esquina de otro barracón situado a poca distancia.

«El mismo maldito problema en el otro extremo», pensó Tommy. Notó que respiraba de forma entrecortada, trabajosa. El reflector significaba la muerte. Quizá no una muerte segura, pero posible, y lo odió con una rabia súbita y total.

Se arrodilló sin dejar de observar el haz de luz que se movía a lo lejos, cortando la oscuridad como un sable.

Scott hizo lo propio junto a Tommy.

—Dudo que el asesino pasara por aquí si iba cargado con el cadáver —dijo.

Tommy se volvió a medias, contemplando el pasillo negro que conducía al *Abort*.

—No creo que lo asesinaran cerca de aquí. Habrían hecho demasiado ruido. Está muy cerca de todas las ventanas. Si Vic hubiera gritado, siquiera una vez, alguien le habría oído. El problema es que no me explico cómo pudo el asesino rodear ninguno de los dos extremos del edificio cargado con el cadáver. ¿Cómo diablos llegó hasta allí?

—Quizá no tuviera que rodear el edificio —repuso Scott en voz baja—. Es un problema que se les plantea a todos los miembros del comité de fuga y a los hombres que cavan un túnel, a cualquier hombre del barracón 101 que tenga que salir y hallarse en un determinado lugar por la noche, ¿no es así?

—Sí —respondió Tommy reflexionando.

—Lo cual significa que existe otra ruta. Una ruta que sólo conocen unos pocos —afirmó Scott—. Aquellos que necesitan utilizarla.

Scott volvió la cabeza y fijó la vista en un punto situado más allá de Tommy. Luego levantó la mano y señaló el barracón 102.

—Allí hay un espacio por el que puede arrastrarse un hombre —dijo sin alzar la voz—. Tiene que haberlo. Un camino para pasar por debajo de este barracón y salir al otro lado del mismo...

Scott no continuó, sino que comenzó a retroceder a gatas frente al barracón, mirando debajo del borde del edificio. Al llegar a la cuarta ventana, cuyos postigos estaban cerrados, se agachó de repente y murmuró con tono enérgico:

—Sígame, Hart.

El aviador negro se metió de pronto debajo del borde del barracón; sus piernas y sus pies desaparecieron como si se los hubiera tragado la Tierra.

Tommy se arrodilló sobre el duro suelo y se agachó para mirar debajo del barracón 102. Durante unos instantes detectó una leve sensación de movimiento en la absoluta oscuridad que reinaba debajo del edificio y dedujo que era Scott desliziéndose debajo de las tablas. El oscuro y estrecho espacio le producía agobio. Tommy respiró hondo y retrocedió un paso, casi como si temiera que aquel espacio vacío tratara de atraparlo. Su corazón empezó a latir con violencia y sintió un repentino calor en la frente. Boqueó de nuevo, casi como si le costara respirar, y se dijo: «No puedes meterte ahí.»

No quería reconocer que sentía pánico. Era una sensación profunda, arraigada en lo más profundo de su corazón, que se extendía hasta la boca del estómago, y después le retorció las tripas. Sacudió la cabeza. Se dijo que le era imposible meterse allí debajo.

No sin esfuerzo, Tommy volvió a contemplar el reducido espacio y comprobó que

Scott había atravesado todo lo ancho del barracón y había salido por el otro lado. El resplandor de la luna permitió a Tommy distinguir la distante salida. Un estrecho pasadizo en el que, a menos que uno andara buscándolo, nadie habría reparado. El barracón no medía más de diez metros de lado a lado, pero a Tommy se le antojaba un camino interminable. Meneó de nuevo la cabeza, pero el apremiante susurro de Scott se impuso a la voz interior que se negaba a seguir al aviador negro:

—¡Vamos, Hart! ¡Dese prisa, coño!

«No es un túnel —se dijo Tommy—. No es una caja. Ni siquiera está bajo tierra. No es sino un espacio estrecho con el techo bajo. De día, no representaría ningún problema. Es como deslizarse debajo de un coche para reparar la transmisión.»

—¡Hart! —insistió Scott—. ¡Decídase de una vez!

Tommy comprendió que, al fin y al cabo, la idea de abandonar el dormitorio en plena noche había sido suya, así como la de encontrar el lugar del crimen. Se dijo que no tenía más remedio que hacerlo, así que, tratando febrilmente de borrar de su mente temores y temblores, fijando los ojos en la lejana salida, se introdujo debajo del edificio y comenzó a arrastrarse veloz, con el afán de un hombre desesperado.

Avanzó a rastras, arañando la tierra suelta de debajo del barracón. Se golpeó la cabeza contra las tablas, pero siguió adelante, sintiendo de pronto el amargo sabor del pánico, que amenazaba con paralizar todos sus músculos. Durante unos instantes, pensó que estaba perdido, que no llegaría a la salida. Imaginó que se ahogaba y luchó contra la ola de terror. Perdió la noción del tiempo, incapaz de discernir si llevaba segundos u horas en el pasadizo, y empezó a toser y a asfixiarse al tiempo que seguía avanzando. Se sentía abrumado por el pánico y temió perder el conocimiento, pero de pronto logró atravesar el pasadizo, rodando hacia delante. Scott lo sujetó y le ayudó a ponerse en pie.

—¡Joder, Hart! —murmuró el aviador negro—. ¿Qué demonios le ha ocurrido?

Tommy intentaba recuperar el resuello, como un hombre al que acaban de rescatar del mar embravecido.

—No puedo hacerlo —respondió—. No puedo meterme en espacios cerrados. Es claustrofobia. De verdad, no puedo hacerlo.

Las manos le temblaban y el sudor le chorreaba por las mejillas. Se estremeció, como si el aire de la noche hubiera refrescado de improviso.

—Tranquilo —dijo Scott rodeando los hombros de Tommy con un brazo—. Lo ha conseguido, lo ha hecho usted muy bien.

—Nunca más —replicó Tommy meneando la cabeza.

Respirando con dificultad, levantó la cabeza y escudriñó la oscuridad que les rodeaba. Era como hallarse en otro mundo, el haber llegado de repente al callejón entre dos

barracones desconocidos. Aunque en realidad había poca diferencia, le produjo una sensación rara, singular. Tommy contempló el corredor.

Entonces vio lo que esperaba.

Los barracones estaban dispuestos de forma típicamente alemana, en estrictas hileras. Pero el barracón 103, situado junto al extremo del 102, formaba un ligero ángulo. Como no habían retirado el tocón de un alto árbol que habían talado al desbrozar el terreno para construir el campo, habían tenido que construir el edificio más cerca del barracón contiguo. La estrecha V que formaba la extraña convergencia de ambos barracones, creaba un lugar oscuro, en sombra.

—Allí —dijo Tommy señalándolo con el dedo—. Vamos.

Los dos hombres reemprendieron el camino. Tommy vio un pequeño terreno cultivado y distinguió las formas de unas plantas. Pero la zona estaba aún más oscura que las otras, mejor protegida de la noche que los barracones instalados en el otro extremo. El techado ocultaba la luna. El estrecho espacio parecía desafiar al reflector, que permanecía posado sobre el tejado de un barracón situado enfrente, derramando un poco de luz sobre los callejones, pero creando al mismo tiempo múltiples y densas sombras. La alambrada, con los guardias que vigilaban el perímetro y la torre de vigilancia donde se hallaban apostados los gorilas, describía un rodeo en torno a otros tocones comprendidos en el recinto. Este detalle llamó la atención de Tommy, que pensó que de día ese lugar sin duda recibía menos sol, motivo por el cual resultaba chocante que un *kriegie* lo eligiera para plantar un huerto.

Tommy reflexionó. Un lugar donde uno podía permanecer al acecho. Un lugar tranquilo. Muy oscuro. Avanzó unos pasos y luego se volvió, percatándose de que él permanecía oculto en la oscuridad, mientras que una persona que anduviera por el callejón sería localizada contra los distantes reflectores. Se dijo que aquél era buen lugar para quien esperaba cometer un asesinato.

Tommy experimentó una intensa satisfacción, aunque persistía una pregunta que empañaba su entusiasmo: «¿Qué hacía Trader Vic en ese lugar oscuro? ¿Qué le había atraído hasta allí, donde un hombre armado con un estilete esperaba para clavárselo por la espalda?»

Algo lo había atraído al lugar donde convergían los dos barracones. Algo que él no creía que entrañara peligro. O que podía resultar lucrativo. Ambas cosas eran posibles tratándose de Trader Vic. Pero allí le esperaba la muerte.

Tommy se volvió despacio, contemplando los barracones a su alrededor. Se postró sobre una rodilla, sintiendo el contacto de la tierra removida.

¿Pero por qué trasladó el asesino el cadáver? Era menos expuesto dejar el cuerpo de

Vincent Bedford allí. A menos que en ese lugar hubiera algo que el asesino no quería que se descubriera.

—¿Qué opina? —murmuro Scott—. Parece el lugar idóneo para hacer algo sin llamar la atención.

—Creo que regresaré cuando sea de día —respondió Tommy, asintiendo con la cabeza—. Para echar un vistazo. Pero yo diría que este lugar pudo haber sido la escena del crimen.

—Entonces, larguémonos ya.

—De acuerdo —repuso Tommy irguiéndose. Pero al avanzar un paso, Scott le sujetó de pronto del brazo.

Ambos hombres permanecieron inmóviles.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tommy en voz baja.

—He oído algo. Calle.

—¿Qué?

—¡Le he dicho que se calle!

Ambos retrocedieron hacia el muro del barracón. Tommy contuvo el aliento, tratando de borrar de la noche incluso el sonido de su propia respiración. De pronto oyó un golpe sordo, inconfundible pero que no pudo descifrar de dónde provenía. Entonces percibió un segundo ruido: una especie de chirrido.

Scott tiró de la manga de Tommy. Sostuvo un dedo sobre sus labios para silenciarlo y le indicó que no se alejara de su lado. Luego el aviador negro echó a andar con la agilidad de un gato, por el sombrío callejón. Tommy pensó que Scott parecía acostumbrado a moverse con sigilo. Trató de seguirlo, avanzando tan silenciosamente como pudo, confiando en que sus pasos quedaran sofocados por la noche que les rodeaba.

Pero cada movimiento que hacía le parecía que despertaba un estrépito. Sintió que su pulso galopaba y volvió la cabeza, escrutando la oscuridad en busca del origen de los sonidos que les perseguían. Cada sombra parecía moverse, cada retazo de la noche parecía contener una forma imposible de identificar. Cada gota de oscuridad parecía ocultar un gesto amenazador.

Tommy creyó percibir la respiración de alguien, luego le pareció advertir las recias pisadas de alguien calzado con botas caminando por el cercano campo de ejercicios, pero comprendió que en realidad no percibía nada salvo el angustioso y violento latir de su corazón.

Cuando llegaron al angosto espacio debajo del barracón, Tommy notó que le

temblaban las manos. Sintió el sabor de bilis en su garganta reseca y era incapaz de articular una palabra.

Scott se detuvo, se inclinó hacia Tommy.

—Estoy seguro de que alguien nos sigue —le susurró al oído—. Si es un alemán, debemos impedir que descubra el pasadizo debajo del barracón. Si sospecharan que los *kriegies* utilizan ese espacio para desplazarse por él, mañana lo taparían con cemento. Debemos evitarlo. Trataremos de rodear la fachada esquivando al reflector.

Tommy asintió con la cabeza, experimentando una curiosa sensación de alivio al saber que no tendría que volver a introducirse por el pasadizo. Aparte de esa sensación de alivio, comprendió que la observación de Scott era acertada. Tommy pensó que Scott seguía pensando como un soldado. Pero en aquel momento no sabía qué le atemorizaba más, si verse obligado a arrastrarse debajo del barracón 102, tratar de esquivar al reflector o esperar a que apareciera el perseguidor. Todas esas perspectivas le parecían igualmente horribles.

—Pero puede que sea uno de los nuestros —murmuró Scott—. Aunque quizás eso será peor... —Dejó que sus palabras se alejaran flotando en el resbaladizo y fresco ambiente.

Después de echar una ojeada al vacío que había quedado tras ellos, Scott avanzó despacio hacia la esquina de la fachada del barracón 102. Tommy le siguió pegado a sus talones, volviéndose también un par de veces, imaginando que unas formas se movían raudas en medio de la oscuridad. Al alcanzar la fachada del barracón, Scott se agachó y asomó la cabeza por la esquina.

Casi de inmediato, el aviador negro se volvió hacia Tommy.

—¡La luz se aleja! —dijo. Hablaba en susurros pero su voz contenía el tono apremiante de un grito—. ¡Vamos, ahora!

Sin titubear, Scott dobló la esquina, esquivando los escalones de acceso al barracón 102, agitando los brazos, corriendo hacia la puerta del barracón 101 como un delantero centro al distinguir un agujero en la línea de defensa. Tommy se lanzó de prisa detrás de Scott, pero no a la velocidad del otro. Vio el haz del reflector surcar la noche, alejándose de ellos, bendiciéndoles con la oscuridad que hacía unos momentos le parecía llena de horrores. Luego vio a Scott salvar los escalones del barracón de un salto, asir el pomo de la puerta y abrirla. Cuando el reflector alteró súbitamente su trayectoria y comenzó a desplazarse rápidamente hacia él a través del campo de ejercicios y los barracones de madera, Tommy realizó un último *sprint*, volando a través del aire los últimos palmos que le separaban del barracón. Entró precipitadamente en él. Scott cerró de inmediato la puerta y se arrojó al suelo, junto a Tommy. Al instante pasó un halo de luz sobre la

fachada del barracón 101, tras lo cual continuó su recorrido, ajeno a la presencia de los dos hombres tendidos junto a la puerta.

Ambos guardaron silencio, respirando de forma rápida y espasmódica. Al cabo de un minuto, Scott se incorporó apoyándose sobre un codo. Al mismo tiempo, Tommy tanteó el suelo hasta hallar la vela que había dejado y sacó una cerilla del bolsillo de su camisa. La encendió en la pared y aplicó su oscilante llama a la vela, cuyo resplandor dejó ver la sonrisa del piloto.

—¿Tiene pensada alguna otra aventura para esta noche, Hart?

Tommy negó con la cabeza.

—Para una noche ya es suficiente.

Scott asintió, sonriendo.

—Bien, entonces nos veremos por la mañana, abogado.

Se echó a reír. Su blanca dentadura brilló a la luz de la vela.

—Me pregunto quién nos ha estado siguiendo fuera. ¿Un alemán? —Scott emitió un bufido—. Da a uno que pensar, ¿no cree?

Luego se encogió de hombros, se puso de pie junto a Tommy y, después de quitarse sus botas de aviador, echó a andar por el pasillo sin decir otra palabra.

Tommy hizo lo mismo y se formuló la misma pregunta. ¿Amigo o enemigo, o es que no había forma de distinguir una cosa de otra? Mientras trataba de desatar los cordones de sus botas, comprobó que las manos le temblaban. Se detuvo unos momentos para serenarse.

Hacía una mañana espléndida, llena de promesas primaverales, con tan sólo unas pocas y vaporosas nubes que se deslizaban por el distante horizonte como barcos de vela sobre el lejano mar. Era una mañana que hacía pensar que la guerra era ilusión. El magnífico tiempo parecía haber afectado también a los alemanes, quienes completaron rápidamente el recuento matutino y ordenaron a los prisioneros que rompieran filas con mayor presteza y eficacia de lo habitual. Los *kriegies* se dispersaron perezosamente a través del recinto; algunos hombres se congregaron en unos grupos en el campo de revista, fumando, comentando los últimos rumores, chismorreando y contando los mismos chistes que venían contando a diario desde meses atrás. Otros se reunieron para disputar el consabido partido de béisbol. Algunos se quitaron la camisa y se sentaron fuera para gozar de la tibieza del sol; otros se pusieron a caminar por el perímetro junto a la alambrada, como si pasearan por un parque, aunque los reflejos que el sol arrancaba al alambre de espino servía para recordarles dónde se encontraban.

Como era de prever, Tommy Hart vio a Lincoln Scott atravesar a paso de marcha el

campo de revista y entrar en el barracón 101, solo, sin mirar a los lados, para regresar a su habitación, su Biblia y su soledad. Luego comenzó a retroceder sobre los pasos que ambos habían dado la noche anterior.

Trató de no llamar la atención, aunque pensó no sin cierta aprehensión que al adoptar un aire tan despreocupado acabaría por conseguir todo lo contrario. Pero era inevitable. Anduvo con lentitud, como si estuviera enfrascado en sus pensamientos. Hizo caso omiso del estrecho espacio debajo de la cuarta ventana del barracón 102, resistiendo el impulso de inspeccionarlo de día. Seguía rondándole por la cabeza un par de preguntas sobre el pasadizo, pero no se había formulado las preguntas en su mente. Había algo, como tantas otras cosas, que le chocaba, que le parecía fuera de lugar. Había una relación, un vínculo que no lograba descifrar. Por lo demás, no quería que nadie supiera que Scott y él habían localizado la ruta debajo de los barracones.

Pasó sin prisas frente a la fachada del barracón 102, arrastrando los pies, deteniéndose de vez en cuando para apoyarse en el edificio y dar una calada a su pitillo, volviendo la cabeza hacia el sol. A la luz del día, la distancia no escondía peligros. Tragó saliva para reprimir un escalofrío, al tiempo que recordaba la incursión nocturna de la víspera.

Le llevó algunos minutos doblar la esquina simulando pereza y echar a andar rápidamente por el callejón formado por la convergencia de los dos barracones. De día, la V generada por el tocón resultaba aún más pronunciada, y a Tommy le sorprendió no haberse percatado antes de ello.

Tommy se detuvo antes de aproximarse al lugar situado al final de los dos barracones. Se volvió con ligereza, para comprobar si alguien le observaba, pero era imposible adivinarlo: un *kriegie* estaba sentado en un escalón, remendando unos calcetines de lana, manejando con soltura la aguja sobre la que se reflejaba el sol; otro estaba apoyado leyendo con atención un manoseado libro de bolsillo. Dos hombres se solazaban jugando con una pelota de béisbol junto a la fachada del barracón 103. Otros tres, situados a pocos metros, discutían gesticulando y riendo. Otros pasaban de largo, algunos caminaban distraídos, otros como si llevaran prisa; era imposible adivinar si alguno lo observaba. Apoyado en el muro del barracón, encendió otro cigarrillo, tratando de no llamar la atención. Fumó despacio, mirando a los lados, observando a los demás. Cuando terminó, arrojó la colilla de un papirotazo. Luego se volvió con brusquedad y se dirigió hacia el punto de convergencia de ambos barracones.

El pequeño huerto que había vislumbrado en la oscuridad presentaba un aire triste y casi abandonado. Había patatas y unas verduras que pugnaban por arraigar. La cosa era sospechosa, la mayoría de los huertos de los prisioneros de guerra eran atendidos con

extraordinario mimo y dedicación; los hombres que los plantaban estaban muy encariñados con ellos, no sólo por los productos que les proporcionaban, que contribuían a suplir las escasas raciones de comida que obtenían de los paquetes de la Cruz Roja, sino debido a la gran cantidad de tiempo que les dedicaban.

Éste era diferente. Tenía un aire sombrío, descuidado. La tierra había sido removida, pero había unos terrones que nadie se había molestado en deshacer. Algunas plantas precisaban ser podadas. Tommy se arrodilló, sintiendo el contacto de la tierra. Estaba húmeda, tal como había supuesto, dada la escasez de sol que se filtraba allí. Emanaba un olor acre, a podrido.

Tommy contempló la tierra de color pardo. Si el asesino hubiera derramado sangre aquí, pensó, éste no habría tenido mayores dificultades en regresar al día siguiente y cubrirla con tierra. Con todo, observó detenidamente el pequeño terreno, hasta el borde del barracón 103.

De pronto se detuvo, notando que su corazón latía aceleradamente.

Fijó los ojos en una maltrecha tabla grisácea, instalada justo sobre el suelo. El muro mostraba una mancha pequeña pero visible color marrón oscuro, casi granate. Seca, como una escama.

Tommy se levantó. Tuvo la presencia de ánimo de volverse para comprobar de nuevo si alguien le espiaba. Observó a cada uno de los hombres que caían en su campo visual. Comprendió que era posible que alguno de ellos, o todos, estuviera observando lo que hacía. Hizo un rápido cálculo mental al tiempo que se volvía para examinar de nuevo la mancha que había advertido en el muro. Respiró hondo. Era lo que él había imaginado. Si se acercaba, sabía que le proporcionaría un dato al hombre que había asesinado a Vincent Bedford, y Tommy no quería hacerlo. Existe una línea sutil que separa la estrategia de defender a un hombre negando su culpabilidad —rebatando las pruebas contra él y ofreciendo unas explicaciones alternativas a los hechos— y el momento en que la defensa asume un ataque distinto. Cuando modifica el rumbo y se adentra en aguas procelosas, señalando con un dedo acusador a otra persona. Tommy sabía que el dar un paso adelante entrañaba ciertos riesgos.

Echó de nuevo un vistazo a su alrededor.

Luego, sin darle mayor importancia, echó a andar entre las descuidadas hileras de verduras plantadas junto al barracón 103. Se arrodilló y tocó con las yemas de los dedos la mancha. Era sangre seca.

Pasó los dedos por la tierra. Cualquier otro indicio de muerte había sido absorbido, pero esta tabla había captado uno. Poca cosa, pero ya era algo. Tommy trató de imaginar la secuencia que se había desarrollado por la noche. El hombre armado con el cuchillo.

Vic vuelto de espaldas a él. El golpe rápido y contundente, asestado con la precisión de un asesino.

Pensó que Vic debió de dar unas sacudidas convulsivas y desplomarse en brazos del hombre que le había matado, ligeramente ladeado, inconsciente durante unos momentos, mientras se desangraba.

Estremecido, Tommy volvió a examinar la tabla. Comprendió que los mismos ángulos que la oscuridad había creado en aquel lugar también habían impedido que la reciente lluvia lavara la mancha. Lo cual no dejaba de ser una triste ironía, pensó fríamente con una mueca entre amarga y divertida.

Durante unos instantes, Tommy no supo qué hacer. Si hubiera tenido a su lado al artista irlandés, le habría pedido que hiciera un boceto. Pero pensó que las probabilidades de que fuera en busca de Colin Sullivan en el recinto norte y hallara la mancha intacta al regresar, eran escasas. Lo más prudente era suponer que alguien le espiaba.

Así pues, Tommy asió la tabla y tiró de ella con fuerza. Se oyó un crujido y la delgada madera cedió.

Tommy se levantó, sosteniendo el trozo de madera que se había desprendido. La mancha de sangre estaba en el centro de la tabla. Al aproximarse más comprobó que los daños sufridos por la pared del barracón 103 eran mínimos, aunque apreciables. Se volvió, advirtiéndole que una docena de *kriegies* había dejado de hacer lo que estaba haciendo y le observaba con fijeza. Confió en que la curiosidad que traslucían sus rostros fuera la típica curiosidad de los *kriegies*, fascinados por cualquier cosa que se les antojara insólita o distinta, que rompiera la tediosa monotonía del Stalag Luft 13.

Se echó la tabla al hombro, como si fuera un rifle, preguntándose si acababa de hacer algo no sólo estúpido sino muy peligroso. Claro que la guerra consistía precisamente en colocarse en situaciones arriesgadas. Eso era lo fácil. Lo difícil era sobrevivir a los riesgos.

Se dirigió hacia el extremo del barracón y vio que uno de los hombres que jugaba al béisbol era el capitán Walker Townsend. El virginiano saludó a Tommy con un gesto de la cabeza, reparando en la tabla que transportaba al hombro, pero no interrumpió el juego. Por el contrario, atrapó la pelota en el aire con un movimiento preciso y elegante. La pelota emitió un sonido fuerte y seco al golpear el desteñido guante de cuero que llevaba el capitán.

Tommy entregó la tabla manchada de sangre a Lincoln Scott, que estaba sentado en su litera. Al verlo entrar en la habitación, el piloto negro lo miró con sorpresa y agrado.

—Hola, abogado —dijo—. ¿Más excursiones?

—Regresé al lugar donde estuvimos anoche y encontré esto —respondió Tommy—. ¿Puede ponerlo a buen recaudo?

Scott tomó la tabla de sus manos y la examinó con detención.

—Supongo que sí. ¿Pero qué es?

—La prueba de que Trader Vic fue asesinado entre los barracones 102 y 103, allí donde creíamos nosotros. Es sangre reseca, creo.

Scott sonrió, pero negó con la cabeza.

—Es posible. Pero también podría ser barro, o pintura. Supongo que no tenemos los medios para analizarlo, ¿verdad?

—No. Pero la parte contraria tampoco.

Scott siguió observando la tabla con escepticismo, pero asintió con la cabeza.

—Aunque sea sangre, ¿cómo podemos demostrar que pertenecía a Bedford?

Tommy sonrió.

—Pensando como un abogado, teniente —contestó—. Quizá no tengamos que hacerlo. Nos limitaremos a sugerirlo. Se trata de crear las suficientes dudas sobre cada aspecto del caso para que toda la estrategia de la acusación se desmorone. Ésta es una pieza importante.

Scott seguía mostrándose escéptico.

—Me pregunto de quién será el huerto —comentó mientras manipulaba con cautela la tabla que Tommy había desprendido del muro, examinándola una y otra vez—. Quizá nos indique algo.

—Es posible —convino Tommy—. Supongo que debí de averiguar ese punto antes de atraer la atención sobre el lugar. No creo que tengamos muchas posibilidades de obtener esa información.

Scott asintió con la cabeza y guardó la tabla debajo de su camastro.

—Sí —dijo pausadamente—. ¿Por qué alguien iba a ayudarnos?

El aviador negro se enderezó e, inopinadamente, se puso serio. Parecía como si de golpe algo le hubiera arrancado de sus reflexiones para obligarle a regresar a la realidad. Echó un rápido vistazo entorno, pasando por alto a Tommy, examinando cada una de las recias paredes de madera, su prisión dentro de la prisión. Tommy intuyó que Scott había viajado a algún lugar en su imaginación y al regresar había asumido de nuevo su hosca actitud, como si estuviera enojado con todos. Tommy se abstuvo de comentar que varias personas trataban de ayudar al aviador negro. En vez de ello, se volvió hacia la puerta para abandonar la habitación, pero antes de que pudiera dar un paso, Scott le detuvo con

una mirada furiosa y una pregunta formulada con tono de amargura:

—¿Cuál es el siguiente paso, abogado?

Tommy se detuvo antes de responder.

—Pura rutina. Hablaré con algunos testigos de la acusación para averiguar qué diablos van a decir y luego comentaré nuestra estrategia con Phillip Pryce y Hugh Renaday. Gracias a Dios que cuento con la ayuda de Phillip. Si hemos adelantado algo, es gracias a él. En cualquier caso, cuando me haya entrevistado con él, usted y yo empezaremos a prepararnos para el lunes por la mañana, porque estoy seguro de que Phillip habrá esbozado un guión que habremos de seguir al pie de la letra.

Scott asintió, dando un leve respingo.

—Tengo la impresión —dijo en voz baja—, que las cosas no se desarrollarán de forma tan teatral.

Tommy había abierto la puerta y se disponía a salir, pero al oír la frustración que expresaban las palabras de Scott se volvió.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—¿No ve el problema? ¿Está usted ciego, Hart?

Indeciso, Tommy entró de nuevo en el pequeño cuarto de literas.

—Veo que estamos acumulando pruebas y datos que confío que entorpezcan los esfuerzos de la acusación demostrando las mentiras...

—Supuse que bastaría la verdad para demostrar mi inocencia —le interrumpió Scott meneando la cabeza.

—Ya lo hemos hablado —replicó Tommy secamente—. Rara vez ocurre así. No sólo ante un tribunal, sino ante cualquier circunstancia.

Scott suspiró y se puso a tamborilear con los dedos sobre el cuero de su Biblia.

—De modo que podemos demostrar que Bedford no fue asesinado en el *Abort*. Podemos sugerir que lo mataron de una forma que indica un asesinato. Podemos alegar que el arma del crimen no fue el cuchillo que colocaron aquí para incriminarme, aunque no podemos explicar por qué está manchado con la sangre de Bedford o de otra persona. Podemos alegar que la noche de autos el verdadero asesino robó mis botas y mi cazadora, aunque será difícil que un juez acepte este hecho. Supongo que podemos rebatir cada aspecto del caso de la acusación. ¿Pero qué sacaremos con ello? Los otros tienen la prueba más contundente, la prueba que me conducirá ante el pelotón de fusilamiento.

Tommy contempló al impulsivo piloto de caza y por primera vez desde que lo conoció en la celda de castigo pensó que era un hombre complicado. Scott había vuelto a

sentarse en la litera, con la espalda encorvada, desalentado. Parecía la viva imagen de un deportista que sabe que el partido está perdido, aunque no haya finalizado aún. Scott alzó su gigantesco puño derecho y se frotó las sienes. El aventurero de la noche anterior, el hombre seguro de sí que había salido en busca de pruebas para demostrar su inocencia sin dejarse amedrentar por la oscuridad ni los peligros que acechaban en el campo, había desaparecido. El piloto de caza que había encabezado la misión de medianoche parecía haberse evaporado. En su lugar había ahora un hombre resignado, abatido; un hombre que todavía tenía fuerzas y velocidad pero que era rehén de su situación. Tommy pensó que la historia era tan culpable de las circunstancias en las que se hallaba de aviador negro como cualquier prueba en su contra.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

Scott suspiró y esbozó una sonrisa de tristeza.

—El odio —repuso.

Tommy no dijo nada. Tras dudar unos instantes, el aviador negro prosiguió:

—¿Tiene usted idea de lo agotador que resulta ser odiado por tantas personas?

Tommy negó con la cabeza.

—Eso supuse —dijo Scott. Sus palabras destilaban amargura. Luego enderezó la espalda, como con renovada energía—. En cualquier caso, ésta es la verdad y ellos podrán probarla más allá de toda duda razonable: yo odiaba a Bedford y él me odiaba y está muerto. El odio es cuanto necesitan. Cada testigo que llamen a declarar, cada prueba que tengan (por falsa, artificial o inventada que sea, Hart) estará respaldada por el odio. Y cada decisión que se tome en este «juicio» que comenzará el lunes, estará condicionada por el odio. Todos me odian, Hart. Todos ellos. Claro, supongo que hay hombres en este campo a quienes yo les soy indiferente, y otros que saben que mi grupo de cazabombarderos les salvó el pellejo en más de una ocasión. Esos hombres están dispuestos a tolerarme. Pero a la postre, todos son blancos y yo soy negro, y eso significa odio. ¿Qué le hace pensar que el lunes conseguiremos algo, al margen de lo que podamos demostrar? Los negros jamás hemos conseguido nada. Jamás. Desde que el primer esclavo fue sacado de la bodega del primer barco, encadenado, y fue vendido en pública subasta.

Tommy abrió la boca para hablar. Había algo en la grandilocuencia de las palabras de Scott que le irritaba sobremanera, y quería decírselo. Pero Scott levantó la mano como un guardia en una esquina dirigiendo el tráfico, para interrumpirlo.

—No le culpo, Hart. No creo que sea usted necesariamente uno de los peores. Creo que hace todo lo posible para sacarme del apuro. Cosa que le agradezco. De veras. Pero a veces, cuando estoy aquí sentado, me pongo a pensar, como esta mañana, que eso no va

a servirme de nada.

Scott sonrió, meneando la cabeza.

—Quiero que sepa, Hart —continuó—, que no le culpo por lo que pueda ocurrir. La culpa es del odio. ¿Quiere saber algo gracioso? Usted también lo tiene. Usted, Renaday y Pryce. Quizá no en la medida de MacNamara, Clark y ese desdichado cabrón al que han asesinado, pero lo tienen, en alguna parte de su ser, quizá donde no pueden ni verlo, ni sentirlo. Cuando termine este asunto, el último retazo de odio hacia mí y las personas como yo le llevará a usted hacer algo. O a no hacer nada, da lo mismo. Quizá no sea algo espectacular, importante o crucial, pero algo, como por ejemplo, omitir una pregunta clave. No querer desbaratar las cosas. ¿Quién sabe? Pero en última instancia, pensará que el hecho de salvar mi miserable pellejo no vale el precio que se le exige.

Tommy debió de poner cara de sorpresa, porque Scott rompió de nuevo a reír sacudiendo la cabeza.

—Tiene que comprender, señor Blanco Harvard de Vermont, que lo lleva dentro y no puede hacer nada por remediarlo —prosiguió Scott, expresándose momentáneamente con el tono cantarín propio de algunos negros, como burlándose de su situación—. Al final asomará la cabeza ese viejo y diabólico odio. Usted no dará el paso que puede dar, porque yo no soy un hombre blanco.

Scott suspiró y su voz recobró el tono educado y monótono de Chicago al que estaba acostumbrado Tommy.

—Pero debe saber, Hart, que no se lo reprocho. Usted hace lo que puede, y se lo agradezco. En todo caso, cree hacer lo que puede. Pero yo conozco la naturaleza de la gente. Quizás estemos encerrados aquí detrás de una alambrada, en el Stalag Luft 13, pero la naturaleza humana no cambia. Ése es el problema con la educación, ¿comprende? No conviene sacar al chico de la granja. Eso le abre los ojos y lo que ve no siempre es lo que desea ver. Por ejemplo a negros y blancos. Porque no existe una sola prueba en el mundo lo bastante contundente para negar la evidencia del odio y los prejuicios.

Scott señaló la tabla manchada de sangre que había guardado debajo de la litera.

—Y menos un pedazo de madera —dijo.

Tommy reflexionó unos instantes sobre la perorata del aviador negro.

—Se me ocurre algo —contestó.

—¿De veras? —preguntó Scott sonriendo—. Pues es usted más inteligente de lo que pensaba, Hart. ¿De qué se trata?

—Alguien odiaba a Trader Vic más que usted. Sólo tenemos que dar con ese odio tan intenso. Alguien odiaba a Vic lo bastante para matarlo, incluso aquí.

Scott se tumbó de espaldas en su litera y prorrumpió en sonoras carcajadas.

—Muy bueno, Hart —dijo, dilatando el pecho y alzando la voz—. Lleva usted razón. Pero, en esta guerra, es muy sencillo asesinarlos unos a otros. Y no estoy seguro de que el móvil sea siempre el odio. Por lo general, tiene más que ver con la conveniencia. — Scott pronunció la última palabra con tono sarcástico, antes de continuar—. Pero lo que usted dice es, digamos, que remotamente sensato.

Lincoln Scott volvió a tumbarse, como si estuviera cansado. Luego se puso de pie poco a poco y se acercó a Tommy.

—Extienda la mano, Hart —dijo.

Tommy alargó la mano, extrañado de que Lincoln Scott quisiera estrechársela en esos momentos. Pero en lugar de hacer eso, Scott alzó su mano y la colocó junto a la de Tommy. Una negra y otra blanca.

—¿Ve la diferencia? —preguntó Scott—. No creo que nada de lo que digamos en ese tribunal consiga que alguno de ellos olvide este hecho. Ni por un puñetero segundo.

Scott comenzó a volverse de espaldas, pero se detuvo y se giró de nuevo hacia Tommy.

—Pero será divertido intentarlo. No soy un tipo que se rinda sin plantar batalla, ¿comprende, Hart? Esto se aprende en el ring. Lo aprendes en el aula del instituto cuando eres el único negro y tienes que esforzarte más que tus compañeros blancos para que no te suspendan. Lo aprendí en Tuskegee cuando los instructores blancos echaban a unos tíos del programa —unos tíos que daban sopas con honda a cualquier piloto blanco— por no haberles saludado con la suficiente presteza en el campo de revista. Y antes de que partiéramos a la guerra para morir por nuestro país, cuando los miembros de la banda local del Klan decidieron ofrecernos una simpática despedida al estilo sureño quemando una cruz junto al perímetro del campo. El fuego iluminó la noche, porque la policía militar que vigilaba el campo no creyó necesario avisar a los bomberos para que extinguieran las llamas, lo cual no deja de ser significativo. Lo aprendes en el campo de prisioneros de guerra, y no por oírlo de boca de un alemán. Quizá sea inevitable perder. Todos tenemos que morir algún día, Hart, y si a mí me ha llegado la hora, no hay remedio. Pero no me iré de esta vida sin asestar un par de puñetazos, de los que hacen daño. La única forma de conservar la dignidad es pelear y seguir avanzando, ¿comprende? Eso era lo que predicaba mi padre desde el púlpito los domingos por la mañana. Por pequeño que sea el paso, hay que seguir avanzando. Aunque conozcas de antemano el resultado.

—Yo no doy por sentado... —empezó a decir Tommy, pero Scott volvió a interrumpirle.

—Ése es el lujo de una actitud decididamente blanca. La mía tiene un color distinto —dijo Scott.

Cuando se volvió de espaldas a Tommy, se agachó y tomó la Biblia de su litera. Pero en lugar de sentarse, se dirigió hacia la ventana del dormitorio, se apoyó contra la pared junto a ella y contempló el campo, aunque Tommy no habría sabido adivinar en qué pensaba.

Había media docena de *kriegies* esperando en el pasillo, delante del solitario dormitorio de Lincoln Scott. Cuando Tommy salió y cerró la puerta detrás suyo, todos se apelotonaron frente a él, interceptándole el paso. Tommy se paró en seco y los miró.

—¿Alguien tiene un problema? —preguntó con calma.

Después de un silencio momentáneo, uno de los hombres avanzó hacia él. Tommy lo reconoció. Había sido compañero de cuarto de Trader Vic y su nombre figuraba en la lista de testigos que Tommy llevaba en el bolsillo del pecho.

—Eso depende —contestó el *kriegie*.

—¿De qué?

—De lo que tú te propongas, Hart.

El hombre se situó en medio del pasillo, con los brazos cruzados. Los otros formaron una falange a su espalda. Ni la expresión de amenaza en sus ojos ni su actitud dejaba lugar a dudas. Tommy respiró hondo y apretó los puños, no sin decirse que debía conservar la calma.

—Me limito a cumplir con mi obligación —respondió tranquilo—. ¿Y tú qué haces?

El compañero de cuarto de Trader Vic era un tipo fornido, más bajo que Tommy, pero con el cuello y los brazos más recios y musculosos. Llevaba barba de varios días y lucía la gorra inclinada hacia atrás.

—Vigilarte, Hart.

—No consiento que nadie me vigile —replicó con energía avanzando hacia su interlocutor—. Apartaos.

Los hombres se agruparon en un bloque más compacto, impidiéndole pasar. El compañero de cuarto de Trader Vic se plantó a escasos palmos de Tommy, sacando pecho.

—¿Qué tiene esa tabla, Hart? La que arrancaste del barracón 103.

—Eso es cosa mía. No te concierne.

—En eso te equivocas —replicó el otro. Esta vez acentuó sus palabras clavando tres veces el índice en el pecho de Tommy, obligándole a retroceder un paso—. ¿Qué tiene

esa tabla? ¿Es algo relacionado con ese cabrón que asesinó a Vic?

—Ya te enterarás junto con los otros.

—No. Quiero enterarme ahora.

El hombre avanzó hacia Tommy y los otros hicieron lo propio. Tommy observó sus rostros. Reconoció a la mayoría de ellos; eran unos hombres que habían jugado al béisbol con Vic, o que habían hecho tratos con él. Tommy comprobó asombrado que uno de los hombres, situado al fondo, era el director de la banda de jazz que había dirigido el concierto junto a la alambrada en homenaje a los muertos en el túnel. Era extraño, no sabía que Vic fuera amigo de los músicos.

El compañero de cuarto de Vic clavó de nuevo el dedo en el pecho de Tommy para atraer su atención.

—No te oigo, Hart.

Tommy se abstuvo de responder. De pronto, se abrió la puerta del dormitorio de Scott. No se volvió, pero se percató de la presencia de otra persona a su espalda y, a juzgar por la expresión de los *kriegies*, dedujo que se trataba de Scott.

Los hombres callaron. Tommy les oyó contener el aliento, a la espera de lo que pudiera ocurrir. Al cabo de unos instantes, el compañero de cuarto de Vic rompió el silencio.

—Fuera, Scott. Estamos hablando con tu portavoz. No contigo.

Scott se colocó junto a Tommy, a quien sorprendió percibir un tono de aspereza y regocijo en la respuesta del aviador negro.

—¿Buscáis pelea? —inquirió éste con tono despreocupado—. Si eso es lo que queréis, ya sé a quién le daré la primera hostia.

Los hombres no respondieron de inmediato.

—Sí, me encantaría pelear con vosotros —repitió Lincoln Scott soltando una carcajada—. Incluso teniéndolo todo en contra. Llevo semanas encerrado aquí sin poder entrenarme con los guantes de boxeo, y lo que necesito es justamente una buena pelea. Me ayudaría a eliminar la tensión antes de comparecer ante el tribunal el lunes. Me iría bien. Ya lo creo que sí. ¿Quién quiere ser el primero, caballeros?

De nuevo se hizo el silencio.

—Nada de peleas —dijo el compañero de cuarto de Vic, retrocediendo—. Aún no. Son órdenes.

Scott volvió a emitir una carcajada grave, áspera, casi amarga.

—¡Qué lástima! —contestó—. Tenía ganas de liarme en una pelea.

Tommy observó que el otro estaba confundido y furioso. No vio temor, lo cual le

indujo a suponer que el hombre pensaba que el aviador negro no le llegaba a la altura de los talones.

—Descuida, ya tendrás ocasión de pelear —dijo el hombre—. A menos que antes te peguen un tiro.

Antes de que Scott pudiera responder, Tommy intervino diciendo:

—Tú estás en la maldita lista —dijo secamente señalando al compañero de cuarto de Vic.

—¿Qué lista? —inquirió éste volviéndose hacia Tommy.

—La lista de los testigos. —Tommy volvió a escudriñar los rostros de los hombres que se hallaban frente a él. Dos de ellos se hallaban también entre los testigos que la acusación llamaría a declarar. Uno era otro compañero de cuarto del capitán asesinado, el otro ocupaba un cuarto de literas en el barracón 101, a pocos pasos de donde se encontraban—. Tú, y tú también —dijo Tommy asumiendo de repente una actitud profesional—. En realidad, me alegro de que estéis aquí. Me ahorraréis el tener que localizaros. ¿Qué vais a declarar el lunes? Quiero saberlo, y ahora mismo.

—Que te jodan, Hart. No tenemos que decir nada —contestó el hombre que ocupaba el cuarto de literas situado cerca de allí. Era un teniente y llevaba casi un año en el campo de prisioneros. Copiloto de un B-26 Marauder que había sido derribado cerca de Trieste.

—En eso te equivocas, teniente —replicó Tommy con frialdad, confiriendo a la palabra «teniente» la misma entonación que hubiera empleado al soltar una palabrota—. Estás obligado a decirme exactamente lo que declararás el lunes. Si no lo crees, podemos ir a hablar con el coronel MacNamara. Y yo estaría también obligado a informarle de la pequeña reunión que hemos mantenido aquí. Es posible que él interpretara como una violación de sus órdenes. No sé...

—Que te jodan, Hart —repitió el hombre sin convicción.

—No, que te jodan a ti. Ahora responde a mi pregunta. ¿Qué vas a declarar, teniente?

—Teniente Murphy.

—Bien, teniente Murphy. Tengo entendido que provienes del oeste de Massachusetts. De Springfield, si no estoy equivocado. No está lejos de mi estado natal.

Murphy apartó la cara, enfurecido.

—Tienes buena memoria —dijo—. De acuerdo, Hart. Me llamarán a declarar sobre la pelea y otros altercados entre Scott y el difunto. Amenazas y frases intimidatorias pronunciadas en mi presencia. Estos otros hombres también declararán sobre esto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Tommy. Luego se volvió hacia el compañero de cuarto de Vic y le preguntó—. ¿Es cierto?

El hombre asintió con la cabeza. Un tercero se encogió de hombros.

—¿No tienes voz? —preguntó Tommy al tercer aviador.

—Sí —repuso el hombre con un inconfundible tono nasal propio del Midwest—. Claro que la tengo, y voy a utilizarla el lunes para conseguir que se carguen a este cabrón.

El teniente Murphy miró a Scott de hito en hito.

—¿No es así, Scott? —le preguntó.

El negro permaneció en silencio. El teniente Murphy soltó una despectiva risotada.

—Eso ya lo veremos —replicó Tommy—. No me apostaría mi última cajetilla de cigarrillos. —Lo cual, por supuesto, era un farol, pero se quedó tan ancho después de decirlo. Luego se volvió hacia los otros hombres que se hallaban en el pasillo—. Me gustaría oírlos a todos.

—¿Para qué? —inquirió uno de los hombres que había callado.

Tommy esbozó una áspera sonrisa.

—Es curioso eso de las voces. Cuando oyes una voz que te amenaza con cobardía, en plena noche, no la olvidas fácilmente. Esa voz, esas palabras, los sonidos que emite se quedan grabados en tu mente durante mucho tiempo. No, uno no olvida esa maldita voz. Aunque no puedas asignarle un rostro, no la olvidas.

Tommy miró al resto de los hombres, inclusive al director de la banda de jazz.

—¿Y tú, tienes voz? —le preguntó Tommy.

—No —contestó el director de la banda.

Acto seguido éste y otros dos dieron media vuelta y se alejaron por el pasillo. Ninguno de ellos era alto, pero caminaban con una violencia que parecía aumentarles la estatura. Si al hablar habían soltado sin querer alguna que otra expresión típicamente sureña, como los dos hombres que le habían amenazado por la noche hacía unos días, no las compartieron con Tommy.

El compañero de cuarto de Trader Vic se volvió hacia Scott.

—Tendrás tu pelea —dijo—. Te lo garantizo...

Tommy vio que Scott se ponía tenso.

—Negro de mierda —le espetó el hombre.

Tommy se interpuso entre ambos.

—Hay un viejo refrán que dice —murmuró Tommy—: «Dios castiga a aquellos cuyas oraciones atiende.» Piensa en ello.

Durante unos instantes el compañero de cuarto de Vic entrecerró los ojos. Y en lugar de responder, sonrió, retrocedió un paso, escupió en el suelo a los pies de Tommy y, tras una media vuelta con precisión militar, echó a andar por el pasillo seguido por los provocadores.

Tommy los observó hasta que la puerta de acceso al campo de revista se abrió y cerró de un portazo tras ellos.

—Creo que habrá pelea —dijo Scott suspirando—. Antes de que me maten de un tiro.

Después de una pausa, añadió:

—¿El resto? A eso me refería, Hart. Al odio. No es agradable verlo encarnado en una persona, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, Scott entró de nuevo en su habitación, dejando a Tommy solo en el pasillo. Tommy se apoyó en la pared y respiró hondo. Sentía una curiosa euforia y de pronto le invadió un recuerdo que había olvidado hacía mucho, de la época en que él y su grupo de bombarderos habían partido para la guerra. Habían volado en formación sobre la costa de New Jersey, un día de primavera semejante al presente, rumbo al campo de aviación de Hanscom, en Boston, desde donde iban a emprender la travesía del Atlántico.

Volaban en cabeza de la formación, y el capitán, del oeste de Tejas, contemplaba la ciudad de Nueva York al tiempo que recitaba un atropellado monólogo, entusiasmado al admirar por primera vez los rascacielos de Manhattan.

«¡Eh, Tommy —había gritado por el intercomunicador—. ¿Dónde está ese viejo puente?» Y Tommy había respondido con una breve risotada: «En Nueva York hay muchos puentes, capitán. ¿Se refiere al de George Washington? Mire hacia el norte, capitán. Unos quince kilómetros río arriba.» Tras una momentánea pausa, mientras trataba de localizar el puente, el capitán había hecho descender el Mitchell en picado. «Venga —había dicho—, ¡vamos a divertirnos!»

La formación había seguido al *Lovely Lydia* hasta casi rozar la superficie del agua, y al cabo de unos instantes Tommy constató con asombro que volaban aguas arriba del Hudson. Las plácidas cabrillas de agua de manantial resplandecían debajo de las alas de sus aviones. El capitán condujo a todo el grupo por debajo del puente. Los motores rugían al pasar debajo de los atónitos conductores de vehículos, que se paraban en seco al verlos pasar debajo de ellos, tan cerca que Tommy vio a un niño contemplando a los bombarderos con ojos como platos mientras les saludaba alegremente con la mano. A través del intercomunicador se oían las voces y exclamaciones de los eufóricos aviadores. Los gritos de júbilo de los otros pilotos de la formación sonaban incesantemente a través de la radio.

Todos sabían que lo que hacían era peligroso, ilegal y estúpido, y que no se librarían de una buena bronca en el próximo punto de control. Pero eran jóvenes, hacía una hermosa y alegre tarde y la idea les había parecido un disparate delicioso y divertido. Lo único que faltaba para rematar su temeraria aventura era unas bonitas jóvenes que admiraran su hazaña. Claro está, pensó Tommy, eso había ocurrido meses antes de que sus compañeros y él vieran de cerca las muertes atroces y solitarias que les aguardaban a muchos de ellos.

Miró a través del desierto pasillo del barracón 101 del Stalag Luft 13, evocando aquel momento y deseando experimentar de nuevo aquella sensación de euforia. Riesgo y alegría, en lugar de riesgo y temor. Pensó que eso era lo que la realidad de la guerra le había robado. La inocente despreocupación de la juventud.

Tommy emitió un profundo suspiro, borró el recuerdo de su memoria y echó a andar por el pasillo. Abrió la puerta y bajó los escalones de acceso al recinto. El sol le cegó durante unos momentos. Al alzar la mano para escudarse los ojos, vio a dos hombres situados a escasa distancia uno de otro, observándole. Uno era el capitán Walker Townsend, que había abandonado su guante de béisbol. El otro era el *Hauptmann* Heinrich Visser. Todo indicaba que habían estado conversando, pero su coloquio cesó en cuanto lo vieron aproximarse.

Cosas que no eran lo que aparentaban

A mediodía, Tommy había terminado de entrevistar a los restantes testigos que iban a declarar contra Lincoln Scott y todos le habían relatado fragmentos obvios de la misma historia, episodios de ira y enemistad entre los dos hombres que habían trascendido el campo de prisioneros de guerra y describían con elocuencia una situación muy conocida en Estados Unidos.

Todos los *kriegies* que figuraban en la lista de testigos del capitán Townsend habían presenciado el odio mutuo que sentían los dos hombres. Uno contó que había visto a Trader Vic tomar la Biblia de Scott y burlarse de él eligiendo al azar unos pasajes y aplicando interpretaciones racistas a las palabras del Señor, unos insultos que habían hecho que el aviador negro se sulfurase. Otro declaró que había visto a Scott rasgar por la mitad el trozo de tejido que posteriormente utilizó para confeccionar las asas de la sartén y el cuchillo. Un tercero afirmó que los dos hombres se habían peleado cuando Bedford había acusado a Scott del robo, y que el ágil aviador de Tuskegee había asestado a Vic un feroz derechazo que le había partido el labio superior. De haberle golpeado en la mandíbula, dijo el *kriegie*, Bedford habría caído redondo.

Mientras caminaba por el campo, enfrascado en sus pensamientos pese a la presencia de otros cinco mil aviadores americanos, Tommy fue sumando las declaraciones de cada testigo y comprendió que la seguridad mostrada por el capitán Townsend y el comandante Clark estaba más que fundada. Presentar a Scott como un asesino no iba a ser una tarea excesivamente difícil. Su negativa a amoldarse, su permanente actitud fría y distante harían sin duda que la mayoría de los *kriegies* lo creyera capaz de cometer un asesinato a sangre fría. No requería un gran esfuerzo de imaginación transformarlo de lobo solitario en asesino.

Tommy asestó una patada a la tierra y pensó que si Scott hubiera hecho amigos, si se hubiera mostrado simpático y comunicativo, la gran mayoría de los *kriegies* habría prescindido del color de su piel. Pero al distanciarse de todos desde el primer momento en que había llegado al Stalag Luft 13 —por justificado que estuviera al adoptar esa actitud—, Scott había creado terreno abonado para la tragedia. En un mundo donde todos peleaban con los mismos temores, enfermedades, muerte y soledad, y los mismos

deseos, de comida y libertad, él se había comportado de modo distinto, y eso, tanto o más que el recelo que provocaba el color de su piel, constituía el motivo del odio que todos experimentaban hacia él.

Tommy estaba convencido de que el cargo de asesinato estaba respaldado por este antagonismo, el cual, desde el punto de vista de la acusación, probablemente constituía el noventa por ciento del caso. Tomadas conjuntamente las pruebas contra él, las manchas de sangre, el haberse ausentado del barracón la noche de autos y el hallazgo del cuchillo, componían un cuadro indudablemente adverso. Sólo al examinarlas por separado la sospecha de su culpabilidad se diluía un poco. No por completo, pensaba Tommy.

Una inquietante sospecha le roía el estómago vacío y se mordió el labio inferior, pensativo.

Se detuvo unos instantes para alzar la vista al cielo, como hace el penitente que busca una orientación divina. Le rodeaban los sonidos habituales del campo, pero éstos se desvanecieron al tiempo que él meditaba sobre la situación. Pensó que durante buena parte de su joven vida había dejado que los hechos se produjeran de forma espontánea. Creía ciegamente —aunque era un error— que había sido un participante pasivo en muchas de las cosas que le atañían. Su hogar, sus estudios, su servicio. Si había logrado sobrevivir hasta estos momentos se debía más a los designios del destino que a su propia iniciativa.

Comprendió que esa pasividad no seguiría funcionando mucho tiempo. Desde luego, no para Lincoln Scott.

Mientras caminaba meneó la cabeza y suspiró una y otra vez. Por más que venía dándole vueltas desde la mañana del crimen, seguía sin comprender por qué habían asesinado a Trader Vic. Y, en vista de su incapacidad de ofrecer al tribunal una explicación alternativa, Tommy pensó que las probabilidades que tenía Scott de salvarse eran escasas.

Unos rayos de sol se reflejaban sobre el muro exterior del barracón 105, haciendo que reluciera y pareciera casi nuevo. Tommy se acercó y se apoyó en la fachada del mismo, deslizándose con lentitud hasta sentarse en el suelo, con el rostro vuelto hacia el calor. Durante unos segundos el sol le abrasó los ojos, y hubo de llevarse la mano a la frente para protegérselos. Desde su sitio, veía el bosque a través de la alambrada. Percibió un sonido a lo lejos y ladeó la cabeza, tratando de identificarlo. Al cabo de un momento, reconoció el ocasional ruido estrepitoso y el impacto de un árbol talado al caer al suelo, y dedujo que más allá de la línea de oscuros árboles que marcaba el inicio del bosque se hallaban los prisioneros-esclavos desbrozando el terreno. Dentro de poco empezaría a

dejarse oír el sonido de los martillos y las sierras a medida que avanzaran las obras de otro campo destinado a acoger más aviadores aliados, según le había contado Fritz Número Uno. Tommy no dudaba que el persistente espectáculo de aparatos B-17 surcando el cielo de día y el grave estruendo de los ataques británicos sobre instalaciones vecinas y ferrocarriles significaba que los alemanes adquirirían nuevas cuadrillas de obreros aliados con deprimente frecuencia.

Durante un buen rato, Tommy escuchó los lejanos sonidos provenientes del bosque. Dedujo que aquel trabajo agotador lo realizaban hombres desnutridos, enfermos, a punto de morir. Sintió un breve escalofrío al imaginar la vida de los prisioneros rusos. A diferencia de los pilotos aliados, no se alojaban en barracones, sino que acampaban, por duras que fueran las condiciones climáticas, en unas chabolas provisionales y bajo unas lonas llenas de agujeros que hacían las veces de tiendas de campaña, detrás de unos rollos de alambre de espino. Sin retretes. Ni cocinas. Sin refugios. Vigilados por unos mastines feroces y unos guardias propensos a apretar el gatillo. Su cautiverio no se regía según las normas de la Convención de Ginebra. No era infrecuente oír el disparo de un fusil, o una ráfaga de ametralladora procedente del bosque, que indicaba a los *kriegies* que un ruso había hecho algo para precipitar su muerte inevitable.

Tommy reflexionó acerca de que la muerte puede equivaler a la libertad.

Luego contempló las imponentes alambradas de espino que rodeaban el Stalag Luft 13 y se dijo que el cautiverio debe de parecerles la muerte a algunos hombres que están encerrados aquí.

De pronto sintió una extraña contracción en el estómago, como si hubiera visto algo que lo hubiera sobresaltado. Miró de nuevo la alambrada. No era mal lugar, pensó. La torre de vigilancia situada al norte se hallaba a unos cincuenta metros y la del sur a setenta y cinco. Los reflectores no se solaparían por completo. Ni los campos de fuego pertenecientes a las ametralladoras instaladas a ambos lados de la torre de vigilancia. En todo caso, fue una simple deducción, porque él no era un experto en este tipo de detalles, como otros prisioneros.

Se dijo de pronto que si fuera un miembro del comité de fuga, pensaría seriamente en tratar de escaparse desde este lugar. Entrecerró los ojos, tratando de calcular la distancia hasta el bosque. Cien metros, como mínimo. Un campo de fútbol. Aunque uno lograra atravesar la alambrada con unos alicates de fabricación casera, la distancia era excesiva para cualquiera que no estuviera dispuesto a jugárselo todo para alcanzar la libertad.

¿O no?

Tommy cogió un puñado de tierra suelta y arenosa y dejó que se deslizara entre sus dedos. No era una tierra propicia. Lo sabía por haber hablado con los hombres que

habían tratado sin éxito de excavar un túnel. Demasiado dura y seca, demasiado inestable. Siempre se derrumbaba. Vulnerable a las exploraciones de los hurones. Tommy se estremeció ante la idea de excavar bajo la superficie. Haría un calor sofocante, era un trabajo sucio y peligroso. De vez en cuando los hurones conducían un camión, cargado con hombres y material, que recorría traqueteando el perímetro del campo. Creían que el peso haría que se desplomara cualquier túnel subterráneo. Un día, hacía más de un año, acertaron. Tommy recordaba la furia que dejaba entrever el rostro del coronel MacNamara al presenciar el fracaso de una ardua labor que había durado innumerables días y noches.

Era la misma expresión de rabia y desesperación que había mostrado el coronel hacía unas semanas, cuando los dos hombres que excavaban el túnel habían quedado sepultados vivos. Tommy miró por encima la alambrada de espino. Es imposible salir de aquí, pensó, salvo con los pies por delante.

Pero entonces, se paró a reflexionar.

De pronto vio a su izquierda a un oficial armado con un azadón metálico atendiendo un pequeño huerto, cultivando con esmero las hileras de tierra removida. Había varios huertecitos semejantes plantados a lo largo del barracón 106. Todos perfectamente atendidos.

Tierra, pensó Tommy, tierra fresca. Tierra fresca mezclada con la vieja.

Deseó ponerse de pie, para observar más de cerca, pero haciendo un gran esfuerzo por reprimir sus emociones y contener las ideas que se agolpaban en su mente, permaneció sentado.

Tommy respiró hondo, expeliendo el aire como un hombre que alcanza la superficie desde el fondo de un río o un lago profundo. Agachó la cabeza, fingiendo estar absorto en sus pensamientos, cuando en realidad no cesaba de mirar de un lado a otro, escudriñando la zona que le rodeaba. Sabía que alguien le observaba. Desde una ventana. Desde el campo de ejercicios. Desde el perímetro. No sabía a ciencia cierta quién era, pero sabía que le espiaban.

De improviso oyó un silbido procedente de delante del barracón, ese sonido agudo que en circunstancias más felices significaría que acababa de pasar una mujer guapa. Casi de inmediato, se oyó el sonido de un contenedor de basura metálico al cerrarse de golpe, otro ruido estrepitoso. A continuación oyó la voz de un *kriegie* gritando: «*Keindrinkwasser!*» con un claro acento nasal americano. «Alguien del Midwest», pensó Tommy.

Se estiró, como un hombre que ha descabezado un sueño, se puso en pie y se sacudió el pantalón. Reparó en que el oficial que había estado atendiendo el huerto frente a

donde se hallaba sentado había desaparecido, lo cual le picó su curiosidad, aunque procuro disimular que se había percatado de ello. Al cabo de unos momentos, Fritz Número Uno pasó frente al barracón. El hurón no se esforzaba en pasar inadvertido; sabía que su presencia había sido observada por los aviadores que aquel día cumplían la función de espías. Se limitaba a recordar a los *kriegies* que estaba allí, como de costumbre, y alerta. Al ver a Tommy, Fritz Número Uno se acercó a él.

—Teniente Hart —dijo sonriendo—, ¿tiene usted un cigarrillo para mí?

—Hola, Fritz —respondió Tommy—. Sí, a condición de que me acompañe al recinto británico.

—En ese caso dos cigarrillos —replicó Fritz—. Uno por el viaje de ida y otro por el de vuelta.

—De acuerdo.

El alemán tomó un cigarrillo, lo encendió, dio una calada profunda y exhaló el humo con deleite.

—¿Cree que la guerra terminará pronto, teniente?

—No. Creo que durará eternamente.

El alemán sonrió, indicando con un ademán que se pusieran en marcha a través del campo hacia la puerta del recinto.

—En Berlín —dijo el hurón pausadamente— no hablan de otra cosa que de la invasión. Que es preciso repelerla.

—Parece que están preocupados —comentó Tommy.

—Tienen motivos de sobra para estarlo —repuso Fritz midiendo sus palabras—. Un día como éste sería perfecto —dijo alzando la vista hacia el firmamento—, ¿no cree, teniente? Para lanzar un ataque. Esto es lo que Eisenhower, Montgomery y Churchill deben de estar planeando en Londres.

—No lo sé. Yo me limitaba a trazar el rumbo del avión. Esos caballeros no suelen consultarme cuando trazan sus planes. De todos modos, Fritz, planificar invasiones no es mi *hobby*.

—No entiendo el sentido de esa palabra. ¿Qué tiene que ver con las maniobras militares? —inquirió Fritz un tanto perplejo.

—Es una expresión, Fritz. Quiero decir que el tema ni me atrae ni soy un experto en él.

—¿Su *hobby*?

—Sí.

—Tomo nota.

Ambos hombres se dirigieron hacia los centinelas apostados junto a la puerta, quienes al verlos acercarse alzaron la cabeza.

—Me ha ayudado de nuevo, teniente. Algún día hablaré como un auténtico americano.

—No es lo mismo, Fritz.

—¿Lo mismo?

—No es lo mismo que ser un americano.

—Cada uno es lo que es, teniente Hart —replicó el hurón meneando la cabeza—. Sólo un idiota se disculpa y se niega a aprovecharse de las ventajas que se le presentan.

—Cierto —repuso Tommy.

—Yo no soy idiota, teniente.

Tommy calibró lo que el alemán le decía, reparando en el tono quedo de su voz, tratando de adivinar la insinuación detrás de las palabras.

Los dos hombres marcharon al unísono hacia el recinto británico. Poco antes de llegar a la puerta, Tommy preguntó con un tono de indiferencia que ocultaba su repentino interés:

—¿Tardarán mucho los rusos en construir el nuevo campo de prisioneros?

Fritz meneó la cabeza. Siguió hablando en voz baja.

—Unos meses. Quizás algo más. O quizá no lo terminen nunca. Mueren muy deprisa. Cada pocos días llegan a la ciudad trenes con nuevos destacamentos de presos. Los conducen al bosque para que sustituyan a los que han muerto. Se diría que hay una cantidad infinita de prisioneros rusos. Las obras progresan con lentitud. Siempre es lo mismo, día tras día —el hurón se estremeció ligeramente—. Me alegro de estar aquí y no allí —concluyó.

—¿No se ha acercado nunca por allí?

—En un par de ocasiones. Es peligroso. Los rusos nos odian a muerte. Se ve en sus ojos. Un día un *Hundführer* soltó a su perro en el campo de los rusos. Un Doberman enorme, un animal feroz, más lobo que perro. El imbécil creyó que con ello daría una lección a los rusos. —Fritz Número Uno sonrió—. No sentía ningún respeto hacia ellos. Fue una estupidez, ¿no cree, teniente Hart? Hay que respetar siempre al enemigo. Aunque le odies, debes respetarlo, ¿no? El caso es que el perro desapareció. El imbécil se quedó de pie junto a la alambrada, silbando y gritando «¡ven, chico!». Idiota. Por la mañana, los rusos arrojaron el pellejo sobre la alambrada. Era cuanto quedaba del perro. El resto se lo habían comido. En mi opinión, los rusos son unos animales.

—¿De modo que usted no va por allí?

—No con frecuencia. A veces. Pero no con frecuencia. Pero mire usted, teniente Hart...

Fritz Número Uno echó un rápido vistazo a su alrededor para cerciorarse de que no había oficiales alemanes por los alrededores. Al comprobarlo, extrajo un reluciente objeto metálico del bolsillo de su guerrera.

—¿Quiere hacer un trato? Puede llevarse esta magnífica hebilla como recuerdo cuando regrese a América. Seis cajetillas de cigarrillos y un par de tabletas de chocolate, ¿qué le parece?

Tommy tomó el objeto de manos de Fritz. Era una hebilla de cinturón rectangular, grande y pesada. Había sido pulida hasta el extremo de que el martillo y la hoz grabados en la hebilla relucían bajo el sol. Tommy la sopesó, preguntándose por qué la había cambiado Fritz, o si simplemente la había tomado de la cintura de un soldado ruso muerto.

—No está mal —dijo devolviéndosela al alemán—. Pero no es lo que busco.

El hurón asintió con la cabeza.

—Trader Vic —dijo con una sonrisa irónica— habría visto su valor, y habría aceptado mi precio. O un precio parecido. Y le habría sacado provecho.

—¿Hacía usted muchos tratos con Vic? —preguntó Tommy como sin darle importancia, aunque esperaba con interés la respuesta.

—No está permitido —respondió Fritz Número Uno tras unos instantes de vacilación.

—Pasan cosas que no están permitidas —contestó Tommy.

El hurón asintió con la cabeza.

—Al capitán Bedford le gustaba adquirir recuerdos de guerra, teniente. Numerosos y variados objetos. Siempre estaba dispuesto a hacer un trato a cambio de lo que fuera.

Tommy aminoró el paso cuando se acercaron a la entrada del recinto británico. Suponía que el hurón trataba de decirle algo. Fritz Número Uno alargó la mano y le rozó el antebrazo.

—Lo que fuera —repitió el alemán.

Tommy se detuvo en seco. Se volvió y observó a Fritz Número Uno de manera penetrante.

—Usted halló el cadáver, ¿no es cierto, Fritz? Justo antes del *Appell* matutino, si no me equivoco. ¿Qué diablos hacía usted en el recinto a esas horas, Fritz? Aún era de noche y los alemanes no se pasean por el recinto después de apagadas las luces, porque los guardias de la torre de vigilancia tienen orden de disparar contra cualquier cosa que vean moviéndose por el campo. ¿Qué hacía allí, exponiéndose a ser tiroteado por uno de

los suyos?

Fritz Número Uno sonrió.

—Lo que fuera —susurró—. Yo le he ayudado, teniente, pero no puedo decir más porque sería muy peligroso para los dos. —El hurón señaló la puerta de acceso al recinto británico, abriéndola para que Tommy pasara.

Tommy calló una serie de preguntas que deseaba formular al alemán, le dio el otro cigarrillo que le había prometido y, tras unos momentos de vacilación, le entregó el resto de la cajetilla. Sorprendido, Fritz Número Uno emitió una exclamación de gratitud. Después indicó al americano que pasara y le observó mientras éste, en cuya mente bullían numerosas ideas, iba en busca de Renaday y Pryce. Ninguno de los dos prestó atención a un escuadrón de oficiales británicos que, cargados con toallas, jabón y una modesta muda de ropa, se dirigían hacia el edificio de las duchas. Iban escoltados por una pareja de guardias alemanes, desarmados, con cara de fastidio y aburrimiento, que cabeceaban de cansancio. Los hombres marchaban animosos a través del polvoriento recinto, entonando una de las habituales canciones obscenas.

—Qué curioso —comentó Phillip Pryce, inclinando la cabeza hacia atrás para escudriñar el cielo, como en busca de un pensamiento que se le escapaba. Luego se irguió y miró a Tommy fijamente—. Es ciertamente intrigante. ¿Estás seguro de que trataba de decirte algo, muchacho?

—Desde luego —respondió Tommy, asestando una patada al suelo y levantando una nube de polvo con la bota. Los tres hombres se hallaban conversando junto a uno de los barracones.

—No me fío de Fritz, de ninguno de los Fritzes, ni el Número Uno, Dos ni Tres, y no me fío de ningún asqueroso alemán —masculló Hugh—. Diga lo que diga. ¿Por qué iba a ayudarnos? A ver, contesta, letrado.

Pryce tosió con violencia un par de veces. Estaba sentado al sol, con las perneras enrolladas y ambos pies sumergidos en una abollada palangana de acero en la que de tanto en tanto vertía agua hirviendo. Sacó un pie de su interior y lo examinó.

—Ampollas, grietas y pie de atleta, lo cual en mi caso constituye una tremenda contradicción de términos —dijo con una sonrisa sarcástica que fue interrumpida por una tos intensa—. ¡Santo Dios, me estoy desintegrando, chicos! Ya nada funciona. Llevas razón, Hugh. ¿Pero qué motivo tendría Fritz para mentir?

—No lo sé. Es un tipo muy astuto. Siempre en busca de promociones y medallas o cualquier otra recompensa con la que los alemanes premien a sus esforzados trabajadores.

—¿Un tipo que va a lo suyo?

—Desde luego —repuso Hugh dando un respingo.

Pryce asintió con la cabeza y se volvió hacia Tommy, quien supuso lo que el anciano iba a decir y se le adelantó.

—Pero, Hugh —dijo apresuradamente—, eso indica que me estaba diciendo la verdad, o cuando menos guiándome en la dirección correcta. Aunque sea un alemán, todos estamos de acuerdo en que Fritz va a lo suyo y trata de aprovecharse de todo lo que ve en el campo. Más o menos como Trader Vic.

—¿Sabes a qué se refería? —preguntó Hugh.

—A ver, ¿qué nos falta? ¿Qué deberíamos saber?

—Dos cosas —repuso Hugh sonriendo—. La verdad, y la forma de descubrirla.

Pryce asintió con la cabeza y se volvió hacia Tommy.

—Creo que esto podría ser importante, Tommy —dijo con repentina intensidad—. Muy importante. ¿Qué hacía Fritz dentro del recinto justo antes del amanecer? De haberlo visto uno de esos adolescentes que los alemanes reclutan y colocan en las torres de vigilancia podría haber pagado con su vida. De hecho, no me parece que Fritz sea el tipo de caballero que se arriesga a morir porque sí, a menos que la recompensa valga la pena.

—Una recompensa personal —apostilló Hugh—. No creo que Fritz haga gran cosa por la patria a menos que le beneficie.

Pryce palmoteó, como si las ideas que bullían en su mente fueran tan reconfortantes como el agua que vertía sobre sus maltrechos pies. Pero al hablar lo hizo de modo pausado, con una solemnidad que sorprendió a Tommy.

—¿Y si la presencia de Fritz implicara ambas cosas? —dijo Pryce agitando el puño en el aire con expresión de triunfo—. Creo, caballeros, que hemos sido un tanto estúpidos reflexionando sobre el asesinato de Trader Vic y la acusación contra Lincoln Scott tal como pretende que hagamos la oposición. Creo que es hora de que enfoquemos el asunto de modo distinto.

—Por favor, deja de ser hermético —le solicitó Tommy con un suspiro de resignación.

—Es mi forma de ser, muchacho.

—Después de la guerra —dijo Tommy—, te pediré que vengas a visitarme a Estados Unidos. Una larga visita. Te obligaré a sentarte frente a una vieja estufa de leña en el Manchester General Store un día de invierno, cuando a través de la ventana se ve un metro de nieve apilada en la acera, escuchando a unos lugareños de Vermont hablando

sobre el tiempo, las cosechas, la próxima temporada de pesca en primavera y si ese chico Williams que juega con los Red Sox hará algo importante en la liga. Comprobarás entonces que los yanquis nos expresamos siempre con concisión y vamos directamente al grano. Sea lo que fuere el grano en cuestión.

Pryce soltó una carcajada que se vio interrumpida por otro acceso de tos.

—Una lección de franqueza, ¿no es así?

—Exactamente. Ir directo al grano, sin andarse por las ramas. Y una cualidad que nos vendrá muy bien el lunes a las ocho de la mañana, cuando comience el juicio de Scott.

—Tommy tiene razón, Phillip —terció Hugh, cordial—. Créeme, nuestros vecinos sureños son extraordinariamente francos. En especial MacNamara, el coronel. Hace poco que ha salido de West Point y probablemente lleva el código militar de conducta tatuado en el pecho. En el juicio no podemos andarnos con «insinuaciones». Ese hombre tiene poca imaginación. Tendremos que ser precisos.

Pryce continuaba enfrascado en sus pensamientos.

—Eso es cierto —dijo pausadamente—, pero me pregunto...

El depauperado y asmático inglés alzó la mano, en señal de que callaran. Ambos observaron que el anciano no cesaba de cavilar al tiempo que movía los ojos de un lado para otro.

—Creo —dijo Pryce lentamente después de una larga pausa— que debemos volver a evaluar el caso. ¿Qué es lo que sabemos?

—Sabemos que alguien mató a Vic en un lugar oculto situado a un callejón de distancia del lugar donde hallaron el cuerpo. Sabemos que su cadáver fue hallado por un hurón alemán que no tenía por qué encontrarse en el recinto a esa hora. Sabemos que el arma del delito y el método de asesinato fueron muy distintos de los que alegará la acusación. Frente a esos elementos, tenemos las botas ensangrentadas de Lincoln Scott, unas manchas de sangre en su cazadora, un arma que también presenta manchas de sangre, aunque dudo que la utilizaran para cometer el asesinato. Y tenemos numerosos testimonios de la antipatía expresa que existía entre ambos hombres.

Pryce asintió.

—Quizá deberíamos examinar cada elemento por separado. Dime, Hugh, ¿qué te dice el hecho de que trasladaran el cadáver del lugar donde se cometió el crimen?

—Que el lugar donde se cometió el crimen compromete al asesino.

—¿Es lógico que Lincoln Scott trasladara el cadáver a un lugar próximo a su propio barracón?

—No. No tiene ningún sentido.

—Pero a alguien, sin embargo, le pareció lógico meter a Vic en el *Abort*.

—Alguien que quería asegurarse de que no registrarían la verdadera escena del crimen. Y, bien pensado, ¿quién haría más que una somera exploración del cadáver dentro del *Abort*? ¡Ese sitio apesta!

—Visser —replicó Hugh—. A él no le molestó en absoluto.

—Una observación interesante —contestó Pryce sonriendo—. Sí. Tommy, creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que pese a su uniforme de la Luftwaffe, *Herr* Visser pertenece a la Gestapo. Es un experto policía. Dudo que quienquiera que trasladara el cadáver de Vic imaginara ni remotamente que iba a aparecer en escena. Probablemente supuso que el estirado y melindroso Von Reiter se encargaría de registrar la escena del crimen. ¿Habría Von Reiter registrado a fondo el *Abort*? Desde luego que no. Pero eso plantea un segundo interrogante: si el asesino quería evitar que registraran el lugar del crimen, ¿de quién tenía miedo? ¿De los alemanes o de los americanos?

Tommy enarcó una ceja.

—El problema, Phillip, es que cada vez que creo que hemos avanzado algo en nuestras pesquisas, aparecen nuevos interrogantes.

—Es cierto —rezongó Hugh—. ¿Por qué no pueden ser más sencillas las cosas?

Pryce extendió la mano y tocó el brazo del fornido canadiense.

—Pero es que acusar a Scott del crimen es lo más sencillo. Ahí radica el meollo del asunto.

Pryce emitió una risa entrecortada que acabó en un acceso de tos, pero no dejó de sonreír de gozo. Era notorio que disfrutaba con cada giro que tomaba el asunto.

—¿Y la inexplicada y sorprendente aparición de Fritz Número Uno en la escena? —inquirió volviéndose hacia Tommy—. ¿Qué nos dice eso?

—Que tenía un motivo importante para estar ahí.

—¿Crees que fue la compraventa ilícita de un artículo de contrabando lo que obligó a Fritz y a Trader Vic a salir en plena noche pese al riesgo al que ambos se exponían?

—No —contestó Tommy antes de que pudiera hacerlo Hugh—. En absoluto. Porque Vic había logrado vender todo tipo de artículos ilícitos: cámaras, radios, «lo que fuera»..., según dijo Fritz. Pero incluso las adquisiciones más especiales pueden realizarse durante el día. Vic era un experto en el tema.

—O sea que lo que hizo que Vic y Fritz Número Uno salieran a pesar del peligro que corrían tuvo que ser algo extremadamente valioso para ambos... —reflexionó Pryce—. Y algo que más valía que permaneciera oculto para el resto de los prisioneros.

—Observa que das por supuesto que fue el mismo motivo el que hizo que ambos

salieran —dijo Tommy bruscamente.

—Pero sospecho que es el camino que debemos seguir —contestó Pryce con energía. Luego se volvió hacia Tommy y preguntó—: ¿Ves algo en todo esto, Thomas?

Sí, Tommy veía algo. Algo que es preferible que permanezca oculto... Una luminosa idea le atravesó la mente. Abrió la boca, pero de pronto oyeron unos gritos y unos silbatos de alarma procedentes de fuera de la alambrada, más allá de la puerta principal, que interrumpieron las cavilaciones de los tres hombres. Se volvieron todos a una hacia el lugar del que procedía la barahúnda y se quedaron perplejos al percibir la potente ráfaga de una metralleta, cuyos disparos desgarraron la atmósfera del mediodía.

—Pero ¿qué pasa? —dijo Hugh.

Casi al instante, un destacamento de guardias armados que se habían enfundado apresuradamente sus uniformes salió de uno de los edificios del recinto de la administración. Se colocaron sus cascos de acero al tiempo que se afanaban en abrocharse las guerreras. El escuadrón echó a correr por el camino que discurría frente al despacho del comandante, obedeciendo las apresuradas órdenes de un *Feldwebel*. No bien resonaron los pasos de sus pesadas botas en el camino de tierra prensada, cuando media docena de hurones atravesaron la puerta principal haciendo sonar sus silbatos, entre juramentos y voces de mando. La sirena, que por lo general sólo utilizaban para anunciar un ataque aéreo, empezó a emitir un potente aullido. Los tres hombres distinguieron a Fritz Número Uno en medio del grupo. Al verlos, el alemán empezó a agitar los brazos y a gritar furiosamente:

—¡En formación! ¡Pónganse en fila! *Raus! Schnell!* ¡Inmediatamente! ¡Debemos efectuar un recuento!

Las palabras del hurón no traslucían su habitual campechanía. Empleaba un tono agudo, insistente y decididamente imperioso.

—¡Usted! —gritó señalando a Tommy—. ¡Teniente Hart! ¡Colóquese a un lado para pasar el recuento junto con los británicos!

De pronto, sonó otra ráfaga de metralla.

Sin más explicaciones, Fritz Número Uno echó a correr hacia el centro del campo, impartiendo órdenes a voz en cuello. Al mismo tiempo, el campo de revista se llenó de aviadores británicos que se afanaban en enfundarse las cazadoras, botas y gorras, apresurándose hacia el imprevisto *Appell*. Tommy se volvió hacia sus dos amigos y oyó a Phillip Pryce murmurar febrilmente una maravillosa, terrible y sobrecogedora palabra:

—¡Fuga!

Los aviadores británicos permanecieron en posición de firmes en el campo de revista

durante casi una hora, mientras los hurones pasaban frente a las filas de hombres una y otra vez, contándolos y recontándolos, blasfemando en alemán y negándose a responder a preguntas, en especial la más importante. Tommy se hallaba a una media docena de metros del último bloque de hombres, flanqueado por otros dos oficiales americanos que habían sido sorprendidos en el recinto británico al producirse el intento de fuga. Tommy conocía superficialmente a los otros dos americanos; uno era un campeón de ajedrez del barracón 120 que solía sobornar a los gorilas para que le dejaran pasar al recinto donde había mejores rivales; el otro era un espigado actor neoyorquino reclutado por los británicos para aparecer en una de sus representaciones teatrales. El ex piloto de caza se convertía en una rubia explosiva más que convincente cuando aparecía luciendo una peluca de fabricación casera, un ceñido traje negro confeccionado por los sastres del campo con retazos de viejos y raídos uniformes, por lo que estaba muy solicitado para actuar en las producciones teatrales de ambos recintos.

—Aún no sé qué coño ha ocurrido —murmuró el ajedrecista—, pero están furiosos.

—Corren muchos rumores. Por lo visto faltan más de un par de hombres de dos de esas formaciones —respondió el actor—. ¿Crees que nos retendrán aquí mucho rato?

—Ya los conoces a estos malditos alemanes —repuso Tommy con voz queda—. Si sólo hay nueve tíos donde ayer había diez, tendrán que contar cien veces o más hasta asegurarse de ello.

Los otros dos americanos le dieron la razón.

—¡Eh! —exclamó en voz baja el campeón de ajedrez—, ¡mirad quien se acerca! El Gran Jefe en persona. Y ese que le acompaña, ¿no es el nuevo «pequeño jefe»? ¿El tío encargado de vigilar lo que haces, Hart?

Tommy miró hacia el otro extremo del recinto y vio bajar los escalones del edificio administrativo al *Oberst* Von Reiter con la cara encendida, vestido con el uniforme de gala, como si le hubieran interrumpido cuando acudía a una reunión importante. Le seguía el *Hauptmann* Heinrich Visser, quien presentaba como de costumbre un aspecto un tanto desaliñado. En contraste con la acerada mirada y la postura tiesa de Von Reiter, mostraba una expresión levemente divertida, aunque también podía tratarse de una mueca de crueldad.

Detrás de los dos oficiales aparecía un nutrido grupo de gorilas, armados con fusiles y ametralladoras. En el centro del grupo marchaban unas dos docenas de oficiales británicos, todos ellos a medio vestir —dos de ellos estaban completamente desnudos— que acababan de salir de las oficinas del campo. Uno de ellos cojeaba ligeramente. Los dos hombres desnudos lucían unas amplias sonrisas de gozo. Todos parecían animados, y más que satisfechos de sí mismos, pese al hecho de que les obligaran a caminar con las

manos colocadas detrás de la cabeza.

El actor y el campeón de ajedrez observaron el mismo contraste entre los alemanes y los ingleses en el mismo momento en que lo vio Tommy. Pero el campeón de ajedrez susurró:

—Puede que los ingleses se lo tomen a broma, pero me juego lo que quieras a que Von Reiter no lo encuentra nada divertido.

Los oficiales y los hombres que habían capturado atravesaron la puerta principal y se detuvieron delante de las formaciones de aviadores británicos. El oficial superior británico, un piloto de bombardero de rostro rubicundo, con bigote y el pelo rojizo salpicado de canas, se colocó frente a las mismas y ordenó a los hombres que se pusieran firmes. Varios miles de botas chocaron al unísono. Von Reiter miró con enfado al oficial superior británico, tras lo cual se volvió hacia las filas de hombres.

—¿Es que creen ustedes, los británicos, que la guerra es un juego? ¿Un deporte, como el críquet o el rugby? —inquirió con un tono estentóreo e irritado que recorrió toda la formación—. ¿Creen que estamos jugando?

La furia de Von Reiter se abatió sobre las cabezas de los hombres. Nadie respondió. Los hombres capturados que se hallaban a su espalda enmudecieron.

—¿Les parece una broma?

Del centro de las filas sonó una voz que tenía un marcado acento *cockney*.

—¡Al menos ha servido para romper esta jodida monotonía, jefe! —dijo con tono socarrón.

Se oyeron unas risas, que no tardaron en disiparse bajo la iracunda mirada de Von Reiter. El *Oberst* estaba que echaba chispas.

—Les aseguro que el alto mando de la Luftwaffe no considera el intento de fuga un asunto divertido.

De otra sección de la formación, una voz distinta, con acento irlandés, replicó:

—¡Esta vez la broma te la hemos gastado a ti, tío!

Hubo más risas, pero cesaron casi al instante.

—¿De veras? —preguntó Von Reiter con frialdad.

El oficial superior británico avanzó un paso. Tommy le oyó responder con voz calma, de forma un tanto contradictoria:

—Pero estimado comandante Von Reiter, le aseguro que nadie está bromeando...

Von Reiter interrumpió al oficial británico agitando su fusta.

—¡Está prohibido fugarse!

—Pero, comandante...

—*Verboten!*

—Sí, pero...

Von Reiter se volvió hacia la formación de hombres.

—Hoy he recibido nuevas directrices de mis superiores en Berlín. Son bien sencillas: los aviadores aliados que traten de fugarse de los campos de prisioneros dentro del Reich serán tratados como terroristas y espías. Una vez capturados, no podrán regresar al Stalag Luft 13. ¡Serán abatidos a tiros en el acto!

Un profundo silencio cayó sobre las filas de hombres. El oficial superior británico tardó unos segundos en responder.

—Debo advertir al *Herr Oberst* —dijo con tono frío e inexpresivo— que lo que propone es una violación flagrante de la Convención de Ginebra, de la que Alemania es signataria. Semejante trato al personal aliado que trate de fugarse constituye un crimen de guerra, y quienquiera que lo cometa deberá enfrentarse antes o después a un pelotón de fusilamiento. O a la soga del verdugo, *Herr Oberst*. ¡Puede estar seguro!

—¡Son órdenes! —replicó bruscamente—. ¡Órdenes legítimas! ¡No me hable de crímenes de guerra, teniente coronel! ¡No es la Luftwaffe quien lanza bombas incendiarias y de acción retardada sobre ciudades llenas de civiles! ¡Ciudades llenas de mujeres, niños y ancianos! ¡Expresamente contra sus preciosas normas de la Convención de Ginebra!

Al hablar, Von Reiter miró al *Hauptmann* Visser, quien asintió con la cabeza y en el acto emitió una orden a los hombres que custodiaban a los aviadores británicos implicados en el intento de fuga. Los alemanes amartillaron de inmediato sus fusiles, o accionaron el percutor de sus ametralladoras Schmeisser. Éstas emitieron un sonido claramente letal. El escuadrón que rodeaba a los oficiales británicos colocó sus armas en posición de fuego.

Durante varios segundos en el campo de revista reinó el silencio más absoluto.

El oficial superior británico, con el rostro tenso y pálido, avanzó y rompió bruscamente el silencio.

—¿Amenaza con matar a unos hombres desarmados? —gritó con voz aguda, casi femenina debido al temor y la desesperación de que era presa. Cada palabra que pronunció traslucía la sensación de pánico.

Von Reiter, con el rostro todavía encendido pero con la irritante frialdad que produce tener las armas de su parte, se volvió hacia él.

—Actúo con plenos derechos, teniente coronel. Me limito a obedecer órdenes. Si las desobedeciera, pagaría con mi vida.

El oficial superior británico se aproximó al alemán.

—¡Señor! —gritó—. ¡Todos somos testigos! Si asesina usted a estos hombres...

—¿Asesinar? —replicó Von Reiter fulminando al inglés con la mirada—. ¿Cómo se atreve a hablarme de asesinato cuando ustedes lanzan bombas incendiarias sobre civiles desarmados? *Terrorfliegers!*

—¡Si ordena a sus hombres disparar morirá en la horca, Von Reiter! ¡Yo mismo le colocaré la soga en el cuello!

Von Reiter aspiró profundamente para serenarse. Miró al oficial superior británico con enojo. Luego esbozó una sonrisa cruel.

—Usted, teniente coronel, es el oficial a cargo de los prisioneros británicos. Este estúpido intento de fuga es responsabilidad suya. ¿Está dispuesto a colocarse ante el pelotón de fusilamiento a cambio de las vidas de estos hombres?

El británico lo miró, atónito, y se abstuvo de responder.

—Me parece un trato justo, teniente coronel. La vida de un hombre para salvar las vidas de dos docenas de hombres.

—Lo que propone es un crimen —replicó el oficial.

Von Reiter se encogió de hombros.

—La guerra es un crimen —repuso sin más—. Me limito a pedirle que tome una decisión que otros oficiales deben tomar con frecuencia. ¿Está dispuesto a sacrificar una vida a cambio de la de sus hombres? ¡Decídalo ya, teniente coronel!

El comandante de campo levantó su fusta, como si fuera a dar la orden de abrir fuego.

Las filas de aviadores británicos se tensaron, tras lo cual oscilaron levemente, como sacudidas por un vendaval tan potente como la furia que sentían. Comenzaron a alzarse unas voces de protesta. En una de las torres de vigilancia se oyó el sonido de una metralleta al girar sobre su soporte, apuntando a las formaciones de prisioneros.

Las dos docenas de hombres que habían intentado fugarse se apelotonaron. En lugar de las expresiones risueñas y satisfechas que habían lucido tras ser interrogados, sus rostros aparecían pálidos al contemplar las armas que les apuntaban.

—¡Comandante! —gritó el oficial superior británico con voz ronca—. ¡No haga algo de lo que más tarde se arrepentirá!

Von Reiter lo observó con atención.

—¿Arrepentirme de matar al enemigo por haberse afanado en liquidar a mis compatriotas? ¿Por qué había de arrepentirme?

—¡Se lo advierto! —gritó el oficial.

—Espero su decisión, teniente coronel. ¿Está dispuesto a ocupar el lugar de esos

hombres?

Tommy miró a Heinrich Visser. El alemán apenas podía ocultar el gozo que sentía.

—Creo que van a hacerlo —susurró el actor, que estaba junto a él—. ¡Hijos de puta!

—No, es un farol —repuso el campeón de ajedrez.

—¿Estás seguro? —preguntó Tommy en voz baja.

—No —contestó con suavidad el campeón de ajedrez—. Ni mucho menos.

—Van a matarlos —repitió el actor—. ¡Son capaces! He oído decir que ejecutaron a los que se fugaron de otro campo. Cincuenta británicos, según me dijeron. Salieron a través de un túnel y permanecieron fugados varias semanas. Los ejecutaron como si fueran espías. No podía creerlo, pero ahora...

Von Reiter se detuvo, dejando que la tensión se acumulara a su alrededor. Los gorilas, con el dedo apoyado en el gatillo de su arma, aguardaban una orden, mientras los aviadores británicos permanecían inmóviles, aterrorizados.

—¡De acuerdo, comandante! —dijo el oficial superior británico en voz bien alta—. ¡Yo ocuparé el lugar de esos hombres!

El comandante del campo se volvió con lentitud, bajando la mano con la que sostenía la fusta con gesto lánguido. Apoyó la otra mano en el puñal ceremonial enfundado en un estuche negro que colgaba del cinturón de su uniforme de gala. Tommy se percató de ese gesto y fijó la vista en el arma. Luego vio a Von Reiter golpear con la fusta sus relucientes botas negras.

—Muy bien —dijo pausadamente—, una decisión valerosa pero estúpida —hizo una pausa, como saboreando el momento—. Pero en este caso, no será necesario —informó al oficial superior británico, pero antes de que el hombre pudiera protestar de nuevo, Von Reiter se volvió y gritó a Heinrich Visser—: *Hauptmann!* ¡Todos los hombres que trataron de fugarse del edificio de las duchas, quince días en la celda de castigo! ¡A pan y agua!

De los hombres apiñados en el recinto emanó un pavor semejante a una súbita ráfaga de viento. Uno prorrumpió en sollozos. Otro se apoyó en el brazo de su vecino, pues las piernas apenas le sostenían. Un tercero comenzó a blasfemar, blandiendo el puño al oficial alemán, retándole a una pelea.

Entonces el comandante se volvió hacia el oficial superior británico y le espetó:

—¡Queda advertido! ¡No trataremos con la misma indulgencia a ningún otro prisionero que trate de fugarse! —exclamó alzando la voz y dirigiéndose a toda la formación de aviadores aliados—. ¡El próximo hombre que sea capturado fuera de la alambrada será ejecutado! No les quepa la menor duda. Jamás nadie ha conseguido

fugarse de este campo, y nadie lo conseguirá jamás. Éste será su hogar mientras dure la guerra. El Reich no está dispuesto a malgastar sus recursos militares en perseguir a aviadores aliados fugitivos.

Mientras hablaba, se desabrochó el bolsillo de la pechera de su guerrera gris y extrajo el cartucho de fusil, que sostuvo en alto para que todos pudieran verlo. Al cabo de un momento, se volvió y arrojó el cartucho al oficial superior británico.

—Guárdelo como un recuerdo —dijo con brusquedad—. Y, por supuesto, durante los próximos quince días los prisioneros del recinto británico no gozarán del privilegio de ducharse.

Tras estas palabras, el comandante del campo indicó a los prisioneros que rompieran filas, dio media vuelta y, acompañado por los otros oficiales y guardias alemanes, abandonó el recinto. Tommy Hart observó la sonrisa que exhibía Heinrich Visser. También reparó en que el *Hauptmann* le había visto, situado a un lado.

—Creí que iban a hacerlo —murmuró el actor neoyorquino—. Joder, se han escapado por los pelos.

—Coño —soltó el campeón de ajedrez, y acto seguido preguntó—: ¿Creéis que MacNamara y Clark conocen esa orden de tirar a matar? ¿O pensáis que ha sido un farol que se ha echado el alemán para meternos el miedo en el cuerpo?

—En todo caso, ha funcionado —contestó el actor, expeliendo una larga bocanada de aire—. No creo que fuera un farol. Estoy seguro de que MacNamara y Clark conocen esas órdenes y también lo estoy de que les importa un carajo.

—Esto es una guerra, por si no lo recuerdas —terció Tommy.

Los otros dos hicieron un gruñido de asentimiento.

Phillip Pryce había puesto agua a hervir en una destartalada tetera para preparar el té, mientras que Hugh Renaday había ido para averiguar en qué había acabado el intento de fuga. Pryce se hallaba trajinando frente al fuego, como un viejo solterón. Tommy percibió los tenues sonidos de un cuarteto de voces, que entonaban unas canciones populares en otro dormitorio del barracón. El silbido de la tetera se confundió con las voces fantasmagóricas; durante unos instantes Tommy miró a su alrededor pensando que el mundo había recuperado una especie de razonada normalidad.

—Creo que estamos progresando —informó a Pryce. El anciano asintió con la cabeza.

—Tommy, hijo mío, opino que hay muchos detalles de los que recelar y poco tiempo para investigar la verdad. A las ocho de la mañana del lunes tendrás que empezar a pelear para salvar al señor Scott. ¿Has pensado qué estrategia inicial emplearás?

—Aún no.

—Pues te aconsejo que empieces a pensarlo.

—Todavía hay muchas cosas que no sabemos.

Pryce se detuvo para colocar las tazas de té.

—¿Sabes lo que me preocupa sobre este caso, Tommy?

—Te escucho.

El anciano se movía con parsimonia. Examinó detenidamente las gastadas hojas de té que yacían en el fondo de cada taza de cerámica. Retiró con cuidado la tetera del fuego. Aspiró el vaho que brotaba de la boca de la tetera.

—Es que es algo distinto de lo que aparenta.

—Explicate, Phillip.

El otro meneó la cabeza.

—Soy demasiado viejo y delicado para esto —repuso, sonriendo—. Creo que es un hecho médicamente demostrado que cuanto mayor te haces, tienes mayor facilidad para detectar conspiraciones, ya sabes, chanchullos, historias de agentes secretos. Sherlock Holmes no era un hombre joven.

—Pero no era viejo. El doctor Watson sí era un anciano. Holmes tenía treinta y tantos años.

—Cierto. Y sin duda se mostraría receloso, ¿no crees? Me refiero a que este caso parece muy claro, desde el punto de vista de la acusación. Dos hombres que se odian. El motivo es el odio racial. Uno de ellos muere. El que le sobrevive debe de ser su asesino. *Quod erat demonstrandum*. O *ipso facto*. Una caprichosa construcción latina para definir la situación. Pero a mí nada de esto me parece claro.

—Estoy de acuerdo, pero nos queda poco tiempo para explorar.

—Me pregunto —dijo Pryce arqueando una ceja—, si eso formará parte del asunto.

Tommy se disponía a responder cuando oyó las sonoras pisadas de las botas de aviador de Hugh por el pasillo central del barracón. Al cabo de unos segundos la puerta se abrió y el canadiense entró veloz en la habitación, sonriendo de satisfacción.

—¿Sabéis lo que esos astutos cabrones habían ideado? —preguntó casi a voz en cuello, con el entusiasmo propio de un escolar.

—¿Qué? —inquirió Tommy.

—Prestad atención: el grupo que se había dirigido al edificio de las duchas cada día, a la misma hora, al mismo minuto, durante casi dos semanas, lloviera o hiciera sol, entonando esas canciones que tanto disgustan al viejo Von Reiter...

—Sí, yo pasé junto a ellos al venir —dijo Tommy.

—En efecto, Tommy, amigo mío, pero hoy acudieron diez minutos antes de lo habitual. ¿Y los dos gorilas que los escoltaban? ¡Eran dos de los nuestros vestidos con unos abrigos cortados y teñidos para que parecieran alemanes! Entran en las duchas y la mitad de la pandilla se desnuda y se pone a cantar como de costumbre. Los otros se ponen apresuradamente sus ropas y salen tan tranquilos. Los guardias falsos les ordenan que se coloquen en formación y empiezan a conducirles hacia el bosque...

—¿Confiado en que nadie se percatase de ello? —dijo Pryce soltando una carcajada.

—Eso es —continuó Hugh—. De hecho, lo habrían conseguido de no aparecer un condenado hurón montado en bicicleta. Al reparar en que los «gorilas» no iban armados, se detuvo, los hombres echan a correr hacia el bosque y el plan se fue a hacer gárgaras.

—Muy hábil —comentó Hugh meneando la cabeza—. Casi lo consiguen.

Los tres hombres prorrumpieron en risotadas. Les parecía un plan de fuga disparatado, pero en extremo creativo.

—No creo que hubiesen llegado muy lejos —dijo Pryce entre toses—. Sus uniformes habrían acabado por delatarlos.

—No necesariamente, Phillip —replicó Hugh—. Tres de los hombres (los auténticos artífices del plan, según tengo entendido) llevaban ropas de paisano debajo de sus uniformes, de los cuales iban a despojarse en el bosque. Asimismo, llevaban consigo excelentes falsificaciones de documentos. Según me han dicho. Ellos eran los que iban a fugarse. El papel de los otros consistía principalmente en causar problemas y quebraderos de cabeza a los alemanes.

—Me pregunto —dijo Tommy con lentitud— si hubieran estado dispuestos a participar en esta diversión de haber sabido que existía esa nueva orden que permite a los alemanes matar a los prisioneros sin más contemplaciones.

—Has dado en el clavo, Tommy —repuso Hugh—. Una cosa es jugar con los alemanes si sólo va a costarte un par de semanas en la celda de castigo cantando *Roll out the barrel* y tiritando de frío toda la noche, y otra muy distinta si esos cabrones van a colocarte ante un pelotón de fusilamiento. ¿Creéis que fue un farol? Me niego a creer...

—Tienes razón —terció Tommy con una seguridad un tanto intempestiva—. No pueden matar a prisioneros de guerra, se armaría la gorda.

Pryce meneó la cabeza y alzó la mano, interrumpiendo la conversación.

—Un prisionero de guerra debe llevar uniforme y dar su nombre, rango y número de identificación cuando se lo pregunten. Pero un hombre vestido de paisano que lleva una tarjeta de identidad y unos papeles de trabajo falsos podría ser tomado por un espía. ¿Cuándo deja uno de ser lo primero y pasa a ser lo segundo?

Pryce dio un profundo suspiro.

—Nosotros también ejecutamos a los espías sin mayores trámites.

Observó con detención a los dos aviadores y asintió lentamente con la cabeza.

—No me cabe duda de que en el futuro Von Reiter hará justamente eso —dijo—. Creo que nuestros muchachos, por listos que sean, estuvieron durante unos minutos en una situación muy peligrosa. Quizá no lo previeron. Von Reiter puede que no sea un nazi fanático que luce una camisa parda, pero es un oficial alemán que se toma su cargo muy en serio. Apostaría que por sus venas corren generaciones de rígido servicio teutón por la patria y no me cabe duda de que cumplirá con su deber al pie de la letra.

—Supongamos —le interrumpió Tommy— que recibiera esa orden, es posible que lo dijera para intimidarnos.

—Tommy lleva razón, Phillip —terció Hugh.

—Veo que estás aprendiendo con rapidez el arte de la sutileza, Tommy —comentó Pryce sonriendo—. Por supuesto, a nosotros ni nos va ni nos viene el que recibiera la orden de marras o no la recibiera, siempre y cuando no nos movamos de aquí, de este hotel encantador. Pero la amenaza de ejecutarnos es real, ¿no? Así, Von Reiter consigue buena parte de lo que pretende con sólo plantear la posibilidad de un pelotón de fusilamiento. La única forma de averiguar la verdad es fugarse.

—Y que te atrapen —agregó Tommy.

—Von Reiter es un hombre inteligente —prosiguió Pryce—. No le subestimes porque debido a su ropa parece el personaje de un espectáculo de títeres. —El ex letrado volvió a toser, y añadió—: Es un hombre cruel, a mi entender. Cruel y ambicioso. Unos rasgos que comparte, supongo, con ese taimado zorro de Visser.

De repente se oyeron pasos.

—¡Gorilas! —murmuró Hugh.

Antes de que los otros dos pudieran responder, la puerta del pequeño dormitorio se abrió y apareció Heinrich Visser. A su espalda vieron a un hombre diminuto y rechoncho, de no más de un metro cincuenta de estatura, que llevaba un terno negro mal cortado y sostenía en las manos un sombrero de fieltro negro que no cesaba de manosear nerviosamente. Los miraba a través de los gruesos cristales de sus gafas. Detrás de él había cuatro fornidos soldados empuñando sus fusiles. Al momento, el pasillo se llenó de aviadores británicos que habían interrumpido la ruleta del ratón intrigados por la presencia de soldados armados.

Visser entró en el reducido cuarto de literas y observó a los tres hombres.

—¿Interrumpo quizás una sesión de estrategia? ¿Un importante debate sobre los hechos y la ley, teniente coronel? —preguntó a Pryce.

—Tommy tiene mucho trabajo y le queda poco tiempo. Le ofrecíamos los escasos conocimientos fruto de nuestra experiencia. Esto no debe sorprenderle, *Hauptmann* —respondió Pryce.

Visser meneó la cabeza y se acarició el mentón como quien reflexiona.

—¿Han hecho progresos, teniente coronel? ¿Ha comenzado a perfilarse la defensa del teniente Scott?

—Disponemos de poco tiempo y nos planteamos algunos interrogantes. Pero aún no tenemos todas las respuestas —repuso Pryce.

—Ah, ésta es la suerte del auténtico filósofo —contestó Visser con expresión pensativa—. ¿Y usted, señor Renaday, con su espíritu de policía, ha hallado algunos hechos contundentes que le ayuden en este empeño?

Hugh miró al alemán con cara de pocos amigos.

—Estas paredes son unos hechos —dijo con desdén, señalando a su alrededor—. La alambrada es un hecho. Las torres de vigilancia y las ametralladoras son unos hechos. Aparte de esto, no tengo nada que decirle, *Hauptmann*.

Visser sonrió, pasando por alto la ofensa que contenían las palabras y el tono de la respuesta del canadiense. A Tommy no le gustó que Visser no se diera por aludido. Su sonrisa burlona traslucía un gesto amenazador.

—¿Y usted, señor Hart, se apoya mucho en el señor Pryce?

Tommy dudó antes de responder, sin saber adónde quería ir a parar el alemán con sus preguntas.

—Agradezco su análisis —repuso midiendo sus palabras.

—Debe de ser un gran alivio para usted contar con un experto de su talla, ¿no es así? Un insigne abogado que suple su falta de experiencia en estos temas —insistió Visser.

—En efecto.

El alemán sonrió. Pryce tosió dos veces, tapándose la boca con la mano. Al oírle toser, Visser se volvió hacia el anciano.

—¿Va mejorando su salud, teniente coronel?

—No es fácil que mejore en esta condenada ratonera —masculló Hugh con tono destemplado.

Pryce dirigió una breve mirada a su impulsivo compañero canadiense.

—Estoy bien, *Hauptmann* —respondió—. La tos persiste, como habrá podido comprobar. Pero me siento fuerte y confío en pasar lo mejor posible el resto de mi estancia aquí, antes de que aparezcan mis compatriotas y les liquiden a todos ustedes.

Visser rió como si Pryce hubiera dicho algo gracioso.

—Se expresa como un soldado —respondió sin dejar de sonreír—. Pero me temo, teniente coronel, que su valentía oculta su delicada salud. Su estoicismo frente a la enfermedad es admirable.

Visser observó a Pryce al tiempo que su sonrisa se disipaba, dando paso a una expresión fría y sobrecogedora que ponía de relieve el intenso odio que le rodeaba.

—Sí —continuó Visser en tono despectivo—. Me temo que está usted mucho más enfermo de lo que confiesa a sus camaradas.

—Estoy bien —repitió Pryce.

Visser meneó la cabeza.

—No lo creo, teniente coronel. No obstante, permita que le presente a este caballero, *Herr* Blucher, de la Cruz Roja suiza.

Visser se volvió hacia el hombre diminuto, que lo saludó con un gesto de la cabeza al tiempo que daba un taconazo y se inclinaba brevemente.

—*Herr* Blucher —prosiguió Visser con tono de suficiencia— ha llegado hoy mismo de Berlín, donde es miembro de la legación suiza.

—Qué diablos... —protestó Pryce, pero se detuvo, mirando al alemán con unos ojos no menos fríos que los de éste.

—Al alto mando de la Luftwaffe no le interesa que un distinguido letrado de merecida fama como usted muera aquí entre unos rudos y toscos prisioneros de guerra. Nos preocupa su persistente enfermedad, teniente coronel, y como por desgracia no disponemos de los medios adecuados para tratarla, las instancias superiores han decidido repatriarlo. Una buena noticia, señor Pryce. Regresará usted a su casa.

La palabra «casa» pareció reverberar en el repentino silencio que se hizo en la habitación.

Pryce se quedó inmóvil en el centro de la pequeña habitación. Se puso firme, tratando de asumir una postura militar.

—No le creo —soltó de sopetón.

Visser meneó la cabeza.

—Sin embargo es cierto. En estos momentos, un oficial naval alemán que se halla preso en un campo en Escocia, que padece una dolencia semejante a la suya, acaba de ser informado por el representante suizo de que regresará a su patria. Es un trato muy sencillo, teniente coronel. Nuestro prisionero enfermo a cambio del prisionero enfermo capturado por nuestro enemigo.

—Sigo sin creerle —insistió Pryce.

El hombre identificado como *Herr* Blucher avanzó un paso.

—Es cierto, señor Pryce —dijo en un inglés germanizado y con marcado acento alemán—. Yo mismo le escoltaré en tren a Suiza...

Pryce se volvió con brusquedad y miró a *Herr Blucher*.

—Usted no es suizo —le espetó. Luego se volvió y miró a Visser con expresión de angustia—. ¡Mentiras! —exclamó—. ¡Sucias mentiras, Visser! ¡No hay ningún trato! ¡No hay ningún intercambio de prisioneros!

—Ah —replicó Visser con un tono repelente y a la vez dulzón—, le aseguro, teniente coronel, que es verdad. En estos momentos un oficial naval ha emprendido el regreso a casa para reunirse con su esposa y sus hijos.

—¡Mentiras podridas! —gritó Pryce, interrumpiéndole.

—Se equivoca, señor Pryce —dijo Visser con voz untuosa—. Supuse que se alegraría de regresar a casa.

—¡Cerdo embustero! —protestó Pryce. Luego se volvió hacia Tommy Hart y Hugh Renaday. Su rostro reflejaba profunda desesperación.

—¡Phillip! —exclamó Tommy.

Pryce dio un paso vacilante hacia Tommy, aferrando al joven por la manga de su cazadora, como si de pronto le hubieran abandonado las fuerzas.

—Quieren matarme —dijo Pryce con voz queda.

Tommy movió la cabeza en sentido negativo y Hugh pasó entre ellos y se plantó delante de Visser.

—¡Le conozco, Visser! —le espetó el canadiense clavando el índice en el pecho del *Hauptmann*—. ¡Conozco su cara! ¡Si nos está mintiendo, dedicaré cada segundo de cada día de cada mes que me quede de mi vida en este mundo a perseguirlo! ¡No podrá ocultarse, nazi asqueroso, porque le acosaré como una pesadilla hasta dar con usted y matarlo con mis propias manos!

El alemán manco no retrocedió. Miró a Hugh a los ojos y respondió lentamente:

—El teniente coronel debe recoger sus pertenencias y acompañarme de inmediato. *Herr Blucher* le atenderá durante el viaje.

Visser miró con expresión entre risueña y despectiva al canadiense y luego a Pryce.

—Es una pena, teniente coronel, pero no tenemos tiempo para entretenernos con las despedidas. Debe embarcar de inmediato. *Schnell!*

Pryce abrió la boca para replicar, pero se contuvo.

—Lo siento, Tommy —dijo volviéndose hacia Hart—. Confiaba en que los tres saldríamos de aquí, libres. Habría sido estupendo, ¿verdad?

—¡Phillip! —exclamó Tommy con voz entrecortada, incapaz de pronunciar las

palabras que le abrumaban.

—Sé que no os ocurrirá nada malo, muchachos —continuó Pryce—. Debéis permanecer juntos. ¡Prometedme que sobreviviréis! Pase lo que pase, ¡debéis vivir! Espero que os esforcéis en ello, aunque yo no esté aquí para presenciarlo, tal como confiaba, eso no significa que no seáis capaces de conseguirlo por vuestros propios medios.

A Pryce le temblaban las manos y la voz. El temor del anciano era palpable.

—No, Phillip, no —dijo Tommy meneando la cabeza—. Permaneceremos juntos y me enseñarás Piccadilly y... ¿cómo se llama ese restaurante? Bueno, tal como me prometiste. Todo irá bien, lo sé.

—Ah, «Simpson's», en el Strand. Me parece estar saboreando uno de sus succulentos platos. Tommy y tú, Hugh, tendréis que visitarlo sin mí, y beber una copa de vino a mi salud. ¡Pero nada de vinos baratos, por favor! ¡Ni cerveza, Hugh! Un tinto de una añada anterior a la guerra. Un buen borgoña, por ejemplo.

—¡Phillip! —Tommy apenas si podía controlarse.

Pryce le sonrió, y luego a Hugh, asiéndole también el brazo.

—Muchachos, prometedme que no permitiréis que dejen mis restos en el bosque, para que las fieras puedan roer mi viejo esqueleto. Obligadles a devolveros mis cenizas, y dispersadlas sobre un lugar agradable, por ejemplo sobre el Canal de la Mancha, cuando esto acabe. Sí, eso me gustaría, para que la corriente las arrastre hasta la costa de nuestra amada isla. Podéis arrojarlas en cualquier lugar que sea de vuestro agrado. No me importa morir solo, chicos, pero quiero pensar que mis restos descansarán en un lugar donde puedan gozar de un poco de libertad...

—¡El tiempo apremia! —interrumpió Visser secamente—. ¡Haga el favor de prepararse, teniente coronel!

Pryce se volvió y miró con enfado al alemán.

—¡Eso es justamente lo que hago! —replicó. Luego se volvió de nuevo hacia sus dos jóvenes amigos—. Me matarán en el bosque —dijo suavemente. Su voz había recobrado cierta fuerza y hablaba con un tono casi inexpresivo, de resignación. Más que pavor, lo que sentía Pryce era cólera ante la perspectiva de su muerte inminente—. Tommy, muchacho —musitó—, os dirán que traté de huir, que traté de alcanzar la libertad. Te dirán que se produjo un forcejeo y se vieron obligados a disparar sus fusiles.

Visser volvió a interrumpir, sonriendo y con el mismo gesto de desdén que había mostrado anteriormente, cuando Von Reiter les había amenazado con ejecutar a los aviadores británicos que trataran de escapar.

—Un intercambio de prisioneros —dijo Visser—. Eso es todo. Para no tener que

responsabilizarnos de la frágil salud del teniente coronel.

—Deje de mentir —le espetó Pryce con descaro—. Nadie le cree y acabará usted por resultar estúpido.

La sonrisa de Visser se esfumó.

—Soy un oficial alemán —contestó con rabia—. ¡No miento!

—¡Vaya si no! —replicó Pryce—. ¡Sus mentiras hieden!

Furioso, Visser avanzó un paso, pero se detuvo. Miró a Phillip Pryce con manifiesto odio.

—Vámonos —dijo con un tono agresivo—. ¡Partimos ahora mismo! ¡En este instante, teniente coronel!

Pryce asió de nuevo el brazo de Tommy.

—Tommy —susurró—, esto no es una casualidad. ¡Nada es lo que parece! ¡Sálvalo, muchacho! ¡Ahora, más que nunca, estoy convencido de que Scott es inocente!

Dos soldados entraron en la habitación, para llevarse a Pryce. El escuálido y frágil inglés se encaró con ellos y se encogió de hombros. Luego se volvió hacia Hugh y Tommy.

—A partir de ahora tendréis que arregláros las sin mí, chicos. ¡No olvidéis que cuento con que saldréis de esto! ¡Debéis sobrevivir! ¡Pase lo que pase!

Acto seguido se volvió hacia los alemanes.

—Muy bien, *Hauptmann* —dijo con repentina y serena determinación—. Estoy preparado. Puede hacer lo que quiera conmigo.

Visser asintió, indicó a los soldados que lo rodearan y, sin que mediara otra palabra, éstos condujeron a Pryce por el pasillo y a través de la puerta. Tommy, Hugh y los otros aviadores británicos del barracón corrieron tras ellos, siguiendo al anciano letrado, quien marchaba con los hombros rígidos y la espalda recta. No se volvió una sola vez cuando el extraño cortejo atravesó el campo de revista. Ni vaciló en el momento de trasponer la puerta, custodiada por unos gorilas cubiertos con cascos de acero y empuñando sus fusiles. Más allá, junto al barracón del comandante, había un enorme Mercedes negro aguardando, con el motor en marcha, exhalando una pequeña pluma de vaho por el tubo de escape.

Visser sostuvo abierta la portezuela para que el inglés subiera. Blucher, el «suizo», rodeó el vehículo con sus andares de pato y se subió también en él.

Pero Pryce se detuvo junto a la puerta del coche, se volvió y, durante un prolongado momento, contempló el campo, mirando a través de la omnipresente alambrada hacia el lugar donde se hallaban Tommy y Hugh presenciando, impotentes, su partida. Tommy le

vio sonreír con tristeza y alzar la mano para hacer un breve ademán de despedida, como señalando hacia el cielo que le aguardaba. Luego hizo un gesto con los pulgares hacia arriba y, al mismo tiempo, se quitó la gorra para saludar a todos los aviadores británicos congregados junto a la alambrada, con la gallardía de un hombre que no teme a la muerte, por dura o solitaria que ésta le aparezca. Varios aviadores alzaron la voz para aclamarle, pero el sonido se interrumpió de golpe cuando uno de los guardias empujó a Pryce sobre el asiento posterior, y éste desapareció de la vista.

El motor emitió un rugido. Los neumáticos comenzaron a girar sobre la tierra. Levantando tras de sí una nube de polvo y traqueteando ligeramente por el accidentado camino, el vehículo partió hacia la línea del bosque.

Visser también lo observó partir. Luego se volvió lentamente, con expresión de triunfo, exhibiendo una expresión risueña. Echó a andar hacia Tommy y Hugh durante unos segundos, antes de dar media vuelta y entrar en el edificio administrativo. La puerta se cerró tras él.

Tommy esperó. Un silencio repentino le envolvió y experimentó una profunda sensación de resignación y rabia, sin saber cuál de esas emociones prevalecía sobre la otra. No le habría asombrado oír un disparo de fusil proveniente del bosque.

—Maldita sea —dijo Hugh en voz baja al cabo de unos momentos. Tommy se volvió a medias y vio que por las mejillas del rudo canadiense rodaban unos gruesos lagrimones y advirtió que él también estaba llorando—. Nos hemos quedado solos, yanqui —añadió Hugh—. Maldita y jodida guerra. Maldita jodida y puta guerra. ¿Por qué todo el que vale algo tiene que morir? —la voz de Hugh se quebró, llena de infinito pesar.

Tommy, que en esos instantes no podía articular palabra, se abstuvo de responder. Él también sabía que no había respuesta.

Tommy caminaba con trabajo a través de las alargadas sombras de la tarde, sintiendo las primeras insinuaciones del frescor nocturno que pugnaba por imponerse a los débiles retazos de sol. Trató de pensar en su casa en lugar de hacerlo en Phillip Pryce; trató de imaginar Vermont a principios de primavera, una época de promesas y expectativas. Cada flor de azafrán que brotaba a través de la húmeda y cenagosa tierra, cada capullo que se abría en la punta de una rama, ofrecía esperanza. En primavera, los ríos transportaban las aguas de escorrentía de la nieve fundida y recordó que a Lydia le gustaba acercarse en bicicleta hasta el borde del Battenkill, o hasta un estrecho recodo en el Mettawee, lugares donde en las tardes veraniegas él se afanaba en pescar alguna trucha, mientras admiraba las aguas coronadas de blanca espuma que se precipitaban borboteando por las rocas. Era estimulante contemplar la sinuosa fuerza del agua en esa

época: anunciaba tiempos felices.

Meneó la cabeza, suspirando, tratando de aferrar las imágenes distantes y huidizas de su hogar. Casi todos los *kriegies* poseían una visión de su hogar que evocaban en los instantes de desesperación y soledad, una fantasía de cómo podían ser las cosas, si lograban sobrevivir. Pero esos familiares ensueños a Tommy le resultaban ahora inaprensibles.

Se detuvo una vez, en el centro del campo de revista, y dijo en voz alta: «Ya está muerto.» Imaginó el cuerpo de Pryce caído boca abajo en el bosque, y a Blucher, el falso suizo, junto a él, empuñando una pistola Luger que aún humeaba. No se había sentido tan abandonado desde el momento en que había visto al *Lovely Lydia* sumergirse debajo de las olas del Mediterráneo, dejándolo solo, flotando enfundado en su chaleco salvavidas. Lo que deseaba imaginar era su casa, su chica, su futuro, pero sólo alcanzaba a ver los siniestros barracones del Stalag Luft 13, la omnipresente alambrada de espinos que le rodeaba, sabiendo que a partir de ahora sus pesadillas incluirían un nuevo fantasma.

Sonrió, durante unos instantes, ante esa ironía. En su imaginación, introdujo a su viejo capitán del oeste de Texas. Era la única forma, pensó en aquellos momentos, de no romper a llorar. Pensó que Phillip se mostraría envarado y ceremonioso al principio, mientras que el capitán tejano se comportaría con su habitual desparpajo, un tanto excesivo, pero encantador con su espíritu juvenil y su entusiasmo. Los imaginó dándose un apretón de manos y supuso que no tardarían en hacer buenas migas. Phillip, por supuesto, se lamentaría de que hablaran dos lenguas diferentes, pero ambos tenían numerosas cualidades que complacerían al otro y no tardarían en hacerse amigos.

Al doblar una esquina, de camino hacia el barracón 101, Tommy imaginó la conversación inicial entre los dos fantasmas. Sería sin duda cómica, pensó, antes de que los dos hombres muertos se percataran de que tenían muchas cosas en común en esta Tierra. En su rostro se dibujó una sonrisa agrídulce que no indicaba que la angustia que le atormentaba comenzara a remitir, pero cuando menos que su tensión se aliviaba.

Tommy echó a correr hacia la parte delantera de los barracones, y al distinguir la entrada del barracón 101, vio a Lincoln Scott de pie en el escalón superior. Frente a él había agolpados entre setenta y cinco y cien *kriegies*, observando al aviador negro en medio de un agitado y vacilante silencio.

El rostro de Scott denotaba ira. Sacudió un dedo en el aire, por encima de los otros aviadores.

—¡Cobardes! —gritó—. ¡Todos vosotros sois unos cobardes y embusteros!

Sin titubear, Tommy echó a correr hacia él.

Scott los amenazó con un puño.

—Estoy dispuesto a pelear contra cada uno de vosotros. ¡Contra cinco de vosotros! ¡Contra todos a la vez! ¡Vamos! ¿Quién quiere ser el primero?

Scott se irguió, asumiendo una postura pugilística. Tommy vio que observaba a cada hombre uno por uno, preparado para pelear.

—¡Cobardes! —volvió a exclamar—. ¡Vamos! ¿Quién quiere pelear conmigo?

La multitud estaba enfurecida, oscilando de un lado a otro, como agua a punto de hervir.

—¡Maldito negrata! —gritó una voz indistinguible entre el gentío. Scott se volvió al oír esas palabras.

—El negrata está preparado. ¿Y tú? ¡Venga, coño! ¿Quién quiere ser el primero?

—¡Que te den por el culo, asesino! ¡Morirás delante de un pelotón de fusilamiento!

—¿Tú crees? —replicó Scott, blandiendo ambos puños, volviéndose cada vez que oía un silbido despectivo—. ¿Es que no tenéis pelotas para enfrentaros a mí? ¿Vais a dejar que los alemanes hagan vuestro trabajo sucio? ¡Gallinas! —Scott se puso a cacarear en tono burlón—. Vamos —exhortó de nuevo a los hombres—, ¿por qué no tratáis de acabar conmigo? ¿O no sois lo bastante hombres?

La multitud avanzó hacia él, y Scott se agachó preparándose para encajar el inevitable puñetazo que iba a recibir, pero dispuesto a lanzar un contragolpe mortífero. Un axioma pugilístico: aprende a encajar un golpe y a devolverlo, y Scott parecía dispuesto a seguirlo al pie de la letra.

—¿Qué coño pasa aquí? —gritó Tommy con voz grave y autoritaria, sin que nadie lo esperara.

Scott se tensó al reparar en la presencia de Tommy. Permaneció desafiante.

—¿Qué ocurre? —repitió Tommy.

Como un nadador que avanza a través de un agitado oleaje, se abrió camino por el centro de la masa de aviadores blancos. Reconoció varios rostros, de unos hombres que iban a declarar en el juicio, otros que habían sido compañeros de cuarto y amigos de Trader Vic, el director de la banda de jazz y algunos colegas suyos, que el día anterior le habían amenazado en el pasillo. Eran los rostros de unos hombres roídos por la ira, y Tommy sospechó que los hombres que le habían amenazado se hallaban entre ellos. Pero comprendió que no tenía tiempo para escudriñar cada uno de los rostros.

La multitud se separó a regañadientes para dejarlo pasar. Al llegar a los escalones del barracón 101, Tommy se volvió hacia los hombres. Lincoln Scott se hallaba a su espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo.

—Pregúntaselo a ese negro de mierda —contestó una voz entre la multitud—. Es él quien busca pelea.

En lugar de volverse hacia Scott, Tommy se interpuso entre la primera hilera de hombres y el escalón sobre el que se encontraba el aviador negro.

—Te lo pregunto a ti —preguntó con energía señalando al hombre que acababa de hablar.

Tras unos instantes de vacilación, el hombre respondió:

—Parece que a tu amigo no le gustan nuestras obras de arte...

Se oyeron unas risas.

—Y como no es ningún entendido en arte, salió como una fiera del barracón y nos desafió a todos, cuando estábamos tan tranquilos sin meternos con él. Tiene ganas de gresca, de pelear con todos los que estamos en este campo, excepto quizá tú, Hart. Por lo visto quiere liarse a hostias con todos los tíos que estamos aquí.

Antes de que Tommy pudiera responder, sonó una voz a cincuenta metros.

—¡Atención!

Los *kriegies* se volvieron y vieron al coronel MacNamara y al comandante Clark que se dirigían rápidamente hacia ellos. Les seguía el capitán Walker Townsend, que se detuvo en la periferia para observar. Casi de inmediato apareció un escuadrón de guardias alemanes, compuesto por media docena de hombres procedentes del campo de revista por el que Tommy acababa de pasar. Iban armados con fusiles y avanzaban a paso de marcha, pisando con sus botas la tierra seca del campo. A la cabeza marchaba el *Hauptmann* Visser.

Los alemanes y los dos oficiales superiores americanos llegaron frente al barracón 101 casi al mismo tiempo. Los primeros se pusieron en guardia, empuñando los fusiles, mientras que Visser se situó frente al escuadrón. Los *kriegies* se cuadraron.

MacNamara avanzó con paso lento entre la multitud, al tiempo que se hacía el silencio en torno a él, escrutando el rostro de cada aviador como si quisiera retener el nombre y la identidad de cada uno en su memoria. Visser permaneció unos pasos detrás de él, como quien espera. El coronel se movía con rabia contenida, pausadamente, como un oficial dirigiendo la inspección de una unidad desaliñada. Tenía el rostro encendido, como si estuviera a punto de estallar, pero cuanto más furioso se ponía, más calculados eran sus gestos. Tardó varios minutos en alcanzar los escalones del barracón 101. En primer lugar dirigió a Tommy una mirada prolongada, rígida, luego observó a Scott y, por último, de nuevo a Tommy.

—Muy bien —dijo con un tono quedo que delataba su ira—. Haga el favor de explicarse, Hart. ¿Qué diablos ocurre aquí?

Tommy saludó y repuso:

—He llegado hace pocos momentos, señor. Trataba de obtener la misma respuesta.

MacNamara asintió.

—Entiendo —dijo, aunque era evidente que no comprendía nada—. Entonces espero que el teniente Scott aproveche esta oportunidad para aclarármelo.

Scott saludó también a su superior.

—Señor —dijo, luego de ciertos titubeos, como si buscara las palabras justas—, estaba desafiando a estos hombres a pelear conmigo, señor.

—¿Una pelea? —preguntó MacNamara—. ¿Contra todos ellos?

—Sí señor. Tantos como fuera necesario. Si se terciaba, todos.

MacNamara meneó la cabeza.

—¿Y por qué motivo, teniente?

—Mi puerta, señor.

—¿Su puerta? ¿Qué le pasa a su puerta, teniente?

Scott se detuvo y respiró hondo.

—Usted mismo puede verlo —respondió.

MacNamara se disponía a contestar, pero cambió de parecer.

—Muy bien —se limitó a decir.

No bien hubo dado un paso, oyó la voz de Heinrich Visser.

—Le acompañaré, coronel.

El alemán avanzó entre la multitud de hombres, que se apartaron diligentes para dejarlo pasar. Visser subió los escalones, efectuando un breve saludo con la cabeza a MacNamara.

—Por favor —dijo dirigiéndose a Scott—, muéstrenos el motivo que le llevó a desafiar a estos hombres en una situación de clara desventaja.

Scott miró al alemán con desdén.

—Una pelea es una pelea, *Hauptmann*. A veces las probabilidades de ganar o perder no tienen nada que ver con los motivos de la misma.

Visser sonrió.

—Un concepto de un hombre valiente, teniente, no de un hombre pragmático.

—Condúzcanos, teniente —interrumpió MacNamara con brusquedad—. ¡Ahora mismo!

Tommy fue el último que penetró a través de la puerta de doble hoja del barracón 101. Los pasos irregulares de los hombres resonaron a través del barracón mientras se dirigían hacia la última puerta, que daba acceso al dormitorio de Scott. Al llegar allí se detuvieron, examinando el exterior de madera.

Alguien había grabado en grandes letras con un cuchillo: MUERE NEGRO DE MIERDA. KKK.

—Bastante deficiente desde el punto de vista gramatical —comentó Lincoln Scott con acritud.

Visser se adelantó, se quitó el guante negro de su única mano y pasó lentamente la yema del dedo sobre las palabras, delineándolas. No dijo nada y al cabo de unos momentos volvió a enfundarse el guante.

MacNamara mostraba una expresión hosca.

—¿Tiene idea, teniente, de quién escribió estas palabras en la puerta de su cuarto? —preguntó a Scott.

Scott negó con la cabeza.

—Salí de mi habitación para ir al *Abort*. Me ausenté unos minutos. Cuando regresé, las vi.

—¿Y no se le ocurrió otra cosa que desafiar a todos los hombres que hay aquí? —inquirió MacNamara, tratando de contener la ira que destilaba cada palabra que salía de sus labios—. Aunque no tenía ni remota idea de quién había grabado estas palabras mientras usted se hallaba fuera.

Después de dudar unos instantes, Scott asintió con la cabeza.

—Sí señor. Eso hice.

De pronto oyeron a sus espaldas el sonido de la puerta del barracón 101 al abrirse y unas sonoras pisadas en el pasillo. Todos los hombres congregados frente al cuarto de Scott se volvieron y vieron al comandante Von Reiter dirigiéndose hacia ellos. Iba acompañado por dos oficiales subalternos, con las manos apoyadas nerviosamente sobre las fundas de sus pistolas. Detrás de ellos, tratando de pasar inadvertido pero sin querer perderse detalle, aparecía Fritz Número Uno. Von Reiter lucía aún su uniforme de gala.

El comandante del campo avanzó por el pasillo y se detuvo a pocos pasos de la puerta. Estuvo un rato contemplando en silencio las palabras. Después se volvió hacia MacNamara, como pidiendo una explicación.

—¡Esto, *Herr Oberst*, es lo que le advertí que podía suceder! —dijo MacNamara sin vacilar—. De no ser por el teniente Hart y yo mismo, que llegamos en el momento oportuno, podría haberse producido un linchamiento.

MacNamara se volvió hacia Scott.

—Teniente, aunque comprendo su ira...

—Disculpe, coronel, pero no creo que la comprenda, señor... —empezó a replicar Scott, pero MacNamara alzó una mano para interrumpirle.

—Tenemos un proceso legal. Tenemos un procedimiento. Debemos atenernos a las reglas. ¡No toleraré ningún altercado! ¡No toleraré un linchamiento! ¡Y no toleraré que se meta usted en ninguna pelea!

Se volvió hacia Von Reiter.

—Le advertí, comandante, que esta situación es peligrosa —dijo—. ¡Se lo vuelvo a advertir!

—¡Debe controlar a sus hombres, coronel MacNamara! —le espetó Von Reiter, tan furioso como el otro—. De lo contrario me veré obligado a tomar medidas.

Ambos hombres se miraron con enfado. De pronto, MacNamara se volvió hacia Tommy.

—¡El juicio se iniciará a las ocho de la mañana del lunes! En cuanto a esto —añadió volviéndose de nuevo hacia Von Reiter—, quiero que dentro de una hora instalen otra puerta en esta habitación. ¿Entendido?

Von Reiter abrió la boca para responder, pero se detuvo y asintió con la cabeza. Dijo unas apresuradas palabras en alemán a uno de sus ayudantes, que dio un taconazo, saludó y se alejó rápidamente por el pasillo.

—Sí —dijo el comandante alemán—. Instalarán otra puerta. Usted, coronel, debe ocuparse de dispersar a la multitud que se ha formado fuera. ¿De acuerdo?

MacNamara asintió.

—Lo haré.

El oficial superior americano se detuvo.

—Pero el *Oberst* ya ve el peligro al que todos estamos expuestos —añadió en tono solemne—. Es probable que se produzcan serios problemas.

—¡Debe controlar a sus hombres! —repitió Von Reiter con hosquedad.

—Haré cuanto esté en mis manos —respondió MacNamara.

A Tommy se le ocurrió de improviso una idea y avanzó un paso.

—¡Señor! —dijo—. Creo que convendría que el teniente Scott contara con el apoyo de su abogado las veinticuatro horas del día. Estoy dispuesto a mudarme a su habitación. —Luego se volvió hacia el oficial alemán y agregó—: Y no se me ocurre un guardaespaldas más eficaz que el teniente de aviación Renaday. Solicito permiso para que se traslade del recinto británico a este barracón durante los días que dure el juicio.

Tras reflexionar unos momentos, Von Reiter repuso:

—Si es lo que desea, y su comandante no se opone...

MacNamara meneó la cabeza.

—Quizá sea una buena idea —dijo.

—El *Hauptmann* Visser se ocupará del traslado —ordenó Von Reiter.

—Bien —dijo Tommy, mirando con franca antipatía al manco—. Los traslados se le dan muy bien.

De haber podido matar a Visser en aquel momento, no lo habría dudado, pues lo único que veía su imaginación era el consternado semblante de Phillip Pryce cuando le obligaron a ocupar el asiento posterior del coche que lo conduciría a una muerte rápida y solitaria.

Von Reiter calibró la ira que observó entre Tommy y Visser, asintiendo con la cabeza.

—Muy bien —dijo dirigiéndose a MacNamara—. Ordene a sus hombres que rompan filas. Está a punto de sonar el *Appell* nocturno.

Los alemanes dieron media vuelta y echaron a andar por el pasillo. MacNamara se detuvo unos segundos para volverse hacia Tommy Hart y Lincoln Scott.

—Le presento mis disculpas, teniente Scott —dijo secamente—. Es cuanto puedo decir.

Scott asintió y saludó.

—Gracias, señor —respondió, confiriendo poca gratitud a sus palabras.

Luego el oficial superior americano se volvió y siguió a los alemanes por el pasillo. Durante unos momentos, Tommy y Lincoln Scott permanecieron en la puerta de la habitación.

—¿Habría peleado contra ellos? —preguntó Tommy.

—Sí —contestó Scott sin dudar—. Por supuesto.

—¿No cree que eso es justamente lo que pretendían? —continuó Tommy.

—Sí, no cabe duda de que lleva usted razón —reconoció Scott—. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Tommy se abstuvo de responder. De hecho, él no veía otra alternativa.

—Creo —dijo al fin— que sería conveniente que dejáramos de hacer lo que todos los que le odian quieren que haga.

Scott abrió la boca para contestar, pero dudó unos instantes antes de responder.

—Ha dado usted en el clavo, Hart. Estoy completamente de acuerdo.

Scott se hizo a un lado y con un gesto invitó a Tommy a entrar en la habitación.

—Agradezco su ofrecimiento —dijo—, pero no puedo...

Tommy se apresuró a interrumpirle.

—Colocaré una litera junto a la pared —dijo—, y Hugh y yo dormiremos junto a la puerta. Por si alguien quisiera jugarle una mala pasada por la noche. No hay muchos hombres que estarían dispuestos a pelear con Hugh para llegar hasta usted.

Scott volvió a abrir la boca, pero se detuvo y asintió con la cabeza.

—Gracias —se limitó a decir.

Tommy sonrió, pensando que era la primera vez que oía al aviador negro utilizar esa palabra con sinceridad.

—Iré a por mis cosas —dijo al tiempo que señalaba la pared junto a la que pensaba colocar su litera. Pero se detuvo.

De improviso lo atenazó una sensación de temor.

Tommy echó un vistazo en derredor, escudriñando cada rincón del dormitorio.

—¿Qué pasa? —preguntó Scott alarmado.

—La tabla. La que estaba manchada con la sangre de Vic y demuestra que lo mataron fuera del *Abort* y luego lo trasladaron aquí. La que le dejé aquí hace un rato...

Tommy la buscó con la mirada.

—¿Dónde diablos está?

Scott se volvió hacia la esquina opuesta de la habitación.

—Yo la puse ahí —repuso— y ahí seguía cuando salí para ir al *Abort*.

Pero había desaparecido.

Leña

Inmediatamente después del habitual *Appell* vespertino, Hart y Scott se dirigieron al dormitorio de MacNamara. Atravesaron rápido y en silencio el campo de revista y entraron en el barracón 114, sin intercambiar palabra. Pasaron junto a pequeños grupos de *kriegies* que se disponían a preparar su cena. La mayoría se entretenía combinando diversos productos extraídos de los paquetes de la Cruz Roja: carne o salchichas enlatadas, vegetales y frutos secos y la invariable leche en polvo Klim que constituía la base de todas las salsas que elaboraban. Esa tarde, los alemanes les habían proporcionado un poco de *kriegbrot* y una magra ración de nabos duros y patatas rancias.

Un cocinero *kriegie* dotado de imaginación era capaz de crear una increíble variedad de menús a partir de los alimentos que contenía un paquete de la Cruz Roja, mezclando los ingredientes (pastel de cerdo enlatado con confitura de fresa acompañado por frutas en conserva). Los mejores chefs clavaban nuevas recetas en los tableros de anuncios del Stalag Luft 13, unas recetas que eran imitadas y modificadas de diversas formas en todo el campo de prisioneros. Los aviadores suplían cantidad con creatividad, y cada nuevo *kriegie* aprendía a cocinar y a comer despacio, procurando que cada escaso bocado evocara en su mente el recuerdo de un succulento festín tomado en circunstancias más gratas y, al mismo tiempo, que durara más de lo que merecía. Nadie devoraba allí.

Mientras caminaban por el pasillo central del barracón, Tommy miró a Scott de reojo. Como de costumbre, Scott caminaba erguido, mostrando una expresión tensa y agresiva. Tommy pensó que poseía una enigmática dureza que ni él mismo conocía, que brotaba de lo más recóndito de su ser, una región inexplorable. Se preguntó en qué pensaría el aviador negro. Scott tenía el raro don de hacer que cualquiera pareciera más pequeño a su lado. Tommy supuso que esa cualidad dependía de lo que uno hubiera visto en la vida, y la forma en que lo hubiera asimilado, y Lincoln Scott había visto muchas cosas. En cuanto a él, no creía que Vermont y Harvard fueran equiparables al periplo del otro, aunque ambos hubieran llegado al mismo lugar y en el mismo momento. Scott seguía sin parecer un prisionero de guerra. Había perdido peso —eso era inevitable dadas las magras raciones de comida—, pero sus ojos no traslucían ni la amarga resignación, ni la

abatida paciencia de quien ha sido derrotado.

Tommy pensó en él. ¿Había conseguido el Stalag Luft 13 fundir al soldado que llevaba dentro al igual que unos cuantos kilos? ¿Había perdido su deseo, su firmeza de carácter, su tesón? A veces se atosigaba con tantas preguntas, temiendo no ser capaz de invocar esas cualidades cuando tuviera que echar mano de ellas.

Especialmente ahora, pensó, cuando Phillip Pryce ha desaparecido y sólo queda su recuerdo para señalármelas. Tommy se mordió el labio, tratando de controlar sus emociones. Tan difícil le resultaba imaginar a Phillip muerto como creer que seguía vivo. Era como si el inglés hubiera sido eliminado de la existencia de Tommy con la rotundidad de la muerte, pero sin la realidad que la acompaña. Phillip se había despedido de él con la mano y luego se había desvanecido. Sin una explosión, sin un tiro, sin gritos de auxilio, sin sangre. La imagen que Tommy retenía en su mente de la sonrisa irónica e impávida, que Phillip mostró en aquel último momento, le dolía como un puñetazo en el estómago.

Tommy caminaba a paso rápido y sostenido junto a Lincoln Scott, pero se sentía solo.

—¿Va a hablar usted, Hart, o debo hacerlo yo?

La rabia apenas contenida de Scott arrancó a Tommy de sus cavilaciones.

—Yo lo haré —se apresuró a responder—, pero procure mostrar lo que piensa a MacNamara. ¿Me ha comprendido?

Scott asintió con la cabeza.

—Sí —prosiguió en voz baja—. Compórtese como un caballero, un caballero cabreado, pero no diga nada que pueda ofender a ese cretino, porque es el juez y quizás elija el juicio de mañana para ajustar cuentas.

Tommy llamó tres veces con los nudillos a la puerta del dormitorio del alto oficial americano. Durante los segundos de espera, Scott murmuró:

—Me comportaré como un caballero, Hart. Pero, ¿sabe?, me estoy cansando de mostrarme siempre razonable. A veces pienso que me mostraré razonable hasta el momento en que les oiga dar la orden de fuego.

—Yo no estoy tan seguro de que se haya mostrado siempre razonable —repuso Tommy. Scott sonrió divertido.

Oyeron una voz indicándoles que pasaran y Scott abrió la puerta. MacNamara estaba sentado en un rincón de la habitación, con los pies embutidos en calcetines, sobre la litera, y con sus gafas rayadas y torcidas apoyadas en la punta de la nariz. En la manta, junto a él, había un plato de hojalata con los restos del invariable estofado que comían los *kriegies*, y en la mano sostenía un manoseado ejemplar de *Grandes esperanzas* de Dickens. Tommy reconoció al instante esta combinación. El sistema habitual de los

kriegies a la hora de comer: tomar un bocado, masticar lentamente, leer un párrafo o dos, comer otro bocado. A veces tenían la impresión de que el tiempo era un aliado de los alemanes.

MacNamara apartó la novela, observando a los visitantes con interés, mientras éstos se plantaban con un par de zancadas en el centro de la habitación y se cuadraban ante él. En virtud de su rango, MacNamara había conseguido uno de los escasos dormitorios en los que se alojaban sólo dos personas. El comandante Clark, su compañero de cuarto, se hallaba ausente en esos momentos. Tommy tuvo la presencia de ánimo de echar un vistazo a su alrededor, pensando que quizá vería alguna fotografía pegada en la pared o algún recuerdo colocado en una esquina que le indicara algo sobre la personalidad del coronel que le fuera útil. Pero no vio nada que revelara el menor rasgo sobre MacNamara.

—Tenientes... —dijo éste tocándose la frente para devolverles el saludo—. Descansen. ¿Qué les trae por aquí?

—Deseamos informarle de un robo, señor —respondió Tommy sin perder tiempo.

—¿Un robo?

—Así es.

—Continúe.

—Ha sido sustraída del dormitorio del señor Scott una prueba clave, que yo había obtenido y me proponía presentar mañana en el juicio. Sospechamos que el robo se produjo durante el rato que el señor Scott estuvo discutiendo con los hombres frente al barracón 101. Protestamos enérgicamente contra este acto, señor.

—¿Una prueba, dice usted? ¿De qué se trata?

Tommy dudó, y el coronel se apresuró a añadir:

—Aquí no hay nadie del otro bando, señor Hart. Toda información que usted me transmita quedará entre nosotros.

—No me cabe duda, señor —repuso Tommy, aunque no lo creía. No se atrevía a mirar a Lincoln Scott.

—Bien —la voz de MacNamara mostraba una firmeza que tal vez ocultara su irritación, pero Tommy no estaba seguro de ello—. Vuelvo a preguntarle de qué prueba se trata.

—De una tabla, señor, que arranqué del costado de un barracón. Mostraba evidentes rastros de sangre de Trader Vic. Rastros de salpicaduras, como dicen los profesionales.

MacNamara abrió la boca para responder, pero se detuvo. Retiró los pies de la cama y durante unos instantes observó los dedos de sus pies enfundados en los raídos calcetines,

y los movió para desentumecerlos. Después se incorporó, como para prestar mayor atención.

—¿Una tabla manchada de sangre?

—Sí, señor.

—¿Cómo sabe que es sangre del capitán Bedford?

—Es la única conclusión a la que puedo llegar, señor. Nadie más ha sangrado tanto.

—Cierto. ¿Y esa tabla qué demostraba, según usted?

Tommy dudó unos momentos antes de responder.

—Un elemento clave de la defensa, señor. Indica el lugar donde fue asesinado Trader Vic y desmonta la percepción del crimen por parte de la acusación.

—¿Provenía del *Abort*?

—No, señor.

—¿Provenía de otro lugar?

—Sí, señor.

—¿Y según usted qué es lo que eso demuestra?

—Señor, si podemos demostrar que el crimen ocurrió en otro lugar, pondremos en tela de juicio todo el caso de la acusación. El fiscal afirma que el señor Scott salió del barracón 101 detrás el capitán Bedford y que la discusión y pelea se produjo entre los edificios, junto al *Abort*. Esta prueba indica un escenario distinto y respalda la protesta de inocencia del teniente Scott, señor.

—Lo que usted alega es correcto, teniente. ¿Y dice que este objeto ha desaparecido?
—respondió MacNamara midiendo cuidadosamente sus palabras.

Antes de que Tommy pudiera responder, Scott terció inopinadamente:

—¡Sí, señor! Fue robado de mi dormitorio. ¡Sustraído, robado, hurtado, birlado, mangado! Como quiera llamarlo, señor. ¡En el jodido momento en que yo estaba ausente!

—Modere su lenguaje, teniente —ordenó MacNamara.

Scott lo miró fijamente.

—De acuerdo, coronel —dijo con calma—. Moderaré mi lenguaje. No quisiera enfrentarme a un pelotón de fusilamiento sólo por decir palabrotas. Podría ofender la delicada sensibilidad de alguno.

MacNamara se encogió de hombros, como si aceptara la furia del aviador negro, como si la indignación de éste no tuviera importancia. Tommy tomó nota de ello, tras lo cual avanzó un paso y dijo, subrayando sus palabras con enérgicos ademanes:

—Señor, sin duda recordará que la acusación de Trader Vic contra el teniente Scott

por haberle robado unos objetos fue el detonante de esta situación. Gran parte de la antipatía que le tienen los hombres proviene de ese incidente. Ahora la víctima es el teniente Scott, y el objeto que ha desaparecido es infinitamente más importante que un recuerdo de guerra, una cajetilla de tabaco o una tableta de chocolate.

MacNamara alzó la mano, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Lo sé. ¿Qué quiere que haga yo?

Tommy sonrió.

—Como mínimo, señor, creo que deberíamos interrogar a cada miembro de la acusación bajo juramento. A fin de cuentas, son quienes se benefician de esta acción ilegal. Asimismo, creo que deberíamos interrogar a todos los testigos de la acusación, porque muchos de esos hombres parecen odiar al teniente Scott tanto como el capitán Bedford. También deberíamos interrogar a algunos de los hombres que han proferido amenazas más serias contra el teniente Scott. Y creo que deberíamos posponer durante unos días el juicio. Por otra parte, creo que el robo de este elemento clave pone de relieve la presunción de inocencia de Scott. En muchos aspectos, el robo constituye en sí mismo una prueba de su absoluta inocencia. Es más que probable que la tabla fuera robada por el auténtico asesino. Propongo que retire usted de inmediato los cargos contra el teniente Scott.

—¡No!

—¡Señor! ¡La defensa se ha visto entorpecida por acciones ilegales e inmorales dentro del campo! Eso indica...

—¡Lo que indica está claro, teniente! Pero no demuestra nada. Y no hay nada que respalde la idea de que esta prueba haya existido o que hubiera conseguido los espectaculares resultados que usted afirma.

—¡Señor! ¡Tiene usted la palabra de honor de dos oficiales!

—Sí, pero aparte de eso...

—¿Qué? —interrumpió Scott—. ¿Acaso nuestra palabra tiene menos peso? ¿Es menos veraz? Quizá piense que mi palabra es menos valiosa. Pero la palabra de honor de Hart tiene el mismo color que la suya, señor, la del comandante Clark o de cualquier otro hombre en el Stalag Luft 13.

—Yo no he dicho eso, teniente. No se trata de ninguna de esas cosas. Pero carece de corroboración. —MacNamara habló casi en tono conciliatorio.

—Otros oficiales me vieron arrancar la tabla —terció Tommy.

—¿Por qué no están aquí con usted?

Tommy imaginó al instante a los compañeros de cuarto de Trader Vic y a los

miembros de la banda de jazz que se habían encarado con él en el pasillo del barracón 101. Pensó que probablemente eran los hombres que habían robado la tabla. Y sabía que mentirían sobre el robo. Pero sabía quién no podía mentir.

—No estoy seguro de quiénes son.

—¿No cree poder identificarlos?

—No. Excepto a uno.

—¿Quién es?

—El capitán Walker Townsend. La acusación. Me vio con ese objeto.

Este nombre hizo que el coronel se pusiera súbitamente de piel, crispado. Durante algunos segundos guardó silencio, enfrascado en sus reflexiones. Luego dio la espalda a los dos hombres y caminó hasta el otro extremo de la pequeña habitación, tras lo cual dio media vuelta y retrocedió sobre sus pasos, hasta plantarse de nuevo frente a ellos. Tommy observó que el coronel calculaba, casi como si inspeccionara los daños causados por un ataque a un avión, tratando de dilucidar si volvería a volar. Tommy también tomó nota de la reacción de MacNamara, al igual que de todo cuando decía el oficial superior americano. Confiaba en que Lincoln Scott estuviera tan atento como él.

De improviso MacNamara agitó la mano en el aire, como si hubiera concluido su ecuación mental y escribiera el resultado.

—De acuerdo, caballeros. Expondremos el tema mañana ante el tribunal. Podrán formular entonces sus preguntas, y quizás el capitán Townsend y la acusación puedan ofrecerles algunas respuestas al respecto.

MacNamara miró a los dos hombres jóvenes, arrugando el ceño y sonriendo al mismo tiempo.

—Puede que con ello consiga asestar un golpe, teniente Hart —dijo el oficial meneando ligeramente la cabeza—. Un golpe certero y contundente. Pero falta por ver la magnitud de los daños que con ello causa a la acusación. En cualquier caso, mantendré un talante objetivo al respecto.

Tommy asintió, aunque no estaba muy convencido de ello y dudaba que Scott lo considerara otra cosa que una descarada mentira. Saludó a su superior y dio media vuelta para encaminarse hacia la puerta, pero Scott, que estaba a su lado, vaciló unos instantes. Tommy se puso nervioso, temiendo que Scott soltara alguna de sus inconveniencias, pero vio que el aviador negro señalaba la novela que MacNamara había depositado, abierta, junto a su litera.

—¿Le gusta Dickens, señor? —preguntó Scott.

En el rostro del coronel MacNamara se dibujó una breve expresión de asombro antes

de que respondiera:

—En realidad, es la primera vez que tengo tiempo para leer. De joven no era aficionado a la novela. Leía principalmente libros de historia y matemáticas. Eran los temas que te ayudaban a ingresar en West Point y que hacían que siguieras allí. Ni siquiera recuerdo que en la academia militar impartieran una clase sobre Dickens. Por supuesto, de niño y cuando asistía a la escuela no disponía de tanto tiempo como ahora, gracias a los malditos alemanes. Pero hasta ahora, parece muy interesante.

Scott asintió con la cabeza.

—Mis estudios escolares también se basaban principalmente en literatura técnica y libros de textos —dijo al tiempo que una breve sonrisa se filtraba en su rostro—. Pero me quedaba tiempo para leer a los clásicos, señor. Dickens, Dostoievski, Tolstói, Proust, Shakespeare. También tenía que leer a Homero y algunas tragedias griegas. No consideraba que mi educación fuera completa sin conocimientos fundamentales de los clásicos, señor. Eso me lo enseñó mi madre. Es maestra.

—Es posible que lleve razón, teniente —respondió MacNamara—. No se me había ocurrido pensar en ello.

—¿De veras? Me asombra. En cualquier caso, Dickens era un escritor interesante, señor —prosiguió Scott—. Cuando uno lee sus mejores obras hay que tener presente una cosa.

—¿Qué, teniente? —preguntó MacNamara.

—Nada es exactamente lo que parece a primera vista —contestó Scott—. Ése era el genio de Dickens. Buenas noches, señor. Disfrute con su lectura.

Los dos jóvenes abandonaron el dormitorio del coronel.

Cuando salieron del barracón 114, la oscuridad empezaba a caer sobre el campo de prisioneros, envolviendo el mundo en el gris mortecino del anochecer. Los muros de alambre de espino que rodeaban el perímetro se recortaban como unas líneas retorcidas dibujadas a carbón sobre los últimos rayos de luz diurna. La mayoría de los *kriegies* se habían retirado a sus dormitorios, preparándose para la noche, pertrechándose contra el frío nocturno que se filtraba inexorable. De vez en cuando, Hart y Scott veían a otro aviador que se daba prisa a través de las sombras debido a la oscuridad amenazadora e inminente. La oscuridad siempre podía significar muerte, en especial a manos de un joven guardia nervioso y mal adiestrado armado con una metralleta. Tommy alzó la vista y contempló, a través de los primeros momentos crepusculares, una torre de vigilancia cercana y vio a dos gorilas descansando, con los brazos apoyados en el borde, como unos hombres en un bar. Pero ellos los observaban atentamente, esperando que apretaran el paso.

—No está mal, Hart —comentó Scott. Levantó la vista hacia el lugar que miraba Tommy y observó a los dos soldados alemanes apostados en la torre de vigilancia—. Lo que más me gustó fue la parte sobre retirar los cargos. No dará resultado, claro está, pero le puso nervioso y le dará algo desagradable en qué pensar esta noche cuando los alemanes apaguen las luces. Eso me gustó.

—Valía la pena intentarlo.

—A estas alturas, vale la pena intentarlo todo. ¿Sabe a quién le habría gustado? Al anciano inglés, al que se llevaron. Pryce habría admirado su maniobra, aunque no funcionara.

—Seguramente tiene razón —repuso Tommy.

—Pero no hay muchos trucos en el sombrero, ¿no es cierto, Hart?

—No. Aún tenemos a Fenelli, el médico. Su testimonio arrojará algunas dudas sobre el asunto, y cuando se ponga a largar desbaratará el caso de Townsend. Pero quisiera tener algo más. Algo concreto. La auténtica arma del crimen, otro testigo, algo convincente. Por esto la tabla era una prueba indispensable.

Avanzaron unos pasos a través de la creciente oscuridad.

—Dígame, Scott —preguntó Tommy de sopetón—, ¿qué opinión le merece MacNamara?

Scott dudó unos instantes antes de responder con otra pregunta:

—¿En qué sentido? ¿Como oficial, como juez o como ser humano?

—En todos los sentidos. Vamos, Scott, ¿qué impresión tiene de él?

Tommy observó una pequeña sonrisa en los labios del aviador negro.

—Como oficial, es un militar de pies a cabeza. Un oficial de carrera que ambiciona ascender y que probablemente se consume de rabia cada segundo que permanece aquí, completamente olvidado, mientras sus compañeros de West Point hacen lo que los alumnos de esa academia suelen hacer, o sea, enviar a hombres a la muerte, prender medallas en sus propios pechos y ascender en la escala militar. Como juez, sospecho que será tres cuartos de lo mismo, aunque de vez en cuando se esforzará en dar la impresión de que aspira a hacer justicia.

—Estoy de acuerdo —dijo Tommy—. Pero hay una diferencia entre ser justo y parecerlo.

—¡Exactamente! —replicó Scott con voz queda—. Ahora bien, como persona... ¿Tiene usted idea, Hart, de los muchos Lewis MacNamara que he conocido a lo largo de mi vida?

—No.

—Docenas. Centenares. Demasiados para llevar la cuenta.

Scott emitió un suspiro de asentimiento.

—MacNamara es ese tipo complicado que niega enérgica y públicamente sus prejuicios, pero que luego eleva el listón un poco más cada vez que un negro amenaza con saltarlo. Habla sobre justicia e igualdad y sobre cumplir con las normas establecidas, pero lo cierto es que la normas que yo tengo que superar son muy distintas de las que tiene que superar usted, Hart. Las mías se ponen siempre más difíciles cada vez que estoy a punto de alcanzar el éxito. He visto a MacNamara en los colegios a los que he asistido, desde la escuela primaria en el South Side de Chicago hasta la universidad. MacNamara era el policía irlandés que patrullaba por mi barrio aceptando sobornos y manteniendo a todo el mundo a raya, y el director de la escuela primaria que nos obligaba a compartir cada libro de texto entre tres en cada clase y nos impedía que nos lo lleváramos a casa por las tardes para estudiar la lección. Era el oficial que examinó mi historial académico, inclusive un doctorado, y me aconsejó que me hiciera cocinero. O el celador de un hospital. En todo caso un cargo inferior y poco importante. Y cuando conseguí la mayor calificación en el examen de ingreso en la academia de aviación, fue un MacNamara quien me exigió que volviera a examinarme, debido a cierta «irregularidad». La única irregularidad era haber obtenido yo una nota más alta que los chicos blancos. Y cuando por fin conseguí ingresar, al llegar a Alabama me encontré a MacNamara esperándome. Como le expliqué, Hart, fuera quemaban cruces y dentro imponían unas normas prácticamente imposibles de cumplir. Los MacNamaras que había allí te echaban del proyecto por haber cometido un solo error en un examen escrito. Cualquier error, por insignificante que fuera, te costaba caro en el aire. ¿Quiere saber por qué los chicos de Tuskegee son los mejores pilotos de caza en el cuerpo de aviación? ¡Porque teníamos que serlo! Ya se lo he dicho, Hart, usted tiene que cumplir unas normas y yo otras. ¿Quiere saber lo más gracioso?

—¿Lo más gracioso?

—Bueno, digamos que la mayor ironía.

—¿A qué se refiere?

—En última instancia, me resulta más sencillo tratar con los Vincent Bedfords de este mundo que con los Lewis MacNamaras. Al menos Trader Vic nunca trató de ocultar quién era y cómo pensaba. Y nunca pretendió ser justo cuando no lo era.

Tommy asintió con la cabeza. Caminaba junto a Scott a través de la fresca atmósfera. La límpida brisa nocturna evocaba en su mente recuerdos de Vermont.

—Debe de ser difícil para usted, Scott. Difícil y enojoso —comentó Tommy con tono tranquilo.

—¿Qué?

—Advertir de inmediato el odio en todas las personas con las que se tropieza y mostrarse siempre receloso de todo lo que ocurre.

Scott abrió la boca para responder y alzó la mano derecha en un breve gesto despectivo, que interrumpió a mitad de camino. Luego volvió a sonreír de nuevo.

—Lo es —respondió—, es una tarea ingrata —sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír—. Una tarea que, como habrá visto, me ocupa cada minuto del día. —Scott soltó una repentina carcajada—. Me ha pillado, Hart. Siempre le subestimo.

—No es usted el primero —repuso Tommy encogiéndose de hombros.

—Pero no me subestime usted a mí —replicó Scott.

—Dudo que lo haga nunca, Scott —dijo negando con la cabeza—. Quizá no le comprenda, y quizá no me caiga bien. Hasta puede que no crea todo lo que dice. Pero jamás le subestimaré.

Scott sonrió y soltó otra carcajada.

—¿Sabe, Hart? —preguntó con tono jovial—. No deja usted de sorprenderme.

—El mundo está lleno de sorpresas. Nada es nunca lo que parece. ¿No fue eso lo que dijo usted a MacNamara sobre Dickens?

Scott asintió con la cabeza.

—Vermont, ¿eh? Nunca he estado allí. Visité Boston una vez, pero eso es todo. ¿Lo echa de menos? —Scott se detuvo, meneó la cabeza y luego añadió—: Es una pregunta estúpida porque la respuesta es obvia. Pero de todos modos se la hago.

—Lo echo de menos todo —respondió Tommy—. Mi casa, mi chica, mi gente. Mi hermana menor, el perro. Hasta echo de menos Harvard, cosa que jamás imaginé. ¿Sabe incluso lo que echo de menos? Los olores. Nunca pensé que la libertad poseía un olor característico, pero así es. Uno lo percibía en el aire, cada vez que el viento lo arrastraba. Un olor a limpio. Como el perfume de mi chica el día de nuestra primera cita. Como la comida que prepara mi madre los domingos por la mañana. A veces salgo del barracón y al contemplar la alambrada pienso que jamás saldré de aquí y no volveré a percibir esos olores.

Ambos siguieron caminando hasta llegar a la entrada el barracón 101. Entonces Scott se detuvo. Volvió la cabeza un momento, como para cerciorarse de que nadie les observaba. Daba la impresión de que se hallaban solos, envueltos por la luz crepuscular, antes de que la oscuridad cayera sobre el campo. Scott sacó del bolsillo de la cazadora una fotografía gastada y rota en las esquinas. Después de contemplarla lentamente, recreándose en ella, se la pasó a Tommy.

—Tuve suerte —dijo Scott con voz queda—. La mañana de mi última misión, cogí esta fotografía y la guardé en el bolsillo de mi uniforme de vuelo, junto a mi corazón. No sé por qué. No lo había hecho en ninguna misión salvo la última. Pero me alegro de haberlo hecho.

De la esquina de la puerta salía un poco de luz y Tommy se volvió un poco para ver la fotografía con más claridad. Era una instantánea de una mujer joven, de rasgos delicados, del color del cacao, sentada en una mecedora en el cuarto de estar de una casa pulcra y bien amueblada, sosteniendo un bebé en brazos. Tommy contempló la fotografía. La mujer tenía una mirada vivaz, alegre y dulce. El bebé rozaba con la mano derecha la mejilla de su madre.

—No sé si les han comunicado que estoy vivo —prosiguió Scott con voz levemente entrecortada—. Es muy difícil, Hart, imaginar que alguien que amas está muerto.

Tommy le devolvió la foto.

—Es preciosa —dijo con toda sinceridad—. Estoy seguro de que el ejército les ha informado que está prisionero.

—Supongo —dijo Scott—. Pero debería haber recibido una carta o un paquete o algo de casa, y no he sabido nada. Ni una palabra. —Miró de nuevo la foto durante unos momentos antes de volver a guardarla lentamente en el bolsillo—. No conozco a mi hijo. Nació después de que yo partiera a ultramar. Me cuesta imaginar que es real. Pero lo es. Seguramente es muy llorón. Yo lo era de niño, según me dice mi madre. Me gustaría vivir para verlo, siquiera una vez. Y me gustaría volver a ver a mi esposa. Por supuesto, en eso no me diferencio de usted, MacNamara, Clark, el capitán Townsend, los alemanes ni ningún otro hombre en este maldito lugar. Ni siquiera de Trader Vic. Imagino que estaría tan ansioso de regresar a Misisipí. Me pregunto quién le esperaría allí.

—Su jefe en el concesionario de coches de segunda mano —repuso Tommy.

En uno de los dormitorios se estaba disputando una partida de bridge, a la que asistían tantos mirones como jugadores. A diferencia del póquer que se prestaba a unos niveles más estrepitosos de participación y a mayor cantidad de observadores, el bridge discurría con tranquilidad hasta las últimas bazas de la partida, que provocaban una intensa y vociferante discusión sobre el modo de jugar las cartas. Los *kriegies* gozaban tanto con las discusiones como con las partidas; era otra forma de exagerar una actividad modesta, prolongándola para matar el mayor número de exasperantes minutos de cautiverio.

La puerta del dormitorio de Scott, con su ofensiva inscripción, había sido sustituida, tal como habían prometido los alemanes. Pero al aproximarse, los dos hombres vieron

que estaba entreabierta. Antes de que Tommy pudiera reaccionar con asombro, oyó un canturreo y los fragmentos de una tonada procedente del cuarto del barracón, y reconoció la ruda voz de Hugh Renaday entre las melodías diversas y desafinadas y las letras obscenas de las canciones.

Cuando Tommy y Scott entraron en la habitación vieron al canadiense colocando sus cosas en el espacio que le correspondía. Las modestas pertenencias de Tommy estaban arrinconadas junto a la pared, sus libros de derecho apilados debajo de la litera y unas pocas prendas de ropa colgaban de una cuerda suspendida entre dos ganchos. No era mucho, pero mitigaba la desnudez y el deprimente aislamiento del cuarto. Hugh estaba clavando un viejo calendario en la pared. El hecho de que fuera del año pasado era menos llamativo que la fotografía de una joven semidesnuda dotada de un cuerpo espectacular que presidía el mes de febrero de 1942.

—No puedo vivir sin febrero —dijo Hugh, dando un paso atrás para admirar la fotografía—. Esa chica me ha costado dos cajetillas de cigarrillos. Después de la guerra iré en su busca y le pediré que se case conmigo diez segundos después de habernos conocido. Y no aceptaré su negativa.

—Es curioso —comentó Tommy contemplando la fotografía con detenimiento y admiración—. Esa chica no parece canadiense. Dudo que haya capturado alguna vez una ballena o haya comido grasa de ese animal. En cuanto a su modelito, no creo que resultara muy eficaz para protegerla del frío en el norte...

—Tommy, amigo mío, creo que no entiendes de qué se trata.

Hugh se echó a reír y Tommy hizo lo propio. Luego Hugh estrechó la mano al aviador negro.

—Me alegro de estar aquí, colega —dijo.

—Bienvenido al *Titanic* —respondió Scott. A continuación dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia su litera, pero de pronto se detuvo. Durante unos instantes permaneció rígido.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Scott volviéndose bruscamente hacia Hugh.

El canadiense le miró sorprendido y luego se encogió de hombros.

—Desde hace una media hora. Tardé pocos minutos en deshacer el equipaje y recoger mis cosas. Fritz Número Uno me escoltó hasta aquí, después del *Appell* en el recinto sur. Nos detuvimos para consultarle algo a Visser, y luego a uno de los ayudantes de Von Reiter. Sobre números, cuestiones burocráticas. Supongo que para no cometer un error en el recuento de prisioneros de ambos recintos, para no ponerse a sonar los silbatos y alarmas buscando a alguien que se ha mudado de recinto.

—¿Vio a alguien cuando llegó? —inquirió Scott con sequedad.

—¿Qué si vi a alguien? Pues sí, había *kriegies* por todas partes.

—No, me refiero aquí dentro.

—Ni a un alma —respondió Hugh—. La puerta estaba bien cerrada. Una puerta nueva, por cierto, según he visto. ¿Pero qué le preocupa, colega?

—Eso —contestó Scott señalando una esquina de la habitación.

Tommy se acercó a Scott. En seguida reconoció lo que señalaba el aviador negro: recostada contra una esquina del cuarto de literas, aparecía la tabla manchada con la sangre de Trader Vic.

Tras salvar la distancia de una zancada, tomó el pedazo de madera y se apresuró a examinarla por un lado y por el otro. Luego Tommy alzó la vista y miró a Lincoln Scott, que seguía en el centro del reducido espacio.

—Compruébelo usted mismo —dijo con amargura.

Tommy arrojó la tabla hacia Scott, que la atrapó en el aire. La examinó por delante y por detrás, como había hecho Tommy.

Pero Hugh fue el primero en hablar.

—Tommy, muchacho, ¿qué diantres ocurre? ¿Qué tiene de particular ese pedazo de madera, Scott?

Scott meneó la cabeza y emitió una palabrota. Fue Tommy quien respondió a la pregunta.

—Ahora no es más que eso —dijo—. Leña para encender el hornillo. Esta mañana era una prueba de vital importancia. Ahora no es nada. Nada más que leña.

—No lo entiendo —dijo Hugh tomando la tabla de manos de Scott.

Entonces éste se lo explicó al tiempo que se la entregaba.

—Hace un rato, era una tabla que Tommy había descubierto fuera del barracón 105, manchada con sangre de Trader Vic. Una prueba de que lo habían asesinado en un lugar distinto del que fue hallado el cadáver. Pero durante las últimas horas alguien se ha tomado la molestia de robar la tabla de esta habitación y eliminar todo rastro de la sangre de Vic. Seguramente vertió agua hirviendo sobre ella, dejando que penetrara en cada grieta y resquicio, y luego la fregó con desinfectante.

Hugh acercó la tabla a su nariz y la olisqueó.

—Sí, es verdad: huele a lejía y jabón.

—Como si acabara de salir del *Abort* —observó Tommy—. Y os apuesto un cartón de cigarrillos a que si fuéramos al barracón 105 comprobaríamos que alguien ha instalado otro pedazo de madera en el lugar en el que arranqué esta tabla.

Scott asintió con la cabeza.

—Yo no me apuesto nada —replicó—. Maldita sea.

Sonrió con ironía.

—No son estúpidos —añadió con cautela. La tristeza teñía cada palabra que pronunciaba—. Habría sido estúpido limitarse a robar la condenada tabla. Pero robarla, eliminar todo rastro de sangre y luego colocarla de nuevo en esta habitación es de gente lista, ¿no es cierto, señor policía?

Scott miró a Hugh, quien asintió con la cabeza y siguió examinando la tabla.

—Si tuviera un microscopio —dijo lentamente—, o una lupa, quizás hallaría algún rastro de los productos utilizados para limpiarla.

—¿Un microscopio? —preguntó Tommy con tono cínico, señalando a su alrededor.

Hugh se encogió de hombros.

—Lo siento —dijo—. Ya sé que es como pedir una carroza con alas para transportarnos a casa.

—Son muy astutos —prosiguió Scott, volviéndose hacia Tommy—. Esta mañana disponíamos de una prueba contundente. Ahora no tenemos nada. Menos que nada. Nos han arrebatado los argumentos que íbamos a exponer mañana. Y con ellos la esperanza de que se aplace el juicio.

Tommy no respondió. No merecía la pena añadir palabras a la verdad lisa y llana.

—En realidad ahora tenéis un problema —se apresuró a decir Hugh—. ¿Habéis comunicado a MacNamara lo del robo?

Tommy comprendió al instante adónde quería ir a parar el policía.

—Sí —respondió—. Maldita sea. Y ahora tenemos una tabla en la que no aparece la mancha que dijimos que tenía. Este pedazo de madera inservible es ahora tan peligroso como cualquier prueba que presente la acusación. No podemos mostrarlo al tribunal y decir que «antes» estaba manchado con la sangre de Vic. Nadie lo creerá.

Tommy se volvió hacia Scott.

—Hemos recuperado la tabla, pero ahora tenerla en nuestro poder nos convierte en un par de embusteros.

Hugh sonrió.

—Bueno, quizás os crean si persistís en afirmar que os la robaron.

Al hablar, Hugh tomó la tabla y la apoyó con cuidado en el borde de su litera. De pronto, mientras sus palabras se evaporaban en la atmósfera del dormitorio, asestó una feroz patada a la tabla con el pie derecho, partiéndola en dos. Con un segundo puntapié, no menos contundente, la hizo astillas.

Tommy sonrió, se encogió de hombros y comentó:

—El hornillo está en el otro extremo del corredor.

—Entonces iré a cocinar algo —replicó Renaday. Cogió la leña en sus brazos y salió de la habitación.

—Digamos que esa tabla sigue en poder de quienes nos la robaron. Me pregunto si esos cabrones pensaron en cómo íbamos a reaccionar.

—Dudo que imaginaran que íbamos a destruirla —respondió Tommy.

Se sentía un tanto preocupado por lo que habían hecho. «Mi primer caso real —pensó — y destruyo la prueba.» Pero antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre la moralidad de lo que habían conseguido con dos oportunos puntapiés, Lincoln Scott dijo:

—Sí. Seguramente contaban con que nos comportaríamos honradamente y seguiríamos las reglas del juego, porque es lo que hemos hecho hasta ahora. El problema, Hart, es que los otros no lo hacen. Piense en ello: la inscripción en la puerta. Alguien sabía que con eso me sacaría de la habitación. Alguien sabía que yo reaccionaría de la forma estúpida que lo hice, retando a todo el mundo a pelear conmigo. «KKK» y «negro de mierda». Era como agitar una tela roja delante de un toro. Y yo caí en la trampa, salí hecho una furia dispuesto a pelearme con todo el maldito campo de prisioneros si fuera necesario. Mientras yo estoy haciendo el ridículo, alguien entra aquí disimuladamente y se lleva la única prueba de que disponemos. Cuando vuelvo a ausentarme, la devuelven a su lugar. Pero después de haber destruido la prueba. Y peor aún, ese pedazo de madera nos haría aparecer ante MacNamara y todo el campo como un par de embusteros.

En aquel momento a Tommy se le ocurrió algo espantoso. Inspiró lentamente, mirando a Lincoln Scott, que seguía hablando.

—Se llevan a nuestro experto abogado. Destruyen nuestra patética prueba. Todas las mentiras parecen tener sentido. Todas las verdades parecen desatinos.

Lo que Tommy vio, en aquel momento, fue que lenta pero sistemáticamente los iban acorralando, colocándolos en una situación donde la única defensa que tenían era la protesta de inocencia de Scott. De improviso comprendió que por enérgicamente que protestaran, su fragilidad era enorme. Cualquier discrepancia, cualquier elemento que no encajara, podía transformar la fuerza de su protesta en municiones.

Tommy quiso decirlo, pero se abstuvo al observar la expresión de angustia en el rostro de Scott. En aquel segundo, Tommy tuvo la sensación de que gran parte de la ira y exasperación del otro se había esfumado, dejándolo sumido en una inmensa e inefable tristeza. Permanecía de pie con la espalda encorvada. Se frotó los ojos con fuerza. Tommy miró a Scott a través de la habitación y comprendió, en aquel preciso instante, el

motivo de que el aviador negro los hubiera tratado a todos, desde el momento en que había llegado al Stalag Luft 13, con distancia y altivez. Lo que Tommy vio fue que no existía nada más doloroso y que produzca mayor sensación de soledad que sentirse distinto y aislado, y la única defensa que tenía Scott contra la envidia y el odio racial que sabía que le estarían esperando era ser el primero en disparar su furia, como piloto de caza que era.

Tommy comprendió que todo el caso era una trampa. Pero la peor trampa era la que Scott se había tendido a sí mismo. Al no permitir que nadie supiera realmente cómo era, había facilitado el camino a quienes querían matarlo. Porque a nadie le importaría. Nadie sabía que tenía esposa y un hijo esperándole en casa, ni un padre predicador que le instaba a cursar estudios superiores y una madre que le obligaba a leer a los clásicos. Lincoln Scott había hecho creer a todos los *kriegies* que no era como ellos, cuando lo cierto era que no existía la menor diferencia entre los otros y él.

«Debe de ser terrible —pensó Tommy— comprobar que los clavos y la madera que adquiriste para construir unos muros son ahora utilizados para confeccionar tu ataúd.»

—Así que, ¿qué es lo que nos queda, abogado? No demasiado, ¿verdad?

Tommy no respondió. Vio a Scott llevarse la mano a la frente, como si le doliera. Al cabo de unos instantes la retiró y miró a Tommy. Sus palabras contenían un innegable dolor, y Tommy imaginó lo duro que debe de ser estar acostumbrado a contemplar a tu enemigo al otro lado del cuadrilátero o a través del cielo y tener que vértelas de pronto con algo tan escurridizo y evanescente como el odio al que se enfrentaba ahora Scott. «Algunos están haciendo todo lo posible por conseguir que este pobre negro sea ejecutado. Y cuanto antes mejor.»

En éstas, sin decir otra palabra, Lincoln Scott se tumbó boca arriba en su litera, tapándose los ojos con su recio antebrazo para protegerse del ingrato resplandor de la bombilla que pendía del techo. Seguía en esta postura, inmóvil, sin alzar la vista, cuando Hugh entró de nuevo en la habitación. Permaneció así, inmóvil como un cadáver, hasta el momento en que los alemanes cortaron la corriente eléctrica en los barracones, sumiendo a los tres hombres en la habitual e impenetrable oscuridad del campo de prisioneros.

Era casi medianoche según la esfera luminosa del reloj que le había dado Lydia, y Tommy no podía conciliar el sueño, invadido por un nerviosismo semejante a la inquietud que había experimentado la víspera de su primera misión de combate. En su fuero interno estaba lleno de dudas. A veces pensaba que el auténtico valor consistía sólo en la capacidad de actuar, de hacer lo que se debía prescindiendo de las emociones que

instan a buscar un lugar seguro y a ocultarse en él. Escuchó los sonidos de los otros que dormían en la habitación, preguntándose por qué no estarían desvelados como él. Dedujo que la respiración de Lincoln Scott revelaba cierta resignación, y la de Hugh Renaday, conformidad.

Su caso no era ése.

Pensó que todo se había torcido desde el momento en que Fritz Número Uno había hallado el cadáver de Trader Vic. La rutina de la vida en el campo de prisioneros — importante tanto para los captores como para los presos— se había visto profundamente alterada, y amenazaba con alterarse aún más cuando por la mañana se iniciara el juicio del aviador negro.

Tommy rumió unos momentos sobre esta idea, pero sólo le sirvió para generarle mayor confusión. Daba la impresión de que existía una gran acumulación de odio a todos los niveles, y durante unos instantes trató en vano de desentrañar esa maraña. ¿Quién suscitaba un mayor odio? ¿Scott? ¿Los alemanes? ¿El campo de prisioneros? ¿La guerra? ¿Y quiénes eran los que odiaban?

Tommy pensó que las preguntas constituían un pobre armamento, pero era cuanto tenía. Fijó los ojos en el oscuro techo del barracón, deseando contemplar las estrellas en su hogar y hallar el reconfortante sendero a través de la rutilante bóveda celestial que siempre buscaba de joven. Era curioso, pensó, creer durante toda tu vida que si uno era capaz de hallar una ruta familiar a través del remoto firmamento, también era posible trazar una ruta semejante a través de los lodazales y abismos de la Tierra.

Este concepto le hizo sonreír con amargura, pues advirtió en él la impronta de Phillip Pryce. Lo que distinguía a Phillip como abogado, pensó Tommy, era la ventaja psicológica que les llevaba a los demás. Cuando los otros no veían más que unos datos rígidamente ordenados, Phillip veía unos gigantescos lienzos repletos de matices y sutilezas. Tommy no sabía si algún día llegaría a adquirir las habilidades de Pryce, pero se conformaba con una parte de las mismas.

¿Qué habría dicho Phillip sobre la desaparición e inopinada rea-parición de la tabla de marras? Tommy comenzó a respirar de forma acompasada. Phillip le habría dicho que pensara en quién salía ganando con ello. La acusación, se dijo Tommy. Pero entonces Phillip habría preguntado: ¿Y quién más? Los hombres que odiaban a Scott debido al color de su piel también salían ganando. Al igual que el verdadero asesino de Vincent Bedford. Los únicos que no tenían nada que ganar con ello eran la defensa y los alemanes.

Continuó respirando de forma acompasada, lentamente.

Qué extraña combinación, pensó. Luego se preguntó cómo estaban alineados esos

hombres. No obtuvo respuesta.

Como una tormenta que estalla súbitamente sobre el frío lago de una montaña, vertiendo copos de nieve en sus plácidas aguas, Tommy oscilaba zarandeado por las confusas ideas que bullían en su mente. Unos hombres querían que Scott fuera ejecutado porque era negro, otros querían que lo ejecutaran porque era un asesino y otros por puro afán de venganza.

Tommy inspiró profundamente, conteniendo el aliento.

Phillip tenía razón, pensó de pronto. Lo estoy mirando todo del revés. La pregunta crucial era: ¿quién deseaba que muriera Vincent Bedford?

Las preguntas le habían provocado tal tumulto en la cabeza, que cuando por fin percibió el sonido de unos pasos por el pasillo del barracón, experimentó un sobresalto. Era un sonido amortiguado, de unos hombres caminando en calcetines, avanzando cautelosamente para ocultar su presencia.

Tommy sintió de pronto una opresión en la garganta y los acelerados latidos de su corazón.

Durante unos instantes, temió que les atacaran y se incorporó sobre el codo para prevenir a Scott y a Renaday en voz baja. Alargó la mano en la oscuridad en busca de un arma. Pero en aquella momentánea vacilación, los pasos se disiparon. Tommy se inclinó hacia delante, aguzando el oído, y los oyó desaparecer rápidamente por el pasillo central. Volvió a respirar hondo, tratando de calmarse. En aquellos segundos procuró convencerse de que había sido un *kriegie* normal y corriente, obligado a levantarse en plena noche para utilizar el retrete interior. El mismo retrete que había desencadenado la situación crucial.

Entonces se detuvo, diciéndose que estaba equivocado. Había oído los pasos de dos o tres hombres junto a la puerta. Tres hombres afanándose en moverse en silencio con un claro propósito. No se trataba de un solitario aviador indispuerto. Entonces Tommy reparó en que no se oía el sonido del agua del retrete.

Tommy apoyó los pies en el suelo, se levantó en silencio y atravesó la habitación de puntillas, procurando no despertar a sus compañeros. Apoyó la oreja contra la recia puerta de madera, pero no oyó nada. La oscuridad era total, a excepción del tenue y ocasional resplandor de un reflector que recorría los muros y los tejados y penetraba por las hendidias de los postigos.

Tommy abrió la puerta con precaución, unos pocos palmos, lo suficiente para pasar por ella sin hacer ruido. Una vez en el pasillo, se agachó, tratando de ocultar su presencia. Avanzó con el torso algo inclinado hacia delante, tratando de localizar los ruidos en la oscuridad. Pero en lugar de un sonido, lo que atrajo su atención fue un ligero

resplandor.

En el otro extremo del barracón, en la distante entrada que Scott y él habían utilizado en su expedición nocturna, Tommy vio la llama de una vela. La luz parecía una estrella remota y solitaria.

Tommy permaneció inmóvil, observando la vela. Al principio no pudo ver cuántos hombres había junto a la puerta, pero en todo caso más de uno. Se produjo un silencio momentáneo, durante el cual Tommy observó el resplandor del reflector al pasar frente a la entrada. El reflector se paseaba por el campo con chulería de matón. En aquel preciso instante, la vela se apagó.

Tommy oyó crujir la puerta principal del barracón 101 al abrirse y un ruido al cerrarse al cabo de unos segundos.

Dos hombres, pensó. Pero en seguida rectificó. Tres hombres.

Tres hombres que salían por la puerta principal unos minutos después de medianoche, que utilizaban la luz de una vela al igual que habían hecho Scott y él, para calzarse sus botas de aviador mientras aguardaban a que el reflector pasara de largo, y que, al igual que Lincoln Scott y él hacía unas noches, se zambullían de inmediato en la oscuridad.

Tommy volvió a respirar hondo. Se trataba de un grupo demasiado grande y visible para salir fuera del barracón. Uno hubiera sido más fácil. Dos, como había podido comprobar con Scott, era arriesgado, pues tenían que trabajar de forma coordinada, como un par de pilotos de caza cayendo en picado para atacar, un avión en cabeza, el otro cubriendo el ala. Pero tres, uno tras otro, como si se lanzaran de un bombardero alcanzado por el enemigo en un cielo repleto de fuego antiaéreo y aviones precipitándose en el aire antes de abrir el paracaídas, era muy peligroso y estúpido. Tres hombres hacían inevitablemente mucho ruido. Su movimiento exagerado atraería la atención de los gorilas de la torre de vigilancia, por somnolientos y distraídos que estuvieran. Era un enorme riesgo.

Por consiguiente, la recompensa para esos tres hombres debía de ser enorme.

Tommy se apoyó contra la pared, tratando de recobrar la compostura antes de regresar sigilosamente al dormitorio de Scott.

Tres hombres en el pasillo, saliendo furtivamente a media noche.

Tres hombres que arriesgan sus vidas la víspera de un juicio.

Tommy ignoraba qué relación existía entre esos factores. Pero pensó que convenía averiguarlo. La cuestión era cómo hacerlo.

Ocho de la mañana

Uno de los hurones menos eficientes del campo había pasado revista tres veces a la formación de aviadores. Cuando intentaba hacerlo otra vez, recorriendo las filas compuestas por grupos de cinco hombres con su monótono *ein, zwei, drei*, recibió los habituales abucheos, insultos y protestas de los *kriegies* concentrados en el campo. Ellos pateaban el suelo para entrar en calor en esa mañana presidida por la humedad y el frío, acentuados por el viento del norte. El cielo presentaba un color gris pizarra atravesado por dos franjas rojo-rosáceas en el este, otro claro ejemplo de la fluctuación del clima alemán, siempre atrapado entre el invierno y la primavera. Tommy encorvó la espalda para defenderse del viento, tiritando ligeramente bajo la débil luz del amanecer, preguntándose qué había sido de la tibia temperatura del día anterior y rumiando todas sus dudas acerca del juicio que iba a iniciarse a las ocho de la mañana. A su derecha, Hugh restregaba el suelo con los pies para estimular la circulación y maldecía al hurón. A su izquierda, Lincoln Scott permanecía inmóvil, como si el frío y la humedad no le afectaran. En sus mejillas relucían gotitas de humedad, lo que le daba aspecto de haber llorado.

El hurón miró su bloc de notas, dudando. Eso indicaba que se disponía a efectuar el recuento por quinta vez, lo que desencadenó un torrente de insultos y amenazas. Incluso Tommy, que por lo general guardaba silencio en semejantes circunstancias, masculló para sus adentros algunos juramentos no habituales en él.

—Hart, quizá tenga algo para ti —oyó que decía alguien a sus espaldas.

Tommy se puso rígido y permaneció sin volverse. La voz le había sonado familiar y, al cabo de un momento, comprendió que pertenecía a un capitán neoyorquino que ocupaba un dormitorio en el barracón situado frente al suyo. Era un piloto de caza, como Scott, que había sido derribado cuando escoltaba unos B-17 durante un ataque sobre Gran B, como los aviadores aliados denominaban a Berlín.

—¿Todavía buscas información o lo tienes todo controlado? —le preguntaban.

Tommy negó con la cabeza, pero siguió sin volverse. Lincoln Scott y Hugh Renaday también permanecieron quietos.

—Te escucho —dijo Tommy—. ¿Qué quieres decirme?

—Me cabreaba que Bedford tuviera siempre lo que uno necesitaba —continuó el piloto—. Más comida, más ropa, más de todo. Necesitabas una cosa, pues él la tenía. Siempre conseguía a cambio más de lo que estabas dispuesto a darle. Era injusto. Se supone que todos los prisioneros en el campo pasamos las mismas privaciones, pero ése no era el caso de Trader Vic.

—Lo sé. A veces parecía como si fuera el único *kriegie* que no adelgazaba —respondió Tommy. El hombre emitió un gruñido de asentimiento.

—Por otra parte —dijo el capitán—, tampoco acabó como otros.

Tommy asintió. Eso era cierto, aunque no había ninguna garantía de que no acabaran todos tan muertos como Bedford. Se abstuvo de decirlo en voz alta, aunque sabía que ese temor rondaba siempre por la cabeza de los aviadores y aparecía en las pesadillas de muchos *kriegies*. Una de las máximas del campo de prisioneros era: «No hables de lo que te aterroriza, pues podría ocurrir.»

—Desde luego —dijo Tommy—, pero ¿qué querías decirme?

En la formación vecina, a la derecha de Tommy, se oyeron una serie de protestas airadas. Tommy supuso que el hurón que contaba a ese grupo había vuelto a equivocarse. El neoyorquino dudó unos instantes, como si recapacitara sobre lo que iba a decir.

—Vic hizo un par de negocios poco antes de morir que me llamaron poderosamente la atención —dijo—. Y no sólo a mí, sino que varios tíos notaron que andaba más ocupado de lo habitual, que ya es decir.

—Sigue —repuso Tommy con calma.

El piloto dio un respingo, como si aquel recuerdo le desagradara.

—Una de las cosas que obtuvo la vi sólo una vez, pero recuerdo que pensé para qué diablos la necesitaba. Supuse que lo querría como un recuerdo especial, pero me chocó, porque si los alemanes lo hallaban durante uno de sus registros se iba a armar la gorda, así que yo no lo habría tocado ni con guantes.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tommy con mayor brusquedad pero sin levantar la voz.

El capitán se detuvo de nuevo antes de responder:

—Era un cuchillo. Un cuchillo especial. Como el que luce Von Reiter cuando se pone su uniforme de gala para reunirse con los jefes.

—¿Largo y delgado como un puñal?

—Eso. Era un cuchillo especial de las SS. Vi que tenía una de sus calaveras en la

empuñadura. De esos que seguramente te conceden por haber hecho algo muy maravilloso por la patria, ya sabes: quemar libros, golpear a mujeres y niños o disparar contra rusos desarmados. El caso es que no me pareció un recuerdo. No señor. Si los alemanes te pillan con un objeto como ése, son capaces de encerrarte en la celda de castigo quince días. Esas cosas ceremoniales se las toman muy en serio, no tienen ningún sentido del humor.

—¿Dónde lo viste?

—Lo tenía Vic. Lo vi sólo una vez. Yo estaba en su cuarto, jugando a las cartas con unos compañeros suyos cuando apareció él con el cuchillo. Comentó que era un objeto raro. No nos dijo a quién iba a ver, pero nos dio a entender que alguien le había dado algo muy especial a cambio de él. Deduje que se trataba de un negocio importante. Alguien deseaba obtener ese cuchillo a toda costa. Vic lo guardó con prisa junto al resto del botín, negándose a decirnos cuál había de ser su destinatario. Yo no volví a pensar en ello hasta que Vic murió y dijeron que lo habían asesinado con un cuchillo; entonces me pregunté si sería el que yo había visto. Dijeron que se trataba de un cuchillo que había fabricado Scott. Luego se oyeron rumores de que quizá no fuera el arma homicida, lo cual me hizo pensar de nuevo en él. En fin, no sé si esta información te ha servido de ayuda, Hart, pero creí que podía interesarte. Ojalá supiera quién consiguió esa arma, te sería de mucha ayuda. En algún lugar de este campo hay un puñal de las SS. Yo que tú pensaría en ello. No dejaría de ser extraño que hubieran asesinado a Trader Vic con el arma que él había dado a otro a cambio de un favor.

—¿Cómo crees que lo consiguió?

El otro emitió una risita que más parecía un bufido.

—Sólo hay un hurón que tenga ese tipo de objetos, Hart. Lo sabes tan bien como yo. Tommy comprendió: Fritz Número Uno.

En aquel momento percibió un leve titubeo en la voz del capitán, cuando éste prosiguió:

—Hay otra cosa que me preocupa. No sé si es importante, pero...

—Continúa —dijo Tommy.

—¿Recuerdas cuando se desplomó el túnel del 109 hace un par de semanas?

—Claro. ¿Cómo no voy a acordarme?

—Ya. Seguro que MacNamara y Clark también lo recuerdan. Creo que contaban con él. El caso es que fue por esa época que noté que Vic estaba muy ocupado. Le vi salir por la noche en más de una ocasión.

—¿Cómo lo sabes?

—Vamos, Hart —respondió el capitán emitiendo una breve carcajada—, hay preguntas que no valen la pena a menos que tengas una razón de peso para hacerlas. Mírame, hombre. Mido un metro sesenta y cinco. Con esta estatura no me resultó fácil conseguir que me aceptaran. Yo trabajaba de conductor de metro. Como no soy un tipo alto y fornido con estudios universitarios como tú y como Scott, de vez en cuando alguien me ofrece un trabajo. Ya sabes, un trabajo que no reporta ninguna ventaja especial, que no debe importarte ensuciarte las manos y para el que resulta muy útil estar acostumbrado a trabajar bajo tierra.

—Ya entiendo —dijo Tommy.

—La noche que murieron esos tíos —continuó el piloto—, yo tenía que estar con ellos. De no ser porque estaba acatarrado, a estas horas también estaría enterrado bajo tierra.

—Cuestión de suerte.

—Ya, supongo. Es curioso lo de la suerte. A veces es difícil adivinar quién la tiene y quién no, ¿comprendes lo que quiere decir? Por ejemplo, Scott. Pregúntale si cree tener suerte, Hart. Todos los pilotos de caza sabemos de qué va. Buena suerte. Mala suerte. Depende de lo que los hados te tengan reservado. Va incluido en nuestro trabajo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—He oído decir, de una fuente fidedigna, que por esa época Trader Vic consiguió algunos objetos insólitos y que algunos hombres de este campo consideran muy valiosos: documentos de identidad alemanes, bonos de viaje y dinero. También consiguió algo muy interesante: un horario de trenes. Eso valía una fortuna. Ahora bien, ese tipo de información sólo puede provenir de un sitio, cuesta un riñón y algunos estarían dispuestos a hacer lo que fuera con tal de conseguirla.

—Cuando les vi recoger las pertenencias de Vic después de que muriera asesinado, no vi nada de eso —replicó Tommy.

—Claro, es lógico. Porque esos objetos de los que estamos hablando fueron a parar a las manos indicadas. Por bien que Vic hubiera escondido sus pertenencias, esos documentos, papeles y demás eran muy peligrosos. Nunca podía estar seguro de que el alemán que se los había dado a cambio de otra cosa no se volvería contra él y se pondría a registrar sus cosas con otros gorilas. Y como dieran con esos objetos, se lo habrían arrebatado todo antes de encerrarlo en la celda de castigo durante cien años. Por tanto, le convenía entregar esos objetos cuanto antes a las personas indicadas, ¿comprendes lo que quiero decir? Las personas que los necesitaban sabrían qué hacer con ellos y no demorarían en hacerlo, ¿entiendes?

—Creo que comprendo... —repuso Tommy, pero el capitán que se hallaba detrás de

él se apresuró a interrumpirle.

—Te equivocas, porque ni yo mismo lo entiendo. Esos tíos mueren en el túnel, y poco después Bedford consigue esos valiosos documentos, horarios de trenes y otras cosas que necesitan los del comité de fuga, quienesquiera que sean, una panda de cabrones anónimos. Cuando yo estaba excavando, jamás averigüé quién lo planeaba todo. Lo único que les importaba era cuántos metros habíamos excavado y cuántos nos faltaban. Pero de una cosa estoy seguro: darían su mano derecha por esos documentos...

El piloto soltó otra risotada.

—De ese modo —se apresuró a añadir—, todos se parecerían a este maldito nazi, Visser, que siempre anda husmeando y no aparta sus ojillos de zorro de ti, Hart.

Hasta Tommy se vio movido a reír ante esa idea.

—Pero creo que esas cosas ya no tienen ningún valor para los que planeaban fugarse —continuó el neoyorquino tras aclararse la voz—, porque los alemanes han comenzado a arrojar mochilas con cargas en el condenado túnel y a rellenarlo. Las fechas no cuadran. Esos hombres necesitaban esos objetos antes de que el maldito túnel se desplomara. Varias semanas antes, para que los que se dedican a falsificar documentos pudieran prepararlos, los sastres confeccionaron las prendas de fuga y los tíos que iban a escaparse aprendieron a memorizar los horarios de trenes y a practicar el alemán. No después, que es cuando los obtuvo Vic. Quizá tú puedas descifrarlo, Hart. Yo llevo semanas intentándolo.

Tommy asintió con la cabeza, pero no respondió de inmediato, pues reflexionaba.

—¿Todavía excavas? —preguntó de sopetón.

Tras dudar unos momentos, el capitán repuso con frialdad:

—No debo responder a esa pregunta, Hart, y tú sabes que no debes hacérmela.

—Lo lamento —contestó Tommy—. Tienes razón.

El hombre dudó de nuevo unos instantes antes de proseguir:

—Pero, Hart, quiero salir de aquí. Lo deseo tanto que algunos días, el mero hecho de pensarlo me enfurece. Jamás había estado encerrado en prisión y no volveré a estarlo, te lo aseguro. Cuando regrese a Manhattan, observaré las reglas al pie de la letra. Cuando estás cavando bajo tierra, no piensas en otra cosa. Rodeado de arena y polvo. Siempre acaban desplomándose. Apenas puedes respirar. Apenas ves nada. Es como cavar tu propia tumba, tío. Da miedo pensarlo.

En aquel momento, Hugh, que se había esforzado en oír las palabras del piloto, preguntó:

—¿Cree que alguno de los amigos de Vic podría decirnos dónde han ido a parar el

cuchillo y los documentos?

—¿Los amigos de Vic? —repuso el capitán neoyorquino con tono de chanza entre toses y ahogos—. ¿Amigos? Estás muy equivocado.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Tommy.

El piloto dudó antes de responder lentamente:

—¿Conoces a esos tíos, los que se meten siempre con Scott? Los compañeros de cuarto de Vic y los otros, los que siempre andan causando problemas.

—Sí, los conozco —repuso Hugh con rabia.

—Bueno, ellos dicen que eran amigos de Vic, que éste se ocupaba de que no les faltara de nada y esas pamplinas. Es una cochina mentira, te lo aseguro. Pero les viene muy bien para justificar lo que le han estado haciendo a Scott, que no es lo que muchos de nosotros haríamos, no señor. Te diré una cosa, Hart. A Trader Vic sólo le importaba él mismo. Nadie más. Vic no tenía ni un solo amigo. —El hombre calló un momento—. Te recomiendo que pienses en ello —añadió.

El ayudante alemán, situado frente a la formación, gritó: *Achtung!*

Tommy volvió la cabeza ligeramente y vio que Von Reiter se había colocado delante de las formaciones y recibía los saludos obligados de los hurones, que por fin habían completado con éxito el recuento. Todos los *kriegies* estaban presentes y habían sido contados. Iba a comenzar otra jornada en el campo de prisioneros. Von Reiter pidió a MacNamara que se adelantara un paso y, tras los saludos de rigor entre oficiales, éste se volvió y ordenó a los aviadores aliados que rompieran filas. Cuando los grupos de hombres se dispersaron, Tommy se volvió con rapidez para tratar de ver al capitán neoyorquino, pero éste se había confundido con la multitud de *kriegies* que conversaban unos minutos antes de iniciar otro día de cautiverio.

Aunque éste prometía ser distinto de los anteriores.

No bien había avanzado diez metros entre los aviadores que se dispersaban cuando Tommy oyó a alguien gritar su nombre y al volverse vio a Walker Townsend saludándole con la mano. Tommy se detuvo al notar que Hugh Renaday y Lincoln Scott se situaban junto a él, y los tres observaron al capitán de Richmond dirigirse hacia ellos. Lucía su media sonrisa habitual y llevaba la gorra de aviador echada hacia atrás, en una actitud distendida que contradecía el gélido viento que golpeaba a todos.

—Capitán —dijo Tommy.

—Buenos días, chicos —respondió Townsend animoso—. Me muero de ganas de regresar a Virginia. Estamos casi en verano y aquí hace un tiempo invernal. ¿Cómo es posible que haya gente que le guste vivir en este país? ¿Estás preparado para la

inauguración de nuestro pequeño espectáculo, Tommy?

—Ando más bien escaso de tiempo —contestó Tommy.

—No obstante, tengo la impresión de que has estado muy ocupado —replicó Townsend—. No creo que nadie tenga ganas de aplazar el asunto. De todos modos, quisiera que me acompañaras hasta la entrada del barracón 122, donde el coronel MacNamara desea hablar contigo antes del inicio de los festejos de esta mañana.

Tommy levantó la cabeza y contempló las hileras de barracones. El barracón 122 era uno de los que quedaban más aislados.

—Usted también puede venir con nosotros, señor Renaday.

—Y Scott también, si se trata de algo relacionado con el caso —apostilló Tommy.

Una breve expresión de enojo ensombreció el rostro de Walker Townsend, antes de que éste asumiera su habitual sonrisa campechana.

—Desde luego. Es lógico. Caballeros, no debemos hacer esperar al comandante...

Tommy asintió y los tres siguieron a Townsend bajo la fría luz del amanecer. Tras recorrer pocos metros, Tommy aminoró un poco el paso e hizo un pequeño ademán a Hugh Renaday. Éste captó a la perfección el gesto y aceleró, se detuvo junto al fiscal y se puso a charlar con él.

—No he estado nunca en Virginia, capitán. ¿Ha visitado alguna vez Canadá? Nosotros decimos que cuando Dios creó los otros países, estaba practicando, pero cuando creó Canadá, le salió una obra maestra...

Al mismo tiempo, Tommy quedó un poco rezagado y Lincoln Scott, al observar la maniobra, se aproximó a él.

—Esta pequeña reunión nunca se ha producido —dijo al aviador negro—. ¿De acuerdo, Hart?

—Eso es. Mantenga los ojos y los oídos bien abiertos...

—¿Y la boca cerrada?

—No está de más ocultar las cartas al contrario —repuso Tommy encogiéndose de hombros.

—Una actitud típica de un blanco, Hart. En mi situación no sirve de nada, aunque sea una matización compleja que ya discutiremos usted y yo en otra ocasión más propicia. Suponiendo que yo sobreviva a esto.

—Suponiendo que todos sobrevivamos.

Scott emitió una risa rasposa.

—Cierto. Son muchas las personas que mueren en la guerra.

Todos vieron al oficial superior americano paseándose arriba y abajo frente a la

entrada del barracón, fumando sin parar. El comandante Clark se hallaba cerca de él, envuelto también en humo de un cigarrillo, el cual se confundía con el aliento grisáceo y vaporoso que brotaba de las bocas de los hombres. Clark arrojó su colilla al suelo cuando los hombres se aproximaron. MacNamara dio una última y larga calada y aplastó el cigarrillo con la bota. Después de unos rápidos saludos, el coronel dirigió una breve e irritada mirada a Townsend.

—Creí que iba a traer sólo al teniente Hart —le espetó—. Eso fue, al menos, lo que le ordené.

Townsend se dispuso a responder, pero permaneció en posición de firmes cuando MacNamara interrumpió sus palabras con un rápido ademán. A continuación se volvió hacia Lincoln Scott y Tommy Hart.

—Me han hablado de las acusaciones que usted ha hecho —dijo con energía—. Las implicaciones del robo son graves y pueden poner en juego todas las sesiones previstas para esta mañana.

—Sí, señor —respondió Tommy—. Es por esto que un aplazamiento sería...

—No he terminado, teniente.

—Disculpe, señor.

MacNamara carraspeó.

—Cuanto más pienso en este asunto —prosiguió—, más convencido estoy de que exponerlo en un tribunal público delante de toda la población del campo y los representantes de los alemanes sólo servirá para confundir aún más la situación. La tensión entre los hombres a raíz del asesinato y ahora el juicio, tal como demuestra el enfrentamiento que se produjo tras el hallazgo de la inscripción en la puerta de Scott... En fin, caballeros, estoy muy preocupado.

Tommy intuyó que Scott, que estaba a su lado, iba a protestar, pero el aviador negro se tragó sus palabras y MacNamara siguió hablando.

—Por consiguiente, teniente Hart, teniente Scott, decidí llamar al capitán Townsend, explicarle los cargos que ustedes han hecho y asegurarle que ningún miembro de la acusación ni ningún testigo que se propone llamar al estrado estuvieron envueltos en el supuesto robo.

—Vaya, yo supuse que habíais cogido un poco de leña para encender el hornillo, Tommy, eso es todo... —dijo Townsend con tono jovial, interrumpiendo al coronel MacNamara, el cual no le reprendió por hacerlo—. No imaginé que tuviera nada que ver con nuestro caso.

Tommy se volvió hacia Townsend.

—¡Mentira! —le espetó—. Me seguiste hasta allí y me viste arrancar la tabla del muro. Sabías muy bien lo que estaba haciendo. Y te preocupaste de que Visser lo viera también...

—¡Baje la voz, teniente! —intervino Clark.

Townsend siguió meneando la cabeza.

—Te equivocas —afirmó.

Tommy se volvió hacia MacNamara.

—Señor, protesto.

El coronel volvió a interrumpirle.

—Tomo nota de su protesta, teniente —contestó el coronel y luego se detuvo, observando a Scott unos momentos, antes de fijar los ojos de nuevo en Tommy—. He decidido cerrar el asunto de la tabla. Si existió, es probable y comprensible que un tercero la confundiera con un pedazo de leña sin importancia y la quemara. Esto suponiendo que existiera, sobre lo cual no hay prueba alguna. Señor Hart, puede usted alegar lo que desee en el juicio. Pero nadie mencionará esa supuesta prueba sin presentar otra que la corrobore. Y cualquier declaración que desee hacer sobre ella y lo que ésta demuestra lo oiremos en privado, sin la presencia de los alemanes. ¿Me he explicado con claridad?

—Coronel MacNamara, esto es injusto. Protesto.

—También tomo nota de esta protesta, teniente.

Scott estaba furioso, a punto de estallar debido al terminante rechazo de sus alegaciones. Avanzó un paso, con los puños crispados, la mandíbula tensa, dispuesto a dar rienda suelta a su furia, pero el comandante le paró los pies con una mirada fulminante.

—Teniente Scott —murmuró MacNamara con frialdad—, mantenga la boca cerrada. Es una orden. Su abogado ha hablado en su nombre, y cualquier discusión sólo servirá para empeorar su situación.

Scott enarcó una ceja en un gesto airado e inquisitivo.

—¿Empeorarla? —preguntó en voz baja, controlando su ira con sogas, calabrotes, candados y cadenas internos.

Nadie respondió a su pregunta.

MacNamara siguió mirando detenida y fríamente a los tres miembros de la defensa. Dejó que el silencio continuara durante unos segundos, después de lo cual se llevó la mano a la visera, de forma deliberada y pausada, mostrando su ira contenida.

—Pueden retirarse hasta las ocho de esta mañana —dijo consultando su reloj—, o

sea, dentro de cincuenta y nueve minutos.

MacNamara y Clark dieron media vuelta y entraron en el barracón. Townsend se dispuso también a retirarse, pero Tommy alargó la mano derecha y asió al capitán.

Townsend se volvió como un barco de vela zarandeado por un viento recio y se encaró con Tommy, que pronunció una sola palabra antes de soltarlo.

—¡Embustero! —murmuró en las narices del virginiano.

El capitán entreabrió la boca para replicar, pero cambió de opinión. Dio media vuelta y se marchó, dejando a los tres miembros de la defensa plantados junto al barracón.

Scott observó al capitán alejarse, luego respiró hondo y se apoyó en el muro del barracón 122. Introdujo la mano lentamente en el bolsillo interior de su cazadora y sacó los restos de una tableta de chocolate. La partió en tres trocitos y entregó uno a Tommy y otro a Hugh antes de meterse el más pequeño en la boca. Durante unos momentos, los tres hombres se apretujaron contra el muro del edificio, al abrigo del viento, dejando que la succulencia de la tableta Hershey's se disolviera en sus bocas.

Tommy dejó que el chocolate se deshiciera completamente sobre su lengua antes de tragarlo.

—Gracias —dijo.

Scott sonrió.

—Bueno, como fue una reunión tan amarga, pensé que nos vendría bien algo que la endulzara y lo único que tenía a mano era chocolate.

Los tres hombres se rieron de la ocurrencia.

—Me aventuro a pronosticar, muchachos —dijo Renaday—, que no debemos esperar demasiados fallos a nuestro favor durante el juicio.

—Eso es seguro —repuso Scott meneando la cabeza—. Pero yo creo que ese tío nos arrojará algunos huesos, ¿no, Hart? No de los que llevan carne, sino de los más pequeños. Quiere dar la impresión de obrar con justicia. Busca un linchamiento... «justo».

—No deja de ser cómico —dijo Scott tras suspirar—. Bueno, más que cómico divertido. Pero me está ocurriendo a mí —añadió con un gesto elocuente.

Tommy asintió.

—Me he dado cuenta de algo en lo que no había reparado hasta el momento. ¿No se ha fijado en nada particular, Scott?

El aviador negro tragó el chocolate y miró perplejo a Tommy.

—Continúe, abogado —repuso—. ¿En qué debía haberme fijado?

—MacNamara era quien se mostró más preocupado sobre la forma de exponer el

caso ante los alemanes. Nos ha convocado aquí, donde prácticamente nadie podía vernos, insistiendo en que no debemos revelar nada a los alemanes. En particular nada que haga pensar en que Trader Vic fue asesinado en un lugar distinto del *Abort*. Lo cual es muy interesante, porque, bien pensado, lo que quieren demostrar a los nazis es lo cojonudamente justos que somos en nuestros juicios. No justamente lo contrario.

—O sea —dijo Scott con lentitud—, ¿crees que todo esto en parte es una farsa?

—Sí. Pero debería ser una farsa en sentido inverso. Es decir, una farsa que no parezca una farsa.

—De todos modos, ¿en qué me beneficia eso?

Tommy se detuvo antes de responder.

—Ésa es la pregunta de los veinticinco centavos, ¿no?

Scott asintió con la cabeza. Durante unos momentos se quedó pensativo.

—Creo que también hemos averiguado otra cosa. Aunque, por supuesto, no hay tiempo suficiente para hacer algo al respecto —agregó el aviador negro.

—¿A qué se refiere? —preguntó Renaday.

Scott alzó la vista al cielo.

—¿Saben lo que más odio de este maldito clima? —preguntó retóricamente, respondiendo de inmediato a su propia pregunta—. Que un día sale el sol y te quitas la camisa para sentir su calor, pensando que hay esperanza de que el tiempo mejore, y al día siguiente te despiertas con la sensación de que ha vuelto el invierno, con tormentas y vientos helados. —Tommy suspiró, sacó una nueva tableta de chocolate y partió un trozo para cada uno—. Puede que ya no necesite esto dentro de poco —dijo. Luego, volviéndose hacia Hugh agregó—: lo que he aprendido de esta breve reunión, es algo que debimos dar por sentado desde el principio: que el fiscal está dispuesto a mentir sobre lo que vio en las mismas barbas del comandante. Deberíamos preguntarnos qué otra mentira tiene preparada.

Esta observación pilló a Tommy por sorpresa, pero tras unos instantes de reflexión llegó a la conclusión de que era acertada. «Hay una mentira en alguna parte», se dijo. Pero no sabía dónde. Lo cual no significaba que no estuviera preparado para ella.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo tras mirar la hora.

—No debemos llegar tarde —apuntó Scott—. Aunque no estoy seguro de que el presentarnos allí sea una buena idea.

Hugh sonrió y saludó con la mano a la torre de vigilancia, en cuyo centro había dos gorilas ateridos por el viento helado.

—¿Sabes qué deberíamos hacer, Tommy? Esperar a que todos estén reunidos en la

sala del tribunal y largarnos por la puerta principal como hicieron los británicos. Puede que nadie se diera cuenta.

—Seguramente no llegaríamos muy lejos —respondió Scott tras prorrumpir en una carcajada—. Tengo mis dudas de que en estos momentos haya muchos negros paseándose por Alemania. No creo que nos incluyan en el gran proyecto nazi. Lo cual me complicaría la vida si me pillan correteando por la campiña, tratando de fugarme. Bien pensado, es muy curioso. Probablemente soy el único tío en el Stalag Luft 13 que los alemanes no tienen que vigilar. Porque ¿adónde iba a ir? ¿Cómo podría ocultarme? Me resultaría un poco difícil mezclarme con el populacho local sin llamar la atención, ¿no creen? Al margen de cómo fuera vestido o de los documentos falsos que llevara, no creo que pudiera pasar inadvertido.

Scott se apartó del muro y se irguió, sin dejar de sonreír.

—Debemos irnos, abogado —dijo.

Tommy asintió con la cabeza. Miró al aviador negro y pensó que Scott era el tipo de hombre que convenía tener de tu lado en una pelea justa. Durante unos instantes se preguntó cómo habría tratado su viejo capitán del oeste de Tejas al aviador de Tuskegee. No sabía si aquél tenía prejuicios raciales, pero una cosa sí sabía: el capitán conocía el sistema para calibrar la templanza y frialdad de una persona en circunstancias adversas, y en ese sentido, Lincoln Scott habría conquistado su admiración. Tommy dudaba de poder aparentar la serenidad que mostraba Scott con todo lo que se le había venido encima de hallarse en su lugar. Pero Scott llevaba razón en una cosa: sus situaciones no eran intercambiables.

Los *kriegies* se habían introducido como con calzador en cada palmo de espacio disponible del edificio del teatro, ocupando cada asiento, llenando los pasillos de la sala. Al igual que la vez precedente, multitud de hombres se agolpaban frente a cada ventana fuera del barracón, esforzándose en oír y contemplar la escena que iba a desarrollarse en el interior. La presencia alemana era algo más numerosa debido a los hurones situados en la periferia de los grupos de prisioneros y al escuadrón armado de gorilas cubiertos con cascos apostados frente a la puerta. Los alemanes parecían tan intrigados como sus prisioneros, aunque sus escasos conocimientos de la lengua y los usos y costumbres estadounidenses les impedían seguir con detalle lo que ocurría. No obstante, la perspectiva de un acontecimiento que venía a romper la tediosa rutina del campo resultaba atractiva a todos, y ninguno de los guardias parecía enojado por haber recibido esa misión.

El coronel MacNamara, flanqueado por los otros dos oficiales miembros del tribunal, se hallaba sentado a la cabeza de la mesa. Visser y el estenógrafo que lo acompañaba

estaban sentados a un lado, como antes. En el centro del estrado habían dispuesto una silla con respaldo, para que los testigos pudieran sentarse. Al igual que la vez anterior, había mesas y sillas para la defensa y la acusación, pero en esta ocasión Walker Townsend ocupaba la silla más prominente, y el comandante Clark estaba sentado a su lado.

A las ocho en punto de la mañana, Tommy Hart, Lincoln Scott y Hugh Renaday, imitando de nuevo una escuadra de cazas, entraron a paso de marcha por la puerta abierta y avanzaron por el pasillo central; sus botas militares resonaban sobre las tablas del suelo con la insistencia de una ametralladora. Los aviadores sentados en el pasillo se apresuraron a apartarse, tras lo cual volvieron a ocupar sus puestos cuando los otros hubieron pasado.

El acusado y sus dos abogados defensores ocuparon sin decir palabra sus asientos. Se produjo una breve pausa mientras el coronel MacNamara aguardaba a que el murmullo remitiera. Al cabo de unos segundos se hizo el silencio en la improvisada sala del tribunal. Tommy miró brevemente a Visser y vio que el estenógrafo del alemán estaba inclinado hacia delante, con la pluma apoyada en el bloc de notas, mientras que el oficial se hallaba de nuevo sentado hacia atrás, balanceándose sobre las patas traseras de su silla, con expresión casi de indiferencia, pese a la atmósfera de vibrante tensión que reinaba en la sala.

La sonora voz de MacNamara hizo que el alemán volviera a prestar atención.

—Nos hemos reunido aquí, hoy, según lo previsto en el código de justicia militar de Estados Unidos, para ver el caso del ejército estadounidense contra Lincoln Scott, teniente, acusado del asesinato premeditado de Vincent Bedford, capitán de las fuerzas aéreas del ejército estadounidense, mientras ambos hombres eran prisioneros de guerra, bajo la jurisdicción de las autoridades de la Luftwaffe alemana, aquí, en el Stalag Luft 13.

MacNamara se detuvo y observó a la multitud congregada en la sala.

—Procederemos... —empezó a decir, pero se detuvo al ver que Tommy se levantaba bruscamente.

—Protesto —dijo éste con energía.

MacNamara miró a Tommy entrecerrando los ojos.

—Deseo renovar mi protesta por el procedimiento. Deseo renovar mi petición de más tiempo para preparar la defensa. No me explico, señoría, el motivo de semejante premura para celebrar este juicio. Hasta un pequeño aplazamiento permitiría una revisión más exhaustiva de los hechos y las pruebas.

MacNamara le interrumpió con frialdad.

—No habrá aplazamiento —dijo—. Ya lo hemos hablado. Siéntese, señor Hart.

—Muy bien, señor —contestó Tommy, acatando la orden.

MacNamara tosió y dejó que el silencio cayera sobre la habitación, antes de continuar.

—Procedamos con los alegatos iniciales...

De nuevo, Tommy se puso en pie, retirando ruidosamente su silla hacia atrás, y dio un taconazo. MacNamara lo miró con frialdad.

—¿Protesta? —inquirió.

—Sí, señoría —repuso Tommy—. Deseo renovar mi protesta de que este juicio se celebre en estos momentos porque bajo las leyes militares estadounidenses, el teniente Lincoln Scott tiene derecho a estar representado por un miembro acreditado de la abogacía. Como sin duda sabe su señoría, yo aún no he alcanzado esta posición, mientras que mi distinguido rival —dijo señalando a Walker Townsend— sí. Esto crea una situación desigual, puesto que la acusación me lleva ventaja en materia de experiencia. Solicito que este juicio sea aplazado hasta que el teniente Scott disponga de un abogado profesional, que pueda aconsejarle con mayor conocimiento de causa sobre sus derechos y posibles tácticas para defenderse de los cargos que se le imputan.

MacNamara no apartó su fría mirada de Tommy. El joven navegante volvió a sentarse.

En éstas Lincoln Scott le murmuró, con una voz que revelaba la sonrisa que ocultaba.

—Eso me ha gustado, Hart —dijo—. No funcionará, desde luego, pero me ha gustado. De todos modos, ¿para qué necesito yo otro abogado?

Walker Townsend, sentado a la derecha de la defensa, se levantó. MacNamara le hizo un gesto con la cabeza y las palabras del letrado, pronunciadas con tono jovial y ligeramente acentuadas, se dejaron oír en la sala.

—Lo que mi colega propone no es desatinado, señoría, aunque pienso que el teniente Hart ha demostrado de sobra sus dotes ante el tribunal. Pero según tengo entendido, durante buena parte de la preparación de la defensa estuvieron asistidos, muy hábilmente por cierto, por un oficial veterano británico que es asimismo un conocido abogado en esa nación, señor, perfectamente versado en los diversos elementos de un procedimiento penal.

—¡Y que fue trasladado sumariamente de este campo por las autoridades alemanas! —interrumpió Tommy con violencia.

Después se inclinó hacia delante y fijó la vista en Visser.

—¡Y probablemente asesinado! —añadió.

Esta palabra provocó airados murmullos y un breve tumulto entre los *kriegies*. Un guirigay de voces se precipitó como un torrente a través de la sala. Visser no se movió. Pero extrajo lentamente uno de sus cigarrillos largos, de color pardo, que encendió con parsimonia, manipulando hábilmente la cajetilla y luego el encendedor con su único brazo.

—¡No hay pruebas de eso! —replicó Townsend, levantando un poco la voz.

—Cierto —apostilló MacNamara—. Y los alemanes nos han dado toda clase de garantías...

—¿Garantías, señor? —interrumpió Tommy—. ¿Qué garantías?

—Las autoridades alemanas nos han asegurado que el teniente coronel Pryce sería repatriado con todas las garantías —declaró MacNamara con tono tajante.

Tommy sintió que la boca del estómago se le encogía de ira. Durante unos momentos, se vio cegado por la rabia. No había razón alguna para que el oficial superior americano del Stalag Luft 13 tuviera ningún conocimiento del traslado de Phillip Pryce del campo de prisioneros. Pryce se hallaba bajo jurisdicción británica y sus mandos. El que los alemanes hubieran dado a MacNamara cualquier clase de garantías sólo podía significar que los americanos estaban implicados en el hecho. Esta idea le impactó de tal forma, que durante unos momentos se sintió aturdido, intentando descifrar lo que en verdad significaba. Pero no había tiempo de reflexiones.

—Son nuestros enemigos, señor —dijo—. Toda garantía que le hayan dado debe ser interpretada a la luz de ese hecho.

Después de una breve pausa, inquirió:

—¿Por qué cree que no mentirían? Y más aún para encubrir un crimen.

MacNamara volvió a mirarlo con irritación. Aunque los *kriegies* que asistían al juicio ya habían guardado silencio dio unos golpes con su martillo de fabricación casera. El eco reverberó ligeramente en la sala.

—Conozco ese hecho, teniente, y no es necesario que me lo recuerde. ¡No habrá aplazamiento! —exclamó—. ¡Los alegatos iniciales!

El coronel se volvió hacia Walker Townsend.

—¿Está usted preparado, capitán?

Townsend asintió con la cabeza.

—¡Pues adelante! ¡Sin más interrupciones por su parte, teniente Hart!

Tommy abrió la boca para replicar, aunque en realidad no tenía nada que decir, pues ya había conseguido lo que pretendía, que era informar a toda la población del campo de prisioneros que al margen de lo que pensaran, condenar a Scott no iba a ser tarea fácil.

Por lo tanto, se sentó, preocupado por lo que había oído hasta el momento. Miró de hurtadillas a Townsend, que parecía un tanto nervioso tras las primeras salvas de la defensa. Pero Townsend era un veterano, según había comprobado Tommy, tanto ante un tribunal como en el campo de batalla, y a los pocos segundos recobró la compostura. Avanzó hasta situarse en el centro de la sala y se volvió un poco para dirigirse al tribunal, a los pilotos que se hallaban presentes y, en parte, a los observadores alemanes. Cuando se disponía a comenzar se produjo un pequeño barullo al fondo del edificio del teatro. Por el rabillo del ojo Tommy vio a Visser enderezar su silla y ponerse en pie. El estenógrafo hizo lo propio, cuadrándose de inmediato. MacNamara y los otros miembros del tribunal se pusieron también en pie, en vista de lo cual Tommy asió a Lincoln Scott de la manga y ambos se levantaron a su vez. En éstas oyeron el sonido de unas recias botas avanzando por el pasillo central, y al darse media vuelta vieron al comandante Von Reiter, acompañado como de costumbre por un par de ayudantes, dirigiéndose hacia el rudimentario estrado.

MacNamara rompió el silencio.

—Comandante —dijo—, no sabía que fuera usted a asistir a esta sesión.

Von Reiter observó la cara de pocos amigos de Visser y respondió con un ademán ambiguo:

—¡Pero coronel MacNamara, no siempre se tiene la oportunidad de presenciar el afamado estilo de justicia americano! Por desgracia, mis deberes no me permiten asistir a todas las sesiones. Pero trataré de acudir siempre que pueda. Confío en que esto no suponga un problema.

MacNamara esbozó una sonrisa.

—Por supuesto que no, comandante. Puede usted asistir siempre que lo desee. Lamento no haber dispuesto una silla para usted.

—No me importa permanecer de pie —contestó Von Reiter—. Y le ruego tenga presente que el *Hauptmann* Visser es el observador oficial del Reich, enviado por el alto mando de la Luftwaffe. Mi presencia se debe tan sólo... ¿cómo decir?... al afán de satisfacer mi curiosidad. Por favor, continúe.

Sonrió y se situó a un lado de la sala. Varios *kriegies* se apresuraron a apartarse para hacerle sitio, apiñándose entre sus compatriotas para evitar todo contacto con el austero comandante alemán, casi como si el talante de rancia aristocracia que ostentaba fuera una enfermedad que los democráticos ciudadanos-soldados de las fuerzas aéreas debían evitar a toda costa. Von Reiter, que parecía consciente de esta maniobra, se apoyó contra la pared observando la escena con expresión divertida.

El coronel volvió a sentarse, indicando a los otros que hicieran lo propio. Luego hizo

un gesto con la cabeza a Walker Townsend.

—Proceda usted, capitán —dijo.

—Sí, señor. Seré breve, señoría. La acusación cree poder demostrar que el teniente Lincoln Scott y el capitán Vincent Bedford experimentaban una antipatía fundada en el odio racial desde la llegada del primero a este campo. Esta animadversión quedó de manifiesto en numerosos incidentes, entre los cuales cabe destacar una violenta pelea, en la que el capitán Bedford acusó al teniente Scott de haberle robado. Varios testigos pueden corroborarlo. La acusación demostrará que el señor Scott, temiendo por su vida debido a las amenazas proferidas por el capitán Bedford, confeccionó un arma, siguió a Bedford y se encaró con él en el *Abort* situado entre los barracones 101 y 102 a una hora en que todos los prisioneros deben hallarse en sus barracones, que ambos pelearon y que el capitán Bedford murió asesinado. El teniente Scott, según demostrarán las pruebas, tenía la intención y los medios de cometer este asesinato, señoría. Las pruebas que presentará la acusación son abrumadoras. Lamentablemente, no existe otra conclusión legal a los hechos acaecidos.

Walker Townsend dejó que el eco de su última frase resonara en la sala. Dirigió una breve mirada a Von Reiter y a MacNamara, y se sentó.

MacNamara asintió y miró a Tommy Hart.

—Puede proceder con su alegato inicial —le dijo.

Tommy se levantó. Las palabras se formaban con trabajo en su imaginación, la ira y la indignación le atenazaban la garganta y respiró hondo. Estos segundos de vacilación le permitieron poner en orden sus pensamientos y controlar sus emociones.

—Señoría —dijo tras una breve sonrisa—, la defensa se reserva el derecho de no pronunciar su alegato inicial hasta que la acusación complete la exposición del caso.

MacNamara miró perplejo a Tommy.

—Esto no es habitual —repuso—. No sé...

—Estamos en nuestro derecho, según las leyes militares, de posponer nuestro alegato inicial —se apresuró a decir Tommy, aunque no tenía remota idea de si estaba en lo cierto—. No tenemos ninguna obligación de exponer nuestra defensa ante la acusación hasta el momento en que nos corresponda hacerlo.

MacNamara volvió a dudar. Luego se encogió de hombros.

—Como desee, teniente. Entonces procederemos con el primer testigo.

El comandante Von Reiter, sentado a la izquierda de MacNamara, avanzó un paso. El coronel se volvió hacia él, y el alemán, exhibiendo la sonrisa que había permanecido en las comisuras de su labio superior, dijo:

—¿Significa eso que el teniente Hart no está obligado a ofrecer ahora su defensa y que puede esperar a hacerlo en un momento más propicio?

—Así es, *Herr Oberst* —respondió MacNamara.

Von Reiter emitió una seca carcajada.

—Muy astuto —dijo, haciendo un pequeño ademán hacia Tommy—. Por desgracia, esto era lo que más me interesaba de este juicio. Por consiguiente, coronel, regresaré más tarde, con su permiso. Conozco de sobra los alegatos de la acusación. Son las respuestas del teniente Hart lo que me intriga.

El comandante alemán se llevó dos dedos a la visera y efectuó un lánguido saludo.

—*Hauptmann* Visser, dejo esto en sus manos —agregó Von Reiter.

Visser, que había vuelto a ponerse en pie, se cuadró con tal énfasis que el eco de su taconazo resonó por la sala.

Von Reiter, seguido como de costumbre por sus dos sumisos ayudantes, abandonó la sala seguido por la mirada de todos los prisioneros presentes en la misma. Cuando sus pasos se disiparon, MacNamara bramó:

—¡Llame a su primer testigo!

Tommy observó a Townsend avanzar hasta el centro de la sala, pensando para sus adentros que lo que había visto hasta ahora resultaba demasiado teatral. Tenía la sensación de presenciar una obra perfectamente interpretada por actores expertos y que empleaban un lenguaje extraño e indescifrable, de modo que aunque él comprendía buena parte de las acciones, el sentido general de las palabras se le escapaba.

Luego guardó para sí sus consideraciones y se concentró en la declaración del primer testigo.

La primera mentira

La acusación desarrolló su caso contra Scott de forma sistemática a lo largo de la jornada, siguiendo la progresión que Tommy imaginaba. El evidente racismo de Bedford, las pullas, ofensas, acusaciones y los prejuicios del profundo Sur emergieron en una declaración tras otra de los testigos. Como telón de fondo aparecía la invariable descripción de Lincoln Scott como un hombre aislado, solitario, lleno de ira, a quien Trader Vic había provocado con sus continuas manifestaciones de desprecio hasta que lo indujo a asesinarlo.

El problema, según comprendió Tommy, era que llamar «negrata» a un hombre no era un delito. Como tampoco lo era llamar «negrata» a un hombre que había arriesgado repetidamente su vida para salvar a tripulaciones de aviadores blancos, aunque debiera serlo. El verdadero delito, era el asesinato, y durante todo el día, el tribunal, los observadores alemanes y todos los *kriegies* del Stalag Luft 13 congregados en la sala no oyeron por parte de los testigos llamados a declarar otra cosa que lo que todos consideraban un motivo absolutamente razonable para cometer aquel acto desesperado.

En cierto aspecto macabro, no dejaba de tener sentido: Trader Vic era un cabrón racista y cruel, y Scott no podía por menos de ser consciente de ello. Ni alejarse de él. Por consiguiente habría matado al sureño antes de que Bedford aprovechara la oportunidad de hacer que su odio se concretara en una acción violenta y Scott debía morir por habérsele adelantado.

Tommy se preguntó si ésta no sería una variante de una historia que se había repetido en docenas de remotas salas de tribunales rurales desde Florida hasta Alabama, pasando por Georgia, las dos Carolinas, Tennessee, Arkansas y Misisipí. En cualquier lugar donde siguieran ondeando las Barras y Estrellas.

El que tuviera lugar en un bosque de Baviera se le antojaba tan tremendo como inexplicable.

Sentado ante la mesa de la defensa, escuchó mientras otro testigo atravesaba la sala atestada de hombres y ocupaba su lugar en el estrado.

El juicio se había prolongado hasta última hora de la tarde. Tommy escribió unas

notas en una de sus preciosas hojas de papel, tratando de preparar las preguntas que formularía al testigo cuando le tocara el turno, pensando en lo sólido que resultaba el caso de la acusación. Scott se hallaba atrapado en un círculo vicioso: por inaceptable que fuera el trato que Trader Vic había dispensado al aviador de Tuskegee, esto no justificaba su asesinato. Por el contrario, la situación incidía en el más sutil de los temores que experimentaban muchos de los miembros blancos de las fuerzas aéreas: que Lincoln Scott representaba una amenaza para todos ellos, una amenaza para sus futuros y sus vidas, por el mero hecho de ostentar con orgullo un color de piel distinto. Lincoln Scott, con su inteligencia, sus dotes atléticas y su arrogancia se había convertido en un enemigo más peligroso que los guardias alemanes apostados en las torres de vigilancia. Tommy creía que esta transformación constituía el meollo del caso presentado por la acusación, y por más vueltas que le daba no sabía cómo explotarla. Sabía que tenía que presentar a Scott como un simple *kriegie*, un prisionero de guerra. Un hombre que padecía como todos, que experimentaba los mismos temores, que se sentía solo y deprimido y se preguntaba si algún día regresaría a casa.

El problema, comprendió, era que cuando hiciera subir a Scott al estrado, el aviador negro aparecería inevitablemente tal como era: inteligente, fuerte, enérgico, intransigente y rudo. Era tan improbable que Lincoln Scott apareciera como un hombre tan vulnerable como el resto de los prisioneros, que como un espía capturado por la Gestapo. Tommy dedujo que tampoco era probable que los hombres que estaban pendientes de cada palabra que se decía en el estrado comprendieran que en el Stalag Luft 13 todos eran, con las lógicas diferencias, iguales. Ni mejores ni peores que sus compañeros.

Había conseguido algunos pequeños triunfos. Había conseguido que cada testigo declarara que no había sido Scott quien había iniciado la tensión entre él y Vic. También había puesto de relieve, a través de todos los hombres que habían subido al estrado, que Scott no obtenía nada especial. Ni más comida ni privilegios adicionales. Nada que hiciera su vida más agradable, y sí mucho, en cambio, gracias a Vincent Bedford, que hiciera su vida más ingrata.

Pero aunque el poner estas cosas de manifiesto había ayudado, la esencia del caso se mantenía incólume. La compasión no era duda, y Tommy lo sabía. La compasión tampoco constituía una línea de defensa, sobre todo para un inocente. Es más, en cierto modo, empeoraba las cosas. Cada *kriegie* se había preguntado, en algún momento, dónde residía su propio límite. En qué punto los temores y las privaciones a los que se enfrentaban a diario desbordarían el control que tenía sobre sus emociones. Todos habían visto a hombres enloquecidos por el síndrome de la alambrada al tratar de fugarse, para acabar, con suerte, en la celda de castigo, y si no tenían suerte, en la fosa común que había detrás del barracón 113. Lo que la acusación pretendía era avanzar

lenta pero de forma sistemática hasta poner al descubierto el límite de Scott.

El coronel MacNamara, sentado frente a él, tomaba juramento a un testigo. El hombre alzó la mano y juró decir la verdad, al igual que ante un tribunal normal. MacNamara, pensó Tommy, cuidaba al máximo todos los detalles con el fin de dar un mayor aire de autenticidad al asunto. Quería que el juicio pareciera real y no una burda farsa montada en un campo de prisioneros y con un jurado manipulado.

—Diga su nombre para que conste en acta —tronó MacNamara como si existieran actas oficiales, mientras el testigo se sentaba rígidamente en la silla y Walker Townsend se aproximaba a él. El testigo era uno de los compañeros de cuarto. Murphy, el teniente de Springfield, Massachusetts, que se había encarado con Tommy en el pasillo, uno de los hombres que habían provocado más conflictos durante la semana pasada. Era bajo y delgado, no llegaba a los treinta años y tenía las mejillas salpicadas por unas pocas pecas que le quedaban de la infancia. Era pelirrojo y le faltaba un diente, cosa que trataba de ocultar cuando sonreía.

Tommy miró sus notas. El teniente Murphy figuraba hacia la mitad de la lista de testigos que le había proporcionado Townsend, pero le habían llamado a declarar en primer término. Amenazas y antipatía entre el difunto y el acusado. No se podían ver ni en pintura. Eso fue lo que Tommy vio en sus notas. Asimismo, sabía que Murphy era uno de los hombres que le había visto con la tabla manchada de sangre. Pero sospechaba que si le interrogaba al respecto, mentiría.

—Es el último testigo que declarará hoy —les informó MacNamara—. ¿No es así, capitán?

Walker Townsend asintió con la cabeza.

—Sí, señor —respondió. En sus labios se dibujaba una sonrisa. Tras unos instantes de vacilación, el fiscal pidió a Murphy que describiera las circunstancias de su llegada al Stalag Luft 13. También pidió al teniente que les ofreciera unos breves datos sobre su persona, combinando ambas cosas, de forma que todos los hombres que estaban presentes en la sala pensaran que la historia de Murphy era análoga a la suya.

Cuando el testigo comenzó a declarar, Tommy no prestó mucha atención. Estaba obsesionado con la idea de que se hallaba más próximo a la verdad sobre el asesinato de Trader Vic, aunque el motivo se les escapaba. El problema era obtener esta versión alternativa de uno de los testigos, pues, por más vueltas que le daba, no sabía cómo conseguirlo. Scott era quien le había acompañado en la visita nocturna al lugar donde él creía que se había cometido el asesinato. Pero Scott era la persona menos indicada para relatar esta historia desde el estrado. Parecería una historia fantástica destinada a apoyar su inocencia. Daría la impresión de que Scott trataba de protegerse. Sin la tabla

manchada de sangre para respaldar su versión, todo tendría la apariencia de una burda mentira.

Tommy sintió náuseas. La verdad es transparente, las mentiras tienen sustancia.

Respiró hondo, mientras Walker Townsend seguía formulando a Murphy las acostumbradas preguntas sobre sus orígenes, que el teniente respondía rápida y solícitamente.

«Estoy perdiendo», pensó.

Peor aún. Con cada minuto que pasa, un hombre inocente se halla más próximo al pelotón de fusilamiento.

Tommy miró a Scott de reojo. Sabía que el aviador negro era consciente de esto. Pero su rostro seguía siendo el de una máscara imperturbable. Lucía la habitual expresión de ira profunda y contenida.

—Bien, teniente —dijo Townsend alzando la voz y haciendo un ademán al hombre que ocupaba la silla de los testigos. Hizo luego una pausa, como para impartir mayor peso a su pregunta—: Es usted de Massachusetts, ¿no es cierto?

Tommy, preocupado por los diversos pensamientos que se agolpaban en su mente, seguía sin prestar mucha atención. Townsend formulaba sus preguntas con un talante lánguido, parsimonioso, empleando un estilo distendido y amable que inducía un estado de distraída placidez en la defensa. A los fiscales, pensó Tommy, les gustaba el peso del testimonio tanto como la espectacularidad. Diez personas repitiendo lo mismo una y otra vez era preferible a una persona recitándolo con tono enfático.

Pero la siguiente pregunta llamó la atención de Tommy.

—Massachusetts es un estado cuyo clima progresista y civilizado en materia racial es bien conocido en toda la Unión, ¿no es así, teniente?

—Sí, capitán.

—¿No fue uno de los primeros en crear un regimiento compuesto enteramente por negros en la guerra de Secesión? ¿Un valeroso grupo dirigido por un insigne comandante blanco?

—En efecto, señor...

Tommy se levantó.

—Protesto. ¿A qué viene esta lección de historia, coronel?

—Le concederé cierto margen de tolerancia —respondió MacNamara haciendo un gesto ambiguo con la mano—, siempre que el fiscal procure ir al grano.

—Gracias —contestó Townsend—. Me apresuraré. Usted, teniente Murphy, es de Springfield. Ha residido toda su vida en esa hermosa ciudad de ese estado, famosa por

ser el lugar natal de nuestra revolución. Bunker Hill, Lexington, Concord..., esos importantes lugares están cerca de Springfield, ¿no es cierto?

—Sí señor. En la parte oriental del Estado.

—Y durante su infancia, no era raro que tratara con negros, ¿cierto?

—Cierto. Tuve a muchos compañeros negros en la escuela y en el trabajo.

—De modo, teniente, que no se le puede calificar de racista.

Tommy volvió a levantarse.

—¡Protesto! El testigo no puede llegar a esa conclusión sobre su persona.

—Capitán Townsend —intervino MacNamara—, le ruego que vaya al grano.

Townsend volvió a asentar.

—Sí señor. Lo que me propongo, señor, es demostrar a este tribunal que aquí no existe una conspiración sureña contra el teniente Scott. No sólo hemos escuchado la declaración de hombres provenientes de estados que se separaron de la Unión. Los llamados «estados esclavistas». Me propongo, señoría, demostrar que hombres procedentes de estados con una larga tradición de coexistencia armoniosa de razas están dispuestos, miento, están ansiosos de declarar contra el teniente Scott, ya que presenciaron unos actos que la acusación considera cruciales en la secuencia de hechos que desembocó en un detestable asesinato...

—¡Protesto! —gritó Tommy poniéndose en pie—. El discurso del capitán está destinado a inflamar los ánimos del tribunal.

MacNamara miró a Tommy.

—Tiene razón, teniente. Se acepta la protesta. Basta de discursos, capitán. Prosiga con las preguntas.

—Deseo resaltar que el mero hecho de que alguien provenga de una determinada parte de Estados Unidos no le hace más o menos acreedor a la verdad, coronel...

—Ahora es usted quien nos está dando un discurso, señor Hart. El tribunal es muy capaz de juzgar la integridad de los testigos sin su ayuda. ¡Siéntese!

Tommy se sentó a regañadientes, y Lincoln Scott se inclinó hacia delante y murmuró:

—¡Menuda armonía racial! Murphy empleaba la palabra «negrata» con tanta frecuencia como Vic. Pero la pronunciaba con un acento distinto, eso es todo.

—Ya me acuerdo —repuso Tommy—. En el pasillo. Cuando le interrogue se lo recordaré.

Townsend se dirigió a la mesa de la acusación. El comandante Clark extrajo de debajo de la misma la sartén oscura de metal que Scott había fabricado para prepararse la comida. El comandante se la entregó a Townsend, quien se volvió y se acercó al testigo.

—Ahora, teniente, voy a mostrarle un objeto que hemos introducido como prueba.
¿Reconoce esto, señor?

—Sí, capitán —respondió Murphy.

—¿Por qué lo reconoce?

—Porque observé al teniente Scott construir esa sartén, señor. Scott estaba en un rincón del cuarto del barracón 101 que compartíamos. Fabricó la sartén con un pedazo de metal proveniente de uno de los recipientes de desechos de los alemanes, señor. He visto a otros *kriegies* hacer lo mismo, pero pensé que Scott parecía tener cierta experiencia en el trabajo del metal, porque ésta era la mejor versión de una sartén que yo había visto en todos los meses que llevo aquí, señor.

—¿Y qué observó a continuación?

—Vi que le había quedado un fragmento de metal con el que había empezado a formar otro objeto. Utilizó un trozo de madera como martillo para alisar los bultos y las combaduras, señor.

—Haga el favor de contar al tribunal qué más vio.

—Me ausenté un breve instante de la habitación, señor, pero cuando regresé vi al teniente Scott envolviendo el asa de este fragmento de metal que le sobraba con un viejo trapo.

—¿Qué le pareció que había construido?

—Un cuchillo, señor.

Tommy se levantó de un salto.

—¡Protesto! El fiscal pide al testigo que saque conclusiones.

—¡Protesta denegada! —bramó MacNamara—. Continúe, teniente.

—Sí, señor —repuso Murphy—. Recuerdo que pregunté a Scott, allí mismo, para qué diablos necesitaba eso. Era casi tan grande como una espada...

—¡Protesto!

—¿Por qué motivo?

—Es hablar de oídas, coronel.

—No lo es. Prosiga, por favor.

—Quiero decir —insistió Murphy— que nunca había visto a nadie en este campo fabricar nada semejante...

Townsend volvió a acercarse a la mesa de la acusación. El comandante Clark le entregó el cuchillo. El fiscal lo sostuvo en alto ante sí, casi como lady Macbeth, y lo blandió varias veces.

—¡Protesto! —gritó nuevamente Tommy—. Estos gestos teatrales...

MacNamara asintió con la cabeza.

El sureño sonrió.

—Por supuesto, señoría. Bien, teniente Murphy, ¿es éste el artilugio que vio usted fabricar al teniente Scott?

—Sí —contestó Murphy.

—¿Le vio utilizar alguna vez este cuchillo para preparar la comida?

—No señor. Al igual que muchos de nosotros, tenía una pequeña navaja plegable que resultaba más eficaz.

—¿Así que Scott no empleó nunca este cuchillo con un propósito justificado?

—¡Protesto! —Tommy volvió a ponerse en pie.

—Siéntese. Éste es el motivo por el que estamos aquí, teniente Hart. Responda a la pregunta, teniente Murphy.

—No le vi emplear nunca el cuchillo con un propósito justificado, no señor.

Townsend dudó unos instantes antes de preguntar:

—Cuando vio usted al teniente Scott fabricar este cuchillo ¿le preguntó para qué lo necesitaba?

—Sí señor.

—¿Y qué le contestó, teniente Murphy?

—Recuerdo sus palabras con exactitud. Dijo: «Para protegerme.» Entonces le pregunté de quién quería protegerse, y Scott respondió: «De ese cabrón de Bedford.» Ésas fueron sus palabras, señor. Tal como las recuerdo. Y luego me dijo, espontáneamente, sin que yo le preguntara nada: «¡Debería matar a ese hijo de puta antes de que él me mate a mí!» Eso fue lo que dijo, señor. ¡Lo oí con toda claridad!

Tommy se levantó, empujando su silla hacia atrás con tal violencia, que cayó al suelo estrepitosamente.

—¡Protesto! ¡Protesto! ¡Esto es improcedente, coronel!

MacNamara se inclinó hacia delante, con el rostro encendido, casi como si le hubieran interrumpido en medio de una tarea agotadora.

—¿Qué es lo que le parece inaceptable, teniente? ¿Las palabras que pronunció su cliente u otra cosa? —preguntó el oficial superior americano con desdén.

Tommy respiró hondo, mirando a MacNamara con la misma aspereza con que el coronel le había mirado a él.

—Mi protesta es doble, señor. En primer lugar, este testimonio constituye una sorpresa para la defensa. Cuando pregunté al testigo qué iba a declarar, repuso, «sobre las amenazas y la antipatía...». No dijo una palabra sobre esta supuesta conversación.

Creo que se trata de un invento. De unas mentiras, destinadas a influir injustamente...

—Puede sacar a relucir este tema durante el turno de repreguntas, teniente.

Walker Townsend, sonriendo levemente, con una ceja arqueada, interrumpió.

—Señoría, no veo ningún engaño en las palabras del testigo. Éste dijo al teniente Hart que iba a declarar sobre amenazas. Y esto es precisamente lo que hemos oído del teniente Murphy. Una amenaza. La acusación no tiene por qué asegurarse de que el teniente Hart se prepara adecuadamente buscando información adicional de un testigo con anterioridad al juicio. El teniente Hart hizo una pregunta al testigo y obtuvo una respuesta, y si consideraba que el testimonio podía perjudicar a su cliente debió tratar de aclarar el tema...

—¡Señoría, esto es injusto! ¡Protesto!

MacNamara meneó la cabeza.

—Debo insistir, teniente Hart, en que se siente. Aguarde su turno de preguntas. Mientras tanto, guarde silencio.

Tommy permaneció de pie, apoyando disimuladamente una mano en el borde de la mesa. No se atrevió a mirar a Lincoln Scott.

Walker Townsend sostuvo en alto el cuchillo de fabricación casera.

—«¡Debería matar a ese hijo de puta!» —tronó, la ira que contenía su voz acentuada por el tono suave que había utilizado anteriormente—. ¿Cuándo dijo eso?

—Uno o dos días antes de ser asesinado —repuso Murphy con tono solícito.

—¿Asesinado con un cuchillo? —inquirió Townsend.

—¡Sí señor! —contestó Murphy.

—¡Una profecía! —exclamó Townsend con aire satisfecho—. Y este cuchillo, el cuchillo del teniente Lincoln Scott, está manchado con la sangre del capitán Bedford.

Se acercó a la mesa de la acusación, depositó el cuchillo violentamente sobre la superficie de madera de la mesa. El ruido resonó a través de la silenciosa sala del tribunal.

—La defensa puede interrogar al testigo —dijo tras una pausa para dar mayor efecto a sus palabras.

Tommy se levantó, ofuscado por la ira, las dudas y la confusión que le invadían. Abrió la boca, pero en aquel preciso momento el coronel MacNamara alzó la mano para interrumpirle.

—Pospondremos el turno de repreguntas hasta mañana por la mañana, teniente. Concluiremos la sesión con el tiempo justo para presentarnos al *Appell* vespertino, ¿no es así, *Hauptmann*?

Por primera vez en aproximadamente una hora, Tommy se volvió hacia el alemán manco. Visser asintió con la cabeza, pero no respondió de inmediato. Durante varios segundos, el alemán miró al teniente Murphy, mientras el copiloto del Liberator se movía incómodo en la silla. A continuación Visser recorrió lentamente la sala con la vista, deteniéndose en Lincoln Scott y en Tommy Hart, luego en el fiscal y sus ayudantes y por último en el coronel MacNamara.

—Tiene razón, coronel —respondió—. Creo que es el momento oportuno para suspender la sesión.

Visser se levantó y el estenógrafo cerró su bloc de notas.

MacNamara dio unos golpes con su martillo.

—Se suspende la sesión hasta mañana. Nos reuniremos aquí inmediatamente después del recuento matutino. ¡Teniente Murphy!

—¿Sí, señor?

—No debe comentar su testimonio con nadie. ¿Entendido? Absolutamente nadie, ni la acusación, la defensa, ni amigos ni enemigos. Puede hablar del tiempo o del ejército. Puede hablar de la repugnante comida, o de esta repugnante guerra. Pero no puede hablar de este caso. ¿Me explico?

—¡Sí señor! Perfectamente.

—Muy bien —dijo MacNamara con tono enérgico—. Puede retirarse —alzó la vista y miró a los hombres congregados en la sala—. Todos pueden hacerlo.

MacNamara se levantó y los *kriegies* se pusieron en pie, cuadrándose cuando los miembros del tribunal se levantaron de la mesa y abandonaron con solemnidad el teatro. Luego salieron el comandante Clark y el capitán Townsend, que apenas pudo reprimir una sonrisa de satisfacción al pasar junto a Tommy, y acto seguido, Visser y el resto de los alemanes, salvo un par de hurones que exhortaron a los *kriegies* a desalojar la sala. Sus exclamaciones de «*Raus! Raus!*» resonaron en el aire detrás de Tommy.

Tommy cerró los ojos un momento y escudriñó la vacía oscuridad que había tras sus párpados. Al cabo de unos segundos los abrió y se volvió hacia Lincoln Scott y Hugh Renaday. Scott miraba al frente, los ojos fijos en la silla vacía de los testigos. Sin pestañear. Rígido.

—Bueno —dijo Hugh con calma inclinándose hacia delante—, eso ha sido un cañonazo de advertencia. ¿Cómo vamos a demostrar que ese cabrón miente?

Tommy abrió la boca para responder, aunque no estaba seguro de lo que iba a decir, pero Scott le interrumpió.

La voz del aviador negro, seca, rasposa, reverberó ligeramente en la sala. Estaban

solos.

—No era mentira —dijo en tono quedo, casi como si le doliera pronunciar esas palabras—. Era verdad. Eso es palabra por palabra lo que dije a ese asqueroso hijo de perra.

Cuando concluyeron el *Appell* vespertino y regresaron a su dormitorio en el barracón 101, Tommy echaba chispas. Dio un portazo y se volvió hacia Scott.

—Podía habérmelo dicho —le espetó, alzando el tono de la voz como cuando un motor se acelera—. Me habría sido útil saber que había amenazado con matar a Bedford antes de que éste fuera asesinado.

Scott abrió la boca para responder, pero se detuvo. Se encogió de hombros y se sentó bruscamente en el borde del camastro.

Con las manos crispadas en unos puños, Tommy comenzó a caminar en círculos ante el negro.

—¡Me ha hecho parecer un idiota! —gritó—. ¡Y usted ha quedado como un asesino! ¡Me aseguré que no sabía nada sobre ese maldito cuchillo y ahora resulta que lo fabricó con sus propias manos! ¿Por qué no me lo dijo?

—Después de irme de la lengua delante de Murphy —dijo Scott de mala gana—, lo metí en el lugar donde guardo mi caja de la Cruz Roja. A la mañana siguiente había desaparecido. No volví a verlo hasta que Clark lo sacó de ese escondite del que yo no sabía nada, debajo de la litera.

—Genial —contestó Tommy furioso—. ¡Es una bonita historia! ¡Seguro que todo el mundo se la tragará!

Scott alzó de nuevo la vista como si se dispusiera a responder, pero cambió de opinión.

—¿Cómo quiere que le defienda si no me cuenta la verdad, Scott? —preguntó Tommy sulfurado.

Scott abrió la boca, pero no dijo nada. Estaba sentado con la cabeza agachada, casi como si rezase, hasta que por fin suspiró profundamente y murmuró:

—No lo sé.

Tommy lo miró boquiabierto.

—¿Qué?

Scott alzó ligeramente la cabeza y miró a Tommy.

—No quiero que me defienda —repuso con lentitud—. No necesito que me defienda. ¡No debería encontrarme en una situación en que deba ser defendido! ¡Yo no he hecho

nada más que decir la verdad! ¡Y si esas verdades a usted no le gustan, no puedo hacer nada para remediarlo!

Con cada frase, Lincoln se fue tensando hasta ponerse en pie, con las manos crispadas.

—Vale, amenacé a ese cabrón. ¿Y qué? ¡Fabriqué ese cuchillo delante de Murphy! ¡Con ello no violé ninguna regla, porque no hay reglas! Dije que lo mataría. ¡Tenía que decir algo, coño! No podía quedarme de brazos cruzados, sin hacer caso de lo que ese cabrón decía. ¡Tenía que hacerle comprender que yo no era un negro débil de carácter, aterrorizado e ignorante a quien él pudiera hostigar y someter cada minuto de su jodida vida! ¡Tenía que advertir a ese asqueroso racista que aunque yo estuviera solo aquí no iba a aguantarlo! ¡Que no iba a quedarme acojonado en un rincón y doblegarme ante él, tragándome toda la mierda que me echara encima, como otros! ¡No soy un esclavo! ¡Así que fabriqué esa condenada espada y dije que estaba dispuesto a utilizarla! ¡Porque lo único que los malditos Bedfords de este mundo comprenden es la misma violencia que ellos emplean contigo! ¡Se comportan como cobardes cuando les plantas cara, y eso fue lo que hice!

Scott permaneció inmóvil en el centro de la habitación, enfurecido.

—¿Lo entiende ahora? —preguntó a Tommy.

Tommy se levantó, plantándose delante del aviador negro.

—Usted no es libre —repuso secamente, subrayando cada palabra con un breve ademán, como si golpeará el aire—. ¡Ni usted, ni yo ni ninguno de los que estamos aquí!

Scott sacudió la cabeza enérgicamente de un lado a otro.

—Quizá sea usted un prisionero, Hart, como Renaday, Townsend, MacNamara, Clark, Murphy y todos los demás, pero yo no. Quizás haya derribado mi avión, me hayan encerrado aquí y me ejecute un pelotón de fusilamiento por un crimen que no he cometido, pero jamás me consideraré un prisionero. ¡Ni por un segundo! Soy un hombre libre, atrapado temporalmente detrás de una alambrada de espino.

Tommy se disponía a responder, pero calló. Ése era el problema, el meollo del asunto. El problema de Scott era infinitamente más profundo que una mera acusación de asesinato.

Tommy comenzó a pasear en círculo por la pequeña habitación, reflexionando.

—¿Se ha fiado alguna vez de un blanco? —preguntó de sopetón.

Scott retrocedió un paso, como si hubiera recibido un golpe en la mandíbula.

—¿Qué?

—Me ha oído perfectamente —contestó Tommy—. Respóndame.

—¿Que si me he fiado? ¿A qué se refiere?

—Ya sabe a qué me refiero. ¡Conteste!

Scott entrecerró los párpados, dudando antes de responder.

—Ningún negro, hoy en día, llega a ningún sitio sin la ayuda de unos blancos de buena fe.

—¡Esto no es una respuesta!

Scott abrió la boca, se detuvo y sonrió asintiendo con la cabeza

—Lleva razón. —Después de otra pausa, agregó—: No, nunca me he fiado de un blanco.

—Pero estaba dispuesto a utilizar su ayuda.

—Sí. En la escuela, sobre todo. Y la iglesia donde predica mi padre se beneficia de algunas obras de caridad.

—Pero cada sonrisa que usted esbozaba, cada vez que estrechaba la mano a un blanco, era mentira, ¿no es así?

Lincoln Scott emitió un pequeño suspiro, casi como si ese diálogo le divirtiera.

—Sí —repuso—. En cierto modo, sí.

—Y cuando les estrechaba la mano, eso también era mentira.

—Podría interpretarse así. Es muy simple, Hart. Es una lección que aprendes de pequeño. Si quieres llegar a algo, tienes que apoyarte sólo en ti mismo.

—Pues gracias a su afán de apoyarse sólo en sí mismo —dijo Tommy pausadamente—, en los últimos días sus perspectivas han disminuido notablemente. —No se molestó en ocultar su sarcasmo, el cual molestó a Lincoln Scott.

—Puede que sea así —contestó éste—, pero cuando oiga la orden de fuego al comandante del pelotón, sabré que nadie me robó lo más importante para mí.

—¿Qué?

—La dignidad.

—Que no le servirá de nada cuando esté muerto.

—En eso se equivoca por completo, Hart. Ésa es la diferencia entre usted y yo. Yo deseo vivir tanto como cualquier otro. Pero no estoy dispuesto a convertirme en alguien distinto para sobrevivir. Porque ésa sería una mentira más grave que las que han dicho desde el estrado.

—Es usted un hombre difícil de comprender, Scott —comentó por fin meneando la cabeza—. Muy difícil.

Scott sonrió enigmáticamente.

—Da usted por sentado que quiero que me comprendan.

—De acuerdo. Pero tengo la impresión de que sólo está dispuesto a rebatir estas acusaciones a su estilo.

—Es la única forma en que sé hacerlo.

—Bien, pues en este caso vamos a hacerlo de forma distinta, porque tal como están las cosas no vamos a ganar.

—Lo comprendo —repuso Scott con tristeza—. Pero lo que usted no comprende es que hay distintos tipos de victorias. Ganar en este tribunal de pega no es tan importante para mí como negarme a convertirme en lo que no soy.

Tommy se quedó tan sorprendido por esta frase que tardó unos momentos en responder. Pero el repentino silencio que cayó entre ambos hombres fue interrumpido por Hugh Renaday. Había permanecido de pie, apoyado en la pared, observando y escuchando, en silencio, el airado diálogo entre Hart y Scott. De pronto avanzó hacia ellos, meneando la cabeza, y dijo con tono de reproche:

—Sois un par de idiotas.

Los otros dos se volvieron hacia el canadiense.

—Ninguno de vosotros es capaz de ver el conjunto de la situación.

En aquel instante Scott pareció animarse un poco.

—Pero usted va a explicárnoslo.

—Así es —replicó Hugh—. ¿Dónde está Phillip Pryce cuando más le necesitamos? ¿Sabes, Tommy? Si está muerto y te está mirando desde algún sitio en lo alto, al oírte seguro que le habrá dado un soponcio.

—Es posible, Hugh. Explícate.

Hugh se paseó por la habitación unos segundos, tras lo cual encendió un cigarrillo.

—Usted, Lincoln, pretende reformar el mundo. Desea un cambio, siempre y cuando no tenga que cambiar usted mismo. Y tú, Tommy, estás tan obsesionado con seguir las reglas del juego que no has reparado en lo injustas que son. Estáis locos, ninguno de vosotros se comporta con un mínimo de sensatez.

Hugh señaló a Scott y prosiguió:

—Usted se convirtió en el hombre ideal para que le acusaran del crimen. Alguien en este maldito campo quería matar a Trader Vic y lo hizo, y usted era la víctima propiciatoria perfecta sobre la que ese tipo hizo recaer las sospechas. ¿Sí o no?

Scott asintió con la cabeza.

—No es la forma más elegante de expresarlo, pero es cierto. Todo parece indicar que es así.

—Y no pudo ponérselo más fácil a Townsend para que le acusara del crimen.

Scott volvió a asentir.

—Pero... —empezó a decir.

Hugh meneó la cabeza con energía.

—¡No me hable de «peros», «quizás», «quién sabe» y esas zarandajas! Sólo hay una forma de resolver esta situación, y es ganar el caso, porque a la fin y a la postre, es lo único que cuenta. No cómo gane, ni por qué, ni siquiera cuándo. Pero tiene que ganar, y cuanto antes se dé cuenta de ello, mejor para todos.

Scott se detuvo. Luego asintió con la cabeza.

—Es posible.

—¡No hay vuelta de hoja! Piense en ello. Ha estado tan ocupado demostrando que es mejor que todos los que estamos aquí, que ha olvidado que es exactamente igual a todos. Y tú, Tommy, no has hecho lo que aseguraste que haríamos, pelear con uñas y dientes. ¡Utiliza tus propias mentiras contra ellos!

Hugh se puso a toser violentamente.

—¿Acaso no te enseñó nada Phillip? —Observó la punta del cigarrillo, arrancó la brasa y la arrojó al suelo, la aplastó con el pie y se guardó la colilla a medio fumar en el bolsillo de su camisa—. Tengo hambre —dijo—. Ya va siendo hora de que comamos. No me explico qué hago aquí hablando con un par de mentecatos como vosotros. Queréis ganar pero queréis hacerlo de forma correcta, porque de otro modo os parece inaceptable. ¡Esto es una guerra! ¡Cada segundo mueren cientos de personas! ¡No se trata de un combate de boxeo con las normas del marqués del Queensberry! ¡Debéis pelear, maldita sea! ¡Dejad de jugar limpio! Hasta que los dos os sentéis a hablar y decidáis lo que debéis hacer. ¡Que caiga la peste sobre vosotros!

—Una plaga —le rectificó Scott sonriendo.

—De acuerdo, una plaga —replicó Hugh.

—Eso dice Mercucio a Capuletos y Montescos poco antes de morir —continuó Scott—. «¡Que caiga una plaga sobre vuestras casas!»

—¡Mercucio y Shakespeare llevaban razón! —Hugh se acercó a su litera y sacó de debajo de la misma un paquete de comida de la Cruz Roja.

—Maldita sea —dijo, como si le sorprendiera el limitado contenido del paquete—. Sólo me queda uno de esos espantosos paquetes de la Cruz Roja inglesa. ¡Un té que no sabe a nada, unos arenques incomibles y demás porquerías! Espero que tú tengas algo mejor, Tommy. De Estados Unidos, la tierra de la Abundancia.

—¿En qué consistía la ración de comida alemana esta noche, Hugh? —preguntó

Tommy tras reflexionar unos instantes.

Hugh alzó la cabeza y repuso dando un respingo:

—Lo de siempre. *Kriegsbrot* y esa repugnante morcilla. Phillip solía enterrarla en el jardín, aunque estuviéramos muertos de hambre. No era capaz de comérsela, ni yo, ni nadie de este recinto. No entiendo cómo pueden comerla los alemanes.

«Morcilla», pensó de pronto Tommy. Era un elemento habitual en la dieta que los alemanes suministraban a los *kriegies*, que éstos rechazaban sistemáticamente aunque se murieran de hambre. La salchicha era repugnante, unos gruesos tubos de lo que los prisioneros suponían que eran menudillos congelados mezclados con sangre del matadero, a lo que daban consistencia mezclándola con serrín. Lo cocinaban como lo cocinaban, sabía a rayos. Muchos hombres la enterraban, como solía hacer Pryce, confiando en que sirviera de abono para la tierra. A veces, las tropas de los recintos británico y americano que integraban la compañía teatral la trituraban y la utilizaban como *atrezzo* para una escena que requería sangre.

Tommy se volvió de pronto hacia Scott.

—¿La ha probado alguna vez? —le preguntó.

—En un par de ocasiones la acepté y traté de hallar la forma de cocinarla, pero me pareció incomible, como a todo el mundo.

—¿Pero le dieron su ración?

—Sí.

Tommy asintió con la cabeza.

—Hugh —dijo lentamente—, coge un par de cigarrillos y ve a ver si encuentras a alguien que tenga un pedazo de salchicha. La más asquerosa y repulsiva morcilla alemana que puedas hallar, cámbiala por los cigarrillos y tráela. Se me ha ocurrido una idea.

Hugh miró a Tommy perplejo.

—Como quieras —dijo encogiéndose de hombros—. Pero creo que te has vuelto loco. —Se palpó la camisa para asegurarse de que llevaba cigarrillos y salió al pasillo.

En cuanto se cerró la puerta, Tommy se volvió hacia Scott.

—Bien —dijo—. Hugh tiene razón. Si usted no tiene inconveniente, creo que ha llegado el momento de dejar de jugar según las reglas de los otros.

Tras dudar unos instantes, Scott asintió con la cabeza.

El coronel MacNamara recordó al teniente Murphy que seguía estando bajo juramento cuando el aviador volvió a sentarse en el centro de la improvisada sala del

tribunal. Todos ocupaban el mismo lugar que la víspera: la defensa, la acusación, los centenares de *kriegies* amontonados en los pasillos, Visser y el estenógrafo en su rincón habitual y los solemnes miembros del tribunal que presidían la sesión.

Murphy asintió, se movió un poco para instalarse cómodamente en su asiento y esperó a que Tommy Hart se acercara a él con una pequeña sonrisa de satisfacción.

—De Springfield, Massachusetts, ¿no es así?

—Sí —respondió Murphy—. Nací y me crié allí.

—¿Y dice usted que trabajó junto con negros?

—Así es.

—¿Se trataba con ellos a diario?

—A diario, sí señor.

—¿Qué tipo de trabajo realizaba?

—Mi familia compartía la propiedad de una pequeña empresa de productos cárnicos. Era una pequeña empresa local, pero abastecíamos a numerosos restaurantes y escuelas de la ciudad.

Después de reflexionar unos momentos, Tommy prosiguió con lentitud.

—¿Productos cárnicos? ¿Se refiere a bistecs y chuletas?

—Sí, señor. Unos bistecs tan gordos y tiernos que no necesitabas cuchillo para partirlos. Solomillo, filete —añadió—, y unas chuletas dulces como el caramelo. Costillas de cordero. De cerdo. Y hamburguesas, las mejores del Estado, sin duda. Se me hace la boca agua de pensar en esa carne, asada al aire libre en una barbacoa.

Las palabras del aviador suscitaron al mismo tiempo risas y gemidos entre los presentes. Un murmullo recorrió la sala, variaciones del mismo tema, a medida que un hombre susurraba al de al lado: «¡Qué daría yo por comerme un buen filete a la parrilla, con cebolla y setas...!»

Tommy dejó que las risas se disiparan, esbozando una pequeña sonrisa irónica.

—Una empresa cárnica debe de ser un negocio bastante sucio, ¿no es cierto, teniente? Animales despedazados, vísceras, sangre, excrementos, pelo... Hay que desechar lo inservible y conservar sólo las partes útiles, ¿no?

—Así es, teniente.

—Y los negros trabajaban en la sección de los desperdicios, ¿no es así, teniente? Me imagino que esos negros con los que usted trabajaba no tenían unos empleos bien remunerados. Eran quienes se encargaban del trabajo sucio. El trabajo sucio que los blancos no querían hacer.

Murphy vaciló unos instantes antes de responder.

—Ése era el trabajo que al parecer querían.

—Claro —replicó Tommy—. ¿Por qué iban a querer otro mejor?

El teniente Murphy no respondió a la pregunta. Los asistentes guardaron de nuevo silencio.

Tommy caminaba describiendo un pequeño círculo delante del teniente Murphy, primero de espaldas, luego volviéndose hacia él. Cada gesto que hacía estaba destinado a poner nervioso al testigo.

—Dígame, teniente Murphy, ¿quién es Frederick Douglass?

Tras reflexionar unos momentos, Murphy meneó la cabeza.

—Creo que un general del estado mayor de Ike.

—No —repuso Tommy lentamente—, durante muchos años residió en su estado, teniente.

—Nunca he oído hablar de él.

—No me extraña.

Walker Townsend se puso en pie.

—Señoría —dijo con tono irritado e impaciente—. No entiendo el propósito de estas preguntas. El teniente Hart aún no ha interrogado al testigo sobre su declaración en el juicio. Ayer se quejó de las lecciones de historia ofrecidas por la acusación, pero hoy vuelve con unas extrañas preguntas sobre un hombre que murió hace muchos años...

—Coronel, fue la acusación quien sacó a relucir el tema del «progresismo» racial del teniente Murphy. Yo me limité a abundar en él.

—Permitiré estas preguntas siempre y cuando se apresure y vaya al grano, teniente —repuso MacNamara con hosquedad.

Tommy asintió con la cabeza. Lincoln Scott, sentado a la mesa de la defensa, murmuró a Hugh Renaday:

—Es de agradecer que nos arrojen un hueso.

Después de hacer una breve pausa, Tommy se volvió de nuevo hacia Murphy, que se removió una vez más en su asiento.

—¿Quién es Crispus Attucks, teniente?

—¿Quién?

—Crispus Attucks.

—Jamás he oído ese nombre. ¿Otro personaje de Massachusetts?

—Lo ha adivinado, teniente —replicó Tommy, sonriente—. Afirma usted que no tiene prejuicios raciales, señor, pero no es capaz de identificar al negro que murió durante la infame masacre de Boston, cuyo sacrificio fue celebrado por nuestros padres

fundadores en ese momento crucial de la historia de nuestra nación. Ni reconoce el nombre de Frederick Douglass, el gran abolicionista muchos de cuyos escritos han sido publicados en su noble Estado.

Murphy miró furioso a Tommy, pero se abstuvo de responder.

—La historia no era mi disciplina favorita en la escuela —contestó con rabia al cabo de unos instantes.

—Es evidente. Me pregunto si hay algo más que usted no sabe acerca de los negros.

—Sé lo que dijo Scott —le espetó Murphy—. Lo cual es mucho más importante que una lección de historia.

Tommy dudó unos instantes.

—Ya entiendo —dijo asintiendo con la cabeza—. No es usted muy inteligente, ¿verdad, teniente?

—¿Qué?

—Inteligente. —Tommy comenzó a disparar una pregunta tras otra, adquiriendo velocidad al tiempo que alzaba la voz—. Me refiero a que tuvo usted que trabajar en la empresa familiar, porque no era lo bastante inteligente para independizarse, ¿no es así? ¿Cómo consiguió ascender a teniente? ¿Acaso conocía su padre a algún pez gordo? A propósito de esa escuela donde dice que estudiaban negros. Seguro que no obtuvo unas notas tan altas como ellos, ¿me equivoco? Y seguro que gozó obligando a esos negros a limpiar la porquería mientras usted se dedicaba a ganar dinero, ¿no? Porque si les hubiera dado la menor oportunidad, hubieran realizado el trabajo que usted desempeñaba mucho mejor que usted mismo, ¿no es cierto?

—¡Protesto! ¡Protesto! —gritó Walker Townsend—. ¡La defensa está formulando diez preguntas a la vez!

—¡Teniente Hart! —dijo el coronel MacNamara.

Tommy se volvió hacia Murphy.

—Les odia porque le atemorizan, ¿no es cierto?

Murphy se abstuvo también de responder a esa pregunta, limitándose a mirar a Tommy con cara de pocos amigos.

—Teniente Hart, se lo advierto —le reprendió MacNamara dando unos golpes con el martillo.

Tommy retrocedió unos pasos y miró a Murphy a los ojos a través del reducido espacio que los separaba.

—¿Sabe, teniente Murphy? Sé lo que está pensando ahora.

—¿Ah, sí? —replicó Murphy entre dientes.

Tommy sonrió.

—Está pensando: «Debería matar a este hijo de puta...» ¿No es cierto?

—No —contestó Murphy con tono hosco—. No pienso eso.

Tommy asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que no. —Se irguió y señaló a los asistentes y a los *kriegies* que estaban agolpados frente a las ventanas, pendientes de cada palabra que se pronunciaba en la sala del tribunal—. Estoy seguro de que todos los presentes creen la negativa del teniente. A pies juntillas. Debo de estar completamente equivocado...

Las palabras de Tommy destilaban sarcasmo.

—Estoy convencido de que usted no pensó «debería matar a este hijo de puta...», y eso que recibió una décima parte del trato injurioso al que Trader Vic sometió a Lincoln Scott todos los días desde el momento en que el señor Scott llegó al Stalag Luft 13.

—Lo dijo él —insistió Murphy—, no yo.

—Por supuesto —respondió Tommy—. Pero el teniente Scott no dijo «voy a matar a ese hijo de puta», ni «tengo que matar a ese hijo de puta», ni «voy a matar a ese hijo de puta esta noche...». No dijo nada de eso, ¿me equivoco, teniente?

—No.

—Dijo lo que cualquiera habría dicho en esas circunstancias.

—¡Protesto! Son meras conjeturas —gritó Townsend.

—Lo retiro —repuso Tommy—. Porque no queremos que el teniente Murphy especule sobre nada.

MacNamara miró a Tommy con enojo.

—Ya ha expuesto usted su argumento —dijo—. ¿Ha terminado de interrogar al testigo?

—No del todo —contestó Tommy sacudiendo la cabeza.

Luego se acercó a la mesa de la acusación y tomó el cuchillo.

—Teniente Murphy, ¿solía usted, u otros hombres en el dormitorio del barracón, comer junto con el teniente Scott?

—No.

—Pero en todos los dormitorios, los hombres comparten su comida y se turnan para prepararla, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—¿Pero a Scott lo excluían?

—Él no quería participar...

—Ya, claro. Prefería morirse de hambre a solas.

Murphy miró de nuevo a Tommy, furioso.

—De modo que el teniente Scott comía sólo —continuó Tommy—. Imagino que también se preparaba él mismo la comida.

—Sí.

—Por lo tanto, usted no puede estar seguro qué cuchillo utilizaba para preparar su comida, ¿verdad?

—Tenía una navaja. Le vi utilizarla.

—¿Observaba siempre al teniente Scott mientras éste se preparaba la comida?

—No.

—De modo que no sabe si alguna vez utilizó este cuchillo de fabricación casera.

—No.

Tommy se acercó a la mesa de la defensa sosteniendo el cuchillo. Hugh se agachó, tomó un paquete que tenía a sus pies y se lo entregó a Tommy. Éste dejó el cuchillo en la mesa, cogió el paquete y se aproximó al testigo.

—Usted es experto en carnes, teniente, dado que su familia posee una empresa de envasado de productos cárnicos. Lo cual es una suerte para usted. Sería trágico que tuviera que depender de su intelecto para abrirse camino en la vida...

—¡Protesto! —gritó Townsend—. ¡El teniente Hart está ofendiendo al testigo!

—Se lo advierto, teniente —dijo el coronel MacNamara con frialdad—. No persista por ese camino.

—De acuerdo, coronel —se apresuró a responder Tommy—. No quisiera ofender a nadie...

Miró con desdén al teniente Murphy, el cual le observó con evidente inquina.

—Haga el favor de identificar este objeto, teniente.

Murphy tomó a regañadientes el paquete de manos de Tommy Hart y lo abrió.

—Es una morcilla alemana —dijo con una mueca—. Todos la hemos visto. Es lo que suelen darnos de comer.

—¿Quién la come?

—Nadie que yo conozca. Todos prefieren morirse de hambre antes que probarla.

—¿La comería usted, que es un experto en productos cárnicos?

—No.

—¿De qué está hecha, teniente?

Murphy volvió a torcer el gesto.

—Es difícil de precisar. La morcilla que nosotros elaboramos en Estados Unidos es gruesa, sólida y está preparada con los ingredientes adecuados y plenas garantías higiénicas. Nadie se pone enfermo por comer nuestras morcillas. ¡Vaya usted a saber lo que contiene esta morcilla! Una gran cantidad de sangre de cerdo y demás desechos, embutidos en tripa. Más vale no saber de qué está hecha.

La morcilla tenía una consistencia gelatinosa. Su color marrón oscuro estaba teñido de rojo. Emanaba un olor pestilente.

Tommy la sacó del paquete y la sostuvo en alto para mostrarla al público. Algunos asistentes rieron no demasiado tranquilos al contemplarla.

Tommy volvió a la mesa de la defensa, tomó el cuchillo de fabricación casera y algunas de sus preciadas hojas de papel. Antes de que la acusación pudiera reaccionar, envolvió el asa del cuchillo con el papel, cubriendo el trapo manchado de sangre. Luego alzó el cuchillo con un gesto teatral, al tiempo que Walker Townsend se levantaba de un salto y protestaba por enésima vez. Tommy hizo caso omiso de la protesta, así como de los golpes del martillo que sonaron en la mesa del tribunal. Empuñando el cuchillo, lo clavó de pronto en el centro de la morcilla, partiéndola en dos. Luego la partió en otros dos trozos, asegurándose de que el asa envuelta con las hojas de papel embebiera la sangre que desprendía aquella inmundicia. Por la sala se extendió un intenso hedor a podrido y los *kriegies* que se hallaban cerca de la mesa de la defensa emitieron una exclamación de repugnancia.

Tommy pasó por alto las reiteradas protestas del fiscal y se plantó delante del teniente Murphy. Alzó la voz y silenció a los presentes con su pregunta.

—¿Qué ha observado usted en el papel, teniente? —dijo—. Me refiero al papel con que he envuelto el asa del cuchillo.

Murphy hizo una pausa antes de responder.

—Parece sangre —contestó encogiéndose de hombros—, gotas de sangre.

—¡Aproximadamente la misma cantidad de sangre que manchó el trapo y que la acusación afirma, sin prueba alguna, que pertenece a Trader Vic!

Tommy se alejó unos pasos de la silla del testigo y gritó:

—¡No haré más preguntas!

Tomó el cuchillo, retiró el papel del asa y lo sostuvo en alto para que todos los presentes pudieran contemplar las manchas de sangre. Acto seguido se acercó a Townsend para entregarle el papel, pero el fiscal no quiso saber nada. Entonces Tommy clavó el cuchillo en la mesa y lo dejó vibrando como un diapasón en medio de la sala del tribunal, que había vuelto a enmudecer.

El último testigo de cargo

A la mañana siguiente, durante el *Appell*, Tommy observó a Fritz Número Uno mientras éste contaba a los hombres que componían la formación contigua. Durante todo el recuento no quitó la vista del enjuto hurón, sin hacer caso de la llovizna que caía del cielo encapotado, manchando el cuero marrón de su cazadora con franjas oscuras. El comandante Clark saludó al *Oberst* Von Reiter, recibiendo la acostumbrada inclinación de cabeza del coronel MacNamara, tras lo cual dio media vuelta y gritó a los hombres que rompieran filas. Tommy se abrió paso apresuradamente a través de la multitud de pilotos y se dirigió hacia el campo de ejercicios, junto al cual se hallaba Fritz y otros hurones, fumando y comentando las tareas de la jornada. Cuando Tommy se acercó, el alemán alzó la vista, frunció el ceño y se apartó con rapidez del resto.

Tommy se detuvo a unos pasos del hurón y le indicó que se acercara moviendo el índice en un ademán exagerado, como un maestro estricto e impaciente al observar que uno de sus alumnos se ha quedado rezagado. Intranquilo, Fritz Número Uno miró a su alrededor y luego se dirigió veloz hacia Tommy.

—¿Qué ocurre, señor Hart? —preguntó—. Tengo mucho que hacer esta mañana.

—Seguro que sí —replicó Tommy—. ¿Quizá tenga que inspeccionar algún lugar por millonésima vez? ¿Tiene que ir a fisgonear con urgencia en algún barracón? Vamos, Fritz, sabe tan bien como yo que lo único importante es el juicio de Scott.

—Pero yo tengo mis deberes, señor Hart, a pesar del juicio.

Tommy se encogió de hombros, con expresión incrédula.

—De acuerdo —dijo—. Sólo le robaré un par de minutos de su valioso tiempo. Un par de preguntas, y luego puede ir a cumplir esa tarea importante que le aguarda. —Tommy sonrió, se detuvo unos segundos y habló en voz lo bastante alta para que le oyeran los otros hurones que se hallaban cerca—. Mire, Fritz —dijo—, quiero saber de dónde sacó el cuchillo y cuándo se lo entregó a Vic a cambio de otra cosa. Ya sabe a qué me refiero, al arma del asesinato.

Fritz Número Uno palideció y asió a Tommy del brazo. Sacudiendo la cabeza, arrastró al aviador americano hasta la esquina de uno de los barracones, donde respondió

con tono enfadado pero muy inseguro, según detectó Tommy.

—¡No puede preguntarme esto, teniente Hart! No tengo ni remota idea de lo que está hablando...

Tommy interrumpió la quejumbrosa respuesta con brusquedad.

—No se haga el tonto, Fritz. Sabe perfectamente a qué me refiero. Un puñal ceremonial alemán, como el que utilizan los SS. Largo, delgado, con una calavera en la empuñadura. Muy parecido al que luce Von Reiter cuando se viste de gala. Trader Vic deseaba uno y usted se lo consiguió poco antes de que muriera asesinado. Un par de días antes, a lo sumo. Quiero saber todos los detalles. Quiero saber palabra por palabra lo que le dijo Vic cuando usted le entregó ese cuchillo, lo que pensaba hacer con él y a quién iba destinado. ¿O prefiere que se lo pregunte al *Hauptmann* Visser? Seguro que le interesará conocer esos detalles.

El alemán retrocedió estupefacto, como si le hubieran golpeado, y se apoyó en el muro del barracón. Parecía sentirse indispuesto.

Tommy respiró hondo.

—Me apuesto una cajetilla de Lucky —añadió—, a que las órdenes de la Luftwaffe prohíben entregar un arma a un prisionero de guerra a cambio de algún favor. En especial uno de esos vistosos puñales nazis que conceden a cambio de un importante servicio a la patria.

Fritz Número Uno se volvió, mirando sobre el hombro de Tommy, para cerciorarse de que por los alrededores no rondaba nadie que pudiera oír la conversación. Fritz se puso rígido cuando Tommy pronunció el nombre de Visser.

—No, no, no —repuso el alemán meneando la cabeza con vehemencia—. ¡Usted no sabe lo peligroso que es esto, teniente!

—Bien —contestó Tommy con tono melifluo e indiferente—, dígamelo usted.

La voz de Fritz Número Uno temblaba tanto como sus manos al tiempo que gesticulaba.

—El *Hauptmann* Visser me haría fusilar —murmuró—, o me enviaría al frente ruso, que viene a ser lo mismo, excepto que no es tan rápido y es seguramente peor. ¡Dar un arma a un aviador aliado a cambio de un favor está prohibido!

—Pero usted lo hizo, ¿no es así?

—Trader Vic insistió mucho. Al principio yo me negué, pero él no dejaba de atosigarme. Me prometió que lo quería simplemente como recuerdo. Me dijo que tenía un cliente especial que estaba dispuesto a pagar mucho por él. Lo necesitaba cuanto antes. Ese mismo día, inmediatamente. Me explicó que tenía gran valor. Más que

cualquier otro objeto con el que hubiera negociado.

Tommy imaginó la sangre fría del tipo que había jugado a Trader Vic la peor pasada de su vida, haciendo que el hábil negociante del campo le consiguiera el arma con la que acabaría por asesinarlo. Se le secó la boca de pensarlo.

—¿Quién quería el cuchillo? ¿Para quién hacía Trader Vic de tapadera?

—¿De tapadera? No entiendo...

—¿Con quién había hecho el trato?

—Se lo pregunté —respondió el alemán—. Se lo pregunté más de una vez, pero no quiso decírmelo. Sólo me aclaró que se trataba de un gran negocio.

Tommy arrugó el ceño. No creía del todo al hurón, pero tampoco dudaba por completo de sus palabras. Desde luego no había sido un gran negocio para Vic.

—Vale, no sabe el nombre de ese tipo. ¿A quién le robó usted el cuchillo, a Von Reiter?

Fritz Número Uno se apresuró a negar con la cabeza.

—¡No, no, jamás haría eso! ¡El comandante Von Reiter es un gran hombre! Yo ya estaría muerto, combatiendo contra los rusos, si él no me hubiera traído aquí cuando recibió la orden de trasladarse a este campo. Yo era un simple mecánico que formaba parte de su tripulación de vuelo, pero él sabía que tenía facilidad para los idiomas, de modo que permitió que le acompañara. ¡De haberme quedado en Rusia habría muerto! Usted sabe, teniente: frío polar, muerte segura. Eso era lo único que nos aguardaba en Rusia. El comandante Von Reiter me salvó la vida. Y jamás podré pagarle el favor. Aquí procuro servirlo lo mejor que puedo.

—¿Entonces se lo robó a otra persona?

Fritz sacudió de nuevo la cabeza y susurró su respuesta con desesperación; sus palabras sibilantes sonaban como aire al escaparse de un neumático pinchado.

—¡Robar ese objeto a un oficial alemán para dárselo a un aviador aliado a cambio de otro objeto equivaldría a una orden de ejecución, teniente! ¡De ser descubierto, la Gestapo vendría a por mí!

—¿De modo que usted no lo robó?

Fritz volvió a negarlo.

—El *Hauptmann* Visser no sabe nada de ese puñal, teniente Hart. Lo sospecha, pero no lo sabe con certeza. Se lo ruego, no debe saberlo. Me causaría muchos problemas...

Tommy dedujo, al percibir aquel leve titubeo, que Fritz no sería el único que sufriría si se descubría este asunto.

—¿Y quién más tendría problemas? —preguntó de sopetón.

—No puedo decirlo.

Tommy se detuvo. Observó un temblor en la mandíbula de Fritz y creyó adivinar la respuesta. En realidad, Fritz se lo había dicho. Quizá sólo había un hombre en el campo de prisioneros que pudo haber conseguido ese puñal sin robarlo.

—¿Qué me dice del comandante y de Visser? —inquirió Tommy de improviso—. ¿Acaso ellos...?

—Se odian —le interrumpió Fritz.

—¿De veras?

—Un odio profundo y terrible. Dos hombres que han colaborado estrechamente durante meses. Pero el uno por el otro no siente sino desprecio, desprecio y odio. Cada cual se alegraría de que una bomba aliada cayera sobre su adversario.

—¿Por qué?

El hurón se encogió de hombros, suspirando, pero la voz le temblaba casi como la de una anciana.

—Visser es un nazi. Quiere que este campo de prisioneros esté bajo su mando. Es hijo de un policía y de una maestra de provincias. El número de afiliado al partido de su padre es inferior a mil. Visser odia a todos los aliados, sobre todo a los americanos porque en cierta ocasión vivió entre ustedes y a los pilotos de caza británicos porque uno de ellos le arrebató el brazo. Odia que el *Oberst* Von Reiter trate a todos los prisioneros con respeto. El comandante Von Reiter proviene de una familia antigua e importante, que había servido en la Wehrmacht y la Luftwaffe durante muchas generaciones. Ambos hombres se detestan a muerte. Yo no debería contarle estas cosas, teniente Hart.

Tommy asintió. Las palabras de Fritz no le habían sorprendido. Se rascó la mejilla, percatándose de que estaba sin afeitar. Disparó otra pregunta que pilló al hurón por sorpresa.

—¿Qué consiguió usted a cambio del cuchillo, Fritz?

Fritz Número Uno se estremeció, como si de pronto fuera presa de la fiebre. Unas gotas de lluvia (o de sudor) perlaron su frente.

—No conseguí nada —respondió con voz temblorosa y negando con vehemencia.

—¡Eso es absurdo! —protestó Tommy—. ¿Pretende decirme que se trataba de un gran negocio, el más importante que iba a hacer Trader Vic, que tenía a un cliente dispuesto a pagar lo que fuera, y usted no consiguió nada a cambio? ¡Pamplinas! Creo que iré a hablar con Visser. Seguro que tiene varios métodos, a cual más desagradable, para sonsacar información.

—¡Por favor, teniente Hart! —exclamó Fritz Número Uno asiendo a Tommy del

brazo—. ¡Se lo suplico! ¡No debe hablar de esto con el *Hauptmann*! ¡Temo que ni siquiera el *Oberst* Von Reiter podría protegerme!

—Entonces dígame qué consiguió a cambio. ¿Cuál era el trato?

Fritz Número Uno alzó la cabeza, fijando los ojos en el cielo, como si le hubiera atacado un repentino dolor. Luego bajó la vista y susurró:

—¡El pago iba a hacerse la noche en que asesinaron al capitán Bedford! —El hurón hablaba en voz tan baja que Tommy tuvo que inclinarse hacia adelante para oírle—. Iba a reunirse conmigo aquella noche. Pero no se presentó en el lugar donde habíamos quedado citados.

Tommy inspiró lentamente. Ése era el motivo por el que el hurón se hallara en el recinto después de que hubieran apagado las luces.

—¿Cuál era el pago? —insistió Tommy.

Fritz Número Uno se irguió de golpe, apoyándose contra el muro del barracón como si Tommy le apuntara con un arma en el pecho, y sacudió la cabeza. Respiraba trabajosamente, como si hubiera recorrido una gran distancia a la carrera.

—¡No me haga esta pregunta, teniente Hart! No puedo decirle más. Por favor, se lo suplico, mi vida depende de ello, otras vidas aparte de la mía, pero no puedo decirle más sobre este asunto.

Tommy vio lágrimas en sus ojos. Su rostro había adquirido un tono ceniciento, tan grisáceo como el cielo. Presentaba el aspecto de un hombre trastornado, con la angustia de quien ve la muerte acechándole. Tommy retrocedió un paso, como impresionado por aquella expresión.

—De acuerdo —dijo—. Ya basta. Por ahora mantendré la boca cerrada. No prometo hacerlo más adelante, sin embargo.

El alemán volvió a estremecerse, pero esbozó una sonrisa de gratitud y alivio.

—¡Jamás olvidaré esto, teniente Hart! —dijo estrechando la mano de Tommy con fuerza.

Tras estas palabras el hurón se alejó deprisa envuelto en la húmeda atmósfera matutina. Tommy le vio volver la cabeza a un lado y a otro, para cerciorarse de que nadie los había estado espionando. Por un lado, Tommy sabía que había adquirido bastante información para extorsionar a Fritz Número Uno y así tenerlo en sus manos. Sin embargo, también se formulaba nuevas preguntas, sobre todo cuál era el pago por el arma que alguien utilizó para matar a Vic. Tommy observó a Fritz atravesar con rapidez el campo de ejercicios, preguntándose quién más podía tener la respuesta. Miró su reloj de pulsera. Se sintió solo. Durante unos segundos, dudó sobre qué hora sería en

Vermont, su hogar, esforzándose en calcular si más temprano o más tarde. Pero en seguida desechó ese triste pensamiento al percatarse de que si no se apresuraba llegaría tarde a la sesión de aquella mañana.

La multitud de *kriegies* se amontonaba en el rudimentario teatro, sentados incluso en los pasillos, cuando Tommy apareció poco antes de que se iniciara la sesión. Tal como se temía, todos ocupaban ya sus correspondientes lugares: el tribunal situado detrás de la mesa de la defensa y los miembros de la acusación sentados y aguardando su llegada, Lincoln Scott y Hugh Renaday, éste con aspecto muy preocupado, se habían instalado en sus respectivas sillas. A un lado, el *Hauptmann* Visser fumaba uno de sus cigarrillos pardos, mientras que el estenógrafo, junto a él, jugueteaba nervioso con el lápiz. Tommy avanzó por el pasillo central, sorteando los pies y las piernas de los hombres sentados en el suelo, tropezando de pronto con unas botas de aviador, pensando en su fuero interno que su entrada en solitario resultaba menos dramática que cuando había entrado acompañado por los otros dos en formación.

—Nos ha tenido a todos esperándole, teniente —comentó el coronel MacNamara con frialdad cuando Tommy se dirigió hacia el centro de la sala—. «Las ocho en punto» significa justamente eso. En el futuro, teniente Hart...

Tommy interrumpió al oficial superior americano.

—Pido disculpas, señor. Tuve que realizar una gestión importante para la defensa.

—No lo dudo, teniente, pero...

Tommy interrumpió de nuevo a MacNamara. Supuso que eso enfurecería al comandante, pero no le importaba.

—Mi primer y principal deber es para con el teniente Scott, señor. Si mi ausencia ha retrasado el inicio de la sesión, esto vuelve a poner de manifiesto y de forma palpable la lamentable premura con que se ha organizado este juicio. Basándome en una información que he recabado hace poco, deseo renovar mi protesta a que el juicio continúe y solicito más tiempo para investigar.

—¿De qué información se trata? —preguntó MacNamara.

Tommy se acercó a la mesa de la acusación y tomó el cuchillo confeccionado por Scott. Después de examinarlo unos momentos volvió a depositarlo en la mesa, mirando a MacNamara.

—Tiene que ver con el arma del crimen, coronel.

Tommy observó por el rabillo del ojo que Visser se ponía rígido. El alemán arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón.

—¿Qué es esta información relacionada con el arma del crimen, teniente?

—No puedo responder a esa pregunta, coronel, sin investigar el asunto más a fondo.

El capitán Townsend se levantó.

—Señoría —dijo muy seguro de sí mismo—, creo que la defensa pretende demorar el juicio sin motivo alguno. Creo que en ausencia de alguna prueba que corrobore la necesidad por su parte de aplazarlo, debemos proseguir.

MacNamara alzó la mano.

—Lleve usted razón, capitán. Siéntese, teniente Hart. Llame a su próximo testigo, capitán Townsend. Y a usted, teniente Hart, le ruego puntualidad para otra vez.

Tommy se encogió de hombros y se sentó. Lincoln Scott y Hugh Renaday se inclinaron hacia él.

—¿A qué se refería? —inquirió Scott—. ¿Ha descubierto algo que pueda ayudarnos?

—Es posible —respondió Tommy en voz baja—. He averiguado algo. Pero no estoy seguro de que nos sirva de ayuda.

Scott se inclinó hacia atrás.

—Genial —murmuró entre dientes. Tomó el cabo de lápiz y comenzó a tamborilear con él sobre la tosca superficie de la mesa. Clavó los ojos en el primer testigo de la mañana, otro oficial del barracón 101, a quien MacNamara tomó juramento.

Tommy miró sus notas. El testigo era uno de los hombres que había visto a Scott en el pasillo central del barracón la noche de autos. Sabía que su declaración iba a ser muy perjudicial para Scott. Se trataba de un oficial que no mantenía una relación especial ni con éste ni con Trader Vic, que explicaría al tribunal que había visto al aviador negro fuera del dormitorio del barracón, moviéndose a través de la oscuridad con ayuda de una vela. Lo que el testigo describiría serían unos actos que cualquiera podría haber realizado. Considerados de forma aislada, no tenían nada de malo. Pero referidos a la noche del asesinato, resultaban muy graves.

Tommy no sabía cómo atacar al testigo. En su mayor parte, diría la verdad. Sabía que dentro de unos instantes, la acusación aplicaría una importante pincelada sobre su caso, afirmando que la noche en que Trader Vic había muerto asesinado, Lincoln Scott había salido del barracón, en lugar de permanecer en su litera, cubierto con la manta delgada y gris suministrada por los alemanes, soñando con su hogar, con comida y con la libertad, como prácticamente todos los prisioneros del recinto sur.

Tommy se mordió el labio inferior mientras el capitán Townsend comenzaba a interrogar con mucha calma al testigo. En aquel segundo, pensó que el juicio era como hallarse de pie sobre la arena de la playa donde la espuma del mar se extiende sobre la orilla, en el punto donde la fuerza casi agotada de la ola es aún capaz de remover la arena, confiriendo inestabilidad al suelo que pisamos. El caso de la acusación era como

la resaca, que arrastra lentamente todo lo sólido, y en aquel preciso momento Tommy comprendió que no tenía ni remota idea de cómo devolver a Lincoln Scott a terreno firme.

Poco después de mediodía, Townsend pidió al comandante Clark que subiera al estrado. Era el último nombre en la lista de testigos de la acusación, y su declaración, sospechaba Tommy, sería la más espectacular. Pese al proverbial malhumor de Clark, Tommy sospechaba que poseía una compostura que quedaría patente en el estrado. La misma compostura que había permitido al comandante pilotar su maltrecho B-17, envuelto en llamas y con un solo motor funcionando, hasta aterrizar en el sembrado de un agricultor de Alsacia, salvando la vida de la mayoría de su tripulación.

Cuando el virginiano pronunció su nombre, el comandante Clark se levantó apresuradamente de la mesa de la acusación. Con la espalda tiesa como un palo, atravesó la sala con rapidez, tomó la Biblia que le ofrecieron y juró sobre ella decir la verdad. Acto seguido, se sentó en el lugar de los testigos, aguardando con impaciencia la primera pregunta de Townsend.

Tommy lo observó con detención. Algunos hombres, pensó, exhiben su cautiverio con un sentido de decoro rígido y militar; al cabo de dieciocho meses en el Stalag Luft 13, el uniforme de Clark estaba gastado, remendado y roto en varios lugares, pero se adaptaba a su figura de peso gallo como si fuera nuevo y estuviera recién planchado. Era un hombre menudo, de expresión dura, talante estricto y actitud solemne. Tommy estaba convencido de que había limitado su trayectoria personal a dos imperativos, el deber y el valor. Uno lo había adquirido y el otro lo cumplía con total dedicación.

—Comandante Clark —dijo el capitán Townsend—, explique al tribunal cómo llegó a este campo de prisioneros de guerra.

El comandante se inclinó hacia delante, dispuesto a comenzar su relato, como habían hecho todos los testigos *kriegies*, cuando Tommy se levantó de pronto.

—¡Protesto! —dijo.

El coronel MacNamara lo miró.

—¿Por qué? —inquirió con tono cínico.

—El comandante Clark forma parte de la acusación. En mi opinión este hecho le excluye de declarar sobre el caso, coronel.

MacNamara negó con la cabeza.

—Quizás en Estados Unidos. Pero aquí, debido a las circunstancias y singularidad de nuestra situación, permitiré a ambas partes cierto margen con respecto a los testigos que llamen a declarar. El papel del comandante Clark en el caso se asemeja más al de un

oficial investigador. Protesta denegada.

—En ese caso tengo una segunda protesta, coronel.

MacNamara comenzó a exasperarse.

—¿A qué se refiere, teniente?

—Me opongo a que el comandante Clark describa la historia de su llegada aquí. El valor del comandante Clark en el campo de batalla no viene al caso, sólo servirá para crear un gran sentido de credibilidad con respecto al comandante. Pero, como sin duda sabe el coronel, los hombres valerosos son tan capaces de mentir como los cobardes, señor.

MacNamara lo miró irritado. El rostro del comandante Clark era duro e impasible. Tommy sabía que el comandante se había tomado sus palabras como una ofensa, que era precisamente lo que pretendía.

El coronel respiró hondo antes de responder.

—No se extralimite, teniente. Protesta denegada. Haga el favor de proseguir, capitán.

Walker Townsend esbozó una sonrisa.

—Creo que el tribunal debería censurar al teniente, señor, por poner en tela de juicio la integridad de un oficial colega...

—Limítese a proseguir, capitán —rezongó MacNamara.

Townsend asintió con la cabeza y se volvió hacia el comandante Clark.

—Cuéntenos cómo llegó aquí, comandante.

Tommy se repantigó en la silla, prestando atención, mientras el comandante Clark describía el ataque aéreo debido al cual tuvo que realizar un aterrizaje forzoso. Clark no se expresó ni con jactancia ni con modestia, sino de forma concisa, disciplinada y precisa. En cierto momento se negó a describir la capacidad del B-17 de maniobrar con un solo motor, porque, según dijo, era una información técnica y el enemigo podía utilizarla. Al decir esto señaló a Heinrich Visser. Además, dijo algo que a Tommy no sólo le pareció interesante, sino de gran importancia. Según explicó el comandante, antes de que lo llevaran al interior del campo de prisioneros fue interrogado por Visser, que le había hecho unas preguntas que Clark se había negado a responder acerca de la capacidad del avión y las estrategias del cuerpo de aviación. Eran preguntas de rutina, que todos los aviadores sabían cómo responder diciendo simplemente su nombre, rango y número de identificación. También sabían que los hombres que les interrogaban eran policías de seguridad, muy a menudo camuflados. Pero lo que llamó poderosamente la atención a Tommy fue el hecho de que Clark, y por consiguiente los demás oficiales de alta graduación del recinto americano, estuvieran informados de que Visser pertenecía

también a la Gestapo.

Tommy miró a hurtadillas al alemán manco. Escuchaba con atención al comandante Clark.

—De modo, comandante —tronó de golpe Walker Townsend—, que llegó un momento en que, como parte de sus deberes oficiales, le fue encomendado que investigara el asesinato del capitán Vincent Bedford, ¿no es así?

Tommy miró al testigo. Ahora es cuando lo suelta, dijo para sus adentros.

—Así es.

—Cuéntenos cómo ocurrió.

Durante unos momentos el comandante Clark se volvió hacia la mesa de la defensa, mirando a Tommy y a Lincoln Scott con frialdad y acritud. Luego, comenzó a desgranar lentamente su relato, levantando la voz para que no sólo le oyera el capitán Townsend, sino todos los *kriegies* que estaban presentes en la sala y amontonados junto a las ventanas y las puertas del teatro. Clark dijo que se había despertado poco antes del alba al oír los silbatos de alarma de los hurones (no identificó a Fritz Número Uno como el hurón que había hallado el cadáver), y que había penetrado con cautela en el *Abort* y había visto el cuerpo de Vincent Bedford. Contó al tribunal que desde el primer momento el único sospechoso había sido Lincoln Scott, debido a la inquina y las peleas entre ambos hombres. También dijo haber observado las manchas de sangre en las punteras de las botas de Scott y en la manga y el hombro derechos de su cazadora cuando el aviador negro había sido interrogado en el despacho del comandante Von Reiter. Los otros elementos del caso, según Clark, encajaron con facilidad. Los compañeros de cuarto de Trader Vic habían afirmado que Scott era autor del arma del crimen y habían informado a Clark acerca del escondite debajo de las tablas del suelo.

Clark tejió cada elemento de la acusación hasta formar un tapiz. Habló de forma pausada, sistemática, persuasiva, con determinación, confiriendo un contexto a los otros testigos. Tommy no protestó por las palabras del comandante, ni por el grave cuadro que esbozaba. Sabía una cosa: no obstante su dureza y rigidez militar, el comandante era un luchador, al igual que Lincoln Scott. Si Tommy le rebatía cada argumento, oponiendo una serie de objeciones, Clark respondería como un atleta; cada batallita sólo serviría para darle renovadas fuerzas y hacer que persiguiera con más ahínco su objetivo.

Pero el turno de repreguntas era otra cosa.

Cuando el comandante Clark concluyó su declaración, Tommy le estaba esperando, como una víbora acechando a su presa entre la hierba. Sabía lo que debía hacer: encontrar un solo punto débil de la sistemática y convincente historia que había relatado el comandante. Atacar un punto crítico y demostrar que era mentira, tras lo cual todo lo

demás se vendría abajo como un castillo de naipes. En todo caso, eso confiaba Tommy, y sabía por dónde atacar. Lo había sabido desde el primer momento en que había examinado las pruebas.

Miró de reojo a Scott. El aviador negro jugueteaba de nuevo con el cabo de lápiz. Tommy le vio escribir con él dos palabras en una de las preciosas hojas de papel: «¿por qué?».

Era una buena pregunta, pensó Tommy. Una pregunta que aún se le resistía.

—Una última pregunta, comandante Clark —dijo Walker Townsend—. ¿Siente usted una antipatía personal hacia el teniente Scott, o hacia las personas de raza negra en general?

—¡Protesto! —exclamó Hart.

El coronel MacNamara lo miró al tiempo que asentía con la cabeza.

—El teniente lleva razón, capitán —amonestó a Townsend—. La pregunta es interesada e irrelevante.

El capitán Townsend sonrió.

—Quizá sea interesada, coronel —respondió—, pero no irrelevante.

Al decir esto el fiscal se volvió hacia el público, dirigiendo esa última frase a los *kriegies* que abarrotaban la sala. No era necesario que el comandante Clark respondiera a la pregunta. Por el mero hecho de formularla, Townsend ya la había respondido.

—¿Desea usted hacer más preguntas, capitán? —inquirió MacNamara.

—No, señor —respondió Townsend con brío, como si efectuara un saludo militar—. Puede interrogar usted al testigo, teniente.

Tommy se levantó despacio y rodeó la mesa de la defensa sin apresurarse. Miró al comandante Clark y vio que el testigo estaba inclinado hacia delante, aguardando impaciente su primera pregunta.

—¿Tiene usted experiencia en las investigaciones criminales, comandante?

Clark se detuvo antes de responder.

—No, teniente. Pero todo oficial veterano del ejército está acostumbrado a investigar disputas y conflictos entre los hombres a nuestro mando. Estamos habituados a determinar la verdad en estas situaciones. Un asesinato, aunque infrecuente, no es más que la extensión de una disputa. El proceso es el mismo.

—Una extensión notable.

El comandante Clark se encogió de hombros.

—¿De modo que no tiene experiencia? —continuó Tommy—. ¿No le han enseñado cómo se ha de examinar la escena de un crimen?

—No, teniente.

—¿Y no tiene experiencia en recoger e interpretar las pruebas?

El comandante Clark dudó antes de responder a regañadientes:

—No tengo experiencia en esta materia, teniente. Pero este caso no la requiere. Estaba claro desde un principio.

—Ésa es su opinión.

—Ésta es mi opinión, en efecto, teniente.

El comandante Clark se había sonrojado ligeramente y en lugar de apoyar los pies en el suelo, había alzado un poco los talones, casi como si se dispusiera a saltar. Tommy se detuvo unos instantes para observar el rostro y el cuerpo del comandante, pensando que éste se mostraba receloso pero confiado. Tommy se acercó a Scott y a Renaday y dijo en voz baja al canadiense:

—Dame esos bocetos.

Hugh sacó de debajo de la mesa los tres dibujos de la escena del crimen que había realizado el artista irlandés amigo de Phillip Pryce.

—Machaca a ese prepotente cabrón —murmuró al entregárselos a Tommy, lo bastante alto para que los *kriegies* que estaban cerca lo oyeran.

—Comandante Clark —dijo Tommy alzando la voz—. Voy a mostrarle tres dibujos. El primero muestra las heridas que tenía el capitán Bedford en el cuello y las manos. El segundo muestra la colocación de su cuerpo en el cubículo del *Abort*. El tercero es un diagrama del mismo *Abort*. Le ruego que los examine y me diga si cree que representan con justicia lo que usted mismo vio la mañana siguiente al asesinato.

—Quisiera ver esos dibujos —dijo Townsend poniéndose en pie.

Tommy entregó los tres bocetos al comandante Clark al tiempo que decía:

—Puede examinarlos junto con el testigo, capitán. Pero no recuerdo que estuviera usted presente en la escena del crimen en el *Abort*, por lo que no creo que pueda juzgar la exactitud de ellos.

Townsend hizo un gesto de desdén y se colocó detrás del comandante Clark. Ambos hombres examinaron cada dibujo con detenimiento. Tommy observó que el capitán Townsend se agachaba un poco para susurrar unas palabras al oído del comandante.

—¡Absténgase de hablar con el testigo! —exclamó. Sus palabras resonaron en la atmósfera silenciosa del rudimentario teatro. Tommy avanzó furioso, apuntando con el dedo hacia el rostro de Townsend—. Ya ha interrogado al testigo, ahora es mi turno de preguntar. ¡No trate de aconsejarle lo que debe responder!

Townsend entrecerró los párpados y miró con furia a Tommy Hart. El coronel

MacNamara se interpuso entre los dos, lo cual asombró a Tommy.

—El teniente lleva razón, capitán. Debemos mantener un procedimiento correcto en la medida de lo humanamente posible. Ya tendrá usted una segunda oportunidad de interrogar al testigo. Ahora retírese y deje que el teniente prosiga, aunque yo mismo quisiera ver esos dibujos, señor Hart.

Tommy asintió y le entregó los dibujos.

—Encajan con lo que yo recuerdo —dijo tras examinarlos durante unos momentos—. Responda a la pregunta, comandante Clark.

Clark se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo con usted, coronel. Me parecen bastante precisos.

—No se precipite —dijo Tommy—. No quisiera que cometiera un error evidente.

Clark observó de nuevo los dibujos.

—Están bien realizados —comentó—. Mi enhorabuena a su autor.

Tommy tomó los tres bocetos y los sostuvo en alto, para que el público pudiera contemplarlos.

—Eso no es necesario —protestó MacNamara, adelantándose a Walker Townsend.

Tommy sonrió.

—Por supuesto —respondió al coronel. Luego se volvió de nuevo hacia el comandante Clark—. Comandante, basándose en su examen pericial de la escena del crimen en el *Abort* ¿quiere hacer el favor de explicar al tribunal cómo cree que se cometió este asesinato?

Tommy dio media vuelta, apoyándose en la mesa de la defensa, apoyando un muslo sobre la misma, con los brazos cruzados, esperando que el comandante relatara su versión de los hechos, tratando de imponer un aire de incredulidad a su postura. En su fuero interno, estaba nervioso sobre su pregunta. Phillip Pryce le había inculcado hacía tiempo la máxima de que jamás debe formularse en un juicio una pregunta a menos que se conozca la respuesta, y él acababa de pedir al principal acusador de Scott que describiera el asesinato de Trader Vic. No dejaba de ser un riesgo. Pero Tommy contaba con la vanidad y la tozudez del comandante Clark, convencido de que el prepotente oficial caería en la trampa que le había tendido. Sospechaba que el comandante no había observado el peligro en los dibujos de la escena del crimen. Por otra parte, suponía que el comandante no sabía que Nicholas Fenelli, el empleado de la funeraria y médico en ciernes, aguardaba entre bastidores para rebatir todo lo que Clark iba a decir cuando Tommy lo llamara al estrado y le mostrara los mismos dibujos que le había enseñado en su modesto consultorio. En este conflicto, pensó Tommy, las enérgicas protestas de

inocencia de Scott cobrarían fuerza y la verdad acabaría imponiéndose.

—¿Quiere que describa el asesinato? —preguntó Clark tras una pausa.

—Exactamente. Díganos cómo ocurrió. Basándose en sus investigaciones, naturalmente.

Walker Townsend hizo ademán de levantarse, pero cambió de parecer. En su rostro se dibujaba una pequeña sonrisa.

—Muy bien —respondió el comandante Clark—. Yo creo que lo que ocurrió...

Tommy se apresuró a interrumpirle.

—Se trata de una creencia basada en su interpretación de los hechos, ¿no es así?

El comandante Clark dio un respingo.

—Sí. Exactamente. ¿Puedo continuar?

—Por supuesto.

—Bien, el capitán Bedford, como todo el mundo sabe, era un negociante. Yo afirmo que el teniente Scott lo vio levantarse de su litera la noche de autos. El capitán se exponía a ser castigado por salir después de que se apagaran las luces, pero era un hombre valiente y decidido, sobre todo si le aguardaba una succulenta recompensa. Al cabo de unos momentos, Scott le siguió a la luz de una vela, acechándole, con el cuchillo oculto debajo de su chaqueta, sin saber que otros les habían visto. Supongo que de haberlo sabido, quizás habría desistido de su empeño.

—Pero eso es una suposición —interrumpió Tommy—. No se basa en lo que las pruebas indican, ¿no es así?

—Desde luego. Tiene razón, teniente —dijo Clark—. En lo sucesivo trataré de abstenerme de formular suposiciones.

—Se lo agradezco. Bien —dijo Tommy—, el acusado le sigue fuera del barracón...

—Justamente, teniente. Scott siguió a Bedford hasta el *Abort*, donde ambos sostuvieron una pelea. Puesto que se hallaban dentro de ese edificio, el ruido que hicieron al pelearse no se oyó en los dormitorios de los barracones 101 y 102.

—Una ausencia de ruido muy oportuna —le cortó Tommy de nuevo. No podía remediarlo. El pomposo tono de sabihondo del comandante era demasiado irritante para pasarlo por alto. El comandante Clark lo miró con cara de pocos amigos.

—No sé si será oportuna o no lo será, teniente. Pero al interrogar a los hombres que ocupan los barracones contiguos ninguno había oído el ruido de la pelea. Era muy tarde y estaban dormidos.

—Sí —dijo Tommy—. Continúe, por favor.

—Utilizando el cuchillo que había fabricado, Scott apuñaló al capitán Bedford en el

cuello. Luego arrojó su cadáver en el sexto cubículo, donde más tarde fue descubierto. Después, sin darse cuenta de que tenía la ropa manchada de sangre, regresó al dormitorio del barracón. Fin de la historia, teniente. Como he dicho, está más claro que el agua. Estoy listo para la segunda pregunta —añadió sonriendo el comandante Clark.

Tommy se incorporó y dijo:

—Muéstremelo.

—¿Qué quiere que le muestre?

—Muéstrenos a todos cómo se produjo la pelea, comandante. Empuñe el cuchillo. Usted será Scott, yo Bedford.

El comandante Clark no se lo hizo repetir dos veces. El capitán Townsend le entregó el cuchillo.

—Sitúese allí —indicó el comandante a Tommy. Luego se colocó a unos pasos de distancia, sosteniendo el cuchillo con la mano derecha como si sostuviera una espada. A continuación lo alzó lentamente, fingiendo apuñalar a Tommy en el cuello—. Por supuesto —apuntó el comandante—, usted es bastante más alto que el capitán Bedford y yo no soy tan alto como el teniente Scott, de modo que...

—¿Quiere que invirtamos los papeles? —preguntó Tommy.

—De acuerdo —respondió el comandante Clark, pasando el cuchillo a Tommy.

—¿Así? —preguntó Tommy, remedando los gestos que acababa de hacer el comandante.

—Sí. Se ajusta bastante a la realidad —contestó el comandante. Mientras representaba el papel de la víctima sonrió.

—¿Le parece bien, señor fiscal? —inquirió Tommy dirigiéndose al capitán Townsend.

—Me parece bien —repuso el virginiano.

Tommy Hart indicó al comandante que ocupara de nuevo la silla del testigo.

—De acuerdo —dijo cuando el comandante Clark volvió a sentarse—. Después de rebanarle el cuello a Trader Vic, Scott lo metió en el cubículo, ¿no es así? Y luego abandonó el *Abort*, según ha declarado usted.

—Sí —respondió el comandante en voz alta—. Es exacto.

—Entonces explíqueme cómo logró mancharse la parte trasera izquierda de su cazadora.

—¿Cómo dice?

—¿Cómo es que se manchó la parte trasera izquierda de su cazadora? —Tommy se acercó a la mesa de la acusación, tomó la cazadora de cuero de Scott y la sostuvo en alto

para mostrarla al tribunal.

El comandante Clark dudó unos instantes, sonrojándose de nuevo.

—No entiendo la pregunta —dijo.

Tommy fue a por él.

—Es muy sencillo, comandante —repuso con frialdad—. La parte trasera de la cazadora del acusado está manchada de sangre. ¿Cómo ocurrió? En la declaración que usted ha hecho, describiendo el crimen, y ahora, al representar la escena ante el tribunal, no ha indicado en ningún momento que Scott se volviera de espaldas a Bedford. ¿Cómo se manchó entonces?

El comandante Clark se movió nervioso en la silla.

—Quizá tuviera que levantar el cadáver para colocarlo en el retrete. En ese caso habría utilizado el hombro, manchándose de esa forma la cazadora.

—Se nota que usted no es un experto en estos temas. Nunca le han enseñado nada sobre la escena del crimen, ni sobre manchas de sangre, ¿no es cierto?

—Ya he respondido a eso.

—Señoría —dijo Walker Townsend poniéndose en pie—, opino que la defensa...

El coronel MacNamara alzó la mano.

—Si tiene usted algún problema, puede plantearlo cuando vuelva a interrogar al testigo. De momento, permita que el teniente continúe.

—Gracias, coronel —dijo Tommy, sorprendido por la enérgica actitud de MacNamara—. De acuerdo, comandante Clark. Supongamos que el teniente Scott tuviera que levantar el cadáver, aunque no fue eso lo que usted dijo la primera vez. ¿El acusado es diestro o zurdo?

—No lo sé —respondió Clark después de unos instantes de vacilación.

—Bien, si optó por utilizar su hombro izquierdo para alzar el cadáver, ¿no cree que eso indicaría que es zurdo?

—Sí.

Tommy se volvió de repente hacia Lincoln Scott.

—¿Es usted zurdo, teniente? —le preguntó de sopetón, en voz bien alta.

Lincoln Scott, sonriendo levemente, reaccionó con presteza, antes de que Walker Townsend pudiera protestar. Se levantó en el acto y gritó:

—¡No señor, soy diestro! —y lo demostró crispando el puño derecho y exhibiéndolo ante todos.

Tommy se volvió una vez más hacia el comandante Clark.

—Así pues —dijo secamente—, es posible que el crimen no ocurriera tal como usted

dice, «precisamente» —agregó, repitiendo con tono sarcástico la palabra empleada por el comandante.

—Bien —repuso Clark—, quizá no precisamente...

Tommy lo interrumpió con un gesto.

—Es suficiente —dijo—. Me pregunto qué otra cosa no ocurrió «precisamente» como ha declarado usted. Es más, me pregunto si algo ocurrió «precisamente».

Tommy pronunció esas últimas palabras casi con voz estentórea. Luego se encogió de hombros y alzó los brazos en un gesto interrogativo, creando en la sala la sutil sensación de que sería injusto condenar a un hombre sin precisión.

—No haré más preguntas al testigo —dijo con un tono cargado de desprecio.

Tommy volvió a ocupar su asiento con un gesto no exento de teatralidad. Por el rabillo del ojo vio al *Hauptmann* Visser muy atento al turno de repreguntas. El alemán lucía la misma pequeña y ácida sonrisa que Tommy había visto en sus labios en otros momentos. De pronto, Visser murmuró algo al estenógrafo, que se apresuró a anotar las palabras del *Hauptmann*.

Lincoln Scott, sentado junto a Tommy, susurró: «Buen trabajo.» Hugh, sentado al otro lado, escribió en su hoja de papel un nombre, Fenelli, seguido por varios signos de exclamación. El policía canadiense también sabía lo que iba a ocurrir, y en sus labios se dibujaba una sonrisa de satisfacción.

A sus espaldas sonó un murmullo; provenía de los *kriegies*, que comentaban las incidencias de la sesión como si se tratase de un partido de béisbol. El coronel MacNamara dejó que los exaltados rumores continuaran unos momentos, después de lo cual dio tres golpes contundentes con su martillo rudimentario. Su rostro mostraba una expresión enérgica. No parecía furioso, pero sí disgustado, aunque era imposible adivinar si debido a la endeble declaración del testigo o a la actitud espectacular de Tommy.

—¿Desea interrogar de nuevo al testigo? —preguntó fríamente a Walker Townsend.

El capitán de Virginia se levantó poco a poco, moviéndose de un modo pausado, paciente, que puso nervioso a Tommy. Había supuesto que el capitán volaría de forma errática, tratando de mantener la altura y la estabilidad del aparato después de que fallara un motor.

Meneando la cabeza y esbozando una sonrisa irónica, el capitán Townsend avanzó hacia el centro de la sala.

—No, señor, no tenemos más preguntas para el comandante. Gracias, señor.

Tommy se extrañó. Al sentarse en su silla había estado seguro de que Townsend

tendría que rehabilitar el testimonio de Clark, y contaba con que cada tentativa que hiciera Clark para dar la impresión de que hablaba con conocimiento de causa sólo serviría para poner de relieve sus defectos como investigador criminal. Tommy experimentó un inopinado temor, semejante al que había sentido hacía meses a bordo del *Lovely Lydia*, durante el vuelo de regreso a la base cuando el bombardero había sido atacado por un caza cuya presencia no habían detectado y el Focke-Wulf había disparado contra ellos unas balas trazadoras. El viejo capitán del oeste de Tejas se las había visto y deseado para subir y ocultarse entre las nubes a fin de zafarse del insistente caza.

De pronto Townsend se volvió, echó una ojeada a la defensa y después a la multitud de aviadores que abarrotaban el teatro.

—¿Tiene usted otro testigo? —preguntó el coronel MacNamara.

—Sí, señoría —respondió el capitán Townsend con cautela—. Un último testigo, después de lo cual la acusación habría concluido su caso. —La voz de Townsend se alzó rápidamente, adquiriendo volumen y fuerza con cada palabra, de forma que cuando pronunció la siguiente frase, lo hizo casi gritando—. En estos momentos, señor, la acusación desea llamar al estrado al teniente Nicholas Fenelli.

—¡Qué carajo es esto! —soltó Hugh Renaday.

Lincoln Scott dejó caer el lápiz sobre la mesa y Tommy Heart sintió de pronto vértigo, como si se hubiera levantado bruscamente. Notó que palidecía.

—¡Teniente Nicholas Fenelli! —gritó el coronel MacNamara.

Se produjo un tumulto entre los aviadores presentes en la sala, mientras se apartaban para dejar paso al médico en ciernes. Tommy se volvió y vio a Fenelli avanzar con paso firme por el pasillo central del teatro, con los ojos fijos en la silla de los testigos. Evitaba escrupulosamente la mirada de Tommy.

—¡Esto es una sucia emboscada! —susurró Renaday.

Tommy observó a Fenelli acercarse al estrado. Se había esmerado en limpiar y planchar su uniforme, se había afeitado con una cuchilla nueva, había peinado su pelo ralo y negro y se había recortado su bigotito. Al llegar frente al tribunal, saludó y tomó la Biblia y juró sobre ella. Durante unos segundos Tommy se sintió hipnotizado por la aparición del médico, casi como si la escena que se desarrollaba frente a él lo hiciera a cámara lenta. Pero cuando Fenelli levantó la mano para prestar juramento, Tommy consiguió salir de su estupor y se levantó de un salto, descargando un puñetazo sobre la mesa ante él.

—¡Protesto! —exclamó tres veces consecutivas.

El hombre que prestaba juramento se detuvo, sin mirar a Tommy. Walker Townsend se acercó al tribunal y el coronel MacNamara se inclinó hacia delante.

—Exponga el motivo de su protesta, teniente —dijo MacNamara con frialdad.

Tommy respiró hondo.

—¡El nombre de esta persona no aparece en la lista de testigos de la acusación, señoría! Por tanto, no puede ser llamado a declarar sin que la defensa tenga oportunidad suficiente para hablar de su testimonio.

Walker Townsend se volvió a medias hacia Tommy al tiempo que le interrumpía.

—¡Teniente Hart, no se haga el ingenuo! Usted conoce muy bien la relación del señor Fenelli con este caso, ya que le ha entrevistado durante un buen rato. De hecho, tengo entendido que pensaba llamarlo a declarar en favor de la defensa.

—¿Es eso cierto, señor Hart? —preguntó el coronel MacNamara.

Tommy se sentía ofuscado, como si flotara a la deriva. No tenía remota idea del motivo por el que el fiscal había llamado a Fenelli a declarar, tanto más sabiendo lo que diría el médico sobre la naturaleza de las heridas sufridas por Trader Vic y el tipo de arma que se las había producido. Pero algo no encajaba.

—Es cierto que entrevisté al teniente Fenelli. Es cierto que pensé en llamarlo a declarar...

—En ese caso no entiendo por qué protesta, teniente —terció MacNamara secamente.

—¡Sigue sin figurar en la lista de la acusación, señoría! Este hecho lo excluye por sí solo como testigo.

—Ya hemos discutido eso con el comandante Clark, teniente. Debido a nuestras singulares circunstancias, el tribunal piensa que es importante conceder cierto margen de tolerancia a ambas partes, si bien conservando la integridad del proceso.

—¡Esto es injusto, señor!

—No lo creo, teniente. Haga el favor de sentarse, señor Fenelli. Capitán Townsend, prosiga, por favor.

Durante unos instantes Tommy se sintió mareado. Luego se dejó caer en su silla. No se atrevía a volver la cabeza para mirar a Lincoln Scott o a Hugh Renaday, aunque oyó al canadiense mascullar unas palabrotas. Scott permanecía impertérrito, con ambas manos apoyadas en la mesa, mostrando en el dorso unas venas rígidas que se traslucían bajo la piel.

La segunda mentira

El teniente Nicholas Fenelli ocupó la silla de los testigos, moviéndose en un par de ocasiones para sentarse con más comodidad, hasta que por fin se inclinó ligeramente hacia delante, con las manos apoyadas sobre los muslos, como para conservar la compostura. Se abstuvo de mirar a Tommy Hart, a Lincoln Scott y a Hugh Renaday, que echaban chispas. Fenelli mantuvo la vista fija en Townsend, quien se las ingenió para colocarse entre Fenelli y la defensa.

—Bien, teniente —empezó a decir Townsend despacio, con voz melosa pero insistente, como un maestro que trata de animar a un estudiante brillante pero tímido—, haga el favor de explicar a todos los presentes cómo llegó a adquirir cierta experiencia en examinar cadáveres muertos en circunstancias violentas.

Fenelli asintió con la cabeza y relató la historia que había contado a Tommy y a Hugh acerca de la funeraria de Cleveland. Habló sin el desparpajo y la arrogancia que había mostrado cuando le había entrevistado Tommy, expresándose de forma directa, modesta, pero con rigor y sin el tono irritado que había mostrado antes.

—Muy bien —dijo Townsend, asimilando con calma las palabras de Fenelli—. Ahora, explique al tribunal cómo fue que examinó usted los restos del difunto.

Fenelli volvió a hacer un gesto afirmativo.

—Se me encargó que preparara el cadáver del capitán Bedford para su entierro, señor, una tarea que ya había realizado en varias y lamentables ocasiones. Mientras cumplía con mi deber observé las heridas que presentaba.

Townsend volvió a asentir lentamente. Tommy permaneció sentado en silencio, observando que Townsend no preguntó nada sobre la orden que Clark había dado a Fenelli de abstenerse de examinar el cadáver. Pero hasta el momento, Fenelli no había dicho nada que pillara a Tommy de sorpresa. Situación que no tardaría en cambiar.

—¿Fue a verle el señor Hart para mostrarle unos dibujos de la escena del crimen e interrogarle sobre la forma en que había muerto el capitán Bedford?

—Sí señor —respondió Fenelli sin vacilar.

—¿Y le expresó usted sus opiniones sobre el asesinato?

—Sí señor.

—¿Y mantiene usted hoy las mismas opiniones que cuando se entrevistó con el señor Hart?

Fenelli se detuvo, tragó saliva y esbozó una tímida sonrisa.

—No exactamente —contestó con cierto titubeo.

Tommy se levantó de inmediato.

—¡Señoría! —exclamó mirando al coronel MacNamara—. ¡No entiendo lo que le ocurre al testigo, pero este repentino cambio de actitud me parece más que sospechoso!

El coronel MacNamara asintió con la cabeza.

—Es posible, teniente. Pero este hombre ha jurado decir la verdad a este tribunal y debemos escucharle antes de emitir un juicio.

—Pero señor, una vez descubierto el juego...

MacNamara sonrió.

—Ya sé a qué se refiere, teniente —le interrumpió sonriendo—. No obstante, vamos a escuchar al testigo. Continúe, capitán Townsend.

Tommy siguió de pie, con los puños crispados y apoyados en la mesa de la defensa.

—¡Siéntese, señor Hart! —le amonestó MacNamara—. ¡Podrá exponer sus argumentos a su debido tiempo!

Tommy obedeció a regañadientes.

Tras dudar unos instantes, el capitán Townsend prosiguió:

—Retrocedamos un poco, teniente Fenelli. Con posterioridad a la conversación con el señor Hart, ¿habló usted con el comandante Clark y conmigo?

—Sí señor.

—¿Tuvo usted oportunidad en el curso de esa conversación de examinar las pruebas del caso presentadas por la acusación? Me refiero al cuchillo fabricado por el teniente Scott y las prendas de ropa que se hallan hoy en esta sala.

—Sí señor.

—El señor Hart no le mostró esos objetos, ¿no es cierto?

—No señor. Sólo me mostró los dibujos que había encargado.

—¿Le parecieron rigurosos?

—Sí señor.

—¿Y aún hoy se lo parecen?

—Sí señor.

—¿Hay algo en ellos que contradiga lo que usted cree que le ocurrió al capitán

Bedford, basándose en su examen del cadáver?

—No señor.

—Relate a este tribunal su opinión acerca de este crimen.

—Bien, señor, mi primera impresión, cuando preparé el cadáver del capitán para ser enterrado, fue que el señor Bedford había muerto de una puñalada asestada por detrás, que es lo que le dije al señor Hart. También pensaba que el arma del crimen era un objeto largo y estrecho...

—¿Le dijo esto al señor Hart? ¿Que el arma del crimen era un objeto delgado?

—Sí señor. Le indiqué que el crimen había sido cometido por un hombre que empuñaba un arma semejante a un puñal o una navaja.

—¿Pero él no le mostró el cuchillo?

—No señor. No lo llevaba encima.

—O sea, que usted no ha visto nunca esta arma, ¿no es así?

—En todo caso, aquí no.

—Bien. De modo que no existe prueba alguna de este segundo cuchillo.

—Era un puñal, o una navaja, capitán.

—Bien. El arma del asesino. No la ha visto nunca. No existe ninguna prueba siquiera de que exista, ¿cierto?

—Que yo sepa, no.

—Bien —Townsend hizo una pausa, cobró aliento y continuó:

—De modo que este asesinato que en un principio creyó usted que había sido perpetrado con un cuchillo que al parecer no existe..., ¿sigue creyendo lo mismo?

—¡Protesto! —exclamó Tommy levantándose de un salto.

El coronel MacNamara meneó la cabeza.

—Capitán Townsend —dijo con sequedad—, procure formular sus preguntas de forma aceptable. Sin esos aditamentos innecesarios.

—Muy bien, señoría. Lo lamento —respondió Townsend. Luego miró al teniente Fenelli, pero en lugar de formularle de nuevo la pregunta hizo un breve ademán, conminándole a responder.

—No señor. No es exactamente lo que creo hoy. Cuando vi el cuchillo en poder de la acusación, el que usted y el comandante me mostraron ayer, deduje que las heridas infligidas al capitán Bedford posiblemente fueron causadas por esa arma...

Lincoln Scott murmuró: «Posiblemente causadas..., ¡genial!» Tommy no respondió, pues estaba pendiente de cada palabra que brotaba con fórceps de labios de Fenelli.

—¿Había otra razón que le indujo a pensar que las heridas sufridas por el capitán Bedford fueron causadas por este tipo de cuchillo? —preguntó Townsend.

—Sí señor. Era un tipo de heridas que yo había visto cuando trabajaba en la funeraria de Cleveland, señor. Puesto que estaba familiarizado con esa clase de armas y las heridas que producen, eso fue lo que en cierto modo deduje de manera automática. En cierto modo, me equivoqué.

La enrevesada gramática de Fenelli hizo sonreír a Townsend.

—Pero después...

—Sí señor. Después, al examinar el cadáver con más detenimiento, observé que la cara del capitán presentaba contusiones. Sospecho que lo que pudo suceder fue que alguien le asestó un contundente puñetazo, arrojándolo de lado contra la pared del *Abort*, dejando al descubierto la zona del cuello donde se encontró la herida principal. En ese estado semiconsciente y vulnerable, vuelto hacia un lado, el asesino utilizó el cuchillo para matarlo, lo que me había dado la impresión de una puñalada asestada por detrás. Pero debí de equivocarme. Es posible que ocurriera de ese modo. No soy un experto.

Walker Townsend asintió con la cabeza. Le resultaba imposible ocultar la expresión de satisfacción que traslucía su rostro.

—Es cierto. No es un experto.

—Eso he dicho —ratificó Fenelli.

El médico de Cleveland se movió un par de veces en su asiento, tras lo cual agregó:

—Creo que debí ir a ver al señor Hart y decirle que había cambiado de opinión, señor. Debía haber ido a verle después de hablar con usted. Pido disculpas por no haberlo hecho. Pero no tuve tiempo, porque...

—Por supuesto —le cortó bruscamente Townsend—. Tengo una sola pregunta más para usted, teniente —dijo el fiscal en voz alta—. Se han hecho muchas conjeturas sobre si el asesino era diestro o zurdo...

—Sí señor.

—¿Su examen del cadáver le indicó algo al respecto?

—Sí señor. Debido a las contusiones y a la herida causada por el cuchillo, y después de hablar con usted, deduje que quien hubiera asesinado al capitán Bedford probablemente era ambidextro, señor.

Townsend asintió.

—Ambidextro significa que esa persona es capaz de utilizar tanto la mano derecha como la izquierda, ¿no es así?

—Sí señor.

—¿Como un boxeador que posea una gran destreza?

—Supongo.

—¡Protesto! —gritó Tommy levantándose de nuevo.

El coronel MacNamara lo miró y alzó la mano para impedir que Tommy prosiguiera.

—Sí, sí, ya sé lo que va a decir, teniente Hart. Es una conclusión que el testigo no pudo haber alcanzado. Tiene razón. Lamentablemente, señor Hart, es una conclusión que a todo el tribunal le resulta evidente. —MacNamara hizo un ademán para indicar a Tommy que volviera a sentarse—. ¿Desea hacer más preguntas al teniente Fenelli, capitán?

Townsend sonrió, miró al comandante Clark y negó con la cabeza.

—No señor. No tenemos más preguntas. Puede usted interrogar al testigo, teniente.

Temblando de ira, ofuscado debido a las múltiples sensaciones de furia por haber sido traicionado, Tommy se puso de pie y durante varios segundos miró de hito en hito al testigo sentado frente a él. La ambivalencia de sus emociones, le confundían. Se mordió el labio inferior, deseando tan sólo despedazar a Fenelli. Quería ponerlo en ridículo y demostrar a todo el campo que era un embustero, un cobarde, un farsante y un traidor. Tommy rebuscó a través de la densa ira que saturaba su mente la primera pregunta que demostraría que Fenelli era el Judas que él creía. Respiraba trabajosa y entrecortadamente, y deseaba encontrar palabras devastadoras.

Abrió la boca para disparar su primera salva, pero se detuvo al observar por el rabillo del ojo la expresión pintada en el rostro de Walker Townsend. El capitán de Virginia estaba sentado con el torso levemente inclinado hacia delante, no tanto sonriendo de satisfacción sino aguardando con visible impaciencia. Y Tommy, en aquel breve instante, reparó en algo que le pareció importante: que lo que el capitán Townsend y el comandante Clark, sentado junto a él, aguardaban con impaciencia no era oír lo que Fenelli ya había declarado desde el estrado, sino lo que estaba a punto de decir, cuando Tommy le lanzara su primera y airada pregunta a través de la sala.

Tommy respiró hondo. Miró a Hugh Renaday y a Lincoln Scott y comprendió que ambos querían que atacara verbalmente al testigo deshonesto y le hiciera picadillo.

Tommy espiró lentamente.

Luego apartó la vista de Fenelli y la fijó en el coronel MacNamara.

—Coronel —dijo, esbozando una pequeña y falsa sonrisa—, es evidente que el cambio de opinión del teniente Fenelli ha pillado por sorpresa a la defensa. Solicitamos que aplase la sesión hasta mañana a fin de que podamos organizar nuestra estrategia.

El capitán Townsend se levantó.

—Señor, falta casi una hora para el *Appell* vespertino. Creo que deberíamos prolongar la sesión cuanto sea posible. El señor Hart tiene tiempo suficiente para formular preguntas al testigo y, en caso necesario, puede continuar haciéndolo mañana.

Tommy tosió. Cruzó los brazos y comprendió que acababa de evitar una trampa. El problema era que no sabía en qué consistía. Miró de reojo y observó que el comandante Clark tenía los puños crispados.

Curiosamente, MacNamara parecía un tanto ajeno a lo que ocurría, meneando la cabeza de un lado a otro.

—El teniente Hart lleva razón —dijo pausadamente—. Falta menos de una hora. No disponemos de tiempo suficiente y es preferible no interrumpir en este punto. Haremos una pausa y reanudaremos la sesión por la mañana. —El coronel se volvió hacia el *Hauptmann* Visser, que estaba sentado en un lado de la sala, y le amonestó con tono irritado—. Este tribunal trabajaría más eficazmente, *Herr Hauptmann*, de forma más rápida y ordenada, si no tuviéramos que interrumpir continuamente la sesión para asistir al recuento de prisioneros. ¿Quiere hacer el favor de comentárselo al comandante Von Reiter?

Visser asintió con la cabeza.

—Hablaré con él al respecto, coronel —se limitó a contestar.

—Muy bien —dijo MacNamara—. Teniente Fenelli, recuerde que, al igual que los otros testigos, sigue usted bajo juramento y no debe hablar sobre su testimonio ni ningún otro aspecto del caso con nadie. ¿Entendido?

—Por supuesto, señor —se apresuró a responder Fenelli.

—Se aplaza la sesión hasta mañana —dijo MacNamara levantándose.

Al igual que antes, Tommy, Scott y Hugh Renaday esperaron a que el teatro se vaciara. Permanecieron en silencio ante la mesa de la defensa hasta que el último eco de las botas de los aviadores se disipó de la cavernosa sala del tribunal. Lincoln Scott miraba al frente, con los ojos fijos en la silla vacía de los testigos.

Renaday apartó su silla y rompió el silencio.

—¡Maldito embustero! —exclamó furioso—. ¿Por qué no te lanzaste sobre él y le machacaste, Tommy?

—Porque eso era lo que ellos querían. En todo caso, era lo que esperaban. Lo que Fenelli dijo fue muy grave. Pero lo que iba a decir quizá fuera peor.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Renaday.

—No lo sé —repuso Tommy secamente—, lo supongo.

—¿Qué podía decir que fuera peor?

Tommy volvió a encogerse de hombros.

—Se mostraba evasivo sobre sus mentiras, utilizando con frecuencia las palabras «quizá», «debí» y «pude». Es posible que cuando le interrogara sobre la visita que le hicieron Townsend y Clark, no se mostrara tan evasivo. Puede que su próxima mentira nos hubiera hundido. Pero es otra suposición mía.

—Una suposición muy arriesgada, muchacho —dijo Hugh—. De esa forma das a ese cabrón embustero toda la noche para prepararse para el ataque.

—No estoy seguro de eso —repuso Tommy—. Creo que después de cenar haré una breve visita a Fenelli.

—Pero MacNamara dijo...

—¡Al cuerno con MacNamara! —replicó Tommy—. ¿Qué coño puede hacerme? Soy un prisionero de guerra.

Esta respuesta hizo que en el rostro de Lincoln Scott se dibujara una triste sonrisa. Asintió en silencio, como si prefiriera guardar para sí todos los pensamientos terroríficos que le asaltaban. Una cosa era evidente: puede que el coronel MacNamara no pudiera hacerle nada peor a Tommy, pero ése no era el caso de Lincoln Scott.

El cielo nocturno se había despejado, la enojosa y fría llovizna había remitido y todo indicaba que el tiempo mejoraría para el *Appell* vespertino. Tommy esperó con paciencia junto a Lincoln Scott mientras repetían por enésima vez el tedioso proceso del recuento. Durante unos instantes se preguntó cuántas veces los alemanes les habrían contado durante los años que llevaba en el Stalag Luft 13, y se juró que si conseguía regresar a su casa de Vermont, jamás permitiría que nadie le sometiera a esa clase de recuentos.

Miró a su alrededor, buscando a Fenelli, pero no lo encontró. Supuso que estaría agazapado en la última fila de una de las formaciones, lo más alejado posible de los hombres del barracón 101. En el fondo, le tenía sin cuidado. Esperaría hasta poco antes de que apagarán las luces para ir en su busca. Repasó lo que iba a decir al médico en ciernes, tratando de dar con la combinación idónea de ira y comprensión para conseguir que Fenelli le explicara por qué había modificado su historia. Clark y Townsend habían influido en él, de eso estaba seguro. Pero no sabía en qué medida, y eso era lo que quería averiguar. También se proponía averiguar lo que Fenelli declararía por la mañana.

Aparte de eso, Tommy reconoció que se hallaba en una situación apurada. No tenía pruebas que presentar. El único testigo de la defensa era el mismo Scott. Sacudió la cabeza. No era mucho que ofrecer. Suponía que Scott sería un pésimo testigo, y tenía grandes dudas sobre su propia capacidad para convencer a los demás —y menos aún al coronel MacNamara y los otros dos miembros del tribunal— con un apasionado discurso.

Tommy oyó la orden de romper filas emitida desde la cabeza de las formaciones y siguió en silencio a Scott y a Hugh a través del campo de revista hacia el barracón 101, sin prestar atención al barullo de voces a su alrededor.

—Tenemos que comer algo —dijo Hugh mientras avanzaban por el pasillo central del barracón—. Pero me temo que no hay gran cosa en la despensa.

—Coman ustedes —repuso Scott—. A mí me queda un paquete casi por estrenar. Tomen lo que quieran para prepararse la comida. Yo no tengo hambre.

Hugh iba a responder, pero se detuvo. Tanto él como Tommy sabían que eso era mentira, porque en el Stalag Luft 13 todos estaban siempre hambrientos.

Scott se adelantó y abrió la puerta del dormitorio. Se detuvo tras dar unos pocos pasos por su interior. Tommy y Hugh hicieron lo propio.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tommy.

—Hemos vuelto a tener visita —respondió Scott—. ¡Maldita sea!

Tommy pasó deslizándose junto a los poderosos hombros del aviador negro, que se hallaba en el umbral. Vio que Lincoln Scott observaba algo y supuso que se trataría de otro burdo mensaje. Pero lo que vio le dejó estupefacto.

Un cuchillo clavado en el tosco armazón de madera de la litera de Tommy, encima de la raída almohada colocada en la cabecera, cuya hoja reflejaba el potente resplandor de la bombilla que pendía del techo.

No era un cuchillo cualquiera, sino «el» cuchillo. La calavera grabada en la punta del mango parecía sonreírle.

Hugh entró también en la habitación.

—Ya iba siendo hora de que alguien hiciera lo que es debido —murmuró—. Ésa debe de ser el arma del crimen, Tommy, muchacho. ¡Y gracias a Dios, ahora está en nuestro poder!

Los tres hombres se acercaron con cautela al cuchillo.

—¿Creéis que han tocado algo? —preguntó Tommy.

—No lo parece —respondió Scott.

—¿Hay alguna nota?

—No. No veo ninguna.

—Debería haberla —dijo Tommy meneando la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Hugh—. Ese cuchillo habla por sí solo. Puede que nuestro benefactor anónimo sea ese piloto de caza, el tipo de Nueva York que te habló del asunto.

—Es posible —repuso Tommy, aunque no estaba muy convencido. Alargó la mano y

extrajo con cuidado el arma clavada en la madera. La hoja relucía en sus manos, casi como si tuviera vida propia, lo cual, en cierto modo, era verdad. Tommy la examinó con mucha detención. Le habían limpiado las manchas de sangre y cualquier otra prueba incriminatoria, de forma que parecía casi nueva. La sopesó; era ligera, pero sólida. Deslizó un dedo por la hoja de doble filo. Estaba afilada como una cuchilla de afeitar. La punta no había quedado roma, ni al clavarse en el cuello de Trader Vic ni en la madera de la litera de Tommy. El mango era negro, de ónice, pulido hasta arrancarle intensos destellos y tallado por un artesano. La calavera presentaba un color blanco perlado, casi translúcido. El puñal evocaba historias de ritos y terror. Era un objeto cruel, pensó Tommy, que combinaba una terrible mezcla de simbolismo y afán asesino. De golpe comprendió que era el objeto más valioso que había sostenido en sus manos desde hacía meses, pero en seguida se dijo que no era cierto, que cualquiera de sus libros de derecho era más importante y, a su modo, más peligroso. Sonrió al percatarse de que se estaba comportando como un joven universitario idealista.

—Es el primer golpe de suerte que tenemos —comentó Hugh—. Mañana el teniente Fenelli se llevará una sorpresa morrocotuda. —Tomó el puñal de manos de Tommy, sopesándolo, y añadió—: Un objeto mortífero, todo hay que decirlo.

Scott lo tomó para examinarlo en silencio.

—No me fio de él —dijo devolviéndoselo a Tommy.

—¿A qué se refiere? —preguntó Hugh—. Es el arma del crimen, de eso no cabe duda.

—Sí. Seguramente es cierto. ¿Y aparece aquí como por arte de magia? ¿En el momento más crítico?

—No lo sé. ¡Pero puede que alguien se haya dado cuenta por fin de lo injusta que es esta farsa! —exclamó Hugh—. Alguien que ha decidido nivelar un poco las cosas. ¿Para qué vamos a quejarnos nosotros?

—¿Nosotros? Quería decir «yo» —replicó Scott suavemente.

Hugh dio un respingo, pero asintió despacio con la cabeza.

—Nadie en este campo quiere ayudarnos —dijo Scott volviéndose hacia Tommy—. Ni una sola persona.

—Ya lo hemos discutido antes —repuso Tommy—. No lo sabemos con certeza.

—Claro —respondió Scott dirigiendo los ojos hacia arriba en gesto de resignación—. Allá usted si prefiere pensar eso. —Luego contempló de nuevo el puñal ceremonial—. Fíjese en ese cuchillo, Tommy. Representa el mal y ha servido a una causa malévola. Tiene la muerte grabada en él. Sé que quizá no sea usted muy religioso, que sin duda es un yanqui de Vermont testarudo y duro de pelar —dijo con una media sonrisa—, y

quiero pensar que soy mucho más moderno que mi viejo padre predicador, que cada domingo proclama desde el púlpito con voz alta y clara que todo cuanto no está directamente relacionado con las Sagradas Escrituras no posee valor alguno en esta Tierra, pero si examinan ese objeto de cerca comprenderán que no emana nada bueno de él y que no es de fiar.

—Es usted demasiado filosófico y poco pragmático —objetó Hugh.

—Quizá —respondió Scott—. Ya veremos quién tiene razón.

Tommy no dijo nada. Depositó el cuchillo sobre su litera después de palpar el mango por última vez. Incluso limpio, no era difícil imaginar que un experto que manipulara este arma no tendría mayores problemas en hundirla en el cuello de un hombre, al estilo comando, sajándole la laringe en su trayectoria hacia el cerebro. Se estremeció. Era un tipo de asesinato que le parecía en extremo cruel e inhumano, pero si se hubiera parado a reflexionar, habría comprendido que en una guerra apenas existe diferencia entre clavar un cuchillo en el cuello de un hombre o arrojar una bomba de doscientos veinticinco kilos a través de las olas para acabar con él. Pero Tommy estaba atrapado en su visión de los últimos segundos de Trader Vic, preguntándose si habría experimentado dolor o tan sólo asombro y confusión al sentir que el cuchillo se hundía en su cuello.

Tommy volvió a estremecerse. Pensó que Scott tenía razón. En aquel momento comprendió que cuando exhibiera el arma durante la sesión de mañana ante el *Hauptmann* Visser, eso probablemente le costaría la vida a Fritz Número Uno, y quizás exigiría un precio similar al comandante Von Reiter. Como mínimo, ambos hombres no tardarían en partir para el este, hacia el frente ruso, que venía a ser lo mismo. En cualquier caso, Tommy sabía que Fritz había dicho la verdad al respecto. Visser se daría cuenta de que el cuchillo sólo había podido entrar de una forma en el campo de prisioneros. De golpe a Tommy se le ocurrió la curiosa idea de que el cuchillo que reposaba sobre su delgada manta gris era capaz de matar a los dos alemanes sin siquiera rozarles la piel.

Tommy se preguntó si la persona que había clavado el cuchillo en su litera sabía eso. De pronto se sintió invadido por muchísimas sospechas. Durante unos instantes miró a Lincoln Scott, pensando que el aviador negro tenía sobrada razón. La repentina aparición del cuchillo a estas alturas del juicio quizá no resultara útil. Tommy experimentó la misma sensación que había tenido en la sala del tribunal, cuando se había abstenido de disparar preguntas como bombas contra Fenelli. Se preguntó si se trataba de una trampa. ¿Pero una trampa para quién?

—Maldita sea —dijo—. Creo que es hora de que vaya a charlar con Fenelli, ese sujeto en el que habíamos depositado todas nuestras esperanzas. Tengo ganas de

preguntarle, en privado, por qué ha cambiado su historia.

—Me pregunto qué diablos le habrán prometido —comentó Lincoln Scott—. ¿Con qué puedes sobornar a un hombre aquí?

Tommy no respondió, aunque le pareció una excelente pregunta. Tomó el cuchillo y lo envolvió en uno de los pares de calcetines de lana verde olivo que le quedaban relativamente intactos. Luego lo guardó en el bolsillo interior de su cazadora.

—¿Va a llevárselo? —preguntó Lincoln Scott—. ¿Por qué?

—Porque se me ocurre —repuso Tommy en voz baja— que ésta es la auténtica arma del crimen y quién nos garantiza que dentro de poco no se vayan a presentar aquí el comandante Clark y el capitán Townsend, como hicieron antes, para llevar a cabo uno de sus registros ilegales y afirmar mañana en el tribunal que hace días que tenemos este condenado objeto en nuestro poder y que, quizá, la única persona que ha tenido este cuchillo en su poder ha sido Lincoln Scott.

Ninguno había contemplado esta posibilidad. Lincoln Scott sonrió con tristeza.

—Se ha convertido en un tipo receloso, Tommy —dijo.

—Tengo motivos para ello —respondió Tommy. Observó a Scott dar media vuelta, con la espalda encorvada como si se sintiera agobiado por el peso de lo que le ocurría, y arrojarle sobre su litera, en la que permaneció inmóvil.

«Parece resignado», pensó Tommy. Por primera vez, creyó observar la derrota en las ojeras que mostraba el aviador negro, y un tono de fracaso en cada palabra que pronunciaba.

Trató de no pensar en esto al salir del barracón al atardecer, en busca de Fenelli, el embustero que, a su modo, podía resultar tan peligroso como el cuchillo que Tommy llevaba oculto contra a su pecho.

La luz se desvanecía rápidamente mientras Tommy se encaminaba a través del campo hacia el barracón de servicios médicos. Era esa hora imprecisa del día en que el cielo sólo recuerda la luz solar e insiste en la promesa de la noche. La mayoría de los *kriegies* ya se hallaba en sus barracones, muchos de ellos afanándose en preparar una magra cena. Cuanto más se esmeraba un cocinero *kriegie* a la hora de derrochar imaginación y combinar sus modestas vituallas para organizar la cena, tanto más evidente resultaba la escasez de comida. Al pasar frente a un barracón, Tommy percibió el omnipresente olor de carne en conserva frita. Le produjo el típico retortijón que experimenta un prisionero de guerra famélico. Ansiaba comer una loncha, cubierta con una pringosa salsa, sobre una rebanada fresca de *kriegsbrot*, pero a la vez se juró que si conseguía regresar algún día a casa, no volvería a probar la carne en conserva.

En la sucia ventana del barracón de servicios médicos, que distinguió al doblar la esquina del barracón 119, brillaba la luz de una sola bombilla. Durante unos segundos, Tommy contempló más allá de los edificios, a través de la alambrada, el modesto cementerio. Pensó que era una crueldad por parte de los alemanes permitir que los hombres que habían muerto fueran enterrados fuera de la alambrada. Era mofarse del anhelo de todo *kriegie* por alcanzar la libertad y regresar a su casa. Los únicos hombres que se habían marchado del campo de prisioneros estaban bajo tierra.

Tommy hizo un gesto de amargura, inspiró una bocanada de aire fresco para aplacar su ira, subió de dos en dos los escalones de madera que daban acceso al pequeño barracón de servicios médicos, abrió la puerta y entró.

Había un *kriegie* sentado detrás del mostrador de recepción, en el mismo lugar donde Tommy había visto por primera vez a Nicholas Fenelli. El hombre alzó la vista y lo miró.

—¿Qué ocurre, colega? —preguntó el *kriegie*—. Está a punto de oscurecer, deberías estar en tu barracón.

Tommy salió de entre las sombras junto a la puerta y avanzó hacia la luz. Observó los galones de capitán en la chaqueta del *kriegie* e hizo un perezoso saludo. No reconoció al oficial. Pero éste sí le reconoció.

—Tú eres Hart, ¿no es así?

—Sí. Vengo a ver a...

—Ya sé a quién vienes a ver. Pero yo estuve allí hoy y oí al coronel MacNamara ordenar expresamente...

—¿Tienes nombre, capitán? —le interrumpió Tommy.

El oficial vaciló unos instantes, se encogió de hombros y repuso:

—Claro. Carson, como el explorador —tendió la mano a Tommy y éste se la estrechó.

—Bien, capitán Carson, deja que lo intente de nuevo. ¿Dónde está Fenelli?

—Aquí no. Tiene orden de no hablar contigo ni con nadie. Y tú tienes órdenes de no tratar de hablar con él.

—¿Hace tiempo que estás preso, capitán? No te reconozco.

—Un par de meses. Llegué poco antes que Scott.

—De acuerdo, capitán, permíteme que te aclare algo. Puede que estemos aún en el ejército, que llevemos uniforme, que hagamos el saludo militar y nos dirijamos a todos por su rango, ¿pero sabes una cosa? No es lo mismo. Venga, ¿dónde se ha metido Fenelli?

Carson movió la cabeza en sentido negativo.

—Lo han trasladado a otro sitio. Me dijeron que si venías en busca de él no te dijera nada.

—Puedo ir de barracón en barracón...

—Y puede que recibas un tiro de uno de los gorilas apostados en las torres de vigilancia.

Tommy asintió con la cabeza. El capitán tenía razón. Si no sabía dónde dar con él, Tommy no podía ir de barracón en barracón en busca de Fenelli. No en el poco tiempo que faltaba para que apagaran las luces.

—¿Sabes dónde se encuentra?

El capitán meneó la cabeza.

—Esas personas que te ordenaron lo que debías decirme si venía en busca de Fenelli, ¿no serán el comandante Clark y el capitán Townsend?

El hombre dudó, lo cual dio a Tommy la respuesta. Luego el capitán Carson se encogió de hombros.

—Sí —dijo—. Fueron ellos. Ellos mismos ayudaron a Fenelli a trasladar sus cosas y me dijeron que tendría que ayudar a Fenelli aquí, después del juicio, cuando la situación se normalice. Ésas fueron sus palabras: «cuando la situación se normalice».

—¿Así que vas a ayudar a Fenelli? ¿Tienes experiencia con problemas médicos?

—Mi padre era médico rural. Dirigía una pequeña clínica en la que yo trabajaba en verano. Y estudié medicina en la Universidad de Wisconsin, de modo que estoy tan cualificado como el que más. Me pregunto por qué no habrá ningún médico titulado aquí. Encuentras todo tipo de profesiones...

—Puede que los médicos sean demasiado inteligentes para subirse en un B-17.

—O en un Thunderbolt, como yo —dijo Carson sonriendo—. Mira, Hart, no quiero mostrarme antipático. Si supiera algo de Fenelli, te lo diría. No creo que le informaran siquiera adónde lo trasladaban. Él sabía que tú te presentarías esta noche, y me pidió que te dijera que lamentaba lo de hoy... —Carson miró a su alrededor para cerciorarse de que ambos estaban solos—. Y dejó una nota. Debes comprender, Hart, que esos dos tíos no le quitan ojo. No me dio la impresión de que Fenelli se sintiera satisfecho de que lo trasladaran a otro barracón. Y no se sentía satisfecho del testimonio que había dado hoy ante el tribunal, pero no quería hablar de ello, y menos conmigo. Pero consiguió escribir una nota y me la pasó disimuladamente... —Mientras hablaba Carson sacó del bolsillo un pedazo de papel roto, doblado dos veces, que entregó a Tommy—. No la he leído —afirmó.

Tommy asintió con la cabeza, desplegó el papel y leyó:

Lo siento, Hart. Vic llevaba razón en una cosa: aquí todo funciona a base de tratos. Unos tratos beneficiosos para algunos, perjudiciales para otros. Espero que consigas regresar a casa indemne. Cuando esto haya terminado, si alguna vez vasa Cleveland, llámame para que pueda disculparme en persona.

La nota no estaba firmada. Estaba escrita con una letra torpe, apresurada, con un lápiz negro de trazos gruesos. Tommy la leyó tres veces, memorizándola palabra por palabra.

—Fenelli me ordenó que te dijera que después de leerla la quemaras —dijo Carson.

Tommy asintió.

—¿Qué te ha dicho Fenelli? Sobre este lugar. Me refiero a la clínica.

El capitán se encogió de hombros.

—Desde que yo estoy aquí, sólo le he oído quejarse. Está harto de no poder ayudar a nadie, porque los alemanes roban el material médico. Dijo que el día que se retirara de este trabajo y regresara a sus libros y sus estudios, sería el mejor de su vida. Eso es lo que tú haces, ¿no es cierto, Hart? Leer libros de derecho. Fenelli me aconsejó que hiciera lo mismo. Que consiguiera unos textos médicos y me pusiera a estudiar. Aquí disponemos de mucho tiempo libre, ¿no?

—Es de lo único que andamos sobrados —repuso Tommy.

El frío y la oscuridad de la noche se apoderaron del campo mientras Tommy se apresuraba bajo el firmamento casi negro ya. El oeste aparecía surcado por los últimos y turbios rayos de luz. Unos pocos rezagados se dirigían a sus barracones, y, al igual que Tommy, llevaban la gorra embutida hasta las cejas y el cuello de la cazadora levantado para protegerse de las ráfagas de aire helado que se arremolinaban en los callejones y entre los edificios. Todos caminaban deprisa, impacientes por entrar en los barracones antes de que la noche cayera por completo sobre el campo. El trayecto desde el barracón de servicios médicos condujo a Tommy hasta la zona principal de concentración, ahora desierta, barrida por el viento y reseca debido a las bajas temperaturas. A su izquierda, Tommy observó que el último fragmento de luna, una astilla plateada, apenas era visible sobre la línea de árboles más allá de la alambrada. Deseó detenerse unos momentos, esperar a que las estrellas comenzaran a pestañear y a brillar, inyectando una reconfortante sensación de compañía a su agitada imaginación.

Pero en lugar de detenerse, siguió avanzando, rápido y con la cabeza agachada, mientras los otros pocos rezagados pasaban apresuradamente junto a él. Al aproximarse a la entrada del barracón 101, Tommy se volvió para mirar la puerta principal. Lo que

vio le hizo vacilar.

Junto a la puerta había una bombilla, debajo de una pantalla de hojalata. Bajo el tenue cono de luz que arrojaba, Tommy distinguió la inconfundible silueta de Fritz Número Uno, encendiendo un cigarrillo. Dedujo que el hurón se disponía a retirarse.

Tommy se paró en seco.

El hecho de ver al hurón, incluso al término de la jornada, no era infrecuente. Los hurones siempre permanecían atentos a las últimas idas y venidas de los *kriegies*, temerosos de que se produjera una reunión clandestina bajo el manto de la oscuridad que ellos no detectarían. En esto llevaban razón. Por más que ellos no fueran capaces de localizarlas, las reuniones seguían llevándose a cabo.

Tommy miró unos instantes a su alrededor y comprobó que estaba solo, a excepción de un par de figuras que se apresuraban a lo lejos hacia unos barracones situados al otro lado del recinto.

De pronto dio media vuelta frente a la puerta del barracón 101 y se dirigió apresuradamente a través de la zona de concentración, emitiendo un sonido seco al pisar la tierra con sus botas. Cuando se hallaba a unos veinte metros de la puerta principal, Fritz Número Uno se percató de que alguien se dirigía hacia él y se volvió. En la densa oscuridad, Tommy era una figura anónima, una silueta oscura que avanzaba veloz, y observó una mezcla de alarma y curiosidad en el rostro del hurón, casi como si le asustara la súbita aparición de un *kriegie* por entre las primeras sombras de la noche.

—¡Fritz! —se apresuró a decir Tommy, no tratando de ocultar su voz—. Acérquese.

El alemán se apartó de la luz, echó una breve ojeada a su alrededor, y al comprobar que no había nadie rondando por ahí, echó a andar hacia Tommy.

—¡Señor Hart! ¿Qué pasa? Debería estar en su barracón.

Tommy metió la mano en el interior de su cazadora.

—Tengo un regalo para usted, Fritz —dijo sin más.

El hurón se acercó, receloso.

—¿Un regalo? No comprendo...

Tommy extrajo del bolsillo de la cazadora el puñal ceremonial, que llevaba envuelto en los calcetines.

—Los calcetines los necesito —dijo, sosteniéndolos en alto—. Pero usted necesita esto.

En éstas arrojó el cuchillo al suelo, a los pies del alemán. Fritz Número Uno contempló unos segundos el cuchillo, estupefacto. Luego se agachó y lo recogió.

—Puede darme las gracias en otra ocasión —dijo Tommy, volviéndose al tiempo que

Fritz Número Uno se incorporaba, sonriendo satisfecho—. Y puede estar seguro de que algún día le pediré algo a cambio. Algo importante.

Sin esperar a que el alemán respondiera, Tommy regresó a toda marcha a través del recinto, sin volverse una sola vez, hasta alcanzar la entrada del barracón 101, y sin vacilar hasta haber cerrado la puerta de un golpe a sus espaldas, confiando en haber hecho lo indicado, pero nada convencido de haberlo hecho.

Ninguno de los tres hombres que ocupaban el barracón 101 durmió bien esa noche. Todos sufrieron pesadillas que les hicieron despertarse más de una vez en plena noche, sudorosos, conscientes de su cautiverio. No se oía una respiración acompasada, ni ronquidos ligeros, ninguno de ellos consiguió descansar durante esa larga noche bávara. Ninguno de los tres dijo nada, sino que al despertarse cada uno permanecía acostado, sumido en sus pensamientos y terrores, incapaz de calmarse con las habituales visiones dulces, reconfortantes y familiares del hogar. Tommy pensó, mientras yacía despierto en su litera, que Scott era quien se llevaba la peor parte. Hugh, al igual que Tommy, sólo se enfrentaba al fracaso y a la frustración. La derrota para ellos era psicológica. Para Lincoln Scott era lo mismo, y un paso más, tal vez fatídico.

Tommy se estremeció y tiritó arrebuñado en su manta. Durante unos momentos, se preguntó si podría seguir practicando la abogacía si, la primera vez que pisaba un estrado, perdía el caso y su cliente, un hombre inocente, era conducido ante un pelotón de ejecución. Comprendió que ambos llevaban todas las de perder, pensó en los engaños y las mentiras de los que había sido víctima el aviador negro, en todos los aspectos injustos del caso, y llegó a la conclusión de que si permitía que esos sinvergüenzas ganaran y ejecutaran a Scott, él jamás podría comparecer de nuevo ante un tribunal como abogado.

Turbado por ese pensamiento, se revolvió en su litera, tratando de convencerse de que se comportaba de modo ingenuo e infantil y que un abogado más experimentado, como Phillip Pryce, hubiera sido capaz de aceptar la derrota con la misma ecuanimidad que la victoria. Pero a la vez comprendió, en los entresijos más profundos de su ser, que él no se parecía a su amigo y mentor, y que si perdía este juicio sería su primera y única derrota.

Sintió lo terrible que era estar atrapado de esa forma, preso detrás de una alambrada de espino, en una encrucijada. De golpe se percató de que su imaginación estaba poblada por los fantasmas de los tripulantes de su bombardero. Los hombres del *Lovely Lydia* se hallaban presentes en la habitación, silenciosos, casi con aire de reproche. Tommy comprendió que durante aquel vuelo él había tenido una sola misión: conducirlos de regreso a casa sanos y salvos. Y no la había cumplido.

Curiosamente, pensó que las probabilidades de éxito eran las mismas para el *Lovely Lydia*, cuando giró y comenzó a bombardear todos los cañones del convoy, que para Lincoln Scott, apresado por los enemigos de su país, pero éste se enfrentaba a unos hombres que todo hacía suponer que eran sus amigos.

Se tumbó de espaldas, con los ojos abiertos y fijos en el techo, casi como si pudiera contemplar el cielo y las estrellas a través de las tablas y el tejado de hojalata.

Se preguntó quién sabía la verdad sobre el asesinato de Trader Vic. Volvió a respirar hondo y siguió repasando en su mente todos los aspectos del caso, una y otra vez, desde todos los ángulos imaginables. Pensó en lo que Lincoln Scott había dicho hacía un rato y reiteradas veces: nadie en el campo de prisioneros estaba dispuesto a ayudarles.

De pronto reprimió una exclamación de asombro. Se le había ocurrido una idea. Era tan evidente, que le chocó no haber pensado en ello antes. Por primera vez en esa noche, esbozó una pequeña sonrisa.

Los hombres del barracón 101 se despertaron al oír el áspero ruido de silbatos y gritos de «*Raus! Raus!*», subrayados por los golpes en las puertas de madera. Se levantaron de un salto de sus literas, como habían hecho tantas mañanas, se vistieron precipitadamente y atravesaron a la carrera el pasillo central del barracón, para presentarse al *Appell* matutino. Pero al salir contemplaron el insólito espectáculo de un escuadrón de soldados alemanes vestidos de gris en formación frente al barracón, unos veinte hombres, armados con fusiles. Al pie de los escalones había un fornido *Feldwebel*, con expresión agria, dirigiendo el tránsito como un hosco policía.

—¡Ustedes, los hombres del barracón 101, formen aquí! *Raus!* ¡Apresúrense! ¡Nadie debe acudir al *Appell*!

El *Feldwebel* hizo un gesto a un par de *Hundführers*, quienes tiraron bruscamente de las cadenas de sus feroces mastines, haciendo que los animales saltaran excitados, gruñendo y ladrando.

—¿A qué viene esto? —preguntó Scott en voz baja mientras se colocaba junto a Tommy entre la formación de hombres del barracón 101.

—Deduzco que van a registrar el barracón —respondió Hugh—. ¿Qué diantres creen que van a encontrar? ¡El caso es hacernos perder el tiempo! —Hugh dijo esto último en voz alta, para que lo oyera el sargento alemán que se afanaba en agrupar a los *kriegies* en ordenadas filas—. ¡Eh, Adolf! ¡Ve a echar un vistazo al retrete! ¡A lo mejor pillas a un tío dirigiéndose a nado hacia la libertad!

Los otros hombres del barracón 101 prorrumpieron en carcajadas y un par de aviadores aplaudieron el sentido del humor del canadiense.

—¡Silencio! —gritó el *Feldwebel*—. ¡Absténganse de hablar! ¡Atención!

Tommy se volvió como pudo y vio al *Hauptmann* Visser, acompañado por un demudado Fritz Número Uno, aparecer por detrás de la formación de soldados alemanes.

El *Feldwebel* habló en alemán y uno de los *kriegies* tradujo en voz baja sus palabras a los hombres colocados en filas.

—Los prisioneros del barracón 101 están presentes y han sido contados, *Hauptmann*.

Fritz gritó una orden y la mitad del escuadrón de gorilas dio media vuelta y penetró en el barracón. Al cabo de unos momentos, Fritz y Visser le siguieron.

—¿Qué es lo que buscan? —susurró Scott.

—Túneles, tierra, radios, contrabando. Cualquier cosa fuera de lo corriente.

En el interior del barracón oyeron las recias pisadas de los soldados, golpes y crujidos, mientras los hombres recorrían una habitación tras otra.

—¿Alguna vez consiguen hallar lo que buscan?

—Por lo general no —respondió Hugh sonriendo—. Los alemanes no saben realizar un registro. No como un policía. Se limitan a destrozarlo todo, a dejarlo todo patas arriba, pero se quedan con las ganas de encontrar lo que buscaban. Siempre ocurre lo mismo.

—¿Por qué han elegido este barracón y esta mañana precisa?

—Buena pregunta —contestó Hugh.

Al cabo de unos minutos, mientras los *kriegies* seguían formados en sus filas relativamente ordenadas, vieron que los soldados alemanes comenzaban a abandonar el barracón. Los gorilas salían de uno en uno o en parejas, casi todos con las manos vacías, sonriendo tímidamente, encogiéndose de hombros y meneando la cabeza. Tommy observó que la mayoría del pelotón se componía de hombres ya mayores, muchos de ellos casi tan ancianos como Phillip Pryce. Los otros eran increíblemente jóvenes, apenas unos adolescentes, vestidos con uniformes que sentaban como un tiro a sus jóvenes cuerpos. Segundos más tarde se oyeron unas exclamaciones de júbilo en el interior del barracón. Al cabo de unos momentos salió un soldado, sonriendo, sosteniendo una tosca radio que había hallado oculta en un bote vacío de café. El alemán la sostuvo en alto, con una expresión de gozo pintada en su viejo y arrugado rostro. Detrás de él había otro gorila, bastante más joven que él, también sonriendo de satisfacción. Tommy oyó murmurar a un aviador situado varias filas detrás de él:

—¡Me cago en su madre! ¡Han pillado mi radio! ¡Hijos de puta! ¡Ese chisme me costó tres cartones de cigarrillos!

Los últimos en salir fueron Fritz Número Uno y Heinrich Visser. El oficial alemán

manco miró a Tommy con enfado. Alzó su única mano y señaló con el índice a Tommy, Hugh y Lincoln Scott. Visser no vio a Fritz Número Uno, situado unos pasos detrás de él, que movía ligeramente la cabeza de un lado a otro.

—¡Ustedes tres! —exclamó en voz alta—. ¡Un paso al frente!

En silencio, los tres hombres se apartaron de la formación.

—¡Regístrenlos inmediatamente! —ordenó el alemán.

Tommy levantó las manos sobre la cabeza y uno de los gorilas empezó a palparle de arriba abajo. Otros hicieron otro tanto con Lincoln Scott y Hugh Renaday, que se echó a reír cuando lo tocaron.

—¡Eh, *Hauptmann*! —dijo Hugh mirando a Visser a los ojos—. Dígale a sus gorilas que no se tomen tantas libertades. ¡Me hacen cosquillas!

Visser contempló al canadiense con severidad, sin decir palabra. Luego, al cabo de unos segundos, se volvió hacia el soldado que había registrado a Tommy.

—*Nein, Herr Hauptmann* —dijo el gorila, incorporándose y saludando.

Visser se acercó a Tommy mirándolo con fijeza.

—¿Dónde está su prueba, teniente?

Tommy no respondió.

—Tiene algo que me pertenece —dijo el oficial alemán—. Quiero que me lo devuelva.

—Se equivoca, *Hauptmann*.

—Un objeto que quizá se proponía utilizar mañana en el juicio.

—Insisto en que se equivoca, *Hauptmann*.

El alemán retrocedió, como si meditase lo que iba a decir. Abrió la boca con lentitud, pero le interrumpió un grito proferido desde detrás de la formación.

—¿Qué ocurre?

Cuando se volvieron vieron al comandante Von Reiter, flanqueado por el coronel MacNamara y el comandante Clark y seguido por su acostumbrado séquito de ayudantes, dirigiéndose a paso de marcha hacia ellos. Al pasar frente al escuadrón de soldados, éstos se pusieron firmes al instante.

Von Reiter se detuvo frente a la formación. Tenía el rostro sonrojado y movía nerviosamente la fusta que sostenía en la mano.

—¡No he ordenado que registraran este barracón! —dijo en voz alta—. ¿A qué viene esto?

Heinrich Visser dio un taconazo que resonó a través de la húmeda atmósfera matutina.

—Lo ordené yo, *Herr Oberst*. Hace poco me informaron de que aquí se ocultaba contrabando. Por consiguiente, ordené que efectuaran de inmediato un registro.

Von Reiter miró a Visser con cierta severidad.

—Ah —repuso el comandante con calma—. De modo que fue idea suya. ¿No cree que debió informarme?

—Creí conveniente actuar con rapidez, *Herr Oberst*. Por supuesto, pensaba informarle sobre los hechos.

—No me cabe duda. —Von Reiter dijo al otro entrecerrando los párpados—. ¿Y ha encontrado contrabando o algún otro indicio de actividades prohibidas?

—¡Sí, *Herr Oberst*! —repuso Visser con energía—. Una radio ilegal oculta en un bote de café vacío.

A una indicación de Visser, el gorila que sostenía la radio avanzó y se la entregó al comandante del campo.

Von Reiter esbozó una sonrisa sardónica.

—Muy bien, *Hauptmann*. —Y volviéndose a MacNamara y Clark, añadió—. ¡Saben ustedes que las radios están prohibidas!

MacNamara no respondió. Von Reiter se volvió de nuevo hacia Visser.

—¿Qué otros objetos han hallado en el curso del registro, *Hauptmann*? ¿Qué más han descubierto que justifique alterar las normas del campo?

—Esto es todo, *Herr Oberst*.

Von Reiter asintió con la cabeza.

—Los americanos siempre tienen prisa por obtener respuestas a sus preguntas, coronel. Los alemanes estamos más acostumbrados a aceptar lo que nos digan.

—Ése es su problema —replicó MacNamara con brusquedad—. ¿Podemos volver a nuestros quehaceres?

—Por supuesto —contestó Von Reiter—. Creo que el *Hauptmann* ya ha terminado.

Visser se encogió de hombros, sin ocultar la rabia que sentía. En esos momentos Tommy comprendió que buscaba el arma del crimen. Alguien le había dicho que estaba en el barracón y había indicado qué habitaciones debía registrar personalmente. A Tommy le pareció tan interesante como cómico, al comprobar que el alemán era incapaz de disimular su decepción y su ira por no haber descubierto lo que andaba buscando. Tommy echó una ojeada a Clark y MacNamara, preguntándose si a ellos también les habría sorprendido el resultado del registro, pero sus rostros no revelaban nada y no pudo adivinar lo que pensaban. Pero sabía que alguien en el campo se sentía extrañado de que Heinrich Visser no sostuviera en estos momentos el arma homicida en su mano.

derecha, y que el alemán aún no había comenzado a redactar el informe para sus superiores de la Gestapo que podía haberse traducido en el arresto del comandante y el hurón. Tommy tomó nota de que esos dos hombres se habían dirigido juntos hacia el campo de revista, conversando con aire confidencial.

De nuevo, el teniente Nicholas Fenelli se dirigió hacia la silla de los testigos a través de los pasillos y toscos bancos abarrotados de *kriegies*. A su paso, Tommy oyó unos murmullos que recorrieron el teatro de un extremo al otro, haciendo que el oficial superior americano sentado frente a la sala asestara sonoros golpes con el martillo. Fenelli no se había afeitado esa mañana. Su uniforme estaba arrugado y lo llevaba mal abrochado. Mostraba unas profundas ojeras fruto de no haber descansado y Tommy pensó que ofrecía el aspecto de un hombre que no está acostumbrado a mentir, pero se ve obligado a hacerlo.

MacNamara pronunció su habitual discurso, recordando a Fenelli que seguía bajo juramento. Luego indicó a Tommy que comenzara.

Se puso de pie. Vio al médico revolverse unos instantes en su silla, tras lo cual se enderezó preparado para encajar la salva de preguntas.

—Teniente —comenzó Tommy con voz pausada y serena—, ¿recuerda usted nuestra conversación poco después del arresto del señor Scott en relación con este caso?

—Sí señor.

—¿Y recuerda haberme dicho en esa ocasión que creía que el asesinato había sido cometido por un hombre situado detrás del capitán Bedford y utilizando un cuchillo estrecho y muy afilado, un tipo de cuchillo que suele encontrarse en este campo?

—Sí señor.

—Yo no le ofrecí nada a cambio de esa opinión, ¿no es así?

—En efecto. No lo hizo.

—Y no pude mostrarle ese cuchillo.

—No.

Tommy se volvió hacia la mesa de la defensa. Alargó las manos hacia sus libros de derecho y sus papeles, exagerando cada movimiento para hacer que resultara lo más teatral posible. Observó que Townsend y Clark estaban inclinados hacia delante, impacientes, y comprendió que era el momento que ambos esperaban. Sospechaba que también Visser y todos los miembros del tribunal, aguardaban intrigados su próximo movimiento. Tommy se volvió brusca y rápidamente, con las manos extendidas y vacías.

—¿Es que ahora ya no está seguro de esas opiniones?

Fenelli se detuvo, contempló las manos de Tommy, arrugó el ceño y asintió con la

cabeza.

—Sí. Supongo que es así.

Tommy dejó que el silencio se extendiera a través de la sala antes de proseguir.

—Usted no es un experto en asesinatos, ¿no es así, teniente?

—En efecto, no lo soy. Tal como les dije a ellos —añadió señalando a la acusación.

—En Estados Unidos, el asesinato habría sido investigado por un detective profesional especializado en homicidios, que en la tarea de recoger pruebas habría contado con la ayuda de un analista debidamente instruido en esos menesteres. La autopsia del cadáver de Trader Vic habría sido realizada por un experimentado patólogo forense, ¿no es así?

Fenelli mostró una expresión de incertidumbre. Era visible que no esperaba la estrategia de Tommy. Durante ese instante de vacilación, el capitán Townsend se levantó y rodeó lentamente la mesa de la acusación. El coronel MacNamara lo miró.

—¿Desea hacer alguna objeción, capitán? —preguntó.

—Es posible, señor —repuso Townsend lentamente, tratando en vano de ocultar su tono de vacilación—. Me pregunto adónde quiere ir a parar el teniente con este interrogatorio. Lo que en este caso pudo hacerse en Estados Unidos no tiene nada que ver con lo que se plantea hoy aquí. Esto es una guerra, y en estas circunstancias extraordinarias...

MacNamara asintió con la cabeza y miró a Tommy.

—Estas preguntas, señor Hart...

—Si se me permite un cierto margen de maniobra, señoría, dentro de unos breves momentos el tribunal comprenderá la intención de las mismas.

—Confío en que no tarde en ocurrir.

Tommy sonrió y se volvió hacia Fenelli.

—De modo que su respuesta es... —dijo.

Fenelli se encogió de hombros.

—Tiene usted razón, teniente Hart. En Estados Unidos las cosas hubieran sido distintas. El caso habría sido investigado por expertos.

—Gracias —se apresuró a decir Tommy, haciendo un breve gesto con la cabeza al empleado de la funeraria—. No haré más preguntas al testigo, señoría.

Fenelli esbozó una sonrisa de sorpresa. MacNamara miró a Tommy con perplejidad.

—¿No desea hacerle más preguntas? —inquirió.

—No. El testigo puede retirarse —dijo Tommy indicando a Fenelli.

Cuando éste se levantó, observó al oficial superior americano y a los otros dos

miembros del tribunal.

—Un segundo, teniente —dijo MacNamara—. ¿La acusación no desea hacerle más preguntas?

Tras unos instantes de vacilación, Townsend negó con la cabeza. El fiscal también parecía confundido.

—No señor. De momento, la acusación no seguirá interrogando a más testigos.

—El testigo puede retirarse.

—¡Sí señor! —repuso Fenelli sonriendo satisfecho—. ¡Me largo en seguida!

Este comentario provocó la risa de los *kriegies* que estaban presentes y MacNamara recurrió de nuevo al martillo para imponer silencio. Fenelli atravesó la sala rápidamente, dirigiendo a Tommy una mirada que éste interpretó como de gratitud. A su espalda, la sala volvió al silencio.

MacNamara fue el primero en romperlo.

—¿La acusación ha terminado? —preguntó a Townsend.

—Sí señor. Como he dicho, de momento no interrogaremos a más testigos.

El oficial superior americano se volvió hacia Tommy Hart.

—¿Desea usted pronunciar ahora su alegato?

—Sí señor —respondió Tommy sonriendo—. Seré breve, señor.

—Se lo agradezco.

Tommy tosió y habló en voz bien audible.

—Deseo aprovechar esta oportunidad para recordar a los miembros del tribunal, a la acusación y a todos los hombres del Stalag Luft 13, que Lincoln Scott comparece hoy acusado de asesinato. Nuestra Constitución garantiza que hasta que la acusación haya demostrado su culpabilidad más allá de toda duda razonable, sigue siendo inocente.

Walker Townsend se puso en pie, interrumpiendo a Tommy.

—¿No cree que es un poco tarde para esta lección de civismo?

MacNamara asintió.

—Su alegato, teniente...

Tommy se apresuró a interrumpirlo.

—He concluido, señoría. La defensa está preparada para proseguir.

MacNamara arqueó la ceja izquierda en una expresión de sorpresa y emitió un breve suspiro de alivio.

—Muy bien —dijo—. Proseguiremos de acuerdo con lo previsto. ¿Piensa usted llamar ahora al teniente Scott al estrado?

Tommy se detuvo y meneó la cabeza.

—No señor.

Se produjo un momento de silencio. MacNamara miró a Tommy.

—¿No?

—No, señor. De momento no.

Townsend y Clark se habían puesto en pie.

—Bien, ¿desea llamar a otro testigo? —volvió a preguntar el coronel MacNamara—. Todos esperábamos oír ahora la declaración del teniente Scott.

—Eso supuse, coronel —replicó Tommy sonriendo. Sus ojos reflejaban una auténtica expresión de gozo, pero en su interior sentía una fría, dura y violenta agresividad, pues por primera vez desde el comienzo del juicio sabía que estaba a punto de asestar un golpe que ni el fiscal ni los jueces esperaban, lo cual le producía una intensa y deliciosa sensación. Sabía que todos los presentes en la sala creían que la acusación le había dejado tan sólo con la posibilidad de presentar protestas de inocencia airadas y endebles del acusado.

—¿Entonces a quién desea llamar a declarar? —preguntó MacNamara.

Tommy dio media vuelta y señaló con el dedo un ángulo de la sala.

—¡La defensa llama al estrado al *Hauptmann* de la Luftwaffe Heinrich Visser! —exclamó.

Dicho esto, cruzó los brazos mientras experimentaba una profunda satisfacción, plantado como una apacible isla en medio de la sala agitada por los vientos de las voces exaltadas.

Un oficial y hombre de honor

Tommy gozó con el tumulto que había provocado entre los asistentes al juicio. Todos parecían tener una opinión y la imperiosa necesidad de expresarla en voz alta. Las voces caían en cascada a su alrededor, reflejando una mezcla de curiosidad, ira y excitación. El coronel MacNamara tuvo que utilizar su martillo repetidas veces para imponer silencio a los *kriegies* que abarrotaban el teatro. A su espalda, el ambiente entre la multitud de aviadores parecía cargado de electricidad. Si el juicio de Lincoln Scott por el asesinato de Vincent Bedford se había convertido en el espectáculo del lugar, Tommy le había conferido, mediante una sola maniobra, una mayor fascinación, en especial a los centenares de hombres afectados por el aburrimiento y la angustia de su cautiverio.

A la décima vez que MacNamara pidió orden en la sala, los hombres se calmaron lo bastante para que la sesión continuara. Walker Townsend se había levantado y gesticulaba como un poseso. Al igual que el comandante Clark, cuyo rostro rubicundo presentaba en esos momento un color más acentuado que el habitual. Tommy pensó que parecía a punto de estallar.

—¡Señoría! —gritó Townsend—. ¡Esto es inaudito!

MacNamara volvió a dar golpes de martillo, aunque en la sala reinaba el suficiente silencio para que pudieran proseguir.

—¡Protesto enérgicamente! —insistió el capitán de Virginia—. ¡Llamar al estrado a un miembro de una fuerza enemiga en medio de un juicio americano es improcedente!

Tommy guardó silencio unos momentos, esperando que MacNamara asestara otro golpe contundente con el martillo, cosa que el oficial superior americano hizo, tras lo cual se volvió hacia la defensa. Tommy avanzó un paso y así logró apaciguar con más eficacia los ánimos de los asistentes. Los *kriegies* callaron y se inclinaron hacia delante para no perder palabra.

—Coronel —empezó Tommy con lentitud—, el argumento de que esta petición es improcedente no se tiene en pie, ya que todo el proceso es improcedente. El capitán Townsend lo sabe, y la acusación se ha aprovechado de la relajación de las reglas ordinarias que presiden un tribunal de justicia militar. El fiscal protesta porque le he

cogido desprevenido. Al comienzo de este juicio, usted prometió a la defensa y a la acusación que les concedería suficiente margen de tolerancia con el fin de averiguar la verdad. También prometió a la defensa que podríamos llamar a cualquier testigo que pudiera ayudarnos a demostrar la inocencia del acusado. Me limito a recordárselo al tribunal. De paso, le haré notar que nos hallamos aquí en circunstancias especiales y únicas, y que es importante que todos comprobemos que la justicia de las reglas elementales de nuestro sistema judicial son aplicadas democráticamente. En especial el enemigo.

Volvió a cruzarse de brazos, pensando que su breve discurso habría resultado más eficaz con una banda de viento interpretando *America the Beautiful* como telón de fondo, pues habría tenido el doble efecto de enfurecer a MacNamara y colocarlo al instante en una posición en que no podía rechazar la petición de Tommy. Éste lo miró a los ojos, sin molestarse en ocultar una sonrisa de satisfacción.

—Teniente —repuso MacNamara con frialdad—, no tiene usted que recordar al tribunal sus deberes y responsabilidades en tiempos de guerra.

—Me alegra oírlo, señoría. —Tommy sabía que se la estaba jugando.

—Señoría —dijo Townsend furioso—, sigo sin comprender cómo este tribunal puede permitir que un oficial de un ejército enemigo sirva de testigo. ¿Cómo haremos para no dudar de su veracidad?

No bien hubo hablado, Townsend pareció arrepentirse de haberlo hecho, pero era demasiado tarde. Con una sola frase, había ofendido a dos hombres.

—El tribunal es muy capaz de determinar la veracidad de cualquier testigo, capitán, al margen de su procedencia y de sus lealtades —replicó MacNamara tajante, con un tono más cáustico que nunca.

Tommy miró de hurtadillas a Heinrich Visser. El alemán se había puesto de pie. Estaba pálido, con la mandíbula crispada. Miraba a Townsend con los párpados entrecerrados, como si acabara de recibir la bofetada de un rival.

Las cosas salían a pedir de boca para Tommy. Visser estaba furioso por haber sido llamado a declarar, pero el americano sospechaba que sin duda lo que más le había indignado era que alguien hubiera puesto en duda su impecable integridad nazi. Nada es más irritante que oírse llamar mentiroso antes de que uno haya tenido ocasión de abrir la boca.

MacNamara se frotó la barbilla y la nariz, tras lo cual se volvió hacia el alemán manco.

—*Hauptmann* —dijo con voz pausada—, me inclino a permitir esto. ¿Está usted dispuesto a declarar?

Visser dudó. Tommy le vio sopesar en aquellos segundos varios factores. Abrió la boca para responder, pero de improviso se oyó una voz proveniente del fondo del teatro que gritaba a voz en cuello:

—¡Por supuesto que el *Hauptmann* prestará declaración, coronel!

Los asistentes volvieron la cabeza al unísono para ver al comandante Von Reiter en la entrada. Echó a andar por el pasillo central al tiempo que sus lustrosas botas de montar negras resonaban sobre el suelo de madera como disparos de pistola.

Von Reiter se plantó en el centro de la sala, se cuadró y efectuó un breve saludo y una reverencia simultáneamente.

—Como es lógico, coronel —dijo con tono enérgico—, el *Hauptmann* quedará eximido de revelar datos militares. Y no podrá responder a preguntas que puedan comprometer secretos de guerra. Pero, por lo que respecta a sus conocimientos sobre este crimen, creo que su experiencia será muy útil al tribunal a la hora de determinar la verdad de este desdichado acontecimiento.

Von Reiter se volvió un poco, haciendo una señal de asentimiento con la cabeza a Visser, antes de añadir:

—¡Yo mismo respondo de su integridad, coronel! El *Hauptmann* Visser tiene en su haber muchas condecoraciones. Es un hombre de honor intachable y respetado por sus subordinados. Por favor, proceda a tomarle juramento.

Visser, con expresión impertérrita, se dirigió lentamente y de mala gana hacia el estrado, tanto más, pensó Tommy, cuando que ahora tenía la aprobación de Von Reiter y sin duda imaginaba que éste trataría de sacar alguna ventaja política de su declaración. Saludó con energía al comandante del campo y se volvió luego hacia MacNamara.

—Estoy preparado, coronel —le dijo.

El oficial superior americano le ofreció la Biblia y le indicó que ocupara la silla de los testigos.

—Señor —dijo el capitán Townsend tratando por última vez de salirse con la suya—, protesto una vez más.

MacNamara torció el gesto y meneó la cabeza.

—Aquí tiene a su testigo, teniente Hart. Puede usted interrogarlo.

Tommy asintió. Observó una pequeña y malévola sonrisa en el rostro de Von Reiter cuando éste ocupó un asiento junto a la ventana, sentándose en el borde de la silla con el torso inclinado hacia delante, al igual que los prisioneros del campo, pendiente de cada palabra que se dijera. Luego Tommy se volvió hacia Visser. Durante unos momentos, trató de interpretar la actitud corporal del alemán, su cabeza ladeada, los ojos

entrecerrados, la crispación de la mandíbula y la forma en que había cruzado las piernas. «Es un hombre capaz de odiar con facilidad», pensó Tommy. El problema que se le planteaba era descifrar sus aversiones y hallar las adecuadas para ayudar a Lincoln Scott, aunque comprendió, por la furibunda mirada que Visser dirigió a Townsend, que la acusación, al poner en tela de juicio la integridad del alemán, ya había ayudado a Tommy en su afán de alcanzar el meollo de Visser.

—Diga su nombre completo y rango, para que conste en acta, *Hauptmann* —dijo Tommy tras un ligero carraspeo.

—*Hauptmann* Heinrich Albert Visser. En la actualidad ostento el rango de capitán en la Luftwaffe, asignado recientemente al campo de prisioneros de aviadores aliados número 13.

—¿Sus obligaciones incluyen la administración del campo?

—Sí.

—¿Y la seguridad del mismo?

Tras dudar unos segundos, Visser asintió con la cabeza.

—Desde luego. Es una obligación que todos cumplimos, teniente.

«Sí —pensó Tommy— pero tú más que a otros.» No obstante se abstuvo de manifestarlo en voz alta.

Visser habló con voz sosegada y lo bastante alta como para que le oyeran todos los presentes.

—¿Dónde aprendió a hablar inglés?

Visser hizo otra pausa y se encogió ligeramente de hombros.

—De los seis a los quince años viví en Milwaukee, en Wisconsin, en casa de mi tío tendero —respondió—. Cuando su negocio se hundió durante la Depresión, toda la familia regresó a Alemania, donde yo completé mis estudios y seguí perfeccionando mi inglés.

—¿Cuándo partió usted de América?

—En 1932. Ni mi familia ni yo teníamos motivos para quedarnos allí. Por otra parte, en nuestra nación se estaban registrando unos acontecimientos de gran importancia, en los que estábamos llamados a participar.

Tommy asintió. No era difícil deducir a qué acontecimientos se refería Visser, el nazismo, la quema de libros o la brutalidad. Durante unos momentos observó a Visser con fijeza. Sabía por Fritz Número Uno que el padre de Visser ya era miembro del partido nazi cuando el adolescente regresó a Alemania. Su inmediato legado probablemente había consistido en la Escuela y las juventudes hitlerianas. Tommy se

impuso prudencia hasta lograr sonsacar a Visser lo que necesitaba. Pero su próxima pregunta no fue cauta ni prudente.

—¿Cómo perdió el brazo, *Hauptmann*?

El rostro de Visser permaneció impávido, congelado, como si el hielo que exhalaban sus ojos fuera el mejor sistema de ocultar la furia que ardía debajo de la superficie.

—Cerca de la costa de Francia, en 1939 —respondió cortante.

—¿Un Spitfire?

Visser esbozó una pequeña y cruel sonrisa.

—El Spitfire británico es un caza propulsado por un motor Merlin de la Rolls-Royce capaz de alcanzar velocidades superiores a los quinientos kilómetros por hora. Está armado con ocho metralletas del calibre cincuenta de fuego secuencial, cuatro montadas en cada ala. Uno de esos magníficos aviones me pilló desprevenido cuando cumplía una misión rutinaria de escolta. Un desgraciado accidente, aunque logré saltar en paracaídas y salvarme. No obstante, una bala me destrozó el brazo, que me fue amputado en el hospital.

—De modo que ya no puede volar.

—Eso parece, teniente. —Visser emitió una ácida carcajada.

—Pero en 1939, justamente cuando Alemania había alcanzado sus mayores triunfos, usted no estaba dispuesto a renunciar a su carrera en el ejército.

—Nuestros triunfos, como usted los llama, eran la envidia del mundo entero.

—Usted no quería retirarse, a pesar de su herida, ¿no es así? Era joven, ambicioso y deseaba seguir formando parte de esa grandeza.

El alemán tardó unos instantes en responder.

—Es cierto —dijo al cabo de unos segundos midiendo sus palabras—. No quería renunciar a ello. Era joven y, pese a mi herida, fuerte. Tanto física como anímicamente, teniente. Estaba convencido de poder aportar aún mucho a mi patria.

—De modo que fue instruido en otras materias, ¿no es así?

Visser volvió a vacilar.

—Supongo que no hay ningún mal en reconocerlo. Sí, fui instruido en otras materias y me asignaron otras misiones.

—Ese adiestramiento no tenía nada que ver con pilotar un caza, si no me equivoco.

—Efectivamente —repuso Visser sonriendo—. Nada que ver.

—Le instruyeron en operaciones de contraespionaje, ¿no es cierto?

—No responderé a esa pregunta.

—Bien —dijo Tommy con cautela—, ¿tuvo usted oportunidad de estudiar técnicas y

tácticas policiales modernas?

Visser volvió a reflexionar antes de dar una respuesta.

—Sí, tuve esta oportunidad —contestó por fin.

—¿Y adquirió experiencia en esta materia?

—Estoy bien instruido, teniente. Siempre he terminado mis estudios, en la academia de aviación, en lenguas y en técnicas forenses, con la nota máxima. En la actualidad asumo las obligaciones que me encomiendan mis superiores e intento cumplirlas lo mejor posible.

—Y una de esas obligaciones fue la investigación del asunto que nos trae aquí. El asesinato del capitán Bedford.

—Esto es obvio, teniente.

—¿Qué importancia puede tener para las autoridades alemanas el asesinato de un oficial aliado en un campo de prisioneros de guerra? ¿Por qué se interesaron en ello sus superiores?

Visser dudó unos segundos.

—No responderé a esa pregunta —contestó.

Un murmullo recorrió la sala.

—¿Por qué se niega a hacerlo? —inquirió Tommy.

—Es un asunto que afecta a la seguridad, teniente. Es cuanto estoy dispuesto a decir.

Tommy cruzó los brazos, tratando de hallar otra ruta para obtener la respuesta, pero en aquellos momentos no se le ocurrió ninguna. No obstante, en su fuero interno tomó nota de un concepto significativo: si el asesinato de Trader Vic no fuera importante para los alemanes, no habrían enviado a un hombre como Visser al campo de prisioneros.

—Teniente —terció el coronel MacNamara con brusquedad—, haga el favor de atenerse al interrogatorio del testigo.

Tommy asintió con la cabeza, aunque al mismo tiempo se preguntó a qué venían esas prisas.

—De modo —dijo—, que de todos los hombres que han declarado desde este estrado, y de todos los hombres implicados en este caso hasta la fecha, cabe decir que usted es el único instruido en investigaciones y procedimientos criminales, ¿no es así? El único instruido en esta materia que examinó el cadáver de Trader Vic y la escena del crimen. El único auténtico experto que ha investigado este crimen.

—¡Protesto! —gritó Walker Townsend.

—¡Protesta denegada! —se apresuró a responder MacNamara—. ¡Responda, *Hauptmann*!

—Bien, teniente —repuso Visser con seguridad—, su compatriota, el teniente de aviación Renaday, tiene ciertos conocimientos rudimentarios basados en sus primitivas experiencias en un cuerpo de policía rural. El teniente coronel de aviación Pryce, que ya no se encuentra aquí, tenía una considerable experiencia en estos temas. Al parecer, el capitán Townsend también está bien instruido en estos procedimientos. —El alemán no ocultó su sonrisa de satisfacción al asestar un golpe contra el fiscal—. Todo ello hace que me pregunte cómo se le ocurrió concebir un escenario tan absurdo y ridículo para explicar este crimen.

Townsend golpeó la mesa con las palmas de ambas manos al tiempo que se levantaba gritando:

—¡Protesto! ¡Protesto! ¡Protesto!

Visser calló, no sin esbozar una despectiva sonrisa de falsa cortesía mientras Townsend replicaba furioso. Detrás de Tommy, los *kriegies* prorrumplieron de nuevo en acalorados murmullos. Docenas de voces rivalizaban por hacerse oír.

Tras asestar varios golpes con el martillo, el coronel MacNamara logró imponer orden en la sala.

—*Hauptmann* —dijo volviéndose hacia Visser—, le agradecería que se limitara a responder a las preguntas que le formulen, sin añadir comentarios personales.

—Por supuesto, *Herr* coronel —repuso el alemán—. Lo expresaré de otro modo: mi examen de la escena del crimen y las pruebas recogidas hasta el momento indican unos sucesos distintos de los que se han expuesto aquí. ¿Lo prefiere así, señoría? ¿Desea que elimine los términos «absurdo» y «ridículo»? —preguntó Visser pronunciando estas palabras con evidente desdén.

—Sí —respondió MacNamara—. Precisamente.

Tommy tuvo la impresión de que el odio que llenaba la sala podía palparse. Se dijo que sería mejor abordar el asunto de inmediato.

—Aclaremos una cosa antes de continuar hablando del caso, *Hauptmann*. Usted nos odia, ¿no es así? —dijo después de carraspear dos o tres veces.

Visser sonrió.

—¿Cómo dice?

—Que nos odia —repitió Tommy haciendo un gesto con el brazo para indicar a los *kriegies* congregados en la sala—. Nos odia sin conocernos. Simplemente porque somos americanos o británicos; aliados, en una palabra. Usted me odia, odia al capitán Townsend, al teniente de aviación Renaday, al coronel MacNamara y a todos los hombres sentados en esta sala. ¿No es cierto, *Hauptmann*?

Visser dudó unos instantes y luego se encogió de hombros.

—Ustedes son el enemigo. Hay que odiar a los enemigos de la patria.

Tommy respiró hondo.

—Ésa es una respuesta demasiado fácil, *Hauptmann*. Parece un escolar que se ha aprendido la lección de memoria. Su odio va más allá.

Visser hizo de nuevo una pausa, midiendo bien sus palabras y pronunciándolas con voz sosegada, dura, fría.

—Nadie que haya sido herido como lo he sido yo, que haya visto a su familia, a su madre, padre y hermanas, asesinada por bombardeos terroristas, como he visto yo, y que recuerda toda la hipocresía y las mentiras dichas por su nación, puede evitar sentir ira y odio, teniente. ¿Responde esto mejor a su pregunta?

Las palabras de Visser eran como una lluvia glacial. Cada palabra golpeó a los espectadores, pues sus palabras eran, de algún modo, compartidas por sus enemigos. En aquel segundo, Visser consiguió recordar a todos que más allá de la alambrada el mundo estaba enzarzado en una guerra a muerte y que todos lamentaban no participar en ella.

—Debe de ser duro para usted encontrarse aquí —comentó Tommy lentamente—, encargado de mantener vivos a unos hombres que preferiría ver muertos.

La sonrisa de Visser no se desplazó un milímetro cuando respondió:

—Esto es casi totalmente cierto, señor Hart.

Tommy se detuvo, perplejo.

—¿Casi totalmente? —preguntó.

Visser asintió con la cabeza.

—La única excepción, señor Hart, es su cliente. El aviador *Schwarze*, Scott, el cual me es indiferente.

Este comentario desconcertó a Tommy, que formuló su próxima pregunta un tanto precipitadamente, sin pensar en lo que decía.

—¿Puede usted explicarse mejor?

Visser se encogió de hombros, casi como si ese gesto le diera tiempo suficiente para conferir a su voz un tono despectivo.

—A los negros no los consideramos humanos —dijo con calma, mirando a Lincoln Scott—. Al resto de ustedes, sí, son el enemigo. Pero él es simplemente una bestia mercenaria empleada por las fuerzas aéreas de su país, teniente. No es distinto que el perro de un *Hundführer* que patrulla junto a la alambrada del campo. Uno puede temer a ese perro, teniente, e incluso respetarlo debido a sus dientes, sus garras y su devoción al amo. Pero sigue siendo poco más que un animal adiestrado.

Tommy no tuvo que volverse para ver cómo Lincoln Scott se ponía rígido y crispaba los puños. Confiaba en que lograra controlarse. Tommy percibió un murmullo entre los *kriegies* que abarrotaban la sala, como un viento persistente soplando a través de las copas de los árboles, y comprendió que Visser acababa de contribuir a que el juicio de Lincoln Scott traspasara una línea importante.

Tommy se frotó la barbilla durante unos momentos.

—¿Qué hace que un hombre sea un hombre, *Hauptmann*?

Visser no respondió de inmediato, sino que dejó que una sonrisa se extendiera sobre su rostro. Las cicatrices que tenía en las mejillas debidas a su encontronazo con el Spitfire parecían relucir. Por fin, se encogió de hombros.

—Es una pregunta compleja, teniente, que ha confundido a filósofos, clérigos y científicos desde hace siglos. No pretenderá que yo la responda aquí, hoy, en este tribunal militar.

—No, *Hauptmann*, pero quiero que nos ofrezca su propia definición. Su definición personal.

Visser se detuvo para reflexionar antes de responder.

—Existen muchos factores, teniente Hart. Sentido del honor. Valor. Dedicación. Combinados con la inteligencia, con la capacidad de razonar.

—¿Unas cualidades que el teniente Scott no posee?

—No en grado suficiente.

—¿Se considera usted un hombre inteligente e instruido, *Hauptmann*? ¿Un hombre de mundo?

—Desde luego.

Tommy decidió arriesgarse. Temía que la indignación que le provocaban las arrogantes respuestas del fanático alemán dominara sus emociones y se esforzó en conservar en la medida de lo posible la frialdad de su voz y la precisión de sus preguntas. Al mismo tiempo confiaba en ser capaz de recodar lo que había aprendido en el instituto. Los profesores de allí insistían en que convenía memorizar algunas grandes obras, porque algún día podía resultar necesario recitar un pasaje de las mismas. Tommy confió en que ésta fuera una de esas ocasiones.

—Ah, un hombre instruido e inteligente debe de conocer a los clásicos, supongo. Dígame, *Hauptmann*, ¿reconoce el siguiente pasaje?: «*Arma virumque cano, Troiae qui primus ab oris Italiam fato profugus...*»

Visser miró a Tommy Hart con aspereza.

—El latín es una lengua muerta, procedente de una cultura corrupta y decadente, y no

figura entre mis conocimientos.

—De modo que no reconoce... —Tommy se detuvo—. Bien, no seré yo quien... —De pronto se volvió, dispuesto a arriesgarse—. ¿Teniente Scott? —preguntó en voz alta.

Scott se levantó de un salto. Miró al alemán esbozando a su vez una breve y cruel sonrisa.

—Cualquier hombre verdaderamente culto reconocería las primeras líneas de la *Eneida* de Virgilio —se apresuró a responder—. «Canto sobre armas y el hombre que en primer lugar llegó de las costas de Troya destinado al exilio en Italia...» ¿Quiere que siga, *Hauptmann*? «... *multum ille et terris iactatus at alto Vi superam, saevae memorem lunoris ob iram...*» Lo cual significa: «Zarandeado en tierra y en el mar por la intensa fuerza de los dioses debido a la persistente ira de la feroz Juno...»

Lincoln Scott permaneció inmóvil mientras recitaba las palabras del poeta. Los asistentes guardaron silencio durante un largo momento que pareció cargado de electricidad, después del cual Scott, sin perder su expresión de ira contenida, prosiguió en voz alta pero sosegada, sin apartar los ojos del alemán:

—Una lengua muerta, sí. Pero los versos hablan con tanta elocuencia hoy como hace siglos —dudó unos instantes antes de agregar—; pero quizá sea injusto, señor Hart, hacer a este hombre tan culto una pregunta sobre una lengua que desconoce. Quizá, *Herr Hauptmann*, pueda utilizar sus conocimientos para identificar esta frase: «*Es irr der Mensch, so lang er strebt...*»

Visser sonrió despectivamente.

—Me complace que el teniente haya leído también a los maestros alemanes. El *Fausto* de Goethe es una obra clásica en nuestros institutos y universidades.

Scott mostraba una expresión de fría satisfacción.

—Pero en Estados Unidos no tanto. ¿*Hauptmann*, tendría la bondad de traducirlo para los aquí presentes?

La sonrisa de Visser se disipó ligeramente al tiempo que asentía con la cabeza.

—«El hombre yerra, al tratar de resolver sus conflictos...» —repuso el alemán con tono enérgico.

—Estoy seguro de que comprende lo que quiso decir el poeta, *Hauptmann* —terminó Scott.

El aviador negro se sentó, haciendo una breve inclinación de la cabeza hacia Tommy. Tommy observó que hasta Walker Townsend se había quedado como hipnotizado por el diálogo mantenido. Miró a Visser y comprobó que mostraba un aspecto sereno, sin que al parecer el toma y daca le hubiera afectado. Tommy dudaba que en su fuero interno el

alemán se sintiera tan tranquilo como aparentaba. Pensó que Visser era tan buen actor como policía, y sospechaba que parte de su fuerza obedecía a su habilidad para ocultar sus sentimientos. Tommy respiró hondo, recordando que el nazi permanecía alerta, al acecho, y era extremadamente venenoso.

—Así pues, *Hauptmann*, llegó el momento en que lo llamaron para que acudiera al *Abort*, donde había sido hallado el cadáver del capitán Bedford...

Visser cambió de postura y asintió con la cabeza.

—Veo que hemos terminado con las preguntas filosóficas para regresar al mundo real.

—De momento, así es, *Hauptmann*. Haga el favor de explicar a los presentes qué conclusiones sacó tras examinar la escena del crimen.

Visser se repantigó en su silla.

—Para empezar, teniente, el escenario del crimen no fue el *Abort*. El capitán Bedford fue asesinado en otro lugar y luego transportado hasta el *Abort*, donde su asesino abandonó el cadáver.

—¿Cómo lo sabe?

—En el suelo del *Abort* había la huella ensangrentada de un zapato. Apuntaba hacia el cubículo donde se hallaba el cadáver. De haberse cometido el asesinato en ese lugar, la sangre habría caído en el zapato, al salir del *Abort*. Además, las manchas de sangre en el cadáver y en la zona del retrete indicaban que la mayor parte cayó en otro lugar.

Walker Townsend se levantó, abrió la boca para decir algo, cambió de opinión y volvió a sentarse.

—¿Sabe dónde fue asesinado Trader Vic?

—No. No he descubierto el lugar del crimen. Sospecho que se han tomado medidas para ocultarlo.

—¿Qué más dedujo al examinar el cadáver?

Visser sonrió una vez más y siguió hablando con tono satisfecho y seguro de sí.

—Como ha sugerido usted antes, teniente, al parecer el golpe que mató al capitán fue asestado por detrás por alguien que esgrimía un cuchillo estrecho de doble filo, sospecho que un puñal. El agresor empuñaba el arma en la mano izquierda, tal como ha deducido usted. Es la única explicación para el tipo de herida que presentaba el cuello de la víctima.

—¿Y el arma que la acusación afirma que fue utilizada para cometer el asesinato?

—Habría producido una herida alargada, desgarrando los bordes de la misma, muy sangrienta. No la puñalada precisa que sufrió el capitán Bedford.

—Usted no ha visto esa otra arma, ¿no es así?

—La he buscado, pero sin éxito —repuso Visser con frialdad—. Un arma como ésa está *verboten*. Los prisioneros no pueden tenerla en su poder.

—De modo, *Hauptmann*, que el asesinato no se cometió en el lugar que cree la acusación; no ocurrió como asegura la acusación que ocurrió, no fue perpetrado con el arma con que la acusación afirma que fue perpetrado y ha dejado unas pruebas claras que indican unos hechos totalmente distintos. ¿Es ése el resumen de su testimonio?

—Sí. Una exposición exacta, señor Hart.

Tommy se abstuvo de decir lo obvio. Pero dejó que sus palabras flotaran a través de la sala el tiempo suficiente para que todos los *kriegies* presentes (que informaban de cada elemento del testimonio a los que estaban encaramados en las ventanas y a los que se hallaban en el exterior) pudieran llegar a idéntica conclusión.

—Gracias, *Hauptmann*. Ha sido muy interesante. Puede interrogar al testigo, capitán.

Tommy fue a sentarse al tiempo que Walker Townsend se levantaba del asiento. El capitán de Virginia parecía armado de paciencia, y mostraba también una pequeña sonrisa.

—Veamos si lo he comprendido, *Hauptmann*. Usted odia a los americanos, aunque vivió entre ellos casi una década...

—Odio al enemigo, sí, capitán, y ustedes son enemigos de mi país.

—Pero usted tenía dos países...

—Cierto, capitán. Pero mi corazón pertenecía a uno solo.

El capitán Townsend meneó la cabeza.

—Esto es evidente, *Hauptmann*. Bien, ¿cree realmente que el teniente Scott es un animal?

Visser asintió con la cabeza.

—Es rápido, es fuerte y ha recibido la instrucción necesaria para citar a grandes escritores, pero ocupa una posición inferior a la humana. Un guepardo es rápido, capitán, y el director de un zoo puede amaestrar a una foca para que ejecute unos trucos admirables. Le recuerdo, *Herr* capitán, que hace menos de un siglo, los propietarios de esclavos del estado del que usted proviene decían lo mismo sobre los esclavos que trabajaban en sus plantaciones de tabaco de sol a sol.

Townsend pareció sentirse momentáneamente atrapado por esta frase. El nazi era odioso, arrogante e impávido, absolutamente convencido de sus creencias. Tommy intuyó la furia que sentía el fiscal, enojado por el tono obstinado y prepotente que utilizaba Visser, pero sin saber hasta qué punto era éste capaz de perjudicar su caso.

Tommy confiaba en que Townsend cayera en el lodazal creado por la arrogancia del nazi.

Pero no fue así.

En lugar de ello, el fiscal preguntó:

—¿Por qué deberíamos creer nada de lo que usted dice?

Visser movió un poco los hombros.

—Me importa muy poco lo que crean o dejen de creer, capitán. Me tiene absolutamente sin cuidado que ejecutemos o no al teniente Scott, aunque preferiría que lo hiciéramos, porque no me parece de fiar. Lo cual, por supuesto, no es culpa suya, sino algo propio de su raza.

Townsend apretó los dientes.

—Le tiene sin cuidado, *Hauptmann*, pero ha subido al estrado, ha jurado decir la verdad y luego dice que Scott no cometió este asesinato...

Visser alzó su única mano para interrumpirle.

—Esto no fue lo que dije, capitán —replicó con tono divertido—. Ni siquiera lo he insinuado.

Townsend se detuvo. Arqueó una ceja y miró de hito en hito al testigo.

—Pero usted dijo...

—Lo que dije, capitán, fue que un experto vería con claridad que el asesinato no ocurrió como usted alega que ocurrió. No dije nada sobre Scott. De hecho, lo considero uno de los sospechosos principales y un hombre muy capaz de haber cometido el crimen, al margen de cómo se perpetrara.

Townsend se mostró satisfecho.

—Explíquenos cómo ha llegado a esa conclusión, *Hauptmann*...

Tommy se levantó apresuradamente.

—¡Protesto, señoría!

MacNamara denegó con la cabeza.

—Usted mismo encendió este polvorín, teniente, y ahora debe atenerse a las consecuencias —le dijo—. Siéntese. Deje que el *Hauptmann* testifique. Ya tendrá usted oportunidad de interrogar de nuevo al testigo cuando el capitán Townsend haya concluido su turno de repreguntas.

—Utilizando su singular experiencia, naturalmente, *Hauptmann* —se apresuró a añadir Townsend.

—La prueba de las manchas de sangre en la ropa del teniente Scott es muy interesante —dijo el alemán tras unos segundos de reflexión—. Sobre todo las manchas

en la cazadora, situadas de una forma que indica que alguien transportó el cadáver a hombros. Esto ya se ha comentado aquí. A pesar del entretenido espectáculo ofrecido por el teniente Hart con el cuchillo de fabricación casera perteneciente a Scott, quedó claro que el arma utilizada en el crimen...

—Pero usted dijo... —le interrumpió Townsend.

—Yo dije que el golpe mortal fue asestado con el otro cuchillo. El que no conseguimos hallar. Pero el capitán Bedford sufrió también unas heridas denominadas «defensivas» en las manos y el pecho. Éstas indican que se resistió, siquiera unos instantes, a su agresor, al hombre armado con este cuchillo de fabricación casera.

Durante unos instantes Townsend parecía confundido.

—¿Pero por qué iba a ir alguien armado...?

—No se trata de una persona armada con los dos cuchillos, capitán. Las pruebas indican claramente que en este asesinato estuvieron implicados dos hombres. Mejor dicho: un hombre acompañado por su lacayo asesino, el negro Scott. Uno que se situó delante, para atraer la atención del capitán Bedford, mientras el segundo hombre, que se acercó sigilosamente, le atacaba por detrás.

Los *kriegies*, que llevaban un buen rato conteniendo sus emociones, no pudieron por menos de volverse hacia sus vecinos y dar rienda suelta a unas exclamaciones de asombro, sorpresa y perplejidad al oír ese testimonio. Las voces de los aviadores aliados prorrumpieron como una excitada y confusa ola que se precipitó a través de la sala hasta alcanzar a los hombres sentados al frente de la misma. Tommy no se volvió hacia ninguno de los dos hombres que permanecían junto a él, sino que tomó nota de varias e interesantes reacciones. Townsend parecía momentáneamente desconcertado, con la boca entreabierta. Visser había recobrado su aire de satisfacción y estaba repantigado en la silla, emanando un aire de superioridad. Reiter, sentado a un lado de la sala, había entrecerrado los párpados y mostraba una expresión de concentración intensa. En el centro del tribunal, el coronel MacNamara lucía un semblante pálido, demudado, la frente surcada por arrugas de preocupación.

En aquel segundo, Tommy pensó que la arrogante opinión del nazi había tenido un significado distinto para cada hombre.

El confuso sonido de las voces de los *kriegies* tratando de hacerse oír despertó por fin de su trance al coronel MacNamara, quien se aprestó a asestar unos enérgicos golpes con su martillo, tratando de imponer orden. El ruido cesó rápidamente.

En el repentino silencio que cayó sobre la sala, Townsend avanzó hacia el testigo esbozando también una sonrisa de víbora.

—Entiendo, *Hauptmann*. Un hombre poseía un arma. Un solo hombre fue visto fuera

del barracón la noche del asesinato. Al día siguiente un hombre llevaba las botas y la cazadora manchadas de sangre. Un hombre sentía el suficiente odio para matar. Motivo, oportunidad, medios. Pero usted cree que dos hombres cometieron el crimen. Y basa esta fantástica suposición en la excelente instrucción que ha recibido del ejército alemán... — Townsend deslizó una larga pausa entre sus palabras, tras lo cual prosiguió con una voz cargada con el acento sureño propio de su estado natal—. ¡Vaya, vaya, *Hauptmann*! ¡No me extraña que los alemanes estén perdiendo esta guerra!

Visser se puso rígido al instante y dejó de sonreír.

—No haré más preguntas a este experto —dijo Townsend con tono sarcástico agitando los brazos exageradamente hacia el alemán—. Se lo devuelvo, Tommy. ¡A ver si consigue algo útil de él! —Townsend regresó a su sitio en un par de zancadas y se sentó.

Tommy se levantó, pero no se apartó de la mesa de la defensa.

—Brevemente, señoría —dijo dirigiendo una rápida mirada a MacNamara—. De nuevo, *Hauptmann*, le pregunto: ¿por qué está usted aquí?

—Estoy aquí porque usted me llamó a declarar, teniente —respondió Visser secamente.

—No, *Hauptmann*. ¿Por qué está aquí? En este campo. Vamos, vamos, ¿por qué?

Visser mantuvo la boca cerrada.

—¿Por qué consideran los alemanes el asesinato del capitán Bedford un hecho que merece ser investigado? ¿Y por qué enviaron a este campo a alguien tan importante como usted?

Visser permaneció en silencio, pero no así el coronel MacNamara.

—¡Teniente! —tronó—. Ya trató con anterioridad de formular esas preguntas y fracasó. ¡Sobrepasan con mucho el ámbito de las repreguntas de Townsend! ¡No las permitiré! Puede retirarse, *Hauptmann* Visser. Gracias por su testimonio —agregó.

El alemán se levantó, se cuadró, saludó al tribunal con gesto enérgico y miró enojado a su superior. Luego regresó a su asiento y asumió de nuevo su papel de observador. Extrajo uno de sus cigarrillos marrones y delgados de una pitillera de plata y se inclinó hacia el estenógrafo que estaba sentado a su lado, quien después de rebuscar en sus bolsillos sacó una cerilla.

El coronel MacNamara aguardó unos momentos, tras lo cual se volvió hacia Tommy.

—¿Qué más nos tiene reservado, teniente?

—Un último testigo, coronel. La defensa llama al teniente Lincoln Scott —dijo Tommy con firmeza.

MacNamara empezó a asentir con la cabeza pero la señal de conformidad se convirtió en seguida en un gesto negativo. Miró al comandante Von Reiter, antes de fijar de nuevo los ojos en Tommy.

—¿El acusado es su último testigo?

—Sí señor.

—En ese caso oiremos su declaración por la mañana. Así habrá tiempo para que usted interrogue al testigo, para el turno de repreguntas por parte del fiscal y para los alegatos finales. Luego el tribunal iniciará sus deliberaciones. —El coronel sonrió con aspereza—. Esto dará a ambas partes un poco más de tiempo para prepararse.

Luego asestó un golpe contundente con el martillo, suspendiendo la sesión.

Una orden sorprendente

El recuento matutino se les antojó interminable. Cada error, cada demora, cada vez que un hurón retrocedía sobre sus pasos frente a las filas de aviadores aliados farfullando números, hacía que los hombres blasfemaran, protestaran y permanecieran firmes, como si por el hecho de hacerlo consiguieran agilizar la operación. El errático tiempo había vuelto a cambiar. A medida que el gris vaporoso de las primeras luces se consumía alrededor de los hombres, el sol se alzaba ansioso por el cielo, que había adquirido un tono azul más intenso, derramando calor sobre los impacientes *kriegies*. Cuando por fin les ordenaron que rompieran filas, las formaciones se dispersaron rápidamente y los hombres se dirigieron deprisa hacia el teatro, con el fin de ocupar los mejores asientos en la sala del tribunal. Tommy observó la riada humana, sabiendo que aquel día todo el campo estaría presente en el juicio. Los excitados *kriegies* se introducirían como con calzador en algún palmo de espacio disponible. Se encaramarían a las ventanas y se amontonarían junto a las puertas, tratando de hallar un lugar desde el que poder ver y oír lo que ocurría. Tommy se quedó quieto unos instantes; era probablemente el único hombre del campo que no sentía deseos ni necesidad de apresurarse. Se sentía un tanto preocupado y más que un poco nervioso sobre lo que iba a hacer y decir aquel día, preguntándose si alguna de sus palabras o acciones lograría salvar la vida de Lincoln Scott. El aviador negro se hallaba junto a él, observando también a los *kriegies* que se dispersaban hacia la sala del juicio, pero permanecía impertérrito, mostrando la expresión dura que solía adoptar en público, aunque no cesaba de mover los ojos de un lado a otro, tomando nota de las mismas cosas que veía Tommy.

—Bien, Tommy —dijo Scott con voz pausada—. Supongo que el espectáculo debe continuar.

Hugh Renaday estaba cerca de ellos. Pero el canadiense tenía la cabeza levantada hacia el cielo, contemplando el amplio horizonte azul.

—En un día así, con una visibilidad ilimitada, si contemplas el cielo un rato casi te olvidas de dónde estás —dijo con suavidad.

Tanto Tommy como Lincoln Scott alzaron la vista, siguiendo el consejo del canadiense. Tras unos segundos de silencio, Scott emitió una sonora carcajada.

—¡Joder, tiene razón! —Se detuvo y después añadió—: Durante unos instantes uno casi llega a convencerse de que es libre.

—Sería estupendo —terció Tommy—. Pero es sólo un espejismo.

—Sí, sería estupendo —repitió Scott—. Es una de esas cosas raras en la vida en que la mentira es más agradable que la verdad.

Luego los tres hombres bajaron la vista y volvieron a contemplar la alambrada, las torres de vigilancia y los perros, todo lo que les recordaba la fragilidad de sus vidas.

—Debemos ir —dijo Tommy—. Pero no hay prisa. De hecho, nos presentaremos con un minuto de retraso. Exactamente un minuto. Para cabrear al imbécil de MacNamara. ¡Que empiecen sin nosotros!

La ocurrencia hizo reír a todos, aunque no era una estrategia muy prudente. Cuando atravesaron el campo de revista, los tres oyeron de pronto el ruido de las obras que habían comenzado al otro lado de la alambrada, en el frondoso bosque. Un lejano silbato, unos gritos y el sonido de martillos y sierras.

—Obligan a esos desgraciados a madrugar, ¿no es así? —preguntó retóricamente Scott—. Y les hacen trabajar hasta que anochece. Me alegro de no haber nacido ruso —dijo, pero luego añadió, con una triste sonrisa—: ese comentario se presta a un chiste. ¿Suponéis que en estos momentos alguno de esos desdichados estará diciendo que se alegra de no haber nacido negro en América? A fin de cuentas, los malditos alemanes les hacen trabajar hasta caer rendidos. Mientras que mi problema es que mis propios compatriotas quieren fusilarme.

Meneó la cabeza y siguió avanzando con paso decidido. En éstas, mientras atravesaban el recinto, el aviador negro miró a los dos hombres blancos y comentó sonriendo:

—No pongáis esas caras, Tommy, Hugh. Espero impaciente este día desde el momento en que me acusaron del crimen. Por lo general los linchamientos de los negros no funcionan así. Por lo general no nos dan la oportunidad de subir a un estrado y declarar ante todo el mundo y decirles que están equivocados. Por lo general nos azotan en silencio y nos ahorcan sin hacer el menor ruido y sin que nadie rechiste. Pero eso no es lo que va a ocurrir hoy. Este linchamiento será distinto.

Tommy sabía que decía la verdad.

La víspera, después de que Visser terminara de declarar, los tres hombres habían regresado al barracón 101 y se habían sentado en su dormitorio. Hugh había preparado una modesta cena a base de más carne en conserva frita, acompañada por una pasta vegetal enlatada procedente de un paquete de la Cruz Roja, creando un sabor entre seboso y estofado que no se parecía a nada de cuanto habían probado anteriormente, el

cual, en términos generales, resultó positivo. Era el tipo de mejunje que en Estados Unidos habrían encontrado repugnante, pero allí, en el Stalag Luft 13, rayaba en lo exquisito.

—Scott, debemos estar seguros de que estás preparado para mañana. Especialmente para las repreguntas... —comentó Tommy entre bocado y bocado.

—Tommy, llevo toda mi vida preparándome para mañana —respondió Scott.

De modo que en lugar de hablar sobre los dos cuchillos, las manchas de sangre y las pullas racistas de Trader Vic, Tommy había preguntado de pronto a Lincoln Scott:

—Dime una cosa, Lincoln. En tu casa, cuando eras un niño, los sábados por la tarde, cuando lucía el sol y hacía calor y nadie te había obligado a hacer alguna tarea, como terminar los deberes, ¿qué solías hacer?

Lincoln Scott había dejado de comer, un tanto perplejo.

—¿Te refieres a qué hacía en mis ratos de ocio? ¿De niño?

—Eso es. En tus ratos de ocio.

—Mi padre el predicador y mi madre la maestra no eran partidarios del ocio —había respondido Scott sonriendo—. «La pereza es terreno abonado para el diablo», oí decir en más de una ocasión. Siempre había alguna tarea que hacer, gracias a la cual iba a ser más inteligente o más fuerte o...

—Pero... —había interrumpido Tommy.

—Siempre hay un «pero» —había contestado Scott asintiendo con la cabeza—. Es la única cosa en la vida de la que puedes estar seguro —había agregado emitiendo una risotada—. ¿Sabéis lo que me gustaba hacer? Me escapaba a la estación de mercancías. Allí había un gigantesco depósito de agua, al que me encaramaba para verlo todo. ¿Comprendéis? Desde lo alto contemplaba todo el sistema de señales. La rotonda para locomotoras. Los trenes entraban uno tras otro en la estación, toneladas de hierro movidas por alguien que accionaba esos interruptores eléctricos, dirigiendo al ganado hacia la zona de carga de animales, desplazando el maíz y las patatas a una vía que se extendía hacia el este, saliendo justo a tiempo para no toparse con los trenes que transportaban acero desde las montañas. Era como una complicada danza, y yo pensaba que los hombres que dirigían la estación para mercancías eran como los ángeles de Dios, moviendo todo a través del universo según un gigantesco plan no escrito. Esa velocidad, ese peso y ese comercio que entraba y salía sin cesar, sin detenerse, sin hacer siquiera una pequeña pausa. Las grandes obras del hombre en constante exposición. Era el mundo moderno, el progreso a mis pies.

Los hombres habían guardado silencio unos momentos, antes de que Hugh meneara la cabeza diciendo:

—A mí lo que me gustaba era el deporte. Jugar al jockey con los otros chicos sobre un estanque helado. ¿Y tú, Tommy, qué hacías tú en tus ratos de ocio?

—Lo que me gustaba hacer es lo que me ha traído aquí —había respondido sonriendo—. Me gustaba contemplar las estrellas. Son diferentes, ¿sabéis? Realizan pequeños ajustes según la hora de la noche y la estación del año. Cambios de posición. Algunas brillan con más intensidad. Otras se apagan y luego vuelven a aparecer. Me gustaba observar las constelaciones y contemplar la infinitud de la noche...

Los otros le habían escuchado en silencio, y Tommy se había encogido de hombros.

—Debí cultivar otra afición. Como atar moscas o jugar al jockey, como tú, Hugh. Porque cuando las fuerzas aéreas averiguaron que yo era un experto en navegación aérea, me encontré de pronto volando a toda velocidad en un bombardero sobre el Mediterráneo. Claro que la mayoría de las misiones las llevábamos a cabo de día, de modo que apenas utilicé mis dotes para trazar la ruta basándome en las estrellas. Pero ésa es la mentalidad de las fuerzas aéreas y lo que me ha traído aquí.

Ambos hombres habían reído. Bromear sobre el ejército siempre provocaba carcajadas. Pero al cabo de unos segundos, las sonrisas se habían disipado y los tres habían guardado silencio, hasta que Lincoln Scott había comentado:

—Quién sabe, quizá logre hallar la ruta para sacarnos algún día de aquí.

Hugh había asentido con la cabeza.

—Sería un día feliz —había dicho, y ésa fue la última vez que habían hablado de ese delicado tema, aunque durante la larga noche en el dormitorio del barracón ese pensamiento había rondado constantemente por la cabeza de Tommy Hart, mientras permanecía desvelado, obsesionado con el juicio y el drama que les aguardaba a la mañana siguiente.

El oficial superior americano tamborileaba con los dedos sobre la mesa, sin molestarse en ocultar su irritación cuando Tommy, Hugh y el acusado avanzaron abriéndose paso entre el público presente en la sala. El pasillo central estaba tan atestado de *kriegies* que todo intento de entrar en formación, como habían hecho antes, se habría visto frustrado por la multitud de hombres, que apenas disponían de espacio suficiente para amontonarse en el suelo y dejarles paso. Les siguieron unos murmullos, susurros y algunos comentarios pronunciados en voz baja, como la modesta estela de espuma blanca que sigue a un velero. Tommy no prestó atención a las palabras, pero tomó nota de los distintos tonos de voz, algunos airados, otros animándoles y otros simplemente confundidos.

Tommy echó un breve vistazo al comandante Von Reiter, que ocupaba un asiento a la

izquierda de Heinrich Visser. El comandante alemán se balanceaba en su asiento, con su eterna sonrisa. Pero Visser permanecía impertérrito. Tommy no estaba seguro de si Visser había beneficiado o perjudicado al caso, pero lo cierto era que les había hecho el importante favor de recordar a todos los *kriegies* quién era el auténtico enemigo, lo cual, bien pensado, era más de lo que Tommy habría podido desear. El problema era conseguir que los hombres del Stalag Luft 13 recordaran que Scott estaba de su lado, que era uno de ellos. Tommy supuso que eso sería muy difícil, quizás imposible.

—Debió usted llegar a la hora prevista para el comienzo de la sesión, al igual que todos nosotros, señor Hart —le amonestó el coronel MacNamara.

En lugar de responder a esa frase, Tommy se limitó a decir:

—Estamos dispuestos para comenzar, coronel.

—Entonces proceda —repuso MacNamara con una frialdad manifiesta.

—¡La defensa llama al estrado al teniente Lincoln Scott, del escuadrón 332 de cazabombarderos! —dijo Tommy alzando la voz con tono enérgico.

Scott se levantó de su asiento frente a la mesa de la defensa y atravesó en tres zancadas el espacio que mediaba hasta la silla de los testigos. Tomó rápidamente la Biblia, juró decir la verdad y se sentó. Miró a Tommy con la impaciencia propia de un boxeador, esperando que sonara la campana.

—Teniente Scott, cuente al tribunal cómo llegó al Stalag Luft 13.

—Derribaron mi avión. Como el de todos los que estamos aquí.

—¿Cómo ocurrió?

—Me perseguía un Focke-Wulf y no conseguí librarme de él antes de que me alcanzara. Eso fue todo.

—No exactamente —repuso Tommy—. Lo plantearé de otra forma: después de haber completado su patrulla habitual y al volar de regreso a su base, ¿oyó pedir auxilio a través de una emisora abierta al piloto de un B-17 al que habían alcanzado y tenía problemas?

Después de una pausa, Scott asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Una llamada de socorro?

—Supongo que sí, señor Hart. Estaba solo y tenía los dos motores averiados y la mitad del estabilizador de cola destrozado y estaba en una situación muy apurada.

—¿Dos motores averiados y le estaban atacando?

—Sí.

Tommy se detuvo. Calculó que todos los hombres del público sabían las poquísimas

probabilidades que tenía el bombardero de salvarse en el momento de pedir auxilio a quienquiera que le oyera.

—Y usted y su compañero de vuelo trataron de prestar auxilio a ese bombardero que había sido atacado, ¿no es así?

—Así es.

—¿Estaban obligados a hacerlo?

—No —contestó Scott—. Supongo que técnicamente no, señor Hart. El avión pertenecía a un grupo distinto del que nos habían encomendado proteger. Pero usted y yo sabemos que ésta no pasa de ser una consideración técnica. Por supuesto que teníamos que ayudarle. Por lo tanto, es absurdo insinuar que no estábamos obligados a hacerlo, señor Hart. Ni siquiera pensamos en hacer otra cosa. Simplemente atacamos.

—Comprendo. No pensaron que tuvieran otra opción. Dos contra seis. ¿Cuánta munición les quedaba cuando se lanzaron al ataque?

—La suficiente para un par de ráfagas. —Scott se detuvo, y después añadió—: No veo por qué tenemos que hablar de esto, señor Hart. No tiene nada que ver con los cargos que se me imputan.

—Ya llegaremos a ellos, teniente. Pero todos los que han ocupado el estrado han explicado cómo aterrizaron en este campo de prisioneros, y usted también debe hacerlo. Así pues, ¿atacó una fuerza enemiga muy superior sabiendo que no tenía suficiente munición para disparar más que un par de ráfagas?

—En efecto. Mi compañero y yo conseguimos derribar un FockeWulf durante el primer ataque, confiando en que esto ahuyentaría a los otros. Pero no fue así.

—¿Qué ocurrió?

—Dos cazas se enzarzaron en combate con nosotros, otros dos persiguieron al bombardero.

—¿Y luego?

—Conseguimos ahuyentar a los dos cazas, situándonos detrás de ellos. Yo derribé a otro con la última munición que me quedaba. Luego perseguimos a los otros.

—¿Sin munición?

—Bueno, en otras ocasiones había funcionado.

—¿Qué ocurrió en esta ocasión?

—Me derribaron.

—¿Y su compañero de vuelo?

—Murió.

Tommy se detuvo, dejando que los presentes reflexionaran.

—¿Qué pasó con el B-17?

—Logró llegar sano y salvo a la base.

—¿Quiénes vuelan en el escuadrón 332?

—Hombres de todos los Estados Unidos.

—¿Y qué les distingue a ustedes?

—Somos voluntarios. No hay reclutas.

—¿Y qué más?

—Todos somos negros. Formados en Tuskegee, Alabama.

—¿Ha perdido la vida en combate algún bombardero protegido por el escuadrón de cazas 332?

—No hasta la fecha.

—¿Cómo es eso?

Scott vaciló. No había dejado de mirar a Tommy durante todo el diálogo, y siguió mirándolo de hito en hito, salvo durante unos segundos en que apartó la vista para observar al público, antes de fijar de nuevo en Tommy su mirada singular, rígida.

—Todos habíamos llegado a un acuerdo, cuando ingresamos en el cuerpo de aviación. Hicimos un pacto, una declaración de principios, por así decirlo. No dejaríamos que ningún chico blanco al que nos encomendaran proteger muriera.

Tommy se detuvo, dejando que esa frase reverberara sobre la silenciosa multitud congregada en la sala.

—Bien, cuando llegó aquí —prosiguió Tommy—, ¿hizo amistad con otros *kriegies*?

—No.

—¿Con ninguno?

—No.

—¿Por qué?

—Nunca había tenido un amigo blanco, teniente Hart. No veo por qué habría de tenerlo aquí.

—¿Y ahora tiene amigos aquí, teniente Scott?

—Supongo que le considero a usted, señor Hart, y al teniente de aviación Renaday algo así como amigos —respondió tras dudar y encogerse de hombros.

—¿Ninguno más?

—No.

—Ahora bien, el capitán Vincent Bedford...

—Yo le odiaba. Y él me odiaba a mí. La base de ese odio lo constituía el color de mi

piel, señor Hart, pero sospecho que era algo más profundo. Cuando el capitán Bedford me miraba, no veía a un hombre en las mismas circunstancias que él. Veía a un enemigo, era un sentimiento ancestral. Un enemigo mucho más peligroso que los alemanes con quienes estamos en guerra. Y confieso que desgraciadamente yo sentía lo mismo hacia él. Era el hombre que había esclavizado, torturado y obligado a mis antepasados a trabajar hasta caer muertos. Era como una pesadilla que no sólo me afectaba a mí, sino a mi padre, a mi abuelo y a todas las generaciones que me han precedido.

—¿Mató usted a Vincent Bedford?

—No. No me habría importado pelear con Vincent Bedford, y si, en el curso de la pelea, él hubiera muerto, no me habría causado ningún pesar. ¿Pero perseguirlo por la noche, como afirman esos hombres, acechándole y atacándolo por la espalda como un débil y despreciable cobarde? ¡No señor! ¡Jamás lo haría, ni ahora ni nunca!

—¿No lo haría?

Scott estaba sentado con el torso inclinado hacia delante. Su voz retumbaba por la sala.

—No. ¿Pero quiere saber si me alegré al averiguar que alguien lo había matado? Pues, sí. Incluso cuando me acusaron falsamente, en mi fuero interno me alegré de lo ocurrido, porque consideraba a Vincent Bedford un ser diabólico.

—¿Diabólico?

—Sí. Un hombre que vive una mentira, como hacía él, es diabólico.

Tommy hizo una pausa. Lo que había percibido en las palabras de Scott iba en una dirección distinta de lo que dedujo que quería decir el aviador negro. Pero experimentó una súbita sensación de euforia, pues acababa de reparar en algo sobre Vincent Bedford que dudaba que otro hubiera detectado, con la posible excepción del hombre que le había asesinado. Tommy se detuvo segundos, casi aturdido por los pensamientos que se agolpaban en su mente. Luego recobró la compostura y se volvió hacia Scott, que aguardaba con impaciencia la próxima pregunta.

—Ya ha oído al *Hauptmann* Visser insinuar que usted ayudó a otra persona a cometer el crimen...

Scott sonrió.

—Creo que todos los presentes sabemos que esa insinuación no se tiene en pie, señor Hart. ¿Qué palabras empleó textualmente el *Hauptmann*? «Ridículo» y «absurdo». Nadie en este campo se fía de mí. Yo no me fío de nadie en este campo, y menos aún para fraguar una conspiración con el propósito de asesinar a otro oficial.

Tommy miró con disimulo a Visser, que se había sonrojado y se movía inquieto en la silla. Luego se volvió de nuevo hacia su cliente.

—¿Quién mató a Vincent Bedford?

—No lo sé. Sólo sé a quién pretenden culpar.

—¿A quién?

—A mí.

Después de volver a dudar unos instantes, Scott alzó la voz, con toda la intensidad de un predicador.

—¡Esta guerra está llena de seres inocentes que mueren cada minuto, cada segundo, señor Hart! —dijo—. Si ha llegado mi hora, pese a ser inocente, paciencia. ¡Pero soy inocente de los cargos que se me imputan y lo seré hasta el día de mi muerte!

Tommy dejó que esas palabras flotaran en la sala. Luego se volvió hacia Walker Townsend.

—Puede interrogar al testigo —dijo con suavidad.

El capitán de Virginia se levantó y se dirigió despacio hacia el centro de la sala. Con una mano se acariciaba la barba incipiente; presentaba el aspecto característico de un hombre que mide sus palabras antes de pronunciarlas. Tommy, situado frente a él, observó que Scott estaba sentado en el borde de la silla, como una viva imagen de tensión y energía, impaciente por oír la primera pregunta del fiscal. En sus ojos no se apreciaba nerviosismo, sólo la atención y concentración de un boxeador. Tommy comprendió en aquel segundo que Scott debió de constituir una tremenda fuerza a los mandos de su Mustang; el aviador negro tenía la singular capacidad de concentrarse sólo en la pelea que tenía ante sí. Era un auténtico guerrero, pensó Tommy, y en cierto modo más profesional que los oficiales de carrera que estaban pendientes de cada palabra suya. Para Tommy, el único hombre presente en la sala que podía rivalizar en intensidad con Scott era Heinrich Visser. La diferencia entre ellos consistía en que la concentración de Scott provenía de una profunda rectitud, mientras que la de Visser era la dedicación de un fanático. Pensó que en una pelea justa, Scott asestaría unos golpes tanto o más contundentes que Visser y más eficaces que Walker Townsend. El problema era que la pelea no era justa.

—Vamos a tomarnos esto con calma y prudencia, teniente —dijo Townsend con voz melosa, casi acariciadora—. Hablemos primero de los medios.

—Como usted guste, capitán —respondió Scott.

—Usted no niega que el arma mostrada por la acusación fue fabricada por usted mismo, ¿no es así?

—No lo niego, yo confeccioné ese cuchillo.

—Y no niega haber pronunciado esas frases amenazadoras.

—No señor, no lo niego. Pronuncié esas frases porque quería poner distancia entre el capitán Bedford y yo. Pensé que al amenazarlo le infundiría respeto.

—¿Y fue así?

—No.

—De modo que sólo tenemos su palabra de que esas frases no fueron unas amenazas en toda regla, sino un intento de «poner distancia», como ha dicho.

—Así es —contestó Scott.

Walker Townsend asintió con la cabeza, pero el gesto indicaba con claridad una interpretación particular.

—Y la noche en que el capitán Bedford fue asesinado, teniente, usted no niega haberse levantado de su litera y salir al pasillo del barracón 101, ¿verdad?

—No, tampoco lo niego.

—De acuerdo. Y no niega, señor, poseer la fuerza necesaria para transportar el cuerpo del capitán Bedford cierta distancia...

—Yo no hice eso... —interrumpió Scott.

—¿Pero tiene usted la fuerza necesaria, teniente?

Lincoln Scott se detuvo, reflexionó unos segundos y a continuación respondió:

—Sí, la tengo. Con cualquiera de mis brazos, y a hombros, si me permite adelantarme a su próxima pregunta.

Walker Townsend sonrió ligeramente, asintiendo.

—Gracias, teniente. Ha acertado usted. Ahora, hablemos un momento del motivo. ¿No oculta usted su desprecio hacia el capitán Bedford, incluso después de muerto?

—No, así es.

—¿Diría usted que su vida ha mejorado con la muerte del capitán Bedford?

Ahora fue Scott quien sonrió levemente.

—Debería haberme formulado esa pregunta de otro modo, capitán. ¿Ha mejorado mi vida porque ya no tengo que encontrarme con ese fanático cabrón cada día...? Pues sí. Pero es una ventaja ilusoria, capitán, teniendo en cuenta que puedo acabar mi vida ante un pelotón de fusilamiento.

—Estoy de acuerdo con usted en ese punto, teniente —dijo Townsend—. Pero no niega que cada día durante el tiempo en que ambos convivieron en este campo, Vincent Bedford le dio motivo para asesinarlo, ¿no es cierto?

Scott negó con la cabeza.

—No, capitán, no es cierto —dijo—. Los actos del capitán Bedford me dieron motivo para odiarlo a él y lo que él representaba. Me empujaron a enfrentarme a él, a

demostrarle que no estaba dispuesto a dejarme amedrentar por sus convicciones racistas. Incluso el hecho de que tratase de que yo cruzara el límite del campo para recuperar la pelota de béisbol, lo cual pudo haberme costado la vida de no haberme prevenido el teniente Hart, sólo me dio motivo para disputar con el capitán Bedford. Pelear y negarme a doblegarme ante él y aceptar su conducta pasivamente no constituye un motivo para matar, capitán, por más que usted trate de pretenderlo.

—Pero usted le odiaba...

—No siempre matamos a quienes odiamos, capitán. Ni siempre odiamos a quienes matamos.

Townsend tardó unos momentos en formular la siguiente pregunta, que provocó un silencio sepulcral en la sala. Tommy tuvo el tiempo suficiente de pensar que Scott se defendía muy bien, cuando una voz estridente sonó entre el público sentado a su espalda, extendiéndose a través de la sala.

—¡Embustero! ¡Asqueroso negro embustero! —cada palabra estaba impregnada por un inconfundible acento sureño.

—¡Asesino! ¡Maldito asesino embustero! —gritó una segunda voz desde un sector distinto del público.

De pronto, con la misma rapidez, se oyó una tercera voz, pero esta vez las palabras iban dirigidas a quienes habían gritado.

—¡Dice la verdad! —gritó alguien—. ¿Es que no sabéis reconocer la verdad cuando la oís? —Estas palabras contenían un claro acento nasal de Boston. Un tono que Tommy reconoció de su época en Harvard.

En una esquina del teatro se oyeron unas voces, protestas y empujones. Al volverse para observar a la multitud de *kriegies*, Tommy vio a un par de aviadores a punto de llegar a las manos. Al cabo de unos segundos se oyeron otros focos de ira y confrontación en varios puntos de la espaciosa sala, y los hombres arracimados en ella empezaron a empujarse unos a otros y a gesticular. Parecía casi como si estuvieran a punto de estallar tres o cuatro peleas antes de que el coronel MacNamara comenzara a asestar unos furiosos martillazos, realzados por la cascada de voces encolerizadas.

—¡Maldita sea! ¡Orden! —gritó MacNamara—. ¡Mandaré desa-lojar la sala si no se comportan con disciplina!

Durante unos instantes el ambiente de la sala se puso al rojo vivo, pero acabó por imponerse un tenso silencio.

El coronel MacNamara permitió que éste se prolongara, antes de amenazar de nuevo a la multitud de *kriegies*.

—Comprendo que haya diferencias de opinión entre ustedes, y que los ánimos estén

exaltados —dijo secamente—. ¡Pero debemos mantener el orden! Un consejo de guerra debe ser público, para que todos asistan a él. ¡Se lo advierto! ¡No me obliguen a tomar medidas para controlar otros disturbios antes de que se produzcan!

A continuación MacNamara hizo algo que sorprendió a Tommy. El coronel se volvió brevemente hacia el comandante Von Reiter y dijo:

—¡Eso es precisamente sobre lo que le previne reiteradas veces, *Herr Oberst*!

Von Reiter movió la cabeza para indicar que estaba de acuerdo. Luego éste se volvió hacia Walker Townsend y le indicó que prosiguiera.

Hubo otra cosa que sorprendió a Tommy. Cada vez que se había producido el menor alboroto durante la sesión, MacNamara se había apresurado a utilizar su martillo. Tommy había llegado a pensar que lo que mejor se le daba a MacNamara era golpear la mesa enérgicamente con el martillo, porque no parecía muy avezado en materia de derecho ni procedimientos penales. Pero esta vez tuvo la sensación de que el otro había esperado a que estallara el primer disturbio, que incluso en cierto modo había provocado, antes de exigir orden. Parecía como si hubiera previsto que estallara el tumulto.

Esto se le antojó muy curioso, pero apenas tuvo tiempo de meditar en ello cuando Walker Townsend formuló otra pregunta al testigo.

—¿Pretende usted, teniente Scott, que este tribunal, que todos los hombres que han acudido a escuchar su testimonio, que todos nosotros creamos que la noche en que fue asesinado el capitán Bedford, después de que usted saliera al pasillo, después de que le vieran merodeando en la oscuridad, regresó a su litera y no reparó en que una persona desconocida le había sustraído la cazadora y las botas de su lugar habitual, y que le había robado este cuchillo que había construido usted con sus propias manos, que se había llevado esos objetos y los había utilizado para asesinar al capitán Bedford, tras lo cual los restituyó de nuevo en su habitación, y que posteriormente usted no observó las manchas de sangre en ellos? ¿Es eso lo que pretende que creamos, teniente?

Scott se detuvo y luego respondió con firmeza:

—Sí. Precisamente.

—¡Mentira! —gritó una voz del fondo de la sala, haciendo caso omiso de la advertencia de MacNamara.

—¡Dejadlo hablar! —replicó alguien al instante.

El coronel tomó de nuevo el martillo, pero en seguida volvió a hacerse el silencio, aunque tenso, en la sala del tribunal.

—¿No le parece un tanto rocambolesco, teniente?

—No lo sé, capitán. ¡Nunca he cometido un asesinato! De modo que no tengo

experiencia en la materia. Usted, sin embargo, ha participado en numerosos casos de asesinato, quizá pueda ofrecernos una respuesta. ¿Ninguno de los casos en los que participó era insólito o sorprendente? ¿Nunca comprobó que los hechos y las respuestas eran misteriosos y difíciles de descubrir? Usted tiene más experiencia que yo, capitán, de modo que debería poder responder a estas preguntas.

—¡Mi misión aquí no es responder, teniente! —replicó Townsend enfadándose por primera vez—. Es usted quien está sentado en la silla de los testigos.

—Yo creo, capitán —respondió Scott con irritante frialdad, lo cual a Tommy le pareció casi perfecto—, que eso es justamente por lo que estamos en esta Tierra. Para responder a preguntas. Cada vez que uno de nosotros se subía en un avión para entrar en combate, respondíamos a una pregunta. Cada vez que nos enfrentamos a los verdaderos enemigos de nuestra vida cotidiana, ya sean alemanes o sureños racistas, respondemos a preguntas. En eso consiste la vida, capitán. Es posible que usted, cautivo en este campo de prisioneros, encerrado detrás de una alambrada, lo haya olvidado. ¡Pero le aseguro que yo no!

Townsend volvió a hacer una pausa, moviendo lentamente la cabeza adelante y atrás. Luego se dirigió hacia la mesa de la acusación. A mitad de camino, se detuvo y miró a Scott, como si de golpe se le hubiera ocurrido algo, una pregunta en la que no había reparado antes. Tommy comprendió en seguida que se trataba de una trampa, pero no podía hacer nada al respecto. Confió en que Scott se diera cuenta también del ardid.

—Ah, teniente, una última pregunta, si no tiene inconveniente.

En éstas Tommy alargó la mano y derribó uno de sus libros de derecho de la mesa, el cual cayó estrepitosamente al suelo, sobresaltando a Scott y a Townsend.

—Lo lamento —dijo Tommy, agachándose y procurando hacer tanto ruido como pudo al recoger el libro del suelo—. No quise interrumpirle, capitán. Continúe.

Townsend lo miró enojado y repitió:

—Una última pregunta, pues...

Lincoln Scott miró a Tommy durante una fracción de segundo mientras leía la advertencia en el pequeño incidente que éste había protagonizado. Luego asintió con la cabeza y preguntó a Townsend:

—¿Qué desea preguntarme, capitán?

—¿Estaría usted dispuesto a mentir para salvar la vida?

Tommy se levantó de la silla, pero el coronel MacNamara, adelantándose a su protesta, agitó la mano enérgicamente, haciendo un gesto encaminado a interrumpir a Tommy.

—El acusado responderá a la pregunta —dijo bruscamente.

Tommy hizo una mueca al tiempo que sentía una opresión en la garganta. «Es la peor pregunta», pensó. Se trataba de un viejo truco de los fiscales, que Townsend jamás habría podido emplear en un tribunal normal, pero en el Stalag Luft 13, en esta farsa que pasaba por un juicio, era injustamente permitido. Tommy sabía que era imposible responder a esa pregunta. Si Scott decía sí, haría que todo lo demás que había dicho pareciera mentira. Si decía lo contrario, todos los *kriegies* presentes en la sala, cada hombre que había sentido el gélido aliento de la muerte sobre él y sabía que tenía suerte de seguir vivo, creería que estaba mintiendo, porque uno era capaz de todo con tal de seguir vivo.

Tommy miró unos momentos a los ojos de Lincoln Scott y pensó que el aviador negro se había percatado también del peligro. Era como pasar entre los dos escollos de Escila y Caribdis. Uno no podía librarse de sufrir una desgracia.

—No lo sé —respondió Scott lentamente, pero con firmeza—. Lo que sé es que hoy aquí he dicho la verdad.

—Eso dice usted —replicó Townsend con un respingo, meneando la cabeza.

—En efecto —le espetó Scott—, eso es lo que afirmo.

—En tal caso —dijo Townsend, tratando en vano de conferir a sus palabras una mortífera mezcla de indignación e incredulidad—, por el momento no haré más preguntas al testigo.

El coronel MacNamara miró a Tommy.

—¿Desea usted volver a interrogar al testigo, abogado? —preguntó.

Después de reflexionar durante unos instantes, Tommy meneó la cabeza.

—No señor.

El coronel observó a Lincoln Scott.

—Puede retirarse, teniente.

Scott se levantó, se volvió hacia el tribunal y saludó, después de lo cual se dirigió, caminando con paso firme y los hombros cuadrados, hacia su asiento.

—¿Algo más, señor Hart? —preguntó MacNamara.

—La defensa no desea llamar a más testigos al estrado —repuso Tommy en voz alta.

—En ese caso —dijo MacNamara—, reanudaremos la sesión esta tarde para escuchar los alegatos finales. Confío, caballeros, en que éstos sean breves y concisos. Pueden retirarse.

Sonó un nuevo martillazo.

Los hombres se pusieron en pie ruidosamente, y en ese momento de confusión se oyó

una voz que dijo: «¡Acabemos con él ahora mismo de un tiro!» A la que replicó una segunda voz, no menos indignada, que exclamó: «¡Cerdos sureños!» De inmediato se produjo un tumulto mientras los hombres se empujaban unos a otros, en medio del griterío. Tommy vio a *kriegies* tratando de contener a *kriegies*, y a hombres amenazando a otros con el puño. No sabía cómo estaban divididas las opiniones con respecto a la culpabilidad o inocencia de Lincoln Scott, pero sabía que el tema producía una fuerte tensión.

MacNamara seguía asestando martillazos. Al cabo de unos segundos, el silencio se impuso entre los exaltados *kriegies*.

—¡He dicho que pueden retirarse! —bramó MacNamara—. ¡Eso he dicho!

Observó enfurecido a la desordenada multitud de *kriegies*, aguardando unos momentos en el tenso silencio del teatro. Luego se levantó, se alejó con paso enérgico de la mesa del tribunal y avanzó a través de la masa de hombres, observándolos fijamente, como si colocara un nombre a cada rostro. A su paso se oyeron unos murmullos de protesta y unas voces airadas, pero éstas se disiparon a medida que los hombres empezaron a desfilar de la sala del tribunal hacia el recinto exterior, iluminado por el sol del mediodía.

Tommy caminaba por el perímetro del campo a solas con sus pensamientos y preocupaciones. Sabía que debía estar en el interior del barracón, lápiz y papel en mano, escribiendo las palabras que emplearía esa tarde para tratar de salvar la vida de Lincoln Scott, pero el embravecido mar que se agitaba en su corazón le había impulsado a salir al engañoso sol, y siguió caminando al ritmo impuesto por las sumas y restas que realizaba mentalmente. Sintió el calor del sol en el cuello, sabiendo que era falaz, pues el tiempo no tardaría en cambiar y la lluvia grisácea empezaría a caer de nuevo sobre el campo.

Los otros *kriegies* que se encontraban en el campo de revista o en el de ejercicios, o caminando por la misma ruta que Tommy, no se acercaron a él. Nadie se detuvo, ni para injurarlo ni para desearle suerte, ni siquiera para admirar la tarde que les rodeaba con la misma tenacidad que la alambrada de espino. Tommy caminaba solo.

«Un hombre que vive una mentira...» Tommy meditó en las palabras de Scott al describir a Vincent Bedford. Una cosa sabía sobre el hombre al que habían asesinado: nunca había hecho un trato del que él no saliera beneficiado, salvo el último, que le había costado la vida. «Un precio alto», pensó Tommy con cinismo. Si Trader Vic había estafado a alguien en uno de sus tratos, ¿sería motivo suficiente para matarlo? Tommy siguió caminando al tiempo que se preguntaba con qué comerciaba Trader Vic. Era bastante claro: comerciaba con comida, chocolate, prendas de abrigo, cigarrillos, café y alguna que otra cámara fotográfica y radio ilegal.

Tommy se paró en seco. Había descubierto algo más: Trader Vic comerciaba con información.

Dirigió la vista hacia el bosque. En aquel momento se hallaba detrás del barracón 105, cerca del lugar un tanto oculto donde creía que habían asesinado a Trader Vic. Calculó la distancia a la alambrada desde la parte posterior del barracón y luego dirigió la mirada al bosque.

Durante unos instantes se sintió aturdido debido a la presión del momento. Pensó en Visser y en hombres moviéndose por el campo de noche, así como en quienes habían amenazado a Scott pese a las órdenes, y en todas las pruebas que apuntaban en una dirección desapareciendo simultáneamente, y en Phillip Pryce que había sido removido de modo sumario de la escena. Todo cayó de repente sobre él y se sintió como si se enfrentara a un fuerte viento oceánico que levantaba espuma sobre el agitado oleaje y teñía el agua de un gris turbio e intenso, anunciando una violenta tormenta que avanzaba inexorable por el horizonte. Meneó la cabeza en un gesto de reproche: «Has dedicado demasiado tiempo a contemplar las corrientes a tus pies, en lugar de mirar a lo lejos.» Tommy supuso que era el tipo de observación que habría hecho Phillip Pryce. Pero, así y todo, seguía atrapado por los acontecimientos.

En esa especie de trance en el que estaba sumido, oyó que alguien pronunciaba su nombre, y durante unos momentos creyó que era Lydia quien le llamaba desde el jardín, conminándole a salir de la casa, porque la atmósfera estaba saturada del perfume de la primavera en Vermont y era una lástima no gozar de ella. Pero al volverse, comprobó que era Hugh Renaday quien le llamaba. Cerca de éste vio a Scott, quien le indicó que se acercara. Tommy miró su reloj. Era la hora en que la acusación y la defensa habrían de exponer sus alegatos finales.

Hasta Tommy tuvo que reconocer que Walker Townsend fue elocuente y persuasivo. Habló con tono quedo, casi hipnótico, sosegado, decidido. Su leve acento sureño confirió a sus palabras un aire de credibilidad. Señaló que de todos los elementos del crimen, el único que Lincoln Scott había negado tajantemente era el de ser el autor del asesinato. Parecía gozar subrayando que el aviador negro había reconocido prácticamente todos los demás aspectos relacionados con el asesinato.

Mientras todos los hombres, amontonados en cada palmo del teatro, escuchaban sus palabras, Tommy pensó que a Lincoln Scott le estaban arrebatando lenta pero sistemáticamente la inocencia. El capitán Townsend, con su forma de expresarse sosegada pero contundente, dejó bien claro que había un único sospechoso en el caso, y un solo hombre considerado culpable.

Tachó los esfuerzos de Tommy de meras cortinas de humo, destinadas a desviar la

atención de Scott. Sostuvo que los rudimentarios conocimientos forenses dentro del campo obligaban a conceder más peso a las pruebas circunstanciales. Se desentendió del testimonio de Visser, aunque evitó analizarlo, limitándose a poner de relieve la forma en que lo había dicho, lo cual, según tuvo que reconocer Tommy, era el mejor sistema de restarle importancia.

Por último, en un golpe de ingenio que Tommy tuvo que reconocer con amargura que había sido brillante, Walker Townsend indicó que él no reprochaba a Lincoln Scott el haber matado a Trader Vic. El capitán de Virginia había alzado la voz, asegurándose de que no sólo el tribunal sino cada *kriegie* pendiente de sus palabras lo oyera.

—¿Quién de nosotros, señorías, no habría hecho lo mismo? El capitán Bedford fue en gran medida culpable de su muerte. Subestimó al teniente Scott desde el principio — declaró Townsend con vehemencia—. Lo hizo porque, como sabemos, era racista. Pensaba, según su mentalidad cobarde, que su víctima no le haría frente. Pues bien, señores, como hemos visto, Lincoln Scott es, ante todo, un luchador. Él mismo nos ha contado que el hecho de que las circunstancias le fueran adversas no le disuadió de atacar a los FW. Por lo tanto, se enfrentó a Vincent Bedford del mismo modo que se había enfrentado a aquéllos. La muerte que acaeció como consecuencia de ese enfrentamiento es comprensible. Pero, caballeros, el hecho de que ahora comprendamos las causas de sus actos, no exime al teniente Scott de ellos, ni los hace menos odiosos. En cierto modo, señorías, se trata de una situación bien simple: Trader Vic obtuvo su merecido por la forma en que se había comportado. Ahora debemos juzgar al teniente Scott por el mismo rasero. Él consideraba culpable a Vincent Bedford y lo ejecutó. Ahora nosotros, en tanto que hombres civilizados, demócratas y libres, debemos hacer lo propio.

Dirigió una breve inclinación de la cabeza al coronel MacNamara y, acto seguido, se sentó.

—Su turno, señor Hart —dijo el coronel—. Sea breve, por favor.

—Lo procuraré, señoría —repuso Tommy poniéndose en pie.

Se situó al frente del auditorio y alzó la voz lo suficiente para que todos pudieran oírle.

—Hay una cosa que conocemos todos los hombres que nos hallamos en el Stalag Luft 13: la incertidumbre. Es la consecuencia más elemental de la guerra. No hay nada realmente seguro hasta que ha pasado, e incluso entonces, permanece a menudo envuelto en un manto de confusión y conflicto. Tal es el caso de la muerte del capitán Vincent Bedford. Sabemos por boca del único experto que examinó la escena del crimen (pese a ser un nazi), que el caso presentado por la acusación no se corresponde con las pruebas.

Y sabemos que la declaración de inocencia del teniente Scott no ha podido ser rebatida por la acusación, no ha vacilado bajo el turno de repreguntas. Así pues, señorías, se les pide que tomen una decisión inapelable, definitiva en su certidumbre, basándose en unos detalles totalmente subjetivos, es decir, unos detalles envueltos en dudas. Pero de lo que no cabe duda alguna es sobre lo que es un pelotón de fusilamiento. No creo que ustedes puedan ordenar una ejecución sin estar seguros por completo de la culpabilidad de Lincoln Scott. No pueden ordenarla porque el teniente Scott les caiga bien o porque no les guste el color de su piel o porque sea capaz de citar a los clásicos mientras otros no lo son. No pueden ordenarla, porque una condena a muerte debe basarse exclusivamente en unas pruebas claras e irrefutables. La muerte de Trader Vic está muy lejos de cumplir ninguno de esos requisitos.

Tommy se detuvo, sin saber qué agregar, convencido de haber estado muy por debajo de la elocuencia profesional de Townsend. No obstante, añadió una última reflexión.

—Aquí todos somos prisioneros, señorías —dijo—, y no sabemos si aún estaremos vivos mañana, pasado mañana o después. Pero deseo hacerles notar que ejecutar a Lincoln Scott en esas circunstancias será como matarnos a todos un poco, como lo haría una bala o una bomba.

Tras estas palabras se sentó.

De pronto estallaron primero unos murmullos y luego un vocerío, seguidos por exclamaciones y gritos. Los *kriegies* amontonados en el teatro se enfrentaban enfurecidos unos a otros. Lo primero que pensó Tommy fue que resultaba de una claridad meridiana que los dos últimos alegatos, pronunciados por Walker Townsend y por él mismo, no habían conseguido neutralizar la tensión entre los hombres, sino que, por el contrario, habían servido para polarizar aún más las diversas opiniones que sostenían los *kriegies*.

Volvieron a oírse los martillazos procedentes de la mesa del tribunal.

—¡No consentiré un motín! —gritó el coronel MacNamara—. ¡Y tampoco consentiré un linchamiento!

—Menos mal —musitó Scott sonriendo con ironía.

—¡Orden! —exclamó MacNamara. Los *kriegies*, a pesar de ello, tardaron al menos un minuto en calmarse y recobrar la compostura.

—De acuerdo —dijo MacNamara, cuando por fin pudo hablar—. La evidente tensión y conflicto de opiniones que rodea el caso ha creado unas circunstancias especiales —exclamó como si estuviera pasando revista—. Por consiguiente, tras consultarlo con las autoridades de la Luftwaffe —indicó con la cabeza al comandante Von Reiter, que se tocó la visera de charol negra y reluciente en un gesto de saludo y asentimiento— hemos

decidido lo siguiente. Les ruego que lo comprendan. Son órdenes directas de su superior, y deben obedecerlas. ¡Quien no las obedezca pasará un mes en la celda de castigo!

MacNamara se detuvo de nuevo, dejando que los hombres asimilaran la amenaza.

—¡Nos reuniremos de nuevo aquí a las ocho en punto de la mañana! El tribunal dará a conocer entonces su veredicto. De este modo, disponemos del resto de la noche para recapacitar. Después de que se haya emitido el veredicto, todo el contingente de prisioneros se dirigirá directamente al campo de revista para el *Appell* matutino. ¡Directamente y sin excepciones! Los alemanes han accedido amablemente a retrasar el recuento matutino para facilitar la conclusión del caso. No habrá alborotos, ni peleas, ni discusiones con respecto al veredicto hasta que se haya llevado a cabo el recuento. Permanecerán en formación hasta que se les ordene romper filas. Los alemanes reforzarán las medidas de seguridad para impedir los disturbios. ¡Quedan advertidos! Deben comportarse como oficiales y caballeros, sea cual fuere el veredicto. ¿Me he expresado con claridad?

Era una pregunta que no requería respuesta.

—A las ocho en punto de la mañana. Aquí. Todos. Es una orden. Ahora pueden retirarse.

Los tres miembros del tribunal se pusieron en pie, al igual que los oficiales alemanes. Los *kriegies* se levantaron también y empezaron a desalojar la sala.

Walker Townsend se inclinó hacia Tommy, ofreciéndole la mano.

—Ha hecho un magnífico trabajo, teniente —dijo—. Mejor de lo que nadie podía imaginar de un abogado defensor que comparece por primera vez ante un tribunal en un caso capital. Ha recibido una buena formación en Harvard.

Tommy estrechó en silencio la mano del fiscal. Townsend ni siquiera saludó a Scott, sino que se volvió para cambiar impresiones con el comandante Clark.

—Tiene razón, Tommy —dijo Scott—. Y te lo agradezco, al margen de la decisión que tomen.

Pero Tommy tampoco le respondió.

Sentía una intensa frialdad interior, pues por fin, en aquellos últimos segundos, creía haber vislumbrado la verdadera razón por la cual había sido asesinado Trader Vic. Era casi como si la verdad flotara ante él, vaporosa y huidiza. De pronto alargó la mano inconscientemente, asiendo el aire frente a él, confiando en que lo que había visto constituyera si no toda la respuesta cuando menos buena parte de la misma.

Una noche para saldar deudas

Scott fue el primero en hablar cuando llegaron a su dormitorio en el barracón 101.

El aviador negro se mostraba por momentos deprimido y por momentos excitado, pensativo y exaltado a la vez, como si se sintiera abrumado por la angustia y la tensión del momento y no supiera cómo reaccionar ante la larga noche que se avecinaba. A ratos atravesaba de prisa la habitación, asestando puñetazos a unos adversarios imaginarios, tras lo cual se apoyaba en la pared, como un púgil en el décimo asalto que se aferra a las cuerdas para tomarse un breve respiro antes de reanudar la pelea. Miró a Hugh, que estaba tumbado en su litera como un obrero cansado tras la larga jornada laboral, y luego a Tommy, que era quien se mostraba más entero de los tres, aunque, paradójicamente, era el más voluble.

—Supongo —comentó Scott con cierto tono melancólico—, que deberíamos celebrar mi última noche de... —Vaciló, sonrió con tristeza y concluyó la frase— ¿De inocencia? ¿De libertad? ¿De ser acusado? No, no es probable. Y supongo que no es exacto decir «libertad», porque todos estamos encerrados aquí y ninguno de nosotros es libre. Pero es la última noche de algo, lo cual ya es importante. ¿Qué os parece? ¿Descorchamos la botella de champán o la de brandy Napoleón de 100 años? ¿Asamos unos solomillos a la parrilla? ¿Preparamos una torta de chocolate y la decoramos con velitas? ¡Oh, cualquier cosa que nos ayude a pasar la noche!

Scott se separó de la pared y se acercó a Tommy. Le tocó en el hombro en un gesto que, de haber prestado Tommy más atención, habría comprendido que era la primera manifestación espontánea de afecto del aviador negro desde su llegada al Stalag Luft 13.

—Vamos, Tommy —dijo con calma—, el caso ha terminado. Has hecho lo que debías. En cualquier medio civilizado, habrías logrado crear una duda razonable, que es lo que exige la ley. El problema es que éste no es un medio civilizado.

Scott se detuvo y suspiró antes de continuar.

—Ahora sólo queda esperar el veredicto, que desde la mañana en que hallaron el cadáver de Vic sabemos cuál será.

Esta frase sacó a Tommy del trance en el que permanecía sumido desde el fin de la

sesión de aquel día. Miró a Lincoln Scott y después movió lentamente la cabeza.

—¿Qué ha terminado? —preguntó—. El caso acaba de empezar, Lincoln.

Scott lo miró perplejo.

Hugh, tendido en la litera, dijo, casi como si se sintiera agotado:

—Esta vez has conseguido desconcertarme, Tommy. ¿Qué quieres decir con eso?

De pronto, Tommy golpeó la palma de una mano con el puño y, remedando a Scott, asestó un puñetazo al aire, se volvió rápidamente y propinó un par de derechazos seguidos de un gancho izquierdo ante sus amigos. La intensa luz de la bombilla que pendía del techo arrojó marcadas sombras exageradas sobre su rostro.

—¿Qué hago? —preguntó de pronto, parándose en seco en el centro de la habitación, sonriendo como un poseso.

—Comportarte como un loco —repuso Hugh, esbozando una sonrisa.

—Practicar unos golpes de boxeo con un contrincante imaginario —terció Scott.

—Exactamente. ¡Has dado en el clavo! Y eso es lo que ha estado ocurriendo desde hace unos días.

Tommy se llevó una mano a la cabeza, se apartó un mechón de los ojos y aplicó el índice sobre sus labios. Se acercó de puntillas a la puerta, la abrió con cautela y se asomó al pasillo, para comprobar si había alguien observando o escuchándoles. El pasillo estaba desierto. Cerró la puerta y regresó junto a sus compañeros con una exagerada expresión de euforia en su rostro.

—¿Cómo he podido ser tan idiota y no haberme dado cuenta antes? —dijo con tono quedo, aunque cada palabra parecía estar marcada con fuego.

—¿Darte cuenta de qué? —inquirió Scott.

Tommy se acercó a sus amigos y susurró:

—¿Con qué comerció Trader Vic poco antes de morir?

—El cuchillo con el que lo mataron.

—Exacto. El cuchillo. El cuchillo que necesitábamos. El cuchillo que tuvimos en nuestro poder, pero luego nos desprendimos de él, y que Visser está empeñado en encontrar. El maldito cuchillo. El maldito e importante cuchillo. De acuerdo. ¿Pero qué más?

Los otros dos se miraron.

—¿A qué te refieres? —preguntó Scott—. El cuchillo era el objeto crítico...

—No —declaró Tommy—. Todos estábamos pendientes de ese cuchillo, cierto. Mató a Vic. No caben dudas de que fue el arma del crimen. Pero Bedford obtuvo también de unos hombres desconocidos en este campo algo tanto o más importante que ese cuchillo.

Ese piloto de un caza, el tipo de Nueva York, nos dijo que vio a Vic manejando dinero alemán, documentos oficiales y un horario de trenes...

—Sí, pero...

—¡Un horario de trenes!

Lincoln y Hugh guardaron silencio.

—No pensé en ello porque, al igual que todos, estaba obsesionado con el maldito cuchillo. ¿Por qué necesitaría un *kriegie* un horario de trenes, a menos que creyera poder tomar uno? Pero esto es imposible, ¿no? ¡Nadie ha conseguido fugarse jamás de este campo de prisioneros! Porque aunque consiguieras atravesar la alambrada y el bosque y llegar a la ciudad sin despertar sospechas, y aun cuando consiguieras llegar al andén, para cuando el tren de las siete quince o el que sea que se dirige a Suiza entrara en la estación, el lugar estaría repleto de gorilas de la Gestapo buscándote, ya que la alarma habría sonado mucho tiempo antes en nuestro querido Stalag Luft 13. ¡Todos lo sabemos! Y todos sabemos que el hecho de que nadie haya logrado fugarse de aquí lleva meses carcomiendo al coronel MacNamara y a su repelente ayudante Clark. —A continuación Tommy bajó la voz otra octava, de forma que sus palabras eran poco más que un susurro—. ¿Pero qué tiene de particular el día de mañana?

Los otros se limitaron a seguir mirándolo en silencio.

—Mañana es diferente debido a una cosa, la única cosa que este juicio ha obligado a hacer a los alemanes. Distinta de todos los días que llevamos aquí. ¡Pensad en ello! ¿Qué es lo que no cambia nunca? Ni en Navidad ni en Año Nuevo. Ni el día más espléndido de verano. ¡Ni siquiera en el cumpleaños de ese cerdo de Hitler! ¿Qué es la única cosa que nunca varía? ¡El recuento matutino! La misma hora, el mismo lugar. ¡Lo mismo todos los días! Un día tras otro. Trescientos sesenta y cinco días al año, inclusive los años bisiestos. Como el mecanismo de un reloj, amanece y los alemanes nos cuentan cada mañana. Salvo mañana. Los alemanes han accedido «amablemente» a retrasar el *Appell* porque todos están preocupados de que el veredicto de este caso provoque un motín. Los alemanes, que jamás alteran su condenada rutina, mañana lo harán. De modo que mañana, única y exclusivamente mañana, retrasarán el recuento. ¿Cuánto rato, una hora, dos? ¡Oh, esas bonitas formaciones compuestas cada una por cinco hombres para contarnos! Pues bien, mañana esas formaciones no se constituirán hasta mucho después de la hora habitual.

Scott y Hugh cruzaron una mirada. Los ojos de Tommy reflejaban una euforia que contagió en seguida a los otros dos.

—Insinúas... —dijo Scott.

Pero Tommy le interrumpió.

—Mañana en esas formaciones faltarán unos hombres.

—Continúa, Tommy —dijo Scott, prestando mucha atención.

—Veréis, si sólo desapareciera un hombre, o dos, o incluso tres o cuatro, su falta podría disimularse cuando los hurones examinaran las filas, aunque no ha ocurrido nunca. Supongo que es concebible hallar la forma de darles un par de horas de ventaja. ¿Pero y si se tratara de más hombres: veinte, treinta, quizá cincuenta? La ausencia de tantos hombres sería evidente desde el primer momento durante el *Appell*, y la alarma sonaría de inmediato. ¿Cómo darles el tiempo suficiente de fugarse, teniendo en cuenta que es imposible que los cincuenta hombres aborden el primer tren que entre en la estación, lo que les obligaría a tomar varios trenes a lo largo de la mañana?

Hugh señaló a Tommy con un dedo al tiempo que asentía con la cabeza.

—Tiene sentido —dijo—. Es lógico. ¡Es preciso retrasar el recuento matutino! Pero no veo qué tiene que ver la muerte de Vic con una fuga.

—Yo tampoco —repuso Tommy—. Aún no. Pero estoy seguro de que está relacionado con ello, y me propongo averiguarlo esta noche.

—Muy bien, estoy de acuerdo, ¿pero qué tiene que ver el hecho de que Scott se enfrente a un pelotón de fusilamiento en todo esto? —preguntó Hugh.

—Otra buena pregunta —contestó Tommy meneando la cabeza—. Y otra respuesta que voy a obtener esta noche. Pero apostaré mi última cajetilla de tabaco a que alguien que estuviera dispuesto a matar a Trader Vic para fugarse de este condenado lugar no dudaría en dejar que Lincoln se enfrentara a un pelotón de ejecución alemán.

Pocos minutos antes de la una de la mañana, según indicaba la esfera luminosa del reloj que Lydia le había regalado, Tommy Hart percibió los primeros y tenues sonidos de movimiento en el pasillo junto al dormitorio del barracón. Desde el momento en que los alemanes habían extinguido las luces en todo el campo, los tres hombres se habían turnado para vigilar junto a la puerta, afanándose en percibir el menor ruido sospechoso de hombres que se dirigieran hacia la puerta de salida. La espera se había hecho interminable. En más de una ocasión Tommy había reprimido la tentación de reunir a los otros y salir del barracón. Pero recordó la noche en que se había despertado al oír a unos hombres hacer lo mismo, y dedujo que ese mismo trío figuraba en la lista de hombres que iban a tratar de escapar esta mañana. Era preferible seguirlos que salir precipitadamente con sus dos compañeros, sin saber por dónde tirar, y arrostrar los peligros de los reflectores o los gorilas prestos a apretar el gatillo. Tommy pensó que los barracones que ofrecían más probabilidades de ser el lugar de reunión de los presuntos fugados eran el 105, donde se había cometido el asesinato, o el 107, situado dos

barracones más allá, que aunque no era el más cercano a la alambrada y al bosque, tampoco era el más alejado.

Sus compañeros estaban sentados detrás de él, en el borde de una litera, esperando en silencio. Tommy vio sus rostros bajo el resplandor del cigarrillo de Hugh.

—¡Ahí van! —murmuró Tommy.

Sostuvo una mano en alto y se inclinó más hacia la gruesa puerta de madera. Oyó la leve vibración de unos pasos sobre las tablas del suelo. Imaginó lo que ocurría en el pasillo, a pocos metros. Los *kriegies* habrían recibido las instrucciones pertinentes y estarían preparados con su equipo de fuga. Lucirían unas prendas reformadas de paisano. Quizá llevaran una maleta o un maletín. No olvidarían tampoco unas raciones adicionales de comida, sus documentos falsos de identidad, sus permisos de trabajo y de desplazamiento; es probable que los billetes de tren los llevaran cosidos a los bolsillos de la chaqueta. No sería necesario decir nada, pero cada hombre practicaría para sus adentros, en silencio, las pocas frases en alemán que había aprendido de memoria que confiaba que le permitirían alcanzar la frontera con Suiza. Siguiendo un orden preciso, se detendrían en la puerta, esperarían a que los reflectores pasaran de largo y saldrían rápidamente. Tommy supuso que esa noche no se atreverían a encender siquiera una vela, sino que cada hombre habría contado ya el número de pasos que había de su litera hasta la puerta.

Tommy se volvió hacia los otros.

—Ni un sonido —dijo—. Ni uno. Preparaos...

Pero Scott, curiosamente, alargó las manos y asió a los otros dos por los hombros, abrazándolos, de forma que sus rostros estaban a escasos centímetros unos de otros, y habló con insólita y feroz intensidad.

—He pensado, Tommy, Hugh —dijo lentamente, con voz clara y rotunda—, que hay una cosa que debemos tener muy presente esta noche.

Sus palabras sorprendieron a Tommy, provocándole un escalofrío.

—¿De qué se trata? —preguntó Hugh.

Tommy oyó a Scott inspirar profundamente, como si se sintiera abrumado por el peso de lo que iba a decir, creándole un problema que los otros ni siquiera imaginaban.

—Unos hombres han muerto para que el plan de esta noche se cumpla —susurró—. Unos hombres han trabajado con ahínco y han muerto para dar a otros la oportunidad de alcanzar la libertad. Dos hombres murieron atrapados en un túnel que estaban excavando y se derrumbó, poco antes de que yo llegara aquí...

—Es cierto —apostilló Hugh con tono quedo—. Nos enteramos de ello en el otro recinto.

Scott cobró aliento una vez más, antes de proseguir con voz suave aunque enérgica.

—¡Debemos tener presentes a esos hombres! —dijo—. ¡No podemos meter la pata y estropear los planes de los que piensan fugarse esta noche! ¡Debemos andar con pies de plomo!

—Debemos averiguar la verdad —soltó Tommy de sopetón.

Scott movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Es cierto —repuso—. Debemos averiguar la verdad. Pero debemos recordar el costo. Otros han muerto. Esta noche se saldarán unas deudas, y debemos tener esto presente, Tommy. Recordad que, en última instancia, somos oficiales del cuerpo de aviación. Hemos jurado defender nuestra patria. No mi persona. Eso es cuanto tengo que decir.

Tommy tragó saliva.

—Lo tendré presente —dijo. Tenía la impresión de que todo lo que debía hacer esa noche se habría convertido de pronto en una empresa más difícil. «Es mucho lo que está en juego», se dijo.

Hugh permaneció en silencio unos segundos antes de murmurar:

—¿Sabes, Scott? Eres un magnífico soldado y un patriota, y tienes razón, y esos cabrones que han estado mintiendo y falseando los hechos probablemente no merecen lo que acabas de decir. Bueno, Tommy, el navegante eres tú...

Tommy observó la repentina y amplia sonrisa de Scott.

—Eso es, Tommy. Tú tienes que trazar la ruta. Nosotros te seguiremos.

No había nada que él pudiera decir. Dudando de todo salvo de que todas las respuestas residían en la oscuridad, Tommy abrió con suavidad la puerta del cuarto del barracón y echó a andar con paso decidido por el pasillo, seguido a corta distancia por sus dos compañeros. En el aire que les rodeaba no había nada excepto la oscuridad de la noche y el angustioso temor generado por la incertidumbre.

Apenas habían recorrido la mitad del barracón, cuando un pequeño haz de luz se filtró a través de las grietas de la puerta principal al pasar el reflector. Bastaron esos breves segundos para que Tommy viera a tres figuras agazapadas. Luego, con la misma rapidez con que había aparecido, la luz se extinguió, volviendo a sumir el barracón en las tinieblas. Pero Tommy había confirmado sus sospechas: había visto a tres hombres zambullirse en el océano de la noche. No consiguió identificarlos, ni vio cómo iban vestidos, ni lo que llevaban consigo. Lo único que percibió fue cómo se movían. Siguió avanzando con rapidez.

No hubo necesidad de decir nada cuando llegaron al final del pasillo y se agacharon,

esperando observar el mismo movimiento cuando la luz volviera a pasar. Aparte de la ruidosa respiración de los dos hombres que había a su lado, Tommy no oía nada.

No tuvieron que esperar mucho rato. El resplandor del reflector cayó sobre la puerta, vacilando unos instantes antes de pasar de largo, iluminando algunas zonas de los otros barracones. En aquel momento, Tommy asió la manecilla de la puerta, la abrió y se sumergió en la noche como la vez anterior, dirigiéndose a toda prisa hacia las sombras que arrojaba el alero del barracón. Los otros dos le seguían a pocos pasos, y cuando los tres se apretujaron contra el muro del barracón 103, comprobaron que respiraban más trabajosamente de lo normal, teniendo en cuenta la modesta distancia que habían recorrido.

Tommy echó una ojeada a su alrededor, tratando de localizar a los hombres que habían salido antes que ellos, pero no consiguió distinguirlos en la oscuridad.

—¡Maldita sea! —masculló.

Hugh se enjugó la frente.

—No me hace gracia estar aquí esta noche ocupando el culo de la formación —dijo sonriendo.

Tommy asintió con la cabeza, sintiéndose más animado al oír la voz del canadiense. «Culo de la formación» era la expresión que utilizaban los pilotos de cazas británicos para referirse al último hombre en una formación de ataque compuesta por seis aviones, la posición más arriesgada y peligrosa. La guerra había cumplido casi un año cuando la jefatura de cazas ordenó un cambio en la formación básica de vuelo, adoptando una V parecida a la forma en que los alemanes volaban al entrar en combate, en lugar de un ala alargada, que dejaba al último piloto desprotegido. Nadie vigilaba la cola de éste, y docenas de pilotos de Spitfires habían perecido en 1939 debido a que los Messerschmidts alemanes se situaban detrás de ellos, sin ser vistos, disparaban una ráfaga y huían antes de que el piloto pudiera virar para enfrentarlos.

—No me hagáis caso —añadió Hugh—. ¿Adónde vamos ahora?

Tommy entrecerró los ojos tratando de escrutar la noche. Era una noche fría, despejada. El cielo estaba tachonado de estrellas y una luna parcial brillaba sobre la lejana línea de árboles, poniendo de relieve las siluetas de los gorilas apostados en las torres de vigilancia. Los tres hombres que habían abandonado el barracón antes que ellos se habían esfumado.

—¿Nos metemos debajo del barracón, como la otra vez, Tommy? —susurró Scott—. Quizás estén allí.

Tommy meneó la cabeza, estremeciéndose sólo de pensarlo.

—No —dijo, dando gracias por la oscuridad que les rodeaba—. Rodearemos la

fachada y luego el costado del barracón 105. Seguidme.

Sin aguardar una respuesta, los tres hombres se inclinaron hacia delante y echaron a correr, sorteando los escalones de acceso al barracón 103, pasando por el borde del espacio abierto y peligroso, hasta alcanzar por fin el estrecho callejón entre los barracones.

Al pasar de la zona de peligro de la fachada del barracón a la seguridad que les ofrecía el callejón, Tommy oyó un pequeño ruido sordo, seguido por una palabrota pronunciada en voz baja pero rotunda. Sin aminorar el paso, al zambullirse en la oscuridad, vio la silueta de un hombre a pocos metros, frente al barracón 105.

El hombre se había agachado para recoger un maletín que se le había caído. Estaba inclinado hacia delante, tratando de recuperarlo frenéticamente junto con unos pocos objetos que habían caído de aquél. En cuanto lo hubo conseguido, echó a correr y desapareció. Tommy comprendió al instante que era el tercer hombre de los que avanzaban delante de ellos. El tercer hombre, el que corría mayor peligro.

Como para resaltar esta amenaza, un reflector pasó sobre el lugar donde hacía unos segundos el hombre había dejado caer el maletín. La luz parecía vacilar, oscilando de un lado a otro, como si sintiera sólo una leve curiosidad. Luego, al cabo de unos segundos, desistió de su empeño y pasó de largo.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Lincoln Scott.

Tommy asintió con la cabeza.

—¿Tenéis alguna idea de adónde se dirigen? —inquirió Renaday.

—Supongo que al barracón 107 —respondió Tommy—. Pero no lo sabremos con certeza hasta que lleguemos allí.

Tras echar a correr por el callejón, protegidos por la oscuridad, los tres hombres consiguieron alcanzar la fachada del siguiente barracón. Todo estaba quieto, en silencio, hasta el punto de que Tommy temió que el mínimo ruido que hicieran sonara amplificado, como un trompetazo o un bocinazo de alarma. Moverse en silencio en un mundo carente de ruidos externos es muy difícil. No se oía el sonido de los coches y los autobuses de una ciudad cercana, ni el estruendo de un bombardeo a lo lejos. Ni siquiera las voces de los gorilas bromeando en las torres de vigilancia o el ladrido del perro de un *Hundführer* rasgaban la noche para distraer la atención o contribuir a ocultar los pasos de Tommy y sus compañeros. Durante unos momentos, Tommy deseó que los británicos se pusieran a cantar una escandalosa canción en el recinto norte. Lo que fuera con tal de ocultar los modestos ruidos que hacían ellos.

—Bien —musitó Tommy—, haremos lo mismo que antes, pero esta vez iremos de uno en uno. Rodearemos la fachada y nos refugiaremos en las sombras de la parte lateral

del edificio. Yo pasaré primero, luego Lincoln y después tú, Hugh. No os precipitéis, tened cuidado. Estamos muy cerca de la torre de vigilancia situada al otro lado del campo. El reflector casi pilló a ese otro tipo. Puede que los gorilas hayan oído algo y vigilen esta zona. Además, suele haber uno de esos malditos perros junto a la puerta de entrada. Tomáoslo con calma y no os mováis hasta estar seguros de que no hay peligro.

—De acuerdo —repuso Scott.

—Malditos perros —masculló Hugh—. ¿Creéis que olerán el miedo que siento? —El canadiense emitió una risa seca y desprovista de alegría—. No debe de ser muy difícil percibir mi olor en estos momentos. Si esos condenados reflectores se acercan más, podréis conocer el de mis calzoncillos a un kilómetro de distancia.

La ocurrencia hizo sonreír a Tommy y a Lincoln, pese a la gravedad del momento.

El canadiense asió a Tommy del antebrazo.

—Indícanos el camino, Tommy —dijo—. Scott te seguirá y yo os seguiré a los dos dentro de un par de minutos.

—Espera hasta estar seguro —repitió Tommy. Luego, inclinándose hacia delante, avanzó como un cangrejo hasta la fachada del barracón, hasta alcanzar la última sombra en el borde del espacio abierto. Se detuvo, agachándose para cerciorarse de que llevaba las botas debidamente anudadas y la cazadora abrochada, y se encasquetó la gorra. No llevaba nada que hiciera ruido, nada que pudiera engancharse en los escalones al pasar junto a ellos. Realizó un breve inventario de su persona, comprobando si llevaba algo que pudiera delatar su presencia. Todo estaba en orden. En aquel segundo de vacilación, pensó que había viajado muy lejos sin haber alcanzado su destino, pero que algunas cosas que se le habían ocultado hasta entonces estaban a punto de volverse nítidas. Cada músculo de su cuerpo se resistía a exponerse al riesgo del reflector, los perros y los gorilas, pero Tommy sabía que esas voces de cautela eran cobardes, y al mismo tiempo pensó que el zafarse de los alemanes acaso fuera lo menos peligroso que le tocara hacer esa noche.

Tommy respiró hondo y se puso de puntillas. Alzó la vista, apretó los dientes y, sin previo aviso a los otros, echó a correr frente a la fachada del barracón 105.

Sus pies levantaron unas nubecitas de polvo. Tommy tropezó con un pequeño bache en el suelo y estuvo a punto de caerse. De pronto pensó que debió de ser el mismo bache que había hecho dar un traspiés al hombre que le había precedido, pero al igual que un patinador que pierde por un instante el equilibrio, recobró la compostura y siguió adelante.

Jadeando, dobló la esquina del edificio, arrojándose contra el muro y la amable oscuridad. Tardó un par de segundos en calmarse. Los latidos de su corazón resonaban

en sus oídos como el batir de un tambor, o el motor de un avión.

Esperó a que Scott atravesara la misma distancia, dejando que el silencio se deslizara a su alrededor. Aguzó la vista y el oído y miró hacia la puerta del barracón 107. Mientras permanecía atento, observando y escuchando, oyó el sonido inconfundible de una voz americana. Inclino la cabeza hacia el punto del que provenía el sonido y lo que oyó no le llamó la atención. Las palabras del hombre traspasaron la oscuridad, aunque hablaba en susurros: «Número treinta y ocho...» En ese momento se escuchó un ruido pequeño y distante. Alguien había llamado dos veces con los nudillos a la puerta del barracón. Tommy entrecerró los ojos, y vio abrirse la puerta y a una figura, inclinada hacia adelante, que salvaba los escalones de dos en dos y entraba en el edificio.

De inmediato comprendió por qué habían elegido el barracón 107. La puerta de entrada se hallaba en un lugar resguardado del resplandor de los reflectores, en un sitio casi invisible, debido a los extraños ángulos que formaban el campo de revista y los otros barracones. No estaba tan próximo a la alambrada posterior como el barracón 109, pero la distancia adicional era fácilmente salvable. Los encargados de planificar las fugas nunca elegían los barracones más próximos a la libertad, porque eran los que los hurones registraban con más frecuencia. Tommy vio que el bosque se hallaba tan sólo a unos setenta y cinco metros al otro lado de la alambrada. Otros túneles casi habían logrado recorrer esa distancia. Por lo demás, el barracón 107 presentaba también la ventaja de hallarse situado en el lado que daba a la ciudad. Si un *kriegie* conseguía alcanzar los árboles, podía seguir avanzando en lugar de tratar de navegar con una brújula de fabricación casera en la densa oscuridad del bosque bávaro.

Tommy se apretó contra el muro, esperando a Scott. Suponía el motivo de la demora: un reflector estaba registrando la zona por la que acababan de pasar, moviéndose tras ellos, tratando de explorar los espacios entre los barracones.

Mientras aguardaba, Tommy oyó otro susurro y dos golpes en la puerta del barracón 107, que volvió a abrirse brevemente. Dedujo que habían llegado dos hombres del otro lado del recinto.

El reflector retrocedió hacia el barracón 101 y Tommy oyó las recias pisadas de las botas de Scott rodeando la fachada del edificio, cuando el aviador negro aprovechó esa oportunidad. También tropezó con el bache en el suelo, y al arrojarle contra el muro, junto a Tommy, emitió en voz baja un juramento.

—¿Estás bien?

Scott cobró aliento.

—Sigo vivito y coleando —respondió—. Pero ha sido por los pelos. El reflector no cesa de pasar sobre la fachada de los barracones 101 y 103. ¡Cabrones! Pero creo que no

vieron nada. Es muy típico de los alemanes. Hugh aparecerá dentro de un minuto, cuando esos gorilas orienten el reflector hacia otro sitio. ¿Has visto algo?

—Sí —repuso Tommy muy quedo—. Unos hombres han entrado en el 107. Murmuraron un número, llamaron dos veces y la puerta se abrió.

—¿Un número?

—Sí. Tú serás el cuarenta y dos. Yo el cuarenta y uno. Una pequeña mentira, que nos permitirá entrar allí. Y Hugh, si consigue llegar hasta aquí, será el cuarenta y tres.

—Puede que tarde unos minutos. El reflector nos persigue. Y hay algo en el suelo...

—Yo también tropecé en ello.

—Espero que lo haya visto.

Los dos hombres aguardaron. Podían ver el haz de luz moviéndose sin cesar sobre el territorio que acababan de atravesar, explorando la oscuridad. Sabían que Hugh estaría agazapado, pegado a la pared, esperando su oportunidad. Pasó un rato que se les antojó eterno, pero por fin la luz pasó de largo.

—¡Ahora, Hugh! —murmuró Tommy.

Oyó las botas del fornido canadiense que se echaba a correr en la oscuridad. Casi al instante se oyó un golpe, una palabrota en voz baja y silencio, cuando Renaday tropezó con el mismo bache con que habían tropezado Tommy y Scott.

Pero el canadiense no se levantó de un salto.

Tommy oyó un gemido quedo y ronco.

—¿Hugh? —murmuró tan alto como pudo.

Tras un momento de silencio, ambos hombres oyeron el inconfundible acento del canadiense.

—¡Me he lastimado la rodilla! —se quejó.

Tommy se acercó al borde del barracón. Vio a Hugh tendido en el suelo, a unos quince metros, aferrando su rodilla izquierda con un gesto de dolor.

—Espera —le dijo Tommy—. ¡Iremos a por ti!

Scott se acercó a Tommy, dispuesto a confundirse en la oscuridad, cuando un repentino haz de luz rasgó el aire sobre sus cabezas, obligándoles a arrojar al suelo. El reflector se abatió sobre el tejado del barracón 105 y empezó a reptar como un lagarto por el muro hacia ellos.

—No te muevas —musitó Hugh.

La luz se alejó de Tommy y de Scott y permaneció suspendida junto al punto donde Hugh yacía en el suelo, abrazándose la rodilla pero inmóvil, con la cara sepultada en la tierra fría. El borde de la luz se hallaba a escasos centímetros de su bota. Estaban a punto

de descubrir su presencia. El canadiense pareció alargar la mano hacia la oscuridad, como si ésta fuera una manta protectora con que cubrirse.

La luz permaneció suspendida en lo alto unos instantes, lamiendo perezosamente el contorno de la figura postrada de Hugh. Luego, lánguidamente, casi como si se burlara de ellos, retrocedió unos metros hacia el barracón 103.

Hugh no se movió. Despacio, levantó la cara del suelo y se volvió hacia el lugar donde Tommy y Scott seguían inmóviles.

—¡Dejadme! —dijo con voz queda, pero firme—. No puedo moverme. ¡Seguid sin mí!

—No —respondió Tommy, hablando con un tono angustiado—. Iremos a recogerte cuando se apague el reflector.

Éste se detuvo de nuevo, iluminando el suelo a unos cinco metros de donde se hallaba Hugh.

—¡Maldita sea! ¡Dejadme, Tommy! ¡Esta noche estoy acabado! *Kaput!*

Scott tocó a Tommy en el brazo.

—Tiene razón —dijo—. Debemos seguir adelante.

Tommy se volvió bruscamente hacia el aviador negro.

—Si esa luz descubre su presencia, dispararán contra él. Y se armará la gorda.

»¡No lo abandonaré! ¡Una vez abandoné a alguien, y no volveré a hacerlo!

—Si vas ahí —murmuró Scott—, acabarás matándolo a él, a ti mismo y quizás a otros.

Tommy se volvió, angustiado, hacia Hugh.

—¡Es mi amigo! —susurró consternado.

—¡Entonces compórtate como su amigo! —replicó Scott—. ¡Haz lo que te dice!

Tommy se volvió, escudriñando las sombras en busca de Hugh. El reflector continuaba moviéndose de un lado a otro, disparando luz a pocos metros de donde aquél yacía postrado. Pero lo que asombró a Tommy, y también debió de asombrar a Scott, fue que el aviador le aferraba el brazo con fuerza.

Hugh se había tumbado boca abajo y, moviéndose con deliberada y exasperante lentitud, avanzaba arrastrándose, apartándose de la fachada del barracón, dirigiéndose sistemática e inexorablemente hacia el campo de revista, alejándose de los hombres que se dirigían hacia el barracón 107. De paso se alejaba del haz del reflector, lo cual constituía tan sólo un alivio momentáneo, pues se dirigía directamente hacia la enorme área central del Stalag Luft 13. Era una zona neutral, una explanada oscura donde no había ningún lugar donde ocultarse, pero Tommy sabía que Hugh había calculado que si

los alemanes le sorprendían allí no pensarían automáticamente que ocurría algo anormal en las oscuras hileras de barracones. El problema era que no existía la forma de regresar inmediatamente a un lugar seguro desde el centro del campo de ejercicios. En el transcurso de las horas nocturnas que quedaban, quizás Hugh pudiera retroceder a rastras hasta el barracón 101. Pero lo más seguro era que tuviera que aguardar allí hasta que amaneciera o le descubrieran. En cualquier caso, su posición lo exponía a morir.

Tommy distinguió la tenue silueta del canadiense reptando hacia el campo de ejercicios. Entonces Tommy se volvió hacia Scott y señaló la entrada del barracón 107.

—De acuerdo —dijo—. Ahora sólo estamos tú y yo.

—Sí —respondió Scott—. Y los que esperan dentro.

Ambos hombres se encaminaron en silencio hacia las espesas sombras junto a los escalones de entrada del barracón 107. Al llegar allí, Tommy Hart y Lincoln Scott se detuvieron, llenos de remordimientos. Tommy se volvió para mirar el lugar desde el que Hugh se había alejado a rastras, pero no pudo ver la silueta de su amigo, el cual parecía haber sido engullido, para bien o para mal, por la oscuridad.

Tommy llamó dos veces a la puerta y murmuró:

—Cuarenta y uno y cuarenta y dos...

Después de una breve vacilación, la puerta emitió un leve crujido cuando alguien que se hallaba dentro del barracón la abrió unos centímetros.

Tommy y Scott avanzaron de un salto, empujaron la puerta y se precipitaron dentro del barracón.

Tommy oyó una voz, alarmada pero queda, que dijo:

—¡Eh! Vosotros no... —Pero se disipó. Lincoln Scott y él se quedaron quietos en la entrada, observando el pasillo.

La escena que contemplaron era sobrecogedora. Media docena de velas arrojaban una tenue luz, dispuestas cada tres metros aproximadamente. El pasillo estaba lleno de *kriegies*, sentados en el suelo, con las piernas encogidas para ocupar menos espacio. Unas dos docenas de hombres iban vestidos como Tommy y Scott habían previsto, con ropa que les daban el aspecto de paisanos. Sus uniformes habían sido reformados por los servicios de compostura del campo, teñidos mediante unas ingeniosas mezclas de tinta y pinturas, de forma que ya no presentaban el acostumbrado color caqui y verde oliva del ejército estadounidense. Muchos hombres, como el que Tommy había visto abandonar el barracón 101, sostenían toscas maletas o maletines. Algunos lucían gorras de obreros y portaban unas falsas cajas de herramientas.

El hombre que había abierto la puerta vestía uniforme. Tommy dedujo que no tenía previsto fugarse. Asimismo, observó que cada pocos metros había unos hombres que

constituían las tropas de apoyo, todos ellos vestidos de uniforme. En total, había unos sesenta sentados en el pasillo central del barracón. De éstos, quizá sólo dos docenas pensaban fugarse y aguardaban con paciencia su turno.

—¡Maldita sea, Hart! —le espetó el hombre que había abierto la puerta—. ¡Vosotros no estáis en la lista! ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

—Digamos que a cumplir la misión de averiguar la verdad —repuso Tommy con resolución.

Sin más, pasó sobre los pies del último hombre que esperaba salir del barracón y echó a andar por el pasillo. Lincoln Scott siguió a Tommy, sorteando también los obstáculos. La débil luz de las velas arrojaba unas curiosas sombras alargadas sobre las paredes. Los *kriegies* permanecieron en silencio, observando a los dos hombres que se abrían paso entre ellos. Parecía como si Tommy y Lincoln hubieran descubierto el secreto ritual nocturno de una insólita orden monacal.

Frente a ellos vieron un pequeño cono de luz proveniente del retrete situado al final del pasillo. En esos momentos salió de él un *kriegie*, sosteniendo un tosco cubo lleno de tierra, que entregó a uno de los hombres de uniforme que había a su lado. El cubo pasó de mano en mano, hasta desaparecer en uno de los cuartos del barracón, como si se tratara de un anticuado cuerpo de bomberos pasando cubos de agua hasta la base de las llamas. Tommy se asomó al cuarto y vio que alzaban el cubo hacia un agujero en el techo, donde un par de manos lo aferró. Sabía que extenderían la tierra por el estrecho espacio debajo del techo, por el que podía pasar un hombre arrastrándose, después de lo cual harían descender el cubo vacío, que volvería a pasar por las afanosas manos de los hombres, hasta llegar al retrete.

Tommy se acercó a la puerta. Los rostros de los hombres reflejaban angustia, a medida que otro cubo lleno de tierra era alzado de un agujero en el suelo del único retrete del barracón.

El túnel se iniciaba debajo del retrete. Los *kriegies* ingenieros se las habían ingeniado para levantar éste y desplazarlo unos palmos hacia un lado, creando una abertura de poco menos de medio metro cuadrado. El tubo de desagüe descendía por el centro del orificio, pero lo habían bloqueado en la parte superior. Los hombres del barracón 107 habían inhabilitado el retrete con el fin de excavar el túnel. Durante unos momentos Tommy sintió admiración por las ingeniosas mentes que habían concebido el plan. En éstas oyó una áspera y airada voz junto a él.

—¡Hart! ¡Hijo de perra! ¿Qué diablos hace aquí?

Tommy se volvió hacia el comandante Clark.

—He venido en busca de unas explicaciones, comandante —repuso fríamente.

—¡Haré que le acusen de desacato, teniente! —le espetó Clark, sin alzar la voz pero sin ocultar su furia—. Regrese al pasillo y espere hasta que hayamos terminado aquí. ¡Es una orden!

Tommy meneó la cabeza.

—Esta noche no lo es, comandante. Todavía no.

Clark atravesó el reducido espacio y se plantó a pocos centímetros de Tommy.

—Ordenaré que le...

Pero Lincoln Scott le interrumpió. El musculoso aviador avanzó unos pasos y clavó el dedo en el pecho del diminuto comandante, parándole los pies.

—¿Qué ordenará que hagan con nosotros, comandante? ¿Ejecutarnos?

—¡Sí! ¡Están entorpeciendo una operación militar! ¡Desobedeciendo una orden en combate! ¡Es una falta capital!

—Por lo visto —dijo Scott con una sonrisa de ira—, acumulo todo tipo de cargos a gran velocidad.

Oyeron unas sofocadas risas emitidas por algunos hombres, un ataque de hilaridad provocado tanto por la tensión del momento como por lo que había dicho Scott.

—¡No nos moveremos de aquí hasta averiguar la verdad! —dijo Tommy, plantándole cara al comandante.

Clark hizo una mueca de rabia. Se volvió hacia varios *kriegies* que había cerca, junto a la entrada del túnel, y les ordenó entre dientes:

—¡Apresad a estos hombres!

Los *kriegies* dudaron, y en aquel segundo se oyó otra voz, que emanaba un sorprendente sentido del humor, acompañada por una agresiva risotada.

—¡Qué carajo, no puede hacer eso, comandante! Todos lo sabemos. Porque esos dos tíos son tan importantes como todos los que estamos aquí esta noche. La única diferencia es que ellos no lo sabían. Así que no deben de ser tan estúpidos como usted creía, ¿verdad, comandante?

Tommy bajó la vista y comprobó que el hombre que acababa de hablar estaba agachado junto al túnel. Vestía un traje de color azul oscuro y ofrecía el aspecto de un hombre de negocios un tanto desaliñado. Pero su sonrisa indicaba a las claras que era de Cleveland.

—¡Eh, Hart! —dijo el teniente Nicholas Fenelli con gesto risueño—. No supuse que volvería a verte hasta estar de regreso en Estados Unidos. ¿Qué te parece mi nuevo atuendo? Elegante, ¿no? ¿Crees que las chicas en casa se me echarán encima?

Fenelli señaló su traje, sin dejar de sonreír.

El comandante Clark se volvió indignado hacia el médico del campo.

—¿Usted no tiene nada que ver aquí, teniente Fenelli!

Fenelli meneó la cabeza.

—En eso se equivoca, comandante. Todos los aviadores que están presentes lo saben. Todos formamos parte del asunto.

En aquel momento salió un nuevo cubo de tierra de la entrada del túnel, poniendo al comandante Clark en el disparadero de seguir distribuyendo la tierra o encararse con Tommy Hart y Lincoln Scott. Clark miró a los dos tenientes y a Fenelli, quien le devolvió la mirada con una sonrisa insolente. El comandante indicó a la brigada del cubo que siguieran moviéndolo, orden que los hombres se apresuraron a obedecer, y el cubo pasó balanceándose frente a Tommy y a Lincoln. Luego Clark se agachó y preguntó en voz baja a los hombres que se hallaban dentro del túnel:

—¿Falta mucho?

Transcurrió casi un minuto de silencio hasta que la pregunta fue transmitida a través del túnel y otro minuto hasta que hubo respuesta.

—Dos metros —respondió una voz sin cuerpo, elevándose por el agujero en el suelo—. Es como cavar una tumba.

—Sigan cavando —dijo el comandante, arrugando el ceño—. ¡Tiene que estar terminado a la hora prevista! —Luego se volvió hacia Tommy y Lincoln—. Su presencia aquí no es grata —dijo fría y sosegadamente, habiendo al parecer recobrado la compostura durante los minutos que tardó el mensaje en ser enviado túnel arriba y devuelto túnel abajo.

—¿Dónde está el coronel MacNamara? —inquirió Tommy.

—¿Dónde va a estar? —replicó Clark. Acto seguido respondió ásperamente a su propia pregunta—. En su cuarto del barracón, deliberando con los otros dos miembros del tribunal.

Tommy se detuvo unos instantes.

—Y redactando un discurso, ¿no? —preguntó—. Con lo cual supongo que conseguirá retrasar aún más el *Appell* matutino.

Clark hizo una mueca y no respondió. Pero Fenelli sí.

—Sabía que eras lo bastante listo para llegar a esa conclusión, Hart —dijo emitiendo su típica risita—. Se lo dije al comandante, cuando me propuso hacer unas alteraciones en mi declaración. Pero él no te creía capaz de ello.

—Cállese, Fenelli —dijo Clark.

—¿Alteraciones? —preguntó Tommy.

Clark no respondió. Se volvió hacia Hart con expresión dura, iluminado por las velas que exageraban el rubor con que la ira teñía sus mejillas.

—Tiene razón al deducir que la conclusión del juicio nos ofreció una importante oportunidad que no dudamos en aprovechar. Ya tiene la respuesta a su maldita pregunta. Quítense de en medio. No tenemos tiempo que perder y menos con usted, Hart, ni con usted, Scott.

—No le creo —respondió Tommy—. ¿Quién mató a Trader Vic? —preguntó con firmeza.

El comandante Clark señaló con el índice a Lincoln Scott.

—Él —contestó ásperamente—. Todas las pruebas indican su culpabilidad desde el principio, y eso es lo que el tribunal dictaminará mañana por la mañana. Téngalo por seguro, teniente. Y ahora, fuera de aquí.

Del agujero en el suelo brotó otro cubo de tierra, que tomó un *kriegie* para transportarlo en silencio al corredor. Tommy era el único vagamente consciente de que muchos de los hombres que se hallaban a su espalda habían avanzado unos pasos para oír lo que se hablaba junto a la entrada del túnel.

—¿Por qué mataron a Vic? —preguntó Tommy—. ¡Quiero respuestas, comandante!

Los hombres que abarrotaban el pasillo y los que trabajaban en la entrada del túnel dudaron unos momentos, dejando que la pregunta flotara en torno al reducido espacio, planteando la misma duda en cada *kriegie*.

Clark cruzó los brazos.

—No obtendrá más respuestas de mí, teniente —afirmó—. Todas las respuestas que necesita se han dicho en el juicio. Todos lo saben. ¡Ahora quítense de en medio y déjenos terminar!

El comandante se mostraba obstinado, inflexible. Tommy no sabía qué hacer. Tenía la sensación de que cerca de allí se encontraban las respuestas a todo cuanto había sucedido en el campo durante las últimas semanas, pero no sabía cómo salir adelante. El comandante había convertido su empecinamiento en una mentira inamovible y Tommy no sabía cómo derribar esa barrera. Notó que Lincoln Scott comenzaba a desfallecer, casi derrotado por este último obstáculo que se alzaba en su camino. Tommy se devanaba los sesos tratando de hallar una solución, una forma de maniobrar, pero se sentía confundido y vacío, incapaz de resolver el problema. Sabía que no podía comprometer la iniciativa de fuga. No sabía qué amenaza proferir, qué mecanismo accionar, qué inventarse para salir del punto muerto en el que se hallaba. En aquel segundo pensó que los hombres situados en el otro extremo del túnel no tardarían en huir, llevándose con ellos la verdad.

Y en el preciso momento en que ese pensamiento hizo presa en él, Nicholas Fenelli

soltó inopinadamente:

—Mira, Hart, el comandante no va a ayudarte. Odia al teniente Scott tanto como lo odiaba Trader Vic y probablemente por las mismas razones. Imagino que quiere estar presente para ver al pelotón de fusilamiento alemán cuando dispare contra él. Hasta creo que le gustaría dar la orden de disparar...

—¡Cállese, Fenelli! —dijo Clark—. ¡Es una orden!

Tommy miró al hombre que quería ser médico, el cual se encogió de hombros, ignorando una vez más al comandante.

Tommy sintió una repentina frialdad en la habitación, como si hubiera irrumpido en una bolsa de aire frío.

—No lo entiendo —dijo, titubeando.

—Claro que lo entiendes —replicó Fenelli soltando otra breve risotada que sonaba como un rebuzno y un bufido de desprecio dirigido al comandante Clark—. A ver cómo te lo explicaría, Tommy...

El médico le mostró un pedazo de papel blanco. Tommy vio el número veintiocho escrito con lápiz en el centro de la hoja. Miró a Fenelli.

—Yo soy el veintiocho —dijo Fenelli—. Para conseguir este número, lo único que tuve que hacer fue modificar un poco mi declaración. Mentir un poco. Desmontar tu defensa. Por supuesto, no esperaban tu maniobra con Visser. Les pilló desprevenidos. Fue un golpe maestro. En cualquier caso, estos tíos que hay delante de mí no son unos cabrones como yo; pagaron un precio para ocupar un lugar en esta fila. La mayoría son buena gente, Hart. Hay algunos falsificadores, algunos ingenieros y algunas ratas de túneles. Éstos consiguen los números más altos, ¿comprendes? Son los tipos que concibieron este plan, que hicieron el trabajo duro y todo lo demás. Prácticamente todo. Pero no todo. Deja que te haga una pregunta, Tommy...

La sonrisa de Fenelli se desvaneció al instante, dando paso a una expresión dura y agria casi tan elocuente como las palabras que pronunció a continuación.

—Yo soy un vulgar embustero, y conseguí el número veintiocho. ¿Qué número crees que ocuparían los hombres dispuestos a matar a otro para mantener en secreto este túnel? ¿Crees que pueden figurar a la cabeza de la lista?

Una profunda, fría y casi dolorosa sensación de pánico traspasó el corazón de Tommy y se clavó en sus entrañas. Sintió unas gotas de sudor en las sienes y notó la garganta seca. Las manos le temblaban y los músculos de sus piernas se contraían de terror.

Scott, junto a él, debió de reparar en aquel pánico, pues dijo quedamente:

—Iré yo. Tú no eres capaz de bajar allí. Lo sé. Espera aquí.

Pero Tommy meneó la cabeza con energía.

—No te creerán, aunque consiguieras regresar con la verdad. Pero a mí sí me creerán.

—Hart tiene razón —terció Fenelli desde su posición junto a la entrada del túnel—. Tú eres quien se enfrenta a un pelotón de ejecución. No tienes nada que perder por mentir. Pero todos los tíos que están aquí, los que no van a marcharse esta noche, creerán lo que Tommy les diga. Porque es uno de ellos. Lleva una eternidad en este campo de prisioneros, y es blanco como ellos. Lo siento, pero es verdad.

Scott se puso en tensión, con los brazos rígidos. Luego asintió con la cabeza, aunque era evidente que le había costado un esfuerzo hacerlo.

Tommy avanzó un paso.

El comandante Clark se interpuso en su camino.

—No lo consentiré... —empezó a decir.

—Sí que lo hará —repuso Scott con frialdad. No tuvo que decir nada más. El comandante miró al aviador negro y retrocedió rápidamente.

—Cúbreme la espalda, Lincoln —dijo Tommy—. Espero no tardar demasiado.

No esperó a oír la respuesta del aviador negro. Sabiendo que si dudaba siquiera un segundo no podría hacer lo que debía, Tommy se acercó al borde del túnel. Había velas dispuestas, sobre salientes contruidos a mano, a lo largo del estrecho túnel. Un cable de teléfono, de un centímetro y medio de grosor, probablemente sustraído de la parte posterior de un camión alemán y lo bastante resistente para sostener el peso de un hombre, estaba sujeto al borde del retrete. Tommy se sentó en el borde del túnel. El hombre situado debajo izó un cubo lleno de tierra y luego se apartó, apretándose contra el muro de tierra del túnel. Tommy asió el cable y, evocando los terrores de su infancia y un sinnúmero de angustiosas pesadillas, se deslizó lentamente por el agujero gélido y desierto que le aguardaba.

El final del túnel

Cuando llegó al fondo, tuvo la sensación de que no podía respirar. Cada palmo que descendía hacia las entrañas de la tierra parecía robarle el aire, hasta el punto de que cuando por fin apoyó los pies en el duro suelo de tierra, a seis metros debajo de la superficie, respiraba de forma entrecortada, espasmódica, jadeante, como si una gigantesca roca le oprimiera el pecho.

Había dos hombres trabajando en un pequeño espacio, casi una antesala al comienzo del túnel propiamente dicho, de unos dos metros de ancho y apenas un metro y medio de altura. Sus rostros estaban iluminados por un par de velas montadas en unas latas de carne; la tenue luz parecía pugnar contra las sombras que amenazaban con invadirlo todo. Ambos hombres mostraban las frentes sudorosas y tenían las mejillas manchadas de tierra y surcadas por arrugas de agotamiento. Uno estaba vestido con un traje parecido al que lucía Fenelli, y estaba sentado detrás de un rudimentario fuelle, al que accionaba con furia. El fuelle emitía una especie de soplido, a medida que introducía aire en el túnel. Tommy calculó que ese *kriegie* debía de ser el número veintisiete. El otro hombre llevaba simplemente un mono. Era un individuo bajo, recio y musculoso, y se encargaba de recibir cada cubo de tierra que descendía por el túnel e izarlo por el mismo para que los de arriba distribuyeran el contenido.

El hombre que vestía traje habló en primer lugar. No dejó de maniobrar el fuelle, pero sus palabras estaban teñidas de asombro.

—¡Hart! ¡Joder, tío! ¿Pero qué haces aquí?

Tommy miró a través de la oscilante luz y vio que el hombre del fuelle era el piloto de caza neoyorquino, el que le había ayudado en el campo de revista.

—Busco respuestas —respondió Tommy con voz entrecortada—. Allí —agregó señalando el túnel.

—¿Vas a subir por el túnel? —preguntó el neoyorquino.

Tommy asintió.

—Necesito averiguar la verdad —dijo sin dejar de jadear y toser.

—¿Y crees que la verdad se encuentra allí arriba? ¿La verdad sobre Trader Vic?

Tommy volvió a asentir.

El hombre siguió trabajando, pero parecía sorprendido.

—¿Estás seguro? No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver el túnel con la muerte de Vic? El comandante Clark no nos dijo a ninguno de los que trabajamos en este túnel que Vic estuviera relacionado con esto.

—Todo está oculto —repuso Tommy entre tos y tos—, pero todo está relacionado. —Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano, dominado como estaba por el terror, a fin de inspirar el aire suficiente para articular las palabras—. Debo subir allí y averiguar la verdad.

—¡Caray! —dijo el piloto meneando la cabeza. Su rostro brillaba debido al esfuerzo de accionar el fuelle—. Déjame que te diga una cosa, amigo. Quizá compruebes que la persona a quien buscas no está dispuesta a hablar. Sobre todo cuando está a punto de alcanzar la libertad.

—Debo ir allí —repitió Tommy—, no tengo otro remedio. —Cada palabra que pronunciaba le quemaba el pecho como un chorro de aire recalentado por el estallido de una bola de fuego.

El neoyorquino prosiguió sin pausas su esforzada tarea.

—De acuerdo —dijo encogiéndose de hombros—, te explicaré la situación. Hay veintiséis tíos distribuidos por el túnel. Un *kriegie* apostado cada tres metros aproximadamente. Cada cubo pasa de mano en mano hasta alcanzar la parte delantera del túnel, después de lo cual lo llenan y nos lo devuelven. Cada hombre avanza como un cangrejo y retrocede como una extraña tortuga, caminando hacia atrás. Andamos escasos de tiempo, de modo que te aconsejo que empieces a moverte y hagas lo que debas hacer. El túnel es tan estrecho que apenas podrás pasar en los tramos en que te encuentres con otro tío. Dispones de una cuerda para ayudarte a avanzar. ¡Sobre todo no golpees este jodido techo! Procura no levantar la cabeza. Hemos utilizado madera de los paquetes de la Cruz Roja para apuntalarlo, pero es muy inestable, y si lo golpeas corres el riesgo de que se derrumbe encima de ti. O encima de todos nosotros. Procura también no rozar las paredes, no son muy resistentes.

Tommy tomó buena nota de aquellos consejos. Se volvió y contempló la boca del túnel. Era estrecha, terrorífica. No medía más de medio metro por un metro. Cada *kriegie* que aguardaba en el túnel disponía de una sola vela para crear unas islititas de luz a su alrededor; las velas eran la única fuente de iluminación en todo el túnel.

El neoyorquino sonrió.

—Oye, Tommy —dijo con tono risueño a pesar del cansancio—, cuando regrese a casa y gane mi primer millón y necesite un brillante y astuto abogado para que vigile mi

dinero y mi culo, te llamaré a ti. Cuenta con ello. En cualquier caso, espero que encuentres lo que buscas —dijo. Luego se inclinó hacia delante, escudriñando el túnel.

—¡Sube un hombre! ¡Dejad paso! —gritó en tono de advertencia.

—Espero que regreses a casa sano y salvo —consiguió decir Tommy tras muchos esfuerzos, pues la garganta estaba absolutamente seca por el polvo y al terror.

—Tengo que intentarlo —repuso el neoyorquino—. Es preferible a permanecer otro minuto consumiéndote en este maldito lugar.

Acto seguido se agachó y continuó dándole al fuelle con renovado vigor, introduciendo una ráfaga tras otra de aire por el túnel.

Tommy se colocó a cuatro patas. Tras dudar unos instantes, palpando el suelo en busca de la cuerda, la aferró y empezó a avanzar, arrastrándose sobre el vientre como un recién nacido ansioso por ver mundo, pero sin ningún afán de aventura. Lo único que sentía era un profundo y cavernoso pavor que resonaba en su interior, y lo único que sabía era que las respuestas que debía averiguar esa noche estaban a unos setenta y cinco metros por delante de él, al final de lo que cualquier persona razonable reconocería, tras echarle un vistazo, que era poco más que una larga, oscura, estrecha y peligrosa fosa.

Hugh Renaday también se arrastraba por el suelo.

Avanzando lenta y deliberadamente, había conseguido recorrer casi cien metros, de forma que en esos momentos se hallaba en el centro del campo de ejercicios y de revista y le pareció razonable volverse y tratar de retroceder hasta la fachada del barracón 101, desde donde podría echar a correr hacia la puerta una vez que las sombras de la noche se alinearan de modo oportuno. Por supuesto, lo de echarse a correr iba a ser toda una experiencia. El dolor que sentía en la pierna era insoportable, como proveniente de una flor de agonía que dejaba caer sus pétalos de dolor por la pierna.

Durante unos momentos, sepultó la cara en el suelo, sintiendo el sabor de la tierra seca y amarga. El esfuerzo de avanzar arrastrándose le había hecho romper a sudar, y en esos momentos, al tomarse un segundo respiro, sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Recordó un día en que, de joven, había terminado un partido de jockey agotado y había permanecido tendido sobre el hielo, boqueando, sintiendo que el intenso frío le traspasaba el jersey y los calcetines, como para recordarle quién era más fuerte. Hugh mantuvo el rostro hundido en el suelo, pensando que esta noche trataba de enseñarle la misma lección.

Una parte de él ya había aceptado que aquella noche le dispararían y matarían. Quizá dentro de unos minutos, quizás un par de horas. La angustiosa sensación de desesperación pugnaba contra un feroz y casi incontrolable afán de vivir. La lucha entre

esos dos deseos opuestos estaba empañada por todo lo que había ocurrido, y Hugh se aferró en su fuero interno a la necesidad más pura de que, al margen de lo que le sucediera a él, no haría nada que comprometiera las vidas de sus amigos. En su caso, no comprometerlos significaba no poner en peligro la fuga que unos presos iban a llevar a cabo esa noche.

Le rodeaba un profundo silencio, interrumpido sólo por su trabajosa respiración. Durante unos momentos le habló en silencio a su rodilla, censurándola: «¿Cómo has podido hacerme esto? No ha sido un golpe tan fuerte. Te he pedido cosas mucho más difíciles, vueltas y giros, y velocidad sobre el hielo, y jamás te habías quejado, ni me habías traicionado. ¿Por qué precisamente esta noche?» La rodilla no respondió, pero siguió latiendo de dolor, como si eso le resultara lo más cómodo. Hugh se preguntó si había sufrido la rotura de un ligamento o un esguince. Se encogió de hombros, el diagnóstico le importaba un comino.

Con cuidado, se volvió un poco y reinició su marcha de reptil, pero esta vez siguiendo una ruta en diagonal hacia el barracón 101. Se trazó un plan, lo cual le dio renovadas energías: avanzaría otros cincuenta metros y después esperaría. Esperaría por lo menos una hora, o quizá dos. Esperaría hasta que llegara la parte más densa de la noche, y entonces trataría de alcanzar el barracón. Eso daría a Tommy y a Scott tiempo suficiente para hacer lo que se hubieran propuesto. Confiaba en que diera también tiempo suficiente para conseguir su propósito a los presos que iban a fugarse.

Hugh suspiró profundamente mientras avanzaba lentamente pero con determinación. Tenía la impresión de que esa noche había que satisfacer numerosas necesidades, pero no sabía cuál era la más importante. Sólo sabía que él mismo se arrastraba por el filo de la navaja. De pronto recordó una curiosa anécdota, casi cómica. Recordó una clase de ciencia en la escuela secundaria, durante la que el maestro había asegurado a un grupo de alumnos incrédulos que una babosa era capaz de arrastrarse sobre el filo de una cuchilla sin partirse en dos. Y para demostrar su tesis, el maestro había extraído de una caja una babosa de color pardo y la obligada y reluciente cuchilla de afeitar. Los estudiantes se habían aproximado para contemplar estupefactos a la babosa hacer exactamente lo que el maestro les había asegurado. Hugh pensó que esa noche él tenía que hacer lo que había hecho ese gusano. En todo caso, eso era lo que creía.

A treinta metros a su derecha se alzaba la imponente alambrada de espino. Hugh mantuvo la cabeza agachada, calculando su progreso en palmos, incluso en centímetros. «La noche es tu aliada», se dijo.

En esos momentos oyó un sonoro ladrido procedente de más allá de la alambrada, seguido por un claro, áspero y ronco gruñido. Se quedó inmóvil, apretujándose cuanto

pudo contra el suelo.

Luego percibió un sonido metálico cuando el *Hundführer* tiró con fuerza de la cadena del perro. Hugh oyó al gorila hablar a su animal, llamándolo por su nombre: «*Prinz! Vas ist das? Bei Fuss! Heel!*» El gruñido del perro dio paso a un agresivo y constante sonido gutural, mientras tiraba de la cadena que lo sujetaba.

Hugh se estremeció, sin tener apenas tiempo de sentir miedo.

Cada *Hundführer* llevaba una pequeña linterna que funcionaba con pilas. El canadiense oyó un clic y luego vio un tenue cono de luz moviéndose a unos pocos pasos de distancia. Se pegó aún más al suelo. El perro volvió a ladrar y Hugh vio el borde del haz de la linterna deslizarse sobre el dorso de sus manos extendidas. No se atrevió a moverlas.

Entonces oyó una voz gritar en la oscuridad:

—*Halt! Halt!*

El perro no cesaba de ladrar con frenesí, rompiendo el silencio de la noche, pugnando por soltarse de la cadena. Hugh oyó al *Hundführer* amartillar su fusil y, en ese mismo instante, un reflector de la torre de vigilancia más próxima se encendió con un estrépito eléctrico. Su luz rasgó la oscuridad, cegándolo con su repentina potencia.

Hugh se levantó apresuradamente, su pierna pulsando en señal de protesta, y alzó de inmediato las manos sobre la cabeza. Gritó en alemán que no disparasen. Luego cerró los ojos, pensando en su casa y en que a principio de verano, el amanecer se extendía siempre sobre las llanuras canadienses con una intensidad púrpura y diáfana, como si se sintiera gozoso, ilusionado e innegablemente eufórico ante la perspectiva de un nuevo día. Durante una fracción de segundo, experimentó una total e inefable tristeza al pensar que nunca volvería a despertar para contemplar esos momentos. Luego, entre los últimos pensamientos que se agolpaban en su mente, deseó a Tommy y a Lincoln suerte en su empresa.

Cerró los ojos para no ver el último segundo que le quedaba de vida. Oyó su voz, curiosamente distante y serena, intentarlo una vez más. «*Nicht schiessen!*», gritó. En aquel momento deseó haber hallado un lugar más noble, más glorioso y menos solitario donde morir. Luego calló, con las manos levantadas, y esperó con asombrosa paciencia que le asesinaran.

Abrumado por el intenso pavor que había hecho presa de él, a seis metros bajo tierra, Tommy no distinguía si hacía un calor asfixiante o un frío polar. Tiritaba con cada paso que daba, pero las gotas de sudor le empañaban los ojos. Cada palmo que recorría parecía arrebatarle sus últimas fuerzas, robarle su último aliento, que extraía, resollando,

del aire del túnel que amenazaba con sepultarlo vivo. En más de una ocasión oyó el siniestro crujido de la endeble madera que apuntaba las paredes y el techo, y en más de una ocasión unos polvorientos chorros de tierra habían caído sobre su cabeza y su cuello.

La oscuridad que le envolvía era rota tan sólo por las velas que sostenía cada hombre con quien se topaba en su camino. Los *kriegies* que se hallaban en el túnel se mostraban asombrados al verlo, pero se apartaban como podían para dejarle paso, apretándose peligrosamente contra la pared del túnel, cediéndole unos preciosos centímetros de espacio. Cada hombre con quien se encontraba contenía el aliento al pasar Tommy, sabiendo que hasta el mero aliento de un hombre podía provocar un derrumbe. Algunos soltaban una palabrota, pero ninguno protestaba. Todo el túnel estaba lleno de terror, angustia y peligro; para los hombres que aguardaban en la oscuridad, el sistemático avance de Tommy hacia la parte delantera del túnel constituía otro motivo de tremenda preocupación en el trayecto que habría de conducirlos a la libertad.

Tommy reconoció a varios hombres: dos pertenecientes a su barracón, quienes le saludaron con un vago sonido gutural cuando pasó junto a ellos, y un tercero, que en cierta ocasión le había pedido prestado uno de sus libros de derecho, desesperado por leer algo que rompiera la monotonía de una nivosa semana invernal. Vio a un hombre con el que había mantenido una divertida conversación en el campo de revista, compartiendo con él cigarrillos y el brebaje que pasaba por café, un tipo flaco y risueño de Princeton que había insultado a Harvard de forma tan feroz como cómica, pero que no había vacilado en reconocer que cualquier hombre de Yale no sólo era un gandul y un cobarde sino que probablemente luchaba en el bando de los alemanes o los japoneses. El tipo de Princeton se había apoyado en la pared, emitiendo una exclamación de disgusto cuando les había caído encima un chorro de tierra. Después había alentado a Tommy susurrando: «Consigue lo que necesitas, Tommy.» Esto por sí solo había animado a Tommy a recorrer otros dos metros, deteniéndose sólo para tomar el cubo lleno de tierra del hombre que había frente a él, y pasárselo al tipo de Princeton, que estaba a su espalda.

Los músculos de los miembros protestaban de dolor y cansancio. Sentía como si le golpearan en el cuello y la espalda con la tenaza al rojo vivo de un herrero. Durante unos instantes, agachó la cabeza, escuchando los chirridos de los puntales de madera, pensando que no existe en el mundo nada más agotador que el miedo: ni una carrera, ni una pelea, ni una batalla... El miedo siempre corre más deprisa, te golpea más fuerte y resiste más que tú.

Tommy avanzó arrastrándose, pasando a duras penas junto a cada uno de los hombres que iban a fugarse. No sabía si llevaba unos minutos o unas horas avanzando por el túnel. Pensó que jamás saldría de él, y entonces imaginó que se trataba de una terrorífica

pesadilla de la que estaba destinado a no despertar jamás.

Siguió adelante, boqueando.

Había contado a los hombres en el túnel y sabía que se disponía a pasar junto al Número Tres, un tipo con aire de banquero que lucía unas gafas con montura de alambre manchadas de humedad, que Tommy dedujo que era el jefe de falsificadores de documentos del campo. El hombre se apartó, emitiendo una especie de gruñido, sin decir palabra, cuando Tommy pasó junto a él. Por primera vez, Tommy oyó más adelante los sonidos de los hombres que excavaban el túnel. Calculó que había dos hombres, trabajando en un pequeño espacio análogo a la antesala en la que había hallado al piloto de Nueva York. La diferencia era que no dispondrían de numerosos pedazos de cajas de madera con qué apuntalar las paredes y el techo. En lugar de ello, excavarían la tierra que había sobre ellos, la echarían en los cubos vacíos y devolverían éstos. No era necesario construir una complicada salida que quedara oculta, como la entrada que habían escondido hábilmente en el retrete del barracón 107. La salida sería un agujero lo más reducido posible a través del cual pudiera deslizarse un *kriegie*.

Tommy avanzó hacia el lugar desde donde le llegaba el sonido de los hombres excavando. Debía de haber dos velas en ese espacio, porque pudo distinguir una forma oscilante, imprecisa. Siguió avanzando, sin haber concretado un plan firme y definitivo, pensando que lo que necesitaba saber estaba al alcance de su mano.

Sólo sabía que deseaba alcanzar el final del túnel. El fin del caso. El fin de todo lo que había ocurrido. Sintió una oleada de pánico mezclado con confusión y deseo. Impulsado por las dos ingratas emociones del temor y la ira, Tommy recorrió no sin esfuerzo los últimos metros, yendo a caer en la antesala de la salida del túnel de fuga.

Sobre él, el túnel se alzaba en un pronunciado ángulo hacia la superficie.

Tommy vio una rudimentaria escalera hecha con trozos de madera. Junto a la parte superior de la escalera, un hombre excavaba la tierra que quedaba. Hacia la mitad, otro hombre cogía la tierra al caer de debajo del pico y la echaba en el cubo de turno. Ambos estaban casi desnudos; sus cuerpos, cubiertos de sudor y tierra, lo que les daban el aspecto de hombres prehistóricos, relucían a la luz de las velas. En un lado de la antesala había dos pequeños maletines y una pila de ropa para cambiarse en cuanto salieran al exterior. Su maletín de fuga.

Los dos hombres situados sobre él se detuvieron y le miraron sorprendidos.

Tommy no alcanzó a ver el rostro de Número Uno, el hombre del pico. Pero miró a Número Dos a la cara.

—¡Hart! —exclamó éste enojado.

Tommy se incorporó a medias en el reducido espacio, acabando de rodillas como un

suplicante en una iglesia contemplando a la figura en la Cruz. Miró a través de la oscilante luz, y al cabo de un largo y silencioso momento, reconoció a Número Dos.

—Tú le mataste, ¿no es cierto, Murphy? —inquirió Tommy ásperamente—. ¡Era tu amigo y compañero de cuarto y tú le mataste!

Al principio, el teniente de Springfield no respondió. Su rostro mostraba una curiosa expresión de asombro y sorpresa. Entonces reconoció a Tommy y el asombro dio paso lentamente a la rabia.

—No —se limitó a responder—. Yo no lo maté.

El hombre vaciló una fracción de segundo, el tiempo suficiente para que su negativa sembrara la confusión en Tommy, antes de arrojarle sobre él emitiendo unos feroces gruñidos mientras aferraba inexorablemente el cuello de Tommy con sus manos musculosas y manchadas de tierra.

En la cola del túnel excavado en el barracón 107, el comandante Clark consultó su reloj, meneó la cabeza y se volvió hacia Lincoln Scott.

—Llevamos retraso —comentó furioso—. Cada minuto es crítico, teniente. Dentro de un par de minutos, toda la operación de fuga puede venirse abajo.

Scott se hallaba junto a la entrada del túnel, casi un policía montando guardia en una puerta. Devolvió la irritada mirada del comandante con expresión fría.

—No le entiendo, comandante —dijo—. Está dispuesto a permitir que los asesinos de Vic queden libres y que los alemanes me fusilen. ¿Qué clase de hombre es usted?

Clark contempló con ira y frialdad al aviador negro.

—El asesino es usted, Scott —contestó—. Las pruebas siempre han sido claras e inequívocas. No tiene nada que ver con la fuga de esta noche.

—Miente —replicó Scott.

Clark negó con la cabeza, respondiendo con una voz grave y amenazadora acompañada por una siniestra sonrisa.

—¿De veras? No, se equivoca. No sé nada de una conspiración montada para presentarlo a usted como el asesino. No sé nada sobre la participación de otro hombre en el crimen. No sé nada que respalde su ridícula historia. Sólo sé que han asesinado a un oficial, un oficial al que usted afirma que odiaba. Sé que este oficial había prestado anteriormente una valiosa ayuda a las iniciativas de fuga, adquiriendo documentos para que los expertos los falsificaran, dinero alemán y demás objetos de gran importancia. Y sé que las autoridades alemanas han mostrado un extraordinario interés en este asesinato. Más de lo que cabría suponer. Y debido a este interés, sé que este túnel, nuestra mejor oportunidad para sacar a unos hombres de aquí, quedó gravemente comprometido

porque si los alemanes hubieran decidido atrapar al asesino y hallar unas pruebas que respaldaran los cargos, habrían registrado todo el campo, poniéndolo patas arriba, y probablemente habrían descubierto este túnel. De modo que lo único en lo que tiene razón, teniente, es que como jefe de la seguridad del plan de fuga, me alegré sinceramente de que apareciera usted cubierto de sangre y demás indicios de culpabilidad en un momento crítico. Y me alegra de que su pequeño juicio y su pequeña condena y su pequeña ejecución, que me consta no tardará en producirse, hayan conseguido distraer la atención de los alemanes.

—¿No sabe nada sobre los hombres que se hallan en la parte delantera del túnel? —preguntó Scott, sin poder dar crédito al veneno que el otro había vertido sobre él.

El comandante Clark negó con la cabeza.

—No sólo no lo sé, sino que no quiero saberlo. Su evidente culpabilidad ha resultado muy útil.

—¿Está dispuesto a dejar que ejecuten a un hombre inocente para proteger su túnel?

El comandante sonrió de nuevo.

—Por supuesto. Y usted también, si estuviera en mi lugar. Como cualquier oficial a cargo del proyecto. En la guerra muchos hombres sacrifican su vida, Scott. Usted muere y nosotros protegemos un bien más importante. ¿Por qué le cuesta tanto comprenderlo?

Scott no respondió. En ese segundo se preguntó por qué no experimentaba un sentimiento de indignación, de furia. Pero al mirar al comandante sólo sintió desprecio, un desprecio muy curioso, pues en parte comprendía la verdad que encerraban las palabras de ese hombre. Era una verdad terrible y malévola, pero una de las verdades de la guerra. Aunque le parecía odiosa, la aceptaba.

Scott contempló de nuevo el pozo del túnel.

—¡Caray! —terció en aquel momento Fenelli—. No me explico por qué tarda tanto.

El doctor en ciernes estaba sentado en la entrada del túnel, balanceándose, inclinado hacia delante tratando de percibir otro sonido que no fuera el soplido del fuelle de fabricación casera.

El aviador negro tragó saliva. Tenía la garganta seca. En ese momento comprendió que había permitido que un hombre aterrorizado, el único hombre que le había brindado su amistad, se arrastrara solo a través de la oscuridad porque él deseaba vivir. Pensó que sus orgullosas palabras sobre la voluntad de sacrificarse, morir, defender su posición y su dignidad habían quedado huecas por el mero hecho de haber permitido que Tommy entrara en ese túnel en busca de la verdad que necesitaba para liberarlo a él. Tommy no había pronunciado los nobles y valerosos discursos que había pronunciado él, pero se había enfrentado en silencio a sus propios terrores y se había sacrificado por él. Era

demasiado arriesgado. Demasiado precario, pensó Scott de repente. Era un viaje que en esos momentos comprendió que jamás debió dejar que Tommy emprendiera para salvarlo a él.

Pero no sabía qué hacer, salvo montar guardia y esperar. Sobre todo, no debía perder la esperanza.

Miró de nuevo al comandante Clark. Luego habló al arrogante y pretencioso oficial sin disimular el odio que le inspiraba:

—Tommy Hart no merece morir, comandante. Y si no regresa de ese túnel, le haré responsable a usted de lo que le ocurra. Le aseguro que no habrá ninguna duda sobre el próximo cargo de asesinato que se me impute.

Clark retrocedió un paso, como si le hubieran abofeteado. Su rostro mostraba una extraña mezcla de temor y furia, unas emociones que no se molestaba en ocultar. Miró a Fenelli y dijo con voz entrecortada:

—¿Ha oído usted esa amenaza, teniente?

Fenelli sonrió.

—No he oído una amenaza, comandante, sino una promesa. O quizás una simple afirmación. Como decir que el sol saldrá mañana. Puede contar con ello. Y no creo que tenga usted la menor idea de en qué se diferencian. Y se me ocurre otra cosa, ¿sabe? Creo que a usted y a su futuro inmediato les conviene que Tommy regrese sano y salvo cuanto antes.

El comandante Clark no respondió. Nerviosamente, se dirigió hacia la entrada del túnel, que se abría en silencio frente a ellos. Al cabo de un momento, comentó sin dirigirse a nadie en particular:

—El tiempo apremia.

Ante su asombro, el *Hundführer* no disparó contra él de inmediato. Ni tampoco lo hicieron los guardas de la torre de vigilancia que le apuntaban al pecho con su ametralladora del calibre treinta.

Hugh Renaday permaneció inmóvil, con los brazos en alto, casi suspendido en el haz de luz. El resplandor del reflector lo cegaba y pestañeó varias veces, tratando de escrutar la noche más allá del cono de luz y distinguir a los soldados alemanes que hablaban a voces entre sí. Sintió un pequeño alivio: no había sonado la alarma general. Hasta el momento, no habían disparado contra él, lo que también habría disparado la alerta en el campo.

A su espalda, oyó el crujido de la puerta principal al abrirse, seguido por dos pares de pisadas a través del campo de revista, hacia el lugar donde él se hallaba de pie. Al cabo

de unos segundos, dos gorilas cubiertos con cascos, empuñando sus fusiles, penetraron en el haz del reflector, como unos actores que se incorporaban a la obra que se representa en el escenario.

—*Raus! Raus!* —gritó uno de los gorilas—. ¡Síguenos! *Schnell!*

El segundo gorila se apresuró a palpar a Hugh de pies a cabeza en busca de algún arma, tras lo cual retrocedió, encañonándole por la espalda con su fusil.

—Sólo he salido para aspirar un poco de este agradable aire primaveral alemán —dijo Hugh—. No entiendo por qué os lo tomáis así...

Los gorilas no respondieron, pero uno de ellos le hundi6 bruscamente el cañ6n del fusil en la espalda. Hugh avanz6 cojeando, sintiendo un renovado dolor en la rodilla, unas intensas descargas de dolor. Se mordió el labio tratando de disimular su cojera lo mejor que pudo, moviendo la pierna mala hacia delante.

—En serio —dijo con tono animado—, no entiendo a qué viene todo este foll6n...

—*Raus!* —contest6 el gorila hoscamente, empujando a Hugh, que avanzaba renqueando, con la culata del fusil.

Hugh apret6 los dientes y continu6 adelante, arrastrando su pierna lastimada. Detrás de él, el reflector se apag6 estrepitosamente. Los ojos del canadiense tardaron unos segundos en adaptarse de nuevo a la oscuridad. Cada uno de esos segundos estuvo marcado por otro empuj6n del guardia. Durante unos momentos, Hugh se pregunt6 si los alemanes iban a ejecutarlo en privado, en alg6n lugar donde los otros *kriegies* no pudieran contemplar su cadáver. Pens6 que era muy posible, dadas las ampollas que había levantado el juicio y la tensi6n que reinaba en el campo. Pero el dolor que sentía en la pierna le impedía seguir haciendo conjeturas. Lo que tuviera que ocurrir ocurriría, se dijo, aunque sintió cierto alivio al percatarse de que los guardias se dirigían hacia el edificio de administraci6n. Hugh vio una sola luz encendida dentro del barrac6n de techo bajo, casi como en seña de saludo.

Al llegar a los escalones de entrada, el gorila empuj6 a Hugh con más brusquedad y el canadiense tropez6 y por poco cae de bruces.

—¡Reprime tu entusiasmo, cabr6n! —mascull6 cuando recobr6 el equilibrio. El alemán le indic6 que siguiera adelante, y Hugh subi6 los escalones tan rápidamente como se lo permitía su pierna.

La puerta de entrada se abri6 y a la tenue luz que emanaba del interior, Hugh distingui6 la figura inconfundible de Fritz Número Uno, que sostenía la puerta abierta. El hur6n parecía sorprendido al reconocer al canadiense.

—Señor Renaday —murmur6—. ¿Qué hace usted aquí? ¡Tiene suerte de que no le mataran de un tiro! —dijo en voz baja, con disimulo.

—Gracias, Fritz —respondió Hugh con tono quedo y una media sonrisa, al penetrar dentro del edificio de administración—. Confío en seguir así. Vivito y coleando.

—Eso va a ser difícil —repuso Fritz.

Fue entonces cuando Hugh vio al *Hauptmann* Heinrich Visser, con aspecto desaliñado y ostensiblemente furioso, sentado en el borde de su mesa, extrayendo de su pitillera uno de sus omnipresentes cigarrillos de color pardo.

Tommy paró la primera agresión con el antebrazo, golpeando a Murphy en la cara. El teniente de Springfield emitió un gruñido y empujó a Tommy brutalmente contra el muro de tierra de la antesala. Tommy sintió la tierra que le caía por el cuello de la camisa mientras Murphy trataba de clavarle los dedos. Por fin consiguió colocar el brazo izquierdo debajo del cuello de su agresor, empujándole la cabeza hacia atrás, y luego le arrojó contra el muro.

Murphy respondió alzando la mano derecha y asestando a Tommy un puñetazo en la mejilla, produciéndole un corte del que de inmediato brotó un hilo de sangre que se mezcló con la tierra y el sudor. Los dos hombres giraron abrazados en el estrecho espacio, propinándose patadas, zarandeándose, tratando de adquirir cierta ventaja, peleando en un cuadrilátero que no les proporcionaba ninguna ventaja.

Tommy era vagamente consciente del tercer hombre, situado más arriba en la escalera, el Número Uno en la lista de fuga, que seguía sosteniendo un pico en las manos. Murphy empujó violentamente a Tommy con un bramido de rabia, pero éste consiguió propinarle un gancho en la mandíbula con la suficiente fuerza para hacer que el otro retrocediera. Era una pelea sin espacio, como si un perro y un gato hubieran sido arrojados en una bolsa de lona y se hubieran enzarzado en una pelea, sin poder utilizar las ventajas y la astucia que la naturaleza les había concedido. Tommy y Murphy oscilaban atrás y adelante, cayendo contra la pared, músculo contra músculo, arañándose, clavándose las uñas, utilizando los puños, las patadas, tratando de hallar la forma de ganar ventaja sobre el otro. Las sombras y la oscuridad se deslizaban cual serpientes a su alrededor.

De pronto, un codo le golpeó en la frente y le dejó aturdido. Mareado y colérico, Tommy asestó una patada que alcanzó a Murphy en el mentón produciendo un ruido seco. Acto seguido, Tommy levantó la rodilla bruscamente y le golpeó en la ingle y el estómago. El teniente de Springfield emitió un gemido grave y cayó hacia atrás, aferrándose el vientre con las manos. En aquel segundo, Tommy percibió por el rabillo del ojo la sensación de algo que se movía hacia él y se agachó en el preciso momento en que el pico pasó casi rozándole la oreja. Pero la fuerza del movimiento hizo que la herramienta se clavara en la tierra. Tommy se volvió y levantó el puño derecho,

alcanzando al otro en la cara. Se oyó un chirrido y un ruido seco al partirse un peldaño de la escalera. Tommy pensó que al tratar de asestarle un golpe mortal con el pico desde lo alto, el hombre lo había arriesgado todo. Se apresuró a asir el pico por el mango corto y lo arrancó del suelo, consiguiendo al mismo tiempo que su agresor perdiera el equilibrio y cayera de bruces.

Tommy se apoyó jadeando contra la pared de enfrente, blandiendo el pico delante de él. Lo alzó sobre su hombro, dispuesto a hundirlo en el cuello del enemigo. Murphy extendió las manos hacia él, pero se detuvo.

—¡No lo hagas! —gritó. La fantasmagórica luz de las velas creaba alternativamente sombras y franjas de luz sobre aquel rostro aterrorizado.

Tommy dudó, pero no podía controlar su furia. Alzó el pico por segunda vez, mientras el tercer hombre empezaba a volverse y levantaba el antebrazo para detener el golpe.

—¡No te muevas! —le espetó Tommy—. ¡Que nadie dé un paso! —añadió sin dejar de empuñar el pico.

Murphy estaba tenso, como dispuesto a abalanzarse sobre él, pero se detuvo y buscó apoyo en la pared.

—¡Asesino! —le espetó Tommy.

Pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra, el otro respondió con voz tan queda y sosegada que parecía desmentir la feroz pelea que habían librado hacía unos momentos:

—¡No digas otra palabra, Hart!

Tommy se volvió hacia la voz. Le llevó medio segundo reconocer la leve y suave cadencia sureña, y recordar dónde la había oído antes.

El director de la banda de jazz del campo de prisioneros del Stalag Luft 13 lo miró esbozando una sonrisa de picardía.

—Eres un tío muy tenaz, Hart —dijo sacudiendo la cabeza—. Como un perro rabioso, perro de presa yanqui, lo reconozco. Pero te equivocas en una cosa. Murphy no mató a nuestro amigo mutuo, Vic. Lo maté yo.

—¿Tú? —murmuró Tommy atónito.

El otro sonrió.

—Sí, yo mismo. Fue más o menos lo que dedujisteis tú y ese condenado de Visser. Imagínate. Asesinas a un tipo al viejo estilo de Nueva Orleans —dijo el director de la banda fingiendo clavar un cuchillo en el cuello de otro— y un gorila alemán de la Gestapo descubre el pastel. ¡Maldita sea! ¿Sabes una cosa, Hart? Volvería a hacerlo

mañana si fuera preciso. Así que ya lo sabes. ¿Quieres seguir peleando con nosotros?

Tommy esgrimió el pico. No sabía qué responder.

—Tenemos un pequeño problema, Tommy —dijo el sureño sin alzar la voz y manteniendo la sonrisa—. Necesito ese pico. Estoy a dos pasos de alcanzar la libertad y llevamos cierta prisa. Tenemos que movernos rápido si queremos salir de aquí. Esta mañana salen tres trenes hacia Suiza. Los hombres que tomen el primero tienen más probabilidades de llegar cerca de la frontera y atravesarla. De modo que, comprenderás, necesito el pico ahora mismo. Lamento haber tratado de matarte con él. Menos mal que te zafaste a tiempo. Pero ahora vas a tener que entregármelo.

El director de la banda extendió la mano. Tommy no se movió.

—Primero, la verdad —dijo.

—Baja la voz, Hart —dijo el director de la banda—. Algunos gorilas encaramados a los árboles pueden oírnos. Aunque estemos bajo tierra. Las voces llegan muy lejos. Claro que podrían pensar que se trata de alguien susurrando desde la tumba, lo cual se aproxima bastante a la verdad, ¿no crees?

—Quiero saberlo todo —insistió Tommy.

Su rival volvió a sonreír. Hizo un gesto a Murphy, que se limpió la tierra adherida al cuerpo.

—Vístete —le ordenó—. En seguida nos pondremos en marcha.

—¿Por qué? —preguntó Tommy suavemente.

—¿Por qué? ¿Quieres saber por qué vamos a intentar salir de aquí?

—No —repuso Tommy meneando la cabeza—. ¿Por qué precisamente Vic?

El director de la banda se encogió de hombros.

—Por dos razones, Tommy, las mejores, si lo piensas. En primer lugar, Trader Vic pasaba información a los alemanes a cambio de algo que le interesaba. A veces, cuando quería algo especial, como una radio, una cámara o algo por el estilo, susurraba un número a un hurón. Por lo general a Fritz Número Uno. Era el número del barracón en que habíamos empezado a cavar un túnel. Al cabo de un par de días, se presentaban los alemanes, fingiendo que se trataba de un registro rutinario, y nos jodían el plan. Teníamos que empezar a cavar en otro sitio. Empezar de nuevo con todo el rollo. Creo que Vic nunca pensó que nos hacía tanto daño. Los alemanes destruían el túnel, a veces metían a un tío en la celda de castigo. Vic creía que nadie resultaba lastimado y que todos salíamos ganando, sobre todo él. Pero lo cierto era que nadie conseguía salir de aquí. Lo cual quizá fuera una buena cosa, ya veremos. El caso es que eso tenía amargados al viejo MacNamara y a Clark. Empezaron a excavar túneles más profundos

y más largos. Más resistentes. Creían que si no lograban sacar por lo menos a uno de nosotros de aquí, habrían fracasado como comandantes. Después de la guerra no podrían volver a mirar a la cara a ninguno de sus viejos colegas de West Point. Tú mismo puedes entenderlo. No sabían con seguridad lo que hacía Vic. Nadie lo sabía, porque Vic no soltaba prenda. Se creía muy listo; hacía que sospecháramos unos de otros. Era un tipo muy astuto que lo tenía todo bien controlado. Hasta que esos dos hombres murieron en el túnel.

El hombre se detuvo y cobró aliento del aire áspero y enrarecido que lo rodeaba.

—Esos chicos eran amigos míos —prosiguió—. Uno de ellos tocaba el clarinete como jamás he oído hacerlo a nadie. En Nueva Orleans, la gente está dispuesta a vender su alma para tocar una nota la mitad de bien que él. Esa noche se suponía que no tenían que estar allí. Vic no sabía que habría alguien excavando a esas horas. Pero MacNamara y Clark nos ordenaron que excaváramos las veinticuatro horas del día. Dos túneles. Aquél y éste. Sólo que el primero se derrumbó sobre mis dos amigos cuando los malditos alemanes condujeron uno de sus camiones sobre la superficie. No habrían sabido dónde se hallaba de no habérselo dicho Vic.

Tommy asintió con la cabeza.

—Venganza —dijo—. Ésa es una razón. Y traición, supongo.

Murphy miró a Tommy.

—La mejor razón —dijo—. Ese estúpido cerdo sólo cometió un error. No debes hacer tratos con el diablo, porque éste puede regresar y exigirte un precio más alto del que estás dispuesto a pagar. Eso fue lo que ocurrió. Lo curioso es que Vic era un buen aviador. En realidad, era un verdadero as. Un hombre valiente en el aire. Merecía todas las medallas que obtuvo. Pero en tierra no era un tipo de fiar.

Tommy se apoyó en la pared, tratando de asimilar todo cuanto estaba diciendo el director de la banda. Como unos naipes al barajarlos, los detalles empezaban a encajar, colocándose uno sobre otro de forma ordenada.

—Ahora ya lo sabes —continuó el director de la banda—. Vic me consiguió el cuchillo, tal como le pedí, y yo lo utilicé para matarlo, mientras Murphy procuraba distraerlo. Al principio pensamos en colgarle el muerto a uno de los hurones, fingir que habían asesinado a Vic al fallar un importante trato, pero tu amigo, Scott, nos lo puso en bandeja. No tuvimos muchas dificultades en echarle la culpa del crimen. Lo cual evitó que los alemanes se pusieran a husmear por los barracones. ¿Crees que el bueno de Lincoln Scott se da cuenta del gran servicio que ha hecho a la patria? Aunque imagino que no le sirve de consuelo.

—¿Por qué no dijisteis la verdad? —inquirió Tommy.

—Piensa con la cabeza, Tommy —repuso el músico—. ¿De qué nos habría servido a mí y a mi ayudante yanqui el que los demás la supieran? En Estados Unidos nos hubieran juzgado por el crimen. ¿Tantos esfuerzos por escapar para que en nuestro país nos acusaran de asesinato? ¡Ni pensarlo! Nos ha costado demasiado.

Tommy comprendió. Según el plan, Lincoln Scott debía cargar con la culpa, ser juzgado, condenado y fusilado. Era la única forma de que aquellos hombres se fugasen.

—MacNamara y Clark —dijo Tommy con lentitud— no querían la verdad, ¿no es así?

El director de la banda sonrió.

—No señor. No la querían, aunque se hubieran topado con ella. Querían resolver el problema de Vic sin estar implicados en ello. La verdad, como puedes comprobar, Tommy, es complicada para todos los que estamos metidos en este asunto. Trader Vic era un héroe, y al ejército no le gusta que nada mancille a sus héroes. Echarle la culpa a Scott era una mentira muy conveniente para todos, excepto para Scott, claro está. No lo sé con certeza, pero yo diría que Clark y MacNamara no contaban con que ese chico de Harvard tan calladito organizara semejante follón.

—No, supongo que no —respondió Tommy.

—Pero entre tú y él habéis armado una buena. Ahora, necesito ese pico —dijo el hombre. Su voz era apenas un susurro, pero su tono era imperioso—. O me dejas que siga excavando para que mi colega y yo salgamos de aquí, o vale más que me mates, porque de una forma u otra pienso ser libre antes de que amanezca.

Tommy sonrió. Pensó que la palabra «libre» era la gran palabra. Cinco letras que significaban mucho más. Debería haber sido más larga, exultante, una palabra que contuviera poder, fuerza y orgullo. Se detuvo, pensando que debía hallar el medio de satisfacer aquella noche a todo el mundo.

—Estamos en un punto muerto —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que olvídate del pico. No me importa levantar la voz. No sé qué coño haré, quizá te mate, tal como tú quisiste hacer conmigo. Y luego sacaré a esos otros hombres de aquí. —Tommy sabía que era un farol. Pero no obstante lo dijo.

—Hart —dijo el director de la banda—, no se trata sólo de nosotros. Esta noche van a fugarse setenta y cinco hombres. Ninguno de los que esperan detrás de nosotros merece perder esta oportunidad. Han trabajado duro durante largo tiempo; han arriesgado el pellejo para tener esta noche esta oportunidad, no puedes arrebatársela. Puede que lo que yo haya hecho no sea perfecto, pero tampoco estaba totalmente injustificado.

Tommy observó al hombre con atención.

—Has matado a un hombre.

—Sí. Son cosas que ocurren en la guerra. Quizá Vic mereciera morir. Pero no quiero que me culpen de ello. No es mi intención salir de este infernal agujero alemán para enfrentarme a un pelotón de fusilamiento norteamericano.

—Es cierto —repuso Tommy con lentitud—. ¿Entonces cómo quieres resolver esto? Porque yo no me marchó de aquí hasta tener la seguridad de que Lincoln Scott no va a acabar ejecutado.

—Quiero que me entregues ese pico.

—Y yo quiero que Lincoln Scott no muera.

—El tiempo apremia —terció Murphy—. ¡Debemos irnos ya!

El silencio se impuso en aquel reducido espacio, abatiéndose sobre los hombres como una oscura ola.

El director de la banda reflexionó unos momentos. Luego sonrió.

—Supongo que todos tendremos que arriesgarnos aquí —dijo—. ¿Qué opinas, Tommy? Ésta es una buena noche para arriesgarse. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—Sí.

El director de la banda volvió a reír.

—Entonces, trato hecho —dijo. Tendió la mano para que Tommy la estrechara, pero éste seguía empuñando el pico. El director de la banda se encogió de hombros.

—Reconozco que eres duro de pelar, Hart.

Acto seguido se acercó a la pared donde el túnel se abría a la pequeña antesala. Tomó una de las velas y la movió adelante y atrás. Luego dijo con voz tan alta como podía.

—¿Puedes oírme, Número Tres?

Tras un breve silencio, sonó una voz a lo largo del tenebroso túnel:

—¿Qué diablos pasa ahí arriba?

Incluso Murphy sonrió al oír una pregunta tan evidente.

—Estamos charlando sobre la verdad —murmuró—. Ahora, Número Tres, presta atención a lo que voy a decir. Lincoln Scott, el aviador negro, no mató a nadie. ¡Y menos a Trader Vic! Te doy mi palabra de honor al respecto. ¿Lo has entendido?

Después de otra breve pausa, Tommy oyó la voz ascendiendo por el túnel, preguntando:

—¿Scott es inocente?

—Puedes estar bien seguro —respondió el director de la banda—. Ahora comunícaselo a los otros. Corre la voz hasta que se enteren todos de la verdad. Inclusive ese cerdo de Clark, que espera en la entrada del túnel.

Número Tres vaciló de nuevo, después de lo cual formuló la pregunta crítica:

—Si Scott es inocente, ¿quién mató a Trader Vic?

El director de la banda sonrió satisfecho, volviéndose hacia Tommy un instante, antes de murmurar su respuesta a través del túnel:

—A Vic lo mató la guerra —dijo—. Ahora, corre la voz como si fuera un cubo de tierra, porque dentro de diez minutos vamos a salir de aquí.

—De acuerdo. Scott es inocente. Entendido.

Tommy se asomó al túnel y oyó a Número Tres retroceder y decir a Número Cuatro:

—¡Scott es inocente! ¡Corre la voz!

Escuchó unos momentos, mientras el mensaje era transmitido a lo largo del túnel: «¡Scott es inocente! ¡Corre la voz! ¡Scott es inocente! ¡Corre la voz!», hasta que las palabras se desvanecieron por completo en la inmensa oscuridad que había a sus espaldas. Luego Tommy se desmoronó, exhausto. No sabía con certeza si esas tres palabras transmitidas a todos los hombres que aguardaban su turno en el túnel y en el barracón 107 bastarían para liberar a Scott. ¡Scott es inocente! Pero en medio del tremendo agotamiento que le sobrevino, pensó que eran las tres mejores palabras que había podido arrancar a esa noche. Extendió el pico al director de la banda.

—No sé cómo te llamas —dijo Tommy.

Durante unos momentos el director de orquesta empuñó el pico como si fuera a golpear a Tommy.

—No quiero que lo sepas —repuso. Luego sonrió—. Tienes mucha fe, Hart, hay que reconocerlo. No una fe religiosa, pero fe al fin y al cabo. Ahora bien, en cuanto a la pequeña conversación que hemos mantenido esta noche aquí...

Tommy se encogió de hombros.

—Puede clasificarse de confidencial entre abogado y cliente. No sé exactamente cómo, pero si alguien me lo pregunta, eso es lo que responderé.

El director de la banda asintió.

—Deberías ser músico, Tommy. Afinas muy bien.

Tommy lo interpretó como un cumplido. Luego señaló el techo y dijo:

—Ésta es tu oportunidad.

—A partir de ahora las cosas no van a ser tan sencillas para ti, Tommy —respondió el director de la banda sonriendo de nuevo—. Este pequeño malentendido nos ha causado un importante retraso. En primer lugar, yo te he hecho un favor, Tommy, he corrido ese riesgo. Ahora tú tienes que hacerme un favor a mí. Arriesgarte no sólo por mí, sino por todos los *kriegies* que aguardan en este maldito túnel y sueñan con regresar a sus casas.

Tienes que ayudarnos a salir de aquí.

La fuga

Visser indicó a Hugh que se sentara en una silla con respaldo situada junto a su escritorio del despacho administrativo. El alemán observó con atención al canadiense mientras se dirigía hacia la silla, calibrando la dificultad que tenía para poner un pie delante del otro. Hugh se dejó caer en la rígida silla, acalorado por el esfuerzo, con la frente y el torso empapados de sudor. Mantuvo la boca cerrada mientras el oficial alemán encendía sin prisas su cigarrillo y se repantigaba en el asiento, dejando que el humo gris dibujara espirales en torno a ellos.

—Qué descortés soy —dijo Visser suavemente—. Por favor, señor Renaday, tome uno si lo desea —añadió señalando con su única mano la pitillera que reposaba sobre la mesa entre los dos hombres.

—Gracias —respondió Hugh—, pero prefiero los míos. —Metió la mano en el bolsillo de la pechera y sacó un arrugado paquete de Players. El alemán guardó silencio mientras Hugh extraía con cuidado un cigarrillo y lo encendía. Tras dar una calada, se reclinó ligeramente en la silla. Visser sonrió.

—Celebro que nos comportemos como hombres civilizados —dijo—, pese a lo intempestivo de la hora.

Hugh no respondió.

—Así pues —continuó el alemán con tono sosegado, casi jovial—, espero que, como hombre civilizado que es, me explique qué hacía fuera de su barracón, señor Renaday. Arrastrándose por el límite del campo de revista. En una postura muy poco digna. ¿Qué motivo le llevó a hacerlo, teniente?

Hugh dio otra larga calada a su cigarrillo.

—Bien —contestó midiendo con cuidado sus palabras—, tal como le dije al guardia que me arrestó, salí para tomar un poco de este grato aire nocturno alemán.

Visser sonrió, como si apreciara la ironía. Sin embargo, no era el tipo de sonrisa que indicaba que la broma le había hecho gracia. Hugh experimentó entonces la primera punzada de temor.

—Ah, señor Renaday, como muchos de sus compatriotas, y los hombres junto a los

que combaten, pretende tomarse a broma una situación que le aseguro que es muy peligrosa. Vuelvo a preguntárselo: ¿qué hacía fuera del barracón después de que se apagaran las luces?

—El motivo no le incumbe —respondió el otro con frialdad.

Visser no dejaba de sonreír, aunque parecía como si ese gesto le exigiera un mayor esfuerzo del que él consideraba necesario.

—Sin embargo, teniente, todo lo que ocurre en nuestro campo me incumbe. Usted lo sabe, pero sigue negándose a responder a mi sencilla pregunta.

Esta vez, Visser subrayó cada palabra de la pregunta con un golpecito de su dedo índice sobre la mesa.

—¡Haga el favor de responder a mi pregunta sin más dilación, teniente! —estalló.

Hugh negó con la cabeza.

Visser titubeó, sin apartar la vista de Renaday.

—¿Le parece ilógico que se lo pregunte? No creo que se dé cuenta de lo comprometida que es su situación, teniente.

Hugh guardó silencio.

La sonrisa del alemán se disipó. Su rostro presentaba un aspecto extraño, chato y colérico motivado por la crispación de su mandíbula, la dureza de su mirada y el descenso de las comisuras. Las cicatrices de sus mejillas parecían asimismo más pálidas. Meneó la cabeza adelante y atrás una vez; luego, lentamente, sin moverse de la silla, se llevó la mano a la cintura y, con terrorífica lentitud, desabrochó el estuche que llevaba y extrajo de él un voluminoso revólver de acero negro. Lo sostuvo en alto durante un momento, tras lo cual lo depositó en la mesa frente a Renaday.

—¿Conoce usted esta arma, teniente?

Hugh negó con la cabeza.

—Es un revólver Mauser del calibre treinta y ocho. Es un arma muy potente, señor Renaday. Tan potente como los revólveres Smith and Wesson que llevan los policías de Estados Unidos. Es notablemente más potente que los revólveres Webbly-Vickers que portan los pilotos británicos al lanzarse en paracaídas. No es un arma de uso habitual entre los oficiales del Reich, teniente. Por lo general los hombres como yo portamos una Luger semiautomática. Se trata de un arma muy eficaz, pero requiere dos manos para amartillarla y dispararla, y yo, desgraciadamente, sólo tengo una. De modo que tengo que usar el Mauser, que es más pesado y engorroso. ¿Sabe usted, teniente, que un solo disparo de esta arma le vuela a uno buena parte de la cara, gran parte de la cabeza y la mayor parte de los sesos?

Hugh observó detenidamente el cañón negro. El revólver permaneció sobre la mesa, pero Visser lo giró de forma que apuntara al canadiense. Hugh asintió con la cabeza.

—Bien —dijo Visser—. Espero que eso le induzca a responder a mi pregunta. Se lo pregunto una vez más: ¿qué hacía fuera de su barracón?

—Turismo —repuso Hugh fríamente.

El alemán emitió una seca carcajada. Visser miró a Fritz Número Uno, que se hallaba en un rincón de la habitación, en las sombras.

—El señor Renaday se hace el idiota, cabo. Pero ya veremos quién ríe último. No parece comprender que tengo todo el derecho de matarlo de un tiro aquí mismo. O si prefiriera no ensuciar mi despacho, ordenaría que se lo llevaran de aquí y lo mataría fuera. Ha violado una clara norma del campo, y el castigo es la muerte. La vida de este señor pende de un hilo, cabo, y sin embargo pretende jugar con nosotros.

Fritz Número Uno no respondió, aparte de asentir con la cabeza y cuadrarse. Visser se volvió de nuevo hacia Hugh.

—Si envío a un pelotón a despertar a todo el contingente de prisioneros del barracón 101, ¿encontraría yo entre ellos a su amigo el señor Hart? ¿O al teniente Scott? ¿Su salida esta noche del barracón está relacionada con el juicio por asesinato?

Visser alzó la mano.

—No tiene que responder a eso, teniente —agregó—, porque ya conozco la respuesta. Sí, lo está. ¿Pero en qué sentido?

Hugh volvió a menear la cabeza.

—Me llamo Hugh Renaday. Soy teniente de aviación. Mi número de identificación es el 472 guión 6712. Profeso la religión protestante. Creo que es toda la información que estoy obligado a facilitar en esta u otra circunstancia, *Herr Hauptmann*.

Visser se reclinó en su silla, fulminándole con la mirada. Pero las palabras que pronunció lentamente en respuesta eran gélidas y traslucían una paciente y siniestra amenaza.

—He notado que al entrar cojeaba, teniente. ¿Se ha lastimado?

Hugh negó con la cabeza.

—No me pasa nada.

—¿Entonces por qué le cuesta caminar?

—Es un viejo accidente de jockey que esta mañana se ha recrudecido.

Visser volvió a sonreír.

—Por favor, teniente, apoye el pie sobre la mesa, con la pierna recta.

Hugh no se movió.

—Levante la pierna, teniente. Este simple gesto retrasará el momento de que yo le mate de un tiro, y le dará unos segundos para recapacitar y comprender lo cerca que está de la muerte.

Hugh apartó un poco la silla y con un esfuerzo sobrehumano levantó la pierna derecha y apoyó el talón en el centro de la mesa. Lo incómodo de la postura le provocó una intensa punzada de dolor a través de la cadera, y durante unos momentos cerró los ojos tratando de soportarlo.

Tras unos segundos de vacilación, Visser aferró la rodilla de Hugh, clavando los dedos en la articulación, y la retorció brutalmente.

El canadiense estuvo a punto de caer de la silla. Una descarga de dolor le atravesó el cuerpo.

—Duele, ¿no? —preguntó Visser, sin dejar de retorcerle la rodilla.

Hugh no respondió. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, tratando de resistir el indecible dolor que estallaba dentro de él. Estaba a punto de perder la conciencia, pero se esforzó en conservar la calma.

Visser le soltó la pierna.

—Puedo ordenar que le hagan daño, antes de que le fusilen, teniente. Puedo hacer que el dolor sea tan intenso que espere ansioso la bala que ponga fin a su tormento. Se lo pregunto por última vez: ¿qué hacía fuera de su barracón?

Hugh cobró aliento profundamente, tratando de aplacar las oleadas de dolor que le recorrían.

—Responda, teniente, por favor. Tenga presente que su vida depende de ello —insistió Visser con firmeza.

Por segunda vez aquella noche, Hugh Renaday comprendió que la cuerda de su vida había llegado a su fin. Volvió a respirar hondo y contestó:

—Le estaba buscando a usted, *Herr Hauptmann*.

Visser lo miró un tanto sorprendido.

—¿A mí? ¿Por qué quería verme a mí, teniente?

—Para escupirle en la cara —replicó Hugh.

Cuando terminó, escupió violentamente contra el alemán. Pero tenía la boca seca y no pudo lanzarle un escupitajo, sino que simplemente roció la mesa con unas gotas de saliva.

El *Hauptmann* se apartó un poco. Luego sacudió la cabeza y limpió la superficie del escritorio con la manga de su único brazo. Alzó el revolver, apuntando a Hugh a la cara. Mantuvo esta posición unos segundos, apuntando el arma hacia la frente. El alemán

amartilló el revólver y luego oprimió el cañón contra la piel del canadiense. Un frío más intenso que el dolor que sentía le atravesó el cuerpo. Hugh cerró los ojos y trató de pensar en cualquier cosa excepto en lo que pasaba. Transcurrieron unos segundos. Casi un minuto. No se atrevía a abrir los ojos.

Entonces Visser volvió a sonreír y retiró el arma.

Hugh sintió desvanecerse la presión del cañón sobre su frente y, tras una pausa, abrió los ojos. Vio a Visser bajar el enorme Mauser, con un gesto exagerado, devolverlo a su estuche y cerrar éste.

Hugh respiraba trabajosamente. Tenía los ojos fijos en el revólver. Ansiaba experimentar una sensación de alivio, pero sólo sentía terror.

—¿Cree que tiene suerte de seguir con vida, teniente?

Hugh asintió con la cabeza.

—Qué triste —repuso Visser con aspereza. Se volvió hacia Fritz Número Uno y dijo —: Cabo, llame a un *Feldwebel* y dígame que reú-na a un pelotón. Quiero que se lleven al prisionero y lo fusilen de inmediato.

«Scott es inocente.»

«Scott es inocente.»

El eco del mensaje reverberaba a lo largo del túnel, a medida que pasaba de hombre a hombre. Nadie tuvo en cuenta, en el asfixiante, caluroso, sucio y peligroso mundo de la fuga, el hecho de que esas tres palabras arrastraran consigo docenas de interrogantes. Cada *kriegie* sólo sabía que el mensaje era tan importante como los dos o tres últimos golpes del pico, y cada *kriegie* sabía que contenía una especie de libertad, casi tan poderosa como la libertad hacia la que se arrastraban, de modo que fue transmitido con una ferocidad cuya intensidad rivalizaba con la de la batalla que Tommy había librado para conseguirla. Ninguno de los hombres sabía lo que había ocurrido al término del túnel, pero todos sabían que con los dos extremos de la muerte y la fuga tan próximos, nadie mentiría. De modo que cuando el mensaje alcanzó la antesala situada en la base del pozo que arrancaba en el retrete del barracón 107, las palabras contenían un exaltado fervor, casi religioso.

El piloto de caza neoyorquino se inclinó sobre el fuelle, tratando de oír el mensaje transmitido por el siguiente hombre en la fila. Escuchó atentamente, al igual que el hombre que trabajaba junto a él, que aprovechó el momento para tomarse un respiro de la dura tarea de manipular cubos llenos de tierra arenosa.

—Repíte eso —musitó el piloto de caza.

—¡Scott es inocente! —oyó decir—. ¿Lo has entendido?

—Sí.

El piloto de caza y el *kriegie* que levantaba cubos de tierra se miraron unos momentos. Luego sonrieron.

El piloto de caza se volvió, alzó la vista y miró por el pozo del túnel.

—¡Eh, los de ahí arriba! Un mensaje de la parte delantera...

El comandante Clark se adelantó apresuradamente, casi empujando a Lincoln Scott a un lado. Se arrodilló junto a la entrada del túnel, inclinándose sobre el pozo.

—¿Qué ocurre? ¿Han alcanzado la superficie?

El débil y oscilante resplandor de las velas se reflejaba en los rostros de los dos hombres dispuestos en la antesala. El piloto neoyorquino se encogió de hombros.

—Más o menos —repuso.

—¿Qué mensaje es ése? —inquirió Clark bruscamente.

—¡Scott es inocente! —contestó el piloto de caza. El hombre de los cubos asintió con vehemencia.

Clark se puso de pie y se abstuvo de responder.

Lincoln Scott oyó las palabras, pero durante unos instantes no reparó en el impacto de las mismas. Observó al comandante, que sacudió la cabeza una y otra vez, como tratando de sustraerse a la explosión de las palabras pronunciadas en aquel reducido espacio.

Pero Fenelli captó en seguida la trascendencia del mensaje. No sólo del mensaje, sino de la forma en que había sido transmitido. Se asomó también al pozo del túnel y murmuró a los hombres situados más abajo:

—¿Viene de la parte delantera? ¿De Hart y de los números Uno y Dos?

—Sí. Desde allí. ¡Corre la voz! —le instó.

Fenelli se incorporó, sonriendo.

La cólera crispaba las facciones del comandante Clark.

—¡Ni se le ocurra, teniente! El mensaje se detiene aquí.

Fenelli lo miró boquiabierto.

—¿Qué?

El comandante Clark observó al doctor en ciernes.

—No sabemos con certeza cómo, por qué o de dónde proviene ese mensaje y no sabemos si Hart ha obligado a esos otros hombres a transmitirlo. No tenemos respuestas, y no consentiré que se difunda —dijo, casi como si Lincoln Scott se hubiera esfumado de pronto de la habitación.

Fenelli meneó la cabeza y miró a Scott.

Scott avanzó, plantándose delante del comandante Clark. Durante unos momentos apenas pudo contener su indignación; ardía en deseos de asestarle un derechazo en el mentón. Pero reprimió ese deseo, sustituyéndolo con la mirada más dura y fría que fue capaz de dirigir al oficial.

—¿Por qué le preocupa tanto la verdad, comandante?

Clark retrocedió, pero continuó callado.

Scott se acercó al borde de la entrada del túnel.

—O entra la verdad, o nadie sale de aquí —dijo con tono sosegado.

El comandante Clark tosió, observando al aviador negro para calibrar la determinación que reflejaba su semblante.

—No hay tiempo —dijo Clark.

—Es verdad —se apresuró a responder Fenelli—. No queda tiempo.

Entonces el médico de Cleveland miró por encima del comandante e hizo un pequeño ademán a uno de los hombres que manipulaban el cubo de tierra, situado en la entrada del retrete.

—¡Eh! —dijo Fenelli en voz alta—. ¿Has oído el mensaje de la parte delantera del túnel?

El hombre negó con la cabeza.

—Scott es inocente —dijo Fenelli sonriendo de satisfacción—. Es la verdad pura y dura y proviene de la cabeza del túnel. Corre la voz para que se enteren todos los hombres que hay en este barracón. ¡Scott es inocente! Y díles a todos que la fila no tardará en moverse, para que se preparen.

El hombre vaciló, miró a Scott y luego sonrió. Se volvió y susurró el mensaje al hombre que le seguía en el pasillo, que asintió con la cabeza. El mensaje fue transmitido a lo largo del centro del barracón, a todos los hombres que esperaban fugarse, a todos los hombres que constituían la tropa de apoyo y a todos los aviadores congregados en la entrada de cada dormitorio del barracón, creando un ambiente de excitación que reverberó en aquellos espacios cerrados y reducidos.

Scott se alejó de la entrada del túnel y se colocó en un rincón del pequeño retrete. Comprendía el peso de aquella frase, que había sido transmitida a través de los hombres del barracón 107. Sabía que en cuanto amaneciera se propagaría más allá. A las pocas horas se habría extendido por todo el campo de prisioneros y, posiblemente, si los hombres que iban a fugarse tenían suerte, ellos mismos llevarían consigo esas palabras para transmitir las cuando alcanzaran la libertad. Era un peso que el comandante Clark, el

coronel MacNamara, el capitán Walker Townsend y todos los hombres que trataban de acorralarlo y colocarlo frente a un pelotón de fusilamiento no serían capaces de levantar. El peso de la inocencia.

Scott respiró hondo y contempló el agujero en el suelo. Ahora que la verdad había salido a la superficie, pensó Lincoln Scott, no tardaría en aparecer Tommy Hart.

Pero en lugar de la larguirucha figura del estudiante de derecho de Vermont, por el túnel se deslizó otro mensaje en respuesta al primero. Nicholas Fenelli, con los ojos brillantes y la voz ronca de la emoción, miró a Scott y murmuró:

—¡Han terminado! ¡Vamos a salir!

Tommy Hart se sostenía precariamente sobre el peldaño superior de la escalera, con el rostro vuelto hacia el orificio de quince centímetros de diámetro excavado en el techo de tierra, aspirando el vino embriagador del aire nocturno que penetraba en el túnel. En la mano derecha sostenía el pico. A sus pies, Murphy y el director de la banda de jazz se limpiaban febrilmente la tierra de la cara con un pequeño trapo, al tiempo que se apresuraban a vestirse con la ropa de fuga.

El director de la banda —músico, asesino y rey del túnel— no pudo resistirse a formular en voz alta una pregunta:

—¿A qué huele, Hart?

Tras vacilar unos segundos, Tommy respondió en un susurro:

—A gloria.

Él también estaba cubierto de tierra y sudor después de haber excavado. Durante los últimos diez minutos había sustituido a los otros dos, que habían hecho una pausa, extenuados por el esfuerzo. Pero Tommy sentía renovadas fuerzas. Había excavado con furiosa energía, desprendiendo la tierra con el pico hasta arrancar un pedazo cubierto de hierba.

Siguió respirando profundamente. El aire era tan puro que creyó que iba a perder el sentido.

—¡Baja de una vez, Hart! —dijo el director de la banda.

Tommy aspiró una larga bocanada de aire nocturno y volvió a bajar a regañadientes. Miró a los otros. A la luz de la única vela que ardía, vio que tenían el rostro arrebolado por la emoción. Parecía como si en aquel momento, el ansia de alcanzar la libertad fuera tan poderosa que superara todas las dudas y los temores sobre lo que las próximas horas les tenían reservado.

—De acuerdo, Hart, esto es lo que haremos. Sujetaré una cuerda en la parte superior de la escalera y la ataré a un árbol cercano. Tú montarás guardia junto al árbol. Cada

kriegie aguardará en la cima de la escalera una señal, dos rápidos tirones de la cuerda, que le indicará que no hay moros en la costa. Procura que salga un hombre cada dos o tres minutos. Ni más rápido ni más despacio. Así evitaremos llamar la atención y con suerte nos ajustaremos al horario previsto. Cuando salgan, ellos ya saben lo que tienen que hacer. Una vez que hayan salido todos, tú puedes bajar de nuevo por el túnel y regresar al recinto.

—¿Por qué no puedo esperar aquí?

—No hay tiempo, Hart. Esos hombres deben conseguir la libertad y tú serías literalmente un escollo.

Tommy asintió con la cabeza, comprendiendo que lo que decía el director de la banda era sensato. El músico le tendió la mano.

—Si quieres puedes localizarme en el French Quarter, Hart.

Tommy bajó la vista y contempló la cabeza del hombre. Lo imaginó asiendo a Trader Vic por el cuello. También pensó que hacía sólo unos minutos, esa misma mano había tratado de matarlo. Entre el calor, la suciedad y el temor que envolvía a todos los que aguardaban dentro del túnel, todo había cambiado de repente. Tommy estrechó la mano del director de la banda. Éste sonrió, mostrando su blanca dentadura en la oscuridad.

—También acertaste en otra cosa, Hart. Soy zurdo.

—Eres un asesino —dijo Tommy impávido.

—Todos somos asesinos —replicó el hombre.

Tommy negó con la cabeza, pero el músico rió.

—Lo somos, sí, pese a lo que digas. Quizá no volvamos a serlo, cuando esto haya acabado y nos sentemos junto al hogar, haciéndonos viejos y contando anécdotas de esta guerra. Pero ahora mismo, aquí, todos somos asesinos. Tú, yo, Murphy, también Scott, MacNamara, Clark, todos, incluso Trader Vic. Puede que él fuera el peor de todos, porque acabó asesinando, aunque por error, con el único fin de hacer que su miserable vida fuera más cómoda.

El músico meneó la cabeza.

—No es un buen lugar para morir, ¿no crees? —Luego miró a Tommy, que seguía sosteniendo el pico—. ¿Crees, amigo Tommy, que la verdad sobre este asunto saldrá alguna vez a la luz del día? —Antes de que Tommy pudiera responder, el músico movió la cabeza en sentido negativo—. No lo creo, Tommy Hart. No creo que al ejército le apetezca la idea de contar al mundo que algunos de sus mejores héroes eran también unos excelentes asesinos. No señor. No creo que estén ansiosos por contar esta historia.

Tommy tragó saliva.

—Suerte —dijo—. Nueva Orleans. Iré a verte algún día.

—Te invitaré a una copa —respondió el director de la banda—. Si logramos regresar a casa sanos y salvos, te invitaré a una docena de copas. Brindaremos por la verdad y por el hecho de que no sirve de nada.

—No estoy de acuerdo —replicó Tommy.

El músico emitió una última carcajada, se encogió de hombros y subió la escalera. En la mano sostenía una cuerda larga y delgada. Tommy le vio asegurarla al peldaño superior. Después arrancó otros pedazos de tierra, que cayeron sobre Tommy, quien pestañeó y apartó la cabeza. El músico se detuvo y apagó la última vela de un soplo. Acto seguido se escurrió por el agujero en la tierra, súbitamente bañado en el tenue resplandor de la luna, y desapareció.

Murphy soltó un gruñido. No tenía ganas de cambiar frases amables con Tommy. Se levantó y siguió al director de orquesta escalera arriba. A su espalda, Tommy oyó a Número Tres avanzando por el túnel como un exaltado cangrejo moviéndose a través de la arena. Tommy observó que Murphy agitaba las piernas unos instantes, tratando de hallar un punto de apoyo en la tierra que se desmoronaba junto a la salida del túnel. Luego Tommy subió por la escalera.

Al llegar arriba, asió la cuerda. Sintió dos breves tirones y sin pensárselo dos veces salió del agujero lo más rápidamente posible. Apenas reparó en que, de pronto, se hallaba fuera del túnel y corría a través del suelo tapizado de musgo y agujas de pino del bosque. Sintió que lo envolvía una ráfaga de aire frío, que cayó sobre él como una ducha en un día caluroso. Siguió adelante, sosteniendo la cuerda en las manos, hasta alcanzar el tronco de un gigantesco abeto. Habían asegurado la cuerda a él, a unos diez metros del agujero en el suelo. Tommy se apoyó en el árbol. Oyó unos crujidos entre los matorrales y dedujo que era el ruido que hacían Murphy y el director de la banda al avanzar a través de la frondosa vegetación, dirigiéndose hacia la carretera que conducía a la ciudad. Durante unos segundos el sonido se le antojó un ruido inmenso, estrepitoso, destinado a atraer todos los reflectores, todos los guardias y todos los fusiles hacia ellos. Tommy se apretó contra el árbol, aguzando el oído, dejando que el silencio cayera sobre el mundo.

Luego cobró aliento y dio media vuelta.

El túnel desembocaba dentro del oscuro límite del bosque. Los muros de alambre de espino relucían a unos cincuenta metros de distancia. La torre de vigilancia equipada con una ametralladora más próxima se hallaba unos treinta metros más allá, hacia el centro del campo y orientada hacia el interior de éste. Los gorilas estarían de espalda al trayecto de fuga. Asimismo, cualquier *Hundführer* que patrullara por el perímetro miraría en la dirección opuesta. Los ingenieros del túnel habían calculado minuciosamente las

distancias y habían hecho un excelente trabajo.

Durante unos momentos, Tommy se sintió aturdido al percatarse de dónde se hallaba. Más allá de la alambrada. Más allá de los reflectores. Detrás del punto de mira de la ametralladora. Alzó la vista y a través de las hojas que cubrían las ramas del árbol contempló las últimas estrellas nocturnas pestañeando en el vasto firmamento. Durante un segundo, tuvo la sensación de formar parte de esa distancia, de esos millones de kilómetros sumidos en la oscuridad.

«Soy libre», pensó.

Estuvo a punto de romper a reír. Se restregó contra el tronco del árbol, abrazándose el torso, como para contener la excitación que estaba a punto de estallar en su pecho.

Luego se concentró en la tarea que le aguardaba. Un rápido vistazo al reloj que Lydia había colocado en su muñeca hacía muchos años le indicó que comenzaría a clarear dentro de poco; no habría tiempo para que los setenta y cinco hombres salieran del túnel. No podrían salir al ritmo de uno cada tres minutos. Tommy miró rápidamente a su alrededor, escudriñando la oscuridad, y comprobó que estaba solo. Dio dos rápidos tirones a la cuerda. Al cabo de unos segundos vio la vaga silueta de Número Tres salir a toda prisa del túnel.

Los dos guardias que habían acompañado a Hugh desde el campo de revista hasta el barracón del alto mando estaban sentados en los escalones de madera, fumando la amarga ración de cigarrillos alemanes y quejándose de que debieron haber registrado al canadiense y arrebatárle sus Players antes de conducirlo a las oficinas. Ambos se levantaron a toda prisa cuando Fritz Número Uno salió por la puerta, colocándose en posición de firmes y arrojando sus cigarrillos encendidos en la oscuridad.

Fritz miró hacia atrás, para cerciorarse de que el *Hauptmann* Visser no le había seguido hasta el recinto. Luego habló con tono apresurado y seco a los dos soldados rasos.

—Tú —dijo señalando al hombre de la derecha—, entra inmediatamente y vigila al prisionero. El *Hauptmann* Visser ha ordenado su ejecución, y debéis evitar que se escape.

El guardia dio un taconazo y saludó.

—*Jawohl!* —respondió con tono enérgico. El guardia asió su arma y se dirigió a la entrada de las oficinas.

—En cuanto a ti —dijo Fritz, hablando suavemente y con cautela—, quiero que obedezcas estas órdenes al pie de la letra.

El segundo guardia asintió con la cabeza, dispuesto a prestar atención.

—El *Hauptmann* Visser ha ordenado la ejecución del oficial canadiense. Debes

dirigirte de inmediato al barracón de los guardias en busca del *Feldwebel* Voeller. Esta noche está de servicio. Comunícale las órdenes del *Hauptmann* y pídele que reúna en seguida a un pelotón de fusilamiento y lo traiga aquí en el acto.

El hombre volvió a asentir. Fritz respiró hondo. Tenía la garganta pastosa y seca; comprendió que pisaba un terreno tan peligroso como el que había pisado anoche Hugh Renaday.

—En el barracón de los guardias hay un teléfono de campo. Di a Voeller que es indispensable que reciba cuanto antes confirmación de esta orden del comandante Von Reiter. Así, llegará aquí con el pelotón de fusilamiento antes de que los prisioneros se hayan despertado. Todo esto debe llevarse a cabo con extrema rapidez, ¿entendido?

El soldado se cuadró.

—Confirmación del comandante...

—Aunque haya que despertarlo en su casa... —le interrumpió Fritz.

—Y regresar con el pelotón de fusilamiento. ¡A la orden, cabo!

Fritz Número Uno asintió lentamente e indicó con un gesto al guardia que podía retirarse. El hombre dio media vuelta y se alejó a la carrera por el polvoriento camino del campo hacia el barracón de los guardias. Fritz confiaba en que el teléfono del barracón funcionara. Tenía la mala costumbre de averiarse cada dos por tres. Tragó saliva no sin cierto esfuerzo. No estaba seguro de que Von Reiter confirmaría la orden de Visser. Sólo sabía que alguien iba a morir esa noche.

Fritz Número Uno oyó a su espalda una puerta que se abría y las pisadas de unas botas sobre las tablas. Al volverse vio al *Hauptmann* Visser salir de las oficinas. El hurón se cuadró.

—¡He transmitido sus órdenes, *Herr Hauptmann*! Un soldado ha ido en busca del *Feldwebel* Voeller y un pelotón de fusilamiento.

Visser emitió un gruñido a modo de respuesta y devolvió el saludo. Bajó los escalones, alzó la vista al cielo y sonrió.

—El oficial canadiense tenía razón. Hace una noche espléndida, ¿no cree, cabo?

—Sí señor —respondió Fritz Número Uno.

—Lo sería para muchas cosas. —Visser se detuvo—. ¿Tiene usted una linterna, cabo?

—Sí señor.

—Démela.

Fritz Número Uno le entregó la linterna.

—Creo —comentó Visser con los ojos fijos en el oscuro cielo, antes de bajarlos y

recorrer con ellos toda la explanada del campo y la alambrada que relucía bajo las luces distantes—, que daré un pequeño paseo. Para gozar de esta hermosa noche, como ha sugerido tan oportunamente el teniente de aviación. —Visser encendió la linterna. Su haz de luz iluminó el polvoriento suelo a unos pocos pasos frente a él—. Encárguese de que mis órdenes se cumplen sin dilación alguna —dijo.

Luego, sin volverse, echó a andar con paso rápido y decidido hacia la línea de árboles que se divisaba al otro lado del campo de prisioneros.

Fritz Número Uno le observó durante unos minutos, a solas en la oscuridad frente al edificio de administración. Estaba en un compromiso, entre obedecer órdenes o cumplir con su deber. Sabía que al comandante, que era su gran benefactor, no le gustaba que Visser hiciera cosas bajo mano. Fritz pensó que no dejaba de ser irónico que su obligación en el campo le exigiera espiar a dos clases de enemigos.

Dejó que el *Hauptmann* se adelantara un par de minutos. Hasta alcanzar un punto donde la débil luz de la linterna que el oficial sostenía con su única mano casi desapareció en la lejana oscuridad. Entonces Fritz Número Uno se alejó de la fachada del edificio, caminando rápidamente a través de las sombras, y le siguió.

Tommy seguía ayudando a pasar a los *kriegies* que iban a fugarse a través del túnel de forma pausada y sistemática, adhiriéndose al pie de la letra a las instrucciones que el director de la banda le había dado, tirando de la cuerda cada dos o tres minutos. Los aviadores salían uno tras otro por el tosco orificio practicado en el suelo y se arrastraban hasta la base del árbol tras el cual Tommy se escondía. Un par de hombres se asombraron al comprobar que estaba vivo, otros se limitaron a emitir un ruido gutural antes de desaparecer en el bosque que se extendía detrás. Pero la mayoría de los *kriegies* le dedicaron unas breves palabras de aliento. Una palmadita en la espalda al tiempo que susurraban: «Buena suerte», o «¡Nos veremos en Times Square!» El hombre de Princeton añadió: «Buen trabajo, Harvard. Debiste de recibir una magnífica formación en esa institución de tercer orden...», antes de correr también para ocultarse entre árboles y matorrales.

Tommy sintió miedo. Más de una vez se vio obligado a contener el aliento al detectar la figura de un *Hundführer* y su perro moviéndose por el perímetro de la alambrada. En cierta ocasión se había encendido el reflector en la torre de vigilancia más próxima a la ruta de escape, pero su haz escudriñador se había orientado en la dirección opuesta. Tommy permaneció agazapado junto al árbol, atento a percibir el menor ruido a su alrededor, pensando que cualquier sonido podía ser el sonido de la traición y, por tanto, la muerte, la suya o la de uno de los hombres que se dirigían hacia la ciudad, la estación y los trenes matutinos que les conducirían lejos del Stalag Luft 13.

Cada pocos segundos, miraba el dial de su reloj pensando que la operación de fuga avanzaba con excesiva lentitud. Las primeras luces del alba obligarían a suspender la operación tan rápidamente como si les hubieran descubierto. Pero sabía que las prisas también acabarían con el intento de fuga. Así pues, apretó los dientes y siguió con el plan previsto.

Unos diecisiete hombres distribuidos a lo largo del túnel habían conseguido salir cuando Tommy divisó la débil luz de una linterna moviéndose erráticamente hacia él, a no más de treinta metros. La luz avanzaba por el límite del bosque, no por el perímetro de la alambrada, en manos de un *Hundführer*, describiendo una trayectoria que se cruzaba con la salida del túnel.

Tommy se quedó petrificado; no podía apartar la vista de la luz.

Ésta exploraba y penetraba entre la vegetación, oscilando hacia un lado, luego hacia otro, como un perro que ha percibido un olor extraño arrastrado por el viento. Dedujo que la persona que había detrás de esa luz buscaba algo, pero no de forma sistemática y deliberada, sino curiosa, inquisitiva, con cierto elemento de incertidumbre en cada movimiento. Tommy retrocedió, tratando de confundirse con el árbol, situándose con cautela detrás del tronco para que le ocultara por completo. Entonces comprendió que era inútil ocultarse.

La luz avanzó, reduciendo la distancia que los separaba.

Sintió que su corazón latía cada vez más rápido.

Hay un punto más allá del temor que los soldados conocen, donde todas las criaturas del terror y la muerte les acechan. Es un punto terrible y mortal, en el que algunos hombres se sienten paralizados y otros quedan atrapados en un miasma de perdición y agonía. Tommy se hallaba peligrosamente cerca de ese punto, sintiendo que sus músculos se tensaban y respirando trabajosamente, observando cómo la luz avanzaba lenta y de modo inexorable hacia el túnel de fuga. Comprendió que era imposible que el alemán que sostenía la linterna no reparara en la salida del túnel, y menos aún que no viera la cuerda extendida en el suelo. Asimismo, comprendió que no podía echarse a correr y deslizarse por el túnel sin ser sorprendido de inmediato. En aquel segundo, lo comprendió: estaba a punto de ser atrapado. O de morir de un tiro.

Contuvo el aliento.

Sabía que el Número Dieciocho aguardaba sobre el peldaño superior de la escalera los dos tirones de la cuerda que indicarían que había llegado su turno. En aquel momento Tommy trató de recordar quién era Dieciocho. Había pasado junto a él, en el estrecho túnel, hacía unas horas, había estado lo bastante cerca de él para percibir su olor a sudor, a angustia, para sentir su aliento, pero no lograba poner un rostro a ese número. El

Número Dieciocho era un aviador, al igual que él, y Tommy sabía que aguardaba a escasos centímetros debajo de la superficie del suelo, ansioso, nervioso, excitado, ilusionado, quizás algo impaciente, sujetando la cuerda con fuerza, rezando para que llegara al fin su oportunidad y quizá para lo que rezan todos los hombres que saben que la muerte, con su carácter caprichoso, les acecha.

La luz se aproximó unos metros.

En aquel segundo, Tommy comprendió que todo dependía de él.

Con cada metro que traía la luz más cerca, la elección se revelaba más clara, más definida. El problema no era que Tommy tuviera que ponerlo todo en juego, sino que todos los demás habían arriesgado mucho y él era el único hombre capaz de proteger las oportunidades y esperanzas que habían asumido esa noche. Tommy había pensado con ingenuidad que la única prueba que tendría que superar esa noche consistiría en descender por el túnel y luchar por averiguar la verdad con respecto a Lincoln Scott y Trader Vic. Pero se equivocaba, pues la auténtica batalla se hallaba frente a él, avanzando lenta pero sistemáticamente hacia la salida del túnel. Tommy era joven cuando se había alistado en el cuerpo de la aviación, lleno de fervor patriótico cuando había participado en su primer combate, y no había tardado en comprender que la guerra tiene mucho de valor, pero poco de nobleza. Sólo la lejana conclusión que debaten los historiadores contiene a ésta en cierta medida. La verdad cruda y descarnada son las elecciones más elementales, terribles y sucias que uno debe tomar, y todo cuanto Tommy había sido y confiaba en llegar a ser palidecía en comparación con las perentorias necesidades de los hombres aquella noche.

El intelectual Tommy Hart, estudiante de derecho y soldado a pesar suyo, que lo único que deseaba era regresar a su casa para reunirse con la chica que amaba y reanudar la vida que había vivido, la vida que se había prometido con su trabajo duro y sus estudios, tragó saliva, crispó los puños y comenzó a moverse lentamente, dirigiéndose hacia la luz que se aproximaba. Se movía de forma resuelta, como un comando, los ojos fijos en la amenaza, la garganta seca. El corazón le latía violentamente, pero vio su misión terriblemente diáfana.

Recordó lo que el director de la banda le había dicho en el túnel: «Todos somos asesinos.»

Confiaba en que el músico estuviera en lo cierto.

Se aproximó al objetivo, sin atreverse casi a respirar.

El agujero en el suelo que él trataba de proteger se hallaba tras él, en sentido oblicuo. La luz de la linterna seguía moviéndose de forma aleatoria. Tommy no lograba ver quién la sostenía, pero sintió una sensación de alivio cuando aguzó el oído y no detectó el

sonido de un perro.

La luz se aproximó un par de metros y Tommy notó que se tensaban todos sus músculos, dispuesto para una emboscada.

Unos pocos metros a su espalda, oculto bajo la superficie del suelo, el Número Dieciocho ya no soportaba la tensión de esperar la señal. Había barajado todos los posibles motivos de esa demora, calibrando todos los riesgos frente a la imperiosa necesidad de moverse. Sabía que el tiempo apremiaba, y también que los únicos hombres que tenían alguna probabilidad de escapar eran los que consiguieran llegar a la estación del ferrocarril antes de que sonara la alarma. El Número Dieciocho había pasado muchas horas cavando el túnel, y en más de una ocasión le habían sacado asfixiándose cuando algún tramo de éste se había desplomado, y en un arrebatado fruto de la juventud, había llegado a la temeraria decisión de tratar de alcanzar la libertad por su cuenta y riesgo. Su impaciencia había superado todos los límites de la razón que le quedaba después de pasar tantas horas tumbado boca abajo en el túnel, y en aquel segundo decidió salir de él, con señal o sin ella.

Levantó ambas manos y trepó a través del agujero, aspirando el aire puro del exterior, impulsándose como si tratara de alcanzar la superficie de una piscina llena de agua.

Al oír el ruido, Tommy se detuvo en seco.

La luz de la linterna se dirigió hacia el sonido sospechoso y Tommy oyó una exclamación de sorpresa susurrada en alemán.

—*Mein Gott!*

Visser consiguió distinguir, en el extremo del débil haz de luz, la oscura silueta de Número Dieciocho al salir precipitadamente del túnel y echar a correr hacia el bosque. Estupefacto, el *Hauptmann* avanzó rápidamente unos pasos y se detuvo. Se llevó rápidamente la linterna a la boca, para sostenerla con los dientes, a fin de tener las manos libres para empuñar el revólver. Fue un golpe de suerte para el fugado, pues la presión de la linterna entre los dientes impidió a Visser gritar y hacer sonar la alarma de inmediato. El alemán trató frenéticamente de abrir el estuche del revólver y sacar el Mauser que llevaba sujeto al cinto.

Casi lo había logrado cuando Tommy se abalanzó sobre él y le asestó un puñetazo en el pecho, como un defensa de rugby protegiendo al jugador que lleva el balón.

El choque conmocionó a ambos. La linterna cayó entre unos matorrales, su mortífero haz fue sofocado por las hojas y las ramas. Tommy no se percató de ello. Se arrojó sobre el alemán, tratando de aferrarle por el cuello.

Los dos hombres cayeron hacia atrás enzarzados en una pugna feroz. La fuerza del ataque de Tommy les llevó hasta la línea de árboles en el límite del bosque,

sustrayéndolos al campo visual de las torres de vigilancia y de los guardias que patrullaban el lejano perímetro. Peleaban aferrados el uno al otro, anónimamente, en la densa oscuridad.

Al principio, Tommy no sabía contra quién luchaba. Sólo sabía que ese hombre era un enemigo y llevaba consigo una linterna, un revolver y quizás el arma más peligrosa de todas, una voz con que gritar. Cada uno de esos tres objetos podía acabar con él fácilmente, y Tommy sabía que tenía que luchar contra cada uno de ellos. Trató de dar con la linterna, pero había desaparecido, de modo que continuó atacando con sus puños, tratando con desesperación de neutralizar los otros dos peligros.

Visser rodó por el suelo debido al impacto de la agresión, pero devolvió los golpes que le propinaba su atacante. Era un soldado frío, perfectamente adiestrado y experimentado, y en seguida comprendió las probabilidades que tenía de ganar. Encajó los puñetazos que le propinaba Tommy al tiempo que trataba de localizar su Mauser. Se defendió propinando patadas con las dos piernas, consiguiendo alcanzar a Tommy en la barriga, haciendo que éste emitiera una exclamación sofocada de dolor.

Aunque Visser no era propenso a gritar pidiendo auxilio, trató de hacerlo. Gritó débilmente, pues el ataque inicial de Tommy le había cortado el aliento. La palabra permaneció suspendida entre los dos hombres que peleaban, después de lo cual se disipó en la oscuridad que les rodeaba. Visser inspiró una bocanada de aire nocturno, llenándose los pulmones con el fin de lanzar un grito de socorro, pero en aquel segundo Tommy le tapó la boca con la mano.

Tommy había aterrizado casi detrás del alemán. Consiguió rodearle el torso con una pierna, haciendo que el otro cayera sobre él, en las densas sombras del bosque. Al mismo tiempo, Tommy metió la mano izquierda en la boca de su enemigo, introduciendo los dedos en su garganta para asfixiarlo. Sólo era vagamente consciente de que existía un arma, y le llevó otra fracción de segundo comprender que el hombre contra el que peleaba era manco.

—¡Visser! —dijo de pronto.

El alemán no respondió, aunque Tommy intuyó que había reconocido su voz. Visser siguió asestándole patadas y repeliéndole al tiempo que trataba de extraer su pistola. De pronto mordió con todas sus fuerzas la dúctil carne de la mano izquierda de Tommy, clavándole los dientes hasta el hueso.

Tommy sintió una punzada de dolor cuando los dientes del alemán atravesaron músculos y tendones en busca del hueso. Soltó un gemido al tiempo que un velo rojo de agonía le cegaba.

Pero siguió peleando, introduciendo su maltrecha mano más profundamente en la

garganta del alemán. Con la otra mano, le aferró la muñeca. Por el peso de ésta dedujo que el alemán casi había conseguido sacar su pistola, empleando toda su fuerza en sacarla del estuche y disparar.

Tommy comprendió, aunque estaba ofuscado debido al dolor y sentía que la sangre brotaba a borbotones de su mano herida, que el mero hecho de disparar un tiro al aire lo mataría al igual que si apoyara el cañón contra su pecho y le atravesara el corazón de un tiro. Por consiguiente hizo caso omiso del intenso dolor que sentía en la mano izquierda y se concentró en el único brazo del alemán, y el esfuerzo que éste hacía para alcanzar la culata y el gatillo de su revólver. Curiosamente, toda la guerra, millones de muertes, una pugna entre culturas y naciones, se reducía, para Tommy, a una batalla por controlar un revólver. Prescindiendo del destrozo que los dientes del alemán le había causado en la mano, se esforzó en ganar una pequeña victoria, para hacerse con el control del revólver. Notó que Visser trataba de amartillar el arma y se apartó con violencia. El alemán había conseguido sacar parcialmente el Mauser de su reluciente estuche de cuero negro. Su voluminosa forma y peso representaban una pequeña ventaja en favor de Tommy, pero Visser era dueño de una fuerza notable. El alemán era un hombre de complexión atlética, y gran parte de su fuerza estaba concentrada en el único brazo que le quedaba. Tommy intuyó que el fiel de la balanza en esta batalla dentro de otra mayor se inclinaba a favor de Visser.

De modo que decidió arriesgarse. En lugar de apartarse, torció la mano del alemán con fuerza. Los dedos de Visser quedaron oprimidos contra el seguro y uno de ellos se partió. El alemán gimió de dolor, emitiendo el sonido gutural a través de la ensangrentada mano izquierda de Tommy, con la que éste seguía intentando asfixiarlo.

Ninguno de los dos consiguió hacerse con el Mauser, que de pronto cayó en el mar de musgo y tierra del bosque. La oscuridad circundante engulló de inmediato su almacén de metal negro.

Visser comprendió que había perdido su arma, por lo que redobló su afán de pelear, hundiendo de nuevo los dientes en los dedos de la mano izquierda de Tommy al tiempo que le golpeaba con su mano derecha. El alemán trató de incorporarse, pero Tommy le rodeó con las piernas, inmovilizándole. Peleaban como dos amantes, pero lo que ambos querían conseguir era la muerte del otro.

Tommy no hizo caso de los golpes que le asestaban, del dolor que sentía en la mano, y empujó a Visser contra el suelo. No le habían instruido para matar a un hombre con sus manos, jamás había pensado siquiera en ello. Los únicos enfrentamientos que había tenido de adolescente habían consistido principalmente en empujones, palabrotas e insultos, y solían terminar con uno o ambos jóvenes deshechos en llanto. Ninguna pelea

en las que había participado, ni siquiera la que había librado hacía un rato en el túnel, cuando había combatido por la verdad, fue tan intensa como ésta. Ninguna había sido tan mortal como los combates que Lincoln Scott había librado, equipado con guantes de boxeo, en un cuadrilátero, con un árbitro presidiendo el combate.

Ésta era diferente. Era una pelea que sólo tenía un desenlace. El alemán continuó golpeándole, propinándole patadas y arrancándole la carne de los dedos con los dientes, pero de pronto Tommy dejó de sentir dolor. Parecía como si en aquellos segundos le sobreviniera una total frialdad de instinto y deseo, y empezó a apretar con fuerza el cuello del alemán, apoyando la rodilla derecha en la rabadilla de Visser para mantener el equilibrio.

Visser presintió en el acto el peligro, sintió la tensión que se apoderaba de su cuello, y trató de liberarse. Arañó a Tommy con cada gramo de odio que sentía para obligarle a soltarle. De haber tenido dos brazos, la pelea se habría saldado rápidamente en favor del alemán, pero la bala del Spitfire que le había arrebatado el brazo le había causado también otro tipo de lesiones. Durante unos instantes ambos permanecieron suspendidos en el borde de la indecisión, la fuerza de un hombre contra la del otro, sus cuerpos torcidos, tensos y rígidos como el cuero seco.

Visser se empleó a fondo, mordiendo, asestando patadas y golpeando a su adversario con su única mano. Tommy encajó los golpes que le llovían cerrando los ojos y apretando con más fuerza, sabiendo que si cedía un ápice le costaría la pelea y la vida.

De pronto Tommy oyó un sonido terrible.

El ruido que se produjo al partirse la columna vertebral de Visser fue el más atroz y terminante que había oído en su vida. El alemán emitió una débil exclamación de asombro ante su inminente muerte antes de quedar inerte en brazos de Tommy, que al cabo de unos segundos dejó caer al suelo el cadáver.

Retiró la mano de la boca de Visser. El dolor se intensificó, era casi insoportable; durante unos segundos Tommy se sintió tan mareado que temió perder el conocimiento. Se inclinó hacia atrás, estrechando su mano destrozada y ensangrentada contra su pecho. La noche parecía de improviso translúcida, totalmente silenciosa. Tommy echó la cabeza hacia atrás e inspiró una profunda bocanada de aire, tratando de recobrar el control, de imponer orden y razón al mundo que le rodeaba.

Poco a poco se percató de otros sonidos cercanos. El primero indicaba que Visser respiraba aún. Tommy comprendió entonces que debía terminar su tarea. Y por primera vez en su vida, rezó para que el alemán muriera antes de que él se viera obligado a robar el último aliento de aquel hombre que yacía inconsciente, moribundo.

—Por favor, muere —musitó.

Y el alemán emitió un último estertor.

Tommy sintió una profunda sensación de alivio y casi rió a carcajadas. Alzó la vista y contempló las estrellas y el cielo, y observó las primeras luces que se insinuaban a través del este. «Es asombroso», pensó, «estar vivo cuando no tienes ningún derecho a estarlo.»

La mano le dolía de forma insoportable. Dedujo que Visser le había partido cuando menos un dedo, que colgaba flácido sobre su pecho. Le había arrancado la carne con los dientes. La sangre goteaba sobre su camisa; las punzadas de dolor le recorrían el antebrazo y le nublaban la vista.

Sabía que debía vendar la herida, y se inclinó sobre el cuerpo inerte de Visser. Encontró un pañuelo de seda en el bolsillo de la guerrera del alemán, que envolvió fuertemente alrededor de su mano para contener la hemorragia.

Acto seguido, trató de analizar la situación. Sólo sabía que corría peligro, pero el cansancio y el dolor le impedían pensar con claridad. Tan sólo atinaba a recordar que quedaban unos hombres aguardando en el túnel y que las oportunidades que tenían de fugarse eran cada vez más remotas debido al retraso que se había producido. Por lo tanto, decidió que lo único que podía hacer era reemprender su tarea, aunque la fatiga y el dolor saturaban cada poro de su cuerpo.

Pero a pesar de haber tomado esta íntima y firme decisión, en un principio no consiguió que sus maltrechos músculos respondieran. Inspiró otra bocanada de aire, tratando de ponerse en pie, pero cayó sobre el tronco de un árbol cercano. Se dijo que debía descansar unos segundos y cerró los ojos, pero sintió que un aguijonazo de terror le recorría el cuerpo. El pánico lo cegó.

El haz de la linterna, que había desaparecido engullida por el bosque, se alzó de pronto, fantasmagórico, a pocos pasos de él, giró una vez, como si reanudara su diabólica búsqueda, y antes de que Tommy tuviera tiempo de hacer acopio de las últimas fuerzas que le quedaban para correr a ocultarse, incidió directamente sobre su cara.

«La muerte es una embaucadora —pensó Tommy— cuando crees que la has burlado, se revuelve contra ti.» Se inclinó hacia atrás y se llevó la mano indemne a los ojos para protegerse de la luz y del disparo que supuso que sonaría dentro de unos segundos.

Pero en lugar de un tiro oyó una voz conocida.

—¡Señor Hart! ¡Dios mío! ¿Qué hace aquí?

Tommy sonrió y meneó la cabeza, incapaz de responder a la lógica pregunta de Fritz Número Uno. Hizo un pequeño ademán con la mano que no tenía lastimada y en aquel preciso momento la linterna del hurón iluminó el cuerpo del oficial alemán, que yacía como un pelele en el suelo, a pocos pasos.

—¡Dios mío! —murmuró el hurón.

Tommy se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. No creía tener fuerzas suficientes para entablar otra pelea. Oyó a Fritz Número Uno exclamar repetidamente, en alemán «*Mein Gott! Mein Gott!*», y luego añadir «¡Una fuga!» mientras el hurón trataba de descifrar lo ocurrido. Tommy era levemente consciente de que Fritz Número Uno se afanaba en abrir el estuche de su arma y tomar el omnipresente silbato que todos los hurones portaban en el bolsillo de la guerrera. Tommy quería gritar una advertencia al Número Diecinueve, que aguardaba sobre el peldaño superior de la escalera dentro del túnel, pero no tenía siquiera fuerzas para eso.

Esperó oír el sonido de la alarma. Pero no sonó.

Tommy abrió los ojos lentamente y vio a Fritz Número Uno de pie junto al cadáver de Visser. El hurón tenía el silbato en los labios y empuñaba su pistola. Entonces Fritz se volvió despacio y miró a Tommy, sin apartar el silbato de sus labios.

—Le fusilarán —murmuró—. Ha matado un oficial alemán.

—Lo sé —respondió Tommy—. No tuve más remedio.

Fritz se dispuso a hacer sonar el silbato, pero se detuvo y lo retiró de su boca. Orientó la linterna hacia el agujero en el suelo que Tommy había protegido, deteniéndose sobre la cuerda asegurada al árbol.

—Dios mío —repitió en un susurro.

Tommy guardó silencio. No comprendía por qué el hurón no pedía refuerzos ni hacía sonar la alarma.

Fritz Número Uno parecía atrapado en sus reflexiones, calibrando, midiendo, sopesando los pros y los contras. De pronto se agachó hacia Tommy y murmuró con tono insistente:

—¡Diga a los hombres que están en el túnel que la fuga se ha terminado! *Kaput!* ¡Que regresen inmediatamente a sus barracones! Está a punto de sonar la alarma. Dígaselo en seguida, señor Hart. ¡Es la única posibilidad que tiene de salvarse!

Tommy se quedó atónito. No estaba seguro de lo que se proponía el alemán, pero comprendió que le ofrecía una oportunidad y no dudó en aprovecharla. Sin saber muy bien de dónde había sacado las fuerzas necesarias, echó a correr a través de la musgosa hierba del bosque hasta el borde del túnel. Se asomó al agujero y vio el rostro del Número Diecinueve, expectante.

—¡Los alemanes están por todas partes! —murmuró Tommy con tono perentorio—. ¡Están por todas partes! ¡Retroceded inmediatamente! ¡La función se ha terminado!

—¡Mierda! —farfulló el Número Diecinueve—. ¡Me cago en sus madres! —agregó,

pero no vaciló en obedecer. Se deslizó por el estrecho pozo del túnel y comenzó a retroceder por él. Tommy oyó el sonido amortiguado de una conversación cuando Diecinueve se encontró con Veinte, pero no captó las palabras, aunque suponía qué decían.

Al volverse vio a Fritz Número Uno a pocos pasos. Había apagado la linterna, pero las primeras luces que se filtraban a través de los árboles conferían a su oscura silueta un aspecto fantasmagórico. El hurón indicó a Tommy que se acercara. Y se dirigió medio a rastras y medio a la carrera hacia el hurón.

—Sólo tiene una posibilidad, señor Hart. Traiga el cadáver y sígame, ahora mismo. No haga preguntas. ¡Apresúrese!

Tommy meneó la cabeza.

—Mi mano —dijo—. No creo tener las fuerzas necesarias.

—Entonces morirá aquí —repuso secamente Fritz Número Uno—. De usted depende, señor Hart. Pero debe decidirse ahora. Yo no puedo tocar el cuerpo del *Hauptmann*. O lo mueve ahora mismo, o morirá junto a él. Pero creo que sería injusto dejar que un hombre como él le mate, señor Hart.

Tommy cobró aliento. Las imágenes de su casa, de su escuela, de Lydia inundaron su imaginación. Recordó a su capitán de Tejas con su risa seca y nasal: «Muéstranos el camino a casa, Tommy.» Y a Phillip Pryce, con su peculiar forma de gozar de las cosas más nimias. En aquel momento pensó que sólo un cobarde redomado le da la espalda a la oportunidad de vivir, por dura y remota que fuera. Así, aun a sabiendas de que sus reservas de energía estaban prácticamente agotadas, de que sólo le quedaba la fuerza del deseo, Tommy se agachó y, lanzando un sonoro quejido, consiguió echarse el cadáver del oficial alemán al hombro. El cadáver emitió un crujido atroz, y Tommy sintió ganas de vomitar. Luego, levantándose como pudo, se esforzó por conservar el equilibrio.

—Ahora, rápido —le conminó Fritz Número Uno—. ¡Debe adelantarse a las luces del alba o todo estará perdido!

Tommy sonrió ante la anticuada expresión que había utilizado el alemán, pero observó que las franjas grises del amanecer comenzaban a consolidarse, haciéndose más intensas a cada segundo. Avanzó un paso, tropezó, recobró el equilibrio y respondió con un hilo de voz:

—Adelante, estoy preparado.

Fritz Número Uno asintió con la cabeza. Luego comenzó a adentrarse en el bosque.

Tommy siguió al alemán con paso vacilante. El cuerpo de Visser pesaba mucho, como si incluso después de muerto tratara de matarlo.

Las ramas le arañaban el rostro. Las raíces de los árboles le hicieron tropezar en más

de una ocasión. El bosque entorpecía su progreso, obligándole a detenerse, tratando de derribarlo. Tommy continuó avanzando, arrastrándose bajo el peso que portaba, esforzándose con cada paso que daba conservar el equilibrio, buscando cada vez que apoyaba un pie en el suelo hallar las fuerzas para seguir adelante.

Respiraba de forma entrecortada y trabajosa. El sudor le empañaba las pestañas. El dolor que sentía en la mano herida era insoportable. Las lesiones latían sin cesar, produciéndole terribles escalofríos. Cuando pensaba que ya no le quedaban más fuerzas, en seguida se negaba a reconocerlo y lograba sacar fuerzas de flaqueza, las suficientes para avanzar torpemente unos metros más.

Tommy no tenía remota idea de cuánto trecho habían recorrido. Fritz Número Uno se volvió para instarle a proseguir.

—¡Rápido, señor Hart! Apresúrese. ¡No falta mucho!

Justo cuando pensó que no podía dar un paso más, Fritz Número Uno se detuvo de pronto y se arrodilló. El alemán indicó a Tommy que se acercara. Tommy recorrió los últimos metros trastabillando y se dejó caer junto a él.

—¿Dónde...? —atinó a decir, pero Fritz le hizo callar.

—Silencio. Hay guardias por los alrededores. ¿No huele el aroma de este lugar?

Tommy se limpió la cara con la mano indemne y aspiró un poco de aire por la nariz. Entonces se percató de la mezcla de olores humanos, desechos y muerte que impregnaba el bosque a su alrededor. Miró a Fritz Número Uno perplejo.

—¡El campo de trabajo de los rusos! —murmuró Fritz.

El alemán señaló con el dedo.

—Lleve el cadáver lo más cerca que pueda y déjelo. No haga ruido, señor Hart. Los guardias no dudarán en disparar si oyen el menor sonido sospechoso. Y ponga esto en la mano del *Hauptmann*.

Fritz Número Uno extrajo del bolsillo de su guerrera la hebilla del cinturón del ruso que había tratado de venderle a Tommy hacía unos días. Tommy asintió con la cabeza. Tomó la hebilla, se volvió y se echó de nuevo el cuerpo de Visser al hombro. Cuando se disponía a alejarse, Fritz Número Uno le detuvo. El hurón miró los ojos vidriosos de Visser.

—¡Gestapo! —masculló. Luego escupió en la cara del difunto—. ¡Váyase, rápido!

Tommy avanzó pesadamente a través de los árboles. El hedor era insoportable. Divisó un pequeño claro a un par de docenas de metros de la rudimentaria alambrada de espino y las afiladas estacas que rodeaban el campo de trabajo de los rusos. No había nada permanente en la zona rusa, pues los hombres que la ocupaban no estaban

destinados a sobrevivir a la guerra y al parecer la Cruz Roja no controlaba sus condiciones de vida.

Tommy oyó ladrar a un perro a su derecha. Un par de voces rasgaron el aire a su alrededor. «No me atrevo a avanzar más», pensó.

Con un gran esfuerzo, arrojó el cadáver de Visser al suelo. Tommy se inclinó sobre él y depositó la hebilla del cinturón entre los dedos del alemán. Luego retrocedió y durante un momento se preguntó si había odiado a Visser lo suficiente como para matarlo, pero en seguida comprendió que eso no era lo que contaba. Lo que contaba era que Visser estaba muerto y que él se aferraba precariamente a la vida. Acto seguido, sin volver a mirar el rostro del alemán, dio media vuelta y, avanzando sigiloso pero con rapidez, regresó al lugar donde le aguardaba Fritz Número Uno.

Cuando llegó, el alemán hizo un gesto afirmativo.

—Quizá tenga una posibilidad, señor Hart —dijo—. Debemos apresurarnos.

El regreso a través del bosque fue más rápido, pero Tommy creyó que deliraba. La brisa que se deslizaba a través de las copas de los árboles le susurraba al oído, casi burlándose de su agotamiento. Las sombras se alargaban a su alrededor, cual docenas de reflectores tratando de captar su rostro para ponerlo al descubierto. Era como si su mano herida le gritase obscenidades, tratando de cegarlo de dolor.

Era el amanecer. El negro deja paso al gris y las primeras franjas de azul surcan el cielo, persiguiendo a las estrellas que le habían reconfortado antes con su presencia. A pocos metros de distancia, Tommy distinguió el agujero negro de la salida del túnel.

Fritz Número Uno se detuvo, ocultándose detrás de un árbol. Señaló el túnel.

—Señor Hart —murmuró asiendo a Tommy del brazo—. El *Hauptmann* Visser habría ordenado que me fusilaran al averiguar que fui yo quien negoció con el arma que mató a Trader Vic. La que usted me devolvió. Estaba en deuda con usted, esta noche, he pagado mi deuda.

Tommy asintió con la cabeza.

—Ahora estamos... ¿cómo se dice? —preguntó el hurón.

—En paz —respondió Tommy.

El alemán lo miró sorprendido.

—¿En paz?

—Es otra expresión, Fritz. Cuando uno ha saldado su deuda, se dice que está «en paz»... —Tommy sonrió, pensando que el agotamiento debía de haberle hecho perder el juicio, pues no se le había ocurrido nada mejor que ponerse a dar clases de inglés.

El hurón sonrió.

—En paz. Lo recordaré. Tengo mucho que recordar.

Luego señaló el agujero.

—Ahora, señor Hart, contaré hasta sesenta y luego tocaré el silbato.

Tommy asintió. Se puso en pie y echó a correr hacia el agujero. Sin volverse siquiera una vez, se lanzó de nuevo a la oscuridad y bajó apresuradamente los peldaños de la tosca escalera. Al aterrizar en el suelo del pozo, el dolor que le atenazaba la mano le cubrió de insultos. Sin pensar en los terrores que recordaba de su infancia, ni en los terrores que había experimentado esa noche, Tommy avanzó por el túnel. No había luz, ni una vela que los hombres hubieran olvidado, para guiarlo. Todo estaba sumido en una inmensa oscuridad, como burlándose del amanecer que iluminaba el mundo exterior.

Tommy regresó a la prisión, solo, extenuado, ciego y profundamente herido, seguido por el lejano sonido del silbato de Fritz Número Uno resonando en el ordenado mundo en la superficie.

Una cura provisional

En el barracón 107 reinaba el caos.

Los hombres que no habían conseguido fugarse, congregados en el pasillo central, se quitaban a todo correr sus trajes de paisano para volver a vestir sus raídos y gastados uniformes. Muchos de ellos habían cogido unas raciones adicionales de comida con que alimentarse hasta llegar a lugar seguro, y se estaban metiendo chocolate y carne enlatada en la boca, temiendo que los alemanes se presentaran y confiscaran todos los alimentos que habían ido almacenando con diligencia durante las últimas semanas. Los miembros de la tropa de apoyo guardaban la ropa, los documentos falsos, billetes, pasaportes, permisos de trabajo y demás objetos confeccionados por los *kriegies* para dar una falsa legitimidad a su ansiada existencia fuera de la alambrada, en libros vaciados o escondrijos situados detrás de los tabiques. Los integrantes de la brigada de los cubos de tierra se dejaron caer del agujero en el techo, limpiándose el sudor y la tierra de la cara, mientras un aviador aseguraba de nuevo el panel de acceso en su lugar confiando en que los alemanes no lo descubrieran. Un oficial permanecía junto a la puerta del barracón, espiando a través de una hendidura en la madera, para ayudar a los hombres a salir solos o en pareja cuando no hubiera moros en la costa.

Había veintinueve hombres distribuidos a lo largo del túnel cuando Tommy había dado la voz de alarma al Número Diecinueve. La señal se había movido con mayor rapidez que los hombres, transmitida a través de una serie de gritos, tal como había sido difundido el mensaje de la inocencia de Scott. Pero a medida que se propagaba a través del túnel, los hombres que se hallaban en él se las veían y deseaban para emprender la retirada, que era mucho más difícil en aquel oscuro y reducido espacio. Los hombres se habían movido frenéticamente, desesperados, algunos retrocediendo a gatas, otros tratando de dar la vuelta. Pese a lo crítico de la situación, les había llevado bastante tiempo retroceder sobre sus pasos, decepcionados, temerosos, angustiados y furiosos ante la mala pasada que les había jugado la vida al arrebatarles aquella oportunidad. Las blasfemias resonaban en el estrecho túnel, las obscenidades reverberaban entre los muros.

Cuando habían empezado a salir los primeros hombres, Lincoln Scott se hallaba junto

al borde de la entrada, contigua al retrete. El comandante Clark, situado a pocos pasos, impartía enérgicas órdenes con el fin de imponer cierta disciplina entre los presos. Scott se había vuelto, asimilando la desintegración de la escena que le rodeaba. Se había agachado para ayudar al Número Cuarenta y siete a trepar por el orificio de entrada.

—¿Dónde está Hart? —había preguntado Scott—. ¿Has visto a Tommy Hart?

El aviador meneó la cabeza.

—Debe de estar todavía en la parte delantera del túnel —respondió el hombre.

Scott ayudó al *kriegie* a desfilar hacia el pasillo, donde el hombre empezó a quitarse su atuendo de fuga. Scott se asomó al pozo del túnel. El resplandor de las velas parecía dibujar unas cicatrices sobre los rostros de los consternados hombres mientras trataban de trepar por la entrada del túnel. Se agachó, asió la mano del Número Cuarenta y seis y con un tremendo tirón le ayudó a ascender a la superficie, formulándole la misma pregunta:

—¿Has visto a Hart? ¿Le has oído? ¿Está bien?

Pero el Número Cuarenta y seis movió la cabeza en señal de negación.

—Aquello es un caos. No se ve nada, Scott. No sé dónde está Hart.

Scott asintió con la cabeza. Después de ayudar al aviador a salir por el retrete y dirigirse hacia el pasillo, se agachó para asir el cable negro que descendía por el agujero.

—¿Qué hace, Scott? —inquirió el comandante Clark.

—Ayudar —repuso Scott.

Acto seguido dio media vuelta, como un montañista que se dispone a descender por un precipicio, y sin decir otra palabra al comandante, descendió hacia la antesala. Notó una tremenda tensión en la enrarecida atmósfera del túnel, casi como quien entra en una habitación de hospital presidida por el olor a enfermedad y nadie abre una ventana para que se ventile. En su precipitada retirada, los hombres habían dejado abandonado el fuelle, que uno de los primeros *kriegies* que había salido del túnel había apartado a un lado de una patada. Al ver al Número Cuarenta y cinco avanzar cargado con una maleta, Scott extendió la mano en la grisácea semioscuridad y se apresuró a tomarla de manos del agradecido *kriegie*.

—¡Joder! —murmuró éste—. Esta condenada maleta casi ha conseguido que el techo se derrumbara encima de mí. Gracias. —El hombre se apoyó en el muro de la antesala—. Ahí arriba te falta el aire —se quejó—. No puedes respirar. Espero que ninguno pierda el conocimiento.

Scott ayudó al hombre, que no dejaba de resollar, a instalarse cómodamente junto al pozo hasta haber recobrado el aliento, y depositó en sus manos el cable de acceso. El

kriegie le dio las gracias con un movimiento de la cabeza y empezó a incorporarse, sujetando el cable con ambas manos. Cuando se hubo puesto en pie, el aviador negro se volvió y recogió el fuelle.

Lo colocó derecho y luego se situó sobre él, con un pie plantado a cada lado del artilugio, como había hecho momentos antes el capitán neoyorquino. Sacando fuerzas de flaqueza, Scott empezó a accionarlo con furia, lanzando unas ráfagas de aire a través del túnel.

Transcurrió casi un minuto antes de que el próximo *kriegie* apareciera por la entrada del túnel. El aviador estaba agotado por la tensión del fracasado intento de fuga. Tosió gesticulando en la sofocante atmósfera de la antesala, dando gracias por poder respirar siquiera aquel aire enrarecido y señaló el fuelle.

—Menos mal —murmuró—. Ahí arriba no se puede respirar. Te asfixias.

—¿Dónde está Hart? —preguntó Scott entre resoplidos. Su rostro relucía cubierto de sudor.

—No lo sé —repuso el *kriegie* meneando la cabeza—. Quizás esté de camino hacia aquí. No lo sé. No se ve nada. Apenas podía respirar. Todo está lleno de arena y tierra y lo único que oyes es a los otros tíos gritar que retrocedas, que salgas a toda prisa. Eso y las malditas tablas del techo crujiendo y chirriando. Espero que no se nos caiga encima. ¿Ya han aparecido los alemanes?

Scott apretó los dientes y negó con la cabeza.

—Todavía no. Tienes la oportunidad de salir, apresúrate.

El Número Cuarenta y cinco asintió. Suspiró para hacer acopio de fuerzas. Luego trepó por el cable y alzó las manos para que le ayudaran a salir por la entrada del retrete.

En la antesala, Scott continuó accionando el fuelle con increíble velocidad. El fuelle crujía y rechinaba al tiempo que el aviador negro emitía ruidos guturales debido al esfuerzo.

Lentamente, los hombres fueron saliendo del túnel uno tras otro. Todos estaban sucios y atemorizados; todos experimentaron una sensación de alivio al contemplar la superficie. «Tienes la sensación de que te mueres», comentó un hombre. Otro opinó que le parecía haber estado en un ataúd. Cada *kriegie* se apresuraba a llenar sus pulmones, y más de uno, al ver a Scott dándole al fuelle, murmuró una frase de gratitud.

El tiempo transcurría peligrosamente, tirando de cada hombre como un remolino en el mar, amenazando con arrastrarlos hacia aguas más procelosas aún.

—¿Has visto a Hart? ¿Dónde está Hart? —preguntó Scott.

Nadie podía responder.

Fenelli, que era el Número Veintiocho, avanzó torpemente y aterrizó a los pies de Scott.

—Menos mal que se te ocurrió utilizarlo —murmuró señalando el fuelle—. De no ser por eso todo el túnel estaría lleno de hombres inconscientes. El aire aquí está envenenado.

—¿Dónde está Hart? —inquirió Scott por enésima vez.

Fenelli meneó la cabeza.

—Estaba en la parte delantera. Fuera de la alambrada. Dando a los hombres la señal de salir. No sé dónde ha ido a parar.

Scott sentía una mezcla de furia e impotencia. No sabía qué hacer, salvo seguir lanzando unas ráfagas vitales de aire por el túnel.

—Es mejor que salgas de aquí —dijo entre dientes—. Cuando llegues arriba te ayudarán a salir.

Fenelli empezó a incorporarse, pero luego volvió a dejarse caer, sonriendo.

—¿Sabes? Tengo un primo en la marina. En uno de esos malditos submarinos. Quería que me alistara con él, pero le dije que sólo a un idiota se le ocurriría ponerse a nadar por el fondo del mar, conteniendo el aliento, en busca de japoneses. Yo no iba a cometer esa estupidez, le dije. ¡Ja, ja! Y aquí me tienes. A ocho metros bajo tierra, encerrado en una puta prisión. ¡Yo, que ingresé en las fuerzas aéreas para volar!

Scott asintió con la cabeza, sin dejar de mover el fuelle, y esbozó una breve sonrisa.

—Creo que me quedaré aquí contigo unos minutos —dijo Fenelli.

El médico de Cleveland se agachó para mirar por el túnel, oscuro como boca de lobo. Cuando pasó un minuto, extendió las manos para ayudar al Número Veintisiete a salvar los últimos palmos. Se trataba del capitán neoyorquino, quien se arrojó también al suelo, boqueando como un pez fuera del agua.

—¡Jesús! —exclamó—. ¡Vaya desastre! He tenido que pasar a través de un montón de arena en más de una ocasión. Las cosas se están poniendo feas ahí dentro.

—¿Dónde está Tommy?

El hombre hizo ademán de no saberlo.

—Hay varios hombres que bajan por el túnel detrás de mí —dijo. Después de inspirar una bocanada de aire se puso en pie—. ¡Joder! Es agradable erguirse. Me largo de aquí. —Asió el cable y cuando Fenelli le hubo ayudado a colocarse bien, comenzó a trepar hacia la superficie y un lugar seguro.

Justo después de que el Número Diecinueve hubo pasado por la entrada del túnel, el comandante Clark se asomó por el borde del pozo y gritó:

—¡Se acabó! ¡Acaba de sonar la alarma!

El aullido lejano de una sirena antiaérea penetró incluso hasta donde ellos se hallaban.

—¿Dónde está Hart? —preguntó Scott preocupado.

El Número Diecinueve movió la cabeza negativamente.

—Creía que iba detrás de mí —repuso—. Pero no sé dónde se ha metido.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Fenelli, arrodillándose y mirando por el túnel. Metió la cabeza por el agujero, tratando de detectar el sonido de alguien arrastrándose por el túnel.

—¡Vamos, apresúrense! —les exhortó el comandante Clark desde arriba—. ¡Hay que moverse!

El Número Diecinueve seguía meneando la cabeza.

—No sé —dijo—. Yo estaba en el peldaño superior de la escalera, esperando la señal para salir corriendo, tal como nos habían ordenado, pero el que estaba en el otro extremo de la cuerda, dando las señales, era Hart, no el tío que iba delante de mí, como nos habían dicho. El caso es que estaba cansado de esperar y esperar, preguntándome que demonios ocurría, porque habían transcurrido más de un par de minutos y teníamos que salir de tres en tres a lo sumo, cuando de pronto oigo a dos hombres peleando. ¡Menuda pelea! Al principio sólo se oían gruñidos, resoplidos, puñetazos y después el choque de un cuerpo al caer al suelo. Luego silencio y a continuación, como por arte de encanto, oigo por fin voces. No pude oír lo que decían, pero daba lo mismo, porque de pronto percibo a Hart en la entrada, diciéndome que todo está lleno de alemanes y que retroceda lo más rápido que pueda por el túnel, que todos tenemos que salir, porque la alarma está a punto de sonar. De modo que bajo por la escalera y empiezo a retroceder, pero no podía pasar, porque los tíos estaban aterrorizados, peleando para dar la vuelta, y no se podía respirar, todo estaba lleno de tierra y no se veía nada porque todas las velas estaban apagadas. Y de repente, aterrizo aquí.

—¿Dónde está Hart? —gritó Scott.

El Número Diecinueve se encogió de hombros mientras trataba de recuperar el resuello.

—No sé decirte. Supuse que me seguiría, pero al parecer no lo hizo.

La voz del comandante Clark resonó a través de la abertura.

—¡Apresúrense! ¡Los alemanes están a punto de llegar! ¡Tenemos que cerrar el túnel! Scott alzó la cabeza para mirarle.

—¡Hart aún no ha regresado! —respondió.

Clark vaciló unos instantes.

—¡Debería ir detrás del último hombre!

—¡Pero no ha vuelto!

—¡Tenemos que cerrar el túnel antes de que se presenten!

—¡Hart no ha vuelto! —gritó Scott una vez más.

—¿Pero dónde puñetas se ha metido? —preguntó el comandante.

Tommy Hart ya no podía diferenciar entre los variados dolores que le recorrían el cuerpo. Su maltrecha mano parecía haber distribuido el sufrimiento a través de cada centímetro de aquél. Cada punzada de inenarrable dolor se veía incrementada por un agotamiento tal que Tommy no creía tener fuerzas suficientes para descender por el túnel. Había superado el límite donde prevalecían el temor y el terror y se estaba adentrando en el territorio de la muerte. El hecho de ser capaz de avanzar a rastras le maravillaba, pues no sabía de dónde había sacado esa reserva de energía. Sus músculos le advertían que estaban a punto de rendirse. A pesar de todo, no se detuvo.

Era la noche más oscura que había conocido y se sentía terriblemente solo.

Riachuelos de arena caían sobre su cabeza. El polvo le taponaba la nariz. Tenía la sensación de que no quedaba aire dentro de los reducidos confines del túnel. El único sonido que podía detectar era el crujir de las tablas que apuntalaban el techo y que parecían a punto de ceder. Tommy continuó desplazándose, como si nadara, apartando mediante un esfuerzo sobrehumano la tierra que obstaculizaba su camino.

No tenía esperanzas de seguir así los setenta y cinco metros del túnel, ni se creía capaz de recorrer esa distancia antes de que los alemanes irrumpieran en el barracón. Curiosamente, el cansancio, unido al dolor y al inmenso esfuerzo que representaba seguir avanzando, se habían confabulado para impedir que el terror hiciera presa en él y lo inmovilizara. Parecía como si todas las angustias que invadían su cuerpo no dejaran espacio suficiente para la más peligrosa. En el curso de esta última batalla, la posibilidad de derrota no le había pasado siquiera por la mente.

Se aferraba a cada centímetro de oscuridad a medida que iba avanzando.

No se detuvo. Ni siquiera caviló, pese a su fatiga. Incluso cuando hallaba su camino parcialmente bloqueado y el túnel se hacía aún más estrecho, continuó reptando por él, deslizándose su cuerpo larguirucho a través del minúsculo espacio. Se sentía mareado debido al esfuerzo. Cada bocanada de aire que inspiraba en la oscuridad le parecía más enrarecida, más fétida, más dañina.

No sabía el trecho que había recorrido ni hasta dónde había llegado. En cierto modo, tenía la impresión de haber estado siempre en el túnel, como si nunca hubiera existido el

exterior ni un cielo diáfano lleno de aire puro y un sinnúmero de estrellas. Le vinieron ganas de reír, pensando que todo lo demás debía de ser un sueño: su casa, su escuela, su amor, la guerra, sus amigos, el campo de prisioneros, la alambrada... Nada de ello había existido; él había muerto en el Mediterráneo, junto al capitán tejano, y todo lo demás era tan sólo una extraña fantasía sobre el futuro que él había llevado consigo al más allá. Apretó los dientes y se arrastró otro metro, pensando que acaso nada era real, que este túnel era el infierno, en el que él había estado siempre y del que jamás saldría. Ni salida, ni aire, ni luz. Por toda la eternidad.

En medio de ese delirio que había hecho presa de él, oyó una voz.

Le parecía familiar. Al principio creyó que era la de Phillip Pryce, pero en seguida comprendió que no, que era su viejo capitán quien le llamaba. Tommy avanzó a rastras unos palmos, sonriendo, pues pensó que debía de ser Lydia la dueña de esa voz. Estaba en Vermont, era verano, y ella había ido a buscarlo a su casa para que saliera a gozar del tibio aire nocturno y le diera un beso de buenas noches, tierno y apasionado. Susurró unas palabras, como un enamorado que se vuelve en el lecho por la noche en respuesta a unas caricias insinuantes.

—Estoy aquí —dijo.

La voz volvió a llamarle, y Tommy avanzó un poco más.

—Estoy aquí —dijo, más fuerte. No tenía fuerzas para hablar más alto, y sólo consiguió articular unas palabras apenas audibles. Siguió arrastrándose, esperando ver a Lydia tendiéndole la mano, instándole a acercarse a ella.

Entonces lo ensordeció un ruido tremendo.

Ni siquiera tuvo tiempo de asustarse cuando el techo se partió y de pronto cayó sobre él una cascada de tierra arenosa.

—¡Lo he oído! —gritó Lincoln Scott—. ¡Está ahí dentro!

—¡Joder! —exclamó Fenelli, alejándose de la entrada del túnel cuando salió una ráfaga de tierra como si se hubiera producido una explosión—. ¡Maldita sea!

El comandante Clark gritó desde la entrada en el retrete:

—¿Qué pasa, dónde está Hart?

—¡Está aquí! —respondió Scott—. ¡Lo he oído!

—¡Se ha derrumbado el techo! —gritó Fenelli.

—¿Dónde está Hart? —volvió a inquirir el comandante—. ¡Tenemos que cerrar el túnel! ¡Los alemanes están sacando a todo el mundo de los barracones! ¡Si no lo cerramos ahora, lo descubrirán!

—¡Lo he oído! —repitió Scott—. ¡Está atrapado!

Scott y Fenelli alzaron la vista y miraron al comandante Clark. Éste pareció oscilar ligeramente, como los vahos de calor sobre el asfalto de una autopista en una calurosa tarde de agosto, antes de tomar una decisión.

—Empezad a mover los cubos —gritó, volviéndose hacia los otros hombres en el pasillo—. ¡Nadie sale de aquí hasta que hayamos rescatado a Hart! —Se inclinó sobre el orificio de acceso a la antesala del túnel y chilló—: ¡Ahora bajo! —Tras lo cual tomó una pala y el rudimentario pico y los arrojó por el agujero.

Cayeron estrepitosamente al suelo. Pero Lincoln Scott ya se había lanzado a través del túnel, adentrándose en él, apartando frenéticamente la arena y la tierra que se habían desprendido, cavando como una bestia subterránea enloquecida. Scott extrajo pala tras pala de la tierra que se había desprendido al derrumbarse el techo, arrojándola tras él, para que Fenelli la apartara hacia el fondo de la antesala.

Nada de cuanto Lincoln Scott había hecho en su vida le había parecido tan perentorio. Ningún momento de confrontación, de ira, de rabia, nada era comparable a su ataque contra la arena desprendida que le impedía avanzar. Era como pelear contra un fantasma, contra un espíritu. Lincoln no tenía remota idea de si tendría que excavar un palmo o cien. Pero no le importaba lo más mínimo. Siguió excavando, arrojando puñados tras él. Empezó a recitar un mantra en voz baja «¡No vas a morir! ¡No vas a morir!», al tiempo que seguía excavando y avanzando hacia el lugar donde creía haber oído el último y débil sonido de la voz de Tommy Hart.

Fenelli, a unos metros detrás de él, le animaba.

—¡Continúa! ¡Continúa! ¡Le quedan unos pocos minutos antes de asfixiarse! ¡Sigue cavando, maldita sea!

El comandante Clark permanecía arrodillado junto al borde de la entrada al túnel, cerca del retrete, mirando por el orificio.

—Apresúrese —exhortó a Scott—. ¡Maldita sea, muévase!

En el otro extremo del pasillo central del barracón 107, el oficial que montaba guardia junto a la puerta principal se volvió de repente y gritó a los que estaban en el retrete:

—¡Se acercan alemanes!

El comandante Clark se levantó. Se volvió hacia la brigada de los cubos que estaban de pie en el pasillo y ordenó:

—¡Salgan todos al campo de revista!

—¿Qué hacemos con el túnel? —preguntó alguien.

—¡Al carajo con el túnel! —replicó Clark.

Pero luego alzó la mano derecha, como para detener a los hombres a quienes había ordenado que salieran. El comandante dejó escapar una sonrisa irónica, tensa, a través de su rostro y miró a los *kriegies* que se disponían frente a él.

—De acuerdo —dijo con tono enérgico—. ¡Necesitamos unos minutos más! Hay que ganar tiempo. Esto es lo que quiero que hagan: quiero que dispersen al jodido pelotón de alemanes que se dirige hacia aquí. Láncense a por ellos como si fueran a marcar un tanto en el área de meta. ¡Embístanlos, déjenlos noqueados! Pero sigan adelante, no se detengan más que para propinarles un par de mamporros. Diríjanse hacia el campo de revista y colóquense en formación. ¿Entendido? ¡La vieja cuña de la aviación a través del enemigo! ¡Pero no se detengan! ¡No quiero que nadie reciba un tiro! ¡No quiero que arresten a nadie! Entreténganlos el máximo tiempo posible. ¿Está claro?

Los hombres situados en el pasillo asintieron con la cabeza. Algunos sonrieron.

—¡Andando pues! ¡A por ellos! —gritó el comandante Clark—. Y cuando lleguen a esa puerta, quiero oír sus voces.

Los hombres sonreían de satisfacción. Algunos se golpearon la palma de la mano con el puño, hicieron crujir sus nudillos. Tensaron los músculos. El oficial que estaba vigilando la puerta gritó de pronto:

—¡Preparados!

Luego:

—¡Adelante!

—¡Adelante, *kriegies*! —ordenó Clark.

Tras emitir tres furiosos gritos de desafío, la falange de aviadores americanos se lanzó por el pasillo, hombro con hombro, y salió rauda por la puerta del barracón.

—¡Ánimo! ¡Ánimo! —gritaba Clark.

No alcanzó a presenciar el impacto del ataque, pero oyó el guirigay de voces cuando los hombres embistieron al pelotón de alemanes que se dirigía hacia el barracón, creando al instante una violenta confusión de cuerpos en el suelo del campo de revista. Oyó exclamaciones de alarma y el impacto de los cuerpos al chocar entre sí. Pensó que era un sonido muy satisfactorio.

—¡Alemanes! ¡Están a punto de aparecer! ¡Sigán cavando! —exclamó después, volviéndose hacia el túnel.

Lincoln Scott oyó las palabras, pero no significaban nada para él. La amenaza provocada por el derrumbe del techo era muchísimo más grave que un pelotón de gorilas dirigiéndose a la carera hacia el barracón 107. Tenía también que pelear contra la oscuridad que amenazaba con engullirlo. Apartó la tierra que entorpecía su camino con

una furia fruto de muchos años de incesante rabia.

Tommy Hart estaba asombrado. La muerte parecía acercarse a él de puntillas.

Había conseguido encogerse un poco cuando el techo se derrumbó sobre él, procurándole una minúscula bolsa de oxígeno de la que pudo arrancar unas bocanadas de aire fétido y enrarecido. No había creído que el mundo pudiera llegar a ser tan tenebroso.

Por primera vez, tras días y semanas, se sentía sereno, completamente relajado. Toda la tensión en cada fibra de su cuerpo parecía haberse disipado de improviso, para alejarse de él. Sonrió para sus adentros, pensando que incluso el intenso dolor que sentía en la mano, que hacía que le ardiera todo el cuerpo, parecía haberse extinguido. Le parecía extraño, pero reconfortante; era un don que la muerte le ofrecía en sus últimos momentos.

Tommy respiró hondo. Estuvo a punto de prorrumpir en una carcajada. «Qué curioso —se dijo— no concedemos importancia al hecho de respirar, y eso que inspiramos aire decenas de miles de veces al día. Sólo cuando estás a punto de morir te das cuenta de lo especial que es el aire que respiramos, lo dulce y delicioso que sabe.»

Volvió a respirar profundamente y tosió. El derrumbe había inmovilizado su cabeza y sus hombros, pero no sus pies. Los movió un poco, casi como si pretendiera avanzar, peleando hasta los últimos segundos. Pensó en todas las personas importantes en su vida. Y las vio como si las tuviese frente a él. Le produjo tristeza pensar que estaba a punto de convertirse en un mero recuerdo para ellas. Se preguntó si la muerte consistiría esencialmente en eso, en pasar de un ser de carne y hueso a un recuerdo.

Tras esta última reflexión Tommy volvió a sorprenderse, esta vez al percibir el inconfundible sonido de unos arañazos. Se quedó perplejo. Creía estar completamente solo y le parecía incomprensible que un fantasma hiciera ese ruido terrenal. Un ruido de vida, que lo confundió y asombró aún más.

Pero quien aferró su maltrecha mano no fue un fantasma.

En la densa oscuridad del túnel, Tommy notó de pronto que se abría un espacio ante él. Y en ese agujero oyó unas palabras, farfulladas, pronunciadas entre dientes debido al agotamiento:

—¿Hart? ¡Maldita sea, háblame! ¡No vas a morir! ¡No lo permitiré!

Tommy sintió una inmensa fuerza que tiraba de él, arrastrándolo a través de la tierra que él había creído su sepultura.

En aquel preciso momento, todos los dolores y sufrimientos que habían desaparecido regresaron, casi cegándolo a medida que un intenso dolor invadía de nuevo todo su cuerpo. Pero curiosamente, Tommy se alegró de sentirlo, pues dedujo que significaba

que la muerte había renunciado a llevárselo consigo.

—¡No vas a morir, maldita sea! —oyó de nuevo—. ¡No lo consentiré!

—Gracias —fue todo cuanto sus escasas fuerzas le permitieron decir.

Lincoln Scott apoyó las manos en los hombros de Tommy, hundiendo sus poderosos dedos en su camisa y su carne, y con un sonoro y violento gruñido lo arrancó de debajo del techo que se había derrumbado sobre él. Luego, sin vacilar, lo empujó hacia delante, arrastrándolo por el túnel. Tommy trató de colaborar avanzando a cuatro patas, pero no pudo. Le quedaban menos fuerzas que a un niño. Así, dejó que Scott lo condujera hacia delante a empujones y manotazos, llevándolo hacia la incuestionable seguridad que ofrecía la entrada del túnel.

El comandante Clark estaba de pie en la entrada del retrete, con los brazos cruzados, interceptando el paso a un teniente alemán y a un pelotón de gorilas cubiertos con cascos y armados con fusiles.

—*Raus!* —gritó el oficial alemán—. ¡Apártese! —añadió en un inglés pasable aunque con marcado acento.

El alemán tenía el uniforme roto en las rodillas y desgarrado en el hombro, y de la comisura brotaba un hilo de sangre que manchaba su mandíbula. Los hombres del pelotón presentaban varios rasguños y cortes parecidos, y sus uniformes estaban también rotos y sucios debido al encontronazo con los *kriegies* que habían salido precipitadamente del barracón 107.

—Ni hablar —replicó el comandante Clark con energía—. No hasta que mis hombres hayan salido.

El oficial alemán lo fulminó con la mirada.

—¡Apártese! ¡Fugarse está *verboten!*

—¡Nuestro deber es fugarnos! —tronó Clark—. Además, nadie se ha fugado, idiota —agregó el comandante Clark con desdén, sin moverse—. ¡No se han fugado! ¡Han vuelto! Y cuando salgan, puede usted quedarse con el maldito túnel. Se lo regalo.

El oficial alemán se llevó la mano al cinturón y sacó su Luger semiautomática.

—¡Si no se aparta, *Herr* comandante, le pego un tiro aquí mismo!

Al decir esto amartilló la pistola para subrayar sus palabras.

Clark meneó la cabeza.

—No me muevo de aquí. Puede matarme de un tiro, teniente, pero se enfrentará a la soga del verdugo. Allá usted si comete esa estupidez.

Tras dudar unos instantes, el oficial alemán alzó la pistola y la apuntó al rostro de

Clark, que lo miró con manifiesto odio.

—¡Alto!

El oficial dudó unos instantes y luego se volvió. Los hombres del pelotón se cuadraron cuando el comandante Von Reiter se acercó por el pasillo. Tenía el rostro encendido. Su furia era tan evidente como el forro de seda rojo de su abrigo. Asestó una patada en el suelo de madera.

—¿Qué significa esto, comandante Clark? —inquirió bruscamente—. ¡Vaya a ocupar su lugar en la cabeza de la formación de inmediato!

El comandante Clark volvió a negarse con un gesto.

—Ahí abajo hay unos hombres. Cuando salgan, yo les acompañaré al *Appell*.

Von Reiter vaciló, pero su próxima orden fue interrumpida por la voz exaltada de Fenelli, que brotó por la entrada del túnel.

—¡Lo ha rescatado! ¡Lo ha hecho de puta madre, comandante! ¡Scott ha logrado sacarlo de allí! ¡Van a salir!

Clark se volvió hacia el médico.

—¿Está bien?

—¡Está vivo!

Entonces Fenelli se volvió y extendió la mano a través del túnel para ayudar a Lincoln Scott a arrastrar a Tommy Hart los últimos metros. Al entrar en la antesala ambos hombres se arrojaron extenuados sobre el montón de tierra. Fenelli se dejó caer por el agujero y aterrizó junto a Tommy, a quien sostuvo la cabeza mientras Lincoln Scott, resollando, inspirando el aire del pozo del túnel, se dejó caer junto a ellos. Fenelli sacó una cantimplora llena de agua, que vertió sobre la cara de Tommy.

—¡Joder, Hart! —murmuró Fenelli—. Debes de ser el tío más afortunado del mundo.

Luego observó la maltrecha mano de Tommy y emitió una exclamación de asombro.

—Y la mano más desgraciada. ¿Cómo ocurrió?

—Me mordió un perro —respondió Tommy con un hilo de voz.

—Menuda bestia —dijo Fenelli. Luego le formuló otra pregunta en voz baja—: ¿Qué diablos ha ocurrido ahí fuera?

Tommy meneó la cabeza y respondió suavemente:

—Conseguí salir. Por poco rato, pero salí.

—Bien —repuso el médico de Cleveland esbozando una sonrisa de satisfacción, aunque cubierta de tierra—. Llegaste más lejos que yo, lo cual ya es algo.

Pasó un brazo por la axila de Tommy y le ayudó a incorporarse. Scott se levantó también emitiendo un sonido gutural. Los dos hombres tardaron un par de minutos en

alzar a Tommy a través del pozo del túnel hasta la superficie, donde los alemanes le agarraron y depositaron sobre el suelo del pasillo. Tommy no sabía lo que ocurriría a continuación, sólo que se sentía aturdido debido al sabor embriagador del aire. No creía tener fuerzas suficientes para ponerse en pie por sí solo y caminar, si los alemanes se lo exigían. Lo único que sentía era un dolor inmenso y una gratitud no menos inmensa, como si esas dos sensaciones contradictorias estuvieran más que dispuestas a compartir un espacio en su interior.

Era consciente de que Lincoln Scott se hallaba cerca, junto al comandante Clark, como si montara guardia. Fenelli volvió a inclinarse sobre él y le observó la mano.

—La tiene destrozada —observó Fenelli volviéndose al comandante Von Reiter—. Es preciso curarle esas heridas sin pérdida de tiempo.

Von Reiter se agachó y examinó la mano. De inmediato retrocedió, como si lo que había visto le chocara. Tras dudar unos segundos, retiró lentamente y con cuidado el pañuelo con que Tommy se había envuelto la mano. Von Reiter se guardó el pañuelo en el bolsillo de su guerrera, haciendo caso omiso de la sangre que empapaba la seda blanca. Al contemplar las graves lesiones, arrugó el ceño. Observó que tenía el índice casi amputado y unos cortes profundos en la palma y los otros dedos. Luego alzó la vista y miró al teniente alemán.

—¡Traiga un paquete de cura inmediatamente, teniente!

El oficial alemán saludó e hizo un gesto a uno de los gorilas que seguían en posición de firmes. El soldado alemán sacó un paquete que contenía una gasa impregnada con sulfamida de un estuche de cuero sujeto a su cinturón de campaña y lo entregó al comandante Von Reiter, quien, a su vez, lo pasó a Fenelli.

—Haga lo que pueda, teniente —dijo Von Reiter con tono hosco.

—Esto no es suficiente, comandante —replicó Fenelli—. Necesita medicinas y un médico.

Von Reiter se encogió de hombros.

—Véndale bien la mano —dijo.

El comandante alemán se incorporó bruscamente y se volvió hacia el comandante Clark.

—Encierre a estos hombres en la celda de castigo —dijo, indicando a Fenelli, Scott y Hart.

—Hart necesita que lo atienda de inmediato un médico —protestó el comandante Clark.

Pero Von Reiter sacudió la cabeza.

—Ya lo veo, comandante —dijo—. Lo siento. A la celda. —Esta vez repitió la orden al oficial alemán que se hallaba cerca—. ¡A la celda! *Schnell!* —dijo alzando la voz. Acto seguido, sin añadir otra palabra ni mirar a los americanos o el túnel, dio media vuelta y abandonó apresuradamente el barracón.

Tommy trató de levantarse, pero la debilidad se lo impedía.

El teniente alemán le empujó con su bota.

—*Raus!* —dijo.

—No te preocupes, Tommy, yo te ayudaré —dijo Lincoln Scott apartando al alemán de un golpe con el hombro. Luego se inclinó y ayudó a Tommy a ponerse en pie. Al levantarse, Tommy estuvo a punto de perder el equilibrio—. ¿Puedes caminar? —le preguntó Scott en voz baja.

—Lo intentaré —respondió Tommy entre dientes.

—Te ayudaré —dijo Scott—. Apoya el peso en mí. —Sostuvo a Tommy por los sobacos para evitar que cayera. El aviador negro sonrió—. ¿Recuerdas lo que te dije, Tommy? —preguntó suavemente—. Ningún chico blanco muere si hay un aviador de Tuskegee velando por él.

Avanzaron un paso como para tantear el terreno, luego otro. Fenelli se adelantó y abrió la puerta del barracón 107 para que pufieran pasar.

Rodeado por los ceñudos guardias alemanes cubiertos con cascos, observado por todos los hombres del recinto, Lincoln Scott condujo con lentitud a Tommy Hart a través del campo de ejercicio. Sin decir palabra, ni siquiera cuando un gorila les empujaba con el cañón del fusil, los dos hombres atravesaron cogidos del brazo las formaciones de aviadorez americanos, que se apartaron en silencio para darles paso.

Cuando hubieron salido del recinto rodeado por la alambrada de espino, se oyó un portazo a sus espaldas. Se dirigieron hacia el edificio donde se hallaba la celda de castigo y al traspasar la puerta de acceso a las celdas, sonaron vítores y aclamaciones emitidos por los hombres colocados en formación. Las aclamaciones se elevaron a través del aire de la soleada mañana, siguiéndolos hasta el acre mundo de cemento de la celda de castigo, traspasando el recio edificio de hormigón, filtrándose a través de las ventanas abiertas provistas de barrotes, resonando y reverberando a través del pequeño espacio, imponiéndose sobre el sonido de la puerta al cerrarse con llave a sus espaldas, creando una maravillosa música semejante a la del cuerno del anciano Josué cuando se detuvo en actitud desafiante ante las imponentes murallas de Jericó.

Ochenta y cuatro sombreros

Tommy Hart tiritó, solo, en la inhóspita celda de castigo de cemento durante casi dos semanas, mientras las heridas de su mano se agravaban con cada hora que transcurría. Tenía los dedos infectados e hinchados como salchichas. La piel de su antebrazo presentaba unas señales de color verde amarillento y pasaba buena parte del tiempo apoyado junto a la fría puerta de madera, estrechando su mano deformada contra el pecho. El dolor era intenso e incesante y Tommy se sentía cada vez más débil; con frecuencia caía en un estado de delirio del que al poco tiempo se recuperaba. Los otros hombres, encerrados en las celdas contiguas, le oían por las noches hablando a ratos con personas que hacía mucho que habían muerto o estaban lejos, y le gritaban para atraer su atención, para obligarle a regresar a la realidad, como si el hecho de sustraerlo a las alucinaciones fuera una medida terapéutica.

Tommy era vagamente consciente de que cada día los hombres gritaban al guardia alemán que entraba en el edificio de las celdas, portando *kriegsbrot* negro y agua para los prisioneros, cubriéndole de insultos y exigiendo que Tommy fuera trasladado al hospital. Los alemanes que se encargaban de llevarles las magras raciones de comida, o de vaciar los cubos destinados a sus deposiciones, hacían caso omiso.

Sólo uno de sus captores, hacia la mitad de la segunda semana, mostró cierta preocupación. Se trataba, naturalmente, de Fritz Número Uno, quien se presentó poco después del *Appell* matutino, echó una ojeada a aquella mano maltrecha y ordenó que trajeran a Fenelli.

El médico de Cleveland había apartado con cuidado los dedos de Tommy, meneando la cabeza. Limpió la cara y las heridas de Tommy como pudo con un trapo húmedo.

—Dentro de pocos días se habrá gangrenado —informó a Fritz Número Uno, murmurando indignado cuando regresaron al pasillo y Tommy ya no podía oírlos—. Hacen falta antisépticos, penicilina; hace falta extirpar el tejido dañado. Por el amor de Dios, Fritz, corra a decirle al comandante que Tommy morirá si no le atienden.

—Hablaré con él —le prometió el hurón.

—Todo depende de usted —había dicho Fenelli—. Y de Von Reiter. ¡Y le aseguro

que muchos de los hombres que hay aquí no olvidarán lo que le ocurra a Tommy Hart!

—Se lo diré —repitió el cabo.

—¡Dígaselo en seguida! Ahora mismo —había dicho Fenelli con tono entre imperioso e implorante.

Pero durante unos días no había ocurrido nada.

Atrapado entre el dolor, las fantasías, el delirio y el frío, Tommy parecía sumirse poco a poco en un extraño universo. A veces soñaba que se hallaba todavía en el túnel, y se despertaba gritando aterrorizado. Otras, el dolor era tan insoportable que le trasladaba a otra dimensión, donde lo único que veía y sentía eran los recuerdos de su hogar que le habían reconfortado durante los meses que llevaba preso en el Stalag Luft 13. Era el estado que Tommy ansiaba, porque cuando contemplaba el firmamento sobre las Green Mountains que se alzaban frente a su casa en Vermont, el dolor le concedía un respiro.

El decimosexto día en la celda de castigo, ya no pudo probar bocado. Tenía la garganta seca. Prácticamente todas sus fuerzas habían desaparecido. Tan sólo era capaz de beber sorbos de agua.

Los otros le llamaban con insistencia, tratando de convencerle para que cantara o conversara con ellos, cualquier cosa con tal de lograr que permaneciera consciente. Era inútil. Los pocos recursos que le quedaban los utilizaba para luchar contra el dolor que le provocaba unas punzadas abrasadoras en todo el cuerpo. Estaba sucio, cubierto de sudor y tierra, y temía no poder controlar las evacuaciones. Pensó, en uno de los pocos momentos racionales que se imponían sobre el delirio que amenazaba con apoderarse de él por completo, que era una forma estúpida y absurda de morir, mordido por un oficial de la Gestapo, después de cuanto había pasado y de las numerosas veces que había logrado salvarse.

En sus trances oía voces que pertenecían a personas que hacía mucho que habían muerto. Incluso Visser le había increpado en una ocasión y Tommy se había burlado insolentemente de ese fantasma.

Pero no fue una alucinación cuando un día se abrió la puerta de la celda. Tommy alzó la cabeza y contempló con ojos empañados y vidriosos la inconfundible figura de Hugh Renaday, que entró de prisa.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Hugh al inclinarse sobre Tommy, que no pudo levantarse del suelo.

Tommy sonrió, a pesar del dolor.

—Hugh. Creí que...

—¿La había palmado? A punto estuve. Ese cabrón de Visser ordenó que me fusilaran. Pero por suerte Von Reiter se negó en redondo. De modo que aquí me tienes,

amigo mío, vivito y coleando.

—¿Y los otros?

—¿Qué otros?

—Los hombres que salieron...

Hugh sonrió.

—Los cochinos alemanes atraparon esa mañana a diez tíos deambulando por el bosque, perdidos. Otros cinco hombres fueron arrestados en la estación, mientras esperaban que pasara un segundo tren. Por lo visto hubo cierto problema con los billetes que falsificaron y la Gestapo no tuvo ninguna dificultad en localizarlos entre la multitud. Pero tres hombres, los tres primeros que salieron del túnel, no han aparecido y nadie sabe dónde están. Todo indica que sus billetes eran aceptables y pudieron abordar un tren que se los llevó antes de que sonara la alarma. Corren muchos rumores al respecto, pero no se sabe nada con certeza.

Tommy asintió con la cabeza.

—Me alegro —dijo—. Tuvieron suerte.

—¿Quién sabe? A propósito, nuestro amigo Fritz Número Uno obtuvo una medalla y un ascenso. Ahora es sargento, y luce una de esas cruces negras y relucientes en torno al cuello. Como puedes imaginar, se ha convertido en el gallo del corral.

Hugh se agachó y rodeó a Tommy con sus brazos, para ayudarle a incorporarse.

—Vamos, abogado. Vamos a sacarte de aquí —dijo.

—¿Y Scott y Fenelli?

—Ellos también saldrán.

Tommy sonrió.

—Estupendo —dijo débilmente— Hugh, mi mano...

El canadiense apretó los dientes.

—Procura resistir, muchacho. Te llevaremos a un médico.

El pasillo del edificio de las celdas estaba atestado de guardias alemanes armados con fusiles. Hugh sacó a Tommy casi en brazos de la celda, y una vez en el pasillo Scott le ayudó a transportarlo. Tommy estaba delgadísimo; cuando trató de andar, sintió como si sus piernas fueran de goma, como si cada articulación en su cuerpo se hubiera descoyuntado y no le sostuviera.

Fenelli soltó unas palabrotas entre dientes mientras les conducía fuera del edificio de las celdas de castigo hacia el soleado recinto exterior. Todos los hombres pestañearon ante el súbito resplandor e inspiraron afanosamente unas bocanadas de aire templado. Fuera había más alemanes esperándoles, además del coronel MacNamara y el

comandante Clark, que paseaban impacientes arriba y abajo frente al edificio.

—¿Cómo está? —preguntó inmediatamente el coronel MacNamara a Fenelli.

—Le duele mucho —respondió el médico.

MacNamara asintió con la cabeza y señaló el edificio de administración del campo.

—Ahí —dijo—. Von Reiter les está esperando.

Los hombres que componían el extraño cortejo, en cuyo centro se hallaba Tommy, fueron conducidos al despacho del comandante Von Reiter. El oficial alemán estaba sentado detrás de su inmaculado escritorio, como de costumbre, pero cuando entraron se puso en pie. Se alisó el uniforme con un gesto automático y dio un taconazo, haciendo una leve reverencia. Una representación muy estudiada y calculada.

Los *kriegies*, a excepción de Tommy, le saludaron al estilo militar.

Von Reiter indicó una silla y Tommy fue instalado en ella por Fenelli y Lincoln Scott, que permaneció detrás de él.

El alemán se aclaró la garganta y contempló la mano desfigurada de Tommy.

—¿Se siente mal, teniente Hart? —preguntó.

Tommy se echó a reír a pesar del dolor.

—He tenido épocas mejores —murmuró con voz ronca.

El coronel MacNamara avanzó, expresándose con tono enérgico, erguido e indignado.

—¡Exijo que atienda a este hombre inmediatamente! Sus heridas son graves, como puede comprobar. Según la Convención de Ginebra, tiene derecho a que le vea un médico. Le advierto, comandante, que la situación es crítica. No toleraremos más demoras...

Von Reiter le interrumpió con un gesto de la mano.

—El teniente Hart recibirá la mejor atención. Lo he dispuesto todo. Le pido disculpas por la demora, pero son asuntos delicados.

—¡Cada minuto que pasa pone en peligro la vida de este oficial!

Von Reiter asintió con la cabeza.

—Sí, sí, coronel, lo comprendo. Pero han ocurrido muchas cosas y aunque procuramos ser eficientes, quedan aún algunas cuestiones por resolver. ¿Está usted en condiciones de responder a unas preguntas, señor Hart? Sólo se trata de completar el informe para mis superiores.

Tommy intentó encogerse de hombros.

—El teniente Hart no está obligado a responder a ninguna pregunta —terció el

comandante Clark.

Von Reiter suspiró.

—Comandante, se lo ruego. Aún no ha oído las preguntas que voy a hacer.

El comandante dejó que el silencio se impusiera durante un par de minutos en la habitación. Luego se volvió hacia Tommy Hart.

—Teniente, ¿sabe usted quién asesinó al capitán Vincent Bedford de las fuerzas aéreas estadounidenses?

Tommy sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿No fue el teniente Scott?

Antes de que Tommy pudiera responder a esta pregunta, el coronel MacNamara interrumpió.

—¡Comandante Von Reiter! ¡Como bien sabe, el teniente Scott ha sido absuelto de este crimen por el veredicto unánime de un tribunal militar reunido en consejo de guerra! Mientras el teniente Scott permanecía encerrado en la celda de castigo, el tribunal llegó a la conclusión de que no había pruebas que demostraran más allá de la duda razonable su culpabilidad, por lo que fue declarado inocente.

—Por favor, coronel, no he concluido mi interrogatorio.

—¿Absuelto? —preguntó Scott emitiendo una breve carcajada—. Alguien pudo haber tenido el detalle de comunicármelo.

—El campo lo sabe —dijo MacNamara—. Lo anunciamos durante el *Appell* la mañana siguiente a la fuga.

Scott sonrió. Apoyó una mano en el hombro de Tommy y le dio un apretón de enhorabuena.

MacNamara calló. Von Reiter se detuvo, miró a los otros de uno en uno, y prosiguió con sus preguntas.

—Lo expresaré de otra forma, teniente Hart. Su investigación determinó la identidad del auténtico asesino, ¿no es así?

—Sí —contestó Tommy tan fuerte como pudo.

Von Reiter sonrió.

—Eso supuse —el alemán meneó la cabeza ligeramente—. Pensé que algunas personas le habían subestimado, señor Hart. Pero eso, por supuesto, no nos concierne en estos momentos. Sigamos. ¿Ese asesino... era miembro de la Luftwaffe?

—No señor.

—¿Ni de ninguna otra fuerza armada alemana?

—No, comandante —repuso Tommy.

—Dicho de otro modo: el asesino del capitán Bedford era miembro de las fuerzas aliadas encarceladas aquí, en el Stalag Luft 13.

—Así es.

—¿Está usted dispuesto a firmar una declaración que confirme sus palabras?

—Sí, siempre y cuando no me exijan que identifique al verdadero asesino.

Von Reiter emitió una breve risotada.

—Eso, teniente, depende de sus autoridades, con las que podrá hablar de ello en otro momento más oportuno. Mis superiores me han comunicado que los propósitos de la Luftwaffe quedarán cumplidos si usted jura que el asesino no pertenece a nuestro servicio, eximiéndonos de toda culpabilidad en este desdichado asunto. ¿Está dispuesto a hacerlo?

—Sí, comandante.

Von Reiter parecía satisfecho.

—Me he tomado la libertad de mandar que prepararan este documento. Deberá confiar en que el idioma alemán refleja exactamente lo que yo he dicho y usted ha confirmado. A menos que sus oficiales deseen proporcionar un traductor...

Von Reiter dirigió una sonrisa irónica a MacNamara antes de añadir:

—Pero sospecho que no querrán hacerlo, pues prefieren que no sepamos los nombres de los oficiales americanos que dominan el alemán.

—Me fio de su palabra —murmuró Tommy.

—Lo suponía —dijo Von Reiter. Se retiró detrás de su mesa, abrió el cajón central y extrajo un papel escrito a máquina. En la cabecera de la página aparecía grabada una llamativa águila negra. El alemán indicó el lugar donde figuraba escrito el nombre de Tommy. Ofreció a éste una pluma estilográfica. Esforzándose por reprimir las ardientes punzadas de dolor que le recorrían el brazo y el pecho, Tommy se inclinó hacia delante y firmó el documento. Fue agotador.

El oficial alemán tomó el papel, lo sostuvo en alto, lo examinó, sopló una vez sobre él para secarlo y volvió a guardarlo en el cajón. Luego impartió una orden en tono brusco y de inmediato se abrió una puerta lateral. Fritz Número Uno entró y saludó.

—¡Sargento! Traiga a *Herr* Blucher. Y ese otro artículo del que hemos hablado.

Von Reiter se volvió hacia Tommy en el preciso momento en que el minúsculo suizo entraba en el despacho. Lucía el mismo sombrero de fieltro negro y portaba la misma cartera negra y gastada que llevaba el día en que Phillip Pryce le había sido confiado a su cuidado. Von Reiter sonrió de nuevo.

—Éste, señor Hart, es *Herr* Blucher, de la Cruz Roja. Le acompañará a un hospital de su país. Lamentablemente, las instalaciones médicas alemanas dejan bastante que desear y me temo que no están a la altura de las circunstancias. —El comandante alemán arqueó una ceja—. Ya conoce a *Herr* Blucher, ¿no? Creo que en su momento le tomó erróneamente por un miembro de nuestra estimada policía estatal, la Gestapo, ¿no es cierto? Pero le aseguro que no lo es.

Von Reiter hizo otra pausa.

—Y lleva un pequeño regalo de un amigo suyo, señor Hart —añadió—. El teniente coronel de aviación Pryce envió estos objetos a través de valija diplomática. Creo que los obtuvo en el hospital de Ginebra donde ahora reside. Teniente Fenelli, ¿quiere echarme una mano?

—¡Phillip! —exclamó Hugh Renaday—. ¿Cómo averiguó...?

Von Reiter se encogió de hombros.

—No somos bestias, teniente. Al menos no todos. Haga el favor, teniente Fenelli...

Fenelli dio un paso adelante y *Herr* Blucher le entregó un paquetito envuelto en papel marrón y atado con un cordel. El médico de Cleveland lo abrió rápidamente y exclamó con sincera gratitud:

—¡Santo cielo! ¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

Se volvió y los otros vieron que el paquete contenía sulfamidas, desinfectante, gasas estériles, varias jeringuillas, media docena de preciosos viales de penicilina y una cantidad similar de morfina.

—¡Primero la penicilina! —dijo Fenelli. Sin más dilación, llenó una jeringuilla—. Tanta como sea posible, lo más rápido posible. —Arremangó la manga de Tommy y desinfectó un punto cerca de su hombro. Le clavó la aguja, murmurando: —Lucha, Tommy Hart. Ahora tienes una oportunidad de vivir.

Tommy inclinó la cabeza hacia atrás. Durante unos breves momentos, se permitió creer que quizá lograría sobrevivir.

Fenelli siguió hablando, como consigo mismo, pero en realidad se dirigía a todos los que se hallaban presentes.

—Ahora morfina para el viaje. Aliviará el dolor. Suena bien, ¿no, Hart?

Von Reiter alzó de nuevo la mano.

—Teniente, le ruego que se detenga un momento antes de que le administre la morfina —le dijo.

Fenelli se detuvo cuando estaba llenando la jeringuilla.

Von Reiter miró a Fritz Número Uno, que había entrado en el despacho portando una

tosca caja. El comandante alemán sonrió una vez más. Pero era una sonrisa fría, que revelaba los muchos años dedicados al duro servicio de la guerra.

—Tengo dos regalos para usted, señor Hart —dijo con tono quedo—. Para que recuerde estos días.

Se llevó la mano al bolsillo de la guerrera y sacó un pañuelo. Era el pañuelo de seda manchado de sangre con el que Tommy se había vendado la mano momentos después de su pelea con Visser.

—Creo que esto es suyo, señor Hart. Sin duda un importante regalo de una amiga en Estados Unidos, que sospecho que debe de tener un valor sentimental...

El alemán extendió el reluciente pañuelo blanco sobre la mesa frente a él. Las manchas de sangre se habían secado y presentaban unos tonos rojos amarronados.

—Se lo devuelvo, teniente. Pero observo la extraña coincidencia de que las iniciales de su amiga son idénticas a las de mi antiguo ayudante, el *Hauptmann* Heinrich Albert Visser, que murió valerosamente al servicio de su patria.

Tommy contempló las HAV bordadas con unas floridas letras en una esquina del pañuelo. Miró a Von Reiter, que meneó la cabeza.

—La guerra, por supuesto, consiste en una serie de desconcertantes coincidencias.

Von Reiter suspiró y tomó el pequeño pañuelo de seda, lo dobló con cuidado tres veces y lo entregó a Tommy Hart.

—Tengo otro regalo para usted, señor Hart. Después de que usted lo vea, el señor Fenelli puede administrarle la morfina.

Von Reiter hizo un gesto a Fritz Número Uno, que avanzó y depositó la caja que sostenía a la altura de la cintura a los pies de Tommy Hart.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el coronel MacNamara—. ¡Parecen sombreros!

Von Reiter dejó que su siniestra sonrisa se asomara en las comisuras antes de responder.

—Tiene usted razón, coronel. Son sombreros. Algunos son unos gorros de lana, otros unos sombreros de piel y otros unos simples tocados de tejido. Presentan distintas formas, tamaños y estilos. Pero tienen un detalle en común. Al igual que el pañuelo que he devuelto, están manchados de sangre, por lo que habrá que limpiarlos antes de que puedan volver a ser utilizados.

—¿Unos sombreros? —inquirió el oficial superior americano—. ¿Qué tiene que ver Hart con esos sombreros? Y encima manchados de sangre.

—Son sombreros rusos, coronel.

—Bueno —continuó MacNamara—, no comprendo...

Von Reiter le interrumpió fríamente.

—Ochenta y cuatro sombreros, coronel. Ochenta y cuatro sombreros rusos.

El comandante se volvió hacia Tommy Hart.

—Dieciséis hombres se enfrentaron al pelotón de ejecución con la cabeza descubierta.

Entonces Von Reiter se encogió de hombros.

—Esto me sorprendió mucho —agregó—. Supuse que por el asesinato a sangre fría de un oficial alemán que había obtenido numerosas condecoraciones, la Gestapo fusilaría a todo el campo de trabajo. A todos los rusos. Pero comprobé asombrado que sólo eligieron a cien hombres como represalia.

Von Reiter rodeó su escritorio y se sentó de nuevo en la silla. Dejó que el silencio se difundiera unos instantes por la habitación antes de asentir con la cabeza y hacer un gesto a Fenelli, que sostenía la jeringuilla de morfina preparada.

—Vaya con *Herr* Blucher, señor Hart. Váyase de aquí y llévase todos sus secretos consigo. El coche de *Herr* Blucher lo transportará a la estación. El tren le transportará a Suiza, donde le esperan su amigo el teniente coronel Pryce, un hospital y unos doctores. No piense en ese centenar de hombres. Ni durante un segundo. Bórrelos de su memoria. Luche por sobrevivir. Regrese a su casa en Vermont. Conviértase en un anciano rico y dichoso, teniente Hart. Y cuando sus nietos se le acerquen un día y le pregunten sobre la guerra, dígales que la pasó tranquilamente, leyendo libros de derecho, en un campo de prisioneros alemán llamado Stalag Luft 13.

Tommy no tenía palabras con que responder. Era vagamente consciente del pinchazo de la aguja. Pero la dulce y sedante sensación de la morfina al penetrar en su organismo fue como beber un trago del agua más pura y cristalina de un arroyo en casa.

Epílogo

Una iglesia no muy alejada del lago Michigan

Lydia Hart estaba en el cuarto de baño, dándose los últimos toques a su peinado, cuando dijo:

—¡Tommy! ¿Quieres que te ayude a hacerte el lazo de la corbata? —Se detuvo, esperando una respuesta, que llegó como una negativa pronunciada a través de un sonido gutural, que era lo que ella había supuesto y le hizo sonreír mientras se cepillaba la cascada plateada que aún lucía sobre los hombros. Luego añadió—: ¿Cómo vamos de tiempo?

—Disponemos de todo el tiempo del mundo —repuso Tommy con lentitud.

Estaba sentado junto al ventanal de la *suite* de su hotel, desde donde podía ver la imagen reflejada de su esposa en el espejo y, cuando se volvía y miraba a través del cristal de la ventana, el lago Michigan. Era una mañana estival y el destello veteado del sol se reflejaba en la superficie del agua, de un azul intenso. Tommy había pasado el último cuarto de hora observando atentamente los veleros que realizaban ágiles piruetas a través del ligero oleaje, trazando unos dibujos aleatorios sobre el agua. La gracia y velocidad de los lustrosos veleros, describiendo círculos debajo de la blanca vela agitada por el viento, resultaba fascinante. Se preguntó por qué había preferido siempre los botes de pesca a los escandalosos motores, y dedujo que se debía a su inclinación por ciertos destinos, pero luego comprendió que le habría representado un trabajo excesivo manipular a la vez el timón y la escota mayor de un velero navegando a toda velocidad impulsado por el viento.

Bajó la vista y miró su mano izquierda. Le faltaba el dedo índice y la mitad del meñique. El tejido de la palma presentaba cicatrices de color púrpura. Pero daba la impresión de ser más inservible de lo que en realidad era. Su esposa llevaba más de cincuenta años preguntándole si quería que le ayudara con la corbata, y durante ese tiempo él le había respondido invariablemente que no. Había aprendido a hacer los lazos tanto de las corbatas que se ponía para acudir a la oficina como de los sedales que utilizaba cuando salía a pescar en su bote. Cada mes, cuando el gobierno le enviaba un modesto cheque por invalidez, él lo firmaba y lo enviaba al fondo de becas de Harvard. Con todo, su mano que había sufrido heridas de guerra había desarrollado últimamente

una tendencia a la rigidez y la artritis, y en más de una ocasión se le había quedado paralizada. Tommy no había hablado con su esposa de esas pequeñas traiciones.

—¿Crees que habrá algún conocido? —preguntó la mujer.

Tommy se apartó a regañadientes de la visión de los veleros y fijó los ojos en el reflejo de los de ella. Durante un momento entrañable pensó que Lydia no había cambiado un ápice desde que se habían casado, en 1945.

—No —respondió—. Probablemente un montón de dignatarios. Él era muy famoso. Quizás haya algunos abogados que yo conocí a lo largo de los años. Pero nadie que conozcamos a fondo.

—¿Ni siquiera alguien del campo de prisioneros?

Tommy sonrió y meneó la cabeza.

—No lo creo.

Lydia dejó el cepillo del pelo y tomó un lápiz para delinear los ojos. Después de aplicárselo unos momentos, dijo:

—Ojalá Hugh estuviera vivo, así podría hacerte compañía.

—Sí, a mí también me gustaría que estuviera presente —respondió Tommy con tristeza.

Hugh Renaday había muerto diez años atrás. Una semana después de que le diagnosticaran un cáncer y mucho antes de que la inevitable evolución de la enfermedad robara fuerzas a sus extremidades y su corazón, el fornido jugador de jockey había tomado una de sus escopetas de caza favoritas, unas botas para la nieve, una tienda de campaña, un saco de dormir y un infiernillo portátil y, después de escribir unas inequívocas notas de despedida a su esposa, hijos, nietos y a Tommy, lo había cargado todo en el maletero del cuatro por cuatro y había partido hacia los fríos y agrestes paisajes de las Rockies canadienses. Era enero, y cuando su vehículo se negó a seguir avanzando a través de la espesa nieve en un viejo y desierto camino forestal, Hugh Renaday había continuado a pie. Cuando sus piernas se habían cansado de avanzar penosamente a través de los ventisqueros septentrionales de Alberta, se había detenido, había erigido un modesto campamento, se había preparado una última comida y había aguardado pacientemente a que la temperatura nocturna descendiera por debajo de los cero grados y acabara con él.

Tommy averiguó posteriormente a través de un colega de Hugh, perteneciente a la Policía Montada, que la muerte por congelación no era considerada una muerte atroz en Canadá. Tiritabas un par de veces y luego te sumías en un estado aletargado semejante a un apacible sueño, mientras los recuerdos de los años se deslizaban lentamente junto con el último aliento de vida. Era una forma segura y eficaz de morir, había pensado Tommy,

tan organizada, sistemática y segura como había sido cada segundo de la vida del veterano policía.

No solía pensar con frecuencia en la muerte de Hugh, aunque en una ocasión, cuando Lydia y él habían emprendido un crucero a Alaska y él había permanecido despierto hasta bien entrada la noche, fascinado por la aurora boreal, confiaron en que el vasto manto de coloridas luces que adornaban el oscuro firmamento hubiese sido la última cosa que Hugh Renaday había contemplado en este mundo.

Cuando recordaba a su amigo, prefería pensar en el momento que ambos habían compartido, pescando no lejos de la casa en la que se había retirado a vivir Tommy en los Cayos de Florida. Tommy había divisado una gigantesca barracuda, semejante a un torpedo, acechando en el borde de un banco de arena, sumergida en unos palmos de agua esperando atacar por sorpresa a un incauto lucio o a un pez espada que pasara por allí. Tommy había preparado una caña giratoria provista de un señuelo consistente en un tubo rojo fluorescente y un hilo de alambre. Lo había lanzado a poca distancia de las fauces del animal. El pez se había precipitado hacia él sin vacilar y, una vez atrapado, había dado una voltereta, frenético, sus largos costados plateados alzándose sobre la superficie del agua y lanzando unas gigantescas láminas blancas a través de las olas. Hugh había conseguido pescarlo, y mientras posaba para las obligadas fotografías para enviar a casa, se detuvo un momento para contemplar las inmensas hileras de dientes puntiguados, casi translúcidos y afilados como cuchillas, que ornaban las potentes mandíbulas del pescado.

—El arma de una barracuda —había comentado Tommy—. Me recuerda a algunos de mis honorables colegas abogados.

Pero Hugh Renaday había sacudido la cabeza.

—Visser —había respondido el canadiense—. El *Hauptmann* Heinrich Visser. Éste es un pez Visser.

Tommy había vuelto a contemplar su mano. El pez Visser, pensó.

Debió de pronunciar esas palabras en voz alta, porque Lydia le preguntó desde el baño:

—¿Qué has dicho?

—Nada —repuso Tommy—. Pensaba en voz alta. ¿Crees que la corbata roja es demasiado llamativa para un funeral?

—No —contestó su esposa—. Muy adecuada.

Tommy supuso que la reunión de aquella mañana sería un poco como el funeral de Phillip Pryce, que se había celebrado en una de las mejores catedrales de Londres doce años después de terminar la guerra. Phillip había tenido muchos amigos importantes entre los estamentos militares y la abogacía, quienes ocuparon numerosos bancos de la

catedral mientras los niños del coro cantaban con sus voces blancas en un sonoro latín. Posteriormente, Tommy y Hugh solían comentar en broma que sin duda muchos de los abogados que habían asumido la parte contraria de un caso habían asistido sólo para cerciorarse de que Phillip estaba muerto.

Phillip Pryce, según habían convenido Tommy y Hugh, había tenido una muerte extraordinaria.

El día en que había conseguido librar a un miembro conservador del Parlamento de una enojosa relación con una prostituta mucho más joven, Pryce había dejado que los miembros más jóvenes de su bufete le invitaran a una cena suntuosa, que se prolongó hasta muy tarde. Después, había pasado por su club para tomarse un brandy Napoleón de más de cien años. Uno de los mayordomos había supuesto que Phillip se había quedado dormido, descansando en una mullida butaca de orejas, con la copa en la mano, pero había descubierto que Pryce estaba muerto. Fue un ataque cardíaco fulminante. El viejo abogado sonreía de oreja a oreja, como si un ser conocido y querido hubiera estado junto a él en el momento de la muerte. Durante el funeral, el bufete en pleno, desde los más veteranos hasta los más jóvenes, habían transportado el féretro hasta el interior de la catedral, como una llorosa cohorte romana.

Había dejado un testamento en el que solicitaba a Tommy que leyera algo en su funeral. Tommy había pasado una agitada noche en el Strand Hotel, leyendo pasaje tras pasaje de la Biblia, incapaz de hallar unas palabras lo bastante nobles para honrar a su amigo. Se había levantado poco después del amanecer, profundamente preocupado, y se había dirigido en taxi a la residencia de Phillip en Grosvenor Square, donde fue recibido por el mayordomo.

En la mesilla de noche de Phillip, Tommy vio una primera edición muy manoseada y leída de la obra *El viento en los sauces* de Kenneth Grahame. En la guarda Phillip había escrito una inscripción, y Tommy dedujo en seguida que el libro había sido un regalo para Phillip hijo. El sencillo mensaje decía lo siguiente:

Mi querido hijo, por viejo y sabio que uno aspire a ser, es importante recordar siempre los gozos de la juventud. Este libro te ayudará a recordarlos durante los años venideros. Con todo mi cariño en la trascendental fecha de tu noveno cumpleaños, de tu padre que te adora...

Tommy descubrió dos secciones del libro que estaban subrayadas y desteñidas, como gastadas por las repetidas veces que los ojos de un niño habían pasado sobre las palabras. La primera correspondía al capítulo «El flautista a las puertas del amanecer», y decía así: «Éste es el último y mejor don que el amable semidiós ha

tenido el acierto de conceder a quienes se han revelado para ayudarles: el don del olvido. Para evitar que un recuerdo terrible perdure y crezca, haciendo sombra al gozo y al placer, y el nefasto y persistente recuerdo amargue posteriormente las vidas de los pequeños animales que lograron superar sus dificultades, con el fin de que fueran felices y alegres como antes...»

El segundo pasaje subrayado consistía en casi la totalidad del último capítulo, en el que los fieles Topo, Rata, Tejón y el entrañable Don Sapo se arman y atacan al ejército de comadreas, muy superior numéricamente a ellos, derrotando a los intrusos con su rectitud y valor.

Así, esa tarde, una vez que olvidó la Biblia, Shakespeare, Tomás Moro, Keats, Shelley, Byron y demás escritores ilustres que con frecuencia prestan sus palabras para las ocasiones solemnes, se puso de pie y leyó a la distinguida concurrencia unos pasajes de un libro infantil. Lo cual, pensó más tarde, y sin duda Hugh Renaday se habría mostrado de acuerdo, resultaba un tanto inesperado y bastante chocante, que era precisamente lo que habría complacido a Phillip.

—Estoy lista —dijo Lydia, saliendo por fin del baño.

—Estás exquisita —dijo Tommy con admiración.

—Preferiría que fuéramos a una boda —respondió Lydia meneando la cabeza con un gesto encantador—, o a un bautizo.

Tommy se levantó y su esposa le arregló el nudo de la corbata, aunque no era necesario. El don del olvido, pensó él. Para que todos podamos sentirnos tan felices y alegres como antes.

Hacía un día espléndido, soleado y templado. Un día que no parecía corresponder a un funeral. Unos vibrantes rayos de sol penetraban a raudales a través de las vidrieras de la catedral, proyectando unas curiosas franjas rojas, verdes y doradas en unos gruesos trazos de color sobre el suelo de piedra gris.

Las hileras de bancos estaban atestadas de parientes y allegados. El vicepresidente y su esposa habían acudido en representación del gobierno. Estaban acompañados por los dos senadores de Illinois, un nutrido número de congresistas, docenas de funcionarios estatales y un juez del tribunal supremo ante el que Tommy había defendido años atrás a un cliente. Los panegíricos fueron pronunciados por destacados personajes del ámbito de la educación, y hubo unas prolijas, conmovedoras y casi musicales lecturas de unos pasajes de las Escrituras por parte de un joven y nervioso predicador baptista perteneciente a la vieja iglesia del padre de Lincoln Scott.

Una bandera envolvía el ataúd situado en la parte frontal de la iglesia. Ante él había tres fotografías ampliadas. A la derecha se veía a Lincoln Scott de anciano,

luciendo su larga túnica académica, pronunciando un enardecido discurso ante unos graduados universitarios. A la izquierda había una foto de prensa de la década de los sesenta en que aparecía Scott, del brazo de Martin Luther King y Ralph Abernathy, encabezando una marcha por una calle sureña. La del centro era la más grande de las tres y mostraba a un Lincoln Scott, con los ojos alzados al cielo, montado en el ala de su Mustang antes de emprender una misión ofensiva por el cielo de Alemania. Tommy contempló la foto pensando que quienquiera que la había tomado había tenido la suerte de captar buena parte de la personalidad del difunto, simplemente a partir de la postura impaciente y la ferocidad de su mirada.

Tommy se sentó en el centro de la iglesia, junto a su esposa. Era incapaz de escuchar las nobles palabras de alabanza que sonaban sobre su cabeza pronunciadas por los numerosos oradores que subieron al púlpito.

Lo que oyó fue el sonido, que había olvidado, de los motores aullando durante un ataque, el agudo y sistemático estruendo de las ametralladoras mezclado con las explosiones de fuego antiaéreo fuera del aparato, disparando una lluvia de metal sobre el exterior del bombardero. Durante largos momentos, sintió que se le secaba la garganta y su camisa se le humedecía de sudor. Oyó los gritos y exclamaciones de hombres enzarzados en combate y los gemidos de los hombres abrazados por la muerte. La barahúnda amenazaba con invadir el fresco interior de la catedral. Tommy resopló al tiempo que meneaba la cabeza ligeramente, como si tratara de ahuyentar esos recuerdos cual un perro que sacude el agua adherida a su pelo. A quinientos kilómetros por hora, a seis metros sobre la superficie del mar, y con todo el mundo disparando contra ti. ¿Cómo lograste sobrevivir? Él no podía responder a su propia pregunta, pero sí a la siguiente: A seis metros bajo tierra, sangrando y atrapado, sin poder salir. ¿Cómo lograste sobrevivir? Tommy respiró hondo de nuevo. Sobreviví gracias al hombre que yace en ese ataúd.

A una señal del sacerdote, todos los asistentes se pusieron en pie para entonar *Onward Christian Soldiers*. Las voces más potentes, pensó Tommy, sonaban a su izquierda, procedentes de los dos primeros bancos de la catedral, donde se hallaba reunida la numerosa familia de Lincoln Scott, rodeando a una negra anciana, menuda, con la piel de color café.

El sacerdote en el púlpito cerró su libro de himnos con fuerza y leyó otro pasaje de la Biblia, refiriéndose a cómo luchó David contra Goliat armado tan sólo con su honda de pastor y consiguió vencer a su adversario.

Tommy se reclinó, sintiendo la rígida madera del banco contra sus huesos. En cierto modo, pensó, todos se hallaban en aquella habitación cavernosa,

escuchando al sacerdote: MacNamara y Clark (quienes habían recibido medallas y ascensos por su eficaz labor a la hora de organizar la fuga del Stalag Luft 13, aunque Tommy siempre había pensado que sólo el cabrón de Clark, que había desmentido todo cuanto Tommy pensaba sobre él al ordenar a los *kriegies* desarmados del barracón 107 que atacaran a los alemanes que se aproximaban con el fin de dar a Scott más tiempo para rescatarlo a él del túnel que se había derrumbado, era quien merecía los honores), y Fenelli, que ejercía de cirujano cardiovascular en Cleveland. Tommy se había encontrado con él una vez, cuando se alojaba en un hotel donde se celebraba una convención médica, y había visto el nombre del médico en la lista de oradores. Habían tomado unas copas en el bar y habían compartido unos momentos de bromas y risas favorecidas por el alcohol. Fenelli había admirado el trabajo de los cirujanos suizos que le habían operado la mano, pero Tommy le había dicho que Phillip Pryce había amenazado con pegar un tiro al médico que cometiera una chapuza, lo cual, según convino Fenelli, probablemente había servido para que prestaran mayor atención.

Fenelli le había preguntado si había conservado la amistad con Scott después de la guerra, pero Tommy le dijo que no. El otro se mostró sorprendido.

Era la única vez que había visto a Fenelli, y confiaba en que cuando observara los rostros de los asistentes al funeral viera entre ellos al médico de Cleveland. Pero no fue así. También confiaba en que Fritz Número Uno hubiera volado desde Stuttgart para asistir al funeral, puesto que el antiguo hurón estaba en deuda con Lincoln Scott. Ocho meses después de que Tommy fuera repatriado, cuando unos elementos del quinto destacamento del general Omar Bradley habían liberado a los aviadores del Stalag Luft 13, Scott había hablado a los interrogadores militares sobre las dotes lingüísticas de Fritz y su eficaz colaboración. Esto lo había conducido a un puesto como ayudante de la policía militar encargada de interrogar a los soldados alemanes capturados, cuando buscaban a los miembros de la Gestapo que se ocultaban entre los soldados y los oficiales. Posteriormente Fritz utilizó también esas dotes para ocupar un cargo de ejecutivo en la empresa Porsche-Audi en la Alemania de la posguerra.

Tommy sabía esto por las cartas que le escribía Fritz en Navidad. La primera la había dirigido a: T. Hart, célebre abogado, Universidad de Harvard, Harvard, Massachusetts. A Tommy siempre se le había antojado un misterio el que el servicio de correos la hubiera remitido a la facultad de derecho de Cambridge, que posteriormente la había enviado a Tommy a las señas de su bufete de abogados en Boston. A lo largo de los años había recibido otras cartas, que siempre contenían fotografías del delgado hurón que empezaba a echar barriga junto a su esposa, sus

hijos, sus nietos y numerosos perros de distinta raza. Fritz sólo le había enviado una carta que reflejaba un estado de ánimo depresivo en todos los años transcurridos después de la guerra, una breve nota que Tommy recibió poco después de la reunificación de Alemania, cuando el ejecutivo de la empresa automovilística había averiguado a través de unos documentos de Alemania Oriental, sobre los cuales se había levantado el secreto oficial, que el comandante Von Reiter había muerto fusilado a principios de 1945. En los caóticos días posteriores a la caída del Tercer Reich, Von Reiter había sido capturado por los rusos. No había sobrevivido al primer interrogatorio.

Lydia dio un codazo a Tommy, sosteniendo el programa del funeral abierto. Tommy, que estaba distraído, se unió a los asistentes que recitaban un salmo al unísono. «Quienes nos llevaban cautivos nos exigieron que cantáramos una canción...»

De los tres hombres que habían conseguido salir del túnel y tomar el primer tren aquella mañana, dos habían conseguido regresar a casa. Murphy, el que trabajaba en una planta de envasado de carne en Springfield, había desaparecido y se le había dado por muerto.

En cierta ocasión, quince años después de haber terminado la guerra, Tommy había ganado un caso de condena por asesinato en Nueva Orleans. Había insistido a sus socios en que deseaba encargarse de él. La mayoría de los clientes del bufete eran empresas, lo cual resultaba muy lucrativo, pero de vez en cuando Tommy se encargaba discretamente de un caso criminal desesperado en un remoto lugar del país, por el que no cobraba nada y al que dedicaba muchas horas. Era una labor que no requería la presencia de los asociados que había contratado, ni de los socios con quienes había montado el bufete, aunque más de uno hacía exactamente lo mismo. Ganar casos era duro y, cuando lo conseguía, en la oficina se respiraba siempre un aire de celebración.

En esta oportunidad, pasada la medianoche, Tommy se encontró en un pequeño local de jazz, escuchando a un trompetista excelente. El músico, al ver a Tommy sentado en una de las primeras filas, estuvo a punto de desafinar. Pero había recobrado la compostura, sonriendo, y se había dirigido al público diciendo que algunas noches, cuando recordaba la guerra, tocaba con un estado de ánimo más íntimo. Luego había interpretado una versión en solitario de *Amazing Grace*, convirtiendo el himno en un *rhythm and blues*, emitiendo unos prolongados trinos que habían creado en la habitación una sensación de melancolía. Tommy estaba seguro de que el músico se acercaría a hablar con él, pero en lugar de ello el director de la banda había enviado a su mesa una botella del mejor champán del

local, y una nota: «Es mejor abstenerse de decir ciertas cosas. Aquí tienes la copa que te prometí. Me alegro de que también hayas logrado regresar a casa.» Cuando Tommy preguntó al gerente del local si podía dar las gracias al músico en persona, le respondieron que el trompetista ya se había marchado.

Según dedujo Tommy, la verdad sobre el asesinato del capitán Vincent Bedford, el juicio de Lincoln Scott y la fuga del Stalag Luft 13 nunca se escribieron, lo cual, pensó, podía ser aceptable. Él había pasado muchas horas, después de regresar a su casa en Vermont, pensando en Trader Vic, tratando de hallar alguna reconciliación con la muerte de Bedford. No estaba convencido de que Vic mereciera morir, ni siquiera por el error de haber traficado con una información que por desgracia había causado la muerte de seres humanos, convirtiéndole en una amenaza para los planes de fuga de otros. Pero a veces Tommy pensaba también que el asesinato de Vic era la única cosa justa que había ocurrido en el campo de prisioneros. A medida que transcurrían los años, Tommy empezó a pensar que, en definitiva, el hombre más complicado y el más difícil de comprender, había sido el vendedor de coches de segunda mano de Misisipí. Puede que fuera el más valiente de todos ellos, el más estúpido, el más malvado y el más inteligente, porque, por cada aspecto de la personalidad de Vic, Tommy hallaba una contradicción. Y por fin llegó a la conclusión de que habían sido todas esas contradicciones las que habían matado a Trader Vic con tanta precisión y eficacia como el puñal ceremonial de las SS.

Tommy miró el mismo reloj que tantas décadas atrás había lucido en la muñeca, no porque deseara saber la hora, sino por los recuerdos que encerraba en los entresijos de su mecanismo. Observó la segunda manecilla deslizándose alrededor del dial y pensó: hubo una época en que todos fuimos héroes, incluso los peores de nosotros. El reloj ya no indicaba la hora precisa y más de un operario lo había examinado con asombro, indicando que las reparaciones resultaban más costosas que el valor del reloj. Pero Tommy siempre pagaba la factura sin rechistar, porque ninguno de los operarios tenía ni remota idea del auténtico valor de aquel objeto.

Lydia dio otro codazo a Tommy. El matrimonio se puso de pie.

Transportaron el ataúd de Lincoln Scott por la nave central de la catedral al tiempo que el órgano emitía las notas de *Jesus, Joy of Man's Desiring*. Los dignatarios más importantes formaron un pelotón honorífico de portadores del féretro, detrás de los vibrantes colores de la bandera americana. Les seguían los familiares de Lincoln Scott. Avanzaban con lentitud, al ritmo impuesto por la menuda y delicada figura de cabello plateado de la viuda del aviador negro. Su paso poseía la ciencia de la edad.

Los bancos se fueron quedando desiertos al paso del cortejo. Tommy esperó a que le tocara el turno, y salió al pasillo. Tomó a Lydia del brazo y ambos abandonaron juntos la catedral.

Tommy pestañeó unos momentos, cuando el tibio sol le golpeó el rostro. Oyó una voz familiar con acento sureño, susurrarle el oído: «Muéstranos el camino de regreso a casa, Tommy.» Y él respondió en su fuero interno: supongo que logré mostrarles el camino de regreso a casa a tantos de nosotros como fue posible.

Lydia le apretó el brazo durante unos segundos. Tommy alzó la vista y vio que la familia de Lincoln Scott se había reunido a la derecha, sobre los primeros escalones de la catedral, rodeando a la viuda. Ésta recibía el pésame de muchos asistentes, que aguardaban en fila para presentarle sus respetos. Tommy miró a su esposa asintiendo con la cabeza y se colocó al final de la fila.

Avanzaron lentamente, aproximándose a la viuda. Tommy trató de articular algunas palabras, pero comprobó sorprendido que no era capaz. Había pronunciado complicados y dramáticos discursos en centenares de salas de tribunal, a menudo hallando de forma extemporánea las palabras justas, al igual que había hecho en el Stalag Luft 13 en 1944. Pero en esos breves momentos, mientras avanzaba hacia la esposa de Lincoln Scott, no sabía qué decir.

Por consiguiente, cuando se detuvo ante la viuda, no tenía nada preparado.

—Señora Scott —balbuceó, carraspeando para aclararse la garganta—. Lamento mucho la muerte de su esposo.

La viuda miró a Tommy, escrutándole, con una expresión casi desconcertada en sus ojos, como si él fuera alguien que ella creía conocer pero no lograra identificar. Tomó la mano de Tommy entre las suyas y luego, como suele hacer la gente en los funerales, levantó la izquierda y cubrió la derecha de Tommy, como para consolidar el apretón de manos. Y entonces, inopinadamente, Tommy levantó su mano izquierda y cubrió la de la viuda de Scott.

—Conocí a su esposo hace muchos años... —dijo Tommy.

La viuda bajó de pronto la vista durante unos momentos, contemplando la maltrecha mano de Tommy, que estaba apoyada en la suya. Entonces le miró a los ojos y esbozó una amplia sonrisa de reconocimiento.

—Señor Hart —dijo con la melodiosa cadencia de una cantante de jazz—, me siento honrada de que haya venido. A Lincoln le hubiera complacido mucho.

—Ojalá —empezó a decir Tommy, pero se detuvo, tras lo cual continuó—: Ojalá que él y yo...

Pero le interrumpieron los ojos de la viuda, que resplandecían con manifiesta alegría.

—¿Sabe usted lo que solía decir a su familia, señor Hart?

—No —respondió Tommy suavemente.

—Solía decir que usted fue el mejor amigo que tuvo en su vida. No su amigo íntimo, porque creo que su íntima amiga fui yo. Pero sí el mejor.

La viuda de Lincoln Scott no soltaba la mano de Tommy. Pero se volvió hacia sus hijos, nietos y bisnietos, que estaban de pie en los escalones, detrás de ella. Tommy observó todos los rostros, que estaban vueltos hacia él, mostrando la misma curiosidad, la misma solemnidad, y quizás, entre los más jóvenes, cierta impaciencia por marcharse. Pero incluso los pequeños que se mostraban impacientes se calmaron cuando habló la viuda.

—Acercaos —les dijo. Su voz demostraba una autoridad superior a su diminuta estatura—. Porque deseo presentaros a este señor. Prestad atención: éste es el señor Tommy Hart, niños. Es el hombre que se acercó para ayudar a vuestro abuelo cuando se sentía completamente solo en el campo de prisioneros en Alemania. Todos habéis oído contar muchas veces esa historia, y éste es el hombre de quien vuestro abuelo habló en muchas ocasiones.

Tommy sintió que las palabras se le atragantaban en la garganta.

—En la guerra —dijo con suavidad—, fue su esposo quien me salvó la vida.

Pero la viuda meneó con energía la cabeza como la maestra que había sido antiguamente, como rectificando a un alumno favorito pero travieso.

—No, señor Hart. Se equivoca. Lincoln siempre decía que fue usted quien le salvó a él —la viuda sonrió—. Ahora, niños —añadió con tono enérgico—, acercaos rápidamente.

Y tras estas palabras, el primero de los hijos de Lincoln Scott avanzó, tomó la mano de Tommy arrebatándosela a su madre y se la estrechó murmurando:

—Gracias, señor Hart.

Luego, uno tras otro, desde el primogénito hasta el bebé que su joven madre sostenía en brazos, la familia de Lincoln Scott se acercó a los escalones delanteros de la catedral y Tommy Hart estrechó la mano de todos.

Nota del autor

Hacia tres meses que mi padre había iniciado el primer curso de carrera en la Universidad de Princeton cuando Pearl Harbor fue atacado. Al igual que muchos hombres de su generación, se apresuró a alistarse, y al cabo de poco más de un año volaba como navegante a bordo de un bombardero Mitchell B-25 sobre aguas cercanas a Sicilia. El *Green Eyes* fue derribado en febrero de 1943, después de bombardear a baja altura un convoy alemán que transportaba tropas de refuerzo destinadas al Afrika Korps de Rommel. Mi padre, junto al resto de la tripulación del *Green Eyes*, fue rescatado del océano por los alemanes. Inicialmente pasó unas semanas en un campo de prisioneros de guerra en Italia, en Chieti, antes de ser conducidos en furgones al Stalag Luft 13, cerca de la frontera alemana con Polonia, en Sagan, Alemania. Ahí pasó buena parte de la guerra. En un estante de su casa, ocupando un lugar de honor, hay una primera edición de *El expreso de Von Ryan*, una novela clásica sobre las aventuras de unos presos que tratan de fugarse, escrita por David Westheimer. Contiene una sencilla pero afectuosa dedicatoria del antiguo *kriegie*: «Querido Nick... Ojalá hubiera sido así...»

Cuando yo era un adolescente, en mi casa no se solía comentar la experiencia de mi padre en el campo de prisioneros de guerra. Ni se hablaba sobre raciones de hambre, privaciones, fríos glaciales, terror y tedio omnipresente. El único detalle sobre el cautiverio y las vicisitudes que soportó mi padre que nos contaron cuando éramos niños, fue cómo había obtenido de la organización YMCA los libros que necesitaría para estudiar la carrera en Princeton. Los había estudiado de cabo a rabo, reproduciendo los cursos que habría seguido de haber sido un estudiante en la facultad, y a su regreso a Estados Unidos convenció a la universidad para que le permitieran someterse a los exámenes de dos años en seis semanas, a fin de poder graduarse con su clase. La extraordinaria hazaña de mi padre asumió un valor mítico en nuestra familia. La lección era bien simple: es posible crear una oportunidad a partir de cualquier situación, por dura que sea.

Esa oportunidad que él aprovechó en 1943 se convirtió en la fuente de inspiración de *La guerra de Hart*. Pero, aparte de este reconocimiento, cabe destacar que los personajes, la situación y el argumento de la novela son creación mía. Aunque pasé mucho tiempo durante los últimos dieciocho meses asediando a mi padre a preguntas sobre sus experiencias, en pos del rigor y la verosimilitud, la responsabilidad por lo que se describe en las páginas de la novela es mía. El mundo de mi novela ambientada en el

Stalag Luft 13 está compuesto por varios campos de prisioneros. Los hechos que forman la novela, aunque basados en la realidad de la experiencia en un campo de prisioneros de guerra, son imaginarios. Los oficiales que aparecen en estas páginas, tanto alemanes como aliados, no guardan relación con hombres reales, ni vivos ni muertos. Toda semejanza con personas vivas es pura coincidencia.

Unos treinta y dos aviadores de Tuskegee fueron derribados y capturados por los alemanes durante la guerra. Por lo que he podido colegir, ninguno experimentó el ostracismo y el racismo que padece Lincoln Scott. Los peores prejuicios a los que debían enfrentarse les aguardaban en Estados Unidos. Hay un libro excelente, *Black Wings*, que describe cómo esos hombres excepcionales rompieron la barrera del color en las fuerzas aéreas. Existe asimismo una pequeña pero merecida pieza expuesta sobre ellos en el Museo del Aire y el Espacio en Washington. Una de las ironías del racismo es que cuando los hombres de Tuskegee consiguieron superar las severas normas que les habían impuesto, se habían convertido en los mejores pilotos y bombarderos del cuerpo de aviación. Los hombres de Tuskegee participaron en más de mil quinientas misiones de combate sobre Europa. Y uno de los hechos más deliciosos de la guerra es que jamás perdieron a un bombardero que escoltaban en manos del enemigo. Ni uno solo. Pero pagaron un precio por ello. A fin de mantener esta increíble marca, más de sesenta de esos hombres jóvenes sacrificaron su vida.

Existen numerosos y excelentes libros sobre la experiencia de los kriegies. La obra de Lewis Carlson titulada *We Were Each Other's Prisoners*, constituye una fascinante colección de narraciones orales. La historia del Stalag Luft 13, escrita por Arthur Durand, es muy completa. *Sitting it Out*, de David Westheimer, es una detallada y elegante crónica de su época en los campos de prisioneros de guerra. (Yo tomé prestada la letra procaz de Gatos sobre el tejado de su estimable libro.)

En cierta ocasión en que conversaba con mi padre —creo que hablábamos sobre el temor y la comida, dos temas que tienen más puntos en común de lo que cabría suponer—, mi padre dijo de pronto: «¿Sabes?, mi estancia en el campo de prisioneros fue quizás una de las cosas más importantes que me han ocurrido. Seguramente cambió mi vida.» Teniendo en cuenta lo que mi padre ha conseguido a lo largo de los años, cabe decir que el cambio que experimentó debido a su experiencia en la guerra, sin duda fue para bien. Pero ésta es una observación que puede aplicarse a toda una generación de hombres y mujeres.

A veces pienso que vivimos en un mundo tan obsesionado con mirar hacia delante, que a menudo olvida volver la vista atrás. Con todo, algunas de nuestras mejores historias residen en la estela que dejamos a nuestro paso, y sospecho que por duras que

sean esas historias, contribuyen a indicarnos hacia dónde nos dirigimos.

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Contenido	5
Prólogo	6
1	11
2	37
3	64
4	89
5	110
6	141
7	161
8	186
9	211
10	246
11	265
12	283
13	304
14	323
15	347
16	363
17	382
18	401
19	420
20	445
21	459
Epílogo	468
Nota del autor	479